



BUAP



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego"

Doctorado en Sociología

Prácticas sociales genocidas en Guatemala
Una aproximación al proceso de Realización Simbólica del genocidio

TESIS

PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA

CROSBY YAROSLAV GIRÓN RAMÍRES

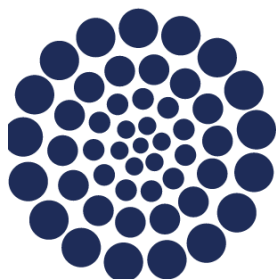
DIRECTOR

Dr. Carlos Alberto Figueroa Ibarra

ASESORES

Dr. Antonio Fuentes Díaz
Dra. Coralia Gutiérrez Álvarez

Junio de 2023



CONAHCYT

CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

**Esta investigación fue posible gracias al apoyo
del Consejo Nacional de Humanidades
Ciencias y Tecnologías CONAHCYT**

AGRADECIMIENTOS

Dicen que el agradecimiento no debe callarse. De manera que empezaré por el Dr. Carlos Alberto Figueroa Ibarra por su incondicional apoyo y comprensión en esta excepcional aventura académica.

No puedo dejar de mencionar a la Dra. Coralia Gutiérrez y al Dr. Antonio Fuentes por su enorme compromiso con mi trabajo y por su afecto.

Mi gratitud a los profesores y profesoras del Seminario de Sociología Política y del Desarrollo, Teoría Crítica y Subjetividades y Entramados Comunitarios y Formas de lo Político, por las contribuciones a mi formación intelectual, pero sobre todo la plácida memoria del tiempo compartido.

Al Dr. Daniel Feierstein, a la Dra. Ana Jemio y a la Dra. Lucrecia Molinari, con quienes pude coincidir virtualmente en uno de los valiosos seminarios del Centro de Estudios sobre el Genocidio de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

A mi amada Amy, con profundo cariño, por escucharme, cuidarme y compartir su vida y sus seres queridos conmigo.

A mis compañeros y compañeras estudiantes del ICSyH con quienes viví hermosas jornadas de alegría incomparable.

Una especial mención es para mi familia/comunidad mexicana cuyos lazos serán imborrables (ustedes saben quiénes son).

A mis familiares de Guatemala y de Estados Unidos, porque siempre que los necesité estuvieron para mí con atención, constancia y amor.

Mi agradecimiento total a todas aquellas personas que contribuyeron directa e indirectamente con este trabajo, en especial a quienes proporcionaron su relato personal; de igual manera a la Mtra. Louisa Reynolds y a la Licda. Patricia Arana.

A la solidaridad del pueblo mexicano y al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) por otorgarme la beca no. 640417.

Contenido

Introducción /p. 7

PRIMER CAPÍTULO:

LOS PROBLEMAS TEÓRICOS /p. 18

Primera parte

1. Problemas teóricos para un abordaje de las Prácticas Sociales Genocidas /p. 18

1.1 Lemkin y el genocidio /p. 19

1.2 Los genocidios y la Modernidad /p. 32

Segunda parte

2. El genocidio Ixil en Guatemala /p. 39

2.1 El juicio contra Ríos Montt /p. 43

2.2 La lucha legal-jurídica /p. 45

2.3 ¿Qué fue lo que se juzgó? /p. 47

2.4 La conclusión jurídica /p. 52

Tercera parte

3. Apuntes para una genealogía del genocidio /p. 54

3.1 El origen del mito /p. 55

3.2 La Modernidad colonizadora /p. 56

3.3 Supremacía como cultura /p. 58

3.4 La superioridad bélica como designio divino /p. 60

3.5 Nuestro relato desde el presente /p. 62

Cuarta parte

4. El Muro del silencio en los Estudios del Genocidio y Guatemala /p. 66

Conclusión capitular /p. 74

SEGUNDO CAPÍTULO:

PRÁCTICAS SOCIALES GENOCIDAS EN GUATEMALA /p. 78

Primera parte

1. Una mirada contemporánea de la tipología genocida /p. 80

2. Las prácticas sociales genocidas o el genocidio como práctica social /p. 94

Segunda parte

1. La experiencia concentracionaria (EC) en Guatemala /p. 103

2. El régimen militar contrainsurgente y sus estructuras /p. 107

3. Los CC o Centros Clandestinos Adecuados /p. 111

4. La EC en las aldeas modelo /p. 114

Tercera parte

1. Arrasamiento subjetivo del sujeto e irradiación de poder de la EC /p. 122

Conclusión capitular /p. 128

TERCER CAPÍTULO:

MEMORIA Y REALIZACIÓN SIMBÓLICA DEL GENOCIDIO /p. 130

Introducción

Primera parte

1. El trazo de la memoria: los relatos como práctica revertidora /p. 131

1.1 Memoria colectiva e histórica de la violencia estatal masiva /p. 133

1.2 Distinciones de la memoria y sus consecuencias /p. 139

1.3 Líneas narrativas hegemónicas y contrahegemónicas /p. 142

2. Los procesos de memoria y la Realización Simbólica del Genocidio /p. 144

2.1 Las estructuras de asimilación /p. 146

2.2 Neurociencia y memoria /p. 147

Segunda parte

1. Memoria y representación: la irradiación del terror /p. 149

1.1 El ejército empezó a tirarnos bombas /p. 155

1.2 Nosotros no nos entregamos /p. 160

Corolario uno /p. 168

2. Arrasamiento subjetivo del sujeto /p. 171

2.1 Quemaron nuestras viviendas /p. 172

2.2 No se hablaba de genocidio /p. 176

2.3 Fue una violación contra un grupo del pueblo maya, los ixiles /p. 183

2.4 Mi papá fue parte del ejército /p. 190

2.5 No los juzgo /p. 200

2.6 Pobres hombres /p. 205

Corolario dos /p. 207

Conclusión capitular /p. 209

CUARTO CAPÍTULO:

POTENCIA DE LAS POLÍTICAS DE LA MEMORIA EN EL PRESENTE /p. 216

Introducción

1. Realización simbólica del genocidio y trabajo de elaboración /p. 216

2.1 Deambulando en la selva /p. 223

2.2 Tiempo de miedo /p. 229

2.3 Toda mi familia estuvo en la guerrilla /p. 231

2.4 Al recuperar los cuerpos pudimos llorar /p. 238

2.5 La participación era obligatoria /p. 246

2.6 El silencio del presente /p. 251

Corolario tres /p. 254

2. Las políticas de la memoria /p. 257

2.1 Prepararse para la paz política /p. 260

2.2 Hasta al fin se hizo justicia /p. 268

2.3 No es mi historia /p. 274

2.4 Soy hija de exiliados políticos /p. 279

2.5 Mi papá fue integrante de ORPA /p. 284

2.5 ¿Quién va a contar estas historias? /p. 289

2.6 Un legado de violencia /p. 295

2.7 ¿Cómo hubiera sido mi relación con mi abuelo? /p. 302

2.8 Lo que hoy se vive son asesinatos /p. 305

Corolario cuatro /p. 308

3. Usos de la memoria en el presente /p. 312

3.1 Iban a matar a toda mi comunidad/p. 316

3.2 No quieren que se replique el odio /p. 320

Corolario cinco /p. 323

Conclusión capitular /p. 327

Conclusiones generales /p. 331

Anexos /p. 338

Entrevistas /p. 342

Bibliografía /p. 343

Introducción

I

La presente investigación tiene como finalidad general producir una lectura socio histórica del genocidio ocurrido en Guatemala. La base conceptual es la noción de Práctica Social Genocida (PSG) de Feierstein (2011), la cual plantea comprender el aniquilamiento de colectivos humanos como un modo específico de destrucción y reorganización de relaciones sociales. Esta forma de comprensión implica “observar estos procesos de aniquilamiento no como una excepcionalidad en la historia contemporánea, sino como una tecnología de poder peculiar, con causas, efectos y consecuencias específicos, que pueden intentar ser rastreados y analizados”.

**

Una de las tareas para iniciar esta mirada es reflexionar en clave autobiográfica. Quiero empezar recordando que algunas veces yo pregunté a mi abuela –fallecida en 2019– ¿qué había pasado en Guatemala durante el periodo que se suele llamar conflicto armado interno o guerra a secas? Durante los años de la infancia yo pude ver cosas como las bombas de panfletos que el ejército lanzaba sobre los poblados urbanos, supe que ese mismo ejército y la policía, llegaban a los barrios pobres de la ciudad y reclutaban jóvenes, y menores de edad. Los adultos atemorizaban a los niños y adolescentes “rebeldes” con ser reclutados a la fuerza si andaban en la calle.

Una de las expresiones que alguien como mi abuela decía era “los tiempos de Ubico”. Es una expresión que muchas personas en Guatemala siguen utilizando para referirse al tipo de régimen que evocan a la hora de pensar en “tiempos mejores”, tiempos donde se hacía imposible la impunidad de la criminalidad común. Es una expresión que sirve para ocultar los crímenes del mismo Estado. Cuando mi abuela nació Jorge Ubico tenía casi cincuenta años y acababa de perder las elecciones para la presidencia. Eso implica que la infancia y adolescencia de mi abuela transcurrió bajo la égida del que algunos llaman el último gobernante liberal autoritario de América Latina.

Más allá de la infraestructura que ordenó construir, los trabajos más sobresalientes de Ubico incluyen: capacitar a terratenientes (mediante decretos) para matar a los cam-

pesinos que fueron sorprendidos dentro de sus posesiones; en vista de su visión para los campesinos, los obligó a prestar servicios personales gratuitos y obligatorios en caminos públicos; cero sindicatos con Ubico; eso sí, los salarios más bajos para obreros y campesinos, contra quienes la persecución fue implacable; Ubico dejó su impronta militar en la enseñanza secundaria; restringió la libertad de cátedra y prohibió la organización magisterial; fue generoso con la United Fruit Company, exonerándola de la obligación de construir un puerto y conservándole los derechos de explotación de tierras para la siembra de banano. En lo político, la cárcel, el fusilamiento o el exilio, fueron la receta para los adversarios. Orden y terror en la población.¹

Es muy probable que mi abuela no supiera mucho de eso, o quizá sí: muchas veces, cuando quise preguntarle, respondió de la manera más evasiva o la más honesta: “no recuerdo”. Con el paso de los años, mi abuela aprendió a responder con esa frase. Yo, por mi parte, recordaba muy bien a Vinicio Cerezo y su partido Democracia Cristiana Guatemalteca, la televisión lo había puesto en la sala de nuestra casa. Mi madre se afilió al partido y tenía un afiche de Raquel Blandón pegado en un muro de nuestra casa. Mi madre nació en plena contrarrevolución: Castillo Armas inauguraba la gran noche de la dictadura guatemalteca que escaló a niveles genocidas. Así, su vida completa transcurrió al ritmo de las dictaduras.

Hoy sé que mi madre no tuvo nada que ver con el movimiento cultural de la década de los 70 del siglo pasado en Guatemala. Con apenas diecinueve años ya era toda una madre de familia. Casada con un futuro integrante de la famosa Policía Nacional de Guatemala, aportaría desde su vientre, diez criaturas para las cuentas nacionales, tres de las cuales, serían de un fugaz integrante de las fuerzas armadas del país. Eso implicó para ella incursionar en el siempre peligrosísimo campo de batalla de ser una joven madre, recién llegada del campo a la ciudad, y por lo tanto, quedar excluida de aquel movimiento cultural que fue parte de un hecho que, cuando lo escuché por primera vez, me parecía impensable: Efraín Ríos Montt encabezó una alianza electoral de oposición, junto con Alberto Fuentes Mohr en 1974.

¹ Véase Mobil (2012) y Gaitán (1992).

Me impresionó porque en mi memoria estaban las conversaciones de mi infancia. En ellas se decía que el voto familiar debería ser para Kjell Laugerud, como diciendo “es el buen candidato”. Yo recordaba que en determinado momento, madre me dijo que ella no votó por Efraín Ríos Montt en 2003, como diciendo, “yo nunca votaría por un militar”. Lo cierto del asunto es que, en 1974, todo fue un plan para continuar con la dictadura; Ríos Montt saldría al exilio en España y Fuentes Mohr enfrentaría una muerte brutal en 1979.

Al menos un tío de mi madre sirvió en el ejército guatemalteco. Su hermano mayor y algunos primos, también. Sin embargo, esos hechos parecen notas marginales en su biografía, en realidad ella luchaba en un campo espiritual personal: el infierno de ser mujer y madre de al menos cuatro criaturas, hacia 1980. Sus grandes esperanzas parecían provenir de los telepredicadores norteamericanos, dentro de los que destacan Jimmy Lee Swaggart y Marion Gordon, alias “Pat” Robertson, ambos estrellas de los grupos pentecostales que se presentaron en una ciudad de Guatemala, sedienta de redención. Eran los héroes de mi madre, hombrecillos mentirosos, vendedores de cielos falsos, mercaderes de la fe, millonarios excéntricos que en su momento, dedicaron todas sus fuerzas a promover el fundamentalismo religioso.

Estos datos de origen autobiográfico me sirven para enmarcar aquel periodo que me apresto a indagar, desde el presente, en este trabajo. De esa forma tenemos lo básico: un dictador genocida que es Ríos Montt, y un contexto histórico determinado, no tanto por las fechas sino por lo que en ellas fue posible. En cierta forma lo que aquí hay es una breve mirada al presente, donde las consecuencias de las políticas del exterminio ya no se plantean en Aldeas Modelo o Centros de Detención Adecuados sino en el ámbito de lo simbólico. Lo que intento es explicar lo que me es posible observar pensando en el genocidio como práctica social. A la posteridad, será posible vincular esa mirada con la Memoria y sus implicaciones políticas en el presente.

II

La diferencia entre genocidio en su dimensión jurídica y la noción de genocidio como práctica social es que ésta última plantea un desarrollo en seis diferentes fases o etapas, no siempre secuenciales y a veces yuxtapuestas (Cft. Feierstein, 2011). Estas fases son periodizadas de la siguiente manera: 1. *Construcción de una otredad negativa*, en la que

se configura y delimita la figura del otro a ser aniquilado, con base en el refuerzo de indicadores que lo estigmatizan y prejuician, apuntalando sobre el mismo una forma de representarse en el imaginario colectivo. 2. *Hostigamiento*, en este punto aquella representación social estigmatizada del sujeto social que ya no es normal, se manifiesta con pragmatismo. 3. *Aislamiento*, aquí ya es patente la delimitación del espacio geográfico, social y político en el que aquel fragmento negativizado es obligado a permanecer en la medida que facilita el quiebre de las relaciones sociales respecto al todo social. 4. *Políticas de debilitamiento sistemático*, por medio de las cuales se buscará producir una fractura entre quienes deben ser aniquilados y aquellos que en realidad pueden serlo, utilizando técnicas de arrasamiento psicológico y físico. 5. *Aniquilamiento material*, esta es una fase en la que la muerte o desaparición material del cuerpo de las otredades negativizadas se concreta, pero no sólo el cuerpo, lo que se busca es desvanecer de la historia ese fragmento para implantar el terror al cuerpo social. 6. *Realización simbólica*, en esta fase lo que está en juego son las formas de narrar y transmitir en el plano simbólico (realizar o clausurar) lo ocurrido en un momento posterior al aniquilamiento.

El presente trabajo hará un especial énfasis en la última fase, es decir, en la *Realización Simbólica del genocidio*. La razón de este énfasis es que, desde mi punto de vista, se trata de un abordaje innovador y poco explorado, y porque está en consonancia con una investigación de tipo cualitativo. Eso no quiere decir que deje de lado la tarea de indagar en el concepto de genocidio, ya que como podrá verse en el primer capítulo, hago una revisión de éste término, tomando como punto de partida el trabajo de Rafael Lemkin, a quien la humanidad debe la creación del mismo, e incluyo algunos apuntes que indagan en la idea de que genocidio y Modernidad son consustanciales. Es un razonamiento que si bien cobra relevancia a partir del trabajo de Bauman, Modernidad y Holocausto (2006)², tiene sus antecedentes en filósofos de la llamada Escuela de Frankfurt. Lo que Bauman propone es que no debe reducirse la modernidad de occidente a un equivalente del Holocausto sino entenderse como la condición de posibilidad del mismo. Además, critica el atraso de las ciencias sociales a la hora de estudiar los genocidios del siglo XX. De ahí que su abordaje sobre el pasado intente superar la mera inquietud académica por sojuzgar los fenómenos sociales, incluso el genocidio nazi como un acontecimiento más en el devenir de la historia. La propuesta de Bauman tiene puntos

² Esta obra de Bauman se publicó en español en 2006, y en inglés en 1989.

criticables, pero lo que vale destacar es que actualiza la deshumanización del vínculo entre individuos con los objetos –propia de la Modernidad– cuyo resultado es una relación que pone por encima de la responsabilidad moral humana, el compromiso técnico de la producción.

III

Por otra parte, es preciso detenerse con brevedad en lo que ocurrió durante el juicio por genocidio y delitos contra los deberes de humanidad, que se llevó contra el ex dictador, José Efraín Ríos Montt y su director de inteligencia, José Mauricio Rodríguez Sánchez. El proceso penal transcurrió entre el 19 de marzo y el 10 de mayo de 2013, y en él podrán apreciarse algunos elementos de las cinco fases de las prácticas sociales genocidas que propone Feierstein. La histórica sentencia si bien provocó una clara convulsión social al igual que su posterior anulación parcial, lo que trato de poner en relieve es que a) ese juicio acusó sólo a dos personas; b) no se recurrió a instancias internacionales, el juicio se llevó a cabo en una corte local tras una lucha de muchos años; c) lo que se juzgó no fue la violencia genocida en el país en su totalidad³, sino: 11 masacres; 44 muertes violentas; 17 casos de personas muertas a causa de las condiciones creadas por el Ejército y las Patrullas de Autodefensa Civil; desplazamiento de al menos 29 mil personas; traslado de niños y adultos del grupo étnico maya ixil a otro grupo étnico, y al menos 5 casos de mujeres ixiles violadas por soldados del Ejército (hechos ocurridos en Santa María Nebaj, San Juan Cotzal y San Gaspar Chajul, municipios de Quiché); d) el juicio jurídico no tiene el alcance para condenar el aniquilamiento en su dimensión *re-organizadora* de las relaciones sociales.

También hay en el primer capítulo, una serie de apuntes sobre lo que llamé una genealogía del genocidio que describen de forma sumaria los antecedentes históricos de las formas de exterminio de grupos humanos que han cristalizado a lo largo del tiempo. Aunque es obvio que el término genocidio no existía antes de Lemkin, como dice Feierstein, “un descubrimiento central de cualquier epistemología contemporánea es que la realidad primero ocurre y luego, a partir de la reflexión, puede ser conceptualizada”. Aquí lo que se pone a discusión es el planteamiento de que resulta extemporáneo

³ De acuerdo con el CEH (1999), ocurrieron en Guatemala al menos 636 masacres (se estiman 200 mil víctimas mortales); un millón de desplazados internos y más de medio millón de desplazados hacia el sur de México.

usar ese término para explicar experiencias que ocurrieron antes de la creación del neologismo genocidio, puesto que “Sería tan absurdo como decir que no había mesas, cocodrilos, suicidios o relaciones de opresión antes de que nuestro razonamiento creara los términos para dar cuenta de ellos” (Feierstein, 2018: 215). En síntesis, lo que en el fondo aparece es la encarnada disputa sobre lo que en la actualidad algunos historiadores llaman Leyenda Negra española que, desde mi punto de vista, se articula bien con lo que hoy se conoce como negacionismo porque se trata de una práctica que minimiza, justifica, relativiza y niega el genocidio en cualquier momento de la historia. Es una problemática que pone en contraste las visiones del origen mítico de dos sociedades, la europea y la americana, que aunque excede el objetivo del presente trabajo, sí pone a prueba, en cierta medida, la capacidad heurística del término genocidio.

IV

El genocidio ocurrido en Guatemala llevó a los tribunales a emitir una sentencia definitiva contra Efraín Ríos Montt en 2018. Como se sabe, en 2013 la sentencia condenatoria fue emitida y anulada en menos de dos semanas, en mayo de ese año. Se trató, en resumen, de una encarnizada pugna política y jurídica que se desplegó en la esfera pública, y que dejó en claro, por una parte, una serie de discursos negacionistas de todo orden, y por otra parte, trazos de la emergencia de un sustrato de voces que apuestan por un Nuevo Relato o *contranarrativas* que buscan configurar una realidad política distinta (Girón, 2017).

Para Chomsky (2017) en el genocidio moderno guatemalteco hay una alta incidencia de la política de Estados Unidos en Centroamérica. El ejemplo más claro para Guatemala es el derrocamiento de un gobierno reformista, el de Juan Jacobo Árbenz Guzmán en 1954. El punto de mayor esplendor llegó durante el gobierno de Ronald Reagan en la década de 1980, quien vio en Efraín Ríos Montt a una *figura estelar de la democracia*. Para inicios de esa década el Estado criminal guatemalteco estaba listo para una *solución final* cuya síntesis fueron actos genocidas, o como propone la periodización de Feierstein (2011) la fase de aniquilamiento material de las prácticas sociales genocidas.

La región Ixil incluye tres municipios del departamento de Quiché: San Gaspar Chajul, San Juan Cotzal y Santa María Nebaj. En el territorio hay una enorme riqueza: fuentes hídricas (el territorio está irrigado por 27 ríos y nacimientos de agua), bosques y minera-

les (hay una mina de barita⁴). El área ocupa 2,323 kilómetros cuadrados y la altura del terreno oscila entre los 700 y los 3,300 Metros Sobre el Nivel del Mar (MSNM). Según proyecciones del Instituto Nacional de Estadística (INE), para 2010 el pueblo Ixil estaba integrado por 154,369 habitantes.

Ixil es el nombre del grupo indígena de origen maya que se habría asentado en el área en el año 200 de nuestra era. Nebaj es el municipio más grande con 50 mil habitantes, aunque se estima que solo el 15 por ciento de ese número vive en el poblado, ya que el resto vive entre las montañas de la sierra. Existen algunas diferencias en el idioma que hablan, ya que tiene variaciones en cada municipio. Y en el aspecto de los rituales religiosos, han mezclado los ritos ancestrales mayas con las ceremonias del culto católico. En estos ritos participan sacerdotes mayas, curanderos y adivinos, quienes rezan al creador del mundo, al señor de los cerros y del agua.

Para el pueblo Ixil las luchas y las resistencias desde sus antepasados hasta la actualidad están signados por los cuatro caminos de la tierra. Los pueblos, las historias de sus familias y de sus comunidades han caminado por esos cuatro caminos. Son los caminos del mundo, son los cuatro corredores del agua que llegan hasta el mar. Es el agua misma que constituye la forma de la memoria de este pueblo y la forma en que se ven a sí mismos: “corazones de la montaña en donde nacen las aguas que caminan”.⁵ El idioma Ixil se habla desde casi 250 años después de la fundación de Roma.

El pueblo Ixil ha adquirido la capacidad de auto regeneración a través de los siglos. Han sido asediados con ferocidad a lo largo de la historia. El fascinante trazo vital que realiza este pueblo instalado en las montañas guatemaltecas es milenario. Su historia es el Arco de los Siglos y su resistencia pervive en tensión. El sujeto ixil es pues, un sujeto nacional con todos los rasgos posibles de “lo” guatemalteco. Podría decirse que el pueblo Ixil lo que hace es vivir su memoria como praxis cotidiana. Esa memoria no puede distanciarse de la actualidad con que ocurre la reproducción del dolor en el cuerpo social en sus luchas. De esta cuenta es que se puede pensar en ese tipo de memoria como una llave para salir de la brutalidad capitalista.

⁴ Véase: <https://cmiguarte.org/los-viejos-enganos-y-las-nuevas-promesas/>

⁵ Boletín Informativo 005, junio de 2013. *Cuatro rumbos y una historia de resistencia histórica del pueblo ixil*. Consejo de Autoridades Mayas de la Región Ixil.

El juicio contra Ríos Montt es un rasgo de esa resistencia. En efecto, en 2013 el ex dictador guatemalteco, Efraín Ríos Montt, fue llevado a juicio por la matanza de 1,771 indígenas ixiles cometida cuando fue gobernante de facto entre 1982 y 1983. La excusa por esas matanzas ha sido que se les consideró colaboradores de la guerrilla. La sentencia consideró probado que los militares bajo su mando cometieron actos que implicaron el exterminio, según la densidad demográfica, y migración forzosa de otras comunidades. También se consideró probado lo sistemático de la violación sexual de mujeres y niñas ixiles, al extremo de esclavitud sexual. De hecho, la abogada Paloma Soria concluyó que esa violencia sexual fue generalizada y prueba que había intención de destruir al grupo: “Cuando atacas a las mujeres de esa manera estás impidiendo la reproducción de la comunidad. Física y culturalmente, porque las ixiles, además, tienen un papel determinante en la transmisión de su cultura y tradiciones”.⁶ En resumen: el juicio actualizó la resistencia ixil y dejó al descubierto intereses de gran calado que se disputan en su territorio. Estos intereses entran en conflicto y giran en torno a los recursos naturales pero también inciden elementos ideológicos.

En ese sentido la resistencia ixil presenta elementos que describen aquellos flujos de poder que persisten en su contradicción y que por lo tanto no logran atraparla o extinguirla. Es una memoria de resistencias, conflictos y antagonismo como devenir social. Parte de esa resistencia se puede vincular con la idea de la no identidad, porque es una identidad desplegada contra la dominación. Así, las rebeldías se pueden pensar como luchas que se resisten a que la memoria solo reproduzca el terror del pasado. Las rebeldías también son luchas contra el olvido, son propuestas por el no olvido, buscan que la memoria sea en efecto, el no olvido.

V

Es a partir del segundo capítulo donde considero que queda más claro el argumento central del presente trabajo. Una mirada contemporánea del genocidio en los términos que plantea Feierstein (2011), hace posible una tipología de la que se desprende una en particular que me interesa: el *genocidio reorganizador de las relaciones sociales*. Es aquí donde el autor argentino propone recalcar en la periodización que describí con bre-

⁶ Paloma Soria es una abogada española, especializada en género y letrada de la Women's Link Worldwide.

vedad arriba. A tenor de esta propuesta, resulta enriquecedor el concepto de genocidio como tecnología de poder (cuyo substrato es lo biopolítico) y la noción de experiencia concentracionaria, porque son aspectos que permiten elaborar una interpretación sobre la implicación política de esas prácticas en el presente, es decir, de su persistencia y sus afinidades con el desarrollo capitalista “y con los modos de construcción de una subjetividad que confronte y resista esas tendencias” (Feierstein, 2011: 27). Eso no significa dejar por fuera el análisis de la destrucción o aniquilamiento, sino que en tanto elementos del genocidio reorganizador, se los piensa como medios y no como fines, y así queda claro que el proceso tiene como objetivo el conjunto social del cual borrar y desterrar aquellas relaciones sociales que confrontan al poder establecido, en otras palabras, quiere reorganizar los vínculos, los códigos, la cotidianidad y las mediaciones políticas que están en el ejercicio concreto y abstracto del poder. Cabe decir que Feierstein desarrolla un trabajo comparativo entre los procesos de aniquilamiento del nazismo entre 1933 y 1945, y el ocurrido en la República Argentina entre 1974 y 1983, de esa cuenta, logra que su análisis vaya más allá de la dimensión subjetiva, de modo que se diferencia de lo que aquí aposté lograr, sin embargo, sí me orientó a pensar en una forma de examinar la dimensión política del genocidio como objeto de estudio que incluye en su estrategia metodológica, elementos de la historia oral, en vista de que se trata de una práctica social que empieza antes del aniquilamiento y termina en la posteridad.

Por esa razón es que me decanté por un aproximación a los organismos del aparato de inteligencia del guatemalteco y su lógica contrainsurgente, porque de acuerdo con mi criterio, explican las condiciones de posibilidad de la experiencia concentracionaria y por lo tanto, habilitan la comprensión del fenómeno de la irradiación del terror como dispositivo biopolítico, del rompimiento del lazo social, del arrasamiento subjetivo que afectan al sujeto y sus consecuencias políticas. ¿Cómo indagar, entonces, sobre estas cuestiones a cuarenta años del aniquilamiento material y a una década de la sentencia por genocidio? Quizá valga una explicación en términos de mi estrategia metodológica: mi abordaje es un trabajo de investigación cualitativa. Así, la información contenida busca describir y explicar una serie de hechos vinculados con los objetivos específicos para encontrar las razones o causas que fundamenten la argumentación de cada parte. No obstante, se plantea también, pensar la metodología como parte de un problema epistemológico, más que como meras técnicas de recopilación de datos o consulta de documentos y otras fuentes que, naturalmente, están implicadas en un proceso de inves-

tigación. Una primera reflexión en este plano sería que, más que elaborar complicados instrumentos de recopilación o procesamiento de datos, se trata de una actividad que localiza al investigador en el mundo, de prácticas materiales interpretativas que hacen visible el mundo y que lo transforman para convertirlo en representaciones desde el punto de vista de los significados que les dan las personas (Denzin y Lincoln, 2011). En lo que digan y expresen esas personas, puede decirse, están las posibilidades de desarrollo de la investigación cualitativa. Otra reflexión que cabe hacer es sobre la idea de que la investigación cualitativa transforma el mundo porque llama a no engañarnos, no hay neutralidad: se toma parte. Para Denzin y Lincoln “la investigación cualitativa es un proyecto de indagación, pero es también un proyecto moral, alegórico y terapéutico”. Esa toma de posición implica, pues, un compromiso político por los no privilegiados, es una forma, entre otras, de entender el mundo.

VI

Dicho lo anterior se puede entender el por qué de los relatos incluidos en esta investigación. Además, si se tiene presente que la Realización Simbólica del genocidio tiene como punto nodal la forma en que se narra y se recuerdan las experiencias traumáticas de la violencia masiva, la memoria como categoría analítica cobra su mayor relevancia en ellos porque emergen en el presente. De igual manera es posible, al menos brevemente, dejar constancia de que los avances en neurociencias, movilizan lo que en ciencias sociales se conoce como memoria. Con esta base, a lo largo de los capítulos tres y cuatro, apuesto por abordar dos articulaciones de cara a la Realización Simbólica: entre memoria e identidad y memoria y acción. Los ejes analíticos que propongo en ese sentido son: a) Memoria y relatos como práctica revertidora; b) Memoria y representación (irradiación del terror); c) Arrasamiento subjetivo del sujeto; d) Realización Simbólica y trabajo de elaboración; e) Políticas de la memoria; f) Usos de la memoria en el presente.

Mi expectativa es que se haga posible, como plantea Jelin (2002), una amplificación de la memoria hacia un *Nuevo Relato*, porque contribuye a vislumbrar las formas en que la justicia social suma a la construcción de ciudadanías activas. Es cierto que los relatos tienen diversas implicaciones, sobre todo en la manera de pensar el método científico en ciencias sociales y sus debates (no debe olvidarse que son métodos biográficos), y que desde el punto de vista de ese debate, se puede decir que gira en torno a las hipótesis, es decir, en derivar explicaciones y aportar a la comprensión, muy en la idea de Weber.

Por su parte la historia oral, si bien es un campo de estudio, también es un método que en el presente cobra importancia, sobre todo si se tiene en cuenta el avance de las tecnologías de la información (TIC) en tanto técnica de recopilación. Y porque en algún momento su uso fue puesto en cuestión desde la perspectiva de si en realidad servían para lo que se supone deberían servir. En todo caso, surge la pregunta de cómo es que estos dispositivos están influyendo en la producción de conocimiento social. Pero más allá de este aspecto, se puede decir que los relatos sirven para plantear una visión crítica de la noción de movilidad social. Para Ferrarotti (2007) son centrales las ideas alrededor de la cuestión de “texto y contexto”; porque en ellas se disecciona con mayor detalle el problema que presenta aquella discusión sobre lo cuantitativo y lo cualitativo. Sobre todo porque no propone una visión excluyente en esta dicotomía, sino que, por el contrario, vincula ambas nociones al trabajo sociológico y nos muestra de alguna manera, el potencial metodológico si se puede llamar así, de trabajar ambos aspectos para una mayor profundidad en la investigación social. Una última reflexión es sobre la ética en este campo. Romero (2008) y Durán (2012), plantean una cuestión clave: ¿cuáles son aquellos problemas que el investigador enfrenta en su proceso de recopilación de datos? Un desafío en este sentido está en enunciar o denunciar (sobre lo inenarrable); y en lo “macrosocial”, cómo los pueblos construyen su memoria propia, porque como se sabe, es algo que también está mediado por el Estado.

Para concluir esta introducción, declaro que asumo mi responsabilidad en el total de las falencias, vacíos, errores, subdesarrollos y deudas en este abordaje.

PRIMER CAPÍTULO: LOS PROBLEMAS TEÓRICOS

Primera parte

1. Problemas teóricos para un abordaje de las prácticas sociales genocidas en Guatemala

*La dignidad para mí es aquello que me permite abrazar
y ser abrazado por otro sin vergüenza.
La indignidad máxima es no poder abrazar a otro
porque mataste a sus hijos.*
Raúl Zurita, mayo de 2020

Cuando se plantea la noción de Prácticas Sociales Genocidas (PSG), una primera tarea es dar cuenta de los problemas teóricos más importantes del término genocidio. Una cuestión inicial está relacionada con su creador, Rafael Lemkin, puesto que requiere poner a la vista los principales factores que planteó para la sustentación de sus ideas respecto a los asesinatos y violencia masivos que analizó en sus estudios. En segunda instancia es preciso entrar a la discusión respecto a la consustancialidad entre genocidio y Modernidad, como propone Feierstein (2011). Para esa labor los trabajos de Bruneau (2006) y Bauman (1989) serán fundamentales. Fue este último, quien primero propuso esa idea basándose en la experiencia nazi con los judíos, y otros grupos en Europa, que generalmente se denomina Holocausto o Shoah.

En este capítulo me apresto a esa tarea, con miras a articularla con los elementos más importantes del juicio por el genocidio ixil en Guatemala. En efecto, derivado del mismo juicio que se llevó a cabo en 2013, hoy se conoce que la sentencia condenatoria para el ex dictador, fue parte de una lucha histórica de los sobrevivientes. En ese sentido, indago en el origen de esa lucha, los aspectos que se juzgaron y las tensiones alrededor de la pugna jurídico-legal que el juicio hizo emerger.

Seguidamente, presento algunos apuntes derivados del rastreo sobre los procesos de matanzas y exterminio masivo, pensados como un sumario de la historia humana que consolidó la creencia de la superioridad de ciertos humanos sobre otros como ideología. En este sentido, el punto de partida que algunos historiadores proponen, es el carácter de las élites europeas (reinos monárquicos e imperios) en iniciáticos procesos de institucionalización de la sangre, la raza y el color de la piel en la baja Edad Media. En estos procesos se halla el antecedente que orientó, en su momento, el proceder de las guerras de los cruzados, la inquisición medieval y con posteridad, la conquista y la inquisición española. No me propuse elaborar un estudio sobre el genocidio colonialista llevado a cabo en el continente. Mi interés fue ensayar algunas ideas sobre lo que antropólogos e historiadores llaman a discutir en años recientes: la utilidad heurística de aplicar la categoría de genocidio a las masacres que sufrieron los pueblos originarios.

Finalmente, incluyo en este capítulo, algunos apuntes generales respecto al estado de la cuestión del genocidio en Guatemala, siguiendo fundamentalmente el trabajo de Benedict Kiernan (2015). De esa cuenta, quedarán expuestas las circunstancias más relevantes que han configurado los principales problemas que el campo de estudios del genocidio ha enfrentado a la hora de pretender un abordaje académico del caso guatemalteco.

1.1 Lemkin y el neologismo genocidio: problemas teóricos

Aunque el trabajo que desarrolló Rafael Lemkin para acuñar el término genocidio le requirió una dedicación completa, otra tarea subyacente que queda es determinar cuál evento histórico es un genocidio, ya que entra en juego el diferenciar entre el genocidio y otros delitos, o comportamientos violentos. La mayoría de los casos que los expertos estudian tienen un rasgo controvertido, tanto en las acusaciones como en la aceptación del delito de genocidio: siempre surgen discusiones por los detalles y la interpretación que se hace de los hechos, y en consecuencia aparecen otras versiones de lo supuestamente acontecido.

Hasta hace pocos años la Fundación Berg, publicó en español la biografía de Rafael Lemkin (1900-1959), bajo el nombre de *Rafael Lemkim. Totalmente extraoficial. Autobiografía* (2018). En esta obra se detalla la vida del creador del término genocidio, y la enorme tarea que, ya como jurista, conllevó traducir sus hallazgos en una ley de obser-

vancia internacional. Así se sabe que, aunque Lemkin trabajó en Europa desde 1933 en foros internacionales -con el fin de introducir medidas de seguridad para grupos étnicos, religiosos y sociales- hacia finales de 1940, su labor no había tenido mucho éxito.

Es de recordar que Lemkin nace en 1900, y, por lo tanto, la Revolución Rusa de 1917 y los estertores de la Primera Guerra Mundial (PGM), fueron el contexto de su edad temprana. De hecho, su ciudad natal, Bezwodne, pasó a formar parte de Polonia a partir de 1919, y más tarde, en 1945, de Bielorrusia. Lemkin inicialmente realizó estudios de lingüista en la ciudad de Lvov, pero es en 1920 cuando descubre la muerte de miles de civiles armenios deportados durante la PGM por el Imperio Otomano. Ese descubrimiento del joven Lemkin fue posible debido a la visibilidad que adquirió el caso del asesinato de Talaat Pashà, ministro otomano, a manos de un joven armenio, Soghomon Tehlirian, en Berlín de 1921. Tehlirian, de 23 años de edad, actuó en venganza contra Pashà, quien en 1915 había ordenado la deportación armenia, que resultó en la muerte de hasta un millón y medio de personas hacia 1923.

En su autobiografía Lemkin apuntó:

El tribunal de Berlín absolvió a Tehlirian. Se decidió que había actuado bajo “compulsión psicológica”. Tehlirian, quien defendió el orden moral de la humanidad, fue clasificado como loco, incapaz de discernir la naturaleza moral de su acto. Había actuado como el oficial legal autoproclamado para la conciencia de la humanidad. Pero, ¿puede un hombre designarse a sí mismo para impartir justicia? Por el momento, mis preocupaciones por el asesinato de inocentes se volvieron más significativas para mí. No sabía todas las respuestas, pero sentí que el mundo debía aprobar una ley contra este tipo de asesinatos raciales o religiosos (Lemkin, 2018, pág. 20).⁷

Además de interesarse por las masacres sistemáticas de armenios, también lo hizo por los sirios en Irak. Lemkin inició sus estudios en filosofía en la Universidad de Heidelberg, de donde finalmente habría de graduarse en derecho en 1926. Hacia 1934 desempeñó el cargo de fiscal en las cortes de Varsovia. Quizá la parte más personal para Lemkin con la Alemania nazi fue cuando, en 1939, Hitler ordenó la destrucción de Polonia. Pero Lemkin no olvidaría el aniquilamiento de los armenios y partiría de esa experien-

⁷ Traducción libre del inglés: C. Girón.

cia para darse cuenta de que una ley contra ese tipo de asesinatos raciales o religiosos debía ser adoptada por el mundo.

De hecho, tras la invasión de Alemania en Polonia, decidió dejar Europa, y para 1942 ya era profesor de la Duke University, en Estados Unidos. Apenas dos años después, en 1944, radicado en Washington D. C. y trabajando como analista de guerra, la Fundación Carnegie publica su obra *Axis Rule in Occupied Europe* (en español: *El poder del eje en la Europa ocupada*). Es en este trabajo que el autor da a conocer el término recién creado: “por el término ‘genocidio’ queremos decir la destrucción de una nación o de un grupo étnico” (Lemkin, 1944).⁸

Con el nuevo término, Lemkin busca denotar una práctica antigua en su versión moderna, se compone de la antigua palabra griega *genos* (raza, tribu) y de la palabra latina *cide* (matar). En términos generales, el genocidio no significa necesariamente la destrucción inmediata de una nación, salvo cuando se realiza por el exterminio masivo de todos los miembros de esa nación.⁹ En otro sentido, el trabajo de Lemkin busca dar la idea de un plan coordinado, comprensivo de diversas acciones, con el propósito de destruir los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales y de aniquilar grupos en sí. Por lo tanto, el genocidio se dirige contra el grupo nacional como una entidad, y las acciones del mismo son dirigidas a los individuos, no en su calidad de individuos, pero como miembros de un grupo nacional.

En la preparación de los juicios de Núremberg, Lemkin colaboró con un equipo de norteamericanos, y logró que se incluyera el término genocidio en la acusación contra los líderes nazis. Para entonces el genocidio no constituía un crimen desde el punto de vista legal, y como consecuencia, el veredicto de estos juicios no cubría ataques contra grupos durante tiempos de paz, solamente crímenes cometidos como parte de una guerra agresiva. Hoy se sabe que 49 integrantes de su familia, incluidos sus padres, murieron en campos de concentración, en el gueto de Varsovia, y en las llamadas *marchas de la muerte*. Lemkin tuvo noticia de estos hechos mientras estaba en Núremberg, y al volver a Estados Unidos, su determinación fue ver incorporado al derecho internacional el término genocidio.

⁸ Este libro de Lemkin fue publicado en español en 2009 en Argentina por la editorial Prometeo.

⁹ Este párrafo y algunos de los siguientes son una traducción de C. Girón.

Sus esfuerzos se encaminaron a buscar todos los apoyos posibles en las primeras sesiones de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Lemkin desplegó toda su energía para lograr el apoyo de las delegaciones nacionales y de los líderes internacionales. El 9 de diciembre de 1948 vería los resultados cuando la ONU aprobó la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio (CPSDG). Apenas once años después, en 1959, Lemkin falleció de un ataque al corazón. Hasta entonces se dedicó a instar a distintos países a aprobar legislación para apoyar a la Convención.

No obstante, los avatares alrededor del término genocidio no se detuvieron allí. Al adentrarse en la literatura sobre el tema del genocidio, se hace patente la impronta de temor que genera en muchas personas, las mismas aprensiones y desconfianzas en importantes sectores de la sociedad, en varias de las experiencias históricas conocidas, sin excluir la guatemalteca (Girón, 2017: 45-76) por ejemplo, y en los mismos estudiosos del campo, como pronto veremos. Es de observar que aquellas prácticas de exterminio físico, son superadas por la definición y el concepto de genocidio como lo planteó Lemkin.

De esta cuenta es que, muchos casos de genocidio, como el guatemalteco, resultan muy complejos detectar y de denunciar, y consecuentemente, mucho más difíciles de evitar o erradicar. Un ejemplo de esto son prácticas como el “genocidio cultural” o el “genocidio social”, que aunque son transgresiones a derechos fundamentales, no implica atentar contra la integridad física o la salud de las personas. En la actualidad, estas prácticas no han sido suprimidas de la sociedad, ante una impertérrita comunidad internacional, la ONU o el Consejo Europeo, como denuncia Bruneteau.

Pero por ahora quiero poner la atención en la experiencia de los nazis en Alemania, porque es la que hace emerger un campo científico: los estudios sobre el genocidio. Según Feierstein (2016: 14), los investigadores de este campo buscaron comprender y analizar la especificidad del uso del aniquilamiento masivo de poblaciones: “(...) el uso del terror para disciplinar a una sociedad y transformar su identidad, ya sea eliminando a todos los miembros de determinados grupos o a un número suficiente como para transformar (“reorganizar” lo llamaremos aquí) la identidad de los sobrevivientes”.

Antes de entrar en esos aspectos, es crucial detenerse en el trabajo de Lemkin y su desarrollo, porque es el que define la base conceptual de este campo científico. El primer texto del que se tiene noticia es su ponencia *General (Transnational) Danger*, que estaba lista para ser presentada en 1933 en Madrid, España, pero que finalmente, nunca tuvo la oportunidad de dar a conocer, porque los organizadores del Congreso prefirieron no incomodar al que era en aquel entonces el Canciller alemán: Adolf Hitler.

Debieron pasar once años para que publicara en Estados Unidos *Axis Rule in Occupied Europe*, en 1944, obra de 670 páginas donde desarrolla las ideas que tenía de su ponencia. Posteriormente, Lemkin publica varios artículos: *Genocide: A Modern Crime* (1945), que es un resumen del capítulo 9 de su obra *Axis Rule...; The Crime of Genocide* (1946), y *Genocide as a Crime under International Law* (1947), que son elaboraciones derivadas de su libro, presumiblemente dedicadas a públicos más amplios.

En 2003, la organización Prevent Genocide International, publicó el capítulo IX del libro de Lemkin en inglés, en su sitio de Internet¹⁰. A continuación una breve reseña en español de los contenidos de esta obra. En la nota introductoria se detalla que Lemkin usa la palabra genocidio ampliamente, no únicamente para describir políticas de exterminio directo de judíos y gitanos, sino para objetivos nazis menos inmediatos. De igual manera se explica que en el análisis de Lemkin, la Alemania nazi había emprendido una política para la reestructuración demográfica del continente europeo.

Por lo tanto, el autor también usó la palabra genocidio para describir un “plan coordinado de diferentes acciones” destinado a promover objetivos tales como un aumento en la tasa de natalidad de la población “aria”, la destrucción física de la población eslava durante un período de años y políticas para provocar la destrucción de la “cultura, el idioma, los sentimientos nacionales, la religión” y la existencia económica separada (pero no la existencia física) de las naciones “arias” no alemanas que se cree que están “unidas por sangre” en Alemania.¹¹ Es de resaltar que respecto al objetivo de aumentar la tasa de natalidad aria, es crucial, porque el genocidio desde esa perspectiva incluye mo-

¹⁰ El documento original en inglés, con una breve introducción, está disponible en: <http://bit.ly/2TOW72V>

¹¹ Este párrafo, y algunos otros, son una traducción libre C. Girón.

dificar las proporciones demográficas, y por lo tanto, tiene implicaciones biopolíticas como veremos más adelante.

En este sentido, el comentario del capítulo destaca que

En los últimos años, la palabra “genocidio” se ha utilizado con mayor frecuencia para referirse a la destrucción de grupos dentro de un solo país (“genocidio doméstico”). Sin embargo, en *Axis Rule*, la palabra se aplica a las políticas de ocupación realizadas en todo un continente. Las políticas dentro de Alemania se abordan solo en la medida en que estas políticas afectaron a Austria, y aquellas partes de Bélgica, Checoslovaquia, Francia, el Territorio de Memel y Polonia que se incorporaron formalmente a Alemania.¹²

El primer capítulo del libro *Axis Rule* consta de 92 páginas, y es un análisis de las “Técnicas germanas de ocupación”. En ese sentido, desarrolla una descripción general de aspectos como 1. Administración. 2. Política. 3. Leyes. 4. Cortes. 5. Propiedad. 6. Finanzas. 7. Trabajo. 8. Tratamiento a judíos, y 9. Genocidio. Se trata de un análisis de los diversos niveles necesarios y el sentido de la organización de la ocupación germana como una tarea normalizada y, como se puede ver, planificada en detalle.

El segundo capítulo (167 páginas) se titula “Los países ocupados”, y aborda aspectos específicos de la administración de la ocupación por parte de los poderes del Eje. Además de las políticas de ocupación alemanas, aborda las políticas de los otros países del Eje: Italia, Bulgaria, Hungría y Rumania, así como los estados títeres (*puppet States*) en tiempos de la guerra de Croacia y Eslovaquia. Los 17 países y territorios ocupados incluidos en el libro son Albania, Austria, los Estados Bálticos (Lituania, Letonia y Estonia), Bélgica, Checoslovaquia, Danzig, Dinamarca, las Islas del Canal de la Mancha, Francia, Grecia, Luxemburgo, Territorio Memel, Países Bajos, Noruega, Polonia, la URSS y Yugoslavia.

Finalmente, la tercera y más larga parte del libro *Axis Rule* (370 páginas), se ocupa, según el comentarista, de “proporcionar traducciones al inglés de 334 estatutos, decretos

¹² Traducción libre de C. Girón. En el original: *In recent years the word “genocide” has most often been used to refer to the destruction of groups within a single country (“domestic genocide”). In Axis Rule, however, the word applies to occupation policies conducted across an entire continent. Policies within Germany are addressed only to the extent that these policies impacted Austria, and those parts of Belgium, Czechoslovakia, France, the Memel Territory and Poland formally incorporated into Germany.*

y leyes de los 17 países y territorios ocupados. Un aspecto fundamental de estas traducciones, es que se trataba de documentos públicos:

La mayoría de los documentos son de los años 1940 y 1941, aunque la colección abarca un período de cinco años y medio del 13 de marzo de 1938 al 13 de noviembre de 1942. El rango de las fechas subraya el hecho de que *Axis Rule* fue un trabajo de análisis de los documentos públicos del enemigo escritos durante la guerra (y no los capturados al final de la guerra). Estos documentos estaban disponibles para Lemkin y otros de fuentes en los países neutrales de Europa.¹³

Resulta clarificador aproximarse a los párrafos iniciales de este emblemático capítulo IX. Para los familiarizados con el tema, el *New conceptions require new terms* (Nuevas concepciones requieren nuevos términos) hace recordar aquellas frases rotundas de Marx: “Un fantasma recorre Europa...”, o “La religión es el opio del pueblo...”, etc. En el documento que la organización Prevent Genocide International dio a conocer, se lee que este capítulo se ha convertido en la sección más citada del libro. No obstante, agregan que entre 1944 y 1946, el libro completo fue de gran valor como una guía de referencia para los investigadores de crímenes de guerra, los gobiernos que regresaron del exilio y las secciones de Asuntos Civiles de los ejércitos aliados que intentaban establecer el orden en la Europa de posguerra.

En una parte del párrafo inicial del capítulo IX, Lemkin deja en claro que el genocidio conlleva una planificación que coordina diferentes acciones:

Los objetivos de dicho plan serían la desintegración de la política e instituciones sociales, de cultura, idioma, sentimientos nacionales, religión y existencia económica de grupos nacionales, y la destrucción de la seguridad personal, libertad, salud, dignidad, e incluso la vida de las personas que pertenecen a dichos grupos. El genocidio es dirigido contra el grupo nacional como entidad, y las acciones involucradas están dirigidas contra individuos, no en su capacidad individual, sino como miembros del grupo nacional.¹⁴

Lemkin ofrece un ejemplo, que considera suficiente, para dejar en claro el tipo de acciones que debilitan a las entidades nacionales:

¹³ Traducción libre de C. Girón.

¹⁴ Traducción libre de C. Girón.

La confiscación de bienes de grupos nacionales del área ocupada porque abandonaron el país, puede considerarse simplemente como una privación de sus derechos de propiedad individual. Sin embargo, si se ordenan las confiscaciones contra individuos únicamente porque son polacos, judíos o checos, entonces lo mismo las confiscaciones tienden a debilitar las entidades nacionales de las cuales esas personas son miembros.¹⁵

A continuación, Lemkin señala que el genocidio tiene dos fases:

una, la destrucción del patrón nacional del grupo oprimido; la otra, la imposición del patrón nacional del opresor. Esta imposición, a su vez, puede ser hecha sobre la población oprimida a la que se le permite permanecer, o sobre el territorio solamente, después de la eliminación de la población y la colonización por los propios nacionales del opresor.¹⁶

Uno de los primeros problemas que Lemkin trata de resolver es la diferencia que entiende que existe entre el término “Desnacionalización” (*Desnationalization*), que sería un sinónimo, dependiendo de qué autores, del término “etnocidio” (*Ethnocide*). Hay una inadecuación:

Desnacionalización fue la palabra usada en el pasado para describir la destrucción de un patrón nacional. El autor cree, sin embargo, que esta palabra es inadecuada porque: 1.) no connota la destrucción de la estructura biológica; 2.) al connotar la destrucción de un patrón nacional no connota la imposición del patrón nacional del opresor; y 3.) algunos autores utilizan la desnacionalización para referirse únicamente a la privación de ciudadanía.¹⁷

El mismo Lemkin apunta que muchos autores, en lugar de usar un término genérico, usan términos actuales que connotan solo algunos aspectos funcionales de la noción genérica principal de genocidio:

Así, los términos “germanización”, “magiarización” (húngarización), “italianización”, por ejemplo, se utilizan para connotar la imposición de una nación más fuerte (Alemania, Hungría, Italia) de su patrón nacional sobre un grupo nacional controlado por él. El autor

¹⁵ Traducción libre de C. Girón.

¹⁶ Traducción libre de C. Girón.

¹⁷ Traducción libre de C. Girón.

crea que estos términos también son inadecuados porque no transmiten los elementos comunes de una noción genérica y porque tratan principalmente los aspectos culturales, económicos y sociales del genocidio, dejando de lado el aspecto biológico, como la causante del deterioro físico e incluso destrucción de la población involucrada. Si uno usa el término “germanización” de los polacos, por ejemplo, en esta connotación, significa que los polacos, como los seres humanos, se preservan y solo se impone el patrón nacional de los alemanes sobre ellos. Tal término es demasiado restringido para aplicarse a un proceso en el que la población es atacada, en un sentido físico, y es eliminada y suplantada por poblaciones de las naciones opresoras.¹⁸

En la primera parte del siguiente párrafo, Lemkin hace alusión directa al Reglamento relativo a las leyes y costumbres de la guerra terrestre (H.IV.R), firmado en La Haya el 18 de octubre de 1907, y lo analiza en relación con lo que se conoce como Doctrina Rousseau-Portalis:

El genocidio es la antítesis de la Doctrina Rousseau-Portalis, que puede considerarse como implícita en el Reglamento de La Haya. Esta doctrina sostiene que la guerra se dirige contra los soberanos y ejércitos, no contra súbditos y civiles. En su aplicación moderna en la sociedad civilizada, la doctrina significa que la guerra se lleva a cabo contra estados y fuerzas armadas y no contra poblaciones. Se requirió un largo período de evolución en la sociedad civilizada para marcar el camino de guerras de exterminio, que ocurrieron en la antigüedad y en la Edad Media, a la concepción de guerras como esencialmente limitada a actividades contra ejércitos y estados.¹⁹

En la segunda parte del párrafo, Lemkin acusa claramente al “ocupante alemán” de practicar el genocidio, en vista de que hizo la guerra, no sólo contra los estados y sus ejércitos, sino también contra pueblos:

En la guerra actual, sin embargo, el genocidio es ampliamente practicado por el ocupante alemán. Alemania podría no aceptar la Doctrina Rousseau-Portalis: primero, porque Alemania está librando una guerra total; y segundo, porque, de acuerdo con la doctrina del nacionalsocialismo, la nación, no el estado, es el factor predominante. En esta concepción alemana, la nación proporciona el elemento biológico para el estado. En consecuencia, al hacer cumplir el Nuevo Orden, los alemanes se prepararon, libraron y conti-

¹⁸ Traducción libre de C. Girón.

¹⁹ Traducción libre de C. Girón.

nuaron una guerra no solo contra los estados y sus ejércitos sino contra pueblos. Para las autoridades de ocupación alemanas, la guerra parece ofrecer la ocasión más apropiada para llevar a cabo su política de genocidio. Su razonamiento parece ser el siguiente:

La nación enemiga bajo el control de Alemania debe ser destruida, desintegrada o debilitada en diferentes grados en las próximas décadas. Así el pueblo alemán en el periodo de posguerra estará en condiciones de tratar con otros pueblos europeos desde un punto de vista de superioridad biológica. Porque la imposición de esta política de genocidio es más destructiva para un pueblo que las lesiones sufridas en la lucha real, el pueblo alemán será más fuerte que los pueblos subyugados después de la guerra, incluso si el ejército alemán es derrotado. A este respecto, el genocidio es una nueva técnica de ocupación dirigida a ganar la paz a pesar de que la guerra en sí esté perdida.²⁰

De acuerdo con Lemkin, para este propósito, el ocupante ha elaborado un sistema diseñado para destruir naciones según un plan previamente preparado. Además, recuerda que Hitler, incluso antes de la guerra

preveía el genocidio como un medio de cambiar las interrelaciones biológicas en Europa a favor de Alemania. La concepción de Hitler del genocidio no se basa en patrones culturales sino biológicos. Él cree que “la germanización solo puede llevarse a cabo con la tierra y nunca con hombres”.²¹

En el párrafo final de esta primera parte del capítulo IX de *Axis Rule* Lemkin relata que cuando Alemania ocupó los diversos países europeos, Hitler consideró su administración tan importante que ordenó que los comisionados y gobernadores del Reich fueran responsables directamente ante él.

El plan de genocidio tuvo que adaptarse a las consideraciones políticas en diferentes países. No se pudo implementar con toda su fuerza en todos los estados conquistados y, por lo tanto, el plan varía según el sujeto, las modalidades y el grado de intensidad en cada país ocupado. Algunos grupos -como los judíos- deben ser destruidos completamente. Se hace una distinción entre los pueblos que se consideran estar relacionados por sangre al pueblo alemán (como holandeses, noruegos, flamencos, luxemburgueses), y pueblos no relacionados por la sangre (como los polacos, eslovenos, serbios). La población del pri-

²⁰ Traducción libre de C. Girón.

²¹ Traducción libre de C. Girón.

mer grupo se considera digna de ser germanizada. Con respecto a los polacos en particular, Hitler expresó la opinión de que es solo su suelo el que *puede y debería ser rentablemente germanizado*.²²

En la segunda parte del capítulo IX, Lemkin desarrollará una descripción de lo que llama “técnicas de genocidio en varios campos”. Estos campos son, según el autor: 1. político, 2. Social, 3. Cultural, 4. Económico, 5. Biológico, 6. Físico (este campo incluye aspectos como la discriminación racial en la alimentación, poner en peligro la salud, y el asesinato masivo), 7. Religioso y 8. Moral. Y en la parte final de este capítulo IX, Lemkin hace algunas recomendaciones “para el futuro”, y dedica varios párrafos a dos cuestiones: a. La prohibición del genocidio en tiempos de guerra y de paz, y b. El control internacional de las prácticas de ocupación.

Hasta aquí, como hemos visto, no hay lugar a dudas a la hora de identificar al creador del término genocidio. Pero Lemkin no compartía la idea de que a procesos de “desnacionalización” se llamaran genocidio. Desde esa mirada, quizá vale la pena detenerse un momento en la obra *Du système de dépopulation, ou la vie et les crimes de Carrier, son procès et celui du Comité révolutionnaire de Nantes*,²³ de 1794 escrita por el teórico francés, François-Noël Babeuf, mejor conocido como *Gracchus Babeuf*. En el contexto de la Revolución francesa, Babeuf fue un defensor de los derechos del pueblo desde *Le tribun du peuple*, y también fue líder de la *Société des égaux*. Su rol en la Conspiración de los Iguales fue de primer orden, y su pensamiento, el “babuvismo”, es considerado como un eslabón en el desarrollo del pensamiento comunista (Saboul, 1984b: 343-344).

Lemkin nunca sabría de la obra de Bebeuf porque fue publicada recientemente en 2008. Pero según Xabier Irujo (2016) del Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada, Babeuf concibió este nuevo concepto de “sistema de despoblamiento” a la vista de las atrocidades promovidas por Bertrand de Barère contra el pueblo vendeano desde la tribuna revolucionaria francesa

²² Traducción libre de C. Girón. Las cursivas aparecen en el original en inglés: (...) *can and should be profitably Germanized*, señala Lemkin citando *Mein Kampf*, de Adolf Hitler.

²³ La traducción libre del título de esta obra sería: *Del sistema de despoblación, donde se juzga la vida y los crímenes de Carrier y el del Comité Revolucionario de Nantes*. En español se ha publicado de Babeuf, *El sistema de despoblación: Genocidio y Revolución francesa* (2008).

(...) las cuales fueron puntualmente ejecutadas entre otros por las columnas infernales de Louis Marie Turreau y Jean Baptiste Carrier, representante del gobierno revolucionario en Nantes. Éste último (Carrier) organizó la masacre de unos 9.000 civiles entre mediados de noviembre de 1793 y finales de febrero de 1794. Carrier asesinó a mujeres y niños y a un nutrido grupo de religiosos hundiéndolos en el Loira. Otros miles murieron fusilados o por abusos, enfermedad, hambre y frío. Por sus servicios, Carrier fue nombrado secretario de la convención francesa y su nombre está grabado en el *arc de triomphe de l'étoile de París* (Irujo, 2016).

Según refiere Irujo, el libro de Babeuf no fue muy popular, y en 1897 el autor fue guillotinado “por defender ideas ‘radicales’ como que “la naturaleza ha dado a cada hombre el derecho a disfrutar por igual de todos los bienes” (este es el Artículo 1 del Sistema Babeuf, adoptado por el Comité Insurreccional de la llamada Conjunción de Iguales). De hecho, Irujo apunta que el libro de Babeuf fue publicado en español hasta recién en 2008, un año antes de que se publicara en español el libro de Lemkin, en 2009, y comenta que:

Paralelamente, no hay apenas cátedras de estudios del genocidio en Europa, todo lo cual ha dado lugar a diferentes interpretaciones de la definición dada por el autor (Lemkin) del término “genocidio”, no siempre totalmente acertadas (Irujo, 2016).

He aquí uno de los primeros problemas que podemos vislumbrar: a la hora de contrastar otras interpretaciones sobre lo que Lemkin elaboró, se puede ver que no siempre esas interpretaciones son aceptadas en su generalidad o a veces buscan elucidar otros casos. Por ejemplo Irujo, busca mostrar la lógica subyacente en el corpus legal del régimen franquista y los hechos violentos ocurridos en suelo vasco entre 1936 y 1945. Sin embargo, Irujo intenta seguir a Lemkin.

Genocidio no significa necesariamente el exterminio de una importante proporción de personas pertenecientes a una nación y tampoco es, exclusivamente, el asesinato en masa de personas pertenecientes a una nación, sino el intento de destruir esta nación en sí misma, no solo a sus individuos, sino también sus modos de vida, su estructura social, sus instituciones políticas, su economía, su cultura, su lengua, su religión, música, literatura... y todo los elementos característicos de la identidad colectiva de este colectivo humano. Genocidio es asimilación (Irujo, 2016).

Otro aspecto que Irujo aclara en su texto es la idea de “patrón nacional” que utiliza Lemkin. En primer lugar, se sabe que el objetivo de una campaña de genocidio es desintegrar o desmembrar un grupo nacional, en tanto grupo como entidad. Es cierto que, al final de cuentas, mueren personas físicas, pero como integrantes de un grupo nacional, como víctimas de las acciones genocidas, sobre las cuales se actúa, no por “haber hecho algo”, sino por “ser algo”, es decir, por ser parte del grupo que se pretende destruir. En el capítulo dos de esta tesis se profundizará en esos aspectos.

En su explicación, Irujo considera que el colectivo de víctimas es un “grupo humano”, una comunidad, una nación. En otras palabras, no es una simple asociación de personas, se trata de un colectivo humano reconocido como tal por las propias víctimas, pero también por el agente genocida. Es un colectivo humano identificable por sus rasgos étnicos, culturales, religiosos, sociales, políticos o económicos. En esta lógica, esos rasgos son los que constituyen lo que Lemkin denominó el “patrón nacional” de dicho grupo humano, esto es, el universo cultural y de valores de dicho colectivo, son colectivos humanos que Lemkin considera como “generadores de cultura”.

Otra idea que señala Irujo tiene que ver con la noción de que el genocidio “no es un suceso puntual en el tiempo”, al contrario, comprende un conjunto de acciones coordinadas que se dilatan años e incluso décadas. Al mismo tiempo, señala, una campaña de genocidio supera las atrocidades que se consideran inherentes a una guerra: asesinato, tortura, violación, esclavización, trabajo forzado, prisión y otras formas de privación grave de la libertad física en violación a normas fundamentales de derecho procesal, deportación, destierro o exilio, secuestro de personas por agentes del estado o una organización política (fundamentalmente de menores de edad), y otros actos inhumanos que causen sufrimiento o atenten contra la integridad física, la salud mental o física de las personas. Según Irujo, en una campaña de genocidio “a la presencia de todas o algunas de las atrocidades precedentes, se suma la persecución de un grupo o colectividad con identidad propia por motivos políticos, culturales, religiosos, sociales, económicos, étnicos, de género o por cualquier otro motivo”.

Un ejemplo claro en la actualidad ha sido señalado por Evin Siwêd, quien al referirse a la política en Bashur (Kurdistán del Sur), observó:

La historia se repite. El estado otomano cometió un genocidio contra el pueblo armenio. Hoy lleva a cabo la misma política de genocidio contra el pueblo kurdo en el norte y este de Siria. Se encarcela a mujeres, políticos, civiles y periodistas. Las mujeres de Bashur enfrentan la persecución. En Shengal, las mujeres sufrieron abusos sexuales, torturas, asesinatos en masa en 2014 y fueron vendidas en mercados de esclavos. Más tarde, las mujeres yazidi formaron un ejército de mujeres para protegerse de las bandas del ISIS. Sin embargo, hoy vemos que los gobiernos de Bagdad y Hewler repiten sus planes y políticas contra el pueblo de Shengal.²⁴

Vistos estos aspectos, podemos entrar a la cuestión de la consustancialidad de la Modernidad y el genocidio. Nótese que no se dice holocausto, que es una expresión que se utiliza para hacer referencia al caso de los nazis, sino genocidio, porque alude a diferentes procesos de exterminio que han tenido lugar en diversas latitudes del planeta.

1.2 Los genocidios conocidos y la Modernidad

Fue Bernard Bruneteau en su obra *El siglo de los genocidios: Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda* (2006) quien llamó al siglo XX, el siglo del horror, mismo que se inauguró, como hemos visto, con la aniquilación de la población armenia, y posteriormente siguió con el exterminio de los tutsis de Ruanda y la mal llamada “limpieza étnica” en la ex Yugoslavia. La obra de Bruneteau muestra el *continuum* del terror de las masacres de Stalin, la Shoa perpetrada por los nazis, y la desaparición parcial de población de Camboya, como los grandes momentos genocidas del siglo XX, que han dejado su impronta en ciertas experiencias políticas, militares e ideológicas, y también, su potencial de violencia acumulativa.

Ese terror también estuvo presente en las experiencias de masacres de las conquistas coloniales, como veremos más adelante, y como señala Bruneteau, en las teorías de la lucha por la vida que las justificaron, o la guerra total de 1914, que habrían de poner frente a la muerte en masa, a los pueblos europeos.

²⁴ Véase: https://anfespanol.com/mujeres/siwed-terminaremos-con-la-ocupacion-y-construiremos-una-siria-democratica-23446?fbclid=IwAR0332kiMVxd2nY3NWJpXBf2rQef8Sq3swu6yseJrEj0QHQTMF_Eb4fvjW8

Un primer aspecto que analiza Bruneteau tiene que ver con las consecuencias del imperialismo occidental del siglo XIX sobre las sociedades colonizadas. En este sentido, la primer consecuencia que se puede mencionar es demográfica, porque es devastadora para las poblaciones indígenas, pudiéndose corroborar cuantiosas pérdidas humanas por la superioridad militar (Churchill, 1997).

Bruneteau pone como ejemplo, la batalla de Omdurman de 1898, en la que más de 10 mil guerreros sudaneses fueron masacrados a manos de los ingleses y sus potentes armas de fuego. La correlación de muertes fue prácticamente de 0-10,000, las muertes de soldados que se registraron fue de 49 hombres, pero como consecuencia de la emoción de la victoria porque se intoxicaron de alcohol.

Otro ejemplo que pone el autor, son las muertes por contagio de enfermedades que provocaron pandemias que mermaron las poblaciones indígenas. En este sentido cabe recordar que, como señala Miguel Cordero (2001) “Los estudios sobre el descubrimiento y colonización, tradicionalmente se han centrado sobre los aspectos militares, políticos, económicos y éticos. Ante la abrumadora producción de trabajos con esas metas, son minoría los ocupados en cuestiones científicas y escasos los que abordan cuestiones sanitarias”. La gripe fue el gran flagelo de los indígenas, según Cordero, y “figura entre una de las causas de las simas poblacionales observadas como consecuencia de la llegada española”, sin dejar de lado otras pandemias como la viruela, el sarampión, la fiebre amarilla, y la sífilis, entre otras.²⁵

Por otra parte, siguiendo a Alison Palmer, Bruneteau consigna tres aspectos de la represión contra la población indígena del sudeste de África, que se pueden comparar con la efectuada por las tropas coloniales alemanas entre 1904 y 1906. Palmer las llama “acti-

²⁵ Es importante notar que Cordero, en sus conclusiones, reconoce que las epidemias contienen un potencial para afectar las poblaciones “afectadas ex novo” al grado que puede “llegar a la eliminación de grandes contingentes e influir en la decadencia de civilizaciones, y utiliza esa conclusión para “exonerar” a España cuando dice que “las pandemias nuevas para América en la eliminación de grandes contingentes de indígenas, hecho que exonera a España del *genocidio* que los adversarios del poderío de nuestro imperio interesadamente difundieron, apoyados en españoles como B. de las Casas y otros. Para el caso guatemalteco, vale ver el ensayo que se publicó en 2020: *Los mayas y las grandes epidemias: «Poco a poco, una gran oscuridad, una larga noche» / «Xe k'a jala' chik ma tipe nima q'equ'm, nima aq'a'»*, disponible en: <https://www.plazapublica.com.gt/content/los-mayas-y-las-grandes-epidemias-poco-poco-una-gran-oscuridad-una-larga-noche-xe-ka-jala>

tudes pre-genocidas”, y argumenta que son observables, no sólo en la época colonial, sino en holocaustos o exterminios posteriores.

La primera de esas actitudes pre genocidas, es una fase preparatoria de exclusión jurídica y económica, para segregar a los sujetos por sus “diferencias genéticas” (pueden ser peligrosos o inferiores), y por lo tanto, se les puede confinar en áreas apartadas del grupo dominante y racista. Se trata de un proceso que les hace perder sus derechos jurídicos y cualquier derecho económico. Algunos investigadores contemporáneos hablan de una Sociología de los procesos de segregación y exclusión, como veremos en la segunda parte de este capítulo.

La segunda actitud pre genocida, implica un momento de resistencia de parte de los excluidos, el cual justificaría el proceso de exterminio, o como muchas veces sucedió, la expulsión de los sublevados. En esta dinámica, cualquier señal de resistencia se constituye en una “justificación” de las acciones de violencia posteriores.

La tercera actitud pre genocida consiste en una fase de racionalización, de la búsqueda de argumentos éticos y morales, y entonces extraer de ellos, la idea del deber de la humanidad de exterminar a aquellos impuros e inferiores, porque son un impedimento para el progreso. La única condición para admitir a los inferiores es que se sometan totalmente a la soberanía del superior.

A mediados del siglo XX, este proceso fue ejecutado con métodos similares en Alemania. Primero se aisló a los “impuros”, y se les expropió de sus posesiones y sus derechos, aunque en este caso no se registran revueltas, se pasa al proceso de exterminio, para poder “limpiar el mundo”, en vista de que los impuros son siempre elementos peligrosos para la sociedad.

Otra idea que rescata Bruneteau es la supuesta superioridad y el progreso social de los países occidentales en términos de democracia y libertad. Desde esa superioridad se construyó el relato de una sociedad primitiva sobre la vida de los indígenas. Desde esa perspectiva se hizo más fácil la adquisición de riquezas, y con ello poder y dominio colonial. Paralelamente, esa superioridad también se invocó en el campo científico. Bruneteau plantea que hubo una banalización científica del racismo que hicieron los

representantes más consolidados de la biología y la sociología hasta construir una verdadera “Vulgata” que se puso en práctica en el universo concreto de lo político y social (Bruneteau, 2006: 56-57).

En efecto, Bruneteau va a señalar aquellas “razones” que se utilizaron para apaciguar y dar lógica al exterminio, por un lado a la población, y por la otra a los soldados, en tanto que perpetradores, pero también más allá de estos grupos: los hombres de ciencia. Estos hombres son los que podrían elaborar argumentos “biológicos” para el exterminio de indígenas, y podrían apelar a las ideas en boga, como las de Darwin de la selección natural para la sobrevivencia de los más aptos, como pronto veremos.

Bruneteau compara el expansionismo nazi hacia el Este de Europa durante la Segunda Guerra Mundial con las guerras de exterminio colonial, porque el nazismo también utilizó el dominio y el exterminio, incluyendo las hambrunas planificadas ocurridas durante la época colonial, como veremos más adelante. No obstante, plantea una diferencia vinculada a la figura de Adolf Hitler, porque éste estaría impulsado por su odio racial (la motivación por odio exclusivamente, es claramente discutible), en tanto que el expansionismo colonial exterminaba por el poder de superioridad, y de su visión de los indígenas como meros animales, los cuales no podían significar ninguna amenaza para los invasores.

Los ejemplos de genocidio en el siglo XX dados por Feierstein fueron cometidos por, o estuvieron involucrados: 1. El Estado ittihadista turco. 2. La represión y genocidio en la URSS (1924-1953). 3. La Guerra Civil española y el franquismo. 4 El genocidio nazi (Feierstein plantea este genocidio como la reorganización de Alemania y de la Europa ocupada). 5. El colonialismo francés y las guerras de contrainsurgencia. 6. El colonialismo inglés y la descolonización: la India, Bangladesh, Sri Lanka, Palestina/Israel.

Claro está que en esta lista, Feierstein no incluye otros procesos, por ejemplo “el rol Japón (hasta la Segunda Guerra Mundial), y China (a partir de la Revolución) en todo el este asiático”, así como el rol de éste último país en los conflictos de África, e incluso su articulación en casos como la violencia en México en el siglo XXI. Por eso es que se trata de “una mirada parcial, situada en América Latina, sobre los modos y las caracte-

rísticas del uso del aniquilamiento masivo de población como un arma política durante el siglo XX”. Según este autor:

Del mismo modo, se enriquecería mucho la comprensión del genocidio a partir de la posibilidad de observar la especificidad del ejercicio de la violencia en el mundo árabe desde mediados del siglo XX, el rol del fundamentalismo islámico, las dictaduras patrimonialistas, el papel del petróleo, las disputas políticas, nacionales y religiosas internas dentro del mundo árabe, los tipos de articulación de estos conflictos con los intereses de los colonialismos estadounidense, ruso y chino, sus repercusiones en el conflicto palestino-israelí, entre infinitos elementos que aquí no pueden ser considerados (Feierstein, 2016: 43-35).

Respecto a África, Feierstein señala que en su estudio están ausentes los conflictos relevantes de esa zona, los casos que menciona son “Nigeria-Biafra, los saharauis en Marruecos, Etiopía, Uganda, Líbano, República Centroafricana, la Argelia contemporánea, el Congo o, más actualmente, el conflicto en Sudán, en Siria, en Irak o en Libia, entre otros.

Dos aspectos finales que vale la pena reflexionar con Bruneteau es, en primer lugar, sobre el surgimiento de la noción de “guerra total” en el contexto de la PGM. La llamada guerra total implicó el aniquilamiento total del enemigo, que fue un rasgo que la diferenció a otras guerras. Durante la PGM se utilizó la maquinaria militar para destruir al ejército enemigo y también a su población, en su dimensión física y también psicológica. Esto implicó también el surgimiento de una “cultura” de guerra, y el desarrollo de movimientos ideológicos motivados por el odio al enemigo. Bruneteau advierte que no se trata de una cultura como tal, sino una ideología, en la que evoca lo ocurrido en el pasado, y que determinaría aspectos importantes de las sociedades por venir. Y en segundo lugar, cabe observar los casos que toma como ejemplos de genocidios del siglo XX: 1. Armenia (1915). 2. Ucrania (1932-1933). 3. Shoa (1941-1945). 4. Camboya (1975-1979). 5. Ruanda (1994). 6. Bosnia (1992-1995).

A ojo de pájaro, la bibliografía sobre el Holocausto o *Shoa* parece inabarcable, y claramente, es la experiencia genocida más ampliamente conocida y difundida en el planeta. Existen infinidad de libros de toda naturaleza sobre el tema; artículos académicos y de

prensa; documentales audiovisuales y reportajes escritos, de diferente naturaleza y enfoques. Un ejemplo paradigmático que aquí tomaremos como punto de partida es *Modernidad y Holocausto*, del filósofo polaco-británico, Zygmunt Bauman (1989). En este libro el autor ensaya -basado en la obra de los filósofos, Hanna Arendt y Theodor Adorno- ofrecer una explicación sobre el totalitarismo y la Ilustración, cuyo argumento central es que la experiencia nazi (el Holocausto) no puede considerarse como un mero evento de la historia judía o como una regresión a un estado de barbarie “pre” moderna.

Bauman sostiene que debe considerarse la experiencia del Holocausto como profundamente conectada con la modernidad y su lógica de orden. En ese sentido, señala que algunos de los elementos, como la racionalidad procesal, la división del trabajo en actividades cada vez más específicas, la categorización taxonómica de diferentes especies, y una tendencia a entender la obediencia a las reglas como la moral por excelencia, tuvieron un rol de primer orden en la realización del Holocausto. Además, consideró que en las sociedades modernas persisten estos elementos, y por lo tanto, no han captado por completo las lecciones del Holocausto. En su propuesta analítica, Bauman pondera que los judíos devinieron en el *extraño por excelencia* en Europa, y en consecuencia, la Solución Final fue el ejemplo extremo de extirpar a esos extraños e incómodos que existían dentro de la sociedad, convertidos en extraños por la esa misma sociedad.

Para Bauman, el Holocausto tuvo diversos significados, al igual que las experiencias de los Gulag e Hiroshima, porque en esos acontecimientos se expresa la capacidad humana hacia la Maldad pensada como la instrumentalización de los recursos, ya que “se gestó y se puso en práctica en nuestra sociedad moderna e industrial, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento culminante de nuestra cultura y, por esta razón, es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura” (Bauman, 2010: 4). Y por esto mismo, el autor va a considerar que las consecuencias de aquella experiencia nos conciernen, y que sobre ella pesa un enorme silencio que no se ha superado hoy día, pese a las legislaciones de diversos países en materia de derechos humanos.

Además, Bauman advierte la persistencia de aquellos factores que hicieron posible el Holocausto: el monopolio de la violencia del Estado, y la ausencia de instituciones no políticas de regulación social, que producen. En la actualidad, para Bauman, esos efectos potencialmente horribles persisten. Y no sólo eso, también persiste la concurrencia

de otros factores decisivos a la hora de garantizar la impunidad: la paradoja de que la Unión Soviética perteneciera -al final de la guerra que perdió Alemania- al bando de los ganadores, por lo que pudo actuar políticamente a favor de su propia impunidad.

La impunidad de la burocracia soviética, según Bauman, demostró el mismo nivel en sus rasgos sistemáticos y metódicos, al que la burocracia nazi aplicó a los asesinatos masivos. De ahí que sea contrastante que mientras en 1989, Francis Fukuyama, preconizaba el fin de las grandes narrativas y el triunfo del capitalismo, Bauman advertía que “Si algo en nuestro orden social hizo posible que ocurriera el Holocausto en 1941, no podemos tener la certeza de que ese algo haya desaparecido desde entonces”.

Feierstein, siguiendo a Bauman, afirmará que el genocidio y la modernidad son consustanciales. Un desarrollo muy básico de esta afirmación tendría que dilucidar qué se entiende por Modernidad. En esta mirada, cabe decir que los historiadores hablan de “edades” o “períodos históricos” en un sentido convencional: Edad Antigua o Época Clásica, Edad Media, y Edad Moderna. Ésta última, supuso la superación de una visión religiosa del mundo frente a los avances de la ciencia, que habría puesto al ser humano en el pináculo del dominio de la razón. Un dato que no debe olvidarse es que se trata de un asunto eminentemente europeo: el Renacimiento y la Ilustración fueron la génesis de esta visión del mundo.

Es por eso que Auschwitz abre enormes interrogantes sobre los alcances de la racionalidad instrumental, cuando cae en manos de un líder totalitario como Hitler. Esta paradoja llevará a decir a Feierstein que, por lo tanto, Modernidad y genocidio son consustanciales: emergen de la mano del avance científico y tecnológico en las sociedades capitalistas industrializadas, y el elemento ideológico resulta clave a la hora de entender este tipo de violencia.

No debe olvidarse el rasgo eurocéntrico que acompaña la preocupación por la violencia masiva que representó el Holocausto. La gran pregunta fue: ¿Cómo es posible que los avances científicos y tecnológicos hayan sido dispuestos de esa forma para la eliminación sistemática de vidas humanas en el centro de Europa? En particular, es una preocupación por lo que sucede dentro de los campos de concentración y de exterminio, como hemos visto (Levi, 1987 y 1995; Frankl, 1991).

Daniel Feierstein (2016) denominará a las numerosas prácticas como “experiencia concentracionaria”, es decir, la experiencia que se deriva de haber estado dentro de un campo de concentración, donde lo ocurrido en la Alemania nazi destaca. De acuerdo con este autor, el concepto de genocidio busca dar cuenta de una especificidad muy particular de las matanzas masivas de población:

(...) su uso instrumental y el rol de la ideología en su concepción. La clásica matanza masiva de población se había llevado a cabo en la historia en busca de territorios o recursos. Sin embargo, el concepto de genocidio surgió para diferenciar esa modalidad clásica de la decisión de organizar una campaña sistemática para eliminar a grupos enteros de población, con el objetivo de erradicarlos del planeta y/o de utilizar el terror para disciplinar al conjunto social. Esta es la novedad moderna (Feierstein, 2016: 13-14).

En términos históricos, gracias a Lemkin, como vimos, esa tipología quedó plasmada en la Convención en 1948 y de ahí la preeminencia de la perspectiva jurídica, porque es la que finalmente constituye una herramienta para el procesamiento de este delito en particular, entre otras razones, porque son imprescriptibles. Es el caso del genocidio ixil por ejemplo, por otra parte, que tiene la característica de ser el primer caso de genocidio llevado a juicio contra un dictador en su propio país.

Segunda parte

2. El genocidio ixil en Guatemala

Para dibujar un panorama general sobre la situación de Guatemala en el post juicio por genocidio contra Ríos Montt, conviene tomar como punto de partida, el proceso de Memoria, Verdad y Justicia, que se venía gestando desde antes de los Acuerdos de Paz Firme y Duradera, y que se intensificó con la presión de los sobrevivientes de las atrocidades cometidas por las dictaduras militares, quienes clamaban fervientemente por un esclarecimiento de esas atrocidades (Rostica, 2010).

En el caso del delito de genocidio, cabe recordar que después de los Juicios de Núremberg, se conceptualizó la noción del “crimen de sistema”, en el cual subyacen, por una

parte la planificación, y por otra parte, la intensión para cometer determinadas atrocidades y delitos. En estos dos aspectos se excluye lo cuantitativo y también la frecuencia con que estos actos puedan darse, lo que en realidad constituye el acto criminal reside en la *pre* planificación. El factor estratégico es la participación del Estado o de un poder dentro del Estado, porque ayuda a entender este nivel de responsabilidad (Ferrajoli, 2019).

Por otra parte, como ya hemos visto, el artículo 2 de la Convención de la ONU es el que sintetiza la definición del delito de genocidio en el sistema legal internacional. En su sentido jurídico, los cinco aspectos que toma en cuenta la Convención son:

- 1. Las matanzas.** Aquí cabe destacar que no se necesita eliminar o exterminar a todo el grupo objetivo. Bastará con asesinar o desaparecer a líderes comunitarios, políticos, o personas clave en el entramado social, con la intención de dañar al grupo.
- 2. Las lesiones.** Es muy importante poner en relieve los dos aspectos de estas lesiones porque aluden a lo físico y a lo mental. Ambos niveles de lesiones al grupo pueden dañarlo como tal.
- 3. Sometimiento a condiciones de destrucción física del grupo.** Nótese que dice “sometimiento intencional” del grupo a unas condiciones de existencia que acarren su destrucción, “total o parcial”.
- 4. Impedir nacimientos.** El objetivo no es “administrar” a los nacidos, sino impedir que estos existan con “medidas destinadas a impedir nacimientos”.
- 5. Traslado de niños de un grupo a otro.** En el caso de Guatemala, la existencia de más de 22 grupos étnicos presentaba grandes posibilidades de que estos casos ocurrieren, como puede corroborarse con investigaciones recientes que vinculan este aspecto con lo que después se conoció como adopciones ilegales en el país.

El proceso de Memoria y Justicia empezó con la investigación de cinco casos, y el que se llevó a juicio contra Ríos Montt, es uno de esos casos. En este sentido, la política de terror de los gobiernos militares venía de una larga tradición de perseguir a elementos llamados subversivos o guerrilleros, pero también a elementos de amplios sectores organizados como opositores, estudiantes, sindicalistas, e intelectuales (Figuerola, 1999). A partir de 1978 con la llegada a la presidencia de Romeo Lucas García, se masifican

las atrocidades y las masacres, y con ello, ocurren los actos de genocidio: política de Tierra Arrasada y operaciones contrainsurgentes (González, 2014).

Tras un nuevo golpe de Estado, esta vez contra Romeo Lucas García en marzo de 1982, Efraín Ríos Montt, toma el poder del Estado y dio continuidad a aquellas políticas. Esto implicó que a nivel urbano la persecución fuera más bien selectiva, contra líderes de todo tipo, pero fundamentalmente aquellos que criticaran el pensamiento dominante (control militar casi absoluto de la vida social). Mientras que a nivel rural, la persecución fue sistemática y masiva contra la población maya: más del 80 por ciento de las víctimas fueron indígenas. La lucha contrainsurgente sirvió como justificación para la eliminación de los pueblos mayas (desaparición forzada masiva y selectiva) porque los pueblos indígenas fueron declarados enemigo interno del Estado guatemalteco (Kepfer, 2001).

Posterior a la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala, se elaboraron dos Informes de la Verdad. El primer informe fue elaborado por la Iglesia Católica y fue la base del segundo informe que elaboró la Organización de Naciones Unidas (ONU) por medio de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH). Éste último informe concluye que el ejército guatemalteco cometió crímenes de guerra, de lesa humanidad y actos de genocidio. Además, puso en relieve la exageración que se hizo de los vínculos de la guerrilla con las comunidades indígenas, misma que se alimentó de arraigados prejuicios racistas. Oficialmente el Estado guatemalteco no ha reconocido la validez de dichos informes, pero han servido de base para los casos de genocidio que se están impulsando en los tribunales del país (Angulo, 2019).

Cuando se dice que el control militar era casi absoluto hay que mencionar a las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), creadas por el ejército para incrementar el control poblacional, lo cual implicó armar a campesinos civiles e integrarlos a una estructura de corte paramilitar. La participación en estas PAC fue generalmente coaccionada, y fue una estrategia de control para que ellos se controlaran a “ellos mismos”, otorgándoles inclusive la potestad de eliminar físicamente a aquellas personas dentro de su propia comunidad que pudieran ser sospechosos de tener vínculos directos con la guerrilla o ser colaboradores indirectos (Salomón, 1994; Schirmer, 1999; Remijnsen, 2001; Rodas, 2001).

Lo que se conoce hoy como los datos oficiales tienen que ser entendidos como una muestra estadística. No hay que olvidar que la Comisión de la Verdad solo trabajó un año en el país, y que con el paso del tiempo, nuevas investigaciones sobre estas cifras, prácticamente no han existido. Aún así, la dimensión de esas cifras es abrumadora: 669 masacres cometidas contra poblaciones mayas civiles; más de 200 mil personas asesinadas; un millón de desplazados internos; medio millón de refugiados en el extranjero; y 45 mil personas desaparecidas. Para completar la imagen, el informe de la ONU indicó que el 83 por ciento de las víctimas pertenecía a una etnia maya, y que el 85 por ciento de las atrocidades fue perpetrada por el ejército de Guatemala. De esta cuenta se podría deducir que el 17 por ciento de las víctimas no pertenecía a una etnia maya y que el 15 por ciento de las atrocidades fue perpetrado por la guerrilla guatemalteca, pero lo interesante es que se cita que solamente el 3 por ciento de la violencia registrada, fue cometida por la guerrilla. No se trata de un dato menor porque contradice directamente el discurso de que la guerrilla cometió aquellas atrocidades y que el ejército únicamente respondía a los ataques insurgentes (Kobrak, 1999).

Una de las conclusiones de la CEH (1999: 29) permite ver por qué el racismo es un factor determinante a la hora de entender el genocidio en Guatemala:

...que la innegable realidad del racismo como doctrina de superioridad expresada permanentemente por el Estado constituye un factor fundamental para explicar la especial saña e indiscriminación con que se realizaron las operaciones militares contra centenares de comunidades mayas en el occidente y nororiente del país, en particular entre 1981 y 1983, cuando se concentraron más de la mitad de las masacres y acciones de tierra arrasada en su contra.

No se trata de un racismo a raíz del genocidio, sino el racismo como rasgo social y estructural que potenció las acciones exterminadoras (Casaús, 1992; 2019). Es importante recordar que la continuidad de estas políticas estaba estrechamente ligada al proyecto político que representaba Ríos Montt. En sus trabajos, Schirmer (1999) y Rosada-Granados (2001) han elaborado planteamientos respecto al proyecto político militar guatemalteco, que dejan en claro cómo en el caso de Ríos Montt, su proyecto político estaba definido por algunos rasgos como:

- a. Máximo poder del Estado.
- b. Control poblacional completo del país.
- c. Política de Terror en nombre de Dios.
- d. Una Guatemala unida, unificada, con una única identidad nacional.
- e. Los pueblos indígenas como símbolo del retraso económico.

Con la Proclama del 23 de marzo de 1982²⁶, Ríos Montt se adjudicó el cargo de Presidente de la Junta Militar de Gobierno y Ministro de la Defensa Nacional. Con la Proclama del 9 de junio de ese mismo año²⁷, el dictador se acreditó como Presidente de la República, Ministro de la Defensa Nacional y Comandante General del Ejército. A partir de ahí, Ríos Montt derogó la Constitución Política de la República, y creó el Estatuto Fundamental de Gobierno, por medio del cual absorbió individualmente las potestades que compartió con la golpista Junta Militar de Gobierno (Rostica, 2015).

En materia electoral, Ríos Montt dejó sin efecto las elecciones populares de aquel año. Y en cuanto a los otros poderes del Estado, disolvió el Congreso de la República y creó los Tribunales de Fuero Especial, con lo que queda claro el nivel de unificación que el dictador concentró en cuanto a las funciones del Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial (Muñoz, 2018). Muchos de los rasgos de su pensamiento pueden verse en detalle en la obra de Virginia Garrard-Burnett (2003), que compila y analiza los discursos que el ex dictador pronunciara entre los años 1982-1983.

2.1 El juicio contra Ríos Montt

Triángulo Ixil es una expresión que se utilizó para definir un objetivo militar en Guatemala, pero hace referencia a la región o área ixil, al norte del departamento de Quiché (Santa María Nebaj, San Juan Cotzal y San Gaspar Chajul). Algunos investigadores han planteado que aquel objetivo militar, ocultaba un proyecto económico de grandes alcances: la Franja Transversal del Norte, porque siendo un proyecto de infraestructura vial,

²⁶ Junta Militar de Gobierno, "Proclama del Ejército de Guatemala al Pueblo", en *Diario de Centro América*, 25 de marzo, 1982.

²⁷ Junta Militar de Gobierno, "Proclama del Ejército de Guatemala al Pueblo", en *Diario de Centro América*, 09 de junio, 1982.

facilitaría una diversidad de proyectos de extracción de recursos naturales renovables y no renovables (Solano, 2005).

En el Triángulo Ixil se implementó el plan militar de Tierra Arrasada, que se entendía como “quitar el agua al pez”, donde el pez era la guerrilla, que nadaba a su antojo en el agua que es el pueblo (bases de apoyo), por lo tanto, si se eliminaba el agua, el pez quedaría expuesto o muerto. Hoy se sabe que eliminar el agua, para el ejército significaba atacar a la población civil inermes, cuya fórmula estaba inspirada en la guerra de guerrillas que libró en Vietnam el ejército de los Estados Unidos de Norteamérica.

El caso de genocidio contra Efraín Ríos Montt, se encuadra dentro de la estrategia que las organizaciones de resistencia y los sobrevivientes se plantearon dentro del proceso de Verdad y Justicia, que duró más de quince años, y que puso el caso ixil en primer lugar porque era del que mayores evidencias se tenía. Además, podía constatarse que el pueblo ixil fue designado como enemigo interno del Estado guatemalteco (Duyos, 2020). El caso del *Triángulo Ixil*, área comprendida entre los citados municipios de Quiché, es paradigmático, porque allí se registró el número más alto de masacres según la CEH (Sanford, 2014; CEH, VII, 10, 1999).

Es por este último rasgo que los sobrevivientes empezaron con los casos de las exhumaciones, porque la evidencia era objetiva y porque la necesidad de otorgar a las víctimas una sepultura apropiada, era de primer orden. Muchas de esas denuncias o peticiones de exhumación datan a partir de 1988 y años consecutivos, cuando el clima político no era precisamente el más propicio para exigir justicia. Lo que se puede observar en esto es que, aunque aquellas denuncias y peticiones no fueron atendidas, la noción de exigir justicia para los muertos estaba precedida por la cosmovisión de los pueblos indígenas respecto a los cuerpos, por saber qué pasó con ellos y por saber dónde están. Eso generó una fuerza social que permitió a los sobrevivientes superar el clima de terror dominante en los años precedentes y posteriores a la firma de los Acuerdos de Paz de 1996²⁸.

²⁸ Consúltense *Exhumaciones, verdad, justicia y reparación en Guatemala. Estudio de opinión a nivel nacional*, elaborado por el Equipo de Estudios Comunitarios y Acción Psicosocial (EECAP) y Grupo de Acción Comunitaria (GAC) en 2008.

Una expresión de esa fuerza social fue la creación de algunas organizaciones no gubernamentales, inclusive desde el extranjero, que impulsaron aquellas demandas de justicia en la década de 1990 (Moscoso, 1995). Se trata del Centro de Acción Legal en Derechos Humanos (CALDH), la Asociación Justicia y Reconciliación (AJC), la Fundación de Antropología Forense de Guatemala (FAFG), la asociación Centro de Análisis Forense y Ciencias Aplicadas (CAFCA), y grupos forenses que desde la Oficina del Arzobispado de la Iglesia Católica, apoyaron diversos proyectos, entre otras.

No obstante, aunque las exhumaciones exigieron un proceso previo de entendimiento y estudio del contexto de donde se tenía conocimiento de la existencia de una fosa común, quedó expuesto el hecho de que muchos de esos procesos tendían a ser *revictimizantes*, si cabe la expresión, es decir, la denuncia y la búsqueda de justicia representaba una especie de “volver a vivir el trauma” para los sobrevivientes. Fue así que se creó una organización no gubernamental de especialistas en salud mental, que hicieron una primera aproximación a todo lo relacionado con los sobrevivientes y las fosas. Muchos de los hallazgos desde el campo psicológico dejaron al descubierto profundos traumas humanos vinculados al silencio, y a la represión de emociones experimentadas durante y después de la violencia (Pérez y Navarro, 2007). En los capítulos finales de este trabajo profundizaré sobre estos aspectos.

Estos procesos nos hacen ver, de alguna manera, los límites que tiene un Informe de la Verdad, porque obviamente no están diseñados para captar este tipo de aspectos de la vida social de una comunidad que ha padecido violencia extrema. Pero también puso al descubierto la necesidad de llevar a cabo procesos de formación socio-política, porque era necesario que los sobrevivientes y los refugiados que empezaban a regresar al país, intentaran comprender qué había pasado en Guatemala. Muchos grupos que habían pensado que su caso había ocurrido únicamente a ellos en su pueblo, lograron por medio de estos procesos, entender que toda aquella violencia había sido un proyecto político nacional, y no casos aislados de violencia estatal, y por lo tanto, existía la posibilidad de llevar a los perpetradores ante los tribunales de justicia.

2.2 La lucha legal-política

En el campo jurídico-legal, la primera acción estuvo encabezada por Rigoberta Menchú, y se realizó en el año 1999 contra Efraín Ríos Montt y su Alto Mando. La ACJ presentó una denuncia en 2001 contra Romeo Lucas García, su hermano Manuel Benedicto Lucas García, y su Alto Mando, constituido por Óscar Humberto Mejía Víctores, Ministro de la Defensa; y Luis Enrique Mendoza García, Jefe de Operaciones. Lucas García, como se sabe, murió sin enfrentar la justicia en 2006, hecho que provoca que las organizaciones y los sobrevivientes se planteen como una prioridad, el proceso contra Ríos Montt (de avanzada edad) y José Mauricio Rodríguez Sánchez, Jefe de Inteligencia.

Para que el ex dictador fuera procesado debieron pasar más de diez años. Durante ese tiempo, las redes de impunidad y grupos de interés debieron reorganizarse, y en el punto más candente del juicio por genocidio, olvidar rencillas políticas surgidas en la época post conflicto, de cara a una posibilidad de que los procesos judiciales les alcanzasen (Girón, 2017). A esa impunidad contribuyó el hecho de que Ríos Montt, desde 1996 casi siempre tuvo un cargo parlamentario que le permitió tener inmunidad, incluso fue presidente del Congreso de la República, y candidato a la presidencia del país en 2003²⁹.

El 14 de enero de 2012, el ex dictador pierde su inmunidad parlamentaria, y el 26 de ese mismo mes, debió comparecer ante el juez primero B de Mayor Riesgo, Miguel Ángel Gálvez, quien lo ligó a proceso penal. Fue acusado formalmente por los delitos de genocidio y crímenes contra la humanidad. Ante su negativa de declarar, se le ordenó arresto domiciliario hasta que se diera apertura al juicio, lo cual ocurrió el 28 de enero de 2013. El primer movimiento de la defensa fue apelar a la Ley de Amnistía, lo cual no procedió debido a la naturaleza de los delitos por los que fue acusado.

El 10 de mayo de 2013 el Tribunal de Mayor Riesgo A, presidido por la jueza, Jazmín Barrios, emitió sentencia condenatoria contra Efraín Ríos Montt por delitos de genocidio, por lo cual se le impone una pena de prisión de 50 años; y por los delitos de lesa humanidad y de guerra, se le impone una pena de prisión de 30 años. Rodríguez Sánchez fue absuelto. A partir de esa sentencia en primera instancia, Guatemala experimenta una serie de reacomodos de poder que, en nuestro caso, hemos rastreado en la esfera

²⁹ La candidatura presidencial de Ríos Montt provocó lo que la prensa denominó Jueves Negro, y significó un sigma de la elite empresarial con el ex dictador. Ver: <https://juevesnegro2003.es.tl/>

pública (Girón, 2017), y que pusieron en relieve la vieja alianza entre los militares y los grupos oligárquicos que participaron directa e indirectamente en la perpetración del genocidio (Rodríguez, 2013).

Es en este punto en el que cabe mencionar un elemento que corresponde al ámbito internacional: el caso de la instalación de la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) en 2006. Durante años, grupos de derechos humanos y otras fuerzas vivas del país, habían promovido una agenda contra los Cuerpos Ilegales y Grupos Clandestinos de Seguridad, que florecieron en tiempos de Romeo Lucas, y que perviviendo en los sótanos del crimen organizado, amenazaban la naciente democracia guatemalteca. A aquellos grupos se les denominó CIACS. De hecho, la idea de una Comisión Internacional, exigía una Comisión Internacional contra los Cuerpos Ilegales y Grupos Clandestinos de Seguridad (CICIACS), que finalmente se decantó por un concepto más orientado a una lucha contra la Impunidad (Gutiérrez, 2016).

Fue la presencia de la CICIG en Guatemala que hizo posible la creación de los juzgados de Mayor Riesgo, que atienden casos de alto impacto, como la corrupción del gobierno, del crimen organizado y delitos imprescriptibles como de lesa humanidad y genocidio. De alguna manera, la CICIG también fue determinante para que un gobernante como Otto Pérez Molina, no tuviera tiempo de maniobra para proteger al ex dictador, quien nunca aceptó su responsabilidad por las atrocidades cometidas. El caso lo decidió la Corte de Constitucionalidad, que ordenó repetir parte de lo actuado en un segundo juicio, durante el cual, Ríos Montt falleció (abril de 2018). Desde 2016, el dictador había sido declarado interdicto. Fue condenado en ausencia en 2018³⁰.

2.3 ¿Qué fue lo que se juzgó?

De acuerdo con información del Tribunal Primero de Sentencia Penal Narcoactividad y Delitos contra el Ambiente, las violaciones imputadas en la acusación a Ríos Montt fueron específicamente por:

³⁰ Para un crónica del juicio por genocidio contra Ríos Montt, véase: Perkic, 2015, 94-112.

- 11 masacres en los municipios de Santa María Nebaj, San Juan Cotzal y San Gaspar Chajul, pertenecientes al departamento de Quiché.
- 44 muertes violentas en los mismos municipios.
- 17 casos de personas muertas a causa de las condiciones creadas por el Ejército y patrullas de autodefensa civil.
- Desplazamiento de al menos 29 mil personas.
- Traslado de niños y adultos del grupo étnico maya ixil a otro grupo étnico.
- Al menos 5 casos de mujeres ixiles violadas por soldados del Ejército.

Para poder plantear estas acciones como genocidio se debía probar la intensión de llevar a cabo las atrocidades. Aunque aquí no expondremos esas pruebas en detalle, sí mencionaremos las más importantes. Por ejemplo, los documentos militares, porque con ellos, la fiscalía demostró acciones orientadas a la identificación y estudio del enemigo, en este caso el grupo ixil; y también constató la planificación estratégica de los operativos militares por medio de los Planes de Operaciones Militares y Órdenes Generales del Ejército de Guatemala.

Uno de esos documentos es el *Manual de Guerra Contrasubversiva*, elaborado por la Escuela de Comando y Estado Mayor del Centro de Estudios Militares (CEM). El “objeto” de ese manual “...sirve para fines de instrucción en el CENTRO DE ESTUDIOS MILITARES, como guía para el planeamiento y conducción de la Guerra Contrasubversiva”. Además, es muy revelador en su sección tercera, donde el manual define al enemigo interno: “Es conveniente tener presente que también debe considerarse como enemigo interno, a aquellos individuos, grupos u organizaciones que sin ser comunistas tratan de romper el orden establecido”.

Nótese que aunque en general el enemigo eran los grupos guerrilleros o comunistas, aquí se amplía esta categoría a otros individuos y grupos. Esto generó un ambiente de denuncias y abusos de todo tipo, que terminaron en muertes de personas cuyos conflictos eran de orden individual. Pero también es un elemento clave a la hora de plantear el genocidio como práctica social, como se verá a partir del capítulo dos de este trabajo, porque es precisamente ese ambiente de denuncia dentro de una comunidad, lo que logra fragmentarla, para reorganizar sus relaciones sociales.

Otro documento que presentó la fiscalía como prueba fue el *Plan de Campaña Victoria 82*³¹, cuyo autor fue Rodríguez Sánchez, con fecha 16 de junio de 1982. Es cierto que en dos ocasiones, Rodríguez Sánchez, el autor de este documento, fue absuelto, a diferencia de Ríos Montt, porque no se pudo probar su responsabilidad en las atrocidades cometidas contra el pueblo ixil³².

No obstante, en algunos de los párrafos del Plan de Campaña Victoria 82, puede leerse el tipo de apreciación e identificación, que del grupo étnico maya ixil, tenía el ejército de Guatemala: “a. ACTITUD DE LA POBLACIÓN: Por sus características históricas y étnicas de la población ixil, es reacia a cooperar con las autoridades ladinas.”

Reacios a cooperar es una forma de decir que no eran obedientes. Recuérdese que la debida obediencia es un rasgo que define la estructura militar (Vela, 2016), por lo tanto aquí ese rasgo determinaba una rebeldía histórica anti ladina. En otra parte del mismo documento se lee: “c. ESPIONAJE: Potencialmente el 50% de la población colabora con el enemigo en actividades eventuales de espionaje principalmente acerca de nuestros movimientos.”

Estos documentos no están exentos de la influencia político-ideológica del que en ese momento era el jefe de Estado. Aquella idea de unir a los pueblos indígenas y después *ladinizarlos* era la gran misión declarada de Ríos Montt, para que de esa manera, finalmente, existiera una Guatemala bajo una identidad nacional. Es por eso que la designación de un enemigo, encuadra muy bien en aquella idea de la otredad, y sus dimensiones políticas (Girón, 2018). En este sentido, el lenguaje mismo del Plan Victoria 82 es sumamente revelador en cuanto a sus visiones de mundo, del sujeto y del deber ser en la sociedad establecida, porque con toda claridad señala la necesidad de suprimir la identidad del grupo ixil en Guatemala: “PROPIOS CURSOS DE ACCIÓN: C/A No. 1: Realizar todo el esfuerzo de la U de AACC para cumplir la misión asignada intensificando la ladinización de la población ixil de manera que ésta desaparezca como subgrupo cultural extraño al modo de ser nacional.” (pág. 38).

³¹ Mark Drouin (2006) cita otros planes militares que han salido a la luz pública: el *Plan Ceniza 81* y el *Plan Firmeza 83*. Véase: *Los papeles secretos del genocidio en Guatemala* (Duyos, 2020).

³² Véase *Condenado por genocidio*, publicado en junio de 2013 por la editorial F&G Editores. Contiene fragmentos de la sentencia condenatoria y también recoge partes de la acusación contra Ríos Montt.

Más adelante, el Plan Victoria 82, indica cómo debe entenderse el término ladinización:

VENTAJAS: No. 1: Por ladinización debe entenderse castellanizar, suprimir el traje distintivo y otras muestras exteriores diferenciadoras del grupo. Es probable que ya sin esas características diferenciadoras, los ixiles dejen de pensar como tales y acepten todas las abstracciones que constituyen los conceptos de nacionalidad patria, etc. (pág. 46).

Para poder efectuar esa ladinización, en un primer momento, previo al ataque masivo contra la población, el ejército actuaba contra líderes comunitarios, sacerdotes, curanderos, comadronas, para lograr un efecto *desorganizador* en la comunidad por medio de los asesinatos, torturas públicas, desapariciones, y violaciones sexuales masivas. La violencia y las atrocidades eran públicas para que toda la comunidad las presenciara, y tuvieran un efecto *ejemplificador*.

En caso de la represión urbana, el discurso era diferente y también las acciones. La persecución fue selectiva, y los cadáveres de los asesinados aparecían en las carreteras con señales de tortura. Pero todo se hacía de forma clandestina, como refiere Vela (2016) cuando señala que esto obedecía en gran medida a la estructura de los medios de comunicación y por lo tanto a su alcance. A mayor distancia de la ciudad, menor cobertura de los medios de comunicación y a lo que en sus territorios estaba ocurriendo.

Las operaciones militares en el área rural, en una segunda etapa, posterior al ataque hacia sus líderes, se dirigían contra la población. En este momento operaban primero, separando hombres y mujeres. A las mujeres se las violaba frente a toda la comunidad (y muchas veces sus cuerpos fueron salvajemente destrozados) y a los hombres se les separaba y asesinaba en un lugar distinto.

Estas etapas han sido identificadas en documentos militares. Por ejemplo, en el caso de Ríos Montt, el Plan de Operaciones Sofía. Aunque el ejército siempre negó la existencia de esos planes, tras el hallazgo del Archivo de la Policía Nacional en 2005, estos documentos, completos o incompletos, han salido a la luz pública. El Plan de Operaciones Sofía, es uno de los documentos más completos en ese sentido, porque contiene las órdenes y las etapas de las acciones de mando, pero también una serie de reportes como

respuesta a esas órdenes. Es en este documento donde aparece la noción de “quitar el agua al pez” que hemos mencionado arriba.

Durante el juicio, uno de los peritos o expertos llamados por la defensa, José Luis Quilo Ayuso, ex militar, declaró que quien ordenó la redacción del Plan de Operaciones Sofia había sido el Presidente de la República, Efraín Ríos Montt. El autor del informe es José Mauricio Rodríguez Sánchez.

Las pruebas testimoniales y documentales presentadas en el juicio incluyeron 112 declaraciones testimoniales de sobrevivientes, entre ellos 11 mujeres sobrevivientes de violencia sexual; peritajes de expertos externos (nacionales e internacionales); informes de las exhumaciones forenses de las fosas comunes ilegales; los informes de la Verdad, y documentos de los archivos policiales.

En total se elaboraron más de 50 peritajes de expertos nacionales e internacionales, entre los más importantes: 1. Histórico, que elaboró una explicación de base histórica de los hechos. 2. Psicosocial, cuyo objetivo es tratar de dimensionar el daño no material al grupo. 3. Género, que dejó en claro que la violencia sexual contra las mujeres fue una estrategia genocida. 4. Militar, para dar cuenta de cómo operaba el ejército de la época. 5. Sociológico (racismo, desplazamiento forzoso). 6. Antropológico. 7. Matemático, que sirvió para elaborar una estimación del número de personas que murió durante las atrocidades y durante la huida de la violencia. 8. Lingüístico, este fue muy importante porque la mayoría de los testigos y sobrevivientes son monolingües, y se necesitó hacer un enorme trabajo de traducción para que sus testimonios tuviesen validez jurídica. 9. Jurídico, desde la perspectiva del Derecho Internacional y de Derechos Humanos.³³

Los peritajes antropológico-forenses fueron particularmente relevantes. La FAFG recuperó entre 1992 y 2009, un total de 5,800 osamentas de 1,116 casos documentados en la región ixil. De ese total, 420 cuerpos corresponden a la población ixil asesinada entre 1982 y 1983, de los cuales la mayoría eran adultos entre los 26 y los 49 años. De esos 420 cuerpos, el 33 por ciento corresponden a menores de edad.

³³ La parte acusadora presentó 94 testigos, alrededor de 72 informes de antropología, cientos de documentos y los planes militares Victoria 82, Firmeza 83, Operación Ixil y Operación Sofia (Duyos, 2020).

En resumen, respecto a estos peritajes, es de resaltar que fue una especie de recuperación del trabajo que académicos y expertos venían realizando desde años atrás. El caso que más salta a la vista es el de las exhumaciones en fosas clandestinas, pero otros peritajes, por ejemplo, fueron sobre los desplazamientos, las desapariciones forzadas y la violencia sexual masiva. En su momento, fueron investigaciones de grado o posgrado que, recopilados y sintetizados, constituyeron peritajes de valor probatorio en el juicio contra Ríos Montt.

2.4 La conclusión jurídica

El elemento clave fue entender que el plan de Tierra Arrasada, implicaba la noción de “quitar el agua al pez”, y que esto se tradujo directamente en 1. Ejecuciones en forma individual y colectiva; 2. Tortura; 3. Desaparición forzada de personas; 4. Masacres selectivas e indiscriminadas; 5. Destrucción y quema de las aldeas. 6. Violaciones sexuales individuales y colectivas de mujeres. 7. Saqueo de bienes, quema de casas y de cosechas, matanza y robo de animales, y la destrucción de elementos materiales propios de la cultura maya ixil.

Este nivel de destrucción, como se puede ver, no se limitaba al mero asesinato de “sospechosos” o de guerrilleros. Además de la eliminación física, la destrucción de todos aquellos elementos que podían regular la vida sociocultural y político del pueblo ixil constituían un objetivo militar a destruir (cosmovisión, prácticas religiosas, etc.). De tal manera que no se trató de un nivel de destrucción impensado, para lograrlo se necesitó no solamente un ejército y un conflicto, sino un ejército debidamente entrenado (Vela, 2016), pero también un entendimiento de cómo llevar a cabo dicha destrucción: todo fue planeado minuciosamente como lo detalla el Plan Victoria 82 y el Plan de Operaciones Sofía, ambos de 1982.

Otro elemento que deja en claro la intensidad de destrucción, ocurría con posteridad a las masacres. Ante los ataques del ejército, mucha gente huyó a la montaña y vivió allí durante años, como revelan los peritajes de desplazamiento forzado. Para alcanzar a esa población y destruirla, el ejército bombardeó las montañas y se llegó a envenenar las fuentes de agua. Es precisamente este tipo de acciones las que señala en artículo II de la

Convención contra el genocidios de la ONU, en su inciso c) Sometimiento del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial.

En el área ixil se registró: bombardeos a comunidades o áreas en las que se refugiaban los miembros del grupo étnico maya ixil que se habían visto forzados a desplazarse, lo cual incluyó lugares sagrados; persecución de sobrevivientes durante el desplazamiento; operaciones de rastreo con el objeto de identificar las áreas de refugio a fin de capturar y/o ejecutar a los que sobrevivieron; control y cerco de las comunidades desplazadas impidiendo el acceso de alimentos y medicamentos indispensables para la subsistencia de los miembros del grupo étnico maya ixil. Las historias de cómo los sobrevivientes experimentaron estos ataques, salieron a luz con los testimonios que se presentaron durante el juicio (Oliva, 2014).

Otro aspecto crucial, en términos del arrasamiento subjetivo que implican las prácticas sociales genocidas, que abordaremos en su momento, son las violaciones sexuales contra las mujeres, el artículo II de la Convención contra el genocidio de la ONU señala en su inciso d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo. En la región ixil se registraron: 1. Violaciones de niñas, mujeres y ancianas en el marco de las masacres antes de su ejecución. 2. Especial saña contra cuerpos femeninos: les abren los vientres, les sacan los fetos, y les cortan los pechos. 3. Detención y violación sexual masiva en destacamentos militares, tortura y tortura sexual. 4. Esclavitud sexual y doméstica en destacamentos militares. 5. Abortos provocados por las violaciones sexuales. 5. Embarazos como consecuencia de las violaciones sexuales. 6. Rechazo cultural/social por ser “mujeres de soldados” a las sobrevivientes de estas atrocidades.

Esta violencia que tipifica la Convención de la ONU, reitero, es crucial para entender el genocidio en Guatemala. Las violaciones sexuales fueron una estrategia genocida. No fueron excesos de una tropa “desbordada”, como suele decirse desde los discursos negacionistas. De hecho, Mark Drouin (2006) elaboró una aproximación en *To the Last Seed: Atrocity Crimes and the Genocidal Continuum in Guatemala, 1978-1982*. Esta obra se publicó en español en 2011 como *Acabar hasta con la semilla. Comprendiendo el genocidio guatemalteco de 1982*.

Un punto valioso a analizar sobre la violencia sexual tiene que ver con la lucha que las mujeres han llevado a cabo. La razón para incluir la violencia sexual como genocidio fue planteada por un grupo de mujeres abogadas de la antigua Unión Soviética, porque se dieron cuenta que la violencia contra los cuerpos femeninos siempre quedaba en un segundo plano o silenciado totalmente. El caso de Guatemala tiene esa característica: en los dos informes de la Verdad que hemos citado, ninguno incluyó el testimonio de las mujeres y sus experiencias durante las atrocidades. Los patrocinadores de los informes reconocieron ese “descuido” o ese “olvido”. No obstante, ya en el proceso de Memoria, Verdad y Justicia, los equipos de psicólogos empezaron a crear un espacio propio para que las mujeres contaran lo que les había sucedido a ellas. No a los familiares, o a los hermanos, esposos o hijos, sino la violencia sexual de que fueron víctimas ellas (Paz y Figueroa, 2013; Sanford, 2008; y, Crosby y Brinton, 2019).

3. Apuntes para una genealogía del genocidio

Si volvemos la mirada a lo que abordamos en la primera parte de este capítulo, no resulta difícil pensar que en cierta forma, como sugiere Raoul Peck³⁴, el genocidio es el sumario de la historia humana, pero que emerge con mayor fuerza cada vez que se habla de imperialismo y colonización. La Historia como una narrativa posible, pone en relieve eventos como el fanatismo, la explotación, la esclavitud, la conquista y en general el desprecio por los extranjeros, como las condiciones permanentes para un genocidio.

En este abordaje me permito plantear una invitación a pensar que, en el mito de que la violencia es inherente a la especie humana, está la enseñanza de la aceptación del colonialismo y el genocidio. El mito es posible, no porque la información para deconstruirlo sea escasa, sino porque es preciso generar preguntas que desafíen el núcleo de la narrativa del origen de esa historia. La trama de la historia tiene filones de silencio, que en tanto ejercicio del poder, hace posible algunas narrativas y hace silenciar otras (Trouillot, 2014: 21). Esos filones de silencio no son uniformes y habrá que trabajar en la deconstrucción de las nociones del etnocentrismo europeo porque implica poner en tensión su racismo científico. En efecto, las palabras negro e indio son construcciones de

³⁴ Véase la serie documental *Exterminate all the brutes* (2021) del cineasta haitiano Raoul Peck. Disponible en: <https://www.hbo.com/exterminate-all-the-brutes>

negatividad que se desarrollaron paralelamente al sistema de esclavitud y al proceso de dominio sobre el mundo indígena.

3.1 El origen del mito

La historia es la interpretación del pasado desde los parámetros del presente, sostiene Román Hereter (2018: 9) porque la interpretación de sus procesos supera la mera epopeya y el coleccionismo³⁵. Para Hobsbawm, la historia es el proceso de cambio en la vida humana y en la sociedad y el impacto de las personas en el entorno global (2006: 19). Desde la perspectiva de la interpretación de los procesos de la historia, se puede vincular las nociones basadas en la presunta pureza de sangre, con los orígenes del mito que hizo emerger la ideología del supremacismo blanco en Europa.

Aunque se suele ubicar la emergencia del supremacismo con el racismo científico en el siglo XVII como un paradigma sobre la diversidad humana que configuró las relaciones internacionales y la política racial, como un fenómeno de la Ilustración, la lectura de historiadores contemporáneos remite a hechos pretéritos. En ese sentido es posible afirmar, siguiendo a Linebaugh (2008: 26-27) que la institucionalización de la sangre, la raza y el color de la piel puede rastrearse entre los años 800-1025, cuando los Reinos Cristianos del Norte Español junto con los líderes de la Iglesia y otras monarquías europeas (el Reino Español, el Reino Francés, el Sagrado Imperio Romano, el Reino de Polonia, etc.) tomaron la decisión de agenciarse las rutas de comercio controladas por los musulmanes que iban hacia el lejano Oriente.

Como se sabe, las cruzadas, que iniciaron en el año 1095, emplearon y consolidaron aquellas nociones de superioridad basadas en la sangre, la raza y la pigmentación de la piel. La Inquisición Medieval³⁶, entre 1231 y 1244, apuntaló las cruzadas, que dilataron por casi dos siglos en Europa, es decir, hasta el año 1291 aproximadamente³⁷.

³⁵ Hereter está haciendo una crítica a la epopeya como origen la historia y al coleccionismo como origen de la antropología.

³⁶ Consúltase: José Sánchez Herrero (2005). Los orígenes de la Inquisición Medieval. Disponible en: http://www.durango-udala.net/portalDurango/RecursosWeb/DOCUMENTOS/1/0_442_1.pdf

³⁷ Aunque la llamada “reconquista” se trata de un debate abierto entre historiadores y especialistas contemporáneos, aquí se recomienda la lectura del trabajo de Enrique San Miguel Pérez (1996): “España y sus Coronas. Un concepto político en las últimas voluntades de los Austrias hispánicos”. Cuadernos de la historia del derecho (3). Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=178721>; y la obra *Lecturas sobre la España histórica* (1998) de Miguel Ángel Ladero Quesada.

Para Linebaugh, las cruzadas fueron distracciones militares de los conflictos sociales y económicos dentro de Europa

El papa Urbano II dejó esto bien claro en un discurso en Clermont en el año 1095, cuando declaró la *bellum sacrum* (guerra santa), la Primera Cruzada: «Dejemos que aquellos que han sido ladrones durante tanto tiempo sean ahora caballeros». En el mismo discurso demonizó tanto a los musulmanes árabes y turcos: adoran a Satán, torturan, están sucios, son violadores y, en lo que constituye el primer programa racista y genocida de la historia de Europa, llamó a los cristianos a que «destruyeran a esa raza vil». Durante las cruzadas del siglo siguiente, el reclutamiento trató de ganar apoyos con visiones de una tierra de leche y miel, y la creación en la Tierra de un reino de paz y armonía. Era la combinación de un pensamiento utópico y una realidad genocida que se repetiría una y otra vez en la historia europea y americana. (Linebaugh, 2008: 44).

En las décadas subsiguientes, una pandemia reconfiguraría profundamente la población de Europa³⁸. No obstante, algunos autores sostienen que la mortandad provocada por la peste, pudo haber acelerado el inicio del Renacimiento y “modernización” en el continente (Benedictow, 2011; y Betrán, 2006). En todo caso lo más relevante, a mi criterio, es lo señalado por Linebaugh sobre el pensamiento utópico y una realidad genocida que emergieron reiteradamente en la historia europea y americana.

3.2 La Modernidad colonizadora

Entre los siglos XV y XVI concurren diversos hechos históricos de gran calado: el fin del feudalismo, la construcción de la imprenta de Gutenberg, la expulsión de los judíos de España, la caída del Imperio Romano de Oriente o Bizantino³⁹ y la llegada de Colon al continente (el colonialismo europeo⁴⁰). Todos estos hechos pueden ser pensados co-

³⁸ La peste negra o peste bubónica, como se conoce a la enfermedad causada por la bacteria *Yersinia pestis*, mató a más de un tercio de la población, teniendo como punto de mayor mortandad entre los años 1347 y 1353. La recuperación demográfica fue ralentizada por posteriores brotes, lo cual se reflejó en la economía, con eventuales mejoras tanto en ciudades como en el área rural.

³⁹ Algunos historiadores se refieren específicamente a la caída de Constantinopla a manos de los turcos otomanos, acaecida en mayo de 1453, según el calendario juliano vigente en ese tiempo. Así, lo que se estaría expresando es el fin del último vestigio del Imperio romano de Oriente, que de acuerdo con la periodización clásica que plantean algunos historiadores, definió el fin de la Edad Media.

⁴⁰ La primera etapa del colonialismo europeo data del siglo XVI y sus principales protagonistas fueron los imperios español y portugués. No obstante, una segunda oleada se produjo durante el último tercio del

mo el corolario del fin de la Edad Media, y el inicio de la Modernidad como concepto occidental.

No obstante como ya se mencionó, la ideología de la supremacía blanca que utiliza el concepto de raza basado en sangre como ley, se consolida con la Inquisición española (1478-1834). En efecto, la Inquisición aprobada por el Papa Sixto IV se propuso, inspirada en la Inquisición Medieval, investigar la “sangre” de los moros y los judíos “convertidos” pues se asumía que la única sangre “limpia” era la de los blancos cristianos europeos, y que la sangre “sucia” era la de los salvajes y no cristianos. La consecuencia clara fue el poder de los europeos para esclavizar y exterminar a otros pueblos, siendo los judíos⁴¹ y los musulmanes quienes experimentarían la deportación masiva de España hacia 1492.

En efecto, la Modernidad y la colonización se explican así como procesos consustanciales. Los matices entre los diferentes métodos de colonización son de factura europea (inglés, alemán, español, portugués, etc.) y están constituidos por diversos niveles de destrucción física y cultural hacia los pueblos, con el fin de subyugarlos y/o exterminarlos. En realidad, apenas se requería que unos pocos hombres reclamaran como propiedad monárquica las tierras presuntamente inhabitadas.

Mediante ese método, Cristóbal Colon y Fernando de Magallanes, en su empresa de conquista, reclamaron tierra para España; John Cabot para Inglaterra; Pedro Álvarez Cabral, Américo Vespucio y Vasco Nuñez de Balboa para Portugal; Giovanni da Verrazzano para Estados Unidos, y Jaques Cartier reclamó Canadá para Francia. La tarea requirió un proceso de deportación masiva que terminaría con más de diez millones de africanos viviendo en Norteamérica.

El Nuevo Mundo era un paraíso de tierras gratis cuyo método de acceso era el Colonialismo de Colonos, un sistema violento que exigía la eliminación de los nativos, su incorporación al aparato explotador o su reemplazo. Hacia 1526 el exterminio en el Caribe y parte del continente, a manos de españoles, estaba consumado. Según relata Cer-

siglo XIX que se extendió hasta la primera mitad del siglo XX, en la que países como Reino Unido, Francia, Bélgica, Alemania, Italia, Dinamarca y Países Bajos, tuvieron un rol de primer orden.

⁴¹ Véase: Peter Hayes (2018). *Las razones del mal ¿Qué fue realmente el Holocausto?*. Editorial Planeta, España.

vantes (2021) la avaricia y el maltrato hacia los pueblos indígenas preocupaba al Consejo de Indias, en ese año presidido por el mismo Carlos V. Allí se discutió

en particular “los grandes y excesivos trabajos que les daban, teniéndolos en las minas para sacar oro y en las pescaderías de las perlas”, privándolos de necesidades vitales como alimento y vestimenta. Así, trataron a los indígenas “con crueldad y desamor más que si fueran esclavos”, y causaron la muerte de “gran número de los dichos indios en tanta cantidad que muchas de las dichas islas y parte de Tierra Firme quedaron yermas y sin población alguna”. (Cervantes, 2021: 282).

Entre 1782 y 1900 ese sistema funcionó perfectamente a los ingleses para invadir y despojar a los nativos de su tierra a lo largo y ancho de Estados Unidos. Hoy día, al profundizar un poco, es posible entender que la continuidad de aquel despojo persiste como un proceso permanente y abierto: desde el colonialismo a la fundación de los Estados Unidos y durante todo el siglo XX la eliminación de los nativos se hace de manera consciente. Esta mirada nos permite entender el colonialismo como un método aplicado en todo el continente, con sus matices.

El sustrato de este sistema colonial está basado en una narrativa que siempre busca equiparar la violencia de la resistencia a la violencia de la invasión. En gran medida, siempre se ha tratado de la propiedad de la tierra y la lucha porque sea un sistema de vida susceptible de ser transformado en mercancía: el mercado inmobiliario. Pero no solo la tierra sino los cuerpos negros y esclavos, la ideología de la supremacía blanca fue fundamental para tomar la tierra e imponer el esclavismo, sin la tierra los granjeros europeos no hubiesen podido competir en el mercado. La tierra, en manos de los colonialistas perdió su significado sagrado y colectivo, dando lugar a otro concepto: propiedad privada.

3. 3 La supremacía como cultura

Las matanzas masivas y el exterminio son un comportamiento social esencialmente racional, cuyas raíces más profundas pueden rastrearse en la historia del poder colonial como la pretensión de la historia de una nación pura (Lindqvist, 1996). Este autor plantea el sometimiento de África como rasgo preponderante del colonialismo europeo, en

la medida que en ese rasgo subyace la política de exterminio contra las mal llamadas razas inferiores, y es el antecedente de los genocidios llevados a cabo durante el siglo XX, cuyo caso más visible, como hemos visto, fue el liderado por Adolph Hitler en la Alemania europea, sin restar importancia a procesos de exterminio posteriores.

Desde la perspectiva de Lindqvist, la caja de herramientas del imperialismo en África incluyó barcos artillados que dispararon contra todo un continente mientras era saqueado con la ayuda de un sistema ferroviario. Los barcos de vapor transportaron a los europeos armados hasta el corazón de la tierra. Esa capacidad de saqueo favoreció un cambio hacia una nueva era para el imperialismo y para el racismo: la superioridad militar fue el elemento preponderante como una evidencia de la superioridad intelectual e incluso biológica.

En 1850, Herbert Spencer, escribió con una franqueza brutal, que el imperialismo ha limpiado las razas inferiores de la tierra: el obstáculo del que la mayoría debe deshacerse (Lindqvist, 2008: 8). Este tipo de concepciones fueron la tónica de la época. Es el caso del anatomista Robert Knox. Las autopsias sistemáticas fueron el método de Knox para encontrar en qué consistía la supuesta inferioridad física. Posteriormente, el joven Darwing escuchó las ideas de Knox y en su obra *El origen de las especies* (1859) habló de la selección natural. Fue en ese sentido que los racistas utilizaron la obra de Darwing, porque la plantearon como la explicación definitiva de la superioridad blanca (Lindqvist, 2008: 124-129).

El racismo fue aceptado y devino en elemento central de la ideología del Imperio Británico. Se aceptó que el genocidio era el subproducto inevitable del progreso: no se podría dar validez a las razas inferiores, al menos desde esa perspectiva pretendidamente científica. Lo mejor era encogerse de hombros ante el genocidio, o peor: era de mala educación disgustarse ante los actos de barbarie y exterminio.

Por el contrario, en la Royal Society⁴², Henry Farrer, planteó que las familias humanas eran el *hommo americans*, el *hommo europeus*, el *hommo asiaticus* y el *hommo afer*. En

⁴² Fundada en 1660, la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural, se precia de ser la sociedad científica más antigua del Reino Unido y es, según la Enciclopedia Británica “la sociedad científica nacional más antigua del mundo”.

el fondo, Farrer no podía ignorar el deseo de que hubiesen únicamente tres razas: salvajes, semi civilizados y civilizados. En la lógica de Farrer, si solo los arios y los semíticos son civilizados, los chinos serían semi civilizados. Los salvajes siempre han vivido en la ignorancia, sin pasado y sin futuro. Se los considera como miríadas de seres que nunca han producido un solo ejemplar que ilumine la historia de “nuestra raza”.

Cuando Colón llegó en 1492 “el hemisferio occidental estaba habitado por una población de más de 100 millones de personas” (Churchill, 1997: 97), la cual había disminuido en un 90 por ciento dos siglos más tarde. Solamente en Estados Unidos, hacia 1890, la población nativa había disminuido el 98 por ciento, indicando un colapso o destrucción de la población más que de mera decadencia.

3. 4 La superioridad bélica como designio divino

Las guerras coloniales de la primera mitad del siglo XIX fueron largas y dispendiosas. En 1866 el imperio austriaco probó por primera vez un nuevo tipo de arma de fuego de uso personal en la guerra austro-prusiana sobre la hegemonía alemana. El 1884, Hiram Stevens Maxim, fabricó un arma automática de fácil transportación que disparaba nueve rondas por segundo. Aquel arma fue usada por los alemanes en 1888 en África del Este y también por los británicos en la Primera Guerra Matabele en 1893.

Quizá un factor importante para la fabricación de armas a gran escala fue la baja en el precio del acero, considera Lindqvist. Los chinos y los africanos no pudieron replicar aquellas armas. Hacia 1890 se completó la revolución del rifle: el disparo de quince tiros por segundo para objetivos a 1000 yardas de distancia (914 metros).

Esta característica en el armamento parecía confirmar la invencibilidad del hombre blanco. Aunque no en todos los casos las balas fueron fatales contra las víctimas indígenas, a quienes ellos llamaban tribus fanáticas. Los indígenas aguantaban la pelea aún con cinco disparos en el cuerpo. Eso hizo desarrollar un tipo de proyectil llamado dum-dum, que era expansivo, fabricado en Calcuta. El daño provocado por estos proyectiles era devastador porque explotaba al impacto. Los estados civilizados prohibieron las dum-dum: los reservaron para la cacería, las guerras coloniales y contra poblaciones no blancas desarmadas.

Un gran impulsor de la industria armamentística fue George Washington. En 1777 se fundó la Springfield Armory en Massachusetts. La producción en línea de esta empresa fue el inicio de la revolución industrial y dio forma al establecimiento del capitalismo como un estado imperialista: se produjo una relación incestuosa entre la industria militar y los gobiernos⁴³.

El deber que asume el estado imperialista es supervisar la dominación global: el control del mundo debe estar en manos de una raza superior por decreto divino. Hiroshima y Nagasaki tienen mucho que enseñarnos al respecto: aunque se dijo que era un bombardeo contra el fascismo, en realidad hubo miles de muertos y un cambio en las reglas de la guerra, conmoción y pavor: una masacre puede ser determinada por un algoritmo. La muerte adquiere un nuevo nivel técnico-tecnológico-bélico con dos consecuencias cerradas: rendición o exterminio. Se trata del mismo discurso contra el salvaje.

Hoy se puede constatar que desde inicios de 1900, los europeos han invadido un vasto territorio en todo el mundo. Incluso, como relata el mismo Lindqvist (2008: 45-57), el propio Joseph Konrad no pudo evitar oír hablar del permanente genocidio que marcó su siglo. Raoul Peck, por su parte, nos recuerda que somos nosotros los que hemos suprimido esa historia. No queremos recordar. Sería preferible que el genocidio comience y termine con la experiencia nazi.

La convicción de que el imperialismo es un proceso biológicamente necesario impregnaría, no sólo la infancia de Hitler, también la de sus contemporáneos occidentales. De esa manera no era sorprendente aceptar que, según el lugar que se ocupe en la naturaleza, las razas inferiores se dirigen hacia la inevitable destrucción. No obstante, hacia mediados del siglo XIX los alemanes aún no habían exterminado a nadie. Por esa razón, pudieron parecer más críticos sobre el fenómeno que otros europeos, lo cierto es que en 1904, en el suroeste de África, demostraron que también ellos pudieron dominar un arte que los estadounidenses, británicos y otros europeos habían practicado durante todo el siglo XIX: el arte de acelerar el exterminio de un pueblo considerado de cultura inferior.

⁴³ Véase: <https://weekend.perfil.com/noticias/armas-2/historia-springfield-armory.phtml>

Es de recordar que la industria del algodón fue el combustible del siglo XIX gracias a la esclavitud: en 1831 la producción de EEUU fue casi la mitad de lo que se produjo en el mundo y fue la fuente de inmensa riqueza para las élites de norte y del sur del país. Aunque en 1794, Eli Whitney, patentó la desmontadora de algodón y revolucionó la producción, este invento profundizó la esclavitud y destruyó el suelo⁴⁴.

Aquellas élites saquearon más la tierra indígena al usar cuerpos vivos como mercancía. La esclavitud fue más rentable que toda la tierra, los bancos, los sistemas ferroviarios, las fábricas y los productos del oro, combinados. Incluso los esclavos fueron utilizados para garantizar hipotecas. Hoy se sabe que Thomas Jefferson hipotecó 150 esclavos para construir Monticello. Y eso sería el inicio, después los esclavistas hipotecaron esclavos para comprar más esclavos...

En Europa el proceso de abolición de la esclavitud empezó en 1792 con Dinamarca. Le seguiría Francia en 1794 e Inglaterra en 1807; y España demoraría hasta 1817 para abolirla. Pero los europeos siguieron financiando la industria de la esclavitud en Estados Unidos, que mediante la ratificación de la Enmienda 13 de la Constitución Federal, abolió la esclavitud hasta 1865.

Quizá una de las razones para estos apuntes sobre la tecnología bélica y su rol en la esclavitud es que para Lemkin, la esclavitud debería ser llamada el genocidio cultural por excelencia, el método más eficaz y completo de destruir la cultura y la socialización humana.

3. 5 Nuestro relato desde el presente

Los que investigamos siempre vemos desde el presente. La información está allí y no es escasa, sino todo lo contrario. En los tiempos que corren, con el dominio del fenómeno informático, la capacidad de las élites de intervenir poderosamente en la producción histórica global está lejos de haber terminado, al contrario, también se multiplica la di-

⁴⁴ La desmotadora de algodón eliminó mucha mano de obra, ayudó a los plantadores a obtener mayores ganancias, lo que los impulsó a cultivar cosechas más grandes, lo que a su vez requería más personas. Debido a que la esclavitud era la forma de trabajo más barata, los cultivadores de algodón simplemente adquirieron más esclavos.

fusión de sus contenidos. Esto impacta directamente en la forma en que las nuevas generaciones en las sociedades contemporáneas, entienden su propia dinámica entre las nociones del tiempo social: algunas generaciones hemos aprendido historia en la televisión y como sistemas de entretenimiento.

En este sentido, Trouillot (2014) nos permite entender las tensiones del documento histórico, los archivos, la generación de relatos y el consumo de estas narraciones históricas, como esenciales en la era informática. Ante todo porque asistimos a un fenómeno informático⁴⁵ que ha hecho posible un estallido en el monopolio de la producción histórica, en vista de las posibilidades de generar contenido en diversos formatos pero también, del acceso masivo a los mismos⁴⁶.

Por otra parte, con estas lecturas aparece sobre la mesa el tema del revisionismo histórico⁴⁷. Quizá parezca obvio pero es importante dejar en claro que este no es un trabajo histórico en términos de la disciplina propia, pero que se decanta por una serie de autores porque están planteando sus miradas históricas desde una línea crítica. En este sentido, si bien en Howard Zinn (1980) podemos encontrar por primera vez, un trabajo histórico desde la perspectiva de los blancos excluidos, que interpela la subjetividad del mito del varón blanco y occidental, como encarnación del sueño americano de los blancos, es Roxanne Dumbar-Ortiz (2014) quien reconstruye y reinterpreta la historia de ese país desde la perspectiva de los pueblos marginados.

El trabajo de Dumbar-Ortiz tensiona el mito civilizador porque corre el velo a la política colonialista contra los pueblos indígenas, cuyo diseño tenía por claro objetivo, apropiarse de los territorios de aquellos pueblos mediante su desplazamiento, eliminación física

⁴⁵ Cada año se producen 7 mil películas; se transmiten 1 mil TV Shows (miles de capítulos); se venden miles de videojuegos; se publican cientos de miles de podcast nuevos cada día; 60 mil canciones nuevas se suben a Spotify y otras plataformas digitales. El filósofo italiano, Franco Berardi, habla de “semiocapitalismo” (2017), para referirse al fenómeno informático. La alta demanda de microchips, en un contexto en el que el teletrabajo y el entretenimiento masivo, posibles a través de internet, han modificado las relaciones sociales, pone en tensión este fenómeno.

⁴⁶ Trouillot dice que “La mayoría de los europeos y de los norteamericanos aprenden sus primeras nociones de Historia mediante medios que no han sido sometidos a las normas de evaluación de expertos, de editoriales universitarias o de tribunales de tesis”. También indica que anualmente se venden 400 mil dólares en libros de historia escritos por aficionados.

⁴⁷ Cervantes, autor del libro *Conquistadores: una historia diferente* (2021) por ejemplo, no está investigando el genocidio. En su revista semanal El Cultural del diario español El Mundo, la reseña a esta obra (12 julio 2021) habla de estar motivada para hacer frente a una “oleada de revisionismo”. Según, busca acabar con una “leyenda negra” basada en presuntas exageraciones contra un proceso histórico que ha sido deliberadamente tergiversado por marxistas recién en la década de 1960 y 1970.

y cultural. La importancia de esta obra radica en que permite rastrear de manera más amplia, la genealogía del genocidio en el hemisferio y las tensiones que genera en la trama de hegemónicas narrativas criollas: el negacionismo. La obra, también nos permite enriquecer la perspectiva a la hora de plantearse una mirada en paralelo al caso de Guatemala. A mi criterio, en Severo Martínez⁴⁸ se pueden rastrear muchos de estos planteamientos. En efecto, su obra *La patria del criollo* (1971) hace posible que nos preguntemos sobre la continuidad histórica de las formas coloniales desde un punto de vista crítico, para así observar como la especialización de la producción científica en ciencias sociales, funciona como fragmento en la trama de una narrativa más amplia.

Es por eso que en el advenimiento de *la democracia del voto* se propugna subterráneamente por otorgar el derecho de implementar la voluntad de Dios de eliminar al pueblo nativo. La posesión de riqueza va necesariamente de la mano del poder político, el rasgo más atractivo de esta ideología. En la búsqueda y realización de ese mito del *yo* contra el *nosotros* queda al descubierto que el objetivo siempre fue eliminar a una civilización completa y tomar la tierra que le pertenecía.

Si se le piensa como parte de la misma trama, el fenómeno migratorio –hoy se calcula– empezó hace unos 200 mil años como una forma primordial de la globalización de la presencia humana en el planeta. También se calcula que los primeros habitantes que llegaron al continente se establecieron entre 70 y 50 mil años AC. Hacia el año 325 antes de nuestra era, aproximadamente, ya se había comerciado entre Asia, Europa y América dos cultivos clave: el maíz y la caña de azúcar. Cultivos de gran importancia se comercializaron a esta escala hasta siglos más tarde: el tomate y las papas en el año 1500; el tabaco en 1580; el chile en 1600; y el cacao y el café en 1680.

Para las familias, tribus y naciones era necesario estar organizados y armados para defenderse y sobrevivir. En este sentido, Para Dumbar-Ortiz, la idea de los pueblos pre coloniales como un todo ha sido poco estudiada

Los habitantes de las islas del golfo de México y la cuenca del Caribe fueron parte integral de los intercambios culturales, religiosos y económicos con los pueblos de la actual Guyana, Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala,

⁴⁸ Véase: <https://revistas.ues.edu.sv/index.php/launiversidad/article/view/148/636>

México, Texas, Louisiana, Mississippi, Alabama y Florida. El agua, lejos de constituir una barrera para las relaciones comerciales y culturales, sirvió como un medio para conectar a los pueblos de la región. Las culturas caribeñas precoloniales y las conexiones culturales han sido muy poco estudiadas, ya que muchas de estas personas, las primeras víctimas de las misiones colonizadoras de Colón, fueron aniquiladas, esclavizadas y deportadas, o posteriormente asimiladas a la población africana esclavizada con el advenimiento de la trata de esclavos en el Atlántico (Dumbar-Ortiz, 2014: 23).

Según Dumbar-Ortiz, para ese entonces la población de Europa, tan al este como los Montes Urales, rondaba los cincuenta millones. En general, lo que encontraron los europeos era lo más cercano a un paraíso, que fue destruido por ellos:

Los expertos han observado que tales densidades de población han creado un paraíso relativamente libre de enfermedades. Ciertamente había enfermedades y problemas de salud, pero la práctica de la medicina herbal e incluso la cirugía y la odontología, y lo más importante, los baños higiénicos y rituales, mantenían a raya las enfermedades. (...) Sobre todo, la mayoría de los pueblos indígenas de las Américas tenían una dieta saludable, mayoritariamente vegetariana, basada en el alimento básico del maíz y complementada con peces silvestres, aves de corral y animales de cuatro patas. La gente vivía bien y con abundantes períodos ceremoniales y recreativos (Dumbar-Ortiz, 2014: 17).

En esta trama del silencio los métodos del genocidio se expresan en masacres, esterilización, mutilación, destrucción de símbolos culturales, deportación, hambrunas, conversión forzada⁴⁹, separación de familias, y esclavitud (Churchill, 1997: 129-288). En las crónicas de Fray Bartolomé de las Casas, se puede entender que los conquistadores europeos enfrentaban un problema mayúsculo para el flujo del oro⁵⁰, cuya solución fue el otorgamiento del alma a los indómitos indígenas⁵¹ (Leyes de Indias, 1541) y su sustitución por otros cuerpos: entre 1500 y 1600 llegaron al continente más de 270 mil africanos. Es cierto que visto así, parece muy simplificado, pero claramente no lo fue.

⁴⁹ En la segunda parte de este capítulo se hará referencia a la conversión forzada como un fenómeno por excelencia en una experiencia concentracionaria.

⁵⁰ Véase *El libro negro del colonialismo*, compilado por Marc Ferré (2005). Editorial La esfera de los libros, Madrid.

⁵¹ Para el tema de la esclavitud en Guatemala véase: *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala*. Silvio Zavala, Colegio de México, 1945.

Lo que sí es evidente es que el flujo migratorio ya no se detuvo y dio origen a un negocio liderado por holandeses, franceses e ingleses: la esclavitud de más de 2 millones de personas se puede constatar hacia 1700. Para el siglo siguiente esa cifra se había superado con creces, pues para 1800 ya se había esclavizado a más de 8,6 millones de personas, y en 1825 más de 12,5 millones de personas vivían bajo condición de esclavos⁵².

Paradójicamente, fue el siglo XIX el que más filosofía produjo sobre la centralidad humana. En apariencia, bajo esta lógica, el sujeto del iluminismo⁵³ será el varón europeo blanco, el sujeto supremo que regirá con mano de acero inoxidable y pólvora, el rampante negocio de la esclavitud, en cuyo centro se halla el genocidio patrocinado por los Estados del mundo civilizado contra el salvaje.

Con lo expuesto en los párrafos precedentes, se puede pensar que desde una mirada retrospectiva, emerge con mayor claridad que la historia de Cristóbal Colón como la madre de la Doctrina del Descubrimiento tuvo, después de un siglo, un saldo concreto: la erradicación de casi el 90 por ciento de la población que habitaba el continente. Claro que no por medio de la guerra de ejércitos necesariamente, sino auspiciada por enfermedades, hambre y condiciones extremas de explotación humana.

Para concluir estos apuntes, cabe decir que, aunque polémico en cierta medida, el rastreo del genocidio más allá del colonialismo, nos muestra que algunos historiadores contemporáneos apuntan hacia la baja Edad Media como punto de partida de las primeras nociones que generaron el aniquilamiento de grupos humanos, basados en una ideología de pureza y supremacía racial. Precisamente en esas nociones está el origen del mito de una nación pura por designio divino. Designio que llevó a la elaboración de una narrativa aparentemente científica pero que justificaba el racismo, y su implícita tarea de dominar a los salvajes y civilizarlos, aunque las medidas puedan ser drásticas y/o aniquiladoras.

4. El muro de silencio en los Estudios del Genocidio y Guatemala

⁵² Según Trouillot (2014: 15) estas cifras de Estados Unidos no incluyen la colonia de Luisiana. Las cifras que presenta el autor están en Curtin, Phillip, *The Atlantic Slave Trade: A Census*. Madison: University of Wisconsin Press, 1969.

⁵³ Fueron Horkheimer y Adorno quienes elaborarían una crítica filosófica de este proceso histórico, cuya tesis central es que “el mito es ya Ilustración; la Ilustración recae en mitología” (1944: 56).

Lo que corresponde ahora es examinar qué es lo que ha pasado en Guatemala y el genocidio, sobre todo después de la sentencia controvertida que se emitió en los tribunales en 2013, como hemos visto. En efecto, hacia 2015, la revista de Estudios del Genocidio del Centro de Estudios del Genocidio de la Universidad del Tres de Febrero, publicó el dossier *El genocidio en Guatemala*. El artículo que mejor muestra el estado de la cuestión en el campo de los Estudios del Genocidio, es el de Ben Kiernan, titulado *Muro de silencio: el campo de los estudios del genocidio y el genocidio guatemalteco*.

Kiernan (2015) señala que durante la década de los 80, el genocidio guatemalteco de 1981-1983 no fue abordado “como se debía” por el entonces nuevo y pujante campo académico: los Estudios sobre el Genocidio. El único que desde 1983 llamó genocidio a lo que estaba ocurriendo en Guatemala fue el sociólogo sudafricano, Leo Kuper, cuyos señalamientos quedaron en la marginalidad por más de dos décadas. Fueron en mayor medida, la psicología y la antropología, las disciplinas que documentaron lo sucedido en Guatemala y lo llamaron genocidio. Kiernan ofrece una explicación a ese “olvido” de los investigadores, al que llama *Muro de silencio*, bajo la premisa de que de haber recibido más atención, “posiblemente con una fuerte presión ciudadana en Washington podría haber ayudado a restringir o, acaso, terminar con este genocidio”.

Para Kiernan, un punto de partida será mencionar que el término genocidio se utilizó primero durante el Holocausto Nazi, aunque no se aplicó exclusivamente a este. El campo de los Estudios del Genocidio, igualmente, surge del estudio del Holocausto, es el punto de partida para muchos investigadores. Los estudios sobre genocidio “constituyen un campo comparativo que se ha centrado en ampliar el alcance de este concepto más allá del Holocausto” (Kiernan, 2015: 15), lo cual ha logrado la visibilidad de otros genocidios menos conocidos, al comparar y contrastar, con estos, los crímenes nazis. No obstante, los estudios del genocidio se embarcaron en un proyecto que profundizó en dos aspectos teóricos: uno, las definiciones de genocidio y sus víctimas; y dos, las causas, sus perpetradores y las causas sociales que lo engendraron. Y esas tareas, según Kiernan, impidieron ver en su justa dimensión lo que estaba pasando en Guatemala, justo cuando el campo de los estudios del genocidio experimentaba un auge.

Un asunto que vale la pena explicar es a qué llama Kiernan *Muro de silencio*. Desde 1982, Kuper había acusado al gobierno de Guatemala de crímenes como asesinato y tortura en masa “como instrumentos de rutina del poder despótico” que definió como “asesinato masivo de un grupo político”, lo cual no alcanzaba para ajustarlo a lo que definía la Convención sobre genocidio, pero en un artículo de 1983, aclaró:

Hay muchos otros casos contemporáneos de asesinatos en masa y tortura como instrumentos del poder despótico –por ejemplo, Argentina, Chile y El Salvador- pero no se enmarcan en la definición de la “Convención sobre el genocidio”. En Guatemala, sin embargo, las masacres a los indígenas por parte del gobierno han asumido dimensiones genocidas. (Kuper en Kiernan, 2015: 16).

El *Muro de silencio* dentro de los estudios del genocidio persiste hasta prácticamente 1996 con la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala, justo cuando la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), empezó a trabajar en el país con la Comisión de la Verdad, a instancias de la Organización de Naciones Unidas (ONU). El resultado de aquel trabajo fue presentado en un informe, en 1999, en doce volúmenes: *Guatemala, Memoria del silencio*, que versaba sobre las dictaduras anticomunistas desde 1962 hasta 1996.

Aunque Kiernan cita también a la psicología, se puede decir que es la antropología, la que proporciona los mejores indicios sobre el genocidio guatemalteco, pero fundamentalmente los trabajos de un jesuita, el antropólogo guatemalteco, Ricardo Falla; y las investigaciones de la norteamericana, Victoria Sanford, producto de sus trabajos con refugiados y exhumaciones de tumbas masivas en Guatemala (2000, 2003, 2008). Falla (2018) en *Al atardecer de la vida...* en su volumen 6, titulado *Las lógicas del genocidio guatemalteco: una mirada etnográfica desde la fe y la revolución*, relata que sus trabajos serían, posteriormente, la base para el proyecto de investigación de la CEH.

El *Muro de silencio* no es un muro de falta de información, hace referencia específicamente al campo de los Estudios del Genocidio. El mismo Kiernan hace un detallado seguimiento de los estudios de área que se realizaron y de las menciones que se publicaron en diversos libros y revistas académicas. Así, aparece una primera mención de las masacres de Guatemala en trabajos de análisis comparativo a nivel global, pues las ci-

fras estimadas de asesinatos oscilaba entre 50 mil y 75 mil personas. Entre estos destaca el trabajo de Charles D. Brockett, quien especificó que “se trató de matanza étnica masiva como de represión política”, pero no solamente eso, apuntaba que

El grupo no combatiente con mayor probabilidad de víctimas inocentes del terrorismo de Estado en América Central en las décadas recientes ha sido los indígenas del altiplano occidental de Guatemala. (Brockett en Kiernan, 2015: 17).

Según Kiernan, la mejor literatura de los estudios del genocidio entre 1985-1995 otorgó poca atención al genocidio guatemalteco. Para mencionar algunos ejemplos sobresalientes, está el caso de dos antologías importantes que no lo mencionan: *Genocide in Modern Age* (1987) y *The History and Sociology of Genocide* (1990). Por otra parte, en 1991, Lawrence Le Blanc, publica *The United States and the Genocide Convention*, sin aludir al caso guatemalteco. Otro ejemplo importante es que durante 23 años, entre 1986 y 2009, la revista *Holocaust and Genocide Studies*⁵⁴ nunca publicó un artículo sobre Guatemala.

Durante casi toda la década de 1990 el caso guatemalteco perteneció a las menciones marginales, en apéndices o tablas, y en cuanto a tareas de recopilación de testimonios de las víctimas, atrajeron poco a los especialistas del genocidio, en resumen: pocos esfuerzos, pocos datos, nada de estudio. De hecho, el mismo Kiernan parece hacer un *mea culpa* cuando cita trabajos propios (1993, 1998) en los que si bien menciona a Guatemala, no lo hace como un caso de genocidio sino de politicidio o asesinato político masivo.

El campo de los Estudios del Genocidio se removió en 1998, cuando la Iglesia Católica presentó el informe *Guatemala, nunca más*, en cuatro volúmenes, los cuales fueron entregados a la CEH. Y al año siguiente se publicó el informe de la Comisión de la Verdad de la ONU, donde se determinó que entre 1981 y 1983 se cometió genocidio en Guatemala. Kiernan considera que el silencio de la primera generación de investigadores que se situaban a sí mismos dentro de este campo, fue posible porque no consideraron a Guatemala como una prioridad: el caso guatemalteco orbitaba en la esfera estudiada por académicos y activistas de derechos humanos en general, y especialistas en América Central.

⁵⁴ La revista en inglés se puede obtener por suscripción en: <http://bit.ly/2ObaGLw>

A lo largo de dos décadas desde el pronunciamiento de Kuper en 1983, los estudiosos del genocidio (a excepción de Sanford) habían publicado menos de cien páginas sobre el caso de Guatemala, detalla Kiernan, quien también consigna una suerte de ignorancia total en al menos “trece trabajos generales o comparativos de estudios sobre genocidio publicados entre 2001 y 2007” posteriores a la publicación del informe *Guatemala, memoria del silencio*; además, cita al menos diez autores de libros sobre genocidio que no mencionaron Guatemala; y señala que la segunda edición de *Century of Genocide* de 2004, excluyó el capítulo que incluyó en la primera edición, sobre los genocidios de grupos indígenas, en el cual no se hizo referencia a mayas ni a Guatemala.

De ahí que no sea sorprendente que ni en Australia ni en Europa (Alemania, Francia, Italia) se profundizara sobre el caso guatemalteco. Fue hasta 2010 que los israelíes, Israel Charny y Uriel Levy, abordaron directamente el tema en su *Genocide of the mayans in Guatemala*. Según Kiernan, de entre los investigadores del genocidio, solamente Leo Kuper ha prestado atención a los casos de asesinato masivo apoyados por Estados Unidos, especialmente al genocidio de los mayas en Guatemala. Hacia 2008, Greg Grandin, señaló que el caso guatemalteco seguía siendo ignorado por expertos y académicos, e incluso por la prensa norteamericana.

No es posible ignorar la cercanía, en muchos sentidos, con Estados Unidos, pues es un factor que salta a la vista cuando se hace la pregunta del por qué de la marginalidad con fue tratado el genocidio en Guatemala por los estudiosos. No hay que olvidar que la asistencia al régimen de Guatemala se mantuvo durante y después del genocidio, al grado que entre 1980 y 1988, Estados Unidos otorgó ayuda militar y económica por US\$575 millones (Gerlach, 2010: 216), y el país también recibió asistencia militar de Israel (Hunter, 1987: 111-135). Aunque Kiernan duda de que los estudiosos del genocidio estuvieran influenciados por la política de esos países, considera que dicha política y el encubrimiento conservador de Guatemala, “debería haber propiciado una mayor atención por parte de los académicos, y no menor” (Kiernan, 2015: 27).

Otros elementos a tomar en cuenta para entender el *Muro de silencio* son, por una parte, el hecho de que el informe de la ONU sólo se publicó en español, cuando lo usual en el caso de esta entidad, es publicar sus informes en diversos idiomas. Esto no es un dato

menor, incluso ofrece posibilidades para un análisis más profundo, pues es notable que las publicaciones del campo de los Estudios del Genocidio está dominado por el idioma inglés. Por otra parte, fue hacia finales de la década de los 80, que Estados Unidos ratificó la Convención sobre el Genocidio, al mismo tiempo que en diversos lugares del planeta se podían constatar discursos negacionistas del genocidio, entre los que destaca el caso armenio.

El fin de la Guerra Fría significó un alejamiento de los estudios del genocidio para Guatemala, en vista de un nuevo enemigo: el caos de los Estados fallidos. Fue entonces que el enfoque de los estudios del genocidio se puso en aspectos como la necesidad de intervenir contra aquellos que ostentaban poder en los Estados fallidos o contra actores no estatales, dejando de lado tareas como prevenir, interrumpir o documentar el asesinato masivo auspiciado por el Estado, tal el caso de Guatemala, como advierte Grandin (2008).

En el mundo académico, el genocidio guatemalteco pasó inadvertido por no adecuarse a la teoría del Estado totalitario genocida, ni enmarcarse en la subsecuente preocupación por los “Estados fallidos” contemporáneos que se gestaba en el campo de los estudios sobre genocidio. Aún menos frecuente fue el estudio, por parte tanto de los teóricos del totalitarismo como de los intervencionistas humanitarios, de una tercera categoría de genocidio: los exterminios previos a 1900 de los pueblos originarios conducidos por regímenes totalitarios en expansión, tales como la Gran Bretaña colonial, Estados Unidos y Francia (Kiernan, 2015: 28).

Se trata, en último caso, de una interpretación nueva que contribuye a entender de los peores y más extendidos crímenes en masa cometidos en la historia, y que no logra incorporar dos perspectivas teóricas importantes: el totalitarismo (Arendt) y el genocidio (Lemkin). Para Kiernan, “Tanto el fenómeno del *totalitarismo*, que precede por mucho al siglo XX, o el *término* “totalitarismo”, es inadecuado ya sea como sinónimo o explicación del genocidio” (2015: 28).

En el campo de los Estudios del Genocidio eso significó un *cisma*, al grado de que como bien refiere Kiernan, a partir de esas distinciones, surgen dos grupos de investigadores claramente diferenciados: por una parte, los “liberales” con su revista *Genocide Stu-*

*dies and Prevention*⁵⁵, que son científicos políticos estadounidenses que sostienen la tesis “totalitaria”; y por otra parte, los “posliberales”, que fundaron la revista *Journal of Genocide Research*⁵⁶, y que son académicos de “izquierda” que desafían en consenso de los liberales, contraponiendo su visión “colonial” del genocidio. Entre ambos grupos prima la incomprensión, según Kiernan.

Lo destacable de ver el desarrollo del campo es, en este caso, que aunque una de las “escuelas” surgidas recientemente se centra en los genocidios coloniales de los pueblos originarios, Kiernan (2015: 31) afirma que “esto no ayudó a que se prestara atención al genocidio de los indígenas mayas en Guatemala”, ni por parte de liberales ni posliberales. La marginalidad o el dilatado silencio han sido la nota común. Un ejemplo notable es Mark Leven, quien publicó en 2005 un estudio histórico sobre el genocidio, *Genocide in the Age of the Nation State*, que de dos volúmenes “solo incluye cuatro breves referencias al tema, dieciséis líneas en 540 páginas de texto”.

Hay otros ejemplos, pero lo fundamental es notar que el genocidio en Guatemala permanecía sin ser atendido, o se omitía de los estudios del genocidio. Según Kiernan, fue la Comisión de la Verdad la que hizo un avance clave para un entendimiento general sobre el genocidio, al resolver el debate sobre la “intensión versus el motivo”. Para indicar este hecho, el autor australiano cita el mismo informe de la CEH: “es muy importante distinguir entre *la intención de destruir al grupo total o parcialmente*⁵⁷, es decir, la determinación positiva de hacerlo, y los motivos de dicha intención”. Así,

Para que se configure el tipo genocida, basta la intención de destruir un grupo, cualquiera sea el motivo. Por ejemplo, si el motivo por el cual se intenta destruir a un grupo étnico no es carácter racista, sino solo militar, igualmente se configura el delito de genocidio (CEH en Kiernan, 2015: 31-32).

Es entonces, hasta la primera década del siglo XXI, que el genocidio guatemalteco rompe con el *Muro del silencio*, y es mencionado con mayor frecuencia. Kiernan considera en sus conclusiones que, en perspectiva, la comunidad académica no demoró “tanto” en

⁵⁵ El sitio de Internet de esta revista está disponible en: <https://scholarcommons.usf.edu/gsp/>

⁵⁶ Para acceder a algunos de los contenidos de esta publicación se puede visitar este link: <https://www.tandfonline.com/toc/cjgr20/current>

⁵⁷ El texto aquí en cursivas aparece entre comillas simples en el original.

reconocer el genocidio guatemalteco, en comparación con el caso armenio, y tanto el campo de los estudios del genocidio como los estudios de área y la investigación académica en derechos humanos, “sí contribuyeron a crear el clima nacional e internacional que condujo al procesamiento por genocidio de al menos uno de sus perpetradores, el ex presidente José Efraín Ríos Montt (...)”.

Por otra parte, es importante mencionar que hay una producción de literatura sobre el tema, generada desde “fuera” del campo de los Estudios del Genocidio propiamente. Como señala, Glenda García (2019):

A casi dos décadas de la presentación de los informes Memoria del Silencio y Guatemala Nunca Más, la mayoría de las investigaciones que se han producido en el país se han centrado en documentar los efectos, es decir todo aquello que ocurrió: violaciones cometidas, su impacto en las víctimas y a nivel sociocultural; recuperación de la memoria de las víctimas; estrategias y políticas que dieron lugar al conflicto armado; actuación de las fuerzas armadas estatales y grupos subversivos en menor medida. Esta producción de investigaciones sociales, políticas, antropológicas, psicológicas y jurídicas acerca de los ámbitos mencionados son importantes y han contribuido a fortalecer los procesos de justicia para las víctimas, sus familiares y la sociedad en su conjunto (...)

Dentro de esa diversa literatura destacan los diversos trabajos de Falla (2018), que presentan un notable antecedente en el registro y formulación de la denuncia a nivel internacional del delito de genocidio que estaba ocurriendo en el país en la década de 1980; Vela (2014) por su parte, ha elaborado un detallado estudio sobre los perpetradores del genocidio; y Palacios (2017) con un trabajo sobre Memoria Histórica del caso ixil, que cuestiona los conceptos de Paz y Democracia. Prudencio García (2005) elaboró un estudio del genocidio guatemalteco a la luz de lo que llama una Sociología Militar, en el cual revela un dato importante: en Guatemala el poder militar nunca se ha sometido al poder político (o civil).

El trabajo de Glenda García (2019), busca elaborar un vínculo personal de la violencia estatal con los perpetradores, que en determinadas narrativas aparecen como héroes, y ahora serían genocidas, con lo que el juicio elucidó. También se pueden mencionar trabajos que aunque no elaboran un estudio comparativo del genocidio guatemalteco pro-

piamente, buscan plantear una interpretación, como el caso de Figueroa (2001, 2008, 2011); o que generan hallazgos de gran importancia en archivos oficiales, como Rostica (2015), o que elaboran un perfil de las motivaciones ideológicas de un exterminio, como el de Drouin (2011), entre otros. Desde la perspectiva de la esfera pública, se puede ver con mayor claridad cómo, a posteriori, se discutió el juicio en las columnas de opinión de tres medios escritos en Guatemala⁵⁸.

Conclusión capitular

Al finalizar este capítulo he aprendido que si bien hoy existe una legislación internacional que regula crímenes atroces, el genocidio lejos de ser una historia singular de aberraciones nacionales, es como señala Mark Levene (2000), una parte intrínseca y crucial del mundo de contemporáneo. Además, si Lemkin hubiera logrado imponer su visión de este crimen, prácticamente todo el mundo occidental estaría dentro del espectro de los perpetradores. Las lógicas de aquella violencia emergida en siglos pretéritos consolidada en el siglo XIX, se articuló para el caso guatemalteco, con su particular racionalidad de finales del siglo pasado y en gran medida ese rasgo apuntaló lo que Bruneteau llama la “disposición genocida”. En palabras de Sémelin (2001) el origen de esa “racionalidad delirante” está en un imaginario paranoico engendrado por el miedo, característico de la concepción totalitaria del mundo. Esa concepción caracterizó a todas las dictaduras guatemaltecas, con especial fuerza a la de Lucas García y la de Ríos Montt. En ese contexto, quizá la palabra clave es racionalidad, porque de alguna forma en ella se concentran lógicas como la modernización o refundación del Estado, como indica Bruneteau (2006: 362-363), mismas que “deben hacernos comprender en última instancia, cómo la acción genocida puede convertirse en proyecto social; cómo la participación, el consentimiento o la indiferencia de las sociedades permiten las iniciativas del poder”.

Lo ocurrido durante el juicio por genocidio en Guatemala, si bien contribuye a poner en relieve las luchas de los sobrevivientes, está muy lejos de proveer justicia para los miles de personas que fueron aniquiladas sin saber por qué. Esto nos habla obviamente de los límites que hay en la estructura judicial del país y en la forma en que diversos estratos

⁵⁸ Cft. *Prensa escrita en la coyuntura del juicio por genocidio a Ríos Montt*. C. Girón (2017). Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México.

sociales persisten no sólo en el negacionismo de dichos crímenes, sino en la legitimación de los mismos. Se trata de una consecuencia, diríase natural, del silencio histórico que ha caracterizado el abordaje de esa violencia del pasado que, como hemos visto, atraviesa no solo a los estamentos académicos sino a la sociedad en su conjunto.

Queda claro que no se puede escribir esta historia sin sentirse profundamente conmovido por ese silencio. En apenas dos siglos hemos aprendido que somos el producto de muchas cepas y visiones, y que hay en esa historia una aventura esencialmente de resistencia. Parafraseando a Hosbawn, siempre que miramos la historia es porque necesitamos entender el presente. Las ideología del supremacismo ha permeado al grado de que a inicios del siglo XX, aquella idea de que el débil no exista, estaba más que legitimada. Medio siglo más tarde, en pleno apogeo del capitalismo norteamericano, el débil emerge como una creación social en una constelación de negatividades. Es indeseable y/o dañino el Otro para una sociedad infatuada con las ideas de la pureza genética. Esa aparente pureza legitima una estética que repudia la obesidad y la corpulencia; que jerarquizó a los cuerpos altos y delgados contra los bajos y robustos; y por lo tanto, practica una sobre estimación la belleza y la fuerza física. El débil es el sifilítico, el tuberculoso, el neurótico, el paralítico, el imbécil, los migrantes, la servidumbre, anormales contaminados, débiles mentales, criminales, alcohólicos, ineptos, paupérrimos, vagabundos, locos... es decir, todas las víctimas de la impresionante cantidad de energía puesta en la clasificación de las personas, la obsesión patológica por un concepto de raza que científicamente no existe (*Véase*: Zaffaroni, 1988)⁵⁹.

A cuatrocientos años de distancia las formas institucionalizadas del racismo complejizan un fenómeno fantasmático que es y no es aún: la representación histórica de la dominación se hace pesada⁶⁰. Según Trouillot (2017: 127) los hechos nos miran fijamente

⁵⁹ Para el caso de Guatemala, baste recordar que, Justo Rufino Barrios, para estar a tono con los tiempos, emitió en 1876 el decreto 165: “Justo Rufino Barrios General de División y Presidente de la República de Guatemala, CONSIDERANDO: Que es conveniente poner en práctica medidas que tiendan a mejorar la condición de la Clase Indígena. Que varios aborígenes principales de San Pedro Sacatepéquez – departamento de San Marcos– han manifestado deseo de que se prevenga que aquella parcialidad use el traje como el acostumbrado por los ladinos; DECRETA Artículo único: Para los efectos legales, se declaran ladinos a los indígenas de ambos sexos, del mencionado pueblo, quienes usarán desde el año próximo entrante el traje que corresponde a la Clase Ladina.”

⁶⁰ Se trata de un patrón de dominación y su correlato de resistencia. Mientras transcurría la revolución norteamericana (1763) y francesa (1789), el etnocentrismo europeo se había fusionado con el racismo científico⁶⁰ y había generado el marco idóneo para un panorama ideológico que únicamente reconocía la “era de las revoluciones” como un rasgo de aquella civilización. De ahí que la revolución haitiana (1790)

a los ojos “(...) el tiempo no es una mera continuidad cronológica. Es la gama de momentos inconexos, prácticas y símbolos que amenazan las relaciones históricas entre los hechos y las narrativas.”⁶¹ En todo caso la denuncia que se hace es sobre las consecuencias de estas realidades en nuestras vidas hoy. Sin el fin del genocidio, la esclavitud y la explotación de cuerpos, la construcción de la paz se ralentiza peligrosamente. Las imágenes que podemos hallar en Auschwitz las podemos encontrar en el occidente de Guatemala de 1982-1983 al igual que en Ntarama, Ruanda en 1994.

Debemos estar de acuerdo en el diagnóstico de nuestro tiempo porque la pesadilla está enterrada en lo profundo de nuestra conciencia. El rugido del fascismo puede ser escuchado en algunos líderes mundiales y por eso debe preocuparnos mucho las formas en que la dominación y el poder se regeneran porque ocurre en el presente. Si observamos la esfera pública, por ejemplo, ya no encontramos debates intelectuales sino entretenimiento con *expertos* en una batalla de opiniones: es la narrativa del silencio. Lo que se intenta suprimir hoy (porque es rentable) es que la superioridad blanca, las elites cristianas, preferentemente angloparlantes, exigen su *lebensraum* posneoliberal. Las elites latinoamericanas, por su parte, siempre han pensado el imperialismo como un proceso biológico necesario, que de acuerdo con leyes naturales, lleva a la destrucción de las que consideran razas inferiores.

Históricamente el problema más insidioso para la explotación de recursos naturales y de mano de obra barata siempre ha sido la existencia de diversas formas de autonomía y autogobierno, de tal cuenta que la única solución posible fue el aniquilamiento de grupos humanos. Quizá el rasgo más sobresaliente de esta experiencia de las potencias europeas sea la idea de que *hay* que civilizar al salvaje, pero no solo eso: se arriba a la

sea excluida de la narrativa dominante. Aunque en Haití se creó en apenas diez años la primera república libre del continente que enarboló los valores de Libertad, Fraternidad e Igualdad para todos, el silencio sobre esta revolución es parte de la narrativa global de dominación. La revolución en Haití puso en entredicho a las revoluciones americana y francesa, jugó un rol de primer orden en la caída de la esclavitud como sistema e impulsó otros procesos de liberación en América Latina.

⁶¹ El negocio del caucho oculta una historia que empezó en 1887, con miras a arbitrar la próspera explotación del continente africano: nacen las patentes. Así, la Conferencia del Congo garantizó derechos de explotación prácticamente para *el que llegara primero*. El flujo de materias primas como el fosfato, el petróleo, el uranio, el cobre, el oro, el cobalto, el níquel, los diamantes, el zinc, el hierro, las piedras preciosas y el carbón, se transformaron en la empresa del caballero más audaz, o del más sanguinario. Hoy se sabe, por ejemplo, que Henry Ford, padre de la producción en masa de vehículos, recibió la Gran Cruz del Águila Alemana en 1938, mostrando gran habilidad al otorgar todas las ganancias de la compañía a los nazis. Después de todo, para el desarrollo de la industria automotriz y aeronáutica, la explotación del caucho fue y es una piedra angular.

convicción de que ese proceso civilizatorio únicamente puede lograrse mediante la tortura y el uso del terror. Esa convicción está determinada en la pigmentación de la piel, como rasgo de poder, pero aún más: el ejercicio del abuso sexual como rasgo de poder y como justificación, al mismo tiempo, de que se poseía aquel privilegio último: la inmortalidad eterna.

Las ideas de democracia y justicia/bienestar para todos han sido siempre irreconciliables con el genocidio, el colonialismo y el imperialismo. Se necesitaba un nuevo modelo para poder elaborar aquella reconciliación. Un nuevo sujeto que tuviese lo mejor de ambos mundos (nativos y europeos) siempre y cuando implicara la disolución del indio, un proceso que excluyera sistemáticamente al nativo americano y afroamericano de cualquier forma de participación. Un sujeto que no cuestionara el mito esencial de la América blanca que tiene un alma dura y solitaria, estoica y asesina. Claramente esa exclusión sistemática abarcó a los grupos indígenas en Guatemala, quienes fueron vistos, convenientemente, como parte del gran enemigo occidental. El terrorismo y su guerra ha generado territorios administrados con terror. La guerra contrainsurgente ha sido el camino de la guerra.

SEGUNDO CAPÍTULO

2. Prácticas Sociales Genocidas (PSG) en Guatemala

*(...) por ti Guatemala,
por tu asesinada dulzura
por tu cielo violento
engendrador de odio,
es por los que escribo
esta amarga elegía
sobre raíces de llanto.*

Luz Méndez de la Vega

Introducción

Con el abordaje del capítulo precedente, han quedado examinados los rasgos más importantes del genocidio desde la perspectiva del derecho internacional (Lemkin); algunos de los aspectos más polémicos cuando se plantea una mirada más amplia de este fenómeno en la historia, y de cómo se incorpora el caso ixil (guatemalteco) en el campo de los estudios del genocidio. Ahora profundizaré en el concepto de Prácticas Sociales Genocidas (PSG) para aplicarlo al análisis del genocidio ocurrido en Guatemala, siguiendo a Feierstein, quien considera que la distinción entre distintas modalidades de violencia (algunas de ellas genocidas y otras no) podría otorgar mayor claridad en esta discusión en la medida que los usos del aniquilamiento y del terror, pueden articularse en estrategias y proyectos políticos claramente divergentes.

El exterminio de poblaciones constituyó una herramienta fundamental en la configuración de los Estados modernos, tanto en Europa como en América, Asia y luego África. Sin embargo, el uso del aniquilamiento como estrategia de reformulación de las relaciones sociales a través del terror (la modalidad prototípica con la que se pensó el concepto de genocidio a partir de su creación por parte de Raphael Lemkin) tiene características y consecuencias cualitativamente distintas. (Feierstein, 2016: 60-61).

Desde esta perspectiva es factible diferenciar un uso constituyente del genocidio, por ejemplo, para analizarlo en su especificidad de observar solamente una de las modalida-

des de utilización política y estratégica de la tecnología de poder genocida. En este sentido, el autor elabora cuatro distinciones tipológicas. De cara a este concepto de prácticas sociales genocidas, cabe plantear algunas de las ideas más importantes de Foucault en relación con el racismo por las implicaciones que tiene en términos de la biopolítica, ya que como veremos, es decisivo a la hora de pensar en genocidio como tecnología de poder en Guatemala.

En ese orden de ideas, elaboro una perspectiva basado en Feierstein (2011) porque permite analizar el genocidio contemporáneo como una práctica social, es decir, plantea una mirada sociológico-histórica que considera el genocidio ocurrido en Guatemala como un tipo de genocidio *reorganizador* de las relaciones sociales. Así, expongo las principales ideas y conceptos sobre PSG, en la medida que el autor orienta a comprender los procesos de aniquilamiento de colectivos humanos como un modo específico de destrucción y reorganización de relaciones sociales, y como una tecnología de poder con causas, efectos y consecuencias específicas, posibles de rastrear y analizar.

Seguidamente, presento una descripción de los organismos del aparato de inteligencia del Estado en Guatemala que operaron durante la contrainsurgencia, y sus implicaciones en tanto dispositivo de poder por excelencia en la experiencia concentracionaria. Propongo un análisis comprehensivo de una experiencia que ha dejado su impronta, no únicamente en aquellos sobrevivientes que han devenido en testigos, ni solamente en los que se vieron implicados en la trama de los estamentos perpetradores, sino arrojar luz sobre el impacto en aquellas generaciones contemporáneas, que hoy se debaten ante la aparente disyuntiva de qué narrativa elaborar o negar en una sociedad guatemalteca del postgenocidio.

Finalmente, me aproximo a la experiencia concentracionaria, principalmente, enunciando los aspectos más importantes del arrasamiento subjetivo que afectan al sujeto y las consecuencias políticas que éstas determinan hacia lo interno del CC. Esta aproximación nos permitirá, en el siguiente capítulo, elaborar una mirada sobre el proceso de realización simbólica de las prácticas sociales genocidas: un abordaje de este proceso, en términos de las formas de narrar el genocidio en Guatemala, es decir, una interpretación de la relación de clausura que tienen esas narrativas con la memoria como catego-

ría socio-histórica y algunas de sus potencialidades políticas en el ámbito de las subjetividades en resistencia.

Primera Parte

1. Una mirada contemporánea a la tipología genocida

Partiendo de la idea de que un proceso de exterminio no es producto de la acción de un solo individuo, cabe recordar que desde 1930 la llamada investigación racial fue muy importante en Alemania y que en el desarrollo de la industria pesada tuvo un peso de primer orden en aquellos procesos. La sofisticación tecnológica del exterminio en la experiencia de la Alemania nazi en pleno siglo XX, aún perturba la historia de la condición humana. Si bien es cierto que ningún acto de la historia puede replicarse con exactitud milimétrica, los eventos históricos, con sus diferencias, sí pueden compararse. Entre los casos que pueden servir de ejemplo, por su disimilitud, están: Adana, Turquía, en 1919 (Bruneteau, 2006: 81-121; Ábalos en Feierstein, 2016: 65-91); la matanza de My Lai en Vietnam en 1968⁶²; y la pesadilla que en 1994 se vivió en Ruanda, entre otros⁶³.

No obstante, la constitución del genocidio como delito internacional busca *prevenir*, no *castigar* una conducta criminal contra el derecho de *ser colectivamente*. Y lo hace de la misma forma que el delito de homicidio busca proteger el derecho de ser individualmente. En consecuencia, mi siguiente tarea requiere hacer la pregunta por las *prácticas sociales genocidas o el genocidio como práctica social*. En este sentido, no debe olvidarse nunca el trabajo de Lemkin, porque está vinculado con lo que eventualmente fue la Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio, que dicho sea de paso, persiste en el concepto de raza claramente obsoleto. Esto puede explicarse desde la perspectiva de que los perpetradores “generan el clima” para llevar a cabo un genocidio: el genocidio como *tecnología de poder biopolítico*, se prepara, se ejecuta y en la posteridad a la destrucción, se niega.

⁶² Véase: <https://www.telesurtv.net/news/Conozca-como-fue-la-matanza-de-My-Lai-en-Vietnam-20160315-0043.html>

⁶³ En los archivos de Lemkin se halla una lista con al menos 45 casos que él consideraba genocidio. El caso de los indios americanos (núm. 15) se distingue del caso de Latin America (núm. 25), y del genocidio cometido contra los Incas (núm. 28). En esta lista mecanografiada, el último caso está escrito a mano y corresponde a Natures of Australia.

En este punto es pertinente observar con cierto detenimiento la idea de biopolítica, con especial atención a las nociones de raza y racismo que plantea Foucault (1976). En su trabajo *Genealogía del racismo*⁶⁴, toma como punto de partida el “problema de la guerra como un patrón de inteligibilidad de los procesos históricos”, ya desde los orígenes de la era moderna hasta todo el siglo XVIII. Si en principio todo fue una guerra de razas, esta guerra se transformaría en racismo de Estado, y Foucault intenta exponer “las condiciones que permitieron su existencia”.

Me parece que uno de los fenómenos fundamentales del siglo xix es aquel mediante el cual el poder –por así decirlo– se hizo cargo de la vida. Es una toma de poder sobre el hombre en tanto ser viviente, es una suerte de estatalización de lo biológico. Creo que, para entender lo sucedido, podemos referirnos nuevamente a la teoría clásica de la soberanía, que nos sirvió como trasfondo y como marco de referencia para todos los análisis que hicimos sobre la guerra y las razas (Foucault, 1976: 193).

Ante la pregunta de qué significa tener derecho de vida y muerte, el trabajo de Foucault puede conducirnos a enfrentar la paradoja de que “el sujeto no es sujeto de derecho ni vivo ni muerto”, y que la vida y la muerte se vuelven derechos únicamente por “la voluntad del soberano”. Para este autor se trata más bien “del derecho de hacer morir o dejar vivir”, que a su vez introduce una fuerte asimetría.

Creo que una de las transformaciones de más peso en el derecho político del siglo xix consistió, no en sustituir el viejo derecho de la soberanía –hacer morir o dejar vivir– con otro derecho. El nuevo derecho no cancelará al primero, no lo penetrará, lo atravesará, lo modificará. Tal derecho o más bien tal poder, será exactamente el contrario del anterior: será el poder de hacer vivir y de dejar morir. Resumiendo: si el viejo derecho de soberanía consistía en hacer morir o dejar vivir, el nuevo derecho será el de hacer vivir o dejar morir (Foucault, 1976: 194).

De esta cuenta, nos ubica en un momento que “la vida empieza a problematizarse en el campo del pensamiento político”, pero que fundamentalmente se trata de la emergencia, en los siglos xvii y xviii, de técnicas de poder centradas especialmente en el cuerpo, de procedimientos de organización espacial de esos cuerpos individuales, “y la organiza-

⁶⁴ Se trata de la undécima lección, del 17 de marzo de 1976. El libro completo se publicó como *Defender la sociedad* en 2000.

ción –alrededor de esos cuerpos– de todo un campo de visibilidad”, pero también de las técnicas para cuidar esos cuerpos en tanto fuerza útil de trabajo,

técnicas de racionalización y de economía (en sentido estricto) de un poder que debía aplicarse del modo menos dispendioso posible, por medio de todo un sistema de vigilancia, de jerarquía, de inspección, de escritura, de relaciones. En suma: de toda esa tecnología que podemos llamar tecnología disciplinaria del trabajo y que se instaura desde fines del siglo xvii (Foucault, 1976: 195).

Para mediados del siglo siguiente, indica el autor, aparece una tecnología no disciplinaria del poder. Esta nueva forma del poder se afianza en la técnica disciplinaria, no la suprime porque se ubica en otro nivel o escala, y por tanto, “tiene otra área de acción y recurre a instrumentos diferentes”. La nueva técnica de poder disciplinario “procura regir la multiplicidad de los hombres en tanto ésta puede y debe resolverse en cuerpos individuales, a los que se puede vigilar, adiestrar, utilizar y eventualmente castigar”. Esta nueva tecnología, continúa el autor, “se dirige a la multiplicidad de hombres, pero no en tanto ésta se resuelve en cuerpos, sino en tanto constituye una masa global, recubierta por procesos de conjunto que son específicos de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad” (Foucault, 1976: 196-197).

Para Foucault, entonces, hay dos tomas de poder sobre el cuerpo, la primera como individualización, y la segunda que procede en el sentido de la masificación. Ambas se efectúan, “no en dirección del hombre-cuerpo, sino en dirección al hombre especie”. En consecuencia, deja atrás la idea de la anatomía política del cuerpo humano, y plantea la idea de la “biopolítica de la especie humana”, que “en todo caso fue la preparación de esquemas de intervención en los fenómenos de la natalidad globalmente considerada” (1976: 196).

Quizá el acento en su perspectiva es que en el fondo lo que operaba era una preocupación por enfermedades y decesos entendidos como “reducción de fuerzas, de energías, de disminución de tiempo de trabajo”, en otras palabras, como “costos económicos”. “El último ámbito de intervención (...) toma en consideración las relaciones entre los seres humanos como especie, como seres vivientes, y su ambiente de existencia. (...) Se trata, en una palabra, del problema de la ciudad.” (pág. 198).

En mi opinión, es clara la intención del pensador francés en mostrar un elemento inédito en esta nueva tecnología del poder

Lo que aparece es un nuevo cuerpo, un cuerpo múltiple, con una cantidad innumerable, si no infinita de cabezas. Se trata de la noción de población. La biopolítica trabaja con la población. Más precisamente: con la población como problema biológico y como problema de poder (Foucault 1976: 198).

Con el aparecimiento de esta noción, se verá que se trata de fenómenos colectivos con sus fenómenos económicos y políticos masivos. A diferencia de los fenómenos individuales, los fenómenos colectivos “presentan constantes que es fácil, o por lo menos posible, establecer”, y que deben ser consideradas dentro de cierto límite de tiempo, porque “son fenómenos de serie”. Foucault, en consecuencia, señalará la extrema valorización médica de la sexualidad en el siglo xix como el origen de la teoría de la degeneración, porque la sexualidad se asocia con el origen de las enfermedades individuales como el “núcleo de la degeneración”. Así pues, plantea la idea de una sociedad, en donde se entrecruzan, “según una articulación ortogonal, la norma de la disciplina y la norma de la regulación”, entre otras cosas. Pero será justamente cuando plantea sus preguntas sobre cómo se ejerce el poder de la muerte, que nos lleva al punto crucial: el racismo.

Lo que permitió la inscripción del racismo en los mecanismos del Estado fue justamente la emergencia del biopoder. Es este el momento en que el racismo se inserta como mecanismo fundamental del poder y según las modalidades que se ejercen en los Estados modernos. Esto hace que el funcionamiento de los Estados, hasta cierto punto, hasta cierto límite y en ciertas condiciones, pase a través de las razas (Foucault, 1976: 205).

Si el poder tomó el campo biológico a su cargo, explica, la aparición de las razas, la distinción entre razas, la jerarquía entre razas, la calificación de unas razas como buenas y otras como inferiores, será un modo de fragmentar el campo de lo biológico, de producir un desequilibrio entre los grupos que constituyen la población. Para Foucault

el racismo es un modo de establecer una cesura en un ámbito que se presenta como un ámbito biológico. Es esto, a grandes rasgos, lo que permitirá al poder tratar a una población como una mezcla de razas o –más exactamente– subdividir la especie en subgrupos

que, en rigor, forman las razas. Son éstas las primeras funciones del racismo: fragmentar (desequilibrar), introducir cesuras en ese *continuun* biológico que el poder inviste (Foucault, 1976: 206).

Para el autor, en esta lógica del biopoder, la “muerte del otro”, o más explícitamente, “la muerte de la mala raza, de la raza inferior (...) es lo que hará la vida más sana y más pura”, pero además, como una segunda función del racismo, desde esta perspectiva, permite establecer una “relación positiva”, que no es militar o guerrera, ni política sino, precisamente, biológica porque representan, no a un enemigo sino a un peligro para la población, bien sean internos o externos. Por lo tanto,

el imperativo de muerte, en el sistema del biopoder es admisible sólo si se tiende a la victoria no sobre adversarios políticos, sino a la eliminación del peligro biológico y al reforzamiento, directamente ligado con esta eliminación de la especie misma o de la raza (Foucault, 1976: 206-207).

Así, en tanto aceptación del homicidio, la raza y el racismo “resulta indispensable para poder condenar a alguien a muerte”. En otras palabras: “Desde el momento en que el Estado funciona sobre la base del biopoder, la función homicida del Estado mismo sólo puede ser asegurada por el racismo”. Es en relación con esto que plantea el tema del genocidio y lo vincula directamente con el colonialismo: “El racismo se desarrolló en primer lugar con la colonización, es decir, con el genocidio colonizador”. Más adelante, agrega que “Lo que hace la especificidad del racismo moderno no está ligado con mentalidades, con ideologías, con mentiras del poder, sino más bien con la técnica del poder, con la tecnología del poder” (Foucault, 1976: 207-209).

Además, plantea, finalmente, pensando más bien en el nazismo y en cierta forma el socialismo, que “Cuando se trata de eliminar al adversario económicamente o de hacerle perder sus privilegios, no se necesita el racismo” (p. 212). De esta cuenta, podemos introducir en relación con esto, algunas notas críticas sobre su concepto de racismo, que pensadores decoloniales han planteado. En efecto, Grosfoguel (2012), por ejemplo, considera que el trabajo de Foucault, es un ejemplo de una teoría crítica “producida desde Europa que, al no dialogar con el Sur Global ni salirse de su unidad de análisis intra-

europeo, no logra dar cuenta de la relación entre la emergencia del racismo y la expansión colonial europea”.

Hay que advertir, antes de continuar, que no se entrará de lleno en estas discusiones, lo cual no impide plasmar los aspectos más generales. Por ejemplo, señala Grosfoguel, que la noción de “raza” en el discurso de la “guerra de razas” no es equivalente a la noción “racista” de “raza”:

Esto puede inducir a muchos lectores a una malinterpretación de la posición de Foucault. Foucault en varias ocasiones aclara que “raza” en el discurso de “guerra de razas” no tiene nada que ver con la noción de raza utilizada por el discurso racista. La palabra “raza” aquí es equivalente a lo que hoy significa “étnico”. Por tanto, deberíamos traducir el discurso de la “guerra de razas” –que Foucault señala fue usado en Europa desde fines del siglo XVI y comienzo del XVII– como “guerras de grupos étnicos”. Pero en la época se usaba “raza” como hoy se utiliza “etnia” (Grosfoguel, 2012: 83).

Por otra parte, incluso en la línea decolonial, algunos autores advierten ciertos problemas de naturaleza teórico-conceptual (Restrepo y Rojas, 2020). Desde esta perspectiva, la cuestión del racismo se plantea como un debate abierto. La propuesta de Foucault, como hemos visto, sigue teniendo centralidad, en la medida que parte de la idea de un racismo que dio sentido al Estado-nación, cuya configuración es la base de los países en la actualidad. Sin embargo, en la academia se advierten ciertos problemas de distinción conceptual que vale la pena discutir a la hora de hablar sobre racismo.

Efectivamente, una primer tarea es distinguir entre raza y cultura, aún cuando ambos son sistemas de marcación de alterización. A mediados de enero de 2022, Eduardo Restrepo⁶⁵, expuso que en la academia norteamericana y británica, raza tiene una enfática centralidad a la hora de usarla como categoría analítica. En América Latina, por su parte, en décadas recientes y de cara al giro multicultural⁶⁶, existe una confusión analítica entre los conceptos de raza y de cultura. Así, cuando se habla de cultura en realidad es

⁶⁵ Algunos de los apuntes aquí incorporados fueron tomados de la Conferencia “Raza y racismo en América Latina” del Dr. Eduardo Restrepo. Profesor invitado del Centro de Estudios Socioculturales, Universidad Católica de Temuco, Argentina. Enero, 19, de 2022.

⁶⁶ Véase: “La máscara del multiculturalismo”. Nuria Estrach Mira. Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona. Nº 94 (104), 1 de agosto de 2001. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-94-104.htm>

un tema de raza, y viceversa. De esta cuenta, la tarea de distinguir es fundamental, debido al peso que ha tenido el multiculturalismo en el posicionamiento sobre la imaginación teórica y política en el campo social latinoamericano.

En primer lugar, cabe advertir que raza y cultura son sistemas de marcaciones de alterización. Quizá lo más sobresaliente en términos críticos es Foucault (2000), y en cierta medida, Grosfoguel en Quijano (2010), y Grosfoguel (2012) cuando contraponen la noción de racismo de Fanon a la de Foucault. Restrepo, por su parte, plantea que algunas de esas elaboraciones “reproducen el entrapamiento desde el cual se hace la distinción”.

A mi entender, Restrepo enfatiza en ese “entrapamiento”, porque reproduce la falla en la distinción de fondo, en este caso, entre ambos sistemas de alterización. La falla consiste en que, “al reproducir el entrapamiento” se naturaliza los conceptos de raza y cultura, incluso como criterio biológico.

El problema del entrapamiento analítico, toda vez identificado, es posible de superarse. Lo esencial en la propuesta de Restrepo, es aclarar que este tipo de distinciones son puramente analíticas y que los conceptos no son puros, más allá de la pretensión de elaborar herramientas teóricas concretas. Un segundo aspecto a considerar es que raza, en tanto sistema de marcación de alteridad, opera como un dispositivo de producción y de administración de la diferencia entre entidades poblacionales, a partir de tres supuestos interrelacionados:

1. Las diferencias son desigualdades. Siempre que se habla de raza, se habla de diferencias que están en desigualdad, y que implican una clara jerarquización que establece unas entidades poblacionales en condiciones, por naturaleza, de superioridad; y otras entidades poblacionales en condiciones, por naturaleza, de inferioridad. En este supuesto las diferencias siempre son producidas como jerarquización, como desigualdad. En el caso de cultura, el concepto no opera necesariamente en la misma forma. En ese sentido, siguiendo a Trouillot, en la matriz del concepto de cultura, se piensa en la diferencia como una horizontalidad. Esto implica entender el concepto de cultura sin jerarquías porque cada cultura es diferente. Así se puede ver la distinción entre ambos sistemas de marcaje de alterización.

2. Esas diferencias, que son desigualdades, son necesariamente derivadas de sus incommensurables “naturalezas” o “biología”. En otras palabras, las desigualdades, que son vistas como jerarquías, son el resultado de una naturaleza profunda de esas poblaciones, que está anclada en los genes. O, usando una noción más aristotélica, “una naturaleza profunda anclada en su esencia”, es decir, lo que estas poblaciones son en tanto tal. En este supuesto, el comportamiento moral e intelectual de estas poblaciones se derivan, son explicadas, desde esa “naturaleza profunda” que presuntamente las define.

3. Esas desigualdades “son diacríticos corporalizados que son obvios a la mirada de cualquiera”. En este caso, la raza supone la constatación trivial, obvia, de la mirada racializada. La mirada racializada considera que mirar un cuerpo es suficiente para entender su “naturaleza profunda”, que es incommensurablemente desigual de otros, y que explica como se comporta, cual es su moral y sus cualidades intelectuales. La mirada racializada, pues, revela un entramado de sentidos, bajo el cual, unas poblaciones son necesariamente superiores o inferiores. Los diacríticos funcionan como marcadores de cultura pero también operan con los supuestos precedentes de manera distinta.

Restrepo propone un concepto de trabajo para raza:

“aquellas marcaciones que presentan una impronta-riedad que ineluctablemente definirían como inferior o superior a un individuo o grupo, estableciendo correspondencias necesarias entre sus naturalezas con sus comportamientos, habilidades y moralidades que son obvias a la mirada, que son marcadas en los cuerpos.”

Un problema que emerge en este punto es la diferenciación entre discriminación racial y racismo. La primera define una relación de exclusión en interacciones concretas que se ejercen entre individuos en nombre de los prejuicios raciales. En este caso, se trata eminentemente de una acción de exclusión que presupone que las razas existen para definir, hoy y para siempre, a determinados individuos o grupos.

Además, no todas las discriminaciones son raciales, existen otro tipo como las sexuales, de clase social, de género, de nación, etc. Las prácticas xenofóbicas, por ejemplo, se ejercen como discriminación hacia la noción de lo extranjero, de lo que no pertenece a

la nación. El heterosexismo es otro ejemplo de prácticas de discriminación, en este caso, en nombre de una presunta voluntad supra humana o divina, que se rige por la heteronormatividad.

El racismo se expresa en la discriminación racial, y aunque es una de las expresiones del racismo, no agota el concepto. El racismo tiene implicaciones más profundas, según Restrepo:

Constituye un patrón de despojo, explotación, desprecio, exclusión, empobrecimiento de unos sujetos marcados como racialmente inferiores, que es usufructuado para su enriquecimiento y privilegios, por otros sujetos marcados como racialmente superiores. Por lo tanto, el racismo es una configuración histórico-social que garantiza la desigualdad social desde una jerarquización racializada del orden social.

Piénsese, por un momento, en el núcleo de esta definición: patrón de despojo que es usufructuado. El indio y el negro, como vimos al principio, han constituido históricamente esas geografías del terror donde su existencia es precarizada. Para Restrepo, en el plano de las formaciones sociales de lo realmente existente –ya no en la abstracción analítica– es decir en los Estado-nación (países), el racismo se articula de diferentes y cambiantes maneras con su matriz de opresión.

Restrepo recurre a la propuesta analítica de Collins, quien plantea una matriz de opresión concreta donde confluyen clase, el dispositivo sexo-género, la generación, el lugar, entre otras, que garantiza la desigualdad social, desde la que podemos entender la lógica del racismo, cuyo patrón en el diseño o arquitectura del orden social, debe ser transformado. Esta idea de transformación nos remite a la necesidad de modificar otros patrones de esa matriz de opresión, desde las luchas anticapitalistas realmente existentes.

De cara al presente, Restrepo ofrece un ejemplo importante en cómo se define la geografía, dado que el racismo expresan su violencia estructural: hay geografías que importan porque contienen y reproducen la acumulación; y otras geografías solo son sujetos del despojo y del terror. Además, no debe olvidarse nunca que el racismo no es un asunto de negros, de indios o de blancos. En realidad el racismo atañe al conjunto de las sociedades racializadas, en cómo está constituido un orden social, o una formación social

específica. Una primera tarea tiene que ver con desnaturalizar la blanquitud o blanquidad, en tanto elementos de privilegios racializados, es decir, estudiar las marcaciones raciales de privilegio racial. Para Restrepo

No solamente en determinados cuerpos o sectores sociales que se asumen emblanquecidos, sino cómo las naciones latinoamericanas se producen, incluso en el discurso del mestizaje, desde un lugar no marcado, no visible, en silencio permanente pero profundamente reproductor de las marcaciones de esta blanquitud.

Todas estas cuestiones han sido planteadas por Restrepo y Rojas (2020), pero puntualmente en su capítulo sobre la idea de raza, indican que:

La raza pertenece a la historia de las relaciones de dominación, no al orden de la biología o de la naturaleza de la especie como lo han argumentado los colonizadores europeos al legitimar su dominación y la empresa colonial. De esta manera, para Quijano la ‘raza’ debe ser examinada como un patrón de clasificación social que apela a una supuesta distinción y jerarquía de orden biológico entre los europeos y no europeos. Esta idea de ‘raza’ definía una clasificación de las diferencias en la ‘naturaleza’ entre europeos y no europeos a partir de un borramiento de la historicidad y arbitrariedad de tal clasificación y las relaciones que de ésta derivan (Restrepo y Rojas, 2020: 138).

Restrepo considera que el giro decolonial⁶⁷, por ejemplo, ha logrado tematizar en cierta medida estas cuestiones, aún cuando todavía reproduce ciertas categorías racializadas. Claudia Orioli y Rita Segato, refiere Restrepo en su conferencia, plantean que un problema ha sido cómo se forma la nación en los países de América Latina, con unos adentro y unos otros afuera de maneras distintas. “La diferencia otrerizada ha constituido los imaginarios y las prácticas de la formación de nación.”

Vistas estas cuestiones vitales para nuestro abordaje, cabe hacerse al menos dos distinciones más de cara a las prácticas sociales genocidas, tipológicamente. Así, siguiendo a

⁶⁷ Grosfoguel y Santiago en Quijano (2007: 286) plantean que “En el curso del despliegue de esas características del poder actual, se fueron configurando las nuevas identidades sociales de la colonialidad (indios, negros, aceitunados, amarillos, blancos, mestizos) y las geoculturales del colonialismo (América, África, Lejano Oriente, Cercano Oriente, Occidente y Europa). Las relaciones intersubjetivas correspondientes, en las cuales se fueron fundiendo las experiencias del colonialismo y de la colonialidad con las necesidades del capitalismo, se fueron configurando como un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación bajo la hegemonía eurocentrada. Ese específico universo es el que será después denominado modernidad.

Feierstein, se puede hablar de PSG internas y externas. Dentro de las externas están: PSG Constituyente (de la nación); Colonialista; y Postcolonial (contrainsurgente, anti-colonial); y las internas, cuyo ejemplo más conspicuo es el genocidio reorganizador, porque no todas las dictaduras militares se plantearon la reorganización social. En los siguientes párrafos se exponen los detalles para elaborar las distinciones tipológicas más importantes. En las PSG entendidas como modalidades del genocidio moderno se distinguen cuatro tipos básicos:

- a) *Genocidio constituyente*: “se refiere a la aniquilación cuyo objetivo, en términos de relaciones sociales, es la conformación de un Estado nación, lo cual requiere del aniquilamiento de todas aquellas fracciones excluidas del pacto estatal, tanto poblaciones originarias como núcleos políticos opositores al nuevo pacto estatal.”
- b) *Genocidio colonialista*: “es el que involucra la aniquilación de poblaciones autóctonas, básicamente como necesidad de utilización de los recursos naturales de los territorios que ocupan y/o como estrategia de subordinación de la población originaria, ya sea para tolerar la expoliación o para utilizarlos como mano de obra. Si bien éste constituye un caso “moderno”, difiere de los otros tipos en tanto su blanco específico opera claramente hacia el “exterior social”, en términos simbólicos, y no hacia la sociedad de referencia, hacia el campo de los “iguales”.
- c) *Genocidio poscolonial*: “se refiere específicamente al aniquilamiento de población producto de la represión a las luchas de liberación nacional. En el caso de que el fin de la dominación colonialista genere luchas intestinas por el poder, la modalidad genocida remitiría al primer tipo (genocidio constituyente de un nuevo Estado nación) y no a este tercer.”
- d) *Genocidio reorganizador*: “remite a la aniquilación cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales hegemónicas *al interior* de un Estado nación preexistente. Veremos que en esta modalidad jugará un papel central lo que conceptualizaremos como la “lógica concentracionaria”, por lo que otro modo de llamar a este cuarto tipo sería “genocidio concentracionario”, aunque el carácter “reorganizador” sintetiza, a mi modo de ver, otros elementos que no están necesariamente presentes en la definición de “concentracionario.” (Feierstein, 2011: 98-100).

Finalmente es clave hacer la distinción entre el concepto de práctica social y relación social. Ésta última es una expresión que hace referencia a un sinnúmero de interacciones entre dos o más personas, mismas que están reguladas normativamente. Pero en sociología, estas relaciones sociales se hallan en un nivel más complejo que el mero comportamiento, acto, o contacto social propiamente dicho, e incluso la interacción social, puesto que éstas se explican en conceptos como organización social, estructura social, movimiento social y sistema social.

Dicho esto, debemos recordar que Marx se refirió a las relaciones sociales de producción como aquellas que emergen entre hombres (seres humanos) durante el proceso de producción, intercambio y distribución de bienes materiales. En este sentido, uno de los rasgos fundamentales de las relaciones sociales de producción es que no dependen de la voluntad de los individuos, en vista de que pueden ser relaciones de explotación o de cooperación, e inclusive de ayuda mutua, y dependen del sistema de propiedad de los medios de producción.

En otro orden, práctica social es un concepto que se puede rastrear, entre otros, en las obras Bourdieu, con su perspectiva ontológica (Gutiérrez, 2019), y en Foucault (2002) que plantea una perspectiva del análisis de las relaciones de poder. Ambos se refieren a parte del aparato represivo de la sociedad (primordialmente el Estado) mediante el cual se legitima ciertas conductas y se descalifica otras, dando como resultado un orden social específico que otorga y/o constriñe libertades. Así, las prácticas sociales refuerzan o debilitan la presencia de determinados valores en la estructura social. Uno de los ejemplos más notables puede ser la discriminación (racial o sexual) puesto que tiende a ser normalizada y por lo tanto, impuesta sobre los individuos de una sociedad.

La perspectiva de Foucault como vimos arriba, contribuye a entender las prácticas sociales genocidas como una tecnología de poder. Es de recordar que esa tecnología encuentra una expresión fundamental en la idea del *ciudadano moderno* puesto que éste debería encarnar la Igualdad, la Soberanía y la Autonomía, elementos cruciales que presupone y propugna la Modernidad.

En la esfera pública, por su parte, se revela el carácter polémico y polisémico que adquiere el término genocidio: en Argentina, el Poder Legislativo sancionó la modifica-

ción a la Ley 29 con la cual se conmemoraba el aniversario de la Masacre de San Sebastián como Día del Aborigen Fueguino, la fecha ahora se recuerda como Día del Genocidio Selk'nam como un día de duelo en memoria del genocidio iniciado contra el pueblo nativo el 25 de noviembre de 1886; en Colombia, el Festival de cine “Al Este”, abrió con la película “Quo Vadis, Aida?”, nominada el Óscar como mejor película extranjera. La cinta fue dirigida por Jasmila Zbanic y protagonizada por Jasna Djuricic, y narra el brutal exterminio que tuvo lugar en 1995 bajo la bandera de la ONU en Bosnia; el 10 de noviembre, el diario Deutsche Welle (DW) publicó una entrevista con Alice Wairimu Nderitu, asesora especial de la ONU para la prevención del genocidio, quien se refirió a la grave situación de Etiopía, donde solamente la capacidad de dialogar podría prevenir un genocidio; el 22 de noviembre el DW publicó que un francorruandés, es acusado de “complicidad” en el genocidio de tutsis en 1994 en Ruanda; en la misma nota se menciona la publicación de un grupo de historiadores que reconoce la “abrumadora responsabilidad” de Francia en estos hechos; la Asociación Saharaui para la Defensa de los Derechos Humanos (ASADEH) ha solicitado a la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional que procese al líder del Frente Polisario, Brahim Ghali, por un presunto delito de genocidio cometido entre 1975 y 1991 contra los refugiados saharauis en Tinduf (Argelia), alegando que sus supuestas acciones forman parte de un conjunto de hechos que no está prescrito, así como que ordene su busca y captura para que entre en prisión; en Guatemala la columnista, Sandra Xinico, denuncia los desalojos llevados a cabo en la porteña ciudad de Izabal, y equipara la acción estatal como la continuidad de una política de genocidio. En resumen, baste recordar el caso del presidente Erdogan, después de que el Parlamento Federal alemán y el Papa Francisco, reconocieran públicamente en 2016 el genocidio armenio.

Lo que quiero subrayar con los ejemplos del párrafo anterior, es lo que Brunetau denomina disputas y discrepancias alrededor del genocidio como crimen, porque se tensan a partir de una tripe herencia: 1. La tendencia a pensar que el Holocausto judío es el único verdadero genocidio. 2. Asesinatos en masa que no son genocidio (como la matanza de 500 mil comunistas indonesios en 1965). 3. Demandas de reconocimiento al alza (aborígenes australianos, mayas achíes en Guatemala, yanomamis en Amazonia, achés en Paraguay, etc.).

Brunetau, como historiador, propone hacer un balance clasificatorio de las prácticas genocidas en tres bloques. 1. Los genocidios consagrados en los que coincide la memoria del grupo víctima, la historia científica del suceso y el derecho. 2. Genocidios en espera de reconocimiento en los que el derecho está más atrasado que la memoria y la historia. 3. Los genocidios disputados o ignorados, “Aquí el derecho y la historia se retiran ante una memoria social, a menudo militante, que pretende concienciar al mundo sobre la realidad de un prejuicio pasado”.

Lemkin, creador del término, buscó dar cuenta de una especificidad muy particular de las matanzas masivas de población:

su uso instrumental y el rol de la ideología en su concepción. La clásica matanza masiva de población se había llevado a cabo en la historia en la busca de territorios o recursos. Sin embargo, el concepto de genocidio surgió para diferenciar esa modalidad clásica de la decisión de organizar una campaña sistemática para eliminar a grupos enteros de población, con el objetivo de erradicarlos del planeta y/o de utilizar el terror para disciplinar al conjunto social. Esta es la novedad moderna (Feierstein, 2016: 13-14).

Y no solamente disciplinar al conjunto social sino transformar su identidad, bien sea eliminando a todos los miembros de determinados grupos, o a un número suficiente como transformar o reorganizar la identidad de los sobrevivientes por medio de la imposición de la identidad del opresor. Desde esta perspectiva, el concepto revela

el funcionamiento de los sistemas de poder en la modernidad a través de la constitución de “Estados nacionales” con el monopolio de la capacidad de castigar. Es claro que la herramienta de opresión radica en el control del aparato de poder punitivo estatal: las Fuerzas Armadas y las fuerzas de seguridad, y su utilización para generar terror en el conjunto de la población. (Feierstein, 2016: 15).

Si bien el concepto de Lemkin siempre tuvo un carácter crítico, en Naciones Unidas se terminó por excluir a algunos grupos de la definición, siendo el más grave y explícito el de los grupos políticos. Esto significó un desplazamiento de la definición del ámbito de la opresión al ámbito de la irracionalidad, según Feierstein, al sugerir como explicación un racismo “despolitizado”, y desvinculado de la lógica de constituir la opresión estatal que era central en la definición de Lemkin.

Si para Lemkin el eje del genocidio radica en la destrucción de la identidad de la población como práctica de opresión, pareciera que para las lógicas legales el genocidio es el producto del odio de un pueblo hacia otro (ya sea que se defina dicho pueblo como grupo nacional, racial, étnico o religioso), donde las lógicas geopolíticas, la funcionalidad del exterminio y el terror como herramienta de opresión no juegan papel alguno (Feierstein, 2016: 15).

De esta cuenta, la noción de prácticas sociales genocidas ofrece una posibilidad de generar un tipo de análisis que, sin dejar por fuera la dimensión jurídica, puede ir más allá de la destrucción física de una parte de la sociedad guatemalteca. En esta mirada están los elementos que a mi juicio, expanden la interpretación de los procesos genocidas en el presente en la medida que no constriñe el concepto de genocidio sino, por el contrario, permite un marco más amplio de interpretación desde los procesos de memoria.

2. Las prácticas sociales genocidas o el genocidio como práctica social

Tomando en cuenta lo planteado en el apartado anterior, puedo decir que el concepto del genocidio como práctica social, es “un determinado modo de destruir y reconstruir relaciones sociales”, pero no cualquier relación social, sino *determinadas* relaciones sociales, por ejemplo: de cooperación, solidaridad, reciprocidad, autonomía; y que a la vez que logra convertir *otras relaciones* sociales en hegemónicas, por ejemplo: de subordinación, delación, individualismo, autenticidad (Feierstein, 2016: 202-203). Así,

La destrucción de relaciones sociales que opera una práctica social genocida produce, cuanto menos en las generaciones contemporáneas al mismo (aunque también en gran parte de los miembros de la siguientes), una notoria disminución de las posibilidades de evaluación moral, una indistinción entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, lo justo y lo injusto, lo legítimo y lo ilegítimo. Y esto implica una tecnología de poder sin antecedentes, porque es tan o más importante lo que construye que lo que destruye (Feierstein, 2016: 249).

El trabajo de Feierstein traza una secuencia comparativa entre el genocidio nazi y el llamado “Proceso de Reorganización Nacional” que para el autor, en Argentina, corresponde al genocidio ocurrido antes y durante la última dictadura militar. Esta perspectiva

permite un matiz importante a la hora de plantearse una investigación sobre el genocidio de las dictaduras militares de finales del siglo XX en Guatemala.

Como hemos visto, la idea de la reorganización de determinado tipo de práctica social, empieza a tomar forma. Si el objetivo del genocidio es la transformación de una identidad (Feierstein, 2011) habrá que comprender el aniquilamiento de colectivos humanos como “un modo específico de destrucción y reorganización de relaciones sociales”: no se trata de una excepcionalidad en la historia contemporánea, sino “una tecnología de poder peculiar, con causas, efectos y consecuencias específicos” (2011: 13).

Aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad y del uso del terror, productos del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios (Feierstein, 2012: 83).

En esta mirada, Feierstein, sostiene que toda narrativa tiene legitimidad y en la suya se plantea: “un modo de observar y analizar el aniquilamiento de colectivos humanos que ha tenido escaso desarrollo en los trabajos académicos sobre las prácticas sociales genocidas en diversas experiencias históricas” (2011: 14). Y aunque ese escaso desarrollo era patente, no era ausente: si bien hacia 1980 habían sido publicados algunos estudios comparativos sobre el genocidio, Feierstein considera que autores, hoy en boga, como Theodore Adorno (1998), Walter Benjamin (2018) y Zygmunt Bauman (2006), sí pensaron el genocidio como una posibilidad moderna “que se encontraba en latencia en toda sociedad ‘civilizada’” (2011: 15).

A mi criterio, una de las tareas iniciales para entender las consecuencias de aquella intencionalidad de reorganizar las relaciones sociales en Guatemala, es tener en mente la periodización del proceso genocida y analizar el dispositivo concentracionario. En el primer capítulo de esta tesis, de alguna manera, al hablar del proceso post juicio, y los elementos que plantea Brunetau como actitudes pre genocidas, quedaron expuestos los elementos que dan forma a la periodización que propone Feierstein.

Aquí vamos a mencionarlos todos por la importancia que Feierstein les da en términos de su capacidad de construcción, destrucción y reorganización de relaciones sociales. Pero sobre todo porque esta periodización sociológica (con énfasis en lo procesual) permite observar qué tipo de articulación de eventos fueron necesarios para la implementación de un fenómeno de exterminio masivo, basado en la experiencia nazi (minar la resistencia de las víctimas, la empatía moral de la sociedad, medidas severas progresivas, hasta llegar al homicidio estatal como política de Estado) y “construir un modelo de fases que pueda ser aplicado para la comprensión de otros procesos genocidas realizados por los Estados modernos”:

1. La construcción de una otredad negativa;
2. El hostigamiento;
3. El aislamiento;
4. Las políticas de debilitamiento sistemático;
5. El aniquilamiento material; y
6. La realización simbólica de las prácticas sociales genocidas.

En mi opinión, para poder entender el poder reorganizador de relaciones sociales que está implicado en un proceso genocida, es particularmente importante hacer énfasis en lo que Feierstein denomina *Realización Simbólica* de las PSG en una sociedad dada, en este caso la guatemalteca.

En términos conceptuales, Feierstein (2012) nos plantea una mirada crítica sobre lo que la Convención acepta como genocidio⁶⁸ y los enormes problemas que engendra su procesamiento penal: la exclusión de la motivación política o de los grupos políticos. En efecto, la exclusión de esta motivación implica un sinsentido: en vista de que todos los genocidios tienen una motivación política, entonces *no habría* tal delito en ningún momento de la historia. Pero al mismo tiempo, se incluyó a los grupos nacionales, es decir, todos aquellos que pudieran ser víctimas del delito de genocidio. Fue así como se dio lugar a posibilidades de aplicar la legislación vigente⁶⁹.

⁶⁸ Desde un punto de vista jurídico, el genocidio, ya sea cometido en tiempo de paz o en tiempo de guerra se considera un delito de derecho internacional. Véase la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1948 y el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional CPI de 1998.

⁶⁹ El autor se refiere al marco legal argentino. En el caso guatemalteco hay que anotar que también fue con las leyes nacionales que se procesó judicialmente el delito de genocidio.

En este siglo XXI, el genocidio como práctica social (PSG), es un concepto crítico que nos impele a sostener una mirada socio-histórica. Lo que se puede comprobar durante el siglo XX, con el nazismo, es que perfeccionó determinadas prácticas para la construcción de un enemigo “prototípico”, y más que eso: propugnó por la necesidad de conformar un “nuevo paradigma de poder en el cual el aniquilamiento de determinadas poblaciones y la experiencia concentracionaria juegan un papel fundamental”. Es lo que Traverso llama un punto de llegada (Modonesi, 2008) porque ya las guerras coloniales, basadas en el darwinismo social y el eugenismo, habían legalizado la extinción de “razas inferiores” como vimos en la primera parte. Lo que devino fue el surgimiento de un racismo de clase que reducía los conflictos sociales a raciales, y entonces el concepto de “raza” se aplicó a salvajes, proletarios, criminales, comunistas o judíos “como metáfora de la clase temida”.

Un elemento que dilucida en gran medida ese nuevo paradigma de poder son las experiencias contrainsurgentes desarrolladas por Francia en Argelia, y después aplicadas en América Latina mediante la Doctrina de Seguridad Nacional que se impuso en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, John F. Kennedy enfrentaría reveses de gran calado en Vietnam (Asia) y Argelia (África), y más de cerca, la revolución en Cuba para el ámbito de América Latina. La presión por un cambio en su estrategia militar provenían no tanto de las fuerzas regulares soviéticas sino de el resto de la humanidad, cuya conciencia política iba en crecimiento. Así se creó la nueva estrategia, la doctrina de contrainsurgencia, que Robert S. McNamara presentó formalmente en 1962 como secretario de Defensa (Molinari en Feierstein, 2016: 253-309).

El análisis de Molinari es rico en la medida que explica el planteamiento de esta doctrina a lo largo de los periodos presidenciales. Dos presidentes serán de gran relevancia: Richard Nixon y James Carter, por los contrastes en los enfoques de la estrategia militar, pero también porque revelan la intención sempiterna de aquellas doctrinas: proteger sus inversiones, materias primas y mano de obra baratas en territorios fuera de sus fronteras. Es importante observar el cambio que representó la llegada de Ronald Reagan, porque reactivó el conflicto Este-Oeste y lo utilizó como “clave de lectura y el surgimiento de una nueva estrategia: la Guerra de Baja Intensidad (GBI)”.

Es de esta cuenta que al entender las Prácticas Sociales Genocidas como una forma de poder específico, el biopoder, se puede elaborar una interpretación sobre la implicación política de esas prácticas en la actualidad. Es decir, se puede (...) abrir preguntas en relación con la posible continuidad de las prácticas sociales genocidas, con su capacidad de articulación con el desarrollo del capitalismo y con los modos de construcción de una subjetividad que confronte y resista esas tendencias (Feierstein, 2011: 27).

Si bien es relevante poder constatar que determinadas relaciones sociales tienden a desaparecer, resulta decisivo resaltar que

al participar en el exterminio de determinada fracción de la población (...) los contemporáneos del genocidio han aprendido un nuevo modo de relación social, aquel prefigurado y diseñado por el terror, pero que puede operar ahora como una decisión voluntaria sin un terror material a la vista (Feierstein, 2016: 249).

El concepto de PSG se deriva fundamentalmente, como vimos en el apartado anterior, de los planteamientos de la biopolítica. El uso de este concepto, obedece a la intención de priorizar una nueva mirada sobre el inevitable plano jurídico, que, aunque “es la mejor solución para resolver las contradicciones y garantizar la igualdad ante la ley de los diversos grupos victimizados (...) parece reducir el fenómeno a la perspectiva que entiende al genocidio como una práctica antigua que recién ahora cobra expresión jurídica” (Feierstein, 2011: 34).

Además, esta perspectiva permite un abordaje crítico dentro del campo de los estudios del genocidio en general y del genocidio guatemalteco en particular: entender el genocidio como una práctica social, característica de la Modernidad, misma que es consustancial al genocidio: son un sistema de poder. Un conjunto de tecnologías específicas (y situadas en el tiempo y el espacio) de destrucción y reconstrucción de relaciones sociales. Así, Feierstein plantea

Esbozar la posibilidad de que el genocidio —o cuanto menos su forma moderna (...) constituye una práctica social característica de la modernidad (...) cuyo eje no gira tan solo en el hecho del aniquilamiento de poblaciones sino en el modo peculiar en que se lleva a cabo, en los tipos de legitimación a partir de los cuales logra consenso y obediencia y en las

consecuencias que produce no sólo en los grupos victimizados –la muerte o la supervivencia– sino también en los perpetradores y testigos, que ven modificadas sus relaciones sociales a partir de la emergencia de esta práctica. Y es en esto en lo que difiere de aniquilamiento de población más antiguos, así como de otros procesos de muerte contemporáneos (Feierstein, 2011: 35).

Dentro de las prácticas sociales genocidas, el caso del genocidio en Guatemala es uno de los más claros ejemplos del genocidio reorganizador. Esta tipología remite

a la aniquilación cuyo objetivo es la transformación de las relaciones sociales hegemónicas al interior de un Estado preexistente”; el cual “logra actuar específicamente sobre las relaciones sociales (...) con el objetivo de clausurar aquellas relaciones que general fricción o mediaciones al ejercicio del poder –contestatarias, críticas, solidarias– y reemplazarlas por una relación unidireccional con el poder, a través del procedimiento de la delación y la desconfianza. La ruptura de las relaciones de reciprocidad entre los seres humanos (...) constituye el objetivo central de esta modalidad genocida que opera “reorganizando” la sociedad, estructurando otro tipo de vínculos hegemónicos (Feierstein, 2011: 100-105).

En este sentido es que Feierstein propone una indagación más amplia de los modelos tipológicos de análisis del genocidio, basándose fundamentalmente en los trabajos de Frank Chalk y Kurt Jonassohn (2011: 88-97), y así establecer una *categorización propia* de cara a los rasgos en sí del concepto de PSG: como modalidades específicas de destrucción y reorganización de relaciones sociales.

Es por eso que en una sociedad preexistente, puntualiza el autor, el genocidio reorganizador adquiere una capacidad de acción específica. Se trata de alcanzar un objetivo en el momento pos genocida al clausurar, como se ha insistido, en relaciones sociales que no concuerdan con la visión del opresor, y por lo tanto, mediante el genocidio pensado como tecnología de poder, esos objetivos se hacen posibles. En esa lógica, el terror adquiere una racionalidad, es decir, no se trata de un despliegue de emociones primitivas o de un contexto en el que el Estado pierde la razón, sino al contrario, lo que se busca es reorganizar una parte de la sociedad que cuestiona frontalmente y con diversos métodos, un poder establecido.

Es de esta cuenta que las muertes del genocidio reorganizador logran una índole de medios y no de fines⁷⁰, y aunque se requiere de la desaparición de quienes corporizan determinadas relaciones sociales, esta desaparición no es suficiente para el término de dichas relaciones, debido a que el proceso se dirige al conjunto social, y por lo tanto, “el terror no opera tan sólo sobre las víctimas sino, fundamentalmente, sobre el conjunto social, buscando desterrar y clausurar determinadas relaciones sociales, a la vez que fundar otras.” (pág. 104). De aquí lo que puedo sostener es que reorganiza las relaciones sociales, lo cual incluye los vínculos, los códigos, la cotidianidad y las mediaciones políticas, en otras palabras: el ejercicio concreto y abstracto del poder.

En este sentido, el rol que juega el aniquilamiento de grupos de población, se expresa en la transformación del conjunto dentro del cual esos grupos ya existían. Analíticamente se supera en cierta forma, muchas de las tareas que se derivan de observar y quizá recrear, los detalles del asesinato colectivo que por supuesto, no hay que evadir. Entre algunos trabajos importantes de mencionar están los de Rostica, particularmente su ensayo crítico sobre la interpretación que la CEH hace del genocidio, porque constituyó una determinada memoria sobre la historia reciente de Guatemala sobre la cual la autora busca iluminar “qué aspectos de dicha historia fueron silenciados, solapados y naturalizados” (Rostica, 2017).

Nuestra tarea, por otra parte, se inscribe en la necesidad de

entender a las prácticas genocidas como un modelo de reconfiguración de las relaciones sociales con eje en la destrucción de las relaciones de igualdad, autonomía y reciprocidad de los seres humanos, como la implantación de un nuevo modelo de autonomía y de ciertos modelos de identidad, y con efectos, por lo tanto en las prácticas políticas de las sociedades postgenocidas (Feierstein, 2011: 139).

Se trata pues, de dialogar sistemáticamente con una propuesta conceptual que busca comprender el genocidio como una práctica racional y con efectos sociales y políticos

⁷⁰ Esto queda claro cuando se lee que en el Informe del CEH se plantea la misma cuestión y se las llama, a las muertes por exterminio, Actos de Genocidio, que de alguna manera tiene implícita la noción de *política de genocidio*. Sanford, por su parte, considera que en Guatemala el genocidio se utilizó en ambos sentidos, como medio y como fin (2011: 35).

que van más allá de la materialidad de la eliminación de masas, y que por lo tanto, nos presenta una perspectiva para entender el carácter de estas prácticas y sus efectos materiales y simbólicos, cuyo aporte de fondo sería poder plantear un modelo de relaciones sociales diferenciado del genocidio (políticas revertidoras o contra hegemónicas), en vista de que éste ha dejado únicamente una impronta de destrucción moral aparentemente inexpugnable.

En la violencia masiva el mensaje fundamental que se dirige a la masa “normalizada” y la efectividad de este castigo estatal no actúa de forma espacial o lacunar sino en un sentido más extenso “construye la imagen paralizante de la imposibilidad de escapatoria al proceso de normalización, imagen reforzada desde los modos de conceptualización y narración de la experiencia genocida hacia el conjunto social”. En consecuencia, la idea de periodización, se puede decir, no se encuadra dentro de una lógica sucesiva o secuencial sino como una “estructuración conceptual que superpone y yuxtapone acciones de diverso orden” (Feierstein, 2011: 216).

No obstante, cabe reiterar que aunque Feierstein propone una periodización de seis momentos que atraviesa el proceso de reformulación de las relaciones sociales, en los siguientes capítulos de este trabajo de investigación, se profundizará en el sexto momento, ya que según mi criterio, es una vertiente que se no se ha indagado, al menos en estos términos, en el caso de Guatemala: la realización simbólica de las PSG.

El proceso de realización simbólica de las PSG implica pensar que estas prácticas “se realizan en el ámbito ideológico y simbólico, en los modos de representar y narrar dicha experiencia traumática”. Para explicar esta idea se recurre al lenguaje marxista: la realización de la mercancía, porque para cerrar el ciclo se hace imperante que esa mercancía se transforme necesariamente en dinero⁷¹. En el caso de las PSG, para que esa realización sea completa, tendría que hacerse a través del procedimiento simbólico de su “representación”, es decir

El aniquilamiento material –efectuado en el campo de la producción, aquí el de la “producción de muerte colectiva o seriada”– debe obligatoriamente realizarse, para lograr sus objetivos, en el campo de las representaciones simbólicas, a través de determinados mo-

⁷¹ Véase El Capital, cap. III (Marx, 2009). Siglo Veintiuno Editores, México.

dos de narrar –y por lo tanto, de re-presentarse– la experiencia de aniquilamiento (Feierstein, 2011: 237-238).

El proceso de reformulación de las relaciones sociales, por lo tanto, no requiere únicamente la destrucción de cuerpos concretos que manifiestan relaciones sociales específicas, además, precisa clausurar los tipos de relaciones sociales que encarnan aquellos cuerpos, bien sea reinstalando relaciones previas o construyendo nuevos modelos de relación social, en otras palabras, reorganizando las relaciones sociales.

Cabe reiterar que no cualquier modo de representación del aniquilamiento obtura o clausura relaciones sociales (solidarias), ni tampoco cualquier representación de los hechos genocidas resulta en su “realización simbólica”, porque no todas las representaciones permiten construir nuevos modos de relación social. Igualmente, se puede decir que, no cualquier modo de olvido o memoria es idóneo para tal fin. A lo que nos orienta Feierstein, siguiendo a Foucault, es a

(...) deslizar la mirada desde aquello que las prácticas sociales genocidas se proponen destruir (una determinada cultura, una tendencia política) hacia lo que se proponen construir (por lo general, una forma particular y específica de reconfigurar las relaciones sociales entre los hombres), en la que se incluyen precisamente ciertas formas en que ese genocidio originario y productor puede y debe ser pensado, recordado o reapropiado (Feierstein, 2011: 238-239).

Ese deslizamiento que sugiere el autor, nos ubica en un plano de necesaria problematización de los modos de narrar el exterminio, que se acostumbra en las distintas sociedades postgenocidas, por el efecto de sus propias *estructuras de asimilación* simbólica, porque dejando de funcionar como tabú, se muestran como “una recalificación conceptual que desvincula el genocidio del orden social que lo produjo”: Eso ha sucedido en el caso de Guatemala como franca negación de los hechos (Girón, 2017) pero no únicamente “sino en el trastocamiento del sentido, la lógica y la intencionalidad atribuidos a los mismos”. En los capítulos tres y cuatro de este trabajo, tengo la expectativa de dejar más en claro la problematización aquí planteada.

Segunda parte

1. La experiencia concentracionaria (EC) en Guatemala

Lo que voy a proponer a continuación es aproximarme al fenómeno de la irradiación del terror de los Campos de Concentración (CC) en Guatemala. En primer lugar, habrá que pensar que los CC, son el dispositivo por excelencia de las PSG porque en ellos, en tanto tecnología de poder, ocurre lo que Feierstein denomina “experiencia concentracionaria”. Por sus características, se puede decir que el CC no se trata de una prisión en su sentido clásico, sino el lugar en donde se procura, o se reproduce, lo que Agamben llama “nuda vida”, es decir, una vida sin cualidades políticas: *el homo sacer*.

Pensado desde esta mirada, el campo de concentración puede explicarse como un vacío jurídico, o en otras palabras, como un dispositivo biopolítico que expresa una anomalía jurídica: Agamben diría que es el lugar donde se recrea permanentemente la excepcionalidad (1999). El CC busca romper el lazo social mediante el terror, y es el dispositivo por excelencia de los procesos genocidas modernos. De ahí la importancia de analizar la lógica del CC en tanto dispositivo de poder, porque es la que explica como se irradia el terror a la sociedad en su conjunto.

Como se ha dicho, no siempre se trató de centros de exterminio, puesto que algunos de estos campos, en distintas experiencias históricas, fueron utilizados para la explotación de mano de obra, entre otras acciones, pero fundamentalmente, la experiencia concentracionaria lo que busca es el arrasamiento subjetivo del sujeto. Así, el CC atraviesa al conjunto de la sociedad donde existe, y cumple un doble rol: hacia adentro para los seres humanos que viven o circulan en ellos, y hacia fuera, para los que tienen o no, conocimiento de su existencia. De ahí la importancia de anotar que es, precisamente la sociedad que no transita por los campos de concentración, en quienes la impronta de éstos adquiere sus rasgos de irradiación más profundos. Será entonces esa irradiación la que expresa de mejor manera, el funcionamiento del CC.

Este nivel de análisis sobre la experiencia concentracionaria requiere cierta problematización. Fundamentalmente porque el notorio avance en la investigación sobre los campos de concentración (CC), ha hecho posible una idea un tanto esquematizada sobre el

funcionamiento del campo, así: a. Secuestro de la o las personas. b. Su registro. c. Procesos de tortura (extracción de información). d. Proceso de aniquilamiento. e. Ocultamiento de cuerpos o liberación de los mismos; como si se tratase de una secuencia rígida. Una de las perspectivas que nos ayuda en términos analíticos es la que plantea Sofsky (2016) quien parte de analizar los CC nazis. En su trabajo se puede hallar una mirada que busca escapar a aquella idea de la secuencia, y nos hace pensar en estos campos, como un lugar donde se ejerce una forma social del poder. En consecuencia, el autor logra ubicar a los campos de concentración dentro de la gama, por decirlo de alguna manera, de las formas sociales de ejercer el poder.

La expresión que usa Sofsky es “poder absoluto”, y considera que esta forma social de ejercer el poder dentro de un CC, es radicalmente distinta a las otras. No obstante, en tanto formas sociales de ejercer el poder, pueden ser analizadas desde categorías habituales en ciencias sociales. Así, Sofsky plantea centrarse en el funcionamiento interno del poder en los campos de concentración y preguntarse: ¿Con qué prácticas? ¿Con qué estructuras?, y ¿A través de qué procesos se ejerce el poder?

De todas formas, el poder absoluto es tan avasallador que las relaciones sociales parecen igualar un proceso natural inevitable. Los marcos primarios, con cuyos acontecimientos normalmente se clasifican según sucesos sociales o naturales, pierden su fuerza disyuntiva. Aunque el terror en el campo resultaba de una situación de poder social, las víctimas solo tenían posibilidades mínimas de controlar la situación. Pero cuando la supervivencia no depende de uno, parecen dominar la suerte y la casualidad. La arbitrariedad del terror se corresponde con la casualidad de la supervivencia. A pesar de la monotonía diaria, la forma de existir del prisionero estaba determinada por sucesos que sobrevenían repentinamente (Sofsky, 2016: 133).

Lo que propone Sofsky es un análisis de las relaciones de poder. Uno de sus planteamientos es usar determinadas categorías como trasfondo analítico. Esto le permite poner en relieve las diferencias entre trabajo esclavo y trabajo dentro del CC, por ejemplo, porque el esclavismo funciona a partir de garantizar la sobrevivencia del sujeto esclavizado, mientras que eso no ocurre dentro de la lógica del poder absoluto propia de un campo de concentración.

En el poder absoluto, por el contrario, el trabajo aparece como una herramienta de destrucción de cuerpos. Otro ejemplo que plantea el autor son los castigos, ya que en una situación normalizada existe una aceptación de condiciones en las que el castigo sobreviene solamente al romper un sistema de normas, leyes o reglas; mientras que en el poder absoluto el castigo ocurre de forma distinta.

De un día para otro las SS, podían recrudecer las condiciones de vida, retirar a grupos de las mejores brigadas de trabajo, disgregar a los ocupantes de un bloque o imponer penas colectivas peligrosas. El poder absoluto es un poder del destino. Trabaja con agresiones y sorpresas, anula expectativas. No solo el futuro lejano, también el horizonte futuro inmediato de la situación de ese momento pierde su valor de esta forma. La vida del prisionero no solo era provisoria, al mismo tiempo era aleatoria (Sofsky, 2016: 133).

Es de recordar que el sistema disciplinario foucaultiano se centra aspectos como el adiestramiento y la observación de los sujetos para crear obediencia, que se traducirá en utilidad del sujeto, pero al mismo tiempo, un orden aparentemente natural que está definido por procesos observables, por ejemplo, la duración de un aprendizaje o el nivel de aptitud alcanzado (Foucault, 1975).

Sofsky plantea que, por el contrario, aunque en los CC se implementan aquellas técnicas disciplinarias, en el poder absoluto el manejo del espacio genera un efecto distinto, que es la destrucción del espacio como referencia básica para la acción.

El terror destruye la posibilidad de planear con anticipación y orientarse en circunstancias estables. La víctima no tiene la oportunidad de actuar independientemente ni está en condiciones de predecir las consecuencias de su proceder. Este exterminio de la acción tiene consecuencias directas para la sociabilidad y la identidad (Sofsky, 2016: 134).

Lo que constantemente se está reproduciendo en los CC, es la estrategia del poder absoluto, que en algunos autores se denomina terror (Jemio, 2020), y que funciona sobre la base de la ambigüedad y la incertidumbre, que producen en el sujeto, niveles de impotencia y parálisis. De esta cuenta es que al terror, como técnica general de poder, se le considera como una técnica de desorientación, es decir, una ruptura entre la relación causal, entre lo que yo hago y lo que me sucede.

En el CC el nivel de arbitrariedad es tal que impide cualquier anticipación, o en palabras de Sofsky: “La pérdida del futuro socava la base de los actos”. Según Jemio, basada en una experiencia de campo en Famaillá⁷², se discutió sobre la experiencia de los campos de concentración, pero que funcionaban dentro de un campo general que era el pueblo completo. Se recurrió a términos como “guetto”, o la idea de todo el pueblo *tomado*, porque se observaba que el sistema de poder ejercido dentro del campo, se desbordaba más allá de sus límites físicos hacia todo el pueblo mismo.

Es en este punto en el que se puede empezar comprender el concepto de irradiación del terror que se produce dentro y hacia fuera del CC, como veremos oportunamente. También se puede observar la irradiación, no solo como un efecto inmaterial, efectivamente la población estaba siendo afectada por las diferentes técnicas disciplinarias y/o del poder absoluto. No obstante, en vista de que no se puede denominar campo de concentración *a todo*, Sofsky nos permite pensar en un nivel las técnicas disciplinarias y su funcionamiento, y en otro nivel las técnicas del poder absoluto.

En este sentido, el control poblacional no es la técnica de poder, ni los procesos de documentación y registros. Lo que sucede es que las técnicas disciplinarias se incorporan al servicio de la lógica del poder absoluto, y adquieren otro significado en tanto en cuanto aparecen en una sociedad donde ya están funcionando los campos de concentración. Pensado así, es posible visualizar el poder absoluto en una dinámica de colonizar algunas de las técnicas disciplinarias y por lo tanto, permite hacer un análisis, no por adición. En otras palabras, no es que a un sistema de terror se añadiera otro.

Sofsky nos ayuda a pensar el caso de la experiencias concentracionaria en Guatemala como una estrategia integrada, no porque fuese homogénea o efectiva, sino porque si se les piensa articuladamente, nos permite comprender mejor, cómo es atravesada toda una sociedad mediante el terror, y como la noción de irradiación del terror tiene un funcionamiento material concreto, por medio de un abanico de actividades específicas con que se ejerce el terror en su propia lógica dentro del CC.

⁷² Véase: Pisani, A., & Jemio, A. S. (2011). “Memorias sobre el Operativo Independencia en Famaillá. Algunas reflexiones sobre los conceptos de memoria, ideología y conciencia de clase”. *Conflicto Social*..

Con lo expuesto arriba, se puede considerar que a inicios de 1980, las dictaduras guatemaltecas ya contaban con los elementos fundamentales para desarrollar la experiencia concentracionaria. El dispositivo concentracionario había llegado a un punto de desarrollo óptimo: en los Centros Clandestinos Adecuados y las Aldeas Modelo, los servicios de inteligencia hallaron el espacio idóneo para aplicar la política contrainsurgente. Para explicar de mejor manera esta idea haré una breve caracterización de los órganos de inteligencia y, posteriormente, de los espacios concentracionarios mencionados.

Quizá convenga aclarar que los Centros Clandestinos Adecuados y las Aldeas Modelo, no son planteados aquí como campos de concentración propiamente, ni tampoco como “campos concentracionarios”. Lo que argumento va más en línea con lo que Feierstein llama lógica concentracionaria, en la medida en que “Una de las particularidades de esta modalidad radica en el papel del dispositivo concentracionario como herramienta fundamental de su operatoria”, en otras palabras, el autor propone “un análisis de los efectos materiales y simbólicos del dispositivo” (Feierstein, 2011: 355-356).

2. El régimen militar contrainsurgente y sus estructuras

Fue durante el periodo de 1960 a 1996 en el que el Sistema de Inteligencia del Estado devino en un Régimen Militar Contrainsurgente, propiamente dicho. La Inteligencia Militar del Estado Contrainsurgente guatemalteco, en el contexto de la Guerra Fría, tuvo a su alcance la tecnología informática más avanzada de su tiempo; además de sus estructuras y aparatos visibles (organismos), contó con un marco jurídico y con enormes recursos humanos materiales y monetarios, amén del respaldo internacional y de civiles nacionales (Pérez, 2007: 4).

Los servicios de inteligencia⁷³ más relevantes de Guatemala fueron: La 2 o inteligencia militar⁷⁴; el Archivo del Estado Mayor Presidencial; la Policía Militar Ambulante

⁷³ Naturalmente estos se han modificado por lo menos en su estructura. Para una visión más actualizada véase: *Grupo de Trabajo n. 4, Aporte para el estudio de la inteligencia de Estado en Guatemala* (2000) y *La reforma de inteligencia en Guatemala –el aporte de la sociedad civil a solucionar problemas fundamentales de Estado* de José Manuel Ugarte (2005).

⁷⁴ De acuerdo con Carlos Osorio “uno de los cambios que provocaban confusión en los reportes de oficiales norteamericanos fue el de Mayo de 1983, cuando el Ejército de Guatemala adoptó un cambio en las zonas militares y de nomenclatura del Estado Mayor General del Ejército a Estado Mayor de la Defensa Nacional, y de sus secciones G1; G2, G3, G4 y G5 a direcciones D1, D2, D3, D4 y D5”. Véase: *El ejército de Guatemala: lo que revelan los archivos*.

(PMA); el departamento de investigaciones de la Policía Nacional (PN); los Comisio-
nados Militares (CM); y las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC). Esta compleja red de
cuerpos e instituciones fue dirigida por un Alto Comando de la Inteligencia, que a su
vez, estaban bajo una instancia superior, el llamado Alto Mando del Ejército, integrado
al caso por tres personas: el Presidente de la República, el ministro de la defensa y el
Jefe del Estado Mayor de la Defensa.

La 2 o Dirección de inteligencia militar (D-2), siempre formó parte del Estado Mayor de
la Defensa Nacional y aunque fue activa durante décadas, no fue sino hasta 1980 cuan-
do alcanzó su máximo desarrollo: se involucró en desapariciones, asesinatos, secuestros
y torturas, como parte de un amplio proceso de espionaje e información mediante inter-
cepciones telefónicas y el manejo de un sofisticado sistema de computadoras en el que
almacenan las fichas o perfiles de las personas con datos y fotografías sobre el partido
político u organización en la que participan. Aunque durante 1980 e inicios de 1990, “la
2” se ocupó de conducir la política contrainsurgente, también llevó cabo tareas contra el
llamado crimen organizado, narcotráfico y delincuencia común. Ese contexto llevó a
que sus estructuras se involucraran en actividades a las que supuestamente combatían,
como el robo de vehículos, secuestros extorsivos y narcoactividad.

El Archivo del EMP fue creado originalmente para dar seguridad al Presidente de la
República y su familia, pero también se le asignó tareas de control de la defraudación
fiscal en las fronteras, y finalmente, en tiempos de gobernantes militares, se les otorga-
ron funciones de espionaje político. El Archivo también coordinó a los organismos de
inteligencia contra las estructuras urbanas de la insurgencia, pero habría tenido cierta
independencia respecto a La 2 y la jefatura del EMP.

Los recursos de telecomunicaciones y espionaje electrónico con que contó el Archivo,
eran los más avanzados de su tiempo, mismos que fueron suministrados por Estados
Unidos desde inicios de 1963, cuando Enrique Peralta Azurdía derrocó al General Mi-
guel Ydígoras Fuentes. Otro dato importante sobre el Archivo es que participó en la

creación de bandas paramilitares o escuadrones de la muerte. Según la época, se calcula que el Archivo pudo ser un grupo de entre 1,200 y 3,500 personas⁷⁵.

Del lado de las fuerzas civiles, la hoy extinta PN también tuvo su órgano de inteligencia: el Departamento de Investigaciones Criminológicas (DIC). La PN fue creada por Manuel Estrada Cabrera, y su órgano de inteligencia, a lo largo del tiempo, ha tenido variaciones nominales: en la década de 1920 fue la Policía Judicial; Policía de seguridad durante el gobierno de Ubico (1935-1944); Guardia Judicial durante el periodo de la revolución (1944-1954); Departamento Judicial en tiempos de la contrarrevolución (1954-1969); Policía Judicial (1969-1970, y parcialmente 1971); Cuerpo de Detectives (1971-1982); Departamento de Investigaciones Técnicas (1982-1985), Brigada de Investigaciones Especiales y Narcóticos (1986- 1987), y Departamento de Investigaciones Criminológicas (1988-1996).

Durante su existencia PN mantuvo aquella función primordial: la persecución política. Es de recordar que cuando se estrenó el Pelotón Modelo, atacó a los manifestantes en las Jornadas de Marzo y Abril de 1962, y provocó heridos y capturados. Un pelotón es un término militar que hace referencia a una estructura básica de 36 personas. El Pelotón Modelo fue el antecedente de otras unidades de choque como el Comando Antimotines, el BROE y los SWAT, que en sus diferentes épocas, ha contado con unos 300 efectivos en promedio.

Las operaciones ilegales en la capital guatemalteca estuvieron a cargo del Cuarto Cuerpo de la PN, que se coordinaba con el Cuerpo de Detectives. Fueron estas entidades las que inauguraron lo que más tarde se conoció como “limpieza social”, para lo cual utilizaron personal que había sido dado de baja por faltas disciplinarias, y cuya remuneración fue hecha con los llamados fondos confidenciales que también se usaban para pagar a informantes. El Cuarto Cuerpo contó con personal policiaco no uniformado en la década de 1970: el Comando Seis, cuyo diseño fue pensado como un cuerpo de reacción inmediata para operaciones encubiertas contra la guerrilla urbana. Una de sus operaciones más reconocidas fue la masacre en la Embajada de España en 1980.

⁷⁵ Este dato y los demás que refiero en este capítulo sobre las estructuras contrainsurgentes, fueron tomados del informe *Guatemala: nunca más*, del Proyecto Interdiocesano Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). Disponible en: <http://www.odhag.org.gt/old/html/tomo2c1.html>

La PMA también tuvo su propio órgano de inteligencia. Aunque dependía del Ministerio de la Defensa, en 1980, llegó a operar con autonomía en la capital y en el sureño departamento de Escuintla. Tenía dos clases de personal, el destinado a funciones de control y vigilancia de la población rural, y el que se ocupaba de dar protección a empresas del sector privado. Su creación data de 1965 y, aunque se integró con ex soldados que controlaban, como se ha dicho, comunidades campesinas, también llevaron a cabo tareas “poco comunes” para un cuerpo de policía militar: combatir delitos y desorden dentro del mismo ejército. Se ha denunciado que en las instalaciones de la PMA, en la zona 6 capitalina, y en el departamento de San Marcos, en el occidente del país, hubo centros de confinamiento clandestino de personas capturadas donde se desarrollaban sesiones de tortura física y psicológica.

Otra entidad que desarrolló un órgano de inteligencia fue la Guardia de Hacienda, cuya función oficial era la persecución del contrabando y producción ilegal de licores. Este órgano fue una sección llamada Servicios Especiales. La Guardia de Hacienda también habría prestado sus instalaciones para cárceles clandestinas, y el caso que más ha dado información sobre sus actividades es el que se conoce como “la Panel Blanca”, denominado así por un tipo de vehículo utilizado por de las estructuras descritas que cometían violaciones de derechos humanos.

Las redes de inteligencia guatemaltecas también contaron con una amplia gama de comisionados militares, que no eran propiamente militares sino civiles autorizados para portar armas. La función de los comisionados militares era recopilar información sobre los movimientos de la población y trasladarla directamente a la S-2 o Sección de Inteligencia, una estructura de inteligencia militar operativa en áreas rurales y ciudades secundarias. Los comisionados militares asimismo trasladaban la información de la población a través de la S-5 o Asuntos Civiles en los destacamentos militares.

Hacia 1980, el poder de estos comisionados nos resuena como el poder absoluto del que habla Sofsky, y también de muchos de los elementos que pone en relieve Calveiro (2006). De ahí que eran definidos como los “ojos, oídos y brazos del ejército”. Esta red llegó a estar integrada por unas 28,000 personas que cubrían todos los poblados urbanos y rurales de Guatemala. Su labor de infiltración y espionaje era remunerada, al grado

que muchos de sus integrantes se dedicaban a tiempo completo a esas tareas. Ese nivel de vigilancia, como veremos, es un factor clave para la ruptura del lazo social.

En el caso de las PAC, se sumaron a la red de inteligencia militar que buscaba el control masivo y directo de la población. Las PAC fueron impulsadas por el general Benedicto Lucas García -que hacia 1981 era jefe del Estado Mayor del ejército- como una milicia civil, aunque su carácter como aparato de control permanente y fuerza de choque anti-guerrillera se consolidó hacia 1982, tras el golpe de estado que llevó a Efraín Ríos Montt al Poder Ejecutivo. La existencia e integración de las PAC nos habla de la escalada de terror que se puso en marcha.

Por otra parte, los ya mencionados “escuadrones de la muerte”, surgieron hacia 1966 como parte de la primera gran contraofensiva del ejército contra la guerrilla. Fueron concebidos como brazos operativos de la inteligencia y sus principales tareas son amenazar, torturar y ejecutar a opositores políticos. El primero de estos escuadrones se conoció como La Mano Blanca, al mando de civiles que recibieron apoyo económico y operativo del ejército, pero también de residentes adinerados, especialmente de Antigua Guatemala. Según lo que hemos visto, estas estructuras parecen “dormir” y emerger en momentos clave con un discurso de odio contra presuntos “indeseables”, lo cual puede interpretarse como un posible efecto de las prácticas sociales genocidas

Según el REHMI, la campaña contrainsurgente de 1966 y 1967, dejó unos 8,000 muertos, y en 1967 se publicaron “listas de la muerte” con el nombre de más de 500 personas. Los escuadrones de la muerte buscaron ganar legitimidad entre ciertos estratos sociales con un fuerte acento anticomunista, y hacia 1967, ya habían aparecido otros grupos como el Consejo Anticomunista de Guatemala (CADEG) y la Nueva Organización Anticomunista (NOA), pero estos dos grupos no integraron civiles en sus estructuras de mando. Posteriormente, bajo el gobierno de Fernando Lucas García (1978-1982), se revivió al Ejército Secreto Anticomunista (ESA), y hasta inicios de 1990 se conocieron otros grupos como el Jaguar Justiciero, que amenazaron a activistas de derechos humanos en la capital y otras ciudades de Guatemala.

2. Los CC o Centros Clandestinos Adecuados

Por otra parte están los llamados Centros Clandestinos de Detención, cuyos casos más notables y documentados han sido los argentinos y quizá los chilenos, mismos que facilitan la comprensión y la lógica de su existencia y operatividad. Para el caso guatemalteco, las referencias más generales aparecen en los informes de la CEH (1999) y del REMHI (1998).

Una aproximación más actual aparece en Vela (2019), donde el autor rastrea el origen de lo que el mismo ejército guatemalteco llamó “Centros de Detención Adecuados” y hace referencia a lo que se ha conceptualizado como centros clandestinos de detención en el área urbana de Guatemala entre 1980 y 1985. El trabajo de Vela hace énfasis en lo que ocurrió dentro de dichos centros en la capital guatemalteca y permite una aproximación a la experiencia concentracionaria guatemalteca.

Como ya hemos visto en el primer capítulo de esta tesis, el Estado guatemalteco atacó sistemáticamente a las organizaciones sociales. No obstante, hacia 1981 la represión estatal daría un giro importante porque, según Vela (2019) fueron más allá de las ejecuciones extrajudiciales y operaciones de guerra psicológica: en la nueva dinámica se emplea a los militantes capturados “como materia prima para la planificación de otras operaciones”.

En el universo de la detención forzada, los centros clandestinos de detención constituyeron el centro de todo: fueron las bases de operaciones de los escuadrones de la muerte; tuvieron áreas en las que se desarrollan los interrogatorios, y también, otro tipo de áreas para mantener a los diferentes tipos de detenidos aislados. Los centros clandestinos de detención no fueron centros destinados al encierro, sino al empleo de los capturados, a su uso. Los capturados fueron la materia prima, como fuentes de información que permitió planificar otras operaciones (Vela, 2019: 3).

Esas otras operaciones consistían en mantener un sistema de archivo en el que se recopiló información de los detenidos: un archivo que sistematizó y analizó información obtenida bajo tortura para nuevas operaciones. Estos centros eran parte de un sistema burocrático que contaba, entre otros recursos, con personal operativo, logística y control del uso de vehículos. El funcionamiento de sus instalaciones debía regirse por un estricto código de secreto y compartimentación de la información.

Si bien Vela se ocupa de hacer ciertas observaciones sobre la experiencia guatemalteca de los escuadrones de la muerte en la producción académica de las ciencias sociales, es de destacar lo que apunta sobre los centros clandestinos de detención, en tanto lugar de la experiencia concentracionaria, pues es precisamente en la literatura argentina en la que se encuentran los mejores antecedentes para el estudio de la experiencia Latinoamericana. Es en la obra de Pilar Calveiro donde hallamos la dimensión contrainsurgente de esta práctica necropolítica a finales del siglo XX en Argentina, porque da cuenta de la pretensión de una omnipotencia virtualmente divina (Calveiro, 2006: 53-60). Es Vela (2019) quien más ha generado análisis de la experiencia concentracionaria guatemalteca, donde este rasgo también aparece⁷⁶.

Más allá de esas discusiones, lo clave es hacer hincapié en la figura de lo que Vela llama los “recuperables” o “reempleables”, como una clasificación intermedia. Se trata de ex militantes de las organizaciones insurgentes que –por efecto de la tortura- habían aceptado pasar a ser parte del escuadrón. En los planes militares a este tipo de personal se le conoció como “reempleables” o “recuperables”. Como parte del plan de contrainteligencia del “Plan de campaña victoria 82 puede leerse: “Aprensión y reemplazo de los agentes de fuerza subversiva” (Vela, 2019: 14).

Es en la figura del *reempleable* donde aparecen con mayor claridad los rasgos del “converso”, quien encarna el vínculo más concreto con la sociedad que no transitó por el CC o centro clandestino. Los reempleables realizaban tareas logísticas, el trabajo de la cocina para los miembros del escuadrón, la limpieza del centro clandestino de detención, y la atención de los capturados. El reempleable convivía con otro tipo de personaje: los cuidadores, que eran el personal sanitario que se encargaba de prestar primeros auxilios, realizar evaluaciones y curaciones necesarias por el mismo proceso de tortura de aquellos detenidos a quienes era imperativo no dejar morir.

La muerte del secuestrado era una operación fallida. Con el tiempo, los reempleables llegaron a realizar tareas de mayor compromiso como “la participación en operativos de

⁷⁶ Véase: “La experiencia concentracionaria” de Pilar Calveiro (2006); “El desarrollo de los aparatos represivos del Estado argentino durante la revolución argentina, 1966-1973”, de Ariel Eidelman (2010); los trabajos de Laura Rodríguez Agüero (2013) y Juan Luis Besoky (2016) y Daniel Feierstein (2007).

captura, la identificación de militantes y la participación en interrogatorios, para ser “enseñados” ante sus ex compañeros de militancia: si él, que era un “gran” militante, ya habló, ¿no piensas hacer lo mismo tú?” (Vela, 2019: 14).

Los testimonios dan cuenta de un sistema de incentivos para obtener mejores tratos, e incluso, poder estar en contacto con sus familiares y, posteriormente, obtener salvoconductos para exiliarse. Uno de los criterios para elegir a un posible reemplazable era su posición y experiencia dentro de los grupos clandestinos insurgentes: entre más alta era su posición jerárquica, mayor era el interés en capturarlo y transformarlo.

Aunque, como se ha dicho, Vela hace un énfasis en lo que ocurre dentro del CC, en algún momento el autor considera que el terror podría ser más intenso en el núcleo del mismo:

Si los efectos de la política de terror llegaron a impregnar las relaciones sociales a escala macro, ¿cuánto más no iba esto a estar presente en el núcleo, el centro clandestino de detención, que era de donde este terror emanaba? (Vela, 2019: 24).

Además, el objetivo de utilizar reemplazables adquiere connotaciones de irradiación hacia fuera del CC, como se ha venido argumentando. Según Vela

El uso de los reemplazables no tenía como objetivo ahorrarse un recurso humano; ellos eran, más bien, la primera línea de la victoria en esta guerra sin cuartel. Eran la confirmación de que ya todo se había acabado, que los militantes ahora actuaban, a la par, con quien antes había sido su enemigo (Vela, 2019: 24).

3. La experiencia concentracionaria (EC) en las aldeas modelo

Cuando en este trabajo se habla de aldeas modelos y su lógica, se las articula con el concepto de experiencia concentracionaria. Aunque en Indochina, Filipinas y Sudáfrica se les conoció como “aldeas estratégicas”, en Europa se las denominó campos de concentración. El término fue una invención española desarrollada en Cuba en 1898. Hacia 1980 en Guatemala se le llamó pueblos modelo o aldeas modelo.

Hasta donde mi búsqueda me ha llevado, serían los sobrevivientes de la masacre de Acul, el caso de la primera aldea modelo en Guatemala, instalada en Nebaj, Quiché hacia 1982. Las aldeas modelo estaban bajo el control de las PAC. Eran estos grupos quienes mediante violaciones, torturas, golpizas y ocasionales asesinatos, ejercían y explotaban su control sobre los encerrados. Las violaciones sexuales perpetradas contra la población joven femenina eran permanentes. Gran número de niños nacieron de las violaciones sexuales, cuyas madres encarnaron la vergüenza y la indignidad impuestas a la gente. Muchos de estos niños fueron abandonados en diversos casos, o adoptados por familias nacionales o extranjeros.

Lo que primaba en ese momento era la campaña contrainsurgente de “quitar el agua al pez” e incluso de “matar al pez” (Duyos, 2021: 171-256). Se trataba de una ofensiva del gobierno que dando continuidad a la política represiva, invierte la modalidad en el uso del terror: disminuye la persecución en la capital guatemalteca y aumentan las masacres en las aldeas del altiplano. Los sobrevivientes de las masacres pasaban a ser objetivo militar: se les perseguía y se les bombardeaba. Los sobrevivientes de las masacres eran capturados y se les encerraba en las aldeas modelo para ser interrogados, vigilados y controlados.

Las aldeas estaban establecidas en áreas llamadas Polos de Desarrollo. Hacia el público, la justificación de las aldeas modelo se basaba en criterios de protección y seguridad. Durante años se habló de las aldeas modelo como programas de desarrollo rural en beneficio de la población afectada por la violencia. Lo cierto es que eran grupos humanos considerables: los guatemaltecos que huyeron hacia países vecinos fueron unas 400,000 personas. Entre 50,000 y 60,000 guatemaltecos, habitantes de las zonas rurales de las tierras altas, se vieron obligados a ingresar a una de esas aldeas modelo.

Lo que hoy se sabe es que instalar a una persona dentro de una aldea modelo requería un procedimiento preestablecido. El primer paso solía ser la decisión sobre el destino de la víctima de una masacre o un grupo de personas desplazadas internamente. Podían ser devueltos a su aldea natal o a otra aldea, la aldea modelo, al caso. Ya dentro de la aldea la persona participa en una estructura de “trabajo por comida”. Aunque no hay datos sistematizados que haya podido consultar, sí hay referencia a las condiciones de ingesta alimentaria deficiente generalizada.

También hoy se sabe que las aldeas eran construidas por las mismas personas que intercambiaban sus raciones de comida para alquilar herramientas que no tenían. Pero no sólo eso, encima debían alimentar, limpiar, y muchas veces “servir” a los soldados a cargo. Al ingresar a la aldea modelo muchas personas ya padecían enfermedades, estaban heridos o sufrían agotamiento y desnutrición por falta de alimentos. En adición, el tipo de torturas utilizadas tienen una naturaleza atroz que turba el sentido común. Muchas veces se hizo cavar pozos, llenarlos de agua y arrojar gente en ellos por 72 horas. Las muertes se producían por ahogamiento o neumonía, pero también por obligar a las víctimas a ingerir brebajes.

Un término que sobresale en el contexto de las aldeas modelo en Guatemala es el Campo de Reeducación. La idea de ese campo era adoctrinar a los indígenas para que supieran “lo que significa ser guatemalteco”. En términos de la construcción de identidades, la aldea modelo le otorga una importancia mayor a la experiencia concentracionaria guatemalteca. El adoctrinamiento nacionalista y patriotismo forzado practicado dentro de las aldeas modelo, puede ser entendido como el inicio del genocidio cultural, ya que los valores y creencias culturales de los grupos mayas fueron denigrados y extinguidos. La imposición del idioma español para hablar es el ejemplo más claro, porque también era el idioma utilizado para leer o escribir. Dentro de las aldeas modelos el tiempo se regía reglamentariamente. La ingesta de alimentos era limitada. Las conferencias sobre patriotismo, técnicas de defensa civil, anticomunismo y espionaje/información, fueron de asistencia obligada.

Únicamente a las organizaciones evangélicas les era permitido entrar a las aldeas modelo. Según Salamanca, siguiendo a García (1988: 767) la llegada al poder de Ríos Montt en 1982 significó un nuevo impulso a las fundaciones evangélicas de ayuda que solían hacerse cargo de los sobrevivientes de las masacres, pues sólo a estas fundaciones les estaba permitida la entrada a las “aldeas modelo”, en donde se llevaban a cabo agresivas campañas de proselitismo.

El contexto fue propicio para que grupos religiosos impulsaran su agenda de “transformación”, como indica Lowy, “y subordinación lentas pero profundas de las sociedades indígenas” (1999: 154) pese a su pretendida neutralidad política, porque implicó un

apoyo al statu quo que abonaba a la política represiva del ejército, como infiere Salamanca, pero también porque en las aldeas modelo se pretendía generar una “nueva geografía” que quizá sea equiparables a la noción de reorganización de las relaciones sociales que aquí estudiamos.

Articulados a las políticas de tierra arrasada, las “aldeas modelo” y los “polos de desarrollo” pretendían la construcción de una nueva configuración territorial bajo la hegemonía militar. Las aldeas eran parte de un modelo de ordenamiento territorial que preveía el asentamiento forzado de los indígenas después del largo periplo por los meandros del ciclo de violencia de Estado, aunque oficialmente se afirmaba que el asentamiento era voluntario (Douzant-Rosenfeld, 2005).

Para Sanford (2004) el rasgo más profundo dentro de las aldeas modelo era que su creación obedecía al objetivo de militarizar la vida social, cuya máxima expresión fue la creación de las PAC, sin las cuales habría sido imposible el involucramiento de la población masculina rural en las tareas de contrainteligencia desplegadas bajo control y coordinación del ejército guatemalteco.

Otro rasgo que debe interesarnos de estas aldeas es que había distancias considerables entre ellas y se puede constatar una alta concentración de las viviendas. Esto último hacía más eficiente las tareas de vigilancia, control y defensa ante posibles incursiones guerrilleras. En su libro, Simon (2010: 174) señala que el sistema de las aldeas permitía establecer más fácilmente una política de circulación restringida en los principales caminos y rutas.

Formalmente, las aldeas cumplían con el doble objetivo de seguridad y desarrollo, aunque en la práctica, los militares enfatizaron sólo en el primero de ellos. Los habitantes de las aldeas modelo se enfrentaban a una situación generalizada de empobrecimiento que les impedía resolver su existencia básica y los sometía a la dependencia de quienes hasta hace poco eran sus verdugos. Sin servicios, con una infraestructura deteriorada y un comercio limitado por las restricciones de movilidad, la economía de las aldeas se demostró inviable. Según un misionero entrevistado por Allan Nairn en 1982, en Nebaj un 60% de la población tenía tuberculosis, y un 80% estaba desnutrida (Wahlforss, 1983)

El alcance del proyecto fue tal que hacia 1988 ya se había completado la construcción de nueve pueblos de los polos de desarrollo y se planeaba construir otros once (Ver en Anexos: Mapas del área ixil Quiché). El número exacto de aldeas modelo no ha sido posible de precisar. Como he indicado, los datos que presento han sido tomados del REMHI, no obstante, para Stoll (1999) además de las doce aldeas modelo establecidas por el ejército hacia 1985, “durante los cinco años siguientes aparecieron otros sesenta reasentamientos, en cada caso después de que los refugiados habían solicitado permiso al ejército para regresar a sus tierras y aceptado organizar su propia patrulla civil”.⁷⁷

Más allá del número de estas aldeas, me interesa resaltar que según Lovell, las aldeas modelo también funcionaron como un laboratorio de hombres ideológicamente nuevos

un lugar-tiempo de transición entre la vida anterior a las masacres y la periferia de las ciudades a donde los sobrevivientes huyeron intentando sustraerse a la violencia, la militarización de sus vidas y el poder hegemónico de los militares. La “nueva” geografía de las aldeas modelo también ha sido comparada con la geografía imperante durante la época de la Colonia (Lovell en Salamanca, 1988: 30).

La extracción de las víctimas era campesina, cuya vida cotidiana se desarrollaba en un contexto rural, por lo que el vínculo material con la tierra, y social con la familia, estaba determinado por su lugar de nacimiento, es decir, se trababa de un vínculo de carácter tradicional y cultural. En el proceso de reasentamiento se destruyó ese vínculo. La configuración del espacio vital devino en mínimos espacios para la agricultura, con la consiguiente pérdida de capacidad de producir alimentos para el sustento familiar. La ruptura de este vínculo se experimentó a nivel familiar al grado de subvertir todo el sentido de comunidad que los grupos mayas habían establecido durante años y percibían la vida dentro de la aldea modelo como algo “revuelto”.

Al huir de la comunidad, perdieron sus posesiones personales y sus aldeas natales fueron saqueadas y destrozadas. Incluso los objetos personales de carácter religioso que habían pasado de generación en generación se perdieron, o podían ser requisados a ca-

⁷⁷ Stoll indica que esas doce aldeas estaban ubicadas en Acul, Tzalbal, Salquil Grande, La Pista, Río Azul, Pulay, Xolcua, Juil, Ojo de Agua, San Felipe Chenlá, Bichibalá y Santa Avelina, y que para 1985 se habían empezado a contruir otras cinco en Ilom, Chel, Juá, Xoncá y Xix, y que entonces “había cerca de veinte reasentamientos a finales de 1985; y otros sesenta a finales de 1990 y otros diez o quince a mediados de 1992.”

pricho de las fuerzas de seguridad. No había nada fuera del control del ejército y las PAC, desde sus necesidades básicas hasta la posibilidad de perder la vida en cualquier instante.

Aunque las diferencias entre la experiencia del campo de reeducación y la aldea modelo son pocas y se basan en la brutalidad, en ambas se llevaba un control de la cantidad de personas y de la asistencia a conferencias o presentaciones sobre temas anticomunistas y/o pro militares. Eso se hacía en lugares determinados en los que se aprovechaba para incentivar los relatos donde los guerrilleros les hubiesen maltratado o engañado, o en todo caso, relatos donde los militares eran fuente de ayuda a los sobrevivientes de las matanzas.

En términos del uso del espacio, el diseño básico de la aldea modelo tenía una entrada y una salida, y en cada una un puesto militar. Para salir de la aldea modelo, como un segundo medio de control, era necesario presentar un permiso por escrito, de lo contrario se consideraba una infracción con su consecuente sanción. Las PAC fueron claves en esta tarea. Aunque en algún momento a las PAC se les definió como una “organización espontánea no militar”, existen dudas al respecto, fundamentalmente porque no eran una rama oficial del ejército y porque no fueron espontáneas en absoluto.

Las PAC sí fueron organizadas, entrenadas y supervisadas por militares, y su crecimiento llegó a contar 900,000 integrantes hacia finales de 1983, según el REMHI. El dato no es irrelevante, se trataba del 80 por ciento de la población masculina de las zonas rurales (de entre 15 y 60 años). Hacia 1995, cuando los Acuerdos de Paz estaban en pleno desarrollo, los PAC aún contaban hasta 375,000 afiliados.

Hasta qué punto las PAC llegaron a ser autónomas no está totalmente claro. El temor era que se unieran a la guerrilla o que simplemente no colaboraran con el ejército. Reclutar mediante una población controlada facilitaba las cosas, sus líderes eran los primeros objetivos para encabezar el proceso y llegar a dirigir las PAC. Además, ayudaba a generar una sensación de continuidad y comunidad, en el contexto de la llegada de una nueva estructura militar. Armar a un grupo minoritario dentro de las PAC para controlar al resto era fundamental, porque se obtenía obediencia, cierto usufructo monetario y una fuerza de choque ante un eventual ataque guerrillero.

Negarse a formar parte de las PAC tenía precio de sangre. El ejército dejó muy claro a los reclutas que estaban contribuyendo a la seguridad del país, y negarse era identificarse con el enemigo. Participar era salvar la vida, pero también cambiarla y adecuarla al proceso de adoctrinamiento. En esa transformación, la violencia y la brutalidad dejó su impronta en los nuevos integrantes que llegaron a ser, algunas veces, más sanguinarios que los militares. En el Informe de la ODAGH se indica que las PAC participaron en casi una quinta parte de las masacres durante el proceso de exterminio, y al sumarse los comisionados militares a las llamadas fuerzas gubernamentales irregulares, el número de asesinatos colectivos se acercó a una cuarta parte del total.

Es en este contexto que el clima de delación se desató. Los vecinos se denuncian el uno al otro, sin que las razones estuvieran relacionadas, necesaria y estrictamente, con la participación de éstos con la guerrilla. Muchas veces las denuncias estaban vinculadas, más con desavenencias personales o competencias económicas que a actividades subversivas. Las denuncias también fueron extraídas por medio de amenazas y torturas.

La desconfianza mutua se hizo presente en la vida cotidiana mermando las posibilidades de resistencia. El castigo a la desobediencia eran la muerte, la tortura y la violación. Las PAC saqueaban todo, desde ropa y posesiones personales hasta ganado. Con las PAC se creó un tipo específico de cuerpo capaz de controlar a otros grupos aún en ausencia del ejército.

A los sobrevivientes, una vez dentro las aldeas modelo, se les impusieron concepciones y prácticas militares contrainsurgentes, trabajo forzoso, concepciones neo pentecostales y prácticas que incluyeron la adhesión a los símbolos nacionales como la bandera y el himno nacionales. Además, la persecución y asesinato de sacerdotes y activistas de Acción Católica fueron inclementes, pues para el ejército y las PAC, los catequistas eran subversivos o guerrilleros. Al apelar a la Teología de la liberación, la iglesia católica se hizo objetivo militar.

Las comunidades mayas tienen arraigadas sus costumbres religiosas a lugares específicos que consideran sagrados, mismos a los que, dentro de una aldea modelo, dejaron de tener acceso. Los grupos protestantes ganaron terreno en las aldeas modelo y aunque se

veían como apolíticos, Ríos Montt era una figura cuyo discurso era afín a sus creencias. La simpatía por él también venía de grupos protestantes de Estados Unidos y de la propia administración Reagan. La salida de Ríos Montt del gobierno marcó el inicio de otras formas de represión del Estado.

Como punto final sobre la idea de lógica o experiencia concentracionaria, quizá sea clarificador introducir algunos apuntes basados en un artículo de Pamela Colombo (2017), cuyo título es de por sí muy sugerente: Espacios de desaparición: cuando la teoría crítica del espacio ayuda a pensar la violencia. En efecto, aunque la autora se basa en experiencias de desaparición forzada, las preguntas que lanza le permiten proponer un abordaje teórico “hasta el momento poco explorado, que intenta pensar la manera en que se construye socialmente el espacio en contextos de violencia de Estado” (Colombo, 2017: 147).

Colombo plantea una “constelación de espacios de desaparición”. El que nos interesa aquí sería el espacio concentracionario, ya que permite “una comprensión crítica de la manera en que los espacios de violencia se construyen, haciendo especial hincapié en el relato de memoria de las víctimas”, y de esta forma alejarse del análisis de monumentos o placas conmemorativas, o los Centros Clandestinos (Adecuados) –para el caso guatemalteco– o de museos de la memoria, y entonces, “analizar de qué manera estos lugares son vividos e imaginados” en el presente, en la medida que “La aniquilación sistemática y planificada de una fracción de la sociedad construye nuevos espacios a la vez que configuran o hacen desaparecer otros” (Colombo, 2017: 147-150).

Tomando como base a Henri Lefebvre (1974) en su clásico *La producción del espacio*, Colombo retoma la “concepción triádica del espacio”: el espacio percibido, el espacio concebido y el espacio vivido.

Entiendo que los espacios de desaparición son el resultado de un proceso de construcción social que comprender múltiples niveles: el de la esfera material que refiere a la producción de infraestructura para llevar a cabo las desapariciones (el espacio percibido), el de las representaciones producidas por y para *dar sentido* a la aniquilación (el espacio concebido), pero también el nivel de experiencia subjetiva de esos espacios (el espacio vivido). (Colombo, 2017: 153).

De esta manera, la autora nos orienta a enfatizar en la dimensión del espacio vivido, pues considera que “es la dimensión que suele permanecer menos problematizada en los trabajos sobre espacios de violencia”. Además, porque esta dimensión de la experiencia “en y del espacio tiene un lugar central para comprender el modo en que el espacio se produce”, y nos remite a los discursos de poder, en tanto “El espacio vivido es tan real como el espacio concebido” y “El espacio vivido de la violencia es siempre y a la vez un espacio imaginario” (Colombo, 2017: 153-154).

En el tercer y cuarto capítulos de esta tesis, estas cuestiones quedarán mejor expuestas mediante el relato de una serie de grupos de guatemaltecos y guatemaltecas que compartieron sus memorias de ese pasado violento.

Tercera parte

1. Arrasamiento subjetivo del sujeto e irradiación de poder de la experiencia concentracionaria

Aquí intentaremos, por una parte, describir los procesos de arrasamiento subjetivo del CC internamente, y por otra parte, presentar algunos elementos clave para analizar con un nivel más profundo, el arrasamiento subjetivo hacia fuera del mismo, es decir, su irradiación hacia una sociedad que no circula en él.

Para poder explicar la irradiación del CC en el lazo social o en las relaciones sociales, Feierstein propone al menos tres niveles de afectación: 1. Los efectos del CC en la subjetividad del individuo que atraviesa el campo; 2. El efecto del CC en los lazos sociales y los vínculos entre la población que atraviesa la experiencia del campo; y 3. Los efectos del CC en el conjunto de la sociedad.

En el primer caso, hay que observar el objetivo de arrasamiento en la subjetividad del individuo que atraviesa el interior del CC, es decir, que fue secuestrado y confinado dentro del mismo. Para este individuo existen cinco técnicas que el autor llama “técnicas de destrucción o de arrasamiento de la subjetividad” (Feierstein, 2011: 365-376).

Son técnicas que se complementan y que pueden observarse en algunas de las experiencias históricas genocidas que hemos mencionado en el capítulo precedente.

1. Quiebre del pasado identitario del sujeto secuestrado. Para el efecto, el sujeto es víctima de la anulación de su nombre propio. El nombre, en tanto forma de identidad personal, es arrancado del sujeto con el fin de desvincularlo de la sociedad a la que pertenece y de algo que le pertenece porque le fue dado por su grupo, en este caso, por sus padres. En su lugar se le asigna una denominación en código, que puede ser un número o una combinación de letras con números. El efecto buscado es el anonimato y la ruptura con el pasado del individuo y con su autopercepción de lo que era fuera del campo de concentración.
2. Quiebre de la relación del individuo con sus propios sentidos. Los sentidos son los que nos capacitan para tener una relación espacio-temporal con el entorno físico. En ese marco, en tanto técnica extrema que altera la construcción identitaria, en muchos campos de concentración se eliminó el acceso a la luz natural para lograr distorsionar la noción del tiempo, y desestructurar el ciclo circadiano. La pérdida del registro del tiempo es pues, una experiencia reiterada en los testimonios de quienes atravesaron el campo de concentración. Pero no solamente se eliminó la luz natural, también se limitaron otras expresiones sensoriales como la movilidad, el habla y la visión, pero como factor excepcional, no se eliminó la escucha, porque constituye un elemento importante en la irradiación del terror: escuchar en la oscuridad magnifica el terror porque contra ello no se puede reaccionar.
3. En tercer lugar está un conjunto de técnicas que se basa en el dolor. El campo de concentración se caracteriza por ser un lugar de tormento, principalmente de tortura, para de esta manera, desestructurar la subjetividad del sujeto a través del dolor extremo. A lo largo de la historia se pueden identificar tres usos de la tortura que se complementan y articulan en las diferentes experiencias genocidas. Como estrategia de poder, el uso de la tortura para la extracción de información es quizá el más conocido, pero no el más determinante. El otro uso de la tortura es en un sentido de la confesión como ritual purificador: la información que se entrega es también una expiación. Esto implica para el sujeto, asumir “el peca-

do” (culpa), es decir, ubicarse en un esquema de transgresor que necesita una suerte de redención que, por otra parte, también da sentido, legitimidad y justificación al rol del torturador hacia sí mismo. Finalmente, la tercera técnica del dolor es el uso de la tortura como modalidad de arrasamiento, el dolor extremo como una herramienta más de desestructuración psíquica.

4. El cuarto conjunto de técnicas son los procedimientos de infantilización y animalización. Con éstas, lo que se busca es una regresión como modo de producir ese arrasamiento subjetivo, y de esta forma hacer retroceder al sujeto hasta el momento previo de su constitución autónoma de la identidad. Estas técnicas involucran todo lo que tiene que ver con la ingestión, el control de esfínteres y un conjunto de “premios y castigos” cuyo objetivo es hacer que el sujeto experimente una regresión a aquellos momentos de su niñez temprana y de su constitución identitaria para, de esta manera, reconstruir esa identidad. Esto puede llegar a casos extremos como la animalización del sujeto, lo cual implica obligarlo a que se comporte de un modo más “primario y salvaje”, es decir, a que se comporte propiamente como un animal que prescinde de cuidados personales específicos que implican su carácter de ser civilizado.
5. El permanente uso de la impredecibilidad. Esto es la generación de incertidumbre respecto de nuestras conductas y las consecuencias que éstas pueden llegar a tener. Por ejemplo, la resistencia a la tortura puede tener como resultado, la muerte o el respeto; colaborar con el torturador puede llevar a mejorar la situación, un desprecio que lleve al asesinato o la continuidad de la tortura, etcétera. De esta forma se genera una imposibilidad de imaginar el porvenir por medio de un nivel de arbitrariedad extremo, que en tanto técnica de poder, tiene un efecto que es desestructurante porque genera la pérdida de la capacidad de darle sentido a las acciones propias.

En el segundo caso, cabe decir que aunque existe una idea utópica, según Feierstein, sobre la capacidad de arrasamiento del campo de concentración, en su producción concreta esa capacidad no es tan generalizada. Estas técnicas ya descritas, y su articulación en tanto arrasamiento, generan tres tipos de figuras que son recurrentes en los múltiples testimonios conocidos en las diferentes experiencias genocidas:

- a. La adaptación. Esto significa que la víctima asume la forma de pensar del perpetrador o la lógica imperante en determinado campo de concentración. El sujeto se adapta a esos valores como válidos y propios en su misma situación concentracionaria.
- b. La simulación. Algunos investigadores, sobre todo argentinos, hablan de “los adaptados”, y un rasgo de importancia aquí es el rol de la esquizofrenia, porque se actúa de acuerdo a la situación que se presente ante el perpetrador, pero internamente, el sujeto mantiene ciertos niveles de resistencia, autonomía o resiliencia ante el fenómeno de la adaptación.
- c. Los muertos vivos o en vida. En algunas ocasiones se los llamó “musulmanes”. Primo Levi (1988) señala que “Con el término “Muselmann”, ignoro por qué razón, los veteranos del campo designaban a los débiles, los ineptos, los destinados a la selección”. Pero más allá de los términos, la figura del muerto vivo hace referencia a un sujeto que ha renunciado a vivir y por lo tanto ha aceptado su final inminente: el nivel de arrasamiento de su subjetividad ha sido tan profundo que al perderla, no la sustituye por la del opresor sino que vive casi por inercia. En la mayoría de estos casos el sujeto tiene un desenlace fatal.

Sobre estas tres figuras se puede concluir que la *línea adaptativa* revela el espectro utópico del campo de concentración, pues con ella se implanta la subjetividad del perpetrador en el sujeto secuestrado. El simulador traza una *línea intermedia* en la que el sujeto experimenta cierto nivel de arrasamiento y así, logra conservar determinado nivel de autonomía, sobre la base de un comportamiento esquizofrénico. El muerto vivo revelaría un sujeto dentro del campo, en una *línea decadente o fatal* en la que su arrasamiento subjetivo tiende hacia la muerte. No obstante, en su mayoría, los sujetos sometidos a la experiencia concentracionaria son los simuladores, y por lo tanto, esto habla de la relativa efectividad del campo de concentración.

En el tercer caso, podemos hacer una pregunta clave: ¿Por qué entonces el campo de concentración, pese a su relativa efectividad al interior del mismo, sigue siendo la institución paradigmática del poder genocida? En parte, se puede decir, es porque la irradiación del terror es más efectiva hacia afuera del campo de concentración, y por lo tanto, el sujeto que circula por ese campo es el instrumento ideal para producir efectos en el

sujeto que no circula por el campo de concentración: asesinando a unos y liberando a otros, para que el testimonio de sufrimiento irradie el terror en la población que obviamente no vivió la experiencia concentracionaria. De esta manera es que puede rastrearse cómo el arrasamiento subjetivo puede llegar a ser más profundo en el sujeto que no atravesó el campo de concentración.

Es de recordar en este punto el concepto de institución total, desarrollado por el sociólogo Erving Goffman, porque lo utiliza para designar “un lugar de residencia o trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (Goffman, 1961: 13). Feierstein considera que aunque Goffman estaba pensando en los hospitales psiquiátricos y las cárceles al pensar su concepto, es totalmente homologable al campo de concentración.

En ese sentido, se puede hablar de cuatro formas o lógicas de adaptación para analizar las experiencias que se generan fuera del campo de concentración al respecto de la irradiación del terror del mismo:

- a. Regresión. Esta lógica está vinculada con la infantilización y la animalización que se busca implantar en la sociedad en el sentido de que el terror arrebate la posibilidad de pensar en la potencia de la acción propia en su dimensión política. Es por eso que analizar esta lógica tendrá una importancia capital a la hora de entender las transformaciones políticas que ocurren en una sociedad postgenocida: la pérdida de la valoración de la potencia política y la emergencia de una valoración política desde un lugar de alienación y extrañamiento e infantilización. Esto podría traducirse en una sociedad que se relaciona con la política en una forma específica que primordialmente, consistiría en “pedirle cosas al poder” en una manera infantilizada en lugar de asumir la propia acción. Esta sería una consecuencia del terror hacia fuera del campo de concentración, porque esa potencia está vinculada al aniquilamiento: la acción política queda obturada, a veces de manera explícita y otras veces de forma inconsciente.
- b. Intransigencia. En Goffman esta dimensión es más discutible porque no queda tan claro si es una forma de adaptación o de resistencia. Aquí lo importante es

que esta intransigencia genera una dificultad para aceptar el dinamismo de lo social: adaptarse a una realidad traumática implica asumir la identidad previa como estática lo cual impide agregar ese dinamismo de lo real que afecte a esa identidad. El núcleo de esta dimensión, podría decirse, consiste en impedir que el terror transforme una identidad bajo riesgo de que el sujeto quede cosificado en una identidad del pasado y no le permita, justamente, incorporar el dinamismo del presente político que ha cambiado.

- c. Colonización. La colonización sería una adaptación en sentido puro, lo cual implica la captura de la subjetividad del sujeto por parte del opresor y la disolución de la identidad previa para empezar a “pensar” con la cabeza y la lógica del opresor. Se trata de una forma de adaptación que funciona de manera similar dentro y fuera del campo de concentración; de una subjetividad colonizada que no entiende su propia subjetividad y se piensa como algo distinto de lo que es y le impulsa a comportarse contra sus propios intereses e incluso a reclamar algo que le perjudica directamente.
- d. Conversión. Es la forma más generalizada en términos de los efectos que se pueden observar hacia fuera del campo de concentración. También es una forma de adaptación pero que difiere de la colonización en el sentido de que no hay confusión o alienación: el sujeto sí sabe quien es pero cree que su identidad es fallida o fracasada y por lo tanto reniega de ella, para buscar directamente una conversión hacia la identidad del opresor. Esto quiere decir que el converso entiende que no es un colonizado pero sí quiere abandonar aquella identidad propia y asumir la nueva. Es un camino involuntario sin retorno, como ocurre en la conversión religiosa inquisitorial que adquiere un rasgo de traición. En este sentido la conversión es un elemento clave en términos políticos o en su dimensión analítica del proceso político: se traiciona a aquellos con quienes se compartía la identidad previa, lo cual impide, por una parte, volver hacia esa identidad traicionada, pero también es una vía sin destino porque tampoco el grupo opresor termina de aceptar a aquel sujeto traicionero, porque sobre él se cierne un manto de sospecha. Así, el converso estará siempre dentro de un espectro de identidad abyecta, sin salida. En la conversión en su dimensión hegemónica, entonces, radica la mayor potencia de la irradiación del terror del campo de concentración

porque quiebra todo lazo de reciprocidad, solidaridad, y horizontalidad que está en la base de la tecnología de poder genocida.⁷⁸

Conclusión capitular

Las prácticas sociales genocidas como concepto permiten elaborar una tipología acorde a la realidad actual de los procesos genocidas en América Latina. Proveen además, un aparato conceptual que deja sin lugar a dudas el carácter moderno del proceso genocida colonial, así como la distinción de procesos genocidas que obedecen a otros objetivos pero que son susceptibles de articularse con diversos proyectos políticos.

Si algo hay de nuevo en esta mirada es la modalidad específica y diferente de esta práctica social genocida: busca reorganizar las relaciones sociales hacia el interior de una sociedad que ya está constituida como un Estado en su noción contemporánea. O sea que el objetivo no es crear un nuevo Estado nación y su operatoria no se despliega sobre un espacio territorial colonial, hacia fuera de la sociedad perpetradora. El genocidio reorganizador tiene como propósito llevar a cabo una transformación de las relaciones sociales hacia el interior de un Estado nación que ya existe, de una forma tan avasalladora que, en efecto, consigue trastocar esas relaciones sociales. En otras palabras: el grupo nacional guatemalteco –protegido por la Convención para la Prevención y la Sanción del delito de Genocidio– previo al genocidio, se alteró precisamente por esa práctica social genocida. En consecuencia, posterior a la destrucción de esas relaciones sociales lo que se espera es que se instalen otras relaciones de tipo más bien hegemónico.

Desde este concepto también se pueden establecer algunas similitudes entre los efectos sociales de la esclavitud y los de la experiencia concentracionaria, como hemos visto. La esclavitud siempre generó una respuesta de las víctimas, en muchos casos sumisión, suicidio, escape, ocultamiento, asimilación o desmoralización, pero lógicamente, también de resistencia. En todo el hemisferio las otredades negativizadas perviven en una lucha que es por la autodeterminación y la restitución.

⁷⁸ Cfr: Feierstein, 2011: 365-384.

Se puede afirmar que ese basamento del poder genocida, está constituido por su capacidad de generar desconfianza y la irradiación de la delación, porque impide todo proceso de articulación social, siendo este el mayor efecto de la experiencia concentracionaria. De este efecto emerge la experiencia vital fracasada del sujeto, cuya impronta es palpable en la generalidad de las experiencias en las sociedades postgenocidas. Para Feierstein existe, entonces, una diferencia sustancial entre la idea de una experiencia vital fracasada y una experiencia vital derrotada. La distinción fundamental entre derrota y fracaso tiene que ver con el cuestionamiento profundo que surge en el sujeto cuando asume un fracaso, porque el fracaso cuestiona el sentido de la identidad previa y plantea el problema de la legitimidad de la confrontación desde sus inicios: en esta distinción radica el éxito de la irradiación del terror concentracionario en la destrucción identitaria de los sujetos que la atraviesan.

Muchos de los elementos desarrollados a partir de la segunda parte de este capítulo, será de gran utilidad en el desarrollo del análisis del proceso de realización simbólica del caso guatemalteco. Lo que voy a profundizar en los siguientes capítulos es precisamente en esa realización simbólica, desde los procesos de memoria porque permite, siguiendo a Feierstein, aprehender determinados mecanismos como la negación de la identidad de las víctimas, los modos de transferencia de la culpa, el uso un horror abstracto y sus efectos paralizantes; y las consecuencias de dichos procesos de reconstrucción de identidades.

TERCER CAPÍTULO

Primera Parte

Que maneras más curiosas, de recordar tiene uno (...)

Tu tiempo es ahora una mariposa.

Silvio Rodríguez

No me interesa el pasado como tal.

Me interesa para saber quienes somos hoy.

Marcela Serrano

Introducción

En la primera parte del capítulo se desarrollará un abordaje sobre los principales problemas a los que nos enfrentamos a la hora de trabajar con el concepto de memoria y las representaciones de la violencia estatal: memoria, memoria colectiva y memoria histórica. La idea es explicar las principales distinciones en dichos conceptos y poder entonces hablar de la fórmula de representación. En gran medida la trama argumentativa del capítulo busca mostrar cómo la identidad narrativa de un sujeto frente a las prácticas sociales genocidas, se ve expandida o restringida en relación con las estructuras de asimilación. Esas estructuras tienen un profundo impacto en la producción de narrativas hegemónicas pero también hacen posible introducir la variable de los avances en el campo de los estudios de las neurociencias. Esta variable permite una aproximación dinámica y creativa del fenómeno de la memoria desde una óptica contemporánea de cara a una a líneas narrativas más bien hegemónicas. La segunda parte del capítulo está compuesta por ocho relatos, divididos en dos grupos, elaborados sobre la base de entrevistas hechas entre agosto de 2021 y octubre de 2022. Se trata de la primera parte de una propuesta de interpretación del proceso de Realización Simbólica del Genocidio en Guatemala (RSGG) en los términos que se planteó en el capítulo 2. El primer criterio de agrupación es etario y el segundo criterio es temático. El primer grupo nos permite visualizar desde los relatos, una primera estampa del terror y el concepto de irradiación en el testimonio de dos hombres nacidos entre 1955 y 1962. En el segundo grupo se propone una lectura del arrasamiento subjetivo del sujeto. Aquí se sistematizó el testimonio de cinco perso-

nas nacidas entre 1969 y 1975. Ninguno de estos relatos, considero, está radicalmente determinado por los ejes temáticos en los que aparecen agrupados, en vista de que el proceso de RS es enfrentado por toda la sociedad. Lo que planteo con estos relatos, es que cada uno debe ser entendido como una clave interpretativa en la medida que problematizan aquellas estructuras de asimilación. De ahí que no están presentados desde una perspectiva exegética que sería de por sí redundante, y se deje que el relato intente transmitir su contenido al lector. Acompañan a estos dos grupos, sendos corolarios que acentúan lo más sintéticamente los contenidos.

1. El trazo de la memoria: Los relatos como práctica revertidora

En los relatos⁷⁹ sistematizados en este capítulo nos proponemos observar la dinámica de la identidad narrativa del sujeto en su forma de recordar y relatar. El capítulo presenta una breve reflexión sobre las implicaciones de los relatos en tanto memoria, y el potencial político de ésta en tanto ámbito de lo científico. De ahí mi propuesta de sistematizar cinco series de relatos, porque ponen en relieve sus características como identidad narrativa y nos ayuda a desarrollar la idea de en qué consiste una práctica social revertidora del genocidio reorganizador.

Lo primero es señalar que la noción que en el ámbito de las ciencias sociales se tiene sobre Memoria ha cambiado radicalmente en décadas recientes, principalmente de cara a las neurociencias, como veremos en breve. No obstante, en sociología, como apunta Jelin (2002) la memoria insiste en su presencia:

Es el quehacer que genera y transforma en mundo social. (...) A menudo, especialmente en el caso de grupos oprimidos, silenciados y discriminados, la referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en uno/a mismo/a y en el grupo. (...) en términos más generales, familiares o comunitarios, la memoria y el olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vin-

⁷⁹ Relatos recabados mediante entrevistas (25 en total). En este capítulo, la entrevista tiene un lugar primordial como técnica de recopilación de información porque abrió nuestras posibilidades en un contexto de pandemia y emergencia de las plataformas digitales. En nuestro caso, se optó por una serie de entrevistas por medio de la aplicación telefónica Skype y Whatsapp. Así se recopiló información sobre hechos del pasado o de ciertas experiencias de vida particulares que comparten las personas participantes. Las entrevistas se realizaron entre octubre de 2021 y agosto de 2022. Fueron entrevistas en profundidad y memoriales con personas de origen guatemalteco, que voluntariamente refirieron su biografía personal y su relación con la violencia estatal masiva, ocurrida en Guatemala.

culan a acontecimientos traumáticos de carácter político y a situaciones de represión y aniquilación, o cuando se trata de profundas catástrofes sociales y situaciones de sufrimiento colectivo (Jelin, 2002: 20).

Las consecuencias a nivel individual también persisten:

la marca de lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar. En un sentido político, las «cuentas con el pasado» en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional se combinan con urgencias éticas y demandas morales, no fáciles de resolver por la conflictividad política en los escenarios donde se plantean y por la destrucción de los lazos sociales inherente a las situaciones de catástrofe social. (p. 11).

Es por eso que la lectura de Jelin nos lleva a entender las memorias como “procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales”. Además, nos plantea reconocer a las memorias como “objetos de disputas, conflictos y luchas” con miras a atender al “rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcados en relaciones de poder”. Jelin también propone “historizar” las memorias, en otras palabras “reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar asignado a las memorias en diferentes sociedades, climas culturales, espacios de luchas políticas e ideológicas” (Jelin, 2002: 2).

En esta lógica, Jelin no propone “un itinerario lineal, coherente y único”, más bien, una textualidad que “explora distintas perspectivas, distintos puntos de entrada al tema”. Esta mirada en mi opinión, armoniza con lo propuesto en términos conceptuales, y permite incorporar perspectivas que se han ido desarrollando en años recientes al estudiar la memoria. Cuando Jelin apunta que “La esperanza es que estas múltiples entradas sean convergentes y permitan dilucidar el tema tan elusivo, de las memorias”, me permite entibar en sus aportes mi propio trabajo, dada la enorme dificultad que presenta, en tanto que reconoce que la memoria como objeto de estudio presenta rasgos “descentrados” o “deshilachados”: “Este abordaje implica, que habrá huecos y temas no desarrollados o subdesarrollados”. Se trata de una discusión, escribe la autora, que “raras veces puede ser hecha desde afuera, sin comprometerse a quien lo hace, sin incorporar la subjetividad del/la investigador/a, su propia experiencia, sus creencias y emociones” (Jelin,

2002: 3).

Los relatos en tanto memoria y formas de interpretación “son también elementos clave en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de periodos de violencia y trauma” sostiene Jelin. Hallar en esas memorias una visión o interpretación única que comparta toda una sociedad es imposible, añade, aunque sí es posible dar con momentos o periodos históricos en que “el consenso es mayor, en los que un “libreto único” del pasado es más aceptado o aun hegemónico”, un poco en la idea orwelliana de que la historia la escriben los vencedores de “conflictos y batallas históricas” (Jelin, 2002: 5). En resumen, apunta:

Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma. Espacio de la memoria es entonces un espacio de la lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha «contra el olvido»: recordad para no repetir. Las consignas pueden en este punto ser algo tramposas. La «memoria contra el olvido» o «contra el silencio» esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en verdad «memoria contra memoria» (Jelin, 2002: 6).

1.1 Memoria colectiva y memoria histórica sobre violencia estatal

Para complejizar el abordaje sobre la memoria es necesario, como indican Burucúa y Kwiatkowsky (2014) definir qué se entiende por “fórmula de representación”

El concepto de “representación” es un componente importante de ese término, y lo utilizamos intencionalmente en un sentido doble. En primer lugar, refiere a una realidad material, esto es, textos, imágenes y otros objetos culturales que, de acuerdo con la teoría de Louis Marin, poseen una dimensión transitiva por la cual señalan algo que se encuentra fuera de ellos y una dimensión reflexiva mediante la que hablan y comparecen por sí mismos (Burucúa y Kwiatkowsky, 2014: 45).

En el caso de las masacres históricas o del genocidio, según estos autores, la representación y la interpretación, hay claras restricciones respecto de otros fenómenos históricos, en la medida que se trata de hechos extremos, porque ponen a prueba las categorías usuales de conceptualización. Este problema lleva implícita una amplia discusión entre

varias disciplinas, incluida la ética, pero Burucúa y Kwiatkowski plantean, siguiendo a Rancière, que el problema está, no en saber si se puede o se debe o no representar, sino qué se quiere representar y qué modo de representación se elige para este fin.

Un aspecto importante a observar en gran parte de los relatos es lo que resaltan Burucúa y Kwiatkowski (2014: 30): “los sobrevivientes de la masacre se encuentran desgarrados por la insoportable tensión entre el imperativo de dar testimonio de lo ocurrido y la inadecuación de las formas de expresión para lograrlo”. En este sentido hay una suerte de “mandato de la transmisión de la verdad”, un temor a que la muerte condene al olvido el recuerdo. Los autores recuperan atinadamente las palabras de Elie Wiesel: “El temor al olvido es la última obsesión de todos aquellos que pasaron por el universo de los malditos condenados al infierno”.

Aquí lo que me interesa enfatizar es lo que estos autores llaman *inadecuación de las formas de expresión*, porque ayuda a entender lo problemático que es ponderar adecuadamente el contenido de los relatos. En otras palabras, al sistematizar estos relatos como escritura, hay una propuesta interpretativa en la medida en que los entrevistados han acordado dar su palabra para que sea transcrita y por lo tanto, representada. Si bien es cierto que los autores citados en el párrafo anterior se centrarán en los avatares de la representación de la masacre histórica como tal, lo hacen desde la perspectiva de las dificultades de esa representación. Así, siguiendo a Dominick LaCapara, indican que la ilusión de que una valoración de la memoria de los otros es fundamental para “una aproximación legítima y democrática al futuro: el aceptar una memoria ajena, incluso si la consideramos desagradable o extraña, implica comenzar a construir una memoria crítica”. La memoria, señalan, se vincula con tradiciones y testimonios: “por lo que se conserva en tanto continúan existiendo grupos de personas capaces de recordar lo que ha ocurrido: en un extremo, permanece mientras existan testigos”.

Esa permanencia adquiere gran importancia en términos de la memoria y del proceso de realización simbólica del genocidio que aquí analizamos. Cabe mencionar que el mismo Halbwachs (2004) reconoce la dificultad para determinar el momento en que un recuerdo colectivo ha salido definitivamente de la conciencia común. Para que ese recuerdo sea redescubierto, este autor considera que basta con que se conserve en alguna parte del cuerpo social. Para los fines de este trabajo, los relatos permiten comprender dife-

rentes dimensiones políticas desde el punto de vista la historia oral guatemalteca en un contexto claramente postgenocida.

Desde esta perspectiva, en su dimensión política, nos dice Pérez y Manzano (2010: 11) la memoria “cumple funciones de cohesión colectiva al desplegar comportamientos que adquieren el carácter de políticos”. Ese carácter político, para Burucúa y Kwiatkowsky se logra mediante “la creación de mitos y justificaciones que quizá la historiografía podría aspirar a corregir”. Lo que cabe acentuar en esta última frase, es que hace referencia a que la memoria es “selectiva, política, ideológica” en la medida que “selecciona los recuerdos que conserva de acuerdo con relaciones de poder imperantes en un determinado momento y un determinado lugar”, y por lo tanto, la idea de memoria completa es falacia, según los citados autores, porque “la contracara de todo proceso social de memoria es un proceso social de olvido” (p. 41).

En el caso de los relatos propongo lo que podría llamarse un *huso* de corolarios: razonamientos puntuales que por su naturaleza emergen de su lectura y tratan de apuntalar su contenido. Estos corolarios, en el plano analítico, responden a necesidades expositivas y de argumentación. Aunque el contenido de los relatos me parece elocuente, hay una clara importancia de que queden por lo menos, explicitados. Además funcionan sin entrar en una forma “exegética” de análisis. Estos corolarios son un formato expositivo del resultado de esa relación que se genera durante el proceso de investigación: son una forma de incorporarme dialógicamente con ellos para demostrar que en el plano individual como en el social, los procesos de memoria sirven para acercar o distanciar el pasado con cierta “ambivalencia paradójica”.

La historia, por su parte, aparece cuando la memoria ha dejado de existir, y en consecuencia se sitúa necesariamente por fuera de grupos determinados de antemano, aunque se vuelva ella misma creadora de memorias, algo que ha quedado claro con los procesos de surgimiento y desarrollo de los estados nacionales y los nacionalismos, que han hecho de ella el instrumento privilegiado para la construcción de identidades colectivas (Burucúa y Kwiatkowsky, 2014: 42).

Por supuesto que no se trata de plantear una contraposición mecánica entre historia y memoria. Ya hemos dicho páginas arriba que no caeríamos en ese falso dilema, es decir,

sugerir que la historia es más objetiva que la memoria o viceversa. Las selecciones, interpretaciones y distorsiones, sean estas conscientes o inconscientes, advierten estos autores, están condicionadas por el mundo social. Lo que sí es obvio, señalan, es la diferencia radical entre la memoria de los perpetradores y la de las víctimas y sus partidarios: las víctimas, naturalmente, denuncian los hechos, hacen énfasis en el sufrimiento padecido y, según mi propuesta interpretativa, *persisten en la búsqueda de un quiebre en la continuidad de ese sufrimiento en el presente*.

Ese quiebre, según mi parecer, puede darse en la medida que se materialice el reclamo que se manifiesta reiteradamente en casi todos los relatos: la justicia. Esta noción de justicia tendría que superar la dimensión jurídica sin excluirla. Una explicación en ese sentido la plantean Burucúa y Kwiatkowsky, siguiendo a Reyes Mate (2011) como una “reparación del daño personal en la medida de lo posible y en un mantenimiento de la memoria de lo irreparable”. Esta idea de justicia tiene un objetivo especial, señalan: “oponer al daño social que provoca el terror la respuesta justa de la reconciliación, no entendida como olvido o culpabilidad de la víctima”, sino como “reconciliación social que trata de suturar la fractura provocada por el terrorismo” y de esta forma recuperar, tanto a la víctima como al verdugo para la sociedad, por medio de “el reconocimiento de la ciudadanía de la víctima, negada por los violentos ante la indiferencia de los demás.”

En términos de la dimensión jurídica, he afirmado que no se trata de excluirla ni mucho menos. Reyes Mate plantea que en esta dimensión reside una de las condiciones fundamentales para aquella noción de justicia, en la medida que sea capaz de establecer la culpabilidad de los perpetradores a todo nivel por medio de un juicio justo. Otra condición sería la obligación de que el victimario reconozca el daño producido; y una tercera condición es el perdón, cuya emergencia solo es posible cuando las dos primeras condiciones se cumplen, para así poder transformar “la culpabilidad en responsabilidad política consistente en desterrar la violencia de la política”. Para el cumplimiento de estas condiciones Reyes Mate apuesta por la memoria como fundamento previo, a diferencia de Burucúa y Kwiatkowsky, que se inclinan por una “verdad estrictamente basada en la evidencia” como uno de los sustentos principales.

Ya hemos visto lo que define Louis Marin como fórmula de representación pero quizá convenga ampliar un poco. Marin dice que representar significa simultáneamente “hacer presente una ausencia” y “aparecer en ese acto”, es decir “concretar la acción indirecta y sustitutiva de hacer presentes esos objetos, personas o fenómenos que no están aquí ni ahora”. Agrega que, en un sentido más general, representación es un conjunto de prácticas culturales colectivas que son parte del universo social y contribuyen a darle forma, al tiempo que lo desvelan o lo disfrazan. Es por eso que “el estudio de las representaciones y sus apropiaciones es también una indagación respecto de su origen social y, en consecuencia, un análisis de las relaciones entre cultura y vida social material”. Entendidas así, las representaciones pueden reforzar y socavar relaciones de dominación social, por lo tanto, su investigación implica también “iniciar una pesquisa acerca de las relaciones de fuerza” (Burucúa y Kwiatkowski, 2014: 45).

Una fórmula de representación es, entonces, un conjunto de dispositivos culturales que han sido conformados históricamente y, al mismo tiempo, gozan de cierta estabilidad, de modo que son fácilmente reconocibles por el lector y el espectador. Pero también son capaces de cambio, en el sentido de que pueden ser modificados para expresar nuevos sentidos y representar nuevos fenómenos, distintos de los originalmente indicados por ellos, aunque relacionados en general con los anteriores (Burucúa y Kwiatkowski, 2014: 45).

Finalmente, en cuanto a las masacres históricas, nos dicen estos autores, quienes han buscado narrar, exponer en imágenes o explicarlas a posteriori, han usado fórmulas de representación de tres tipos: cinegéticas, de martirio colectivo e infernales (Burucúa y Kwiatkowski, 2014: 49-178). Es en este punto donde para mí es importante señalar, siguiendo a estos autores, que: “ante la magnitud del horror de los genocidios contemporáneos, las fórmulas recién descriptas, se mostraron particularmente inadecuadas para dar cuenta de lo ocurrido”. Esta inadecuación o insuficiencia de estas fórmulas de representación es lo que les ha llevado a la idea de que “podría estar gestándose una nueva fórmula de representación, todavía no consolidada del todo que describe, narra y expone las grandes masacres históricas contemporáneas mediante el recurso a la duplicación, la réplica, el doble y la silueta” (p- 48).

Estas nuevas fórmulas de representación tienen, desde mi punto de vista, muchas posibilidades a la hora de pensar en acciones colectivas a futuro, en términos de proyectos

que buscan estigmatizar las prácticas sociales genocidas, especialmente en el plano simbólico como hemos venido planteando. Hago esta acotación porque mi propuesta va más encaminada a poder encontrar en los relatos, elementos que den cuenta de cierto nivel de elaboración del trauma provocado por el terror, es decir, de qué manera ese terror está siendo representado desde la memoria en el plano simbólico de cara a una manifestación claramente política.

Esta distinción es crucial en términos de como Burucúa y Kwiatkowsky (2014: 211) se lo cuestionan: ¿Para qué sirve? ¿Cuál es su aplicabilidad? La respuesta que ofrecen se relaciona con la posibilidad de “establecer una distancia (...) entre los hechos traumáticos y quien los relata o procura explicarlos”, y así “enfrentarse a los horrores de la historia” pues para ellos, de esta forma, si bien no se soluciona el problema de los límites de la representación, sí “evita el riesgo de la parálisis, del silencio y la renuncia a todo esclarecimiento”.

La búsqueda de fórmulas históricas que se han usado para relatar mediante palabras, imágenes o performances las masacres del presente y del pasado quizá nos permita conocer y comprender, al menos, dos cosas importantes. La primera, lo que podríamos llamar el entorno amplio y el entorno inmediato de la catástrofe, las cadenas causales que rodean a la matanza sin sentido, aun cuando el núcleo duro de esta permanezca insondable. La segunda, examinar los recursos simbólicos de los perpetradores, quienes muchas veces han construido aquellas fórmulas antes de que los partidarios de las víctimas las conviertan en instrumentos para recordar y entender lo sucedido. Saber que se representa el conflicto social como si se tratara de una escena de caza, un martirio, un apocalipsis, o bien se piensan sus efectos como una multitud inevitable de sombras, de desapariciones, de fantasmas, pone a nuestro alcance elementos vitales para encender las alarmas, conmover la política y conjurar los peligros extremos del terror hecho sistema, el delito de lesa humanidad y el genocidio (Burucúa y Kwiatkowsky; 2014: 211).

Un riesgo advierten los autores en un proyecto de esta naturaleza: que “la generalización implícita en nuestro propio concepto de fórmula puede reproducir” sin que nos demos cuenta “la uniformidad que el perpetrador impuso a las víctimas con el objeto de transformarlas en un colectivo indiferenciado”, porque se trata de una operación que “proporciona siempre la base sobre la cual se elevan las identidades falsas, imaginarias, perversas que los asesinos pretenden convertir en fuente de legitimidad para el exterminio”.

nio”. No se trata de un riesgo inexorable, en ese sentido existe, afortunadamente, un modo de “impedir esa distorsión monstruosa” que “consiste en balancear cada vez que sea posible, el empleo de categorías globales con las búsquedas sobre las personas concretas, sus dolores y sus destinos, para volverlos sujetos liberados del mecanismo inexorable de la historia” (p. 211-212). Esta es quizá la idea que más confianza me ha generado a la hora de pensar los relatos como claves analíticas en sí mismos.

1.2 Distinciones de la Memoria y sus consecuencias

El proceso por el cual se dice que la memoria depende del entorno social, fue descubierto por Maurice Halbwachs (2004). Fue así que acuñó la expresión “memoria colectiva” como el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad. En ese sentido, Halbwachs plantea que “cada individuo está poseído por múltiples memorias colectivas, a las que cobija en estado de latencia hasta que se las activa y se las reformula en una relación de enriquecimiento mutuo con la experiencia actual”.

En este punto, cabe una distinción entre memoria histórica y memoria colectiva. La primera hace referencia a la relación más difundida y oficial de hechos rescatados en diversas fuentes. Así, para nuestro caso, los ejemplos más claros sobre memoria histórica sobre la violencia masiva estatal son los informes, *Guatemala: Nunca Más*, elaborado por la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (1998), y *Guatemala: Memoria del silencio*, elaborado por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (1999).

Como se mencionó en el capítulo anterior, estos informes han tenido una importancia crucial en términos de una determinada narrativa sobre la violencia de Estado en Guatemala ocurrida durante la segunda mitad del siglo XX. Gran parte de los datos más generales y las cifras que se citan en diversas investigaciones, e incluso en el juicio por genocidio, y otros juicios contra perpetradores, provienen de ellos.

En cuanto a lecturas críticas sobre su contenido, los materiales son escasos. Una excepción es lo que plantea Rostica (2017) cuando busca tensionar algunas de las definiciones, principalmente las del CEH, por sus consecuencias históricas y políticas. Rostica se

centra en la distinción entre intención y motivación, que aparece en el informe de la CEH: “Para que se configure el tipo genocida, basta la intención de destruir al grupo, cualquiera que sea el motivo. Por ejemplo, si el motivo por el cual se intenta destruir a un grupo étnico no es de carácter racista, sino solo militar, igualmente se configura el delito de genocidio” (CEH, 1999, t. III: 316).

Además, el informe del CEH distinguió entre política genocida y actos de genocidio, según lo planteado por Rostica, en función no de la intención sino de la motivación. La política genocida para el informe de la CEH, existe cuando el fin de las acciones es el exterminio de un grupo en todo o en parte, mientras que los actos genocidas existen cuando el fin es político, económico, militar, o de cualquier otra índole, pero los medios que se utilizan para alcanzar esos fines son el exterminio total o parcial del grupo (CEH, 1999, t. II: 315). En consecuencia, se concluyó en que los actos de genocidio se cometieron contra grupos étnicos “maya-Ixil; maya-Achi; maya-K’iche’; y maya-Chuj Q’ango” que “forman parte del pueblo maya en una determinada etapa del conflicto armado interno, específicamente durante los años 1981 y 1982” (Rostica, 2017: 63).

La memoria colectiva, por su parte, se refiere a los recuerdos que un grupo social destaca y atesora, y que también comparte, transmite y construye en su conjunto. Sin embargo, el mismo Halbwachs consideraba que la explicación de la memoria por medio del funcionamiento del cerebro tendía a ser confusa. Hoy día, gracias a investigaciones recientes, esto ha cambiado. Diversos estudios arrojan luz, precisamente entre la dimensión social e individual de la memoria.

Pero no solamente eso, Feierstein (2012) plantea un análisis crítico de las diversas consecuencias de las prácticas sociales genocidas, en primera instancia, partiendo de los procesos de memoria y representación. Principalmente a partir de la idea de que, el diálogo entre los diversos campos científicos ha sido bastante pobre:

Los estudios sobre la memoria constituyen uno de los campos en los que se observa con mayor claridad las dificultades creadas por las taxonomías disciplinarias rígidas en su parcelamiento de la realidad. Diversos grupos de investigadores que provienen de campos muy distintos se disputan áreas de explicación de los procesos de la memoria, sin que los entrecruzamientos entre éstas sean comunes ni produzcan enriquecimiento alguno, más

allá de que unos y otros se solapen al producir sus hipótesis, la mayoría de las veces sin siquiera percibirlos (Feierstein, 2012: 15).

En esta obra el autor se centrará en las memorias y representaciones del horror, teniendo como eje histórico la experiencia argentina. De esa forma, orienta sobre cuestiones relacionadas con los trabajos de elaboración y las marcas dejadas en las subjetividades y en el tejido social por las prácticas sociales genocidas. No pretende una mirada transdisciplinaria, sostiene, sino interdisciplinaria, basada en autores de las neurociencias, el psicoanálisis, la filosofía, la sociología y la psicología social.

Desde esta perspectiva, *podemos centrar la problemática en los modos en que los procesos de memoria pueden afectar la constitución identitaria a partir del trabajo de elaboración de las situaciones traumáticas generadas por las PSG*. El campo de los estudios del genocidio ha hecho posible que se deje de pensar que el fenómeno del genocidio es únicamente el horror, en el cual la lógica histórica aparece excluida. En consecuencia, el genocidio, como hemos planteado a lo largo del texto, se le piensa como una tecnología de poder. De esta forma el genocidio no constituye una mera manifestación de la maldad humana, sino por el contrario, es una decisión racional de transformar la identidad de un pueblo mediante el terror.

Al igual que en el caso argentino -con sus matices- en Guatemala, después de innumerables avatares, algunos de los perpetradores fueron llevados a juicio por tribunales nacionales (con las inherentes garantías procesales que el sistema de justicia permite). El alcance de esos procesos judiciales ha sido en cierta medida limitado. El caso más emblemático fue el juicio contra Efraín Ríos Montt, quien finalmente nunca purgó ninguna pena por los delitos por los que fue condenado. No obstante, como diría Benjamin, la historia a contrapelo del mismo juicio, hizo posible que la sociedad guatemalteca elaborara una reflexión sobre ese pasado, relativamente inmediato históricamente.

En este sentido, un aspecto que debe resaltarse aquí es que el genocidio tiene un proceso previo que hace posible, en determinado momento, el aniquilamiento. Y también, pensado como proceso, el genocidio adquiere una noción de continuidad que va más allá de ese aniquilamiento, es decir, de consecuencias posteriores, que es precisamente lo que se busca poner en relieve al proponer la noción de tecnología de poder.

Lo expuesto arriba implicará, entonces, que en nuestro análisis y estudio de estas experiencias, no se limita al periodo concreto del aniquilamiento o a un periodo político determinado, como serían las dictaduras militares, por ejemplo. Aquí emerge una pregunta que en gran medida, permanecerá abierta, y es: ¿cuándo empezaron las condiciones de posibilidad para llevar a cabo el genocidio en Guatemala?

En esta pregunta subyacen algunas preocupaciones que, desde diversas disciplinas, se han intentado abordar. Algunos autores datan el inicio del proceso guatemalteco en 1954 con el derrocamiento de Jacobo Árbenz Guzmán; y otros han propuesto diferentes fechas, dependiendo del periodo dictatorial al que buscan enfatizar. Y algunos se centran en los finales de la década de 1970 e inicios de la década de 1980, que es cuando, efectivamente, el aniquilamiento provocado por la violencia estatal masiva se puede constatar dramáticamente.

No obstante, si tenemos en cuenta la definición del genocidio como tecnología de poder, el aniquilamiento vendría a ser el medio para destruir la identidad de un pueblo. Nuestra principal tarea es aproximarnos a la memoria de los sobrevivientes y contemporáneos, en las formas de representación que tienen de ese aniquilamiento. En palabras muy llanas: en cómo la sociedad en cuestión se explica a sí misma lo que le ocurrió. Esta interpretación es a lo que llamaremos realización simbólica de las prácticas sociales genocidas. Estamos pues, ante un proceso que continúa, inclusive, varias décadas después de ocurrido un genocidio, del aniquilamiento concreto, porque sigue produciendo sus efectos en las formas de representación que construye la sociedad que experimentó el terror y más aún en las que no lo hicieron.

1.3 Las líneas narrativas hegemónicas y contrahegemónicas

En gran medida, la reflexión sobre las principales líneas narrativas sobre la violencia masiva en Guatemala, se basan en la figura de la víctima (Villa, 2016). Esto dejaría por fuera el reconocimiento de la capacidad política de otros sujetos y su potencia de transformación. En las experiencias personales recabadas y presentadas en esta investigación, subyace un entramado social que dinamiza el concepto de memoria y su dimensión histórica. Como hemos sostenido en otro trabajo, la memoria se convierte en un

campo de lucha (Girón, 2017).

En Vela (2011) podemos encontrar tres paradigmas narrativos. Al primero el autor lo denomina “institucional” y es la visión de los altos mandos, bien sean guerrilleros o militares, como un discurso de los protagonistas que dejan en último plano la base social del otro⁸⁰. Estos textos

Reproducen el discurso que los militares tuvieron durante la guerra, es decir, se presentan a sí mismos como héroes que lograron defender a la patria del peligro del comunismo que acechaba a Guatemala, encarnado en los grupos guerrilleros que pretendían cooptar a las poblaciones indígenas mediante la manipulación. Según esta postura, las causas del levantamiento fueron externas al país y formaban parte de una conjura del comunismo internacional (Villa, 2016).

Los altos mandos de la guerrilla también se ubican dentro de este paradigma. Destacan los textos autobiográficos publicados por Mario Payeras (1981, 1987); César Montes (1998); Santiago Santa Cruz (2004) y Pedro Palma Lau (2010)⁸¹. Tal y como afirma Villa, en este paradigma se niega “la agencia de la población civil”. En lo que sí coinciden, según Villa, es en que en ambas narrativas se comparte la intención de justificar su papel dentro de la guerra.

En el segundo paradigma, denominado “insurgente-contrainsurgente” aparece una reducción de la guerra a una lucha frontal entre dos actores que dejaron a la población entre dos frentes (Vela, 2011). David Stoll (1999) fue el principal exponente de este paradigma. Para Stoll la mayor parte de la población fue obligada o presionada para tomar un lado, bien sea con la guerrilla o como patrullero al lado del ejército. Algunos autores han llamado a este paradigma la teoría o hipótesis de los dos demonios⁸², cuyo núcleo consiste en minimizar el malestar de la población, y de esta manera desacreditar el potencial revolucionario de las comunidades.

⁸⁰ Dos obras son representativas de este paradigma del lado de los militares: *Guatemala, testimonio de una agresión* (1998) y *Testigo de Conciencia* (2000).

⁸¹ Payeras publicó *Los días de la selva* y *El trueno en la ciudad*; Macías publicó: *Mi camino fue la guerrilla*; Santa Cruz publicó: *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada* y Palma Lau publicó: *Sierra Madre: Pasajes y perfiles de la guerra revolucionaria*.

⁸² Autores como Rouquié (1994); Le Bot (1995); Bataillon (2008) y Sabino (2008), también utilizan la teoría de los dos demonios.

Vela plantea un tercer paradigma que llama “complejo”, en el cual los hechos son más intrincados. En este paradigma se supera una visión de los dos actores confrontados y se da pie a poder analizar el entramado de múltiples actores sociales imbricados en aquella violencia. Estos actores tienen su proceso histórico, sus luchas y resistencias propias. Esta perspectiva permite reconocer una trayectoria más longeva de combate de los pueblos indígenas; así como las particularidades que presentan el movimiento sindical, y el de mujeres, en busca de sus reivindicaciones, no solo durante la guerra sino en la posteridad a la misma.

Este paradigma también permite pensar a la población, que en conjunto ya no es únicamente una víctima, pues por el contrario, rasgos no explorados de un sujeto emergen con una potencia de mayor protagonismo: los estudiantes universitarios, movimientos religiosos y campesinos cooperativistas. Todos ellos no formaban parte orgánica de las guerrillas pero sí participaban de las movilizaciones sociales. Es precisamente en este paradigma en el que se pueden apreciar con mayor detalle, aspectos como las paradojas que enfrentaban las comunidades indígenas o de las familias mismas, ante el dilema de qué camino tomar frente al conflicto.

2. Los procesos de la memoria y la Realización Simbólica del genocidio

Para este abordaje me orientaré en la obra *Memorias y representaciones* de Feierstein (2012), por sus sugerentes dimensiones hipotéticas. En ese sentido vale destacar al menos dos aspectos sobre la memoria⁸³: el carácter adaptativo de lo que el autor llama “procesos de desensibilización”, y el carácter creativo y no reproductivo de los procesos de memoria. La noción de desensibilización se articula con dos ideas: la primera son los “pactos denegativos” y, la segunda las “ideologías del sinsentido”. El sinsentido, se trata de una mirada “hegemónica” que en la mayoría de las veces, vincula los discursos del horror con la irracionalidad, que para el autor, “juega un rol específico en el modo de clausurar las posibilidades de elaboración del terror traumático”. Los aspectos filosóficos de estas hipótesis tienen su peso en la medida que la propuesta de Feierstein busca “recuperar la vinculación entre memoria y acción (Bergson), y memoria e identidad (Ricoeur)” con miras a producir nuevas interpretaciones que dejen atrás la “trillada dis-

⁸³ El autor parte de conclusiones fundamentales que las neurociencias han desarrollado en al menos las últimas tres décadas.

cusión sobre las diferencias entre los procesos de la memoria y la historia”, y así, poder “rescatar el carácter sociopolítico de los procesos de memoria y su posible articulación con un trabajo de elaboración” (p. 18-19).

Una de las cuestiones claves de este abordaje tiene que ver con la forma que en la sociedad guatemalteca se manifiesta el negacionismo, la impunidad y sus peligros. Esto deja una tarea pendiente: “comenzar a hacerse cargo en estos años de una discusión más compleja y mucho más profunda pero, a su vez, fundamental en cuanto a la posibilidad de lidiar con los efectos del proceso represivo”:

en qué medida los procesos de memoria y representación pueden constituir prolongaciones del terror, pero también en qué medida pueden ser un aporte para intentar elaborar las consecuencias del trauma, sin que implique creer (...) que una mera calificación pueda resolver por sí misma procesos de enorme complejidad como los que aquí se analizan (Feierstein, 2012: 20-21).

Ambas cuestiones son cruciales para entender la realización simbólica del genocidio en Guatemala, y también son importantes para que los relatos funcionen como un marco de interpretación. En otras palabras, como ya se ha expresado, el concepto de PSG implica pensar que la realización material del aniquilamiento no es el final de estas prácticas, por el contrario, la realización se lleva a cabo en el plano simbólico e ideológico, justamente, en los modos de representar y narrar la experiencia del trauma, es decir, *en el procedimiento simbólico de su representación*.

No cualquier modo de representación, entonces, obtura o clausura las relaciones sociales que buscaron ser destruidas por medio del aniquilamiento. No cualquier representación de los hechos genocidas implica su “realización simbólica”. El genocidio material puede quedar irrealizado, así como la mercancía puede no ser vendida, o venderse a un precio mucho menor al esperado, que no permita la “realización” del plusvalor (Feierstein, 2012: 181).

En este sentido, Feierstein (2011: 237-239) propone

una problematización de los modos con que las estructuras de asimilación simbólica de las diversas sociedades postgenocidas suelen narrar los hechos del exterminio que, lejos

de funcionar como tabú, aparecen como una recalificación conceptual que desvincula el genocidio del orden social que lo produjo, pero no en la forma burda y evidente de la negación de los hechos sino en el trastocamiento del sentido, la lógica y la intencionalidad atribuidos a los mismos.

2.1 Las estructuras de asimilación simbólica

El perpetrador de un genocidio no es el agente directo de esa realización simbólica, tiene límites en ese sentido, pero no totalmente, apunta Feierstein. Añade que resulta hasta cierto punto lógico, pensar que el perpetrador directo “sea el agente principal en los momentos más visibles y legalmente identificables del genocidio”. Además, el mismo perpetrador está atravesado “por las prácticas vividas”, y en consecuencia, sus propias memorias y representaciones son resultado de los efectos del terror, “y también resultan fundamentales para una comprensión cabal de cualquier genocidio” (Feierstein, 2012: 183)⁸⁴.

Con la lectura de los testimonios se ilumina el proceso de realización simbólica, es decir, los efectos en los procesos de transformación y reorganización de las estructuras de identidad. Ricœur las llama identidades narrativas. La lógica es que en la medida que, con la violencia concreta (masacres, desapariciones, asesinatos, etc.) no se puede controlar el proceso de producción identitaria del sujeto, es precisamente en ese sentido “en el que resulta totalmente pertinente identificar la realización simbólica de las prácticas genocidas como un momento –el último– del propio genocidio”.

Además, los elementos que constituyen las modalidades clásicas de la realización simbólica del genocidio surgen como respuestas adaptativas “de las propias víctimas, sus familiares y el conjunto de la sociedad sobreviviente, en tanto consecuencias lógicas y posibles del ejercicio del terror sistemático y masivo”.

En segundo lugar, la realización simbólica no responde a una lógica binaria sino, por el contrario, implica un complejo proceso de construcción de memorias y representaciones:

⁸⁴ Para el caso de los perpetradores guatemaltecos, el trabajo de Vela (2014) es muy ilustrativo. Resulta muy revelador también, en el sentido de la intencionalidad, el trabajo de Duyos (2020).

Identificar mecanismos de realización simbólica de las prácticas sociales genocidas busca interpelar nuestras propias memorias para sacudir y poner en cuestión las innumerables trazas del terror, en un trabajo que debe llevar a cabo una constante crítica del sentido común y de los modos hegemónicos y cosificados de construcción de la memoria (...) no busca ratificar nuestras memorias como verdaderas (o revolucionarias o sanas o cualquier otro adjetivo que busquemos otorgarles) ni deslegitimar otro modo de representación desde su “descalificación” como “modalidad de realización” (Feierstein, 2012: 186).

Y en tercer lugar, los procesos de realización simbólica no son estáticos en vista que “contienen en sí mismos el dinamismo de lo real”. Además, no siempre cumplen un rol de facilitadores de “trabajos de elaboración”, o, cómo señala el mismo autor, es un proceso que no puede realizarse “desgajado de las condiciones histórico-sociales concretas en cada momento histórico, así como de las correlaciones de fuerza dominantes en cada uno de dichos contextos, tanto a nivel local como internacional”. Es decir, hay una tensión agregada a nivel geopolítico en las disputas por el sentido de los juicios a los perpetradores de estas prácticas en todo el mundo (p. 187).

Se trata, en todo caso, de pensar que los conceptos y los relatos no producen siempre las mismas consecuencias, señala Feierstein. En lo que atañe a mi indagatoria, el aspecto que me parece más destacable es que mi aproximación al análisis del proceso de realización simbólica de las prácticas sociales genocidas me permite observar, inteligir en los conceptos, pero fundamentalmente observar en los relatos, los efectos del uso del terror como herramienta de reorganización social, y pensar “en la posibilidad de instituir narrativas contrahegemónicas” a partir de los mismos.

2.2 Neurociencia y memoria

Visto lo anterior, entraré brevemente al tema de las neurociencias y los procesos de memoria. El concepto de neurociencia o neurociencias remite al estudio del sistema nervioso: estructuras, funciones, bases moleculares y patologías. Esta disciplina considera que el sistema nervioso está integrado por el cerebro, la médula espinal y las redes de células nerviosas sensitivas o motoras (las neuronas) en todo el cuerpo. La memoria, desde esta perspectiva, es una función del sistema nervioso, entre otras como la cogni-

ción, la motivación y la emoción.

No obstante, algunos neurocientíficos han planteado investigaciones sobre la memoria, no como función sino como proceso, y postulan la visión sobre el funcionamiento del cerebro más en términos de su plasticidad. Esta idea ayudaría a comprender el uso diferente de las áreas del cerebro en determinados individuos, acorde con su historia particular. En el intento de localizar en el cerebro áreas específicas de su funcionamiento han visto que para cada una de las operaciones elementales de la memoria, se requiere de numerosas zonas interrelacionadas del sistema nervioso de una forma “infinitamente más compleja”, para lo que en ciencias sociales se conoce como memoria⁸⁵.

En esta mirada, el concepto de procesos de memoria da al traste con la idea de que los recuerdos pueden ser localizados en áreas específicas del cerebro, y da paso a la idea de que esos procesos son resultado de “una compleja articulación creativa de numerosos sistemas de memoria calificados por las neurociencias como olfativo, visual, gustativo, semántico, episódico, procesal, entre muchos otros, y que el número de esos sistemas crece exponencialmente a medida que crecen los trabajos de investigación”. Es a partir de esta idea que se dice que el recuerdo es una reconstrucción y no una reproducción (Feierstein, 2012: 24).

Siguiendo en esta línea, pensar el proceso de RSG, implica analizar los efectos de los procesos de memoria y representación en la constitución de identidades, teniendo siempre presente que estos procesos están atravesados por eventos traumáticos, en este caso, el tipo de afección emocional generado por el aniquilamiento sistemático de grupos de población. Para Feierstein no se trata de presentar una explicación desde una mirada neurocientífica de los procesos de memoria, sino de ponderar desde sus hipótesis, las distintas identidades narrativas de quienes nos relatan sus testimonios. Pero ante todo, desde mi perspectiva, en la medida que estos testimonios postulen la posibilidad de una política contrapuesta a la lógica de los perpetradores del genocidio reorganizador.

Desde esta posición Feierstein se lanza a decir que “La memoria y la consciencia no existen como tales, sino que son el producto de una construcción permanente e ininte-

⁸⁵ Feierstein considera fundamentales los trabajos de Kandel, Edelman y Changeux, entre otros.

rrumpida, resultado de la sorprendente plasticidad del funcionamiento cerebral”, y por lo tanto, y señala el diálogo con los planteamientos de científicos como Sigmund Freud y Jean Piaget⁸⁶. En el psicoanálisis se considera que el que sabe es el yo. El otro puede entender lo que rodea al yo pero no puede adquirir su punto de vista, y es en esa interacción donde se produce la conciencia. La conciencia para los neurólogos es un proceso mental o neuronal por medio del cual nos percatamos del “yo” y de su entorno.

Bartra nos recuerda que para Locke, la conciencia será entendida como “una serie de actos humanos individuales en el contexto de un foro social y que implican una relación de reconocimiento y apropiación de hechos e ideas de las cuales el yo es el responsable”. La manera en que Locke ve a la conciencia se acerca más a las raíces etimológicas de la palabra: conciencia quiere decir conocer con otros. Se trata de un conocimiento compartido socialmente. No obstante, para Bartra, al intentar desvanecer las redes culturales que envuelven a la autoconciencia se nublarían fenómenos que, siendo estrictamente neuronales, no pueden entenderse más que en un contexto más amplio. Bartra habla de una prótesis mental generada por un cerebro neuronal (Bartra, 2007:13-22).

SEGUNDA PARTE

1. Memoria y representación: la irradiación del terror

*Nosotros estamos matando gente, descuartizando mujeres y niños.*⁸⁷

Al tratar de dar cuenta sobre la representación del trauma social, hay que empezar diciendo que una de las nociones más generales nos remite a un conjunto de acontecimientos que marcan una sociedad y a una época desde los espacios comunes y públicos, que incide y tendrá consecuencias traumáticas en las personas. Para Vezzetti (2015), trauma es una noción eminentemente clínica, nacida de los saberes y las prácticas de la cura, en ámbitos específicos, la neuropatología y el psicoanálisis: “No hay saber sobre el trauma que no arrastre esa dimensión terapéutica, de tratamiento de los traumas sufridos, o de prevención de los traumas que puedan sufrirse en el futuro”.

⁸⁶ Aquí no reproduciré los detalles de esta discusión. No obstante, es recomendable la lectura de las páginas 24-39 del primer capítulo de la obra de Feierstein.

⁸⁷ Declaraciones de Efraín Ríos Montt al Latin America Weekly. 5/11/1982 (Duyos, 2020: 183).

Por su parte, Iglesias (2005) considera que el trauma social y la memoria colectiva están vinculadas de cara a la América latina post-dictatorial, sobre todo a partir de la década de 1980 cuando las dictaduras latinoamericanas decayeron “la mayoría sobre las bases de consensos entre las fuerzas dictatoriales y los negociadores políticos de corrientes democráticas”. Esas negociaciones, señala, tuvieron como puente a la fuerza de los movimientos sociales, misma que “no logró estar del todo en las transacciones hacia los procesos de transición”. O como bien apunta Jelin “Una vez instalados los mecanismos democráticos en el nivel de los procedimientos formales, el desafío se traslada a su desarrollo y profundización. Las confrontaciones comienzan a darse entonces con relación al contenido de la democracia.” En consecuencia, considera Iglesias, la justicia y la verdad no tuvieron un lugar privilegiado en los procesos denominados de “transición a las democracias”. No obstante, “la memoria colectiva ligada al trauma social tendrá varios componentes que abarcan también la memoria individual, incluyendo los espacios de la experiencia propia y ajena” (Iglesias, 2005: 169).

Vezzetti (2015), en su artículo *Memoria e imaginación histórica: usos de la figura del genocidio*, propone una indagación que ofrezca una mirada a las condiciones de su surgimiento, los problemas a los que se asocia y a los sentidos que arrastra. Su objetivo, explica, no apunta al trauma como acontecimiento sino como una formación de la memoria. De esta cuenta, su abordaje es útil en la medida que profundiza sobre los aspectos que mejor elucidan lo que emerge de los relatos en tanto memoria, y en todo caso sobre su valor político.

Una primera idea que tiene eco en mi propio trabajo es que Vezzetti parte del concepto de memoria como una “historia del presente” en un doble sentido: “porque se trata de un pasado presente en sus efectos, pero también (...) porque intenta estudiar una época a través su vocabulario”, así busca explorar el cambio desde los enunciados de una cultura del miedo en lo que llama “el primer pensamiento sobre los efectos de la dictadura, a las representaciones del trauma surgidas sobre todo a posteriori de los acontecimientos”. Lo que aquí cabe destacar es lo de esas representaciones a posteriori, porque se embonan muy bien con el concepto de realización simbólica en la medida que se trata de relatos que emergen en el presente.

Otra idea está en dos condiciones que a criterio de Vezzetti subyacen en los usos extendidos del trauma. En primer lugar, afirma “el relieve de las representaciones familiares en los crímenes sufridos, en desmedro de las formas más clásicas de la sociedad política” y en segundo lugar “las consecuencias de la derrota o el fracaso de las ilusiones revolucionarias” (intr. párr. 2). Considero que la lectura de los relatos hace posible observar que esas condiciones se ponen de manifiesto pues adquieren la potencialidad de exponer una serie de experiencias de orden familiar y van dejando al descubierto esas consecuencias como resultado de elaborarlas, bien como derrotas en la mayoría de los casos, o bien como fracasos en determinados pasajes.

Como hemos visto, se trata de un trauma vinculado a la violencia masiva del pasado, y es por eso que Vezzetti nos ayuda a mostrar como los términos genocidio y trauma guardan relación, en un nivel como acontecimiento y en otro nivel como los efectos en la memoria, es decir “de lo que persiste del acontecimiento en la experiencia”: “la distinción misma entre acontecimiento y experiencia es problemática para la disciplina histórica y para los estudios culturales. Pero está presente extensamente en las representaciones sobre crímenes masivos” (...) principalmente “cuando se trata de pensar el terror más allá de las víctimas directas, en sus efectos sobre la sociedad” (Vezzetti, 2015).

Vezzetti escribió que “El genocidio es al acontecimiento como el trauma es a la experiencia”, al tiempo que nos advierte que “no hay que apegarse a esa fórmula” en vista de que no es fácil separar ambas nociones. Se trata de una dificultad, señala, que aparece con la distinción entre trauma vivido y trauma histórico, un rasgo de ambigüedad que está presente en la categoría misma de trauma

que puede ser concebido como un efecto directo del acontecimiento (...) o que, como “trauma histórico”, corresponde a un segundo tiempo, un *a posteriori*, que tiene otra duración en la medida que puede ser considerado un fenómeno, o una perturbación, de la memoria (Vezzetti, 2015).

Estos planteamientos desde mi punto de vista, se entrelazan con la noción de irradiación del terror. El trauma como “choque” o conmoción es una consecuencia más o menos inmediata del “genocidio”; es concebido como un efecto de “irradiación” del terrorismo

de Estado. Vezzetti documenta las fuentes de esa idea: Carlos Rozansky, juez argentino; que a su vez la toma de Osvaldo Pavlovsky, dramaturgo y psicoanalista, creador del personaje *El señor Galíndez* de 1973, un torturador a quien se atribuye la frase: “por cada uno que tocamos, mil paralizamos de miedo. Nosotros actuamos por irradiación”. Esta irradiación lleva implícita la idea de propagación, que a su vez, viene del campo de la física que la entiende como “la emisión y propagación de una radiación, como la luz, el calor u otro tipo de energía”, y Vezzetti (2015, párr. 9) la utiliza en el sentido de “la transmisión o difusión de una emoción, el miedo”.

Miedo como categoría analítica adquiere relevancia en el análisis de Vezzetti cuando indica que no se utilizó el término trauma en el lenguaje de la política y el poder en los años setenta ni en la postdictadura sino “cultura del miedo”, precisamente en diversos trabajos sobre la violencia social y la represión estatal argentina y en experiencias similares. Para el caso de Guatemala es ineludible traer a la memoria el trabajo que elaboró Figueroa (1990). El miedo, argumenta Vezzetti, remite a “la idea de un efecto emocional o subjetivo, más o menos inmediato, que se explica mayormente por el acontecimiento que lo produce”, mientras que

El trauma como patología de la memoria social y política amplía y diversifica esa fórmula inicial que descansaba sobre la eficacia directa del miedo. Hay algo que perdura del pasado, que hace surgir otra complejidad del lado de los sujetos implicados. Sobre todo, porque si se habla de “trauma histórico” ya no se trata de las víctimas directas (de los que han sido detenidos, torturados, obligados al exilio) o de los familiares y allegados que han sufrido pérdidas y sufrimientos, sino de las experiencias (o si se quiere, de las alteraciones de la experiencia) y de las memorias intensificadas o alteradas de la sociedad (Vezzetti, 2015: párr. 10).

Del miedo al trauma hay un desplazamiento, escribe Vezzetti: “el miedo es una emoción o una pasión eminentemente política, extensamente incorporada al pensamiento moderno sobre el poder”, que postuló “una relación directa entre el miedo y el despotismo”, en cuya exploración, afirma “el miedo no es simplemente una respuesta emocional inmediata a un peligro externo”. Esto le llevará a decir que el miedo, asociado a la culpa y al sentimiento de pecado “arraiga en planos profundos, estructurantes de la subjetividad” (párr. 11).

El autor reconoce que su artículo excede ese desarrollo, pero quiere dejar claro que la categoría miedo para analizar la violencia en las ciencias sociales ha estado presente desde la segunda mitad del siglo XX, por lo tanto, es previa a las dictaduras. Desde mi óptica, concuerdo con que el desplazamiento no es una anulación de otros abordajes o su superación, por el contrario, permite ver que la categoría trauma, revela aquello que deja una huella o un trazo y que el foco analítico se desplaza del acontecimiento a esas huellas y sus efectos.

Lo importante en estos análisis es que esa cultura del miedo no era concebida simplemente como un efecto de las violencias estatales sino que formaba parte de las condiciones previas, en la sociedad, de los regímenes de la dictadura. El miedo se asociaba con las demandas de orden y seguridad. Y justamente, en la experiencia argentina y chilena al menos, los jefes prometían el orden frente al caos, la violencia política y el derrumbe económico de la sociedad. Ese análisis político y cultural del miedo no se agotaba entonces, en el cortejo sintomático de las emociones paralizantes o el terror, era concebido como un ingrediente positivo de la conformidad o la obediencia a un orden autoritario (Vezzetti, 2015: párr. 12).

En el caso guatemalteco esas promesas de acabar con el caos fueron la bandera de las dictaduras y, al igual que en las experiencias argentina y chilena, terminaría reproduciendo miedos ominosamente superlativos. Un aspecto que debe ser resaltado en este sentido es lo que O'Donnell (1983) llamó *soltar los lobos en la sociedad*, es decir, estimular violencias y despotismos en diversos ámbitos sociales que corrían por cuenta ya no únicamente de las fuerzas militares o policiales sino de dirigentes y jefes civiles. Para Vezzetti la importancia de este abordaje radica en que permitió revelar dimensiones más subterráneas de las violencias y los crímenes estatales: “permitía incluir en el análisis riesgos y comportamientos de la sociedad y plantear la cuestión de sus responsabilidades. Con “trauma” (...) el peso de la experiencia se descarga sobre una violencia externa a la sociedad, que la sufre como una pura víctima”.

La significación del trauma queda contenida en las secuelas de los daños sufridos por los niños, sus padres, sus abuelos, asociado a procesos de pérdida, duelos, en la trama de los fantasmas familiares. Puede decirse que a partir de esa narración condensada de las lesiones y los sufrimientos hay una idea y un trabajo sobre el trauma que se transpone de la es-

fera de la familia a la esfera de la sociedad. Es decir, que cuanto más se insiste en la figura del “trauma histórico” para relatar y dar sentido a los efectos y consecuencias colectivas de violencias y crímenes, más se asimila la sociedad a una suerte de familia ampliada (Vezzetti, 2015: párr. 14).

A partir de estas ideas Vezzetti indaga en otras formas de trauma social vinculadas principalmente con la nación. Lo que destaca al final y que atañe adecuadamente para mi proyecto es que los síntomas de ese trauma no son del orden de la parálisis o la amnesia: “promueven una acción y ciertas prácticas; la herida o la derrota insiste y vuelve en la conmemoración o en el relato histórico o literario”, es decir, perduran y producen efectos en la memoria y el presente. “No responden sólo ni directamente al terror de Estado o a la guerra externa sino a ‘comportamientos sociales y políticos antagónicos frente al conflicto’” (párr. 30). De ahí que Vezzetti proponga como conclusión, que trauma pueda ser incorporada como una herramienta entre otras “disponible para el análisis de los fantasmas de la violencia y el antagonismo presentes y activos en la sociedad”:

la escena de la guerra interna puede ser señalada (...) como un núcleo duro de eso que se implanta, se entierra puede decirse, e insiste en la repetición tanto como en las narraciones que buscan conjurarlo. Y vuelve, hacia el presente, en síntomas diversos en la escena social. Si hay que buscar una justificación conceptual para reemplazar o ampliar el recurso más clásico al miedo como pasión política, la figura del trauma como indicador de una alteración aplicada a la experiencia colectiva ya no podría entenderse simplemente como la expresión de una fractura externa a la comunidad política (Vezzetti, 2015: párr. 31).

En este punto parece pertinente plantear que esa idea de la *familia ampliada* puede ser pensada como parte de un proceso de elaboración. Lo que se narra en esas interacciones hace posible vislumbrar una forma de relacionamiento en donde el sentido de las identidades narrativas busca su propio sentido en el presente y por lo tanto, permite elaborar precisamente, un relato con un núcleo político por excelencia. Ahora lo que propongo es sumergirse directamente en la lectura de nuestros dos primeros relatos.

1.1 El ejército empezó a tirarnos bombas

Me llamo Diego Rivera Santiago y tengo 67 años de edad (1955). Soy de Santa María Nebaj, departamento del Quiché. Soy ixil, hablo idioma ixil⁸⁸. Soy campesino, católico, gracias a Dios también tengo experiencia en organización social. Fundé la organización Movimiento de Víctimas Integral para el Desarrollo Norte de Quiché, y trabajo la parte del acompañamiento de las víctimas sobrevivientes del conflicto armado interno. Mi acción con el grupo es investigación y acompañamiento de víctimas sobrevivientes. También realizar exhumaciones e inhumaciones de personas que fueron masacradas por el ejército durante el conflicto armado interno.

Yo le cuento de mi vida

Yo fui adoptado por mi abuelo. Crecí con mis abuelos en una aldea que se llama Canaquil. Antes del conflicto yo vivía con mis abuelos porque ya eran grandes, y vivían solos los dos. Por eso mis padres me enviaron a vivir con ellos. Así viví hasta que cumplí dieciocho años y tuve mi esposa y empecé a tener mis hijos.

Recuerdo la masacre en la parte de la aldea Canaquil⁸⁹. Yo tenía como 23 ó 25 años... Fue horrible, porque la guerra, no sabe uno de dónde vino, quién y cómo es que motivaron a la gente, porque eso es un conflicto muy duro para personas, grupos y comunidades. Yo lo vi, una masacre en la aldea Canaquil, mi aldea. Cuando surge el conflicto armado interno nos desplazamos y en ese proceso, cabal lo vi, cuando el ejército bombardeaba las aldeas, las comunidades, salían a perseguir a la gente. Entonces yo me escondí en el bosque con mi familia, en un cerro y... después mirando para abajo, cuando el ejército y paramilitares se desplazaron en esa aldea, agarraron a la gente, los amontonaron en una casa. Como ya los tienen golpeados... fusilaron a la gente. Entonces hicieron la masacre, o sea matar a una cantidad de 26 personas.

Y cuando regresó ya el ejército, vi desde lo alto del cerro para abajo, que había mucho polvo y están quemando la casa. Subieron la troja del maíz⁹⁰, y yo lo vi, para abajo, que está saliendo mucho humo. Y cuando los masacraron, la gente gritaba, los niños gritaban... la gente. Y en la mera tarde, lo vi cuando el ejército ya se retiró, entonces subimos con otros compañeros jóvenes y después que bajamos el cerro, y llegamos en el punto y muchas personas están ardiendo en el fuego. Ahí amontonaron tablas de madera encima de los muertos, les prendieron fuego. Y llegamos con mis compañeros jóvenes a apagar el fuego, pero ya no aguantamos, empezamos a llorar bastante, nos metió mucho miedo y nos fuimos. Y como sabemos que la gente estaba escondida en un lugar y fuimos a buscar al pueblo, para que vengan a ver que ya está muerta la gente. Algunos se animaron para venir a ver, y cabal están muertos, mucha gente. Una señora dando el pecho a su bebé, seguramente estaba llorando, cuando llega el ejército, los mataron y quedaron prensados, el bebé en el pecho de la madre. Es así como se quemó el cuerpo, y pura grasa le está saliendo a los muertos, y quedó el bebé quemado con su mamá. Eso ya no aguantamos y fuimos a avisar a la gente que suba a ver, y los enterraron en ese lugar.

⁸⁸ Su segundo idioma es español, en el cual se desarrolló la entrevista.

⁸⁹ Se refiere a los hechos ocurridos el 25 de marzo de 1982 en dicha aldea. Véase: SENTENCIA C-01076-2011-00015 Asistente 2°. Guatemala, 26 de septiembre de 2018. Páginas 12, 30-32, 47-48.

⁹⁰ Granero.

Allí nace la idea de formar una organización, para darle seguimiento a las investigaciones y hacer las exhumaciones como lo piden los familiares sobrevivientes. Esa es la forma que estoy trabajando. Nosotros no hacemos la exhumación sino que buscamos a las instituciones que su misión es hacer el trabajo de exhumación, por ejemplo, la (Fundación de) Antropología Forense de Guatemala (FAFG)⁹¹. Esa institución es muy fuerte. Ellos son los que exhuman los restos.

Y la otra masacre que realizó el ejército de casi 90 personas, los masacraron en una aldea que se llama aldea Tu Chabuc⁹². Eso ya se exhumó. En ese lugar, nos informaron, eso ya no lo vi, sino que otras personas lo vieron, que los mataron. Aunque ellos eran muy religiosos, muy evangélicos... el ejército agarró a la gente, los amontonaron en una iglesia evangélica. Ellos pensaron que por ser muy religiosos, el ejército no iba a masacrarlos. Pero todos fueron masacrados en la iglesia. Les prendieron fuego, y los dejaron en un hoyo que estaba en esa aldea. Entonces es la forma que sufrió... que sufrimos nosotros los pueblos en Guatemala, no sólo aquí, en otros lugares. En Guatemala hubo muchas masacres, muchas personas desaparecidas.

Yo soy sobreviviente porque logré escapar con mi familia, pero no mi suegra y un conuño que trataron de desplazarse a un lugar de Nebaj, que es Chajul. Chajul cuenta con mucha extensión de tierra, muchas montañas que fueron las que protegieron a mucha gente. Para allá iban mis familiares, pero tenían que caminar horas, días, para llegar al punto, porque hay mucho control militar, hay mucho miedo. Cuando iban a cruzar un río que se llama Xalbal⁹³, en la parte de Chajul. Entonces los alcanzó el ejército, ahí los masacró, y los tiró en el río, entonces nunca apareció. Tampoco pudimos venir a buscar, a rescatar los restos, no podíamos porque estaba bajo control militar y paramilitar en ese tiempo, en 1982 fue eso. Tenía yo 24, 25, o 26 años.

Retornar al pueblo

Mis padres nacieron en Nebaj y nunca salieron, se quedaron resistiendo aquí. Pero su situación fue diferente, porque yo fui perseguido, y nos escondimos en la montaña. Hasta cuando se firmaron los Acuerdos de Paz, retorné a mi pueblo a los... 40 años, 42, 43 años, y ahí vi a mis padres. Ellos saben que en el pueblo hubo masacres, hubo secuestro de personas y desaparecieron muchos, ellos lo vieron, en el municipio, así fue.

No hablé de esto con mis abuelos porque fallecieron en 1977, antes del conflicto. El conflicto armado interno comenzó en 1980, tal vez, 1979, no recuerdo bien... ya había... gente sospechosa que vemos que pasan así, de plano es de la guerrilla, pues pasaban, pero en los años 80, el ejército empezó a tirarnos bombas. Y yo quedé solito ahí con mi esposa y mis dos hijos, cuando ya surge el conflicto armado interno. Ya no pude retornar al pueblo porque había control militar y había mucho miedo pues ya vimos que el ejército mataba, masacraba. Pensé que nunca regresaría al pueblo y me refugié en la montaña con mi familia. Eso sí, sufrí mucho, pero gracias a Dios, tuve la vida, la suerte... Actualmente estoy en mi pueblo. Algunos de mis nueve hijos viven en Estados Unidos.

⁹¹ Véase: <https://fafg.org/home/>

⁹² Véase: SENTENCIA C-01076-2011-00015 Asistente 2°. Página 49.

⁹³ Según Falla (2022), en Xalbal, “el ejército fue matando casa por casa, en cadena, no al grupo cercado. La comunidad se había ya dispersado. No la pudo cercar. Estos hechos nos hacen pensar en la definición de genocidio. La destrucción del grupo no tiene que ser total para darse el genocidio. Puede haber una intención de totalidad, pero su realización ser imposible, entonces la destrucción es parcial.”

Con mis hijos hablo

La memoria histórica es mi trabajo. Antes del conflicto armado interno éramos pobres, pero vivíamos en terrenos propios, casitas propias, y las casas estaban dispersas⁹⁴, cada quién vivía en su lote de terreno, en sus lugares que le pertenece a cada familia, distanciadas las casas. Pero ya durante el conflicto armado interno, nos persiguió el ejército, y por el miedo que vimos me retiré, y no solo eso, muchas familias se retiraron, nos escondimos y esta experiencia que yo tuve es parte de la memoria histórica y eso también a mis hijos, mis hijas, también les estoy inculcando porque nadie puede decir que la guerra fue muy buena.

La guerra nos golpeó duramente, no solamente perdimos familiares, amigos, conocidos, sino que nos dividieron totalmente, muchos vivieron en los pueblos, y muchas familias se dispersaron en las comunidades, en las montañas, para defender la vida, y eso mis hijos y mis hijas, saben lo que es la memoria histórica porque es parte de la verdad. El interés que muestran mis hijos en estos temas es variado. Los mayores lo creen, pero los últimos hijos... porque unos lo creen y otros no lo creen porque nunca lo vivieron, pero nuestros familiares, nuestros hijos, saben que realmente somos sobrevivientes, pero gente que nunca vio no lo cree, los que no salieron, pues. Por ejemplo, los familiares de los militares, nunca creen que hubo conflicto. Por eso se califica que fueron en parte enemigos del pueblo, porque ayudaron al ejército.

Sobrevivir fue muy duro

Sufrimos mucho porque no se sabe en qué momento el ejército puede llegar, y uno tiene que estar listo. Ni para sembrar la milpa (da tiempo), porque llega el ejército a cortar la milpa, roban las cosechas y dejan a uno sin la comida y ahí no hay donde quejarse, sino que así... así pasó en este tiempo pues. Llegó un momento que nos tocó sembrar nuestra milpa por las noches. Cuando hay luna sembramos milpa en lugares donde pensamos que menos llega el ejército, algunos lo lograron y otros no. Entonces para la comida lo que ayudó mucho en la resistencia fueron los camotes, la yuca, la malanga, que son productos que son raíces de planta y con eso vivimos. Mis hijos lo saben porque ya eran niños en ese tiempo, vieron, sufrieron, porque tampoco fui capaz de dar estudio a mis hijos, porque ya no hay escuela, no había posibilidad porque lo que había era miedo y terror. Por eso no logré darles lo que necesitan mis hijos.

Apenas aprendí a leer un poco. Mi abuelo me dio la oportunidad de que estudiara dos años en la escuela, la primaria, castellanización en primer grado, y ya. Por interés propio llegué al segundo grado de primaria, ya leía y puedo leer y escribir un poco. Una tarde, seguramente mi abuelo me está evaluando, saca unos papeles: “léete el papel”, me dice. Empiezo a leer y cuando ve que ya puedo leer, “aquí nada más” me dijo, “ si usted va a estudiar más se convierte en perezoso, ya no vas a querer trabajar”, me dijo, y por respeto ahí me quedé.

Ya después de la firma de los Acuerdos de Paz, yo vine a mi pueblo, en Nebaj. Así estudié la alfabetización y saqué mi sexto grado de primaria, nada más. Ya no seguí, porque ya con hijo, ya con necesidades, decidí ya no seguir, pero gracias a Dios, porque al retornar a mi pueblo yo fundé la organización de desplazados aquí en Nebaj, y eso me ayudó mucho para tener conoci-

⁹⁴ La ruptura del patrón de asentamiento tiene una gran relevancia en términos del lazo social y en la lógica concentracionaria. Véase: *Guatemala: violencia medioambiental 2011-2017*. Forensic Architecture, hacia una ética investigativa, 2017.

mientos, amigos, a conectar con instituciones nacionales e internacionales, hacer diplomados en la Universidad Landívar y saqué un curso de diplomado en salud mental. Por su línea de acción, ahora nuestro trabajo es la memoria histórica, la verdad, la justicia y no repetición, porque lo que pasó, uno es parte de la historia que lo vio, lo vivió, sufrió uno, durante el conflicto armado interno. Por eso, la verdad, la gente da la verdad, sus razones, porque sufrieron, y piden justicia sobre los responsables de las masacres, principalmente militares y algunos paramilitares.

Yo no participé con las PAC

Yo nunca, nunca, nunca, porque yo me desplacé a la montaña, y como uno no sabe quién es el dueño de la guerra, lo único que yo me di cuenta, ya después, es que la guerrilla pasaba y nos daba la información. Eso sí puedo decir que nos ayudaron para defender la vida, información nada más, nos meten el miedo, y eso sí lo vimos algunos. Después me di cuenta de que quienes colaboraron y participaron son parte del pueblo, eso sí me di cuenta. También de alguna manera yo colaboré porque no queda de otra, y yo entendí también la lucha de la guerrilla para defender al pueblo, para defender la vida, dar la vida, que es diferente al ejército. Por eso nunca formé parte del ejército ni de los paramilitares.

Después me alejé de la guerrilla. Yo colaboré un tiempo porque ya no hay salida. Pensaba que si ellos me ven en el pueblo me van a matar. Me quedé pero sentía que allí hay peligro, porque según dicen, también la guerrilla, que si la gente se opone (a la guerrilla) entonces lo matan a uno, ese es el temor que había, en las dos fuerzas, quedamos en las dos fuerzas. Por eso es que mucha gente colaboró, dieron un año, dos años, o dieron alguna colaboración de comida, es lo único pero (la guerrilla) no nos piden, no nos quitan, pero defendieron a la gente.

Por los años 1991-1993, todavía había peligro. Durante esos años, fue duro por las masacres, no solo en los lugares que yo ya mencioné, sino que según dice el estudio del REHMI, y de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, hay como 140 comunidades donde se sufrió con las masacres y la persecución militar.

La memoria como derecho

Es un derecho que se conozca. Eso es un derecho, pero al mismo tiempo hay que despertar el conocimiento de la juventud para que se conozca porque violaron nuestros derechos, tenemos el derecho de exigir justicia contra los responsables de todo lo que pasó, y tenemos otro derecho de reparación. Según los Acuerdos de Paz, quedó plasmado que el Estado de Guatemala tiene que reparar los daños que ocasionó el Estado mismo. Es parte de la lucha que estamos inculcando y esa lucha también sigue en marcha.

La otra parte es la reparación y la no repetición, para que no se vuelva a dar. Es esa la idea de que mis hijos y los grupos organizados también saben, que es una necesidad. Le cuento que como parte de esto, ayer estuvimos en la capital⁹⁵, presentamos un amparo contra el presidente (Alejandro) Giammattei, contra el Ministerio de Desarrollo (MIDES) y contra (el Ministerio de) Finanzas, porque se firmaron los Acuerdos de Paz pero no se ha logrado su cumplimiento. Hay un Programa Nacional de Resarcimiento (PNR) que se instaló, pero muy poco es lo que se ha alcanzado. Llevamos más de dos años que quedó paralizado (el PNR) y que el gobierno no está

⁹⁵ La entrevista se realizó en julio de 2022.

dando cumplimiento. Por eso nosotros presentamos un amparo ante la Corte de Constitucionalidad, ayer. Esa es la lucha que estamos llevando a cabo.

La mayor parte de la juventud no sabe de estas cosas. Sólo los que están organizados lo saben. Yo sé que la reforma educativa quedó dentro del acuerdo de paz, que cada establecimiento (educativo), cada nivel, tiene que tomar parte de la memoria histórica para inculcar en la juventud, a los alumnos y documentar todo de la memoria histórica que hay que dar a conocer no sólo a la juventud, sino a todas las personas que les interesa. Entonces eso quedó, pero no se ha cumplido, no se cumple. Todos los sectores organizados saben mucho y los que no, es porque la educación no le da mucha importancia a la memoria histórica. Eso pasa porque la mentalidad capitalista (de la juventud) cree que con esa ideología puede vivir, se puede resolver, y también piensa que no hubo necesidad. Pero hay necesidad, por eso es que yo dije que la reforma educativa es uno de los temas que quedó en los Acuerdos de Paz.

Y lo otro son los derechos de los pueblos indígenas, la identidad de derechos de los pueblos indígenas. Eso quedó dentro de los Acuerdos de Paz. Lo otro es sobre el tema agrario, porque por el conflicto armado interno muchas de las familias perdieron sus tierras, y muchas tierras fueron ocupadas también, ilegalmente, por algunos patronos en la región. Hay muy poca tierra, y la tierra donde vivimos es el altiplano del país, de mala calidad. A pesar de eso, los patronos usurparon varias tierras, y las tierras que son ejidos municipales, también la tomaron los patronos. Y muchos que han logrado rescatar, están en proceso de rescate, esa es la causa del conflicto armado interno.

Pensar en el juicio por genocidio

Para mí y para nosotros fue un logro histórico importante, porque a pesar que no somos profesionales de altura, manejamos nuestra memoria histórica, nuestro derecho, nuestra realidad, y la justicia es la parte importante, porque se logró que enjuiciara a Ríos Montt, a Benedicto Lucas García⁹⁶ entre otros militares y paramilitares. Hay como 25 personas responsables de la masacre, de los hechos, que están encarceladas en este momento en Guatemala. Es producto de la lucha, de la capacidad del pueblo, es parte del derecho, del reclamo de la justicia. El desplazamiento forzado que provocó el conflicto armado interno fue duro, y por eso en Guatemala nunca se progresa, porque durante los años de desplazamiento perdimos parte de nuestra economía, nuestra capacidad y fue una dispersión. Este es uno de los problemas que nos causó: un millón y medio de personas desplazadas⁹⁷.

Muchos retornamos a nuestro pueblo, y a otros lugares, porque hubo una población en resistencia, de la que fuimos parte. Y (algunos) ya no fuimos, en mi caso ya no fui a las nuevas tierras, porque, por ejemplo, en las tierras de la costa sur hay varios asentamientos, varias fincas que se compraron para la reubicación de la gente. En mi caso mis padres... mi abuelo, me dejó un poco de terreno aquí. Yo logré reconocer mi terreno, porque tenía mi casa, una mini casita, en el centro de Nebaj, pero mis meros padres pensaron que ya no iba a regresar, y lo heredaron a un mi hermano menor. Cuando yo retorné, estuve confiado, con mi mujer, que iba a vivir en mi te-

⁹⁶ Hermano de Fernando Romero Lucas-García, presidente de Guatemala entre 1978 y 1982, ambos involucrados en la masacre de Panzós, en Alta Verapaz en 1978.

⁹⁷ Véase: CEH (1999). *Agudización de la Violencia y Militarización del Estado (1979-1985)*, edición en línea.

rreno, pero el terreno ya tenía otro dueño. Eso es solo un pequeño ejemplo, pero mucha gente perdió el derecho de la propiedad, provocado por el conflicto armado interno.

Sanar el sufrimiento social

El desplazamiento no solo afecta lo económico. También psicológicamente a muchas familias que perdimos la capacidad, la energía, el valor, por el miedo. Por eso en la organización que estoy trabajando, estamos tomando en cuenta la atención psicosocial a los familiares. Porque es una necesidad para recuperar el valor que perdimos por el conflicto armado interno. Muchas familias por el trauma, perdieron sus capacidades, su energía. Entonces hay que ayudar y retomar para que recuperen su capacidad propia de cada uno, de los hombres y las mujeres. En el tema psicosocial vemos la necesidad de reforzar la capacidad de cada uno de las personas, es un trabajo muy, muy importante para nosotros.

Cuando retornamos tuvimos mucho miedo. No nos sentimos bien. De eso se trata el tema psicosocial. En el caso de la juventud, en la que hay suicidios, yo creo que eso es parte de conflicto, porque pienso que después de la firma de la Paz, regresaron unos (y encontraron) mucha pobreza, mucha desigualdad y no miran alternativas. Lo que había era mucha drogadicción, muchos que toman el guaro, que fuman el cigarro. Y con eso pierde uno el respeto, la capacidad y no mira la perspectiva de un cambio real. Eso es lo que está pasando, porque aquí la pobreza la trajo el conflicto armado interno, mucha pobreza, es la causa de eso.

Y lo otro es la migración, mucha migración. En mi caso, yo tengo dos hijos que están en el norte. Uno vive en Virginia, trabajando en construcción, el otro vive en Kentucky, en un restaurante. Yo nunca quise que vayan porque no es fácil soltar un hijo que esté dispuesto a estar lejos mucho tiempo, y uno no sabe uno como viven, como están y ese es el problema. Pero como los niños deciden, se fueron, y es malo porque abandonan la familia. Lo bueno es que estoy alegre porque mis hijos fueron allá a trabajar. Dicen que en Guatemala hay subdesarrollo, pero el desarrollo no lo da el Estado, lo logra cada joven, cada familia, han luchado, arriesgado la vida, y han logrado hacer buenas casas, compraron terreno, otros negocios... eso gracias a la migración. Eso es lo que puedo decir al respecto.

1.2 Nosotros no nos entregamos

Mi nombre es Mario Chocoj Chávez. Nací el 25 de octubre, tengo 60 años (1962). Vivo en el municipio de Chajul, en el departamento del Quiché. Soy maya hablante ixil. Actualmente trabajo como maestro. Durante el conflicto armado interno perdí tres hijos. Mi suegro, mi cuñado y un sobrino murieron baleados. Los otros familiares murieron de hambre. No teníamos comida. Ahora tengo tres hijos que nacieron antes de la firma de la Paz.

Mi historia personal

Durante el conflicto armado interno, yo estuve cuando empezó la violencia, yo tenía diecinueve años. Nosotros fuimos afectados, especialmente en la comunidad donde estábamos fue afectada totalmente porque vivíamos en una aldea que se llama Xaxmoxan⁹⁸, de Chajul, que está como a

⁹⁸ Véase: SENTENCIA C-01076-2011-00015 Asistente 2°. Páginas 248-250.

diez kilómetros de esta comunidad actual (Santa Clara)⁹⁹. Yo era joven todavía, tenía 19 años, y ya tenía mi esposa. Al principio todo era muy tranquilo, porque el ejército empezó a obligarnos de sacar una tarjeta que se llamaba Tarjeta Militar. El ejército empezó a exigir eso a cada persona. Quien no tenía delito, pues iba a sacar eso, y el que tenía miedo pues no lo iba a sacar, pero ¿qué es lo que decía el ejército allá? “Porque tiene delito, por eso tiene miedo de venir aquí al municipio. Entonces obligatoriamente tiene que sacar esa Tarjeta Militar”, decían ellos. Solo por eso empezaron a golpear a muchos amigos, a muchos familiares. Cuando a ellos los encontraban el camino, pedían la cédula de vecindad, pedían el boleto de ornato¹⁰⁰ y pedían la Tarjeta Militar. Y el que no tenía esa tarjeta, pues allí es donde ellos lo golpeaban mucho e incluso, dejaban medio muerto. Esto fue al principio de 1980.

A mediados de 1980, empezaron a hacer secuestros. Sacaban gentes de noche. Cuando amanecía ya estaban las personas en las calles, ya acuchillado. Degollaban a las personas, prácticamente ellos los mataban con cuchillo. No usaban balas, lo que ellos utilizaban era cuchillo para matar a la gente. Y luego, a finales de 1980, también surgió la organización de los campesinos¹⁰¹, donde ellos defendieron la vida, y quisieron ayudar a la población que estaba sufriendo esas torturas de parte del ejército. Y entonces lo que ellos decían mejor es salir de la casa, retirarse un poquito, retirarse de la casa para que así, vamos a lograr nuestra vida, porque así nos vamos a terminar, hay muchos vecinos que ya mataron y ya no hay dónde ir. Ellos piensan que todos somos guerrilleros, pero la verdad no somos guerrilleros sino que eran imaginaciones de la gente: el que no tenía esa tarjeta es porque es miembro de la guerrilla. Pero en ese tiempo no mencionaban guerrilla, sino que mencionaron subversivos, así le decían a la organización de la población, a eso le llamaban subversivos. A través de esa organización muchos se retiraron a los bosques, se alejaron, se trasladaron a otros lugares donde ellos pensaban defender la vida.

Pero ¿qué es lo que decía el ejército? Si ya no está la gente en la casa, decían ellos, es porque son guerrilleros, subversivos. Entonces ellos (el ejército) empezaron a quemar las casas, empezaron a hacer algunas destrucciones allí. Y preguntando a los vecinos, “dónde anda el otro vecino que estaba a la par o que estaba cerca, ¿dónde están? Nos tienen que decir”, decían ellos, así empezaron asustar a la gente, pero yo fui un poquito cuero¹⁰², yo no quería salir de mi casa, yo sabía que no tenía delito, no tenía ningún temor ante el ejército, porque no debo nada ni estoy organizado en otro grupo, ni estoy hablando con otras personas más, sino que yo, confiadamente quería estar en la casa. Pero ¿qué es lo que pasó? Ya, en 1981, el ejército se lanzó más con su ofensiva digamos, porque ya no sólo secuestraban sino que ya empezaron a hacer masacres completamente a grupos de personas. En esa comunidad en donde estamos, no había ejército todavía, pero en otra aldea que era la finca La Perla¹⁰³, que hoy ya es una aldea, allí estaba el destacamento del ejército. Entonces de allá venían a secuestrar y a golpear a la gente.

Como matar a un animal

⁹⁹ El municipio de Chajul mide 1,523 km² (la capital de Guatemala mide 220 km²).

¹⁰⁰ Es un arbitrio que se paga a la municipalidad de cada ciudad en Guatemala anualmente.

¹⁰¹ Se refiere a la entonces nueva organización popular en el Occidente del país: el Comité de Unidad Campesina (CUC), un grupo multiétnico que se hizo público en 1978, bajo la consigna “Cabeza clara, corazón solidario, puño combativo”. Fue el CUC quien en 1980, quien informó de la represión rural en la capital guatemalteca.

¹⁰² Renuente.

¹⁰³ Se han exhumado personas enterradas en esta finca. Véase: Exhumación en finca La Perla, Chajul, Quiché: <https://www.facebook.com/watch/?v=344894840843103>

Recuerdo muy bien que el 23 de marzo de 1981¹⁰⁴, hicieron la gran masacre de cuatro a cinco comunidades de allí, de la comunidad donde estábamos, de Xaxmoxan, la Finca Caracol, Finca Escondida, algunos de Covadonga y la Finca Estrella. En esa finca que se llamaba La Estrella, allí reunieron a toda la gente que estaba en las aldeas circunvecinas de esa finca. Ellos reunieron a toda la gente en una madrugada, el ejército apareció allí cerca de la población, y reunieron a toda la gente. Mandaron a los auxiliares, mandaron al alcalde a reunir a toda la gente. Decían ellos que iban a realizar una reunión, iban a hacer una actividad, una fiesta muy grande. ¿Pero qué fue lo que pasó ahí cuando reunieron a toda la gente de las cuatro comunidades alrededor de La Estrella? A eso de las nueve de la mañana empezó la masacre de esa gente donde murieron 96 personas, campesinos, eran puros hombres. Entre ellos habían trabajadores de la finca Escondida, habían trabajadores de la finca Caracol, también campesinos de la aldea Xaxmoxan, de la finca La Estrella y algunos de Covadonga. De ese lugar eran las personas, y empezó la balacera a eso de las diez de la mañana. Pero antes de todo eso, ellos reunieron a la gente y a todos los hombres los metieron en una iglesia, y las mujeres las reunieron aparte, en otras casas, ahí cerca de esa iglesia. Entonces a eso de las nueve de la mañana empezó la balacera.

Vaya que cabalmente nosotros con mi familia ya habíamos salido y ya habíamos retirado. Estábamos ya en esta aldea donde estamos ahorita que se llama Santa Clara. Lo que pasa es que anteriormente esta comunidad estaban casi dispersas las casas, porque no había ningún centro juntos, sino que estábamos en las parcelas, cada quien vivía en su lugar y teníamos una distancia larga. Entonces nosotros nos retiramos de la aldea Xaxmoxan y llegamos a vivir a un pedazo de terreno que teníamos, ya aquí de parte de Santa Clara. Ahí estábamos cuando murieron los hermanos, 96 hombres, solo los hombres murieron.

Ahora, a las mujeres no las mataron sino que sólo las reunieron y las llevaron al destacamento de La Perla, y a algunas las pasaron a dejar en otra finca que se llamaba Covadonga. Allí quedaron las mujeres. Cuando escuché que habían hecho esa masacre, ahí es donde me agarró el temor y tuve que retirarme, porque escuché que el ejército no preguntaba si tenía uno papel o no tenía papel, si en algo había participado. No, el ejército no preguntaba, lo que hacía era reunir a la gente y matar, como matar a un animal, así era ya la forma de ejército.

Entonces, por eso, fuimos obligados a retirarnos o a desplazarnos a las montañas de este lugar que se llama Santa Clara, porque aquí este lugar es amplio. Esta comunidad cuenta con 85 caballerías de terreno, entonces es amplio y no había tanta gente. Aunque sí había algunos habitantes, teníamos ya algunos pedazos de terreno ahí agarrado, pero éramos muy pocos. Toda esta parte era puro bosque, era bien cerrado, no había camino, no había gente aquí. Por esa razón tuvimos que retirarnos a esta parte. Pero ya en 1982, el ejército se vino acercando más, porque aquí en este lugar, se refugió mucha gente que venían del municipio de Chajul, de Nebaj, de Cotzal, de Sacapulas. Incluso gente de Huehuetenango venían. Entonces aquí se reunió mucha gente, hubo mucha gente que defendió la vida ante el ejército.

Organizarnos

¹⁰⁴ Aunque Chocoj refiere ese año, los hechos en la finca La Perla ocurrieron en 1982. Cft. Caso ilustrativo No. 60 y 61, CEH, 1999.

En ese tiempo estuvimos más organizados, entre tanta población que estaba aquí, empezamos a organizarnos. Cada vez cuando el ejército venía ya desde las aldeas antes mencionadas, de Xaxmoxan, de la aldea Chel, cuando el ejército venía allí, pues nosotros nos quedamos escondidos entre el huatal¹⁰⁵, ya para unos dos o tres días sin moverse allí. El ejército pasaba por el camino, porque anteriormente el ejército sólo caminaba por los caminos. Ellos no se metían en el huatal, sino ellos venían por todo el camino, entonces damos cuenta cuando el ejército venía ahí, a unos cinco o seis kilómetros de nosotros, y nos escondíamos porque ya había una organización entre nosotros, donde controlamos todas las entradas, porque como decía yo, que aquí donde estamos es amplio este lugar. Además nos organizamos y así pudimos vivir. Empezamos a sembrar milpa, malanga, camote, yuca, caña, para poder vivir, porque en ese tiempo ya no había maíz. Habían otras aldeas aquí cercanas que se llaman Amajchel, aldea Kabaj, aldea Xicucyeu, pero como era poca la gente, nos vendieron maíz, pero era muy poco, y ahí es donde el maíz se terminó.

Tiempo de hambre y muerte

Ya en 1983 empezó un gran hambre aquí, ya no teníamos comida, ya no había maíz, sólo vivíamos de pura hierba y se acabó la sal también, ya no había sal, ya solo vivíamos de pura hierba, así nada más, en vez de tortillas. Solo comíamos hierba sin sal. Aquí hay otras plantas que se llama pacayas, y con esas plantas también pudimos vivir. Una sola pacaya al día y así pasábamos el día completo. Pasábamos días completos con nuestros hijos. Yo ya tenía dos hijos en 1983. Yo ya tenía mis 22 años. Teníamos mucha lástima por los hijos, no solo los niños, sino que también yo tenía familiares, tenía sobrinos, y más los que siguen, lloraban de hambre. Pero no hay dónde ir a traer maíz. Muchos se murieron en ese tiempo. En 1983 hubo mucha gente que murió de hambre, porque ya no tenían comida. Se desmayaron, se secaron directamente por el hambre. Ya era peor que una enfermedad, porque una enfermedad a veces que uno todavía tiene el cuerpo cuando se muere. Pero ese tiempo, nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros familiares, ya solo el huesito estaba y la piel que estaba tras del hueso, delgaditas las manos, sus piernitas, las costillas ya se veía desde afuera, pura marimba. Nuestras caras, nuestros ojos, hasta adentro por el hambre. Y entonces por eso se murieron mucha gente en ese tiempo.

Por la gracia de Dios, el ejército no vino ese tiempo aquí cerca en 1983. Sí pasaba el ejército pero sólo en los caminos grandes y regresaban. Como teníamos el control y nos daban aviso cuando el ejército regresaba, y así empezamos a trabajar, a buscar yerbas, como pasar los días con los hijos. Y como aquí no hay agua, apenas conseguíamos agua para cocinar, apenas conseguíamos donde dormir porque no había nylon, ya no había ropa. Teníamos ya casi los tres años completos de no ir al pueblo, de no ir a hacer compras. Y se terminaron las ropas, los zapatos. Ya no había zapatos. Empezamos a acostumbrar los pies, así, descalzos. Caminábamos descalzos. Logramos aguantar caminar así, sin zapatos y ya la ropa, no había ropa tampoco. No había chamarras. Todo se terminó, ya no había nada.

Y por esa razón mucha gente decidieron regresar a sus casas. Pero ¿qué es lo que pasó allí, cuando ellos regresaron? fueron a entregarse con el ejército. Algunos pudieron vivir y otros solo a entregar vida nomás fueron, ahí se terminaron, ahí murieron, el ejército los mató y allí terminó sus vidas. Pero algunos que lograron vivir, no sé cómo fue que no los mató el ejército, pero bien torturados, castigados. Dicen que los metían en agujeros grandes, para dos o tres días y tres

¹⁰⁵ Conjunto de arbustos.

noches. Así los sacaban. Bien castigados. Pero por la gracia de Dios tienen vida todavía, lograron vivir. Así pasaron unos quince días, un mes, con castigos por el ejército. Y eso es lo que nos dio más miedo. Y entonces nosotros no nos entregamos.

Yo de mi parte nunca pensé entregarme con el ejército, porque yo escuché lo que hacía el ejército a la gente. A muchas personas dicen que cuando se entregaban, el ejército dice que no les hacen nada, pero mataban perros, a cualquier animal por ahí, y se lo daban de comer a la gente que se entregaban. “Coman, aquí hay buena carne, por qué ustedes corren a la montaña, aquí hay buena carne”, dicen que decían a la gente. Les daban comida, pero no era buena comida, sino que era carne de perro, era carne de zopilote. Era muy triste la vida y más el castigo que ellos daban, hay días de que ellos dicen que contemplaban¹⁰⁶ a la gente, “que no, muchá¹⁰⁷, no tengan miedo, con nosotros, nosotros no hacemos nada”, dicen que decían. Pero hay días que llegaban también los escuadrones de la muerte, porque habían unos agentes del ejército que se llamaban G2 (Cft. Cap. 2). Ellos eran los que estaban encargados para matar a la gente, ellos son los que mataban, los que castigaban a la gente, pero eso estaba organizado por el ejército, no es porque ellos eran otro grupo, sino que era organizado por el ejército.

Así tuvimos más temor ante el ejército y entonces lo que hicimos fue organizarnos más. Cuando venía el ejército cerca, nos retirábamos, nos escondíamos, hacíamos champitas¹⁰⁸ en los rincones del lugar donde estábamos. Y el ejército pasaba allí, donde están nuestros trabajadores, nuestros cultivos, solo pasan allí a machetear a la malanga, la milpa, a veces que la milpa ya está para florear cuando viene el ejército y empezaban a machetear, bien pedaceada¹⁰⁹ la milpa, la malanga, la caña, el guineo, bien lo dejan pedaceado y se van. Ya cuando regresamos ya sólo venimos a pepenar los pedazos porque no había maíz, no había comida.

Volvimos a tener comida

El ejército no pudo llegar ciertos lugares, por eso en 1984 la gente empezó a cosechar su maíz, ya empezamos a tener comida. El ejército no logró terminar todo, algunas partes sí y en otras partes dejó algo, y eso fue lo que nos dio vida. Poco a poco, pudimos hacer más trabajo y sembrar más milpa, sembrar más caña. Así logramos vivir pero ya habían muerto muchos por el hambre en 1983. Entre 1984 y 1985, casi empezamos a tener cosechas de maíz pero el ejército ahí va atrás de nosotros. El ejército venía cada quince o veinte días a hacer el rastreo, a hacer incursiones para capturarnos, para terminarnos. Llegaban pero la gente no se dejaba, y entonces cambiaron, ya no solo el ejército, sino que empezaron a tener otros agentes a los que les decíamos infiltrados, porque venían a organizar a la gente pero eran agentes del ejército.

En cuanto venían, se escondía entre los huatales, en los caminos, y si pasaba alguno lo agarraban, pero no le hacían nada, sino que sólo lo orientaban, le decían “mirá vos, yo estoy aquí, no me están haciendo nada. Ahí con el ejército, muchá, está bonito, ahí sí que pura vida porque ahí sí tenemos comida, tenemos azúcar, tenemos ropa, tenemos zapatos, vamos muchá, vamos, vamos. No sigan sufriendo aquí, vamos”, en los pueblos decían ellos. Y algunos se iban, pero cuando llegaban allá, a morir iban porque el ejército los mataban. Eran puras mentiras lo que

¹⁰⁶ Forma expresiva para decir que les trataban bien.

¹⁰⁷ Guatemaltequismo para designar a un grupo de personas.

¹⁰⁸ Tienda o vivienda provisional rústica.

¹⁰⁹ Hecha pedazos, despedazada.

estaban haciendo los agentes aquí, que ya todo estaba normal, alegre. Y muchos se engañaron, se entregaron al ejército, unos vivieron y otros no.

Ya en 1987, ellos decían que ya había una amnistía. Así decían ellos y volanteaban a la gente aquí, el helicóptero pasaba y regaba volantes en todo el área, aquí donde estábamos, porque ellos ya tenían la información que aquí vivía toda la población que se había refugiado desde los municipios del Quiché y Huehuetenango. Y entonces venían a volantar a la gente con helicóptero, avionetas particulares, prestaban seguro, alquilaban, no sé cómo hacían, pero sí eran helicópteros civiles, avionetas civiles. Con eso venían a volantar a la gente.

Amnistía y delación

Ese año de 1987 casi suspendieron la represión en contra de la población, porque ya no mataban a la gente. Lo que hacían era usar a los que se entregaban como guías, ya ellos son los que venían a mostrar¹¹⁰ a la gente aquí (Cft. Cap. 2). Así el ejército tuvo la oportunidad de andar en las montañas, en los bosques, ya no caminaban en el camino, sino que ya andaban en los puros bosques, en los barrancos y sin dar cuenta, a veces resultaban cerca de nosotros, a nuestro alrededor. Mucha gente lograron capturar ese tiempo. Cada vez que el ejército venía, ellos capturaban centenares de campesinos con sus hijos y los llevaban para irlos a poner allá en el pueblo, especialmente en los destacamentos de Ajmachel, de La Perla, del municipio de Chajul y Nebaj.

Así se bajó ya la cantidad de la población de aquí, y a los que tenían la mentalidad de que no querían ir con el ejército, algunos salían huyendo cuando el ejército los llevaba. Regresaban otra vez a la población donde estamos, porque aquí había como 40 comunidades, quizá más. Ya estábamos contentos porque teníamos buenas cosechas, buenas producciones, especialmente del banano, de la caña, ya teníamos vida, estábamos viviendo contentos aquí porque el ejército no nos lograba. Pero cuando logró capturar más población, las mismas poblaciones los usaron como guías. Así lograron capturar a muchos amigos y familiares.

Algunos los fueron a poner allá en los destacamentos y les dieron vida. Pero no sé qué delito tendrán los otros. A muchos también los secuestraban de noche y cuando amanecía, ya no están. ¿Qué es lo que ellos decían? “No, ya se fue con la guerrilla”, decían ellos. Pero no era que la gente había salido huyendo con la guerrilla sino que ellos ya están muertos por el ejército. Así fue nuestra vida en el largo tiempo que estuvimos escondidos en la montaña.

Vi morir a muchos y yo estoy vivo todavía

Yo tuve la oportunidad de defender mi vida, nunca me agarró el ejército, aunque dos o tres veces me dispararon, pero por la gracia de Dios no me pegaron seguro con la bala. A saber dónde resultaban las balas. No me pegaron. Yo salía tranquilo, ninguna herida, pero a muchos yo los vi morir. Una vez, estábamos haciendo vigilancia en el lugar de control, cuando el ejército nos vio desde otro bordo, desde otro lugar alto, como a medio kilómetro o un poquito más de nosotros cuando dispararon y cabal mataron a mi compañero que estaba conmigo.

A muchos los vi morir, y a otros los vi quejarse por las balas del ejército, lastimados, destruidas sus cabezas, sus brazos, sus piernas. Hubo un tiempo que el ejército no perdonaba sino que ma-

¹¹⁰ A delatar a la gente del pueblo, a identificarlos. Véase: Vela, 2021.

taban a la gente sin hablar, desde lejos nos miraban y nos tiraban. Era el ejército de infantería venía... infantería les decimos cuando venían caminando en las montañas. También venía el helicóptero ametrallando en el aire. Primero pasa gritando, hablando a la gente que “entréguese, aquí no hay nada, aquí no hay comida, pero en el pueblo ahí sí que hay vida, ahí hay sal, ahí hay ropa, vamos en el pueblo”, decían ellos. Desde el helicóptero en el aire, ellos gritaban con bocina y a las dos o tres horas volvía ya con la ametralladora, con la bomba, bombardeando a la gente en estos lugares.

Vimos morir a muchos amigos, familiares y vecinos por la bomba. Hay mujeres que no son capaces de esconderse rápido cuando viene el helicóptero y desde el aire los ametrallaban y los mataban. De esa forma solo matan uno o dos en el aire, pero cuando ellos vienen de infantería, vienen a pie, ahí sí que por cientos agarran, aparte de lo que llevan y aparte de lo que ellos dejaban muertos. Mucha gente murió así, aparte de los que se murieron por hambre, por enfermedad. Vimos caer, vimos, yo de mi parte, vi la muerte de muchos amigos.

Cuando recuerdo todo eso me da tristeza, pena y preocupación, porque a muchos los vi morir, pero por la gracia de Dios no morí, estoy vivo todavía. Entre 1987 y 1989 casi lograron matarnos. Pasaron cerca de nosotros, ya no teníamos donde escondernos porque toda esta parte estaba llena de población. A veces sólo nos metíamos entre las siembras, o a la orilla del camino, el ejército pasaba, y así logré quedar vivo, ya ahorita casi completando los 60 años de edad. Después de haber pasado todo el sufrimiento y la violencia, pudimos salir a la luz pública en 1992.

Somos campesinos no guerrilleros

En 1992, cuando vinieron las comisiones internacionales, nos ayudaron a declarar que somos campesinos y no subversivos, y no guerrilleros. Sí habían guerrilleros con quienes el ejército se enfrentaban, pero eran otros grupos. Pero ¿qué pasa? El ejército pensaba que nosotros éramos los guerrilleros pero no. Yo nunca porté armas, yo estuve aquí luchando con mi familia, directamente como campesino, trabajando en el cultivo, buscando, tratando la manera de cómo sobrevivir con mi familia.

Guerrilleros sí habían, porque a donde va el ejército ahí va la guerrilla. No sólo aquí estaba la guerrilla, sino estaba regada en toda Guatemala. En los pueblos habían guerrilleros y soldados, en los municipios, casi en todos lados, ahí estaban, siempre andaban los dos juntos. A donde va el ejército, ahí va la guerrilla, y donde va la guerrilla, ahí va el ejército. Pero, ¿qué es lo que pasa? Tal vez hubieron jóvenes que tuvieron coraje por todo lo que había pasado, lo que estaba haciendo el ejército. Algunos también se lanzaron y tuvieron el coraje de enfrentar al ejército y se fueron tras la guerrilla, pero no toda la gente, sino que eran algunos nada más.

Así fue durante el conflicto armado interno. Yo lo viví y yo lo cuento. Y no solo eso. No sé si se me está olvidando algo, o es que no tuve bien organizado el tiempo para contar la historia. Quizá no lo dije bien, porque es breve lo que estoy diciendo. Contar todo cómo viví, cómo salí, donde estuve, es mucho. Pero la historia no se termina, en un día no lo podemos contar, esto que pude comentar apenas es sobre lo que recuerdo que pasó entre 1980 y 1992. Ya después hubieron otras luchas más, pero ya a la luz pública, cuando habíamos regresado a las aldeas a hacer compras. Contar todo tomaría mucho tiempo y a veces ando trabajando. Podemos platicar punto por punto, para que así salga bien clara, y bien estructurada la historia.

Es importante que los hijos sepan la historia

A veces comentamos por las tardes con mis hijos, cuando hay momentos de descanso pues salimos a platicar un ratito, a comentar algo de lo que sucedió. Especialmente mi esposa, porque su padre y su hermano murieron a manos del ejército. Nos acordamos de eso, siempre, cada vez que mencionamos el nombre de las aldeas, nos acordamos de nuestros familiares muertos, de lo que sucedió, cómo se murieron, cómo fue que ellos no salieron.

Mis hijos no hacían preguntas cuando eran pequeños. Especialmente mi hija, ella tenía ya 7 u 8 años. Cuando el ejército nos perseguía, no hacen preguntas porque ya saben que significa decimos “mire mijo, vamos, porque ya el ejército viene”. Y a veces sin hablar a la familia, sólo cuando escuchamos que viene el ejército, decimos “vamos porque ya vienen aquellos”. Y muchos niños pequeñitos, menores de cinco años, pudieron defender la vida. Se metían entre las piedras, bajo bejucos, bajo ramas de palo, ahí quedaban, eran como pollitos cuando viene el gavilán. Ya cuando regresamos por la tarde, a veces que aparecía un niño por ahí. Ah, qué alegre, vimos aparecer a otros niñitos por ahí, se pone alegre el papá o la mamá, porque resulta el hijo allí vivo. Pero muchos se van, los agarra el ejército. Queda el papá aquí y los hijos allá con el ejército. Muchas parejas se separaron a causa de esta violencia, a causa del ejército, porque hay mujeres que las agarraban con sus hijos, con sus bebés y las llevaban, y quedaba el hombre, a tener problemas. Los hombres quedaban llorando por sus mujeres, por sus hijos. Las familias quedaron destruidas, padres, madres e hijos.

Es una triste historia que vivió la gente, hay jóvenes que sí sufrieron esa vida, esa violencia, pero hay algunos que ya no se recuerdan. Muchos jóvenes piensan que estábamos locos por escondernos, pero yo les comento que el ejército tuvo una orden de parte del estado, de parte del General, ellos tenían que hacer ese trabajo, esa acción. No sólo son comentarios, sino que vimos caer, vimos morir y hay muchos, muchos, muchos con quienes pude platicar durante el conflicto armado, donde ellos comentaban la vida, prácticamente, fueron secuestrados y torturados por el ejército. Hasta allí fue donde yo creí porque, antes de yo pensaba que el ejército era bueno. ¿Pero qué fue lo que pasó? Cuando vi la reacción de ellos y escuché a muchos amigos que fueron capturados, que fueron torturados, y los vi... ¿cómo dijera yo? las heridas que les causaron a ellos, los vi, a muchos también fueron quemados por el ejército con tizones, eso es lo que ellos me decían, porque hay muchos que salieron cuando estábamos escondidos entre el huatal.

Trabajé organizando a la gente

Yo ya tenía estudios, tenía quinto de primaria, cuando salí de la escuela y así aprendí a trabajar, tuve mujer y dejé los estudios. Durante el conflicto me dieron el trabajo de nombrar a la gente para ir en los controles a los lugares donde nosotros vigilamos los caminos. Entonces yo era el encargado de nombrar a esa gente. Ahí es donde fui obligado de estudiar un poquito más, de escribir y organizar bien mis papeles. Después estuve como unos cuatro o cinco años como encargado de nombrar a la gente. En ese tiempo cuando el ejército venía, nosotros no vamos preparados con la comida bajo la montaña, sino que de sorpresa nos corren de la casita donde estamos, íbamos en el bosque sin nada.

Ya ahí en el bosque yo organizaba a otros para ir a traer comida o alimentos a otras comunidades donde no había ejército. Éramos varios que tenían ese cargo, de conservar todo eso. Entonces sacamos gente para otra comunidad, ir a traer caña, bananos, y cuando venía con todo ese

cargamento, teníamos que sacar un listado, sacar listado de la población, cuánta población está acampada en la montaña sin comida. Me dieron el cargo de ser responsable de la población.

Pero ya 1988 a 1995 me dieron una responsabilidad de alfabetizar a la gente, y como en 1992 entró la Comisión (...) y ellos se sorprendieron de nosotros, que estamos alfabetizando a la gente, porque yo tenía quinto grado nada más. Esa comisión organizó talleres de cómo debemos educar a la gente, cómo debemos aprender un poquito más. Así me dio estudio, nos organizaron talleres y entonces en 1998, yo empecé a estudiar y saqué mi diploma de sexto primaria. Luego, en 1998-99 saqué mi diploma de tercero básico. En el año 2000, me nombraron como educador, entre niños, porque vieron que yo ya tenía mi tercer básico y me nombraron. Ya en 2003, con un poco de experiencia, tuve la oportunidad como maestro en una aldea que se llama Kabaj.

Yo como profesor y el genocidio

En mis clases con los alumnos, cuando llego al curso de Historia, yo imparto las partes más principales, ¿por qué hubo lucha y cómo fue que hubo esa lucha; el motivo por qué hubo esa lucha? Sí, eso lo he tratado de inculcar a los niños. Algunos entienden y otros sí preguntan: ¿Por qué? ¿Cómo fue que ustedes se escondieron en las montañas? dicen ellos y algunos preguntan. Los niños deben saber que cada cierto tiempo, hay cambios en las organizaciones del gobierno. Es muy importante que sepan que en la década de 1940, hubo la primera revolución aquí en Guatemala, por qué hubo esa lucha y por qué se destruyó esa lucha. Quizá se piense que ya se terminó la lucha de los ricos: no, los ricos siguen haciendo más peor, porque sólo vemos las ocupaciones que han hecho a las tierras de nuestros antepasados, de nuestros abuelos, han ocupado tierras. Ellos han hecho acuerdos con los gobiernos y se han adueñado de los ríos, especialmente los ríos, y no solo eso sino también están sacando lo que es el petróleo.

Hay muchas informaciones de que ellos tienen que seguir más, y tienen que hacer muchos túneles bajo la tierra, sacando la fuerza de la tierra. Por esa razón es que la lucha de los ricos no se ha terminado, ni tampoco la lucha de los pobres se va a quedar así, sino que es importante que nos despertemos, demos cuenta que desde la invasión de los españoles en 1500, la guerra que hizo Pedro de Alvarado, desde ese tiempo se vino la lucha en contra de los pueblos. Ahora siguen destruyendo las montañas, en algunas partes ya no llueve tanto, hay muchos deslaves ¿a causa de qué? de toda la destrucción que están haciendo las empresas en los diferentes lugares de Guatemala, y entonces, por esa razón, nosotros, yo de mi parte, pues yo he tratado de dar a conocer todo eso a los niños para que sepan que nosotros estamos bien jodidos por los ricos.

Se hizo el juicio a Ríos Montt pero lamentablemente no sé pudo... porque Ríos Montt es el general que hizo todas las masacres aquí en Guatemala. Hizo masacrar a nuestros familiares, amigos y vecinos aquí en las comunidades, no solo de Chajul, no sólo de Quiché sino que en todo el territorio de Guatemala hubo masacres a orden del General Ríos Montt. Por eso era muy importante de enjuiciar a este general, pero lamentablemente no se pudo encarcelar, se abrió el juicio, pero no se logró encarcelarlo.

COROLARIO UNO: Lo que me propuse con este proyecto fue remitir el genocidio perpetrado en Guatemala a la noción de prácticas sociales genocidas. Y es desde esa perspectiva en la que he trabajado, con mayor detenimiento, como he reiterado, en el

proceso de realización simbólica de esas prácticas. Lo que puedo decir es que los dos relatos arriba expuestos, son formas en que dos guatemaltecos ixiles, a cuarenta años de distancia, narran su historia, que no emerge únicamente de sus propias percepciones y representaciones, sino como afirma Feierstein “cada uno lleva en sí mismo tanto a sus predecesores como a sus contemporáneos, así como una visión de sus sucesores”.

Hacia 1982, Diego Rivera de 27 años de edad era ya un jefe de familia. No lo sabe con claridad pero la masacre que observa desde lo alto de un cerro le indica que debe huir, pues de eso dependerá su vida y la de su núcleo familiar. Los bombardeos son el macabro aviso inexorable de que el Estado guatemalteco quiere destruirle. No podía explicárselo. Hoy sabe con total claridad que era para exterminarle por pertenecer al grupo ixil. Era un blanco y empezó a moverse. Diego me ayudó a elaborar en breves páginas, una imagen de las dimensiones de su pérdida pero también de su hazaña de sobrevivencia. Nadie quiere vivir esa experiencia. Debió esperar más de quince años para volver a su comunidad. Su relato, en mi opinión, contiene una dosis llana de victoria respecto al terror. No se incorporó a ninguno de los grupos armados, aunque reconoce tomar sus propias decisiones frente a la contingencia histórica. Tiene claro que aunque el terror persiste como un trazo en su memoria, aquella experiencia debe traducirse en sanación, en verdad y en justicia. Recuerda la catástrofe de destrucción, reconoce su propia sobrevivencia y es capaz de diagnosticar su presente desafiante. Su relato me transmitió la sensación de que se sabe parte de una lucha histórica en la que es un protagonista.

En 1980 Mario Chocoj tenía 19 años. En ese tiempo, recuerda, hubo secuestros nocturnos. Los cadáveres aparecían después, degollados en las calles. Para él era claro que se trataba del ejército, quien les acusaba de subversivos y con el tiempo, de guerrilleros. El ejército les llamaba subversivos porque se habían organizado para resistir. Empezaron a ser presionados para delatar a sus vecinos y en 1981 el ejército tomó su forma: los mataban como animales sin preguntar nada. En Santa Clara y sus más de 3,800 hectáreas encontró, junto a muchos, un lugar para refugiarse. Aunque durante dos años lograron cultivar diversos alimentos, 1983 fue de inflexión: muchos murieron de hambre. Ante este escenario, otros decidieron regresar a las comunidades y fueron exterminados. Tras años de privaciones, en 1987 el ejército empezó a hablar de amnistía. Mario piensa que era una estrategia para lograr delaciones y realizar capturas, lo cual funcionó en cierta medida. Las imágenes que relata parecen sacadas de una película americana sobre Viet-

nam: bombardeos y ametrallamientos aéreos a grupos escondidos en el bosque e incursiones en tierra. Dos datos relevantes: 1. Mario considera que fue hasta 1992, cuando como grupo pudieron aclarar su identidad: eran campesinos y no guerrilleros como se les señalaba. 2. Mario, durante la conversación, está consciente de los límites al relatar su historia, bien sea por suficiencia o coherencia. Quizá lo más destacable aquí es tener en cuenta que Mario conoce el valor de su relato en el presente.

Como ya indiqué, no se trata de decir que los relatos de Diego y Mario son ejemplos por antonomasia de la irradiación del terror, en vista de que *toda* la sociedad guatemalteca ha sido afectada históricamente por este fenómeno. Lo que cabe destacar es que estos dos relatos permiten captar, desde mi óptica, la idea de elaboración del trauma. No se trata de una afectación individual enterrada en el inconsciente. Cabe recordar que en términos de los niveles de arrasamiento del yo que quedan registrados en el inconsciente, según Feierstein, autores como Caruth y Van del Kolk sugieren que no es la *literalidad* de lo vivido sino la “afectividad intacta de la sensación”, es decir que lo registrado “no es la experiencia misma” (...) “sino un primer tipo de registro (...) de esta, que no logra constituirse en *representación-palabra* o *narración* por el carácter demoledor de dicha sensación para la persistencia de la propia identidad”. De ahí que me parezca que Diego y Mario, han ido más allá del trauma, o sea que han podido *elaborar* en sus relatos lo vivido, desde sus propios *procesos de memoria*. Veamos lo que dice Feierstein al respecto:

Lo que se llamará, entonces (...) *procesos de memoria* son aquellos intentos de articular un sentido dentro del caos de percepciones y registros de los diversos subsistemas, la creación de un “presente recordado” a través del proceso de construcción de “escenas”. Una “escena” es, en verdad, una *reconstrucción*, en la cual se asocian conjuntos de percepciones y estímulos y se les otorga un *sentido*, una coherencia que no se encuentra como tal en la realidad ni en la vivencia, sino que es imaginada para articular los conjuntos de estímulos y percepciones con determinado conjunto de acciones, las cuales también se encuentran inscriptas en los subsistemas sensorio-motores (Feierstein, 2012: 53).

Es a partir de lo expuesto en el párrafo anterior que el autor afirmará que la memoria no sería una actividad *reproductora* de la realidad sino profundamente *creativa*, haciendo de la memoria “un acto de imaginación”:

En términos técnicos, se podría hipotetizar que dicho sentido surge al interrelacionar en el núcleo dinámico diferentes subsistemas de percepciones, estímulos y actividades motoras y dando a estos una coherencia explicativa que de por sí no poseen. Por su parte, este sentido permitirá dar cierta eficacia a las acciones –la posibilidad de realizar los fines deseados– y cierta estabilidad y permanencia a los procesos de construcción de identidad, que como tales requieren altos niveles de coherencia interna (Feierstein, 2012: 54).

Aunque son muy ilustrativos, aquí no reproduciré los ejemplos que Feierstein provee (págs. 54-55), pero sí destacaré una idea central: “la función adaptativa del sujeto opta por la coherencia”. Bien podría decirse en este punto que, en términos de esa elaboración del trauma, Mario y Diego se sobreponen victoriosamente ante el terror experimentado, es decir

Se produce una reconstitución del funcionamiento global que busca como premisa fundamental la restitución de la coherencia, la que garantiza el comportamiento más eficaz dada la disfunción planteada, un funcionamiento que no ponga en cuestión el *sentido* sino que, por el contrario, permita reconstituirlo para asegurar la continuidad de las acciones. Este maravilloso recurso adaptativo de la continuidad vital es lo que diferencia el funcionamiento seleccionista del funcionamiento lógico-computacional (Feierstein, 2012: 56).

En conclusión, los procesos de memoria así definidos son, afirma este autor, “la construcción de sentido que surge de un intento de articulación coherente de un conjunto de estímulos y sensaciones dispersos por los sistemas perceptivos, que se vinculan con el presente a través de la acción”. Es de esta forma, añade, que construir un recuerdo es, al mismo tiempo, construir identidad “en tanto se construye un sujeto consciente que se relaciona con dichos elementos dispersos del pasado y construye de ese modo una escena, un presente recordado en el cual surge una narración de sí mismo” (pág. 59).

2. Arrasamiento subjetivo del sujeto

En el capítulo anterior se planteó que el *arrasamiento subjetivo* del sujeto tiende a ser más efectivo hacia fuera del campo de concentración, o mejor dicho, de la experiencia concentracionaria. A manera de recordatorio, esas formas de arrasamiento subjetivo

son: Regresión, Intransigencia, Colonización y Conversión. Los seis relatos a continuación, permiten inteligir diferentes dimensiones de dicho proceso desde la perspectiva de la irradiación del terror, toda vez que se trata de personas que no atravesaron directamente la experiencia concentracionaria. No se trata de constatar si en los relatos hay efectivamente elementos de esas formas, por el contrario, lo que cabe destacar en ellos es el nivel de elaboración de ese trauma que permite a los sujetos resistir a ese arrasamiento, y poder pensar, como dice Feierstein (2012), en “los modos en que ese proceso se articula con el acontecer histórico-social y a cómo se produce una comunicación transgeneracional”, es decir, que si por una parte la memoria es un proceso constructivo y no literal, y que las representaciones o formas de narrar tienen “un sentido adaptativo vinculado a la búsqueda de sentido”, también cabe la posibilidad de que “la respuesta adaptativa lógica a un ejercicio de sufrimiento prolongado y extremo como el que surge de someter a una sociedad a un sistema concentracionario podría ser una progresiva y creciente desensibilización general” (pág. 59).

En todo caso, estos relatos nos permitirán atisbar lo que el juicio por genocidio permitió elaborar con mayor certeza desde el presente (si se le piensa como una nueva frontera en las estructuras de asimilación simbólica), incluyendo el espectro del perpetrador. También sirven para mostrar una serie de elementos que plantean estadios intermedios entre lo que podría llamarse una víctima directamente irradiada por el terror y pasar entonces, a profundizar en la medida de lo posible, en aspectos como la memoria, trauma y trabajo de elaboración propiamente dicho.

2.1 Quemaron nuestras viviendas

Mi nombre es Nicolás Cordio Ramírez, tengo 53 años de edad (1969). Yo nací y crecí en una aldea que se llama Cotzoy, en Nebaj, Quiché. Tenía como 17 años de estar en la comunidad, después vino el conflicto armado y yo me vine acá en 1987. Actualmente yo vivo en el cantón Las Nueces, que son comunidades que han surgido durante la represión del estado. Es un cantón, está cerca el casco urbano.

Mi familia fue masacrada

Mi familia, mi abuela, mi tía, mi sobrino y mis primos, muchos de ellos fueron masacrados. Por ejemplo, mi abuela materna fue masacrada con otras personas. Después de la masacre de mi abuela vino otra masacre contra la familia de mi tío con 15 personas en total, que son grupos grandes. También familiares fueron desaparecidos. Creo que hay dos desaparecidos por el momento, una se llama Margarita, somos primos. Mi abuelo paterno, murió en desplazamientos,

porque el ejército llegó y tiró muchas bombas, y al final cuando regresamos ya estaban muertos. Estuvo en un cementerio clandestino, pero ya se exhumó y está en un cementerio legal.

Yo recuerdo poquito, tal vez teníamos ocho años o nueve años. Recuerdo que lloré cuando se fue mi abuela, cuando nos separamos de mi abuela y lloré por ella porque estoy acostumbrado a vivir con ella y ya no quería ir a otro lado. Entonces se quedó mi abuela porque imagino que ya no aguantó caminar y se quedó en un lugar y llegó el ejército y sólo escuchamos disparar un chorro de tiros, allí se murió, allí se quedó muerta. Recuerdo el momento preciso: me asusté e iba a correr pero ¿a dónde? Porque estábamos tal vez a un kilómetro de donde estaba ella. En ese momento el ejército llegó, pero no sabemos por qué nos matan. Esa es la pregunta. Y no, no sabemos eso muy bien, solo que viene una guerra a saber de quién... pero sí, mi abuela ya era grande, era comadrona, curandera. Era muy inteligente. Ella curaba enfermos, curaba personas.

Mis papás eran puros campesinos, sólo sembrábamos milpa en aquel tiempo. Mi papá sembraba como unas 75 cuerdas de milpa, pero la tierra no produce. A duras penas recuperamos unos 20-25 bultos de maíz, pero en ese tiempo es que crecí y yo vi como luchaba mi papá, trabajando en el campo. Eso lo recuerdo muy bien. Luchaba y trabajaba con la milpa, sembrando, pero poco cosechaba. Eso lo recuerdo muy bien. Cuando era niño lo que miraba es que si el ejército nos mira, nos matan, pero no sabemos por qué, o sea él (mi padre) tampoco sabía por qué hacen esto, porque no tenemos delito, no tenemos pecado, por decirlo así.

Nosotros éramos campesinos

Al pueblo llegaron a matar a mucha gente, así fue la historia. Cuando hay gente caminando allá en la comunidad o pasa un helicóptero, empiezan a bombardear, empiezan a bajar a la comunidad porque era plano, una parte eran campos y allí se hacían los mercaditos. Yo recuerdo que llegó un helicóptero, tiró un grupo de soldados, y después vino a traer otra cantidad, así corriendo estaban. Cayó un paracaidista, no había otros soldados, sólo llegó y empezó a bombardear y tirotear, y bajó el helicóptero, y arrinconaron a la comunidad, y allí fue donde secuestraron a una señora que nunca apareció, que se llama Magdalena, era ixil. Nunca apareció, a saber dónde la llevaron, dónde la mataron. Éramos chiquitos y esa señora nunca apareció.

La guerra creo que empezó como en 1980-81. Yo tenía nueve o diez años cuando empezó todo. Pero yo me vine al pueblo en 1987. Tenía casi 17 años. Después saqué mi cédula, en ese entonces no era DPI¹¹¹. Aquí vine a cumplir años en Nebaj, y empecé a buscar mi esposa. Tuvimos nuestro primer hijo. ¡Dios! cuántas veces llegó el ejército a quemar nuestras casas y todo eso... porque estábamos retirados del casco urbano, como a cuatro horas a pie, ahora llega el carro en una hora. Pero antes, cuando se miraba como empezaba a organizar la comunidad, que hay control, si viene el ejército o no viene el ejército, empezó a controlarse, empezó a cuidarse uno mismo y en ese momento cuando el ejército venía a un lado ya sabemos, ya se dio una señal de que el ejército ya viene y empezamos a escondernos, vamos por otro lado, el ejército va por el otro lado, así fue el chiste de la vida. Fue un gran sufrimiento, sin comida, nada, sin alimento.

¹¹¹ La cédula de vecindad fue creada por el Decreto Legislativo 1735 en enero de 1932 durante el gobierno de Jorge Ubico. Fue el documento oficial de identificación en Guatemala para mayores de 18 años hasta 2013. En 2010 se creó el Documento Personal de Identificación (DPI).

Cuando regresamos la comunidad ya no estaba, las casas estaban quemadas, estaba todo hecho lata. Mi papá tenía dos casas en ese tiempo y aparte, quería mejorar, quería hacer otra casa porque tenía mucha madera, pero se la quemaron. En ese momento no sabíamos de quién era el ejército, y al final nos dimos cuenta de que fue organizado por los ricos porque no quieren mucho a nosotros como pueblos. Y nos dimos cuenta de que hay una historia: los ricos se están organizando para explorar la minera, la hidroeléctrica. Eso es lo que afectó ¿verdad? entonces por eso, nos miraban como enemigos en ese tiempo. No hubo seguridad, no estás en paz durante siete años, no estás viviendo en paz en tu casa, no estás seguro. Eso es lo que ocurrió durante los siete años que estuve allí pero empezó (el gobierno) a decir que hay amnistía... cuando yo era muy joven sí supe que la gente tenía armas y dañaba al ejército, pero nosotros éramos campesinos, éramos gente, población, y no sabemos nada.

Después empecé a estudiar

Yo no tenía estudios y ya tenía los 20 años de edad (en 1989). Empecé a estudiar una nocturna y nos dimos cuenta hasta dónde están violando los derechos humanos. Nos dimos cuenta que los poderosos, los multimillonarios, los cacifes¹¹², los que son millonarios, son los que están en contra de nosotros. Ahí me di cuenta de que no nos quieren, como que somos el estorbo de la vida de ellos, como que somos el cáncer, pero también nos explotaban... yo fui a trabajar en la costa y me pagaban menos. Fui al corte de caña, de café, entre 1988 hasta 1990, trabajé en la costa todavía. Así me di cuenta hasta qué sufrimiento padecen los trabajadores, es una explotación. La explotación sigue, la marginación y la exclusión al derecho de los pueblos. Eso es lo que causa el conflicto. Aquí, ahora, hay mucha corrupción, hay mucho desastre en el Estado de Guatemala, porque si lo vemos no hay proyectos. Eso es lo que ha pasado, así está la situación.

En las comunidades que sufrieron se habla un poco de la violencia, eso es porque estamos trabajando. Muchos se fueron al norte (Estados Unidos), muchos están trabajando en otras cositas, pero creo que los papás lo están contando a sus hijos porque también los hijos quieren conocer la verdad histórica, ancestral. Es importante hablar de eso ¿Por qué? Porque a veces digo yo, ¿por qué estamos en la pobreza? No es porque no queremos trabajar, sino es que hay mucho racismo, mucha exclusión, mucha explotación, mucha discriminación hacia los derechos. Por eso no hay superación, no hay cambio, no hay nada de desarrollo.

Eso es importante porque ¿qué causa, o qué sufrimiento (se padece) cuando hay corrupción, cuando hay cosas que pasan en el sistema, cuando no hay igualdad, extrema pobreza? Hay poblaciones que una vez come al día, en sus casas, muy tristes, como que es todavía estuviéramos en la resistencia, no hay vida segura. Por eso muchos jóvenes se fueron en Estados Unidos, la mayoría, porque no hay desarrollo, no hay fuentes de trabajo, no hay acceso a la justicia, no hay acceso a educación, ahora como que los maestros no están dando clases, ya no hay clases formales. Eso va a repercutir en esos temas porque si no hay nada de preparación a la juventud, eso va a repercutir después, habrá más extrema pobreza.

Me gustaría estudiar más. Lastimosamente nunca tuve educación desde la niñez. Por ejemplo, cuando tenía cinco o seis, siete años, nunca estudié, aprendí un poco leer, pero en la resistencia,

¹¹² Expresión para referirse a los integrantes del Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), fundado en 1957 por Enrique C. Novella, Enrique Matheu, Julio Briz, Virgilio García Valle y Gabriel Fernández. Véase: <https://cacif.org.gt/>

empecé a escribir en piedra... con piedras, con tablas de pura madera. Empecé a aprender las cinco vocales. Después de los 20 años que vine, estudié en la escuela nocturna, empecé a estudiar. Ahora hablo un poco el español, antes, hasta que tuve 18, no hablaba yo el español, por eso a veces nos matan sólo por eso, porque encontré al ejército y no hablaba yo el español, solo un joven, un señor me tradujo mi mensaje, me salvé porque ya estaba yo apuntado por tantos soldados, no sé, me miraban como animal. Encañonado me llevaron en el camino, todas las puntas de las armas estaban a mi imagen, pero cuando empezó el muchacho a traducir mi idioma ixil, entonces ahí es donde “ah, está bien pues”, me dejaron pasar, si no me hubieran matado.

Mi trabajo actual y el genocidio

Para ganar un poco de dinero soy comerciante, pero también colaboro con la organización haciendo exhumaciones de los restos de las víctimas, porque es otra necesidad, ya que muchas víctimas quedaron en cementerios clandestinos. Ahí es donde se ve la necesidad de hacer exhumaciones para la dignificación. ¿Por qué? Porque son seres humanos que fueron masacrados. No son animales, porque incluso los animales tienen dignidad. Ahora existen leyes para la protección de los animales, pero a nosotros como seres humanos nos vieron como salvajes en ese tiempo. Por eso nosotros vemos a los Acuerdos de Paz y la recomendación de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, donde recomiendan que haya paz firme y duradera, como establecieron los Acuerdos de Paz, y mientras no se cumple, no habrá paz firme y duradera. Hemos exigido el estado de Guatemala, pero nunca han sido atendidos los familiares sobrevivientes. Por esa razón tenemos como nueve denuncias ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, demandando al Estado para que cumpla con el compromiso que establecieron de reparar los daños ocasionado por el estado durante el genocidio, durante la represión militar.

Para mí, el juicio por genocidio del caso Ríos Montt, es un símbolo de que hay igualdad. Aunque tres días estuvo en la cárcel¹¹³, es algo que simboliza que somos iguales ante la ley, si se cumpliera lo que establece la ley, pero como hay impunidad, hay corrupción, hay injusticia, hay desigualdad, hay exclusión, por eso no hay justicia. Solo se aplica la ley a los pobres, pero para los que tienen dinero y recursos, no hay ley para ellos. Pero para mí, cuando se dio el juicio por genocidio, es sólo una parte de la justicia que se cumplió en este momento.

A veces, a través del estudio, también investigan qué ha pasado. A veces facilito la copia del informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, porque no es invento mío. Yo verbalmente les digo, por ejemplo, Monseñor Gerardi fue asesinado por la verdad y es otra parte de la verdad que trabajó Monseñor Gerardi, dejó los libros de Nunca Más, todos esos libros, ojalá que sirvan para nosotros como una luz, porque la misma situación está volviendo, es casi, casi lo mismo, lo califico lo mismo porque cuando usted reclama su derecho usted está castigado, por ejemplo, un periodista capturado hace unos ocho días ¿qué ejemplo simboliza? simboliza temor, amenazas, simboliza terror en nuestras mentes. Eso es lo que pasa actualmente.

Pues ojalá que sirva lo que he dicho, ojalá que sean buenos licenciados, buenos pensamientos, ojalá que sirva algo para dejar en la vida, que miremos las cosas por igual, igualdad de dere-

¹¹³ Según la cadena Deutsche Welle (DW), Ríos Montt fue trasladado a una cárcel civil dentro de un cuartel militar capitalino el 10 de mayo de 2013, día en que fue condenado en primera instancia a 80 años de prisión por genocidio y crímenes de lesa humanidad. Tres días después ingresó al Hospital Militar por una crisis de hipertensión arterial. Después gozó de la medida de prisión preventiva en su domicilio. Véase: <https://www.dw.com/es/r%C3%ADos-montt-regresa-a-prisi%C3%B3n-domiciliaria/a-16875069>

chos, igualdad de dignidad, igualdad de identidad. Porque cada pueblo tenemos identidad del pueblo. Soy ixil y hablo mi idioma ixil. Pero al hablar español es otra identidad. Si hablo quiché es otra identidad, es otro pueblo, tenemos los mismos derechos pero a veces las personas que estudian, más tontas se ponen, se creen que son los dueños de todas las cosas, pero no son nada en el mundo cuando no hacen bien las cosas ¿verdad?

2.2 No se hablaba de genocidio

Me llamo Quetzalí Cerezo Blandón, soy consultora independiente y asesoro proyectos que tienen que ver con los derechos humanos de las mujeres. Y aparte, mi proyecto principal es participar en política, porque si bien soy abogada, no he ejercido tanto la profesión como abogada, sino más bien he sido activista de derechos humanos y política, porque ya lo traemos en la sangre¹¹⁴. Estoy participando en el partido Movimiento Semilla en una posición de dirigencia: quiero postularme al Congreso de la República. Estudiar la memoria histórica me parece como súper refrescante porque en Guatemala ahorita estamos viviendo una época tenebrosa de como de retorno al pasado, en donde todos esos intentos pues nos están reprimiendo.

Una lucha pacífica de riesgos

La verdad es que las vivencias fueron directas porque mis papás siempre estaban trabajando en política. Mi mamá y mi papá empezaron en política en los movimientos estudiantiles, en la (Universidad de) San Carlos, en esa época, en los años 60. Allí se empezaron a involucrar en la política estudiantil para rechazar todo lo que estaba pasando en términos de los regímenes dictatoriales que estaban en ese momento. Mi mamá fue la que se empezó a involucrar en los movimientos políticos estudiantiles. Luego conoció a mi papá y lo jaló a él. Entonces ellos empiezan una trayectoria política, siendo él abogada y ella abogada, ya como pareja, pues ellos se conocieron en la universidad. Se casan creo que justo graduándose de la universidad, un poquito después. Nosotras y nosotros somos cuatro hermanos y hermanas, tres hombres, y yo de mujer, fuimos una generación que crecimos en la política, es decir, la política era una constante en nuestra vida cotidiana, básicamente. Entonces ellos nos involucraron activamente. No podría decir pasivamente, sino activamente en la política, por su involucramiento.

Mi mamá no fue una mujer tradicional. Es una mujer que fue pionera en el movimiento feminista de Guatemala. Era una mujer participando activamente en política. Entonces necesariamente, a pesar de que ella era mujer que se adelantó a sus tiempos, pues de alguna manera tenían una familia tradicional, mi mamá tuvo que literalmente acarrearlos durante todas las campañas, durante todo el trabajo político que se realizó y que realizaron ellos como proyecto político, o sea, el proyecto político literalmente estaba metido en la casa. Y todas y todos formamos parte de eso activamente desde que yo me recuerdo. Desde que estoy en la panza de mi mamá, andamos en campaña, todo el tiempo, y eso hizo que viviéramos y sintiéramos de primera mano el conflicto armado. Es decir, los riesgos, el sentimiento de temor constante, no solo del ejército, sino que también muchas veces de la guerrilla, porque siempre había como un sentimiento de incertidumbre. Siempre era una convicción que al mismo tiempo nos puso en una gran dificultad, porque mis papás fueron quienes desde la Democracia Cristiana Guatemalteca, que era el

¹¹⁴ La entrevistada es hija de Marco Vinicio Cerezo Arévalo, presidente de Guatemala 1986-1991; y de Haydee Raquel Blandón Sandoval, candidata a la vicepresidencia del país en 2011.

partido en donde ellos estaban participando activamente, estaban optando no por la guerra ni la confrontación, sino que estaban optando por la opción pacífica, por la democracia.

Eso nos ponía en un espacio intermedio que no pertenecía a ninguno de los dos bandos y por lo tanto estaban en riesgo ante esos bandos. Porque tanto la guerrilla como el ejército estaban metidos en una guerra interna, ambos con sus propios objetivos, pero por medios violentos. En cambio, la opción en donde yo crecí era pacífica, y eso nos obligó a estar en una situación intermedia de mucha incertidumbre, de mucho riesgo, que también nos obligó a defendernos. Es decir, nos enseñaron desde pequeñas y pequeños, primero a defendernos físicamente y a través del uso de las armas si era necesario. Pero nos enseñaron también, y crecimos con eso, a entender que nuestra lucha era pacífica y que por lo tanto no íbamos a recurrir a la violencia a menos que tuviéramos que defendernos. Su postura siempre fue en esa vía.

Y pues eso implicó que simbólicamente el tema de la guerra estuviera metido en la casa, hasta debajo de la almohada. ¿En qué sentido simbólico? En el sentido de que dormíamos con las armas bajo la cama y literalmente bajo la almohada, y estábamos siempre con una mochila preparada por si teníamos que salir huyendo. Y efectivamente, eso nos pasó muchas veces. Tuvi- mos que salir huyendo. Hasta el punto que tuvimos que salir huyendo en 1981, exiliados a Estados Unidos, porque pues la dictadura nos estaba persiguiendo. Ese es un poco el escenario en el contexto de cómo crecimos y en qué medio y con qué sentimientos crecimos. O sea, en otras palabras, el conflicto armado estaba en la casa y lo vivimos, digamos, a flor de piel.

Mi ambiente infantil politizado

Mi recuerdo de las pláticas con mis padres —ni siquiera podría decir qué edad teníamos exactamente— más o menos a la edad de seis años, los escuchaba en sus discusiones políticas, no solo en la casa, sino que en el partido, en las diferentes reuniones políticas, en el interior del país, etcétera. Nos explicaban a nosotres, cuál era el proyecto político. Siempre fueron como muy abiertos en decirnos: “miren, esto es lo que está pasando en Guatemala. Estos son los riesgos y lo que estamos tratando de hacer es esto”. Entonces desde muy pequeños y pequeñas, siempre nos hablaron de eso, y desde que tuvimos la capacidad física de poder manejar armas, pues nos las enseñaron a manejar y nos enseñaron a defendernos, en técnicas de defensa personal, nos enseñaron técnicas de seguridad para poder identificar si por ejemplo nos estaban siguiendo, y teníamos que estar pendientes del entorno porque nos podían estar controlando.

Teníamos que tener cuidado de lo que hablábamos por teléfono, porque podían tener la línea interferida, etcétera. Era una constante y aparte de que nos lo hablaban abiertamente y nos lo tenían que explicar, siempre acorde a nuestra edad, por supuesto, era lo que vivíamos. Entonces prácticamente lo que nos contaban, lo vivíamos, y lo confirmábamos. No era solo un discurso, sino que era una vivencia. Y entonces, ¿pues cómo nos hablaban? Pues nos hablaban directamente, sin rodeos, nunca nos mintieron y siempre dijeron que era algo necesario para poder asegurar en un momento dado, la democracia que era tan necesaria del país.

Mi mamá nos hablaba mucho, pues siempre fue una intelectual. Le gusta mucho leer, sus libros siempre fueron lo más importante, nos enseñó a leer, nos daba lecturas sobre los temas acorde a nuestras edades, nos leía muchos textos, nos ponía a escuchar música de protesta, entonces crecimos con la música de protesta, crecimos en las reuniones políticas de mis papás desde muy, muy pequeños y pequeñas. Toda la narrativa alrededor de nuestra vida era eso, que teníamos

que resistir y esa resistencia debía ser pacífica para lograr la democracia. Y todos y todas nos metimos activamente al inicio, teníamos que hacerlo, porque andábamos con ellos y ellas, y después ya por voluntad propia, porque teníamos la convicción de que era lo correcto de hacer. Entonces la narrativa era de muchas formas, tanto directas, como sutiles, como de vivencias.

¿Qué puede preguntar un niño?

Recuerdo que yo les pregunté muchas veces que no entendía lo que significaba, por ejemplo, una guerra civil, un conflicto armado. Yo me recuerdo que tuve muchas dudas en un momento dado de cuál era la diferencia entre una guerra civil y un conflicto armado y por qué no se le llamaba guerra civil a lo que estaba pasando. Ese tipo de cosas ya un poquito más grande, me recuerdo que se las preguntaba, como no había claridad muchas veces de cuáles eran los bandos y quién era quién, yo preguntaba mucho, por ejemplo ¿y ellos a quiénes representan? Y este grupo o estos personajes ¿quiénes son? ¿son los buenos o son los malos? Y entonces ellos, sobre todo mi mamá, que era la que estaba más cerca, ahí sí que por su papel de mujer y por género, pues ella estuvo más cerca de nosotras y nosotros, ella era la que nos aclaraba, la que nos decía, y siempre me recuerdo que se adaptaba a cómo nos explicaba las cosas de acuerdo con nuestra edad, pero sin mentirnos.

También me recuerdo que preguntábamos muchas cosas desde el pensamiento crítico. Porque como nos enseñaron a ser muy críticos y críticas desde el inicio, desde muy chiquitos y chiquitas, hacíamos preguntas existenciales muy profundas. Por ejemplo, le preguntábamos a mi mamá: Mire mamá, pero ¿por qué la gente habla tanto de Dios y hacen otra cosa? Y matan a la gente. Mamá ¿Dios existe? O sea, ese tipo de preguntas existenciales profundas nos acostumbramos a hacerlas desde muy pequeños y pequeñas. Siempre tuvimos una educación en la casa y en la escuela como muy crítica.

Entonces, cuestionábamos todo, cuestionábamos la religión, cuestionábamos las ideologías, las ideas, cuestionábamos ¿por qué nosotros no estábamos en el bando de la guerrilla? que se supone que era el bando, entre comillas “bueno”... Porque estábamos en medio y todo el mundo nos quería matar, o sea, cosas así que teníamos. Y a veces las preguntábamos de una manera muy sencilla pero muy directa. Y yo sí me recuerdo que desde muy chiquita le hacía estas preguntas a mi mamá. Me recuerdo que una de las cosas que tenían mis papás y que había como mucho en el ambiente, en sus respuestas, era el sentido del humor, porque a veces las cosas estaban tan malas y tan graves y tan peligrosas, que se recurría a un sentido del humor para tranquilizarnos. Porque el nivel de miedo, de temor y de tensión que manejábamos era muy grande.

Mis papás manejaban muchísimo la tensión

Se hablaba mucho de gente desaparecida, de gente que habían matado. Vivimos, por ejemplo, a flor de piel, todos los atentados violentos que sufrían dirigentes, que sufrió mi propio papá en muchas ocasiones. Entonces, las preguntas que hacíamos eran no tan comunes en niños y niñas, sino que eran muchas veces existenciales, profundas, de todo, y desde un punto de vista muy crítico y a veces, como que con ese sentido del humor muy propio de Guatemala para poder palear, digamos, la tensión que se vivía en algunos momentos.

Por ahí ya me voy recordando de algunas preguntas que también mis hermanos hacían que eran así como muy profundas. Por ejemplo, me recuerdo que mi mamá, como las mujeres eso hace-

mos, estamos encargadas por género a establecer y fortalecer, hacer que permanezcan los lazos sociales y familiares. Entonces ella fue siempre como muy atenta a que cumpliéramos con todos los rituales religiosos y familiares. Me recuerdo que en alguna ocasión nos estuvo enseñando catecismo y para poder hacer la primera comunión y este tipo de cosas. Y nos estaba haciendo un día unas preguntas sobre el catecismo y para ver que qué respondíamos, porque íbamos a hacer la primera comunión. Por supuesto, todo encerrado y en la clandestinidad, porque todo eso no lo podíamos hacer fuera, porque estábamos escondidos, prácticamente. Vivimos muchas veces meses escondidos, sin ir a la escuela, etcétera. El partido, llegó un momento en que estaba metido en la casa donde vivíamos. Entonces el partido y la casa era casi lo mismo.

Me recuerdo que mi madre nos preguntó que quién era Dios. Uno de mis hermanos, que tenía como ocho años, tal vez, le contestó: nadie sabe quién es Dios. Esa fue su respuesta. O sea, teníamos tal nivel de discusión, con tanta amplitud, que no contestó lo esperado, digamos, para la primera comunión, sino que contestó lo que nos habían enseñado desde el punto de vista crítico. Entonces mi mamá se mató¹¹⁵ de la risa. Yo me recuerdo estar observando porque yo era mucho más chiquita, tenía como seis años, y entonces mi mamá le dijo: “no, mijo, no tenés que contestar eso, tenés que contestar lo que dice en el catecismo”. Porque mi hermano contestó: nadie sabe quién es Dios. Esto fue muy cómico, porque respondíamos desde un punto de vista crítico y no lo que estaba en el libreto.

Precisamente nos habían enseñado siempre a estar en contra del libreto, o lo institucional, o lo que venía del gobierno era lo que estaba mal y a lo que nos teníamos que oponer y a lo que nos teníamos que rebelar. Rebelarnos contra las instituciones en ese momento, contra ciertas potencias como los Estados Unidos que estaban interfiriendo en Guatemala, para continuar la guerra que estaban proveyendo las armas para que hubiera guerra en Centroamérica. Desde muy chiquitos y chiquitas, teníamos claro que la institucionalidad, en principio, era mala y no teníamos que volver a ella y mas bien, rebelarnos e intentar transformar un sistema que era injusto.

Fue una niñez muy compleja y hasta el día de hoy yo creo que todavía seguimos, como me dijo una psicóloga, por los sueños que yo le describí, me dijo: “ustedes todavía no han superado el estrés postraumático, tú lo sigues viviendo aún ahora en tus sueños”. Porque ¿cuáles son mis sueños? Que estamos en lugares extraños, que estamos huyendo entre mucha gente, con la familia y mucha gente en la casa, en lugares que no conozco, que nos están persiguiendo, que tenemos que huir, eso es lo que yo sueño ahorita. Entonces la psicóloga me dijo: ustedes no han superado el estrés postraumático que vivieron los primeros 15 años o 20 años de su vida.

Vivencias traumáticas

Puedo mencionar tres eventos que tengo en mi mente y que siempre los recuerdo como a flor de piel. Uno era que a cada rato, cada vez que mi papá tenía un atentado o una amenaza, o que había un atentado que podía ponernos en riesgo, la seguridad nos llegaba a sacar a la carrera y así urgentemente, de las clases del colegio o de las clases, por ejemplo, yo iba a clases de ballet y me llegaban a sacar, la seguridad, así corriendo, porque algo había pasado. No sé que tanto digamos, pero estoy segura de que para mis hermanos fue algo muy parecido. Fue una constante que me marcó y que tuvo un impacto en mi vida física, emocional y psicológica. Incluso en mi relacionamiento con mis amigos y amigas, porque esas situaciones no permitían que nosotras y

¹¹⁵ Se desternilló de la risa.

nosotros, o por lo menos en mi caso, pudiéramos tener como amistades constantes. La regla era la inestabilidad. Eso me marcó, en mi mente... parece como peliculesco ¿verdad? Pero fue una realidad que yo viví constantemente en los primeros diez años de mi vida. Eso fue una.

La segunda fue cuando, por ejemplo, le hicieron los atentados directos a mi papá. El primero que le hicieron fue el 14 febrero del año 1981¹¹⁶. Me recuerdo que fue muy simbólicamente importante porque fue el día del cariño. Yo creo que hasta incluso a propósito lo hicieron el día del cariño. Me recuerdo muy bien porque también me marcó mucho. Estábamos viviendo en la única casa que tuvimos siempre, que era una casa pequeña de colonia, que en ese entonces, éramos una familia de clase media, y era en las afueras de Guatemala, en la colonia Mirador I, que es donde ahora está Tikal Futura¹¹⁷. Recuerdo muy bien que mi mamá recibió una llamada en la cual pues le informaban que a mi papá le habían hecho un atentado, que casi lo habían matado, que era un atentado por parte del ejército y la policía porque era una dictadura. Estaba el presidente Lucas en el gobierno y nos teníamos que ir en ese momento, porque lo más probable era que nos llegaran a buscar ahí para intentar agarrarnos a nosotros, porque aparentemente no lo habían matado pero que casi lo habían hecho.

Y entonces mi mamá, como ya estábamos entrenados y entrenadas, nos dijo: vayan a traer... porque lo único que escuché a mi mamá a decir, “¿y está bien?” Sí, está vivo. Entonces colgó y nos dijo: vayan a traer una mochila, arreglen una mudada de ropa y nos vamos. Y entonces, ya estábamos aleccionados, ya sabíamos lo que había que hacer, incluso pues ni llorábamos ni nada, pues, porque ya estábamos acostumbrados a eso. Y fuimos, corrimos a traer la mochila, metimos lo que pudimos y nos fuimos a la casa de mi abuelita que nosotros le decimos mamá, que es donde estaba prácticamente funcionando el partido -porque el partido ya estaba bajo mucho peligro, ya se había cambiado de sede varias veces y ahí funcionaban muchas cosas- me recuerdo que cuando nos fuimos era de noche, y me recuerdo del momento en que entramos a la casa de mi abuelita y estaba la camioneta blindada que mi papá tenía, pero no blindada así como las que vemos ahora, sino que era un blindaje hecho a mano, porque no tenían dinero mis papás como para comprar una camioneta blindada de las mejores. Entonces recuerdo esa visión de cuando yo entré y vi la camioneta que estaba repleta de disparos, o sea, todos los vidrios estaban quebrados, no había un espacio en que no hubiera un balazo en la camioneta. Para mí fue devastador, y en ese momento yo dije: “mi papá está muerto. No... no puede ser que haya sobrevivido”. O sea, yo no sabía claramente qué había pasado. Entramos y salió mi papá, nos saludó y fue una cosa muy emotiva porque de verdad es un milagro que se haya salvado. Él estaba solo con un guardaespaldas y entre él y el guardaespaldas lograron huir.

Desde ese día nunca jamás regresamos a nuestra casa. Yo tenía nueve años, perdimos todo porque luego de eso tuvimos que dejar la casa. Estuvimos escondidos después de eso, como seis meses, ya sin ir a la escuela, sin hacer nada, durmiendo en el suelo, y conviviendo en la misma casa, entre el partido y la familia. Y ahí funcionaba todo. Y después de eso nos tuvimos que ir exiliados a Estados Unidos con mucho, mucho temor, porque la pasada por el aeropuerto era lo más peligroso que podía haber, porque regularmente a los dirigentes que luchaban por la democracia o que eran enemigos del gobierno, los agarraban en el aeropuerto y de ahí nunca apare-

¹¹⁶ El 14 de febrero de 1981, siendo secretario general del partido Democracia Cristiana Guatemalteca, su furgoneta blindada fue atacada con granadas y metralletas en el centro de la capital por un comando, presuntamente bajo las órdenes del presidente militar de turno, el general Fernando Romeo Lucas García.

¹¹⁷ A la altura del Km 7.5 sobre la Carretera Interamericana (CA1).

cían. Desde ese entonces que agarramos esa mochila y nos fuimos, nunca más regresamos a nuestra casa, nunca más volvimos a ver nuestras cosas. Todo las cosas de nuestra niñez las perdimos porque luego llegó Ríos Montt y saquearon esa casa, y se robaron todo en un intento de encontrarnos y llevarnos, el ejército botó el portón y se quedó ahí tres días esperando que llegáramos. Pero afortunadamente nosotros ya nos habíamos ido. Esa visión, digamos, de ese momento, de cuando recibió la llamada mi mamá y arreglamos la mochila; nos fuimos a la casa de mi abuelita; esa visión del carro baleado de mi papá pues, muy mal, con sangre, con todo. Toda esa visión es algo que es difícil olvidar.

Y también tengo otra que es un poco cómica, pero que también tengo muy presente porque en parte me sentí muy mal. Mi papá nos enseñó a disparar desde muy pequeños y pequeñas. Íbamos mucho a la playa de Iztapa¹¹⁸, a la casa de unos tíos, que eran los únicos aliados y eran los únicos que tenían el dinero para tener una casa en el puerto. Entonces, íbamos ahí todo el tiempo y cada vez que iba teníamos que huir y no estar en la ciudad, mi mamá nos llevaba ahí y nos escondíamos. Estábamos temporadas, hasta un mes medio. En una de esas oportunidades estábamos en la playa y ahí mi papá... se ponían a practicar, a disparar, digamos, para entrenar. Y yo tenía como, tal vez como siete años, y mi papá vino y me dijo: “Bueno, yo creo que ya estás en edad para poder sostener un arma y poder aguantar” (el rebote del arma). Eso lo hizo sin consultarle a mi mamá, sin más, y fue algo impulsivo de mi papá. Y me dijo, “tienes que hacer esto”. Y me puso el arma y me detuvo, y cuando solté el disparo, el impacto fue fuerte, se me soltó el arma porque mis manos eran muy pequeñas, y cayó en la arena. Y mi papá se enojó mucho porque la pistola se ensució toda de arena y limpiar una pistola con arena es algo *next to impossible*¹¹⁹. Yo me sentí muy mal, porque yo sólo era una niña y sentí que le fallé a mi papá. Eso se me quedó mucho en la mente, digamos, el enojo de mi papá, el hecho de que tal vez estaba enojado con él mismo por haberme puesto tan chiquita a hacer eso y fue una tontera de él, pero lo que yo sentí en ese momento fue que fallé, hice mal las cosas y yo las quería hacer bien y le causé problemas a mi papá. Ese tipo de vivencias las recuerdo mucho todavía.

El exilio siendo joven

En Estados Unidos viví siete años, desde 1981 hasta 1988. Mis papás ya estaban en el gobierno cuando yo regresé, pero como estaba estudiando entonces ellos creo que querían que uno de mis hermanos mayores, que se quedó allá con nosotras y nosotros, terminara el high school y nos dejaron todavía allí un par de años, a pesar de que ellos ya estaban en el gobierno. Veníamos para las vacaciones porque ya era más seguro, pero pasamos siete años allá, solo el primer año y medio se fue mi mamá con nosotres. Después nos quedamos solos y solas porque mi mamá se tenía que regresar con mi papá a trabajar, apoyar la causa.

Me recuerdo muy bien cuando mi mamá se regresó y nos dejó con nuestra nana que fue la que adoptamos, digamos, la nana de toda la vida, que es como nuestra segunda mamá, se quedó con nosotros allá. Mi mamá estaba muy, muy contrariada, muy consternada porque nos estaba dejando. Era o dejar a sus hijos e ir a apoyar la causa y a mi papá, o quedarse y no apoyar a mi papá y no apoyar la causa. Ella tuvo que tomar una decisión muy difícil de dejarnos y por supuesto para nosotras y nosotros fue muy difícil también quedarnos solos. Yo tenía como 11

¹¹⁸ Situado a orillas del Océano Pacífico, el Puerto de Iztapa está ubicado en el departamento de Escuintla, a 111 km de la capital del país.

¹¹⁹ Una traducción sería “casi imposible”.

años, tal vez cuando ella se regresó y yo pensé: qué puedo hacer para que mi mamá no se sienta mal, para que se sienta tranquila y sepa que está haciendo lo correcto a pesar de que nos cuesta a nosotros. Yo me sentía muy triste y yo dije: quiero hacer algo que le dé como la fortaleza que necesita para poder regresar a luchar por la democracia. A los 11 años era lo que pensaba y le escribí una notita y le dije: Mamá, mire la notita hasta que esté en el avión, porque no tenía nada más que darle, o sea ¿qué más le podía dar y qué más podía hacer? Y le escribí en una notita: Siga, le puse, siga adelante con valor y fe o siga en la lucha con valor y fe. Así fue la nota. Una niña de 11 años y le escribió ese mensaje. Ella leyó el mensaje, y muchos años después, me dijo: “Ese fue el mensaje que me dio fuerza para seguir adelante”.

Fue una etapa muy difícil, una etapa de vivir muy en soledad. Pasamos de vivir todo el tiempo con gente a vivir en soledad, en los Estados Unidos. En soledad no solo de gente en sí, sino que en soledad del tipo de vida que estábamos viviendo, porque era una vida muy humilde, muy encerrada, con muchos sacrificios, y además con mucho miedo, temor de lo que les fuera a pasar a nuestros papás acá. Sobre todo porque éramos adolescentes, que es una etapa especialmente difícil en el crecimiento.

Mi mamá no solo nos hablaba, sino que miraba programas con nosotros, miraba las noticias, leía libros sobre estos temas, discutía por teléfono, porque estaba allá. Estuvo como un año y medio allá e incidiendo, digamos, y buscando apoyos políticos para presionar, para que en Guatemala regresara la democracia. Pues escuchábamos las reuniones, las conversaciones que tenían, los análisis cuando se juntaban con los amigos y amigas que estaban trabajando allá, de Guatemala o de Centroamérica. Con el embajador de Guatemala se ponían a analizar, a discutir, o sea, sí crecimos en ese medio y le hacíamos preguntas. A mi mamá, le hacíamos preguntas de qué era lo que exactamente estaba pasando, que nos aclarara qué estaba haciendo realmente el ejército y qué estaba haciendo la guerrilla.

¿Están matando pueblos enteros? No se hablaba de genocidio

Yo le pregunté a mi mamá si era cierto que la guerrilla también estaba matando gente o si era el ejército y qué era lo que estaba pasando en las comunidades. No entendíamos, por ejemplo... a veces yo no entendía por qué razón estaban matando a los pueblos indígenas. Recuerdo que le pregunté varias veces a mi mamá. Como nosotros crecimos con un sentimiento profundo democracia, digamos, un sentimiento profundo de que todos y todas teníamos los mismos derechos y nos merecíamos vivir con dignidad, con un profundo sentimiento de que lo correcto era que hubiera justicia social en Guatemala. Yo preguntaba ¿pero cómo puede ser posible? Es que yo no entiendo cómo un gobierno asesine a su misma gente. O sea, yo no comprendo eso. Para mí era tan irracional y tan ilógico hacer algo así, matar a su propia gente. Incluso le pregunté muchas veces si era cierto porque habían tantas cosas que se decían. A veces no se sabía bien qué era la realidad y que no. Entonces yo le decía mamá, ¿es cierto eso de que están matando pueblos enteros, de que están quemando a la gente, que están matando a las mujeres, a niños y niñas? ¿Cómo puede ser posible? No entiendo eso. No tiene lógica. Y sí, incluso me recuerdo que se lo pregunté una vez hasta llorando.

Recuerdo que nos explicaba que muchas veces la maldad humana podía llegar a extremos por la ambición de poder, de dinero, de poder en general, de control, de tener el control del poder, y esa ambición cegaba a las personas. Y esa ambición desmedida era lo que tenía a Guatemala así, porque las personas en el poder lo que querían era proteger un sistema, y proteger a un grupo de

personas que tenían los privilegios, el dinero, las tierras, tenían todo y lo querían mantener. Básicamente, lo que nos decía era que eran personas que se oponían a la democracia y que a todo el mundo tuviera el mismo acceso al desarrollo, el mismo acceso a tierras, el mismo acceso a derechos en general: se oponían a que el sistema cambiara.

Era lo que nos explicaba mi mamá, porque con mi papá no mucho teníamos esas conversaciones, porque mi papá estuvo muy ausente de nuestro crecimiento. A él lo mirábamos esporádicamente y cuando lo mirábamos siempre estaba trabajando. O sea, no tengo muchas memorias de vivencias personales o familiares con mi papá. Pero mi mamá sí nos explicaba, desde la racionalidad, que era la forma en que nos habían educado siempre, nos decía: “a veces la humanidad, y sobre todo los hombres, pierden de vista la razón y pierden de vista la humanidad, la solidaridad con sus seres connacionales por la ambición desmedida y por ideas anticuadas de querer conservar todo el poder y todo el dinero y todas las tierras. Lo mismo que ha pasado en la Historia, nos decía, de que han habido guerras. Para, entre bandos, a ver quién conserva más el poder y controla más a los pueblos, a los países. Pues lo mismo está pasando en Guatemala y cuando eso se lleva a sus extremos, sobre todo los hombres pierden la razón, no piensan y hacen este tipo de cosas que son incomprensibles”. Siempre nos dio el mensaje: es incomprensible cómo pueden llegar a estos extremos, pero es incorrecto. No es lo correcto, y por eso estamos luchando, para que eso cambie, tengamos democracia y que hayan derechos humanos.

Lo que nos explicaban sobre la guerrilla es que eran personas, dirigentes políticos y personas del pueblo que se habían hartado de esas injusticias y que se habían opuesto al sistema, yéndose, digamos, optando por esta opción de guerrillas, violenta... porque creían y tenían la convicción de que era la única manera de lograr conseguir el poder y lograr cambiar el sistema. Y que muchas, muchas personas habían optado por esta opción, pero que no creían que era lo correcto.

Lo correcto, creían mis padres, era que teníamos que lograr la democracia por medios pacíficos y nos hablaban de muchos personajes que habían logrado esa lucha. Por ejemplo, en otras guerras en otros países, personajes como Mahatma Gandhi, personajes de los derechos civiles en Estados Unidos: Martin Luther King, del presidente Kennedy, nos hablaban mucho sobre el Che Guevara, y de la lucha revolucionaria en Cuba, y cómo eso se había llevado a otros países y que esa inspiración de esa lucha armada era la que había llegado a Guatemala, pero que tampoco la lucha armada era lo correcto según su enfoque. Nos hablaban mucho sobre hechos históricos, y todas las narrativas en nuestra vida eran eso, tanto en la música que oíamos como en los libros que nos ponían a leer, en los programas que mirábamos. Todo giraba alrededor de esta narrativa de oponerse a un sistema injusto, pero que lo correcto y lo más difícil era oponerse de manera pacífica. Cuando nos hablaba de la guerrilla nos decían que están peleando por algo correcto, pero por la vía incorrecta. Mi mamá leía muchísimos libros, nos compraba libros históricos que tenían ese enfoque, libros de historia que tenían muchas fotos de diferentes países. Ahorita no me recuerdo los títulos, pero sí me recuerdo que nos leía muchos libros. Así fue como nos fue enseñando todo esto.

2.3 Fue una violación contra un grupo del pueblo maya, los ixiles

Me llamo Antonio Caba Caba. Ya voy a ajustar los 51 años de edad (1971). Desde hace 22 años fundamos la Asociación Justicia y Reconciliación (AJR). Nací y vivo en Ilom (Chajul, Quiché), aquí creo que me voy a morir. Mis dos padres viven todavía.

Como una pantalla de televisión

Mi vivencia, desde mi niñez, son recuerdos un poco... dolorosos y son cosas que uno no puede olvidar. Por ejemplo, en los años 1981-82, es cuando ya el ejército empezó a llegar en el municipio de Chajul, Cotzal y Nebaj, especialmente al área ixil. El ejército dominó el Triángulo Ixil. Yo tenía 11 años en 1982 cuando el ejército entró en la comunidad.

Mucho más antes, nosotros vivíamos muy felices, muy tranquilos. La gente se dedicaba solamente al campo, al cultivo de la sobrevivencia para el consumo diario. La gente tenía sus posesiones culturales, sus costumbres: lo que es la espiritualidad maya. Mi abuela hacía su costumbre en un lugar muy sagrado para ella. Así vivía la gente pero, desgraciadamente, cuando llegó el ejército en 1982 y empezaron a destruir esa cultura que tiene la población ixil, especialmente en mi comunidad¹²⁰, y no solamente en mi comunidad, sino en diferentes comunidades del área ixil. Y es así como fueron destruidos porque la gente antes trabajaban en conjunto, se ayudaban en diferentes trabajos, como la construcción de casas o la siembra, o recoger la cosecha del maíz, del frijol, se ayudaban unos a otros. Pero eso es lo que vio el ejército, que la gente estaba unida y en trabajos comunes para la comunidad. Se ayudaban en aspectos personales de cada quien, entre ellos mismos en las labores de su siembra, de su cosecha.

Era así cuando el ejército llegó. Lo que sabemos hoy es que la guerrilla ya existía, porque la guerrilla se originó dentro del ejército, no empezó en el área ixil, no empezó en ningún departamento, sino la división empezó dentro de los militares. Fue así que cuando la guerrilla se creó, entonces el ejército se enfocó en nosotros, como que ya estamos vinculados en ese caso, pero no era así. En 1982, vinieron y destruyeron la comunidad y hubo tantas matanzas, destrucciones de viviendas, destrucciones de cultivos. En mi comunidad mataron 95 personas, en otra aldea que se llama aldea Chel¹²¹, mataron 150 personas entre niños y mujeres y ancianos. En Estrella Polar, que es otra comunidad que está alrededor de mi comunidad, que es Ilom, mataron 90 personas y por parte de Nebaj, también mataron casi como 50 personas y quemaron todas las viviendas.

Eso es lo que yo recuerdo, lo que yo siempre tengo presente en mi mente, como que fuera una pantalla de televisión que lo tengo encendido, tengo en mi mente siempre esa situación, uno no puede olvidar, es imborrable. Uno no puede olvidar ese tema. Siempre lo tenemos presente en nuestra mente, cuando vamos a trabajar, lo recordamos a cada rato, cuando caminamos, y cuando vamos viajando siempre está presente en nuestra mente esa situación. Como les digo, es un poco tristeza, es un poco doloroso escuchar o mencionar esto, pero es una verdadera vivencia que yo viví como uno de los niños que sobreviví en esa masacre. Yo no pude tener estudio, no había maestros desde ese entonces, durante los años 1982-83, ya no había médico, ya no había educación. Ni siquiera nos permitieron ir al centro de salud, ni teníamos derecho a la salud, ni a la comida. Más que todo fue una violación totalmente contra un grupo, el de pueblos mayas, que somos nosotros como ixiles.

¿Esos señores son tus amigos?

¹²⁰ Véase: *Caso ilustrativo No. 61 Masacre de la aldea Ilom*; CEH, 1999, y https://memorialparalaconcordia.org/?page_id=2686

¹²¹ Véase: *Caso ilustrativo No. 60 Masacre de la aldea Chel*. CEH, 1999.

Lo que yo viví en la masacre fue que llegó el momento del ingreso del primer grupo del ejército. La primera vez que vi en mi vida al ejército era yo un niño, al final de 1979 cuando llegaron aquí en la comunidad de Ilom. En ese momento no hicieron nada, vinieron como 150 soldados, estuvieron allí en la plaza de la comunidad. Luego como 30 de ellos se dirigieron a la dirección donde yo vivo, y llegaron con mi papá, que tenía matas de caña sembradas alrededor de su casa, así como tengo mis plátanos, o mis bananos aquí alrededor de mi casa hoy, y no solo caña, gūisquil y entre otras cosas que mi papá lo tenía sembrado. Llegó el ejército y se sentaron alrededor de la casa, pero detectando, o sea vigilando y viendo si mi papá era sospechoso, y como ya yo era niño, le pregunté a mi papá y esos señores quién son, ¿son tus amigos?

O sea, uno niño no sabe quién es la persona, nosotros no sabíamos qué es ejército, cómo se forma un ejército, tampoco sabíamos sobre las armas que llevaban. Y como mi papá había escuchado que ya el ejército estaba matando por la costa sur, mi papá escuchaba a la gente que iban a la finca, y contaban que ya habían iniciado los secuestros, matanzas, y mi papá venía a contar. Entonces, esa vez, los soldados vieron a la caña de mi papá y cortaron la caña, y luego empezaron a masticar la caña y luego se fueron, dilataron como diez, quince minutos alrededor de la casa y luego se fueron. Luego mi papá empezó a discutir con mi mamá, que “mire ya vino el ejército aquí, y yo ya escuché en las fincas que ya están masacrando, ya están matando gente, entonces no sé qué vamos a hacer porque es señal que ya van a venir aquí, dijo mi papá a mi mamá. Empezó una discusión entre mi papá y mi mamá sobre ese tema y yo escuchando.

Ya después, en 1982, el 15 de enero, llegó un grupo del ejército en la noche, como a las diez de la noche y secuestraron a aproximadamente entre 30 ó 40 personas esa noche. Y como la luna estaba tan brillante, no había nubes, entonces escuchamos los gritos de los que estaban siendo torturados y mujeres que estaban violando los soldados. Luego que mi papá nos levantó, nos hizo despertarnos, salimos y entramos en la montaña. Mi papá nos fue a dejar escondidos, y me dijo: “yo voy a ir a ver al arroyo del terreno, voy a ver quién es el que está matando la gente”, dijo mi papá y le dijimos que no se vaya, pero se fue y cabal los fue a encontrar, y así, vigilando y cuidadosamente, iba atrás de los soldados. Y después de más o menos una hora volvió mi papá otra vez con nosotros. “Los soldados son, no son otros grupos, sino son soldados”. Ya se fueron a la finca La Perla, agarraron para allá, porque allí está el destacamento. Dejaron muerta a una señora de 70 años y secuestraron a los hombres. Y fueron desaparecidos y nunca supimos a dónde los fueron a tirar o a matar.

La guerrilla fue el pretexto para destruir al pueblo maya ixil

Después del 18 de febrero volvieron los soldados otra vez, llegaron a la comunidad. Nosotros acabamos de salir del campo con mi papá, de la milpa, y de repente, eran como las cuatro de la tarde, y hay un cerro que está alto desde donde se ve totalmente la comunidad. Llegamos allí junto con mi papá y junto con otros compañeros, porque ya iban en grupo a trabajar, porque ya había mucho miedo y siempre la gente está acostumbrada de ayudarse entre ellos. Cuando ya regresamos, ya la comunidad estaba totalmente silenciosa, ya no hay nadie que camine en la calle. Después caminamos como unos cinco minutos más, cuando de repente encontramos un señor que estaba ya destrozado su rostro, por la bala que le dispararon desde atrás de la cabeza y le explotó la cara. Es allí donde vimos la matanza, en ese momento mataron casi 20 personas y quemaron diez casas, y secuestraron una mujer que era recién casada con su esposo y se la llevaron. Ya nunca supimos de la mujer de esta persona y se fue. Y desde ese momento, cuando

llegamos a la casa mi mamá estaba llorando, entonces ya nosotros estuvimos muy preocupados porque ya había matanzas en esa comunidad. Así fue esa primer masacre y secuestro de las personas por parte del ejército de Guatemala.

Yo tenía once años y al ver eso, estuve preguntando a mi papá ¿por qué nos pasa eso? Y él me dijo que tampoco sabía por qué. Solo sabía que había un grupo de guerrilleros y ya por causa de la guerrilla, como que piensan que somos parte de la guerrilla también y en esa forma nos matan o nos destruyen, o nos persiguen porque ya piensan ellos que todos somos guerrilleros, pero no somos de esa clase de persona y ni lo sabemos dijo mi papá. Pensaban que somos guerrilleros, porque la guerrilla, para el ejército significaba como que estábamos buscando el poder, pero no es así, ni tenemos conocimiento del poder del país. Poco tiempo después, descubrimos que el pretexto era perseguir a la guerrilla, pero el verdadero objetivo era el destruir totalmente a la población, era desaparecer el área ixil, porque según el presidente Romeo Lucas García ya tenía una ley, era desaparecer el ixil del mapa. El pretexto era buscar la guerrilla, pero no era así, sino que la intención era eliminar al pueblo maya ixil.

Las secuelas están en el cuerpo

Cuando el 23 de marzo llegaron los soldados y mataron los 95 personas, pues ese día no comí, no bebí ni un poco de agua, me sentía triste, me sentía como entre el fuego, o como cuando uno ya no aguanta nadar en el agua, uno se siente como que uno se va a morir, es igual. Yo me sentía totalmente triste, estábamos llorando, preocupados por nuestra vida y por nuestra mamá, por nuestro papá, porque no sabíamos si vive todavía o ya lo mataron, porque uno por uno lo estaban sacando a las personas. Yo sí, las secuelas de esa vivencia siempre las uno lleva en el cuerpo y hasta ya uno puede padecer una enfermedad. Lamentablemente es muy, muy, muy triste esa vivencia de nosotros como niños, porque nos quedamos con la única ropa que llevábamos, porque quemaron todas las casas. Terminaron la masacre en Ilom el 23 de marzo, luego encendieron fuego en las casas, y solo nos queda estar llorando, como niños.

Después de la masacre, vigilancia

Tuvimos que desplazarnos a un anexo de la finca. No nos quedaba de otra porque los que sobrevivieron pidieron que los soldados los dejaran ir a la finca. No importa si van a estar como esclavos, lo importante era que uno pueda sobrevivir y es así como nos desplazamos a una finca que queda cerca de la comunidad. Siempre con la vigilancia del ejército, un año estuvimos desplazados en esa finca. Volvimos otra vez en 1983 a la comunidad porque no había conflicto, no había combate nada, no hubo guerrilleros que atacara al ejército, se dieron cuenta de que no había nada. Entonces llegó otro grupo de soldados, porque se cambiaban los soldados, y se organizaron como diez personas que se animaron y fueron al destacamento para pedir a los militares que los dejaran vivir en la casa, porque no hay nada, no somos guerrilleros y si fuéramos guerrilleros, ya hubieran atacado al ejército, pero aquí no hay nada. Entonces queremos volver a nuestra comunidad, no nos sentimos bien aquí, dijeron esas diez personas. Y eso sí, cuando volvimos otra vez a la comunidad, siempre bajo la vigilancia de los soldados.

Obediencia o muerte

Yo preguntaba muchas cosas ¿qué va a pasar? ¿Nos van a terminar o vamos a vivir? Mi papá decía: “No sabemos cómo vamos a vivir, porque a todos los está persiguiendo el ejército, a toda

la población y todas esas comunidades ya se destruyeron, no sabemos qué va a pasar, ni cuánto tiempo va a durar, va a durar esto, pero va a llegar un momento en que ya no, pero sólo espere-mos en Dios”, dijo mi papá. O sea, tampoco él sabía cuándo termina. Como toda la gente aquí era analfabeta, no sabían leer, ni escribir, ni hablar el castellano, lo único que se hablaba es el idioma maya ixil, mi papá me explicaba montones de cosas, como que tenemos que estar bajo obediencia al ejército, porque el ejército mandaba a mi papá a patrullar, lo mandaba a dejar leña al destacamento militar en 1983.

La gente lo hacía, todos eran obedientes para que no lo terminen. Y entre otras obligaciones, los soldados nos mandaban a cortar la milpa de los que estaban en la montaña. Y mi papá viene con la información, y fuimos a cortar la milpa, porque si no lo cortamos nos matan y van a decir que somos guerrilleros, entonces ya solo cumplimos la orden, decía mi papá. También nos obliga-ban a trabajar en la finca así, sin ningún sueldo. Mi papá trabajó mucho en la finca e incluso yo iba a ayudar a mi papá y no tenía bota, no tenía zapato. Yo iba así sin zapatos, descalzo. De esa forma sólo para salvar la vida, decía mi papá, solo hay que hacer caso, porque si no hacemos caso, los ejércitos nos van a matar.

Un año después regresamos a Ilom porque ya el ejército autorizó. Pero siempre y cuando el ejército va a estar en el Ilom y puso su destacamento en Ilom, según ellos, nos van a cuidar. Como seis meses estuvieron en Ilom y se fueron a la finca La Perla porque no había nada, no había ni un combate ni nada. Entonces se fueron y nos quedamos, pero dejaron organizada la autodefensa civil. Y ya a mediados de 1984 me obligaron a participar en la autodefensa civil, PAC (Cft. Cap. 2). Me iban a reclutar desde ese año, pero yo me huí y no lograron capturarme, pero sí lograron meterme en la autodefensa civil. En 1985, yo con 13 ó 14 años, en vez de dar-nos educación nos obligaron a ir a perseguir a la gente en la montaña.

Como autodefensa civil nos dieron armas, y si no, sólo llevamos machete, de esa forma nos obligaban. Tuvimos que respetar de lo que decía el ejército desde ese entonces, ir a hacer lo que nos ordenan. Si nos dicen hay que cortar la milpa, hay que quemar la casa de la gente, nos lle-vaban a la montaña y nos obligaban a perseguir nuestra gente. Toda esa situación fue lamenta-blemente cuando era yo niño, y llegué a ver que no eran guerrilleros a quienes están persiguien-do en la montaña, sino simplemente eran campesinos, igual que nosotros.

Alrededor del año 1990 me retiré de la autodefensa civil, porque no me gusta, a mí no me pare-ce. No me gustaba eso que estaba haciendo el ejército. Nos ponían castigos, rollos¹²², y nos obligaban a cortar la milpa mientras los soldados nos vigilaban. “Corta la milpa”, nos dicen, entonces tenemos que cortar la milpa. Si hay malanga hay que arrancarla y hacer picadito con machete. Y también echar fuego en la casa de la gente que están en la montaña. Y si no lo ha-cés, entonces eras como guerrillero y te matan. Sólo para sobrevivir nosotros haríamos esto, porque si no lo hacemos, ya éramos enemigos de ejército, muchos por eso lo hicimos.

Salir de las PAC

A inicios de 1990 yo me retiré del PAC. Ya estaban los procuradores de derechos humanos, me encontré con ellos, me explicaron el derecho que teníamos y que hay una ley que nos ampara. Me explicaron que no estábamos obligados a meternos al ejército, quienes están violentando la

¹²² Movimiento de gimnasia utilizado en entrenamiento militar.

ley. Pronto me interesé en ese tema. Me fui caminando a Chajul, ocho horas a pie porque allí estaba el procurador de Derechos Humanos, clandestinamente, estaba escondido y nosotros llegamos y los soldados nos preguntaban qué venimos a hacer. Y decimos que sólo a visitar a mi familia, tengo mis tíos y solo vengo a visitar. Así nada más, para yo pudiera ir a Chajul a recibir la capacitación en derechos humanos.

En 1994 me dieron un diploma, un reconocimiento sobre los temas que yo había aprendido y en 1995 me dieron otro diploma, otro reconocimiento y así aprendí a leer, aprendí la ley, aprendí un poco cómo defenderme. Allí fueron abierto mis ojos, y otros compañeros cuando vieron que actué de esa forma y los demás pues poco a poco se retiraron todos, y abandonaron el arma y ya no siguieron con las autodefensas civiles. El ejército venía a dar su discurso acá en Ilom, entre 1994 y 1995, decían que el que no quiere participar en el ejército solo recuerden de lo que pasó antes, siempre te vienen a intimidar, pero como yo ya sabía esa ley, ya no hacía caso y poco a poco nos organizamos y ya es así cuando logramos empezar a luchar aquí en Guatemala.

Paz y represión

Para nosotros los Acuerdos de Paz, del proceso de paz que llevaban, sólo hablaban de paz, pero no había paz, había represión todavía. En 1996 cuando firmaron los Acuerdos de Paz, para nosotros, como que no firmaron nada, porque al final de cuentas solo se quedó en papel y en práctica no. Como dice el dicho: solo en teoría pero no en la práctica. Para nosotros esa ley, esos Acuerdos de Paz, no significó que hay paz, lo único que pasó es ya no había matanza, pero políticamente hay represión. Entonces los Acuerdos de Paz, al final de cuentas, sólo quedaron como en papel y en prácticas no hay nada, no hay cumplimiento.

Lo que quedó en mi mente son todas las violaciones de lo que yo vi: cómo se vestían los soldados, como entraban en la casa, cómo rompían la puerta de la gente, cómo trataban a la gente, cómo encontraban la gente, los pateaban, con culatazos de arma. Amarraban a la gente con las manos atrás, la agarraban del pelo, los golpeaban en el estómago con puñetazos, con culatazos del arma. Todo eso es lo que yo recuerdo como que fuera pantalla encendido para mí. Recuerdo cuando sacaron uno por uno a la gente allá en la Iglesia Católica, y uno por uno lo mataban.

Yo estaba viendo que con patadas sacaban a la gente y escuchaba las balas cómo sonaban, y si no le pegan muy bien a la persona, se escuchaban los gritos agonizando de la gente, pedían auxilio, pero ¿quién se atrevería a auxiliarlas? Nosotros no teníamos conocimiento de manejar las arma, porque si nosotros hubiéramos sabido de armas, así como ahorita, es difícil que nos vengán a tocar, porque a nosotros, así como yo, el mismo ejército me entrenó para manejar las armas: yo ya sé como manejar una granada, un Galil, un M16, un AK47, un lanzacohetes, una pistola revólver 49, entonces ya es muy difícil que nos dejemos ahorita.

Pero todo lo que hacían allí, eso lo tengo en mi mente. Cuando terminó la masacre, me hicieron pasar con otros niños, éramos montones de niños, nos hicieron pasar entre los muertos y observamos esos muertos, a unos la sangre como salía, como goteaba en los rostros de las personas, los ojos afuera. A las mujeres la agarraban y las violaban entre grupos de soldados, un soldado la agarraba de los pies y de las manos, y otro soldado le apunta a la cabeza con el cañón del arma, y si no se deja lo van a balear, esa barbaridad es la que uno no puede olvidar.

La justicia es un negocio

Los que sobrevivimos, como niños, porque hay muchos ancianos que murieron por enfermedades... pero los que vivimos siempre platicamos de esa situación. A veces me encuentro en una tienda con mis amigos, que éramos niños en ese entonces y llegan los jóvenes que hoy tienen 20 años. Y empezamos a platicar con ellos y ya tienen otra mentalidad, ya no es igual que nosotros, porque la reacción de ellos es: ¿y por qué ustedes se dejaron? Hubieran, todos, mujer, niños, agarrar machete, piocha, azadón, piedras, todo porque ya se trata de muerte, y entonces tirar encima del ejército, con piedras, todos juntos a matar. Y si nos morimos, pero tenemos que matar al ejército. ¿Y ustedes, por qué se dejaron? Entonces, los jóvenes ya tienen otra forma de reacción, pero nosotros antes no sabíamos eso.

Entonces siempre contamos y hablamos la situación que así pasó. “¿Recuerdas vos que así pasó? Sí, yo recuerdo que el ejército pasó en tal casa, llevó la muchacha, violó a la señora. Llegamos al juzgado y ahí estaban el ejército y empezó la matanza”. Empezamos a discutir y a platicar esto. Al final pensamos que ojalá que esos militares que se vayan a la cárcel. Pero lamentablemente la justicia aquí, es una justicia de negocio. Entonces ahí donde no camina este caso.

Las nuevas generaciones deberían aprender en la escuela sobre esto

Mis hijos, yo tengo ocho hijos, ya son jóvenes de entre 24 y 31 años, y cuando comento con ellos esa situación, a veces cuando estamos cenando y nos sentamos en la mesa, empiezo yo a platicar y ellos atentos para escuchar. Cuando termino de contar, la reacción de ellos también es ¿por qué se dejaron? ¿por qué no agarraron algo para defenderse? Ellos dicen que es fácil atacar al ejército entre todos. De plano hay otras personas que platican con ellos, porque uno de mis hijos relató que un señor le contó lo mismo. Pero este señor le dijo que era fácil matar al ejército, porque a veces hay soldados que iban solitos y era fácil agarrarlos, lo que pasa es que no teníamos entrenamiento, no sabíamos hacer esas cosas. Por esa razón nada más nos dejamos, dijo el señor. Pero ahorita no nos vamos a dejar, dicen mis hijos. Yo siempre cuento esa historia no sólo a mi familia, sino también tenemos un grupo de jóvenes que estamos dando el tema de la memoria histórica, a ellos, más que las mujeres, participan en ese taller que, terminó hace poco. Queremos dar seguimiento, pero lamentablemente no tenemos tanto recurso y para darle algún almuerzo o alguna refacción y eso es lo que nos hace falta para seguir dando a conocer a los jóvenes hoy en el momento.

Los hijos preguntan y yo les cuento lo que pasó. Ellos dicen que los civiles se pueden defender aunque no tengan armas: se deben preparar con lo que tengan, desarmar a los soldados y con esas mismas armas, atacar. Pero lamentablemente nosotros no tuvimos ese entrenamiento y sufrimos la destrucción de las casas, la muerte de algunos familiares y el hambre.

Mi papá habla con mis hijos. Cuando van al campo a sembrar frijol o a hacer un trabajo, y se juntan con mi papá, él empieza a hablar esa historia. Cuando regresan mis hijos, me dicen, mirá papá, mi abuelo me contó sobre de lo que nos has dicho, pero mi abuelo empezó a llorar. Entonces yo le respondo: sí, es cierto, tiene razón, llora, pues quién no va a llorar si lo sufrió. Ustedes no pueden sentir, tal vez porque no lo vivieron, pero cuando uno lo vivió, uno siente el dolor que uno tiene dentro, sobre esa situación.

En la escuela no se enseña esto porque el Estado no quiere que las nuevas generaciones sepan. Nosotros somos los encargados de platicar eso con los jóvenes. Sólo una vez una maestra me invitó para hablar quién masacró en Ilo. Una maestra tomó esa decisión, me invitó y entonces hablé con los niños de sexto grado de primaria de lo que pasó. ¿Quién era responsable de la masacre? Pero otros maestros, no. No se habla de eso en la educación, no lo permiten. Yo quiero que lo hagan en la primaria, los básicos y en todo el sistema educativo del país. Pero lamentablemente el gobierno los tiene frenados a la educación y lo que hablan es sólo cómo convertirse en una empresa, pero nunca llegan a ser empresarios.

El juicio por genocidio

Lo que ha provocado el tema del genocidio en Guatemala es un gobierno racista, un gobierno dictador que tenemos. Ya quitaron todos los fiscales del Ministerio Público y a la Fiscal General, están persiguiendo a los jueces que hacen bien su trabajo. Creo que en Guatemala ya no hay democracia. Para ellos la democracia es solo ir a votar, pero no es así, la democracia es el equilibrio de la justicia, eso es la democracia. Todo el sistema de justicia está cooptado por los poderes económicos, los que cometieron los delitos en aquellos años. Es triste ver este país, y por eso hay muchos que emigran a Estados Unidos, porque no hay trabajo, no hay educación, no hay acceso a la tierra, no hay acceso a la educación, al salud. Eso obliga a la gente a viajar a los Estados Unidos, hasta incluso estoy pensando ir, por la extrema pobreza en que vivimos.

Hay suficiente tierra pero los ricos la tienen acaparada y siguen acaparando el agua, la minera... todo es explotación. Mientras tanto el gobierno haciendo préstamos al Banco Mundial, pero esos préstamos nunca llegan a las comunidades, a la población. Lo único que nos llega es la deuda que tenemos que pagar. Por eso uno piensa en migrar a Estados Unidos. No es fácil, pero hay que intentar y si uno lo logra, así se ven los cambios que hace la gente que han arriesgado la vida para dar educación a sus hijos, o compran terreno y su buena casa. Esa es la ventaja de las personas que logran llegar a Estados Unidos.

Cuando se dictó la sentencia de genocidio fue muy importante para mí, porque se logró romper la impunidad que existe en Guatemala. Y eso es lo que le duele mucho a las élites que viven en este país. Eso es lo que les duele, porque se rompió la impunidad en Guatemala. Y para remendar la impunidad lo que ellos intentan es perseguir a los jueces y al Ministerio Público. La sentencia significó mucho para mí, significó una historia en mi vida, significó un logro que ni nos imaginamos que sí íbamos a ganar. Es como entrar en un campeonato, ni sabemos si vamos a ganar, pero sabes que ganaste, cantas la victoria, significó victoria para mí, que en el mismo sistema de las elites estuvimos logrando esa sentencia de genocidio. Mi participación en el juicio fue de suma importancia, tiene mucho significado para dejar historia a la población, al pueblo de Guatemala y a mis hijos, a mi comunidad y a mi pueblo como ixil.

2.4 Mi papá fue parte del ejército

Me llamo Claudia Noack y nací en ciudad de Guatemala. Tengo 47 años de edad (1975). Mi papá fue parte del ejército.

La primera parte de la infancia –yo soy la primera de tres hijos– a mí sí me tocó vivir en las bases militares. Cuando yo recién había nacido y hasta que tenía como dos o tres años, vivimos en Poptún, Petén¹²³. Yo también estuve con mi papá en Playa Grande¹²⁴. En la capital vivimos en la colonia militar¹²⁵, entonces yo estuve expuesta a esa parte del conflicto armado. Con mi esposo comentamos mis recuerdos, porque mi esposo también es hijo del conflicto armado, pero él del otro lado, su familia es guerrillera¹²⁶. Cada vez que platicamos del tema, nuestros recuerdos son de cuando nos quedábamos sin luz porque habían dinamitado alguna de las torres de transmisión. Lo poco que se podía hablar del tema, aún siendo del ejército por cuestiones de política. Y ahora entiendo mucho de lo que pasaba antes en mi casa. Porque nosotros estuvimos como en medio de los dos lados y siempre hubo que estar corriendo. Yo tengo la dicha de conocer Panamá, Colombia y Estados Unidos, cortesía del conflicto armado.

La carrera de mi papá

Después de muchos años, yo trabajando en periodismo, me obsesioné con investigar la carrera de mi papá. Entendí, cuando fui al aniversario de la masacre de Cuarto Pueblo¹²⁷, el por qué teníamos que andar saliendo de la casa tan seguido: por desobediencia de órdenes directas, (mi papá) nos ponía en riesgo, y no éramos solo objetivo de la guerrilla, sino también de la contrainteligencia militar. A mí, más que a mis hermanos, me entrenaron como soldadito, a reaccionar en caso de cualquier emergencia externa. Mi papá me entrenó y me enseñó cómo disparar armas desde los cinco años, un poco de defensa personal y todo eso: cómo reaccionar en caso de que nos quisieran secuestrar. Era una situación tensa, y aunque no hablábamos mucho, nos preparábamos. Mi mamá también tomaba clases en el polígono de tiro.

Recuerdo que mi mamá casi no nos hablaba del tema refiriéndose a la guerra, sino ella nos decía que estábamos expuestos, que teníamos que entender que mi papá era militar. Que el país atravesaba por una situación difícil. Nosotros... yo, por el apellido, no podíamos exponernos tanto públicamente. Era complicado porque yo era seleccionada nacional de básquetbol. Desde los cinco años estuve expuesta a disciplinas como la gimnasia olímpica, y era parte de la selección, era una situación bien tensa. Mi mamá me decía “no des tu apellido paterno, da el materno”; “no digas que eres hija de tu papá”; “menciona que tu papá trabaja en el extranjero”. Teníamos que vivir una doble vida, porque no podíamos decir abiertamente que yo era hija del coronel Noack.

Mi papá estuvo involucrado en el golpe a Ríos Montt¹²⁸, y alrededor de 1982 tuvimos que salir del país porque el ejército andaba detrás de nosotros. Nos fuimos a Miami y estuvimos en Flori-

¹²³ Se refiere a la Zona Militar No. 23. Esta fue creada el 6 de octubre de 1955, según Orden General del Ejército No. 1776, como “Base Militar de Poptún”. A partir de 1985 lleva su nombre actual, pero su sede cambió a Flores, Petén, en 1988; y desde 2003, se ubica en el Parque Nacional Tikal.

¹²⁴ A inicios de 1980 se fundó en Ixcán, Quiché, la Zona Militar No. 22, la que según el propio Ministerio de la Defensa, “tenía bajo su responsabilidad el municipio de Ixcán, Quiché y la parte noroeste del departamento de Alta Verapaz. Desde 2009 funciona en la aldea Playa Grande, la Sexta Brigada de Infantería “Coronel Antonio de Irisarri”. Véase:

https://www.mindef.mil.gt/Organizacion/3fuerzas_aire_mar_tierra/fuerza_tierra/b/b6/b6_historia.html

¹²⁵ Muchos familiares de militares en Guatemala residen en áreas habitacionales exclusivas.

¹²⁶ Véase: *Toda mi familia estuvo en la guerrilla*, pág. 231.

¹²⁷ Ocurred el 30 de abril de 1981 en el centro urbano. *Caso ilustrativo No. 4. Masacres en Cuarto Pueblo*. CEH, 1999.

¹²⁸ El golpe de estado contra Ríos Montt fue liderado por el general Óscar Humberto Mejía Víctores, el 8 de agosto de 1983.

da un tiempo. En otra ocasión, yo recuerdo que a mi papá lo dimos por muerto porque hubo, no sé, una operación de rescate, en Quiché, no sé dónde... el pelotón de mi papá sufrió un ataque directo de una columna de la guerrilla, y a mi papá y a dos de mis tíos –que casi todos son militares– los dieron por muertos, pero como al mes aparecieron y nos tuvimos que ir del país un buen rato. Para poder regresar hubo que esperar. Primero se vino mi papá, y luego nosotros...

Yo estaba muy pequeña pero me acuerdo que la instrucción de mi papá era: tú eres la encargada de la seguridad de tus hermanos. Siempre tuve eso encima. Mi hermano es tres años menor que yo, y mi hermana siete años menor, y nos tocó a los tres, aprender de armas, de defensa, de técnicas de escape. Pero ya a mis hermanos no hubo tanta presión como conmigo, yo sí, fui soldado desde chiquita. Habré tenido ocho años, y todavía hasta los dieciseis, que yo me recuerde. Ya cuando tuve dieciseis años, ya estábamos en las últimas del conflicto pero todavía no podías decir con libertad que formabas parte de una familia militar o de familia guerrillera.

Mi vida universitaria

Yo entré a la Universidad de San Carlos de Guatemala en 1993, y no se había firmado la paz. Mi papá me dijo que era una sentencia de muerte (matricularse en esa universidad), especialmente con el apellido. Yo no lo creí hasta estar allí, que sí, con una lista de todos los hijos de militares nos llegaron a sacar de nuestras aulas, y nos tocó ser bautizados a fuerza, en la Plaza de los Mártires por ser hijos de militares. Tres años después se firmó la paz (1996), y ya la cosa fue un poco más liviana, aunque seguí siendo siempre la hija del militar.

La universidad tenía esa tradición retrógrada de que a todos los nuevos aspirantes, en las carreras de ingeniería, agronomía –derecho hacía fiesta– pero arquitectura, agronomía, farmacia... hacían un bautizo que era bien humillante. A los nuevos estudiantes les hacían pedazos el cabello. Habían dos piletas en el campus central, y las piletas se pasaban llenando de basura, allí tiraban los desperdicios de todo, tiraban hasta perros muertos, era un asco, era una masa verde, café (marrón)... y todos los nuevos tenían que nadar en esa pileta. Yo evité esas carreras para no tener que pasar por esa agresión física, y me fui a ciencias de la comunicación, pero nos llegaron a sacar del aula. Yo tenía otro compañero, hijo de otro general en Petén, de apellido P y... “A Sergio P y Claudia N, para afuera”... nos fuimos y en la Plaza de los Mártires nos bautizaron. Era una pestilencia espantosa, que era como una “marca registrada” de la Usac. Recuerdo que uno de los Reyes Feos¹²⁹, nos llegó a dar una trapeada¹³⁰, a decirnos, aquí por ser hijos de militares, nos decían: “Ustedes entiendan que son hijos de la mierda en este país, y entraron a la universidad de Guatemala por suerte”; “los tenemos por nombre y apellido”; “sabemos en donde están”; “cuidense las espaldas”, o sea, una cosa...

Y mi papá me lo dijo “te va a llevar la tristeza en la universidad pública”. Pero yo quería estudiar en la Usac... sí fue bastante humillante. No es que yo estuviera acostumbrada a ser humillada, por ser hija de militar yo tenía un poquito más de resistencia que el resto... hubo compañeros que se quebraron y ya no pudieron seguir. Era un abuso espantoso. Ya no se practican los bautizos, eso se eliminó hace rato. Pero sí nos tocó por ser hijos de militares. ¿Por qué la insistencia de estudiar en la Usac? Es chistoso. Del lado de la familia de mi mamá, sus hermanas

¹²⁹ Un Rey Feo es el ícono de la Huelga de Dolores. Debe ganar un concurso de retórica y discurso social, satírico y jocoso en vivo dentro de la USAC. Se practica desde 1928.

¹³⁰ Expresión para decir que recibieron un regaño severo.

eran sancarlistas. Y mi mamá tuvo que dejar la universidad porque se casó con mi papá y era un riesgo. Pero la hermana más pequeña de mi mamá siguió estudiando allí y conoció a su esposo, quien era compañero de estudios de Oliverio Castañeda¹³¹. Y entonces, como a mí me cuidaron mis abuelos y mis bisabuelos, yo estuve expuesta a la izquierda, siempre al lado opuesto. Y, ellos me enseñaron a tocar guitarra, a jugar ajedrez, en mi cabeza ellos eran mis tíos.

Cuando ya estuve en la edad de decidir a donde quería ir a estudiar —ya aquí en Guatemala empezaban los esfuerzos de Naciones Unidas y de otros organismos, así como de las organizaciones locales que hacían investigación y denuncias— yo no sé, me obsesioné con eso y me entró el cargo de conciencia, y le decía a mi papá que yo tenía una deuda histórica con mi país, por ser hija de militar. Y pues a pesar de que yo tenía... —el ejército le daba a hijos de militares, becas para irte a estudiar a la West Point¹³², y yo tuve una oferta pero la rechacé— mi papá me dijo “Yo te pago la Marroquín”¹³³, que era lo que estaba de moda, es la universidad privada de Guatemala. Yo le dije, no, no, no... Yo quiero estudiar en la universidad estatal. Creo que fue un capricho de adolescente, por llevarle la contraria a mi papá, pero realmente yo quería ser parte de la USAC, y aportar, según yo, al país, porque mi papá había sido militar.

Investigué a mi padre

Cuando empecé a investigarlo a él y a su carrera, empecé a ver que por ejemplo, en Cuarto Pueblo, fue él quien... intervino para que les enviaran unos camiones, la noche anterior a la masacre, y unos uniformes del ejército, y les dijo, él pasó a decirles que tenían que subirse a los camiones o irse, o al día siguiente los iban a matar. Los que se habían subido a los camiones, y habían salido de Cuarto Pueblo, fueron los que habían regresado a celebrar un matrimonio comunal, una ceremonia muy bonita, veinte años después de la masacre. Los que se quedaron, obviamente, murieron en la iglesia. Así yo empecé a darme cuenta que mi papá no seguía al pie de la letra las órdenes. Fue golpista de Ríos Montt, y siempre fue considerado un paria, y yo no lo supe, hasta que lo investigué. Tuve que pedirle perdón a mi papá por todo lo que habíamos discutido, siempre peleamos y siempre le dije que él era parte del problema...

Cuando salió el reporte de Monseñor Gerardi, todos los documentos, el informe de la recuperación de la memoria histórica, que hizo el Programa de Naciones Unidas, salía obviamente desfavorecido el ejército en cuanto al grado y el nivel de daño que habían hecho en la sociedad. Era echar leña al fuego, yo le decía a mi papá: ¿Te das cuenta... te das cuenta?... yo por eso debo estar en la USAC y me tengo que involucrar en todo lo que pueda que era como de izquierda. Realmente hice esfuerzos de investigación que aportaron muy buenos documentos. Yo creo que ese momento que vivimos, pre y post firma de los Acuerdos de Paz, se perdió, se quedó estan-

¹³¹ Asesinado el 20 de octubre de 1978 en el centro histórico de Ciudad de Guatemala. Véase: Caso ilustrativo No. 45. La ejecución de Oliverio Castañeda de León. CEH, 1999.

¹³² A la Academia Militar de los Estados Unidos (United States Military Academy), se le conoce como West Point. Fue creada en 1802, siendo el instituto de formación militar más antiguo de ese país.

¹³³ La Universidad Francisco Marroquín fue fundada en 1971 por Manuel Francisco Ayau Córdón, quien promovió el libertarismo en Guatemala inspirado en la Sociedad Fabiana: educar a la élite intelectual para transformar al país (Ayau, 1988). “En momentos en que Ayau creaba esta universidad simultáneamente era diputado por el Movimiento Nacional de Liberación, agrupación de extrema derecha que servía de soporte al presidente Carlos Arana Osorio y en cuyo mandato abundaron los asesinatos políticos y las desapariciones forzadas (se estima que aproximadamente veinte mil opositores al régimen fueron asesinados o desaparecidos en Guatemala entre 1970 y 1974). Véase: Cares, 2015. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-8454-2015-04-26.html>

cado, no sé si para todos los hijos de militares y guerrilleros, si hay alguno, pero para mí ver la situación actual del país, perdimos el rumbo. Y teníamos tan claro el rumbo a seguir en esos documentos, con el nuevo rol del ejército, el desarrollo a través de la inversión social auto sostenible, o sea, teníamos una guía para salir de donde estábamos y se perdió, se perdió...

Empecé a investigar estas cosas cuando tenía unos diecisiete años. Yo entré a la universidad a esa edad. Quizá un poco antes, a los dieciseis empecé a investigar por mi cuenta, y por eso me interesó la carrera de ciencias de la comunicación. Inicialmente fue publicidad pero terminé en periodismo. Después empecé a hacer investigación de otros temas, y me recuerdo que había un agregado de la Embajada de España, para quien yo hacía reportería, digamos “under cover” de temas que eran como bagazo del conflicto armado: tráfico de personas, la desaparición de un montón de gente. Aunque no se crea, la mayor parte de mis amigos, de mis mejores amigos son hijos de guerrilleros, yo casi no encajé en la familia militar...

Yo nunca he visto a la gente como etiquetada (ni como hijos de guerrilleros o de militares) yo solo veo personas... y ellos tenían también algo de pena, porque yo era muy amiga de la familia Orantes, de los que viven en Guatemala y en Cuba, y después supe que eran hijos de un comandante guerrillero. Y ya nos pusimos a platicar y todos estudiábamos en la USAC. Ellos me contaban un poquito y les daba pena. Siempre me decían “Es que vos sos hija de militar, y tu papá es tu papá...”. Y yo: lo sé pero yo no soy militar ni voy a seguir los pasos de mi papá.

Siempre estuve trabajando del lado de la izquierda

Trabajé para Inforpress Centroamericana¹³⁴, estuve trabajando para el Centro para la Acción Legal en Derechos Humanos (CALDH), con Frank LaRue¹³⁵. Y sí era conflictivo, porque por ejemplo, Miguel Ángel Sandoval “El Zurdo” -yo era la editora de la revista en CALDH- en una reunión me humilló públicamente por ser hija de militar, y no le gustaba que alguien como yo estuviera revisando sus notas. Era difícil para mí encajar, porque estaba del lado opuesto, digamos... pero nunca generó conflicto para mí, solo era cuestión de tiempo para que la gente se diera cuenta que mi papá era el militar, no yo.

En esa época era muy difícil tener acceso a la información. Mi papá es muy extraño, él mismo me apoyaba. Cuando tuve 19 años, ya estaba en CALDH, y empezaron a hacer la investigación que iba a llevar a juicio a Ríos Montt y a los hermanos Lucas. Recuerdo que alguien de CALDH siempre me decía -ahora olvido su nombre- “ahí vas a ver que en los documentos que encontremos va a salir el nombre de tu papá...” Ok: ¡la noticia!, él estuvo en el ejército, en las áreas de conflicto, muy probablemente...

Pero mi papá, no sé cómo explicarlo, él se enamoró de la carrera, se enamoró del ejército, creo que entendió muchas cosas que se estaban haciendo mal y no sé, no sé realmente qué fue el chip que alteró a mi papá su manera de pensar, pero él mismo me facilitaba acceso, cuando estaba por ejemplo, destacado en el Hall de Jutiapa, en el Hall de Reu... en el Hall de Jalapa, que son

¹³⁴ Semanario de análisis fundado por Mario Carpio Nicolle, publicado en Guatemala entre 1972 y 2010. Véase: Girón, 2013.

¹³⁵ Abogado guatemalteco, asesor legal de la Central General de Trabajadores de Guatemala (CGTG) entre 1975-1980, y Relator Especial de la Organización de Naciones Unidas (ONU) entre 2008-2014. Inició los primeros casos de genocidio contra ex dictaduras militares presentando cargos contra Fernando Romero Lucas García y Efraín Ríos Montt, en 2000 y 2001, respectivamente.

los institutos militares de nivel básico¹³⁶. Yo iba, y sabían que iba a llegar la hija del coronel Noack, y que tenía acceso completo a la documentación. Entonces, lo que yo les pidiera... y pues de CALDH me mandaban con un listado: “Mirá, quiero que consigas las órdenes de campo, las órdenes de batalla de tal a tal año, de tal a tal...”. Yo saqué cajas de documentación de las bases militares y de las bibliotecas del ejército que ayudaron a construir esos casos. Y ahí iba aprendiendo yo, iba investigando de mi papá.

Del lado de la guerrilla, yo¹³⁷ era muy amiga de la hija del “Bolo” Flores, con ellos nos sentábamos a platicar... y mi papá me invitaba: “vamos a tener una tertulia en La Tertulia”, que era un restaurante en la Avenida La Reforma, en donde se juntaban a platicar de todo y veías a personajes de la política neutrales, de derecha, de izquierda. Yo tuve la dicha de estar involucrada en un momento, y con mi papá y con los amigos, conocí a todos los que estaban involucrados en el proceso de negociación de paz; conocí a la embajadora de Noruega; estuve directamente vinculada con la Embajada de España a través de Fernando Roca y luego Pedro Cid, que eran los agregados de inteligencia. Entonces tuve la dicha de tener acceso a información sin mayor esfuerzo.

Los parias del ejército

Yo nunca encajé muy bien en la familia militar y era porque nos veían, no sé, como parias del ejército. Hace muchos años platiqué con Maite Rico y Bertrand de la Grange¹³⁸, que son amigos de la familia, cuando estaban haciendo su libro de investigación con el caso de Monseñor Gerardi, porque Byron Lima¹³⁹ era mi contemporáneo de juego, y Giovanni Pinzón, que es el vocalista de Bohemia Suburbana¹⁴⁰, cuyo padre fue un médico asimilado como médico militar y vivían allí en la colonia militar. Y los hijos de militares siempre salíamos a jugar después de hacer las tareas, jugábamos a la guerrilla y ejército, y nosotros siempre estábamos del lado de la guerrilla. Y mi papá detestaba que yo saliera en mi BMX (bicicleta), la ropa camuflada –los uniformes que nos hacían parecidos a los de mi papá– y con mi pañoleta roja que era el símbolo de la guerrilla. Yo al igual que Giovanni Pinzón y que Byron Lima –aunque no se crea fueron adolescentes– no muy nos aceptaban dentro de la familia militar.

Cuando empecé a estudiar en la USAC perdí a la mayoría de contactos de la colonia militar, porque casi nadie nos hablaba. Mi hermano también es Sancarlista¹⁴¹, él estudió Derecho. Pero cuando él ingresó ya habíamos firmado la Paz. Había una tensión, todavía, pero ahora ya nos aceptamos todos de manera cordial. Mi hermano, aunque estudió Derecho, no es que sea pro militar, él ha tratado de plantear un pensamiento neutral, ni a favor ni en contra de ninguno de los dos bandos, pero sí es como leal a la figura militar de mi papá. Nosotros todos somos basquetbolistas. Mi hermano y mi papá jugaron en el equipo Leones de Marte, que era patrocinado

¹³⁶ Se refiere al Instituto “Adolfo V. Hall”, un centro de estudios cívico-militar para orientar alumnos de nivel medio que aspiran a integrarse al ejército de Guatemala. Fue fundado en 1955 por Carlos Castillo Armas, presidente del país en ese momento. Recibió el nombre de Adolfo Venancio Hall Ramírez, fallecido en la Batalla de Chalchuapa librada en 1885. Existen 8 de estos institutos en el país.

¹³⁷ Marco Antonio Flores, escritor, poeta y ensayista guatemalteco (1937-2013).

¹³⁸ Autores del libro *¿Quién mató al obispo?* (2003).

¹³⁹ Byron Lima Oliva (1969) fue un capitán del ejército condenado en 2001 por el asesinato de Monseñor Juan Gerardi Conedera. Lima murió ejecutado en 2016 dentro de una prisión guatemalteca.

¹⁴⁰ Banda guatemalteca de rock alternativo fundada en 1992.

¹⁴¹ Se llama Sancarlista a los estudiantes y ex estudiantes de la universidad estatal en Guatemala.

por el ejército. Ellos eran campeones nacionales... entonces mi hermano disfrutó un poco más de los beneficios de ser hijo de militar. Tal vez por eso no expone su rechazo pero es otro San-carlista, entonces él está consciente de todo lo que pasó. Y mi hermana, no ha tomado parte por ninguno u otro bando, aunque de un tiempo para acá, por su preparación académica –ella es maestra de párvulos y pedagoga– ha trabajado en colegios que están vinculados con el Opus Dei, con la gente millonaria, y ahorita está en el Inglés Americano¹⁴² como coordinadora de primaria o preprimaria... y entonces su exposición siempre ha sido a las familias de mucho dinero. Nosotros la molestamos mucho porque le decimos que ella es la pro capitalismo, pro derecha y del Opus Dei, y no es que se sea “pro”, pero ella tiene mucho tacto para expresar su opinión. Ella cree que a pesar de todo lo que vivimos el único camino es a través de un empleo. No es crítica del ejército, tampoco lo apoya pero no es crítica. No sé, es extraña ella.

Genocidio: estamos en guerra

Mi papá siempre me dijo “estamos en guerra, y en la guerra hay muertos y para que no seas uno de ellos, lo que tienes que hacer es esto”. Él decía que algunos no se merecen la muerte, “pero es la guerra y ustedes saben...”. El trataba de justificar lo que estábamos viviendo. Yo nunca estuve expuesta de niña, directamente a eso, nunca cuando estuve en una base militar escuché que alguien dijera “vamos a ir a...”. No. El tema del genocidio yo lo empecé a procesar en la cabeza, y lo entendí desde un principio como genocidio, por la cantidad de muertos.

Cuando yo estaba por graduarme de bachiller, quizá entre los 15 y los 17 años, ya el tema del genocidio entraba en mi cabeza, lo comparaba con Hitler... por parte de mi papá, su familia es de ascendencia alemana, entonces a nosotros nuestros bisabuelos nos hablaban en alemán. Mi bisabuelo tenía su pasaporte, así, con el sello nazi, entonces ellos nos hablaron mucho de eso que había pasado en Europa. Yo empecé a hacer esa comparación, es tan grave como lo que pasó en Europa: hay familias y comunidades enteras desapareciendo. Y ahí empezó a haber una separación bien marcada en mis amigos militares, porque hasta la fecha, yo te lo juro, yo hablo con ellos y no lo creo, porque ellos están convencidos de que sus papás eran héroes y que aquí jamás hubo genocidio: es mentira y es propaganda de la izquierda.

Pero uno no puede negar la evidencia, todos los reportes, las fosas colectivas: habían fotografías y yo decía, sí, esto existe. Y mi papá tenía mucho acceso a documentación fotográfica. De hecho él me regaló mi primera Leica, que yo usaba para tomar fotografías. Entonces yo sí tuve noción. Yo siempre le decía a mi papá que yo, a pesar de ser su hija, siempre iba a decir que sí hubo genocidio. Y me dice: tú eres libre de pensar y de opinar como tú piensas. Nunca ha dicho sí, pero él sí, hasta preso estuvo, ya que habían firmado la Paz. Él estaba de vocero del ejército y dio unas declaraciones en Holanda, y pues Radio Nederland tiene su repetidora en el país. Y se bajó del avión, yo lo vi bajar del avión y que se lo llevaron preso por abrir la boca de más, y decir que, de hecho, los primeros que tenían que reconocer que se habían cometido abusos contra la población civil, eran los altos mandos del ejército, que tenían que pararse frente al espejo, desnudarse y aceptar la verdad, que había que enfrentar a la justicia civil, hacerlo y con la frente en alto porque ¿qué otra?

¹⁴² Institución educativa privada. La matrícula de inscripción es de US\$3,200; el costo anual de colegiatura va desde los Q57 mil hasta los Q79 mil por estudiante.

Mi papá al principio estaba, quizá muy adoctrinado, pero poco a poco su mentalidad fue cambiando y eso creo que influyó mucho en mí. No sé en mis hermanos, pero a mí sí me abrió los ojos, me permitió aceptar que desafortunadamente no sé si por el volumen y la cantidad de efectivos del ejército, el daño que hizo el ejército sobrepasó el de la guerrilla por mucho. Y no lo sé, siempre ha sido algo que he tenido presente.

Familias opuestas

Siempre tuvimos acceso a información fotográfica, escrita, ¿por qué? No lo sé. Creo que es por toda la gente que llegaba. Y es que, conociendo a mi esposo, en la primera reunión familiar él me decía, mirá, mi familia es completamente de izquierda, Fidel Castro es amigo personal de mi abuela, y yo me recuerdo (...) la señora que era su abuela, doña María Estela, cuando entramos a la casa me dijo: “Así que tú eres la hija del militar”. Y yo: sí... mucho gusto, y le dije, soy Claudia Noack. Y la cara le cambió por completo, y me dijo, tú ¿qué eres de Colomba y la Chulita?, que eran tías abuelas, pues que ellas son mis tías abuelas, la Chulita es mi bisabuela ¿por qué? Y ya no pudo decir nada. Me dijo, bienvenida a la familia, gracias a tus tías, nosotros estamos vivos.

Mi familia, siempre, a pesar de ser militar, la mayoría, mis tías, todos –yo no fui a hacer el curso de caibiles para hijos de militares– siempre pensaron diferente y ayudaron a quien sea, a quien venía huyendo, que lo iba a matar el bando opuesto, tenía posada segura en la casa de Cobán, y pues como eran familiares de un miembro activo del ejército, jamás nunca nadie cuestionó nada. Y la abuela de mi esposo, y a sus amigos que eran exiliados políticos de Nicaragua, los refugiaron en la casa en Cobán. Ese fue mi ticket de entrada a la familia de mi esposo.

Con mi esposo nos conocíamos de mucho tiempo. Su mamá era la secretaria del director de la escuela de ciencias de la comunicación en la USAC. Él llegaba a buscarla, y yo ya lo había visto cuando entré a la universidad, él es músico desde los nueve años, y cuando íbamos a los conciertos de rock nacional, generalmente él estaba allí. Ya nos habíamos visto, yo había regresado de Europa y estaba trabajando en Prensa Libre, y nos gustaba ir al Pasaje Aycinena, en la zona uno, a un bar que se llamaba El Tiempo, porque tocaba un amigo que se llama Armando Pineda, que es un gran músico, y era nada más una batería y un guitarrista, y el baterista era mi esposo, y así nos hablamos porque ya nos conocíamos. Este año cumpliremos veintiún años de estar juntos. Ha sido interesante de entender porque de su lado todos son guerrilleros, todos, todos son guerrilleros, de mi lado la mayoría son militares. Cada vez que hay reunión familiar es bien interesante porque casi no se aborda el tema pero igual terminan hablando de...

No sé si esto pase con todas las familias igual. Yo siempre me he sentido dichosa, siempre he tenido la suerte de estar en momentos o en lugares especiales. Que yo conozca, por lo menos y lo veo, del lado del ejército –yo todavía voy a la Colonia Lourdes, a visitar a mi mamá, que es colonia militar– y los que son de mi generación y aún la generación de mi hermano, que son tres años menos, y la generación de mi hermana que son siete años menos, los que sí son hijos de militares, hasta la fecha no se relacionan con gente que haya sido de izquierda. Ni siquiera podés hablar de temas de derechos humanos, mencionás una ONG y para ellos es un parásito, o sea, el lavado de cabeza sí funcionó y sigue separando. Ellos tienen muy marcado su territorio, en la colonia Lourdes todavía hay un pabellón en cada esquina, todavía patrullan, como hay una base militar arriba de la colonia, todavía hay patrullas del ejército pasando. Y creo que eso refuerza esa mentalidad retrógrada...

Ahora, del lado de mis amigos de izquierda, la mayoría lograron entender que, tal y como decía mi papá, era época de conflicto y de guerra, y que si bien se hizo daño, y que algunos militares perdieron el control y abusaron de su poder, hubo algunos que no, y que hay que superarlo, hay que sentarnos a dialogar el tema de frente. Pero en esos lugares donde se habla hay un 95 por ciento de presencia de “izquierda”, entre comillas y un 5 por ciento de “derecha”, entre comillas. Siento que es en el lado de los hijos de los militares en donde debe existir ese proceso de aceptación y de entendimiento de qué fue lo que pasó. Aunque tengan todavía su postura de derecha pero que logren abrir su cabecita a hablar del tema, y eso es algo que no ha pasado.

En la escuela este tema no se discutía

Yo estudié en un colegio muy católico, muy estricto, muy militarizado, como eran la mayoría de colegios en ese entonces: en el Liceo Francés¹⁴³. Y pues para la directora y las maestras mi papá era un héroe, yo era la hija del miliar, del soldado, y tenía cierto tipo de trato preferencial, digamos, por eso mismo, pero nunca se habló del tema de la guerra.

En la universidad sí se estudia en ciertas materias. Yo estuve más orientada a la perspectiva comercial, publicidad, comunicación. Pero varios de nuestros profesores eran ex guerrilleros, y yo tuve dos maestros que eran del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), por los cuales tuve que dejar la universidad un año porque yo era la hija del militar, y ¿qué hacía en la universidad pública, por qué no estaba en la Marroquín...? y ellos nos hacían, a los hijos de militares, la vida imposible. Las tareas generalmente, en materias como metodología de la investigación, en filosofía, el catedrático era doctor en filosofía, nos ponía a investigar, nos mandaban –yo estuve en Huehuetenango en una comunidad llamado Cumbre de Wachuna e hice una investigación de comunicación integral– y nos pedía que habláramos con los líderes comunitarios, para determinar si tomaban partido a la derecha o a la izquierda, y con base en eso plantear si era prudente decir que éramos de la universidad estatal.

En Huehuetenango casi nos iban a matar, porque era mayoritariamente de ex PAC, que eran patrocinados por el ejército. Nosotros íbamos con nuestra indumentaria Sancarlista y no muy les gustó, y pensaron que éramos guerrilleros. Salieron unos hombres armados con escopetas a disparar al aire y estuvimos detenidos un tiempo. Yo siempre evité decir yo soy hija del coronel, porque me abría o me cerraba las puertas. Pero ahí les dije, de verdad perdonen la intromisión pero somos estudiantes de la USAC, sí, yo soy hija del coronel Noack. Y pues verificaron, nosotros los hijos de militares teníamos un carnet que nos acreditaba como tal. Se los mostré y eso calmó un poquito la situación, y ya nos llegó a traer la gente que nos estaba esperando. Esa era siempre la premisa, a dondequiera que vayan, pregunten, hagan su investigación primero para detectar más o menos si son pro ejército o pro guerrilla, y con base en eso, cómo ustedes van a hacer su acercamiento. A pesar de ser de la USAC, tenías que tener mucho cuidado, porque en la población siempre hubo aversión por la izquierda, la sigue habiendo.

Yo veo el desconocimiento general de la materia en mi sobrino que ya tiene veinte años, y mi sobrina que va a cumplir quince: no saben nada. Pero ellos lo aprenden por la familia donde están, porque con mi papá les platicamos, y el esposo de mi hermana es apasionado del tema, pero hay un desinterés total. Yo lo he visto, la mayoría de gente ni siquiera aborda el tema, no lo

¹⁴³ Es un colegio católico para mujeres fundado en 1921 por Irene Molina de Peiré.

conocen. Yo creo que es vital para que nosotros podamos salir adelante. Que se aborde, que se enseñe en las escuelas, pero no es parte del pensum.

Debido a lo que yo viví en el proceso de negociación de la Paz, para mí fue impactante ver guerrilleros y militares, sentados frente a frente platicando y conviviendo, involucrado por supuesto el CACIF, los empresarios industriales, en esos ejercicios que estos tres sectores se sentaran a platicar para mí eran enriquecedores aunque cada quien tuviera su opinión muy marcada, servía para entender izquierda, derecha, centro, o para entender el contexto social, político y social que estabas atravesando.

Creo que al sector industrial que está en la derecha recalcitrante le da miedo –creo yo, esa es mi opinión– tener gente pensante que los pueda cuestionar y luchar por mejores condiciones laborales. Entonces entre menos se sepa y más idiotizada está la población, es más conveniente para ellos. Yo creo que esa es la razón principal por la cual no hay espacios para la discusión del tema. Es a conveniencia de quienes están ahorita al frente del país. Es mejor tener un montón de ignorantes que sigan trabajando con las mismas condiciones de hace veinte años, a gente que, cortesía de los espacios de discusión, empieza a desarrollar un poquito su capacidad de pensamiento, de raciocinio, y logre evolucionar y se de cuenta de que necesitamos mejores condiciones o definitivamente tenemos que evolucionar. No se ha cambiado nada en veinte años.

El juicio contra Ríos Montt

Hasta la fecha a mí se me pone la piel de gallina de la emoción. Yo estaba –por eso soy cosa rara, dice mi papá–entre el grupo de gente de las organizaciones sociales afuera de la casa de Ríos Montt, gritándoles. Yo a ese señor lo conocí porque él era el director de la Escuela Politécnica cuando mi papá estaba sacando unos cursos. Y lo conocí de manera personal, siempre que íbamos a las bases paracaidistas estaba el general Ríos Montt. Al principio todo el mundo lo admiraba porque el señor era muy disciplinado. Pero el poder lo volvió loco. Después yo trabajé con una señora que es de las más fuertes en el FRG, donde ella milita, estuve expuesta a esa cerrazón mental, a ese pensamiento retrógrada de extrema derecha y no fue bien recibido que yo estuviera de acuerdo con que sí hubo genocidio y que en gran parte el responsable había sido Ríos Montt, igual que los hermanos Lucas García. Yo aporté muchos documentos que se usaron para los casos en contra de ellos. Para mí fue una victoria y me alegra que siga pasando.

Hace poco sentenciaron a unos compañeros de promoción de mi papá: Jacobo Salán Sánchez¹⁴⁴, y ese grupito que estuvo relacionado con evasión fiscal y todo eso. Y en la colonia Lourdes, donde vive mi mamá, habían moñas de luto en casi todas las casas porque héroes de la patria habían sido injustamente condenados, pero había evidencia suficiente para enviarlos a la cárcel. Para mí es parte del saneamiento mental que los responsables de los abusos enfrenten a la justicia, de uno y de otro lado porque eso tiene que pasar. Para los que vivimos ese conflicto es muy importante este tipo de espacio porque nos sirve para contar como vivimos esa experiencia, como nos afectó y nos sigue afectando. Y ojalá lo que yo aporté sirva de algo.

¹⁴⁴ Detenido junto a otros militares en 2021, enfrentará un juicio por desaparición forzada, asesinato, asesinato en grado de tentativa y deberes contra la humanidad. Se trata de: Marco Antonio González Taracena, Víctor Augusto Vásquez Echeverría, Gustavo Adolfo Oliva Blanco, Juan Francisco Cifuentes Cano, Jacobo Esdras Salán Sánchez, José Daniel Monterroso Villagrán, Enrique Cifuentes de la Cruz, Edgar Corado Samayoa y Rone René Lara.

2.5 No los juzgo

Me llamo Juan José Perussina Cifuentes. Nací el 10 de marzo de 1969 en Ciudad de Guatemala. Tengo 53 años. Fui el primero de mis hermanos en nacer en la ciudad, todos mis hermanos mayores nacieron en San Marcos¹⁴⁵.

Desde pequeño me enteré y viví de cerca el conflicto armado. Cuento por qué: mi padre es agrónomo y toda su vida trabajó en agronomía. En los años 70 él estaba trabajando en una finca en San Marcos. Nosotros llegábamos a verlo solamente para vacaciones. En una de esas vacaciones estábamos todos reunidos, cuando de repente entra un grupo... lo tengo tan presente, yo tendría tal vez siete u ocho años o más. Y ese grupo de militares llegó a la finca preguntando por mi papá, específicamente por mi papá, por nombre y apellido. Como se sabe, yo tengo un tío¹⁴⁶, que fue un alto general en el ejército, y del mismo apellido, entonces preguntaban por mi papá, y me tocó esconderlo, me recuerdo tan bien, pero obviamente no pude y se lo llevaron. El pretexto era que tenían que ir a dinamitar una cueva que había allá en la montaña, porque ahí era un refugio de guerrilleros, era lo que ellos decían.

Se llevaron a mi papá y pasamos uno o dos días sin saber nada de él, y mi madre como loca, buscándolo, en ese entonces estaba el puesto militar en Coatepeque, que se llamaba Santa Ana Berlín¹⁴⁷, y se rumoraba que todos los que entraban a Santa Ana no salían vivos y mi mamá estaba desesperada. Recuerdo que los mozos de la finca, todo el personal de la finca lo buscaba por todos lados. Cuando de repente uno de los mozos llega y le dice a mi madre: “Mire, el padre Berto tiene a Don Juanito”, que es mi papá. El Padre Berto Meda era un padre italiano muy conocido en el pueblo, en el Progreso, si se lee algo de la historia del hospital, de la iglesia, es el padre que fue a hacer toda esa obra allá. La cuestión es que estando en la montaña ellos... a uno de los militares que iba con mi papá, se le zafó un tiro y gracias a Dios, no le cayó a mi papá, sino que le cayó al otro militar que venía detrás de él y le perforó un testículo. El tipo se estaba desangrando y lo llevaron al hospital del pueblo. Esa fue la salvación de mi papá porque el padre Berto al ver a mi papá, sabiendo que mi tío era militar, lo fue a traer y como el padre Berto era muy respetado, los militares no hicieron nada. Él lo rescató, lo escondió en la sacristía y hasta que los militares se fueron lo fue a dejar. Esa fue la última vez que estuvimos en esa finca, mi papá salió huyendo de ahí, salimos todos. Antes se acostumbraba en las casas ponerles una placa donde decía familia fulana de tal, para que la gente la identificara, y recuerdo que en nuestra casa había una placa que decía familia Perussina Cifuentes, y esa misma tarde vi a mi papá quitando el rótulo, a puro golpe de martillo, quitándolo, nunca y nos explicó que había pasado, pero a raíz de eso hubo una separación drástica entre la familia militar y nosotros.

Ya pasados los 80s, mi papá consiguió trabajo en otra finca, en Chicacao, Suchitepéquez. Como se sabe, parte de la historia indica que a Chicacao lo tenían como el nido de la guerrilla, por su punto tan estratégicamente colocado, en un punto donde fácilmente podían escapar por cual-

¹⁴⁵ La cabecera departamental de San Marcos está a 270 km. aprox. al occidente de Ciudad de Guatemala.

¹⁴⁶ General Jorge Roberto Perussina Rivera. Véase: *The art of political Murder: Who Kill the Bishop?* (2010); y *El Estado Mayor Presidencial en Guatemala: una aproximación*. SEPAZ, 2011. p. 70.

¹⁴⁷ Se refiere al destacamento militar que estaba en la Hacienda Santa Ana Berlín, Coatepeque, Quetzaltenango.

quier lado si el ejército intentaba coparlos. También recuerdo que en esa vez, en esas fiestas de diciembre, llegó la guerrilla, pero fue tan diferente porque llegaron, hicieron un mitin con todo el personal de la finca. No querían hacerle daño a nadie, sino que simplemente querían alimentos. La gente les da gallinas porque no tenía otra opción. Pero no fue tan dramático, ellos tomaron sólo lo que necesitaron y se fueron. A los días llegó el ejército y se sintió la represión porque la gente estaba, en teoría, ayudando a sobrevivir a la guerrilla. Tuvieron una discusión con ellos, se encerraron en una habitación y hablaron, y hablaron y hablaron. Toda la familia estábamos ahí y lo mandó a encerrar a la casa pastoral digamos. Fueron dos momentos diferentes que, personalmente, me dejó marcado con cómo el ejército trataba a las personas y como la guerrilla los trataba, dos cosas totalmente diferentes. Por lo menos en esa ocasión yo lo viví.

Bombas de los comunistas en la ciudad

En 1980 explotó la primera bomba en el Parque Central. Yo estudiaba en el Colegio Loyola¹⁴⁸, que queda a cuatro o cinco cuadras del Parque Central. El ruido de la explosión fue tan fuerte que muchos de los vidrios del colegio se rajaron con el temblor. Y luego la carrera de la gente, los padres venían a traer a sus hijos. Mi madre trabajaba todo el día y mi padre estaba en la finca, y no teníamos quien nos fuera a traer, entonces en bus. Fue impactante ver y también se me quedó grabada esa escena de los fallecidos, de los que estaban allí trabajando¹⁴⁹. Esa parte fue bien traumática para mí, porque tenía que pasar por allí para tomar el bus. Fue horrible. Esa parte supongo que ha marcado una parte de mí, una sensibilidad diferente que no tenía en aquel momento. Y por eso justamente estoy en este trabajo, porque me gusta el campo, me gusta la gente, porque me agrada tanto ver que lo poquito que puedo hacer acá va a repercutir en estas personas del interior a las que las condiciones no les favorecen para nada. Me recuerdo que le pregunté a mi mamá. Mi papá trabajaba siempre fuera, era mi madre la que estaba siempre con nosotros. Ella me explicó que los comunistas querían apoderarse del país y que en algún momento, el país se estaba defendiendo.

Pero con el tiempo, ella me explicó que el país necesitaba cambios y que se necesitaban nuevos lineamientos para toda la gente porque era demasiada la pobreza que a ellos ya les afectó. En algún momento mi papá fue un terrateniente y lo perdió todo, mucho dinero, entonces esta pérdida creo que a mi mamá le hizo reaccionar y ver las cosas de diferente forma. La verdad no sé cómo lo perdió, no te puedo decir fue por un banco, fue por una apuesta, no lo sé. Yo lo que supe es que la finca estaba a nombre de él en el registro de la propiedad. Pero mi mamá simplemente ya no quiere saber nada de eso. Pero eso era lo que ella me explicaba. Un hermano de ella era militar, mi abuelo había sido militar y un tío de mi papá era este que llevó un alto rango en el ejército, era militar, entonces los nexos con las milicias siempre fueron muy presentes. Y todo el tiempo en casa se defendía al ejército.

Los jesuitas, punto de quiebre

Yo fui teniendo conciencia a partir de mi adolescencia, porque estudiar en un colegio jesuita, de padres, te hace madurar diferente, pienso yo. Tuve un catedrático, un padre jesuita, que en paz

¹⁴⁸ Fue iniciado por Isidro Iriarte de la Compañía de Jesús en 1958.

¹⁴⁹ Véase: *El País*, 5 de septiembre de 1980.

descanse, que fue asesinado en El Salvador, en la UCA¹⁵⁰ con un grupo de sacerdotes jesuitas. Este sacerdote nos daba la clase de historia social, y de alguna u otra forma me reclutó y yo sin darme cuenta de que me está reclutando. Íbamos a hacer servicio social a Chimaltenango, íbamos a hacer trabajo comunitario. De repente él me dijo, “mira, no es seguro que te vean mucho conmigo en esta situación, así que yo ya no voy a ir, si tú quieres seguir manteniendo el trabajo social lo puedes seguir haciendo pero yo ya no te voy a acompañar”.

Hace poco me enteré de que él era un militante activo de la guerrilla. Lo sacaron de Guatemala porque tuvo una amenaza, y lo pusieron en El Salvador y ahí fue a encontrar la muerte, lamentablemente. Pero él me hizo ver otra realidad de Guatemala que me impactó mucho. Ahí empezamos a discutir con mi madre sobre estos temas y ya vi que había cambiado también su punto de vista. Yo no tengo ninguna relación con la familia que es militar, y la verdad no me nace, no me atrae, no los juzgo, cada quien es libre, verdad, simplemente vivo y los dejo vivir.

En el Colegio Loyola, los sacerdotes hablaban del tema de manera más informal. No podían tenerlo como parte del pensum porque nos regíamos bajo los lineamientos del Ministerio de Educación. Era de manera más informal. Ellos, de alguna u otra forma, detectaban a los estudiantes que éramos como más sensibles al tema. La jornada, en el colegio, cuando yo estudié, eran jornadas únicas, era de siete a cinco de la tarde. Por las tardes yo tenía una clase que se llamaba Educación para la Fe. En esa Educación para la Fe trataban, de alguna manera, de sembrarnos esa semilla, y de buscar algún tipo de vocación en nosotros. Fuimos pocos, por lo menos de mi promoción, éramos seis o siete los que aceptamos esa invitación, pero no nos podían hablar libremente porque estaba la G2 (Cfr. Cap. 2).

En esos años los jesuitas, cuando llegó Ríos Montt, los amenazó con expulsarlos del país, al igual que a las monjas del Belga¹⁵¹ y ellos tenían mucha relación. Eso sí recuerdo, las monjas trabajaban mucho en conjunto, tanto en Chimaltenango como en Quiché. De hecho, estuvieron a punto de cerrar el colegio. El director habló con los padres de familia diciendo que había recibido amenazas de parte del gobierno de cerrar el colegio, y que si querían sacar a los estudiantes que los sacaran. Mi madre me sacó a mí, justo en el primero básico, y me puso en el Don Bosco¹⁵². Ahí estuve, dos meses, tres meses. Yo no aguanté más, yo quería regresar a mi colegio y como la amenaza nunca se concretizó, mi madre decidió regresarme al colegio y ahí permanecí. Pero ellos eran muy cuidadosos para hablar del tema. Siempre había una homilía con respecto a la ayuda a los pobres, a no dejarte pisotear por personas que estén arriba de ti o que creen que están arriba de ti y eso te va creando cierta conciencia social.

Se abordaba el tema en la homilía, en la clase que se llamaba Educación para la Fe. Cuando te invitaban a participar era extracurricular, era sábados en una obra que ellos tenían en Chimaltenango, era como apoyarlos, ir a alfabetizar. En ese entonces estaba en auge la alfabetización en comunidades que no sabían leer ni escribir, llevarles alimentos. A mí lo que me gustaba era ir a jugar con niños. Hacía un grupo de niños mientras los papás estaban en la plática, de entregarles carpetas a los que sabían leer, de leerles cuentos a los que no sabían leer, tratar de enseñarles un

¹⁵⁰ 72 El 16 de noviembre de 1989, en El Salvador, un equipo militar mató en su casa a los religiosos de la Universidad Centroamericana: Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López. También asesinó a Elba Ramos y su hija Celina.

¹⁵¹ El Colegio Belga de Guatemala fue fundado en 1933 por las hermanas de la Holy Family of Helmet.

¹⁵² El Colegio Don Bosco fue fundado en 1932 en Guatemala por religiosos salesianos.

poco. Estuve un año en trabajo social, era Pastoral, así le llamábamos, y gracias a Dios que mi papá me dejaba ir, porque era el sábado salir temprano y regresaba muy noche. Con algunos de mis amigos sí hablábamos. Éramos seis o siete los que podíamos y que sabíamos que teníamos la confianza de abrir estos temas. Y lo discutíamos siempre que estábamos con el sacerdote director, que es el que mataron en El Salvador. Él nos propiciaba el ambiente para poder hablar, para poder analizar, nos comentaba cómo iban las cosas. En ese entonces El Salvador también estaba viviendo mucha represión. Pero hablar abiertamente en el colegio no podía.

Una separación muy grande

Una de las hermanas de mi mamá inclusive se peleó con mi mamá y le dejó de hablar mucho tiempo. Hasta hace poco, hace unos cinco o seis años que se volvieron a hablar. Porque obviamente ella defendía mucho y tenía mucha relación con los militares porque uno de sus hijos era militar, entonces sí hubo una separación familiar, y hasta ahorita que en los últimos años se trató de restablecer, pero ya no es lo mismo. Yo tengo familia del lado de mi mamá que ni siquiera conozco, siendo antes sumamente unida, pero todo cambia.

Recuerdo también que cuando se llevaron a mi papá los militares la primera vez, mis cuatro hermanos eran un mar de llantos. Mi hermano estaba más chiquito que yo, yo tenía siete u ocho años. La más grande de mis hermanas tendría tal vez 15 o 16 años, y lo único que recuerdo es que era llorar y llorar y llorar. Luego, en casa el único que preguntaba esos temas era yo, ellas no participaban activamente o no recuerdo haber tocado nunca ese tema con ellas. Con mi hermano, él siempre fue, digamos, el más social. Él tenía montones de amigos, era el que salía, el que todos los chicos de la cuadra lo llamaban para jugar. Yo era el más nerdo, el que siempre estaba estudiando, porque pasaba analizando las cosas, pero mi hermano tenía muchos amigos, hijos de militares, y él siempre lo vio como algo normal, nunca lo vio como algo extraño o malo. Con mis hermanas, ahora que me preguntas, nunca lo discutimos, nunca pudimos hablar de eso. Con mi mamá sí hubo una comunicación muy grande y con ella hablábamos.

Hubo aspectos de los que no me hablaron. Supe, por ejemplo, que varias personas de la familia fueron asesinadas, y no sabemos exactamente, yo por lo menos lo pongo en duda, porque siempre decían que eran los guerrilleros los que asesinaban, pero yo lo ponía en duda, y al final lo trabajábamos con mi mamá, y platicábamos del asunto. Lo ponemos en duda porque realmente sus muertes fueron tan misteriosas, en retenes, en puestos de registro. Y lo que yo recuerdo es que los guerrilleros nunca pusieron puestos de registro, por lo menos yo nunca me enteré. Esos temas, por ejemplo, mi mamá nunca los tocó, cuando se enteraba de alguna muerte no lo platicaba. Nunca nos dijeron realmente cuál era la causa por la que estaban... siempre nos decían que eran comunistas y que nos iban a quitar lo poco que teníamos, era lo que decían.

Obviamente en el colegio yo tenía otra perspectiva, tenía la teología de liberación. Tenía jesuitas activos en el movimiento que nos mostraban otra realidad y eso me permitía a mí ser un poco más investigador. Le preguntaba a mi mamá, a veces no me contestaba. Este sacerdote sí me contestaba, yo lo quise muchísimo. Era joven y llegó a darnos clase, yo tendría 14 años y él tendría 28 ó 30 años. Recién ordenado, costarricense, y yo hablaba con él de todo, y él me comentaba todo lo que pasaba, y obviamente encarrilado en la religión. Él trataba de que todos los comentarios tuvieran una base religiosa porque parte de su trabajo era reclutar nuevos aspirantes a sacerdote, lo cual en algún momento de mi vida lo pensé muchísimo, lo analicé, pero dije no, puedo hacer muchas más cosas desde afuera, no solamente siendo sacerdote.

Pero eso me abrió la mente, me hizo más analítico, me hizo más pensante en esa situación. Porque efectivamente en casa había temas que no se tocaban. Cuando mi papá estaba en casa era prohibido hablar del tema. Mi papá tenía, no sé, asumo que esa experiencia lo marcó, lo marcó muchísimo porque estuvo dos días y medio entre la jungla, en el bosque, en la montaña. Luego, por ejemplo, cuando en una discusión que escuché a mi mamá, ella comentaba lo de Santa Ana Berlín, que era la base militar en Coatepeque. Yo intenté preguntarle de muchas formas, que me explicara qué era, por qué llevaban a la gente ahí, qué era lo que le hacían porque la gente no volvía a salir, pero no, nunca... siempre estuvo hermética y nunca quiso decirme nada. Yo creo que la mayor parte era porque yo era adolescente y ella creía que no tenía la capacidad intelectual para poder entender o captar lo que ella... es de recordar que las estructuras de educación de aquella época eran muy diferentes a las de ahora. En esa época no te daban la oportunidad, digamos, de ser analítico. Simplemente te decían esto es así y así tiene que ser y punto.

El colegio me abrió otra ventana. La primera escuela la tuve en casa, pero la escuela que me dio el colegio, para mí fue vital: el tratar siempre de buscar el bien común, el ver más allá de mi nariz, que afuera de mi círculo de estabilidad hay mucha gente que está sufriendo en duras condiciones. Todavía a la fecha, recibo mensajes una vez a la semana, del director del colegio, que es un excelente sacerdote, y todos sus mensajes son de “analiza, verifica, comprueba, no te dejes llevar por lo que la gente dice, tú te tienes que formar una opinión. La realidad de nuestro país es otra, tú puedes cambiarla”. Hay un montón de detalles así, que me han formado a lo largo de todos estos años.

La familia en la historia

Al publicarse el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, hubo menciones de personas como mi tío. Realmente yo ya lo sospechaba. De alguna manera mi mamá quería protegerme de ese sentimiento de frustración, de dolor, de saber que con quien yo compartía la mesa había participado en tantas obras tan desagradables. Lo último, lo de Gerardi... cuando hay dos personas de mi apellido involucradas, un primo y un tío. El tío saca del país al primo porque era el testigo clave, y queda impune todo, porque al final se sabe que no era el otro, no era Byron Lima, sino él sólo fue un instrumento. Pero a mí me causó mucho dolor, la verdad, sobre todo porque yo los conocía. Cuando lo miraba en su traje de militar, yo decía: siempre tan recto, tan cabal, tan educado, y cuando te das cuenta de otra realidad, es como que la persona que tienes en un pedestal se viene abajo completamente y se destruye totalmente. Perdió totalmente mi respeto, mi cariño, lo vemos en las reuniones familiares y qué tal, buenas tardes y de ahí no paso. Pero dicen que la familia no se elige, ¿verdad?

Al salir a la luz esos documentos, lo comentamos en una reunión familiar, cuando recién salió la memoria histórica¹⁵³, y ninguno se había tomado el tiempo de leerlo o analizarlo. Yo empecé a leer el prólogo porque obviamente no podía leer tantos tomos pero a ninguno le interesaba. Cuando yo toqué el tema, todos sorprendidísimos de saber que había un Perussina involucrado. No sé si logré sembrar en ellos la semilla de la curiosidad y por lo menos leyeran, pero fue un tema que después de esa discusión no se volvió a tocar, hasta que salió el libro *¿Quien Mató al*

¹⁵³ El informe elaborado en el marco del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica se conoce como “Guatemala: Nunca Más” o Informe de la Recuperación de la Memoria Histórica (Informe REMHI), publicado en cuatro tomos en 1998.

*Obispo?*¹⁵⁴, donde vuelven a salir con nombre y apellido dos Perussina. Y se los vuelvo a comentar, y digo: esto, esto y esto, y nadie lo creía. Mi hermana compró el libro, lo leyó, tampoco me hizo un comentario. Como que todos guardamos cierto recelo sobre este tema y no lo tocamos. De mis sobrinos creo que ninguno sabe el historial... ninguno de ellos sabe la vivencia que tuvimos cuando mi papá fue secuestrado. No es algo que ellos hayan querido comunicar a sus descendientes como parte de la memoria histórica. Porque para mí es memoria.

Llegó la Paz

Para la firma de la Paz yo estuve en el Parque Central. Para mí fue una alegría inmensa. De verdad creí que iba a lograrse una paz social en Guatemala, mejores condiciones, etcétera. En ese entonces yo trabajaba para el Ministerio de Educación y una de mis colegas, pues había sido militante de la región y me alegré de ver cómo sus amigas militantes se reunían, tuve esperanza de que fuera a cambiar, a ser otra realidad. Pero duró poco la fantasía que vivimos esos días. Fue un acto sin precedentes, pero era solo protocolario, digamos.

Pienso que, especialmente a los guatemaltecos nos falta memoria histórica. Y si no es el colegio, la familia no lo hace. La familia es muy cerrada y pienso que sí debería de haber, en el pensum de estudio, este tipo de historia y de análisis de nuestra realidad, nuestra historia, cómo ha evolucionado el país, ya sea para mal o para bien, todo lo que hemos pasado, para que no se vuelva a repetir esa atrocidad, para que no se vuelva a repetir este genocidio y estoy seguro, que los pueblos que intentaron eliminar con el genocidio son los que menos historia o memoria histórica tienen, porque por X o Y motivo... si la Zury Ríos¹⁵⁵ se tirara ahorita, en esos pueblos ella ganaría. No podemos hacer caso omiso, cerrar los ojos ante todo lo que vivimos. Y a todos los niveles, tanto de los privados como de los públicos, como parte del pensum. En los públicos siempre va a ser más complicado, pero debería ser.

La verdad es que hablar me hizo recordar tantas épocas, tantos momentos que había querido enterrar, como esa angustia que viví con mi papá, la tristeza que sentí cuando me enteré de que habían matado al sacerdote, la impotencia que he sentido siempre, porque yo no tengo la capacidad de ir a luchar, de decir voy a tomar un arma, ponerme en lucha, no, jamás. Son otros instrumentos los que aprovecho: mi mente, mi habla, mis acciones. Pero sí es penoso ver que Guatemala, cuando empieza a levantarse, vuelve a caer y vuelve a caer, y vuelve intentar levantarse y vuelve a caer. Pero seguimos en la lucha, no pierdo la fe. Muchas gracias por pensar en mí.

2.6 Pobres hombres

Me llamo Yessenia Reinoso Recinos. Vivo en El Progreso, Jutiapa. Acabo de cumplir 50 años (1972). Tengo una hija de veinticinco años de edad. Parte de mi tiempo lo ocupo con mi nieta.

¹⁵⁴ Hay dos libros de nombre similar: el ya citado de Mayte Rico y Bertrand de la Grange (2003) y *El arte del asesinato político ¿Quién mató al obispo?* escrito por el escritor Francisco Goldman y publicado en 2007. En 2020 la cadena HBO publicó un documental basado en este último.

¹⁵⁵ Nacida en 1968, Zury Mayté Ríos Sosa, fue diputada del Congreso de Guatemala durante cuatro legislaturas, desde 1996 hasta 2012. Es la menor de los hijos de Ríos Montt. Fue candidata presidencial en 2015 y 2019. Según El País (09/02/2023) la coalición electoral llamada Valor Unionista, apoyada por los grandes capitales guatemaltecos y militares tendrá como candidata presidencial a Ríos Sosa.

Nací en Puerto Barrios, pero vivimos varios años en El Estor, Izabal. De allá me vine de casi ocho años de edad, aquí a El Progreso, Jutiapa.

El temor era que se los llevaran

Yo tenía como 15 años cuando veía que se llevaban mucha gente de mi pueblo, no se si ya los estaban preparando¹⁵⁶. Cuando tuve 20 años, empecé a saber de eso porque una mi tía se murió y le puse atención a eso. Una tía se mató, y el novio de ella trabajaba en el ejército. Ahí fue que yo me empecé a enterar. Entonces, yo supe de él (el novio de la tía) porque lo metieron preso, lo acusaron de haber matado unos indígenas, confundiéndolos con el conflicto armado (sic). Yo tenía como 18 años cuando él fue acusado de haber matado a unos indígenas en Nebaj.

Antes de eso lo que yo escuchaba de mi abuelita, era que detenían los buses porque habían guerrilleros. En El Progreso (Jutiapa) poco se hablaba del tema. Se llevaban a los muchachos al servicio (militar), era el único temor: que se los llevaran al servicio. Venían los Comisionados¹⁵⁷ ¿cómo les decían? Yo lo que me daba cuenta es que se llevaban a los muchachos al servicio... por el conflicto. La gente tenía miedo porque se los llevaban a la fuerza. Incluso varios amigos míos desertaron, salieron de ahí. Yo creo que al novio de mi tía se lo llevaron también, pero ya ahí él se puso pilas en el ejército. Él estuvo en prisión muchos años, casi 16 años. Eso fue hace unos veinticinco años, digo yo.

Quien más me cuenta de ese tiempo es mi abuelita. Ella decía que paraban las camionetas¹⁵⁸, porque mi abuelita era comerciante y viajaba seguido para la capital, y ella nos decía que habían detenido la camioneta, que revisaban, que los militares estaban con aquello de los guerrilleros. Nosotros les temíamos aquí a los guerrilleros que venían para acá, porque sabíamos que si venían los guerrilleros habría conflicto.

Vivimos en grande la firma de la Paz

Yo sólo estudié hasta sexto grado de primaria. La firma de la Paz... eso sí fue bien bonito. Me acuerdo que todo el mundo hablaba de eso ya estaba firmado. Eso sí lo vivimos en grande en mi pueblo, la firma de la Paz. Hicieron actos cívicos por la firma de la Paz. Yo pensaba: ya no va a haber conflictos y eso es bueno. Se alegra uno porque ya no va a haber guerra.

A mi hija tampoco le hablaron del conflicto armado en la escuela. En El Progreso la gente no habla de eso. Yo considero que sí es importante que se sepa, porque yo ya grande supe qué era eso. Ya tenía 25 años, cuando empecé a ver realmente lo que había pasado con toda esa pobre gente, esas gentes humildes que perdieron sus vidas porque los confundían. Y aquí hubo un señor que era malo, que estuvo ahí en ese tiempo, el coronel. Y eso, la verdad me caía mal porque él fue el ordenó todas esas masacres, pero a él lo metieron preso. Hace poco murió. Él era de por ahí, del Quiché, de por ahí de San Marcos, qué se yo, de por occidente... pero una prima mía se casó con él, era un don mayor¹⁵⁹, militar.

¹⁵⁶ Hace alusión al reclutamiento forzoso llevado a cabo por el ejército guatemalteco. Véase: <http://www.cidh.org/countryrep/Guatemala93sp/cap.5.htm>

¹⁵⁷ Comisionados militares [cf. cap. II].

¹⁵⁸ Camionetas: transporte público colectivo.

¹⁵⁹ De avanzada edad.

Mi tía se mató antes de que su esposo fuera a la cárcel, pero mi abuelita lo quería tanto a él, siempre lo quiso a pesar de que lo que le hizo a mi tía, porque ella se mató por culpa de él. Pero mi abuelita siempre fue una mujer muy tranquila. Cuando él cayó preso, ella lo fue a ver a la cárcel, hablaron mucho, mi abuelita siempre lo quiso, nunca le guardó rencor ni nada, entonces, por medio de eso fue que nosotros nos dimos cuenta realmente de lo que habían hecho, de que no sólo mataron a los malos, sino que también hubo gente campesina, gente inocente. Yo considero que esos casos deben llegar a la justicia, porque mataron, ordenaron matar gente inocente. Eran inocentes, pobrecitos. Y eso es algo ¿verdad? pero imagínese cuántas cosas pasaron...

Yo tuve un novio que estuvo allí

Él sí fue servido en ese tiempo, participó en el ejército. Me contaba como los agarraban, como emboscaban, como los mandaban. Y yo no sabía nada. Yo tenía 15 años cuando a él lo agarraron y él se fue, puro patojito, a servir. Pero ya con los años, después de 35 años, hace poco, yo lo volví a ver. Entonces él me llamaba y me contaba de todo lo que había sufrido allí, de cuando los emboscaban, cuando los mataban, cuando a él lo ascendieron, luego lo ascendieron, no sé si cuatro años, fue servido. Imagínese, él tenía, yo no sé, 18 años, qué sé yo. ¿Cuánto hace de eso? Yo tenía 36 años de no verlo. Ahí es donde yo también me enteré de todo esto, porque él me empezó a contar. Él sabe bastante de todo este asunto, él sí, porque él anduvo ahí.

Cuando él me contaba pues yo me sentía... porque él me contaba que ahí en el ejército, cuando les daban el arma, les decían, les tiraban el arma y la tenían que agarrar en el aire. Dice que les decían: Te tenés que acordar de tu madre, o de una tu novia, o de tu mujer, los que tenían mujer, Y entonces él me cuenta que se acordaba de mí, porque en ese tiempo éramos novios, así de manita sudada, y de ahí él me empezó a contar todo lo que sufrió ahí, todo lo que pasó. Yo me sentía traumada, decía: púchica, pobres hombres.

COROLARIO DOS: todavía en el relato de Nicolás Cordio persisten muchos rasgos del trauma vivido, incluso con mayor fuerza que en los casos de Diego y Mario. Es de notar que cuando la destrucción llegó a su comunidad, Nicolás contaba unos diez años de edad, lo cual implica una menor posibilidad de explicarse en el momento, la lógica del terror. A esto se suma el hecho de Nicolás aprendió el idioma español hasta cuando tuvo 18 años, cosa que muchas veces, según relata, era suficiente motivo para ser asesinado. Se puede, en la lógica que venimos planteando, ver que en el relato de Nicolás aparecen imbricados elementos del trauma y de la elaboración del terror, es decir, una suerte de dialéctica en la consciencia del sujeto que, sin negar su carácter de víctima se rehúsa a reducirse a serlo exclusiva y permanentemente. De igual manera, se puede advertir la importancia que asume en él, la idea de una lucha desde la perspectiva o dimensión jurídica, en la cual se le exige al sistema de justicia o a determinadas estructu-

ras estatales nacionales e internacionales, algún nivel de compromiso con los derechos humanos.

Cabe plantear en este momento, que en sentido estricto, según Bleichmar (2006) la subjetividad se ve afectada “universalmente” con la angustia de muerte, la supervivencia biológica e identitaria, el temor a la pérdida del amor y el reconocimiento, y finalmente, la angustia que se experimenta de cara a la imposibilidad de auxiliar a un semejante. Pero estos universales toman formas específicas en cada periodo histórico, añade, y comprometen las relaciones entre el inconsciente y el yo. Yo no entraré aquí a una discusión en términos psicoanalíticos, pero sí me gustaría puntualizar la diferencia que plantea Bleichmar entre subjetividad y psiquismo: la subjetividad no abarca la totalidad del aparato psíquico, es decir, la subjetividad se inscribe en los modos históricos de producción de sujetos.

No se trata del Yo, como vemos, sino de la consciencia, del sujeto reflexivo, en sentido tradicional: capaz de registrar y no sólo de percibir. El Yo, como instancia, puede muy bien abstenerse de este registro, puede ser afectado sin por ello darse cuenta de lo que lo afecta, o de lo afectado que está —en esto reside gran parte del trabajo analítico: no sólo en buscar las causas que afectan al yo sino, en muchos casos, que el sujeto cobre consciencia de ello (Bleichmar, 2006: s/p).

Bleichmar me remitió inmediatamente al documento audiovisual producido por Sergio Valdez llamado *Elogio de la autenticidad: Joaquín Orellana* (2015). En él, Orellana¹⁶⁰ habla del impulso que lo llevó a la concepción de su “música ideológica”: según dice, saber de las aldeas arrasadas y las atrocidades (ante las que muchos guatemaltecos ladinos son indiferentes) provocó en él un acontecimiento interno, derivado a su vez por un acontecimiento externo. En esta lógica, el acontecimiento externo es el acto de conocer sobre las atrocidades y el acontecimiento interno sería una toma de consciencia de que los pueblos arrasados son sus hermanos, que Orellana llama “estructura de sentir”, la cual en su caso “tiñe” la música que produce.

¹⁶⁰ Según el New York Times: “Como protagonista de su historia, Orellana busca expresar el sufrimiento de un país traumatizado por el genocidio y la guerra civil, mientras evita usar los materiales de la música occidental.” (Corinna da Fonseca-Wollheim, 21/02/2021).

En los relatos de Quetzalí, Antonio, Claudia, Juan José y Yessenia, por su parte, esas estructuras de sentir que menciona Orellana aparecen con mayor claridad. Me hacen recordar la idea de “familia extendida” que mencioné arriba. Estructuras del sentir y familia extendida son nociones que me sirven para plantear, siguiendo a Feierstein, una serie de preguntas en el nivel de organización “propiamente sociopolítico”:

¿qué tipos de procesos de memoria o representaciones resultan coherentes con el arrasamiento subjetivo y la desensibilización? ¿Es meramente la represión y el silencio o puede articularse dicha desensibilización en estructuras narrativas que busquen reconstruir la coherencia identitaria, llenando el vacío de lo que no aparece en la consciencia con relatos “aceptables”? ¿Resulta viable dicha reconstrucción o, por el contrario, opera desubjetivando la identidad narrativa? ¿Cómo vincular estos procesos con la toma de consciencia? ¿Cómo pensar en la articulación entre procesos interindividuales y la construcción de narraciones colectivas como los mitos y la historia? (Feierstein, 2012: 60).

Esta batería de preguntas acusan una pertinencia excepcional de cara a los relatos presentados en este capítulo. Si bien el propio Feierstein reconoce que no pueden ser respondidas en el nivel de organización propuesto, propicia un desplazamiento a otro nivel, el de la estructura psíquica, sugiere, con miras a “desbrozar desde otra perspectiva los procesos de construcción de la memoria como representación”.

Conclusión capitular

Muchas de las ideas que he planteado en este capítulo tanto en términos conceptuales como teóricos aplican para el siguiente capítulo. Decidí derivar el cuarto capítulo dividiendo el texto dada su extensión. Es por eso que deben ser entendidos como capítulos “en continuidad”. Un primer punto es la idea de los relatos como práctica revertidora de las prácticas sociales genocidas en tanto procesos de memoria. Aquí me apoyaré nuevamente en Jelin (2002) cuando dice, siguiendo a Ricoeur, que si bien el pasado ya fue y no puede ser cambiado, lo que sí puede cambiar es el sentido de ese pasado, se trata de un “sentido activo”, indica, “dado por agentes sociales que se ubican en escenarios de confrontación y lucha frente a otras interpretaciones, otros sentidos, o contra olvidos y silencios”. Desde el presente pues, el pasado es factible de ser “usado” por actores y militantes que se expresarán en la esfera pública (Jelin, 2002: 39).

Además de que los acontecimientos del pasado pueden interpretarse de otra manera, la carga moral vinculada a la relación de deuda respecto al pasado puede incrementarse o rebajarse, según tengan primacía la acusación, que encierra al culpable en el sentimiento doloroso de lo irreversible, o el perdón, que abre la perspectiva de la exención de la deuda, que equivale a una conversión del propio sentido del pasado. Podemos considerar este fenómeno de la reinterpretación tanto en el plano moral como en el del simple relato, como un caso de acción retroactiva de la intencionalidad del futuro sobre la aprehensión del pasado (Ricoeur, 1999: 49).

Como hemos visto, los relatos son elaborados por actores sociales diversos vinculados de diferente manera con el pasado. Ellos, señala Jelin “pugnan por afirmar la legitimidad de “su” verdad”. Visto así, por ejemplo, el relato de Quetzalí resulta muy clarificador en el sentido de que es una persona que desde el presente se ve a sí misma en una lucha por el poder, o como indica Jelin “legitiman su posición en vínculos privilegiados con el pasado, afirmando su continuidad o su ruptura”. Hasta antes del juicio por genocidio el peso de los agentes estatales tenían un papel central a la hora de establecer la historia o memoria oficial.

Desde otra atmósfera, los relatos de Claudia, Juan José e incluso el de Yessenia, nos hacen volver la mirada sobre los conflictos y disputas en la interpretación y sentido del pasado, siguiendo a Jelin, “y en el proceso por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos” (p. 39). Desde el planteamiento en que aparecen en este trabajo, pretendo exponer cómo comportan un proceso transitivo hacia un relato contra hegemónico, de cara a lo que Vezzetti y Jelin denominarían el “gran relato de la nación”. Jelin diría con gran acierto que ese gran relato de la nación es una versión de la historia que “junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, pudiera servir como nodo central de identificación y de anclaje de la identidad nacional”. (Jelin, 2002: 40-41).

Las aperturas políticas, los deshielos, liberalizaciones y transiciones habilitan una esfera pública y en ella se pueden incorporar narrativas y relatos hasta entonces contenidos y censurados. También se pueden generar nuevos. Esta apertura implica un escenario de luchas por el sentido del pasado, con una pluralidad de actores y agentes con demandas y reivindicaciones múltiples. (...) La lucha se da, entonces, entre actores que reclaman el

reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas (Jelin, 2002: 42).

Casi sin excepción, nociones como memoria, verdad y justicia emergen reiteradamente en los relatos. Diríase que es un vocabulario de la época que, en cierta medida, merece ser distinguido o desbrozado desde un presente más clarificado de cara al juicio, como he reiterado. Pero como el tiempo no se detiene, el juicio por genocidio y otros juicios por otros delitos derivados, superaron coyunturalmente el silencio, en la posteridad inmediata al mismo. He ahí una suerte de semilla o brote histórico que reclama lo que yo llamaría una epistemología nueva en el pos genocidio guatemalteco. Una demanda histórica con sus instantes de luz y oscuridad porque el riesgo de volver a un proceso de olvido es patente.

Es por eso que, como dije al principio, en los relatos no necesariamente debemos insistir en constataciones empíricas sugeridas por el entramado conceptual. Ni debemos apostar por hallazgos dicotómicos, es decir, de una franca pugna contrapuesta de narrativas hegemónicas (estatales/elitistas) versus narrativas contrahegemónicas (civiles). En la misma medida que los relatos presentan realidades diversas, así podremos advertir que incluso el mismo Estado deja en relieve sus propias transformaciones. Si hacemos esa mirada entonces la cara de un proyecto político futuro podría iluminarse con toda su potencia al tiempo que con todos sus riesgos.

Esos riesgos pueden analizarse críticamente desde conceptos como Justicia Transicional, por ejemplo, en la medida que el balance no es halagador ni mucho menos. Para explicar el concepto de justicia transicional, Benavides, Mateos y Camps (2018) señalan que ha sido entendido como un campo de estudios que se encarga de analizar los mecanismos utilizados por las sociedades en transición para enfrentar el pasado. Un primer punto de análisis, según estos autores, abordó la forma en la que las sociedades que transitaban de la dictadura a la democracia hacían frente a un pasado de violaciones de derechos humanos cometidas por agentes estatales.

Dentro de esta visión de la Justicia Transicional, mecanismos de justicia penal, de verdad y de reparación constituían las bases de los estudios sobre las transiciones y los medios de hacer justicia. Sin embargo, este tipo de análisis fueron objeto de importantes críticas, tales como carecer de una visión distributiva, la poca atención que se ofrecía a los proble-

mas históricos y estructurales, el poco peso y el protagonismo de los actores locales en el diseño e implementación de diferentes medidas, el énfasis exagerado en la cuestión judicial y la poca atención a otros medios de hacer frente al pasado o bien la preeminencia de un enfoque liberal que daba por terminada la transición con superficiales cambios en el marco legal o institucional (Benavides, Mateos y Camps, 2018: 121).

Según Gabriela Escobar¹⁶¹, algunos de los países latinoamericanos que han aplicado la JT son Chile, Argentina, El Salvador y Guatemala. Destaca Argentina en la aplicación de estas políticas sin dejar de lado a Guatemala que, precisamente con la firma de los Acuerdos de Paz y con la publicación de los llamados informes de la verdad (CEH, y REMHI), pusieron al Estado como protagonista de estas políticas. Sin embargo, en la práctica los principales actores han emergido de la sociedad civil y de grupos de víctimas organizados.

El investigador, Juan Pablo Muñoz¹⁶², explicó que los pilares de la JT son: 1. Verdad, que en un nivel individual es el derecho de las víctimas, y en un nivel colectivo es el derecho de la sociedad a saber qué fue lo que pasó. 2. Justicia, se asocia con rendición de cuentas y deducción de responsabilidades. 3. El derecho a la Reparación, tiene un nivel económico y otro nivel moral. 4. No Repetición, o más claramente, garantías de no repetición, atañe a una serie de reformas relacionadas con el fortalecimiento del poder civil vinculadas con las causas de las dictaduras y/o los conflictos. 5. Memoria, alude al derecho de conmemorar a las víctimas.

Muñoz se centró en explicar el pilar de Justicia, que fundamentalmente descansa en el aspecto jurídico (Derecho Internacional de Derechos Humanos, Derecho Internacional Humanitario y Derecho Penal Internacional, entre otros). En su exposición expresó que prácticamente desde 1980 hasta 2010 lo que ha prevalecido es una impunidad estructural de cara a las presiones que el movimiento social ha ejercido. Esto, según dijo, empezó a modificarse a partir de 2010, fundamentalmente tras la llegada de Claudia Paz y Paz al cargo de fiscal general y del Ministerio Público de Guatemala, cuya gestión abo-

¹⁶¹ Durante el Foro “Procesos de Memoria y Justicia Transicional en Guatemala: una mirada interdisciplinaria”, realizado el 22 de marzo de 2023.

¹⁶² Para más detalles sobre el concepto véase: Ambos, K., Cortés Rodas, F., & John, Z. (2018). *Justicia transicional y derecho penal internacional*. Siglo del Hombre Editores. Y también: Mateos Martín, Ó., Benavides, F., & Camps Febrer, B. (2018). “Límites y desafíos de la Justicia Transicional en las nuevas transiciones: un análisis crítico a partir de los casos de Sierra Leona, Marruecos y Colombia.”

naría a un fortalecimiento institucional como los juzgados de mayor riesgo¹⁶³, y la fiscalía de Derechos Humanos, entre otros.

Según Muñoz este periodo declinó a partir de 2018. Un hecho que relaciona con el caso de la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), cuyo mandato fue terminado abruptamente por el presidente de la República en ese momento, Jimmy Morales Cabrera, anunciado oficialmente en enero de 2019. Desde esta perspectiva, a partir de ese año inició una crisis en el sistema de justicia, una regresión en materia de derechos humanos y una “cooptación reconfigurada del Estado”.

No obstante, hay algunos avances en el sistema nacional: hasta 2017, el sistema del registro del Ministerio Público, según Muñoz, tenía 3,623 casos relacionados con el conflicto armado interno. El investigador también dio a conocer que el Programa Nacional de Resarcimiento (PNR) trasladó 7,300 casos de denuncias que hasta la fecha no han sido ingresadas en el MP, y 9,000 denuncias distritales, que tampoco no están contenidas en la unidad de derechos humanos, con lo cual se suman más de 19,000 casos relacionados con el conflicto armado interno. Estas cifras son relevantes para contrastar con las sentencias que se han emitido. (ver tabla en Anexos).

Por otra parte, están las denuncias contra actores no estatales que empezaron a realizarse, al grado que, de acuerdo con los datos presentados por Muñoz, para 2018 había 4,004 denuncias contra actores no ligados al estado ni de sus aparatos de seguridad, entre las que se incluyen algunas contra integrantes del movimiento insurgente. Igualmente hay que contar las sentencias en el Sistema Interamericano de Derechos Humanos (SIDH), en el que hay 16 de ellas hasta ese mismo año. Las personas condenadas hasta 2018 han sido 70, y hay 40 personas con sentencias pendientes de dictarse entre

¹⁶³ En 2009, el Congreso de la República emitió el Decreto 21-2009 que contiene la Ley de Competencia Penal en Procesos de Mayor Riesgo, reformado por el Decreto 35-2009. Así se crean los órganos jurisdiccionales competentes para conocer procesos por hechos delictivos cometidos en todo el territorio de la República, que presenten mayor riesgo para la seguridad personal de jueces, magistrados, fiscales, auxiliares de justicia, querellantes, imputados, testigos y demás sujetos procesales que intervengan en los procesos. Ese mismo año la Corte Suprema de Justicia determinó la competencia penal en procesos de mayor riesgo por medio del Acuerdo 30-2009, al asignar para tal fin al Juzgado Primero de Primera Instancia Penal, Narcoactividad y Delitos contra el Ambiente del municipio de Guatemala y al Tribunal Primero de Sentencia Penal, Narcoactividad y Delitos contra el Ambiente del mismo municipio. Véase: *Análisis socio-legal del sistema de mayor riesgo, desde el enfoque de la lucha contra la corrupción*. Lila del Río, 2022.

los casos que están activos. Y finalmente, según Muñoz, hay tres personas prófugas vinculadas a estos casos.

Otro nivel de relevancia de estas cifras tiene que ver con aspectos que dejan en relieve las deficiencias del sistema de justicia guatemalteco. Muñoz consideró como ejemplo de estas fallas lo siguiente: los rezagos que el MP tiene en cuanto al registro de todos los casos como vimos arriba; el litigio malicioso que permite una serie de recursos que dilatan los procesos; lo que en derecho se conoce como la “debida diligencia” se ve afectada por temas presupuestales y de personal; la no aplicación de estándares internacionales; pocos casos judicializados de cara a miles de denuncias realizadas; se ha registrado hostigamiento a jueces y fiscales y el mismo Congreso de la República ha presentado al menos tres iniciativas de ley que buscan la amnistía; no existen mecanismos para la búsqueda de personas desaparecidas; y finalmente, en el tema de reparación a las víctimas, hay obstáculos para realizarlos y la mayoría no se ha cumplido.

No se trata simplemente de que la JT halla fallado, en todo caso “ha sido capturada por una visión liberal de construir la paz y de impulsar las transiciones, que ha acabado homogeneizando, estandarizando e institucionalizando su praxis.”

La JT así entendida no es más que una receta tipo one size fits all, en donde se repite, sin análisis del contexto o del conflicto, el mantra de justicia, verdad y reparación a partir de la aplicación de una serie de medidas. Asimismo, al tratar de responder a las críticas que se les hacen, los representantes de este modelo liberal de JT suelen reconocer los límites y suelen resolver las críticas incluyendo aquella carencia denunciada. De esta manera, la JT acaba siendo un concepto ambiguo que sirve tanto para aplicar medidas de justicia degradada como para implementar un populismo punitivo de los derechos humanos, esto es la apelación exclusiva al sistema penal para resolver los conflictos sociales, en detrimento de una visión de la JT más restaurativa y centrada en las visiones y perspectivas locales. (Benavides, Mateos y Camps, 2018: 121).

Otro aspecto crítico lo destacan los autores cuando dicen que en los estudios de caso se muestra cómo la aplicación de esta caja de herramientas estándar no contribuye a la eliminación de las estructuras de impunidad y “por lo tanto, a garantizar la no repetición de los hechos violatorios de los derechos humanos, ni tampoco a transformar las causas profundas del conflicto, sea social o armado”.

En el capítulo siguiente intentaré profundizar en otros aspectos derivados, de acuerdo con la naturaleza y las características que los relatos vayan presentando.

CUARTO CAPÍTULO:

POTENCIA DE LAS POLÍTICAS DE LA MEMORIA EN EL PRESENTE

*... no es que la memoria contemple la historia,
sino que invita a hacerla,
no en los museos, sino en el aire que respiramos,
porque ella desde el aire nos respira...
la memoria viva no nació para ancla.
Tiene más bien, vocación de catapulta.
Quiere ser puerto de partida, no de llegada.
Ella no reniega de la nostalgia,
pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie.*
Eduardo Galeano

Resumen

Los relatos contenidos en el presente capítulo corresponden al tercero, cuarto y quinto grupos. El tercer grupo¹⁶⁴, se trata de personas nacidas entre 1976 y 1982, cuyos relatos nos permiten percibir la dinámica que implica el proceso de realización simbólica de las prácticas sociales genocidas de cara al trabajo de elaboración. El grupo cuatro está compuesto por personas nacidas entre 1984 y 1992. Los relatos de este grupo plantean una mirada a las políticas de la memoria y las implicaciones que estas puedan tener para un presente post-genocida. El grupo final corresponde a dos personas nacidas entre 1999 y 2001, cuyas voces que van naciendo justo en el apogeo de un debate que está lejos de haber terminado. No se trata –ni en este último grupo ni en los otros– de constatar o no en ellos, elementos inefables y contundentes que materialicen una prueba de que el proceso de realización simbólica del genocidio se ha traducido en “clausura” o “elaboración”. En todo caso, lo que busco es encontrar una forma de analizar el pos genocidio desde el presente tratando de ir más allá de la afirmación “sí hubo genocidio”, es decir, atisbar las posibilidades de aportar elementos para un *nuevo* relato.

3. Realización simbólica del genocidio y trabajo de elaboración

Para empezar quiero llamar la atención sobre un concepto que Jelin refiere para aludir a las personas que se han vinculado al campo de las luchas por la memoria, pero no de la memoria como un mero fenómeno de la consciencia humana sino específicamente de aquella que se plantea el pasado político en un marco beligerante: los llama “emprende-

¹⁶⁴ Este tercer grupo aparece en este capítulo como el “primero”.

dores de la memoria”, y considera que hay una lucha entre ellos. Esa lucha de alguna manera la he intuido y la he caracterizado como una *lucha por la memoria*. Es una propuesta potente porque cada uno de estos emprendedores “pretenden el reconocimiento social y de legitimidad política de una (su) versión o narrativa del pasado”, para lo cual activarán con el objetivo de “mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento” (Jelin, 2002: 49).

Desde mi punto de vista, de cierta forma, lo que refiere Jelin puede ser articulado con lo que en el capítulo anterior caracterizamos como *nuevas fórmulas de representación*. Jelin también afirma que no hay duda en cuanto al protagonismo “privilegiado de un grupo especial, el de las víctimas o afectados directos”. En el contexto de esta investigación, la mayoría de los relatos del capítulo acusan este tipo de rasgos:

Pueden intentar influir y cambiar el sentido y el contenido de la “historia oficial” o dominante sobre un periodo con el fin de eliminar distorsiones históricas o hacer públicos y legítimos los relatos que habían estado en las “catacumbas”, ocultos, censurados y silenciados. Pueden buscar reivindicaciones y reparaciones materiales, centrados en su lugar de víctimas de daños que el Estado debe reconocer y frente a las cuales debe asumir su responsabilidad. Pueden buscar comunidades de pertenencia y contención personal en grupos de pares. Pueden elaborar rituales, participar en conmemoraciones, reclamar marcas simbólicas de reconocimiento en memoriales, monumentos o museos (Jelin, 2002: 50).

La cita anterior resultará más significativa en la medida que se tenga en mente el contenido de los relatos. Por otra parte, es importante plantear una distinción que, de no hacerse, podría dar lugar a confusiones. En efecto, conviene explicar que el proceso de Realización Simbólica del Genocidio (RSG), y las estructuras de asimilación simbólica no son lo mismo. Eso no implica que no se pueda proponer su articulación de cara a las posibles consecuencias derivadas de los relatos. Sobre la RSG me parece que ha quedado bastante claro en el capítulo dos de esta tesis: es la última fase de la periodización de las prácticas sociales genocidas.

En el caso de asimilación, es un concepto desarrollado por Jean Piaget para explicar el modo por el cual las personas ingresan nuevos elementos a sus esquemas mentales pre-

existentes, explicando el crecimiento o cambio cuantitativo de este. Yo agregaría que a nivel social, las estructuras de asimilación pueden ser entendidas como los límites de determinado campo científico en un espacio particular. El ejemplo más extendido sería el del universo heliocéntrico que predominó en la astronomía hasta que Nicolás Copérnico planteó lo que hoy se conoce como *revolución copernicana*. Otro ejemplo sería lo ocurrido con el concepto de inconsciente desarrollado por Sigmund Freud, el cual dio pie a una comprensión más profunda de la psique humana, es decir, expandió ese campo científico de forma, diríase universal. Dos ejemplos más: la física cuántica y la teoría de la evolución. La primera debida a varios científicos, entre los que destacan Max Planck y Albert Einstein; y la segunda, que se le reconoce a Charles Darwin.

Es en esta lógica en la que me permito plantear el juicio por genocidio contra Ríos Montt como una estructura de asimilación que al ser movilizada, hizo posible a la sociedad guatemalteca, tener elementos concretos para analizar el terror. Es decir, el juicio, con sus testigos, sus peritajes y sus niveles de exposición pública, movilizó diferentes campos científicos y los instaló a distintos niveles (Duyos, 2020), no sólo en la esfera pública sino en la conversación social en espacios múltiples. Incluso en el campo de los estudios del genocidio, el llamado *muro del silencio* experimentó niveles de agrietamiento, como vimos en el capítulo uno.

Desde otra mirada, según Sauma (2020) el juicio a su vez mostró “las distintas capas de sedimentación que definen el racismo estructural guatemalteco”; “las distintas historias de despojo y lucha por la tierra”; y la diferencia “en las formas de vestir y la centralidad del plurilingüismo inscrito en una lucha étnica y de clase comandada por los proyectos de asimilación de lo indígena en los regímenes de las miradas coloniales”. Con estos elementos a la vista, resulta comprensible el uso público y político de la memoria: sus usos desde el presente. Quizá un poco esquemáticamente, siguiendo a Todorov, Jelin indica que esos usos de la memoria pueden ser buenos o malos, y así, un grupo humano podría recordar un acontecimiento de manera *literal* o *ejemplar*.

En el primer caso, se preserva un caso único, intransferible, que no conduce a nada más allá de sí mismo. O, sin negar la singularidad, se puede traducir la experiencia en demandas más generalizadas. A partir de la analogía y la generalización, el recuerdo se convier-

te en un ejemplo que permite aprendizajes y el pasado se convierte en un principio de acción para el presente (Jelin, 2002: 50).

En el uso literal se buscaría un franco sometimiento del pasado, mientras que el uso ejemplar, en palabras de Todorov, permite “usar el pasado en vistas del presente, usar las lecciones de las injusticias para combatir las presentes”. Al seguir el planteamiento de Winter y Sivan (1999) que analizaron situaciones de guerra del siglo XX, Jelin coincide en que ocurre una negociación multifacética de cara al Estado sin que éste sea un actor único ni omnipresente. Grupos diversos de la sociedad participan desde sus estrategias que no siempre convergen con las políticas de Estado o que son contrarias, apunta Jelin. Es en este contexto donde los relatos son capaces de manifestar su diversidad, bien sea porque son apenas audibles en la esfera pública o “por falta de legitimidad moral frente a otros”, y añade que los propósitos manifiestos de quienes rememoran no necesariamente coinciden con las consecuencias de sus acciones, o que “terminan teniendo consecuencias inesperadas sobre el proceso de recuerdo público y social”. También, indica la autora, “puede haber momentos en que lo que se produce en el mundo público es una *saturación de memoria*, con un efecto de congelamiento o rechazo, contrarios a lo esperado” (p. 51).

Esas consecuencias inesperadas pueden ser entendidas como conflictos que los emprendedores de la memoria experimentan pero que también exhiben de cara a la memoria pública. Los aspectos más visibles, que también son una ruta exploratoria en la propuesta de Jelin, son las fechas, los aniversarios y las conmemoraciones. A lo largo de los diferentes relatos, como veremos, estos aspectos se ponen en relieve en mayor o menor medida dado que en el transcurso del tiempo los significados varían. Las visiones de algunos se cristalizan o se institucionalizan, apunta Jelin, y quizá un aspecto que en los relatos se podría ver con mayor claridad es cuando las “nuevas generaciones y nuevos actores les confieren nuevos sentidos”:

En términos personales y de la subjetividad, son momentos en que el trabajo de la memoria es arduo para todos, para los distintos bandos, para viejos y jóvenes, con experiencias vividas muy diversas. Los hechos se reordenan, se desordenan esquemas existentes, aparecen las voces de nuevas y viejas generaciones que preguntan, relatan, crean espacios intersubjetivos, comparten claves de lo vivido, lo escuchado o lo omitido. Son hitos o mar-

cas, ocasiones cuando las claves de lo que está ocurriendo en la subjetividad y en el plano simbólico se tornan más visibles, cuando las memorias de diferentes actores sociales se actualizan y se vuelven «presente» (Jelin, 2002: 52).

Como cabe advertir, no se trata de un consenso ni mucho menos, en todo caso es posible inferir en la lectura de los relatos, que las variaciones en el espectro ideológico otorgan un sello particular al tránsito social de esas memorias. Un ejemplo puede ser lo ocurrido este año (2023): se cumple una década del juicio por genocidio en Guatemala y se han organizado diferentes eventos públicos alrededor de la fecha 10 de mayo, que fue cuando se emitió la sentencia condenatoria, que como bien sabemos, fue anulada posteriormente. Lo que esto nos muestra es que el conflicto político permanece abierto y activo: el ámbito electoral manifiesta una mayor tensión de cara a la candidatura de Zury Ríos Sosa, la hija de Ríos Montt, y de otras fuerzas electorales conservadoras que están buscando la primera magistratura del país, y miles de puestos de poder en la estructura estatal del país.

Lo que se puede ver en el fondo de este panorama es el movimiento de una posible estructura de negacionismo que podría quedar instalada en los poderes formales del Estado. Un poco menos en el fondo lo que gana espacio es la narrativa de que la política será únicamente *la administración no corrompida del Estado* y, consecuentemente, el irrevocable advenimiento de un *capitalismo humano*, es decir, la instauración definitiva de un relato hegemónico que en términos políticos equivaldría a una clausura absoluta o, en último término, una suerte de victoria de la política activa del olvido. En esta mirada, siguiendo a Jelin, podemos lanzar una pregunta que abre la posibilidad de visualizar un núcleo contra hegemónico en esas narrativas: “¿No será que el olvido que se quiere imponer (...) tiene el efecto paradójico de multiplicar las memorias, y de actualizar las preguntas y el debate de lo vivido en el pasado reciente?”. Según Jelin “El paso del tiempo histórico, político y cultural necesariamente implica nuevos procesos de significación del pasado, con nuevas interpretaciones. Y entonces surgen revisiones, cambios en las narrativas y nuevos conflictos (Jelin, 2002: 57).

Visto lo anterior me apresto a avanzar en el análisis de las implicaciones de lo que Feierstein llama *trabajo de elaboración*, siempre pensando en los relatos, tanto en su conjunto general, como en la forma en que se presentan agrupados temáticamente para

finés analíticos como ya se indicó. En parte, ya se ha mencionado la noción de trabajo de elaboración cuando abordamos la cuestión del trauma histórico. Feierstein (2012) advierte que la perspectiva psicoanalítica tiene sus complejidades, límites y tendencias, y por lo tanto, sin pretender agotarla, habrá que sacar el mayor provecho de dicha propuesta en tanto marco de comprensión de la realidad.

En este sentido, la explicación dada en la primera parte de su capítulo es francamente formativa y es altamente recomendable su lectura. Se puede decir de manera muy sintética que plantea la manera en que es la palabra la que cumple la función de “dar sentido a los estímulos presentes en el inconsciente, al articular esas vivencias en una red de sentidos” y que el lenguaje logra “dotar de sentido a la experiencia, sentido que no pre-existe en ella, sino que es aportado por el sujeto”, aunque no es suficiente con la comunicación de dicho sentido sino que:

debe ser *apropiado*, vivenciado por el sujeto como modo de articulación de lo que existe como *comunicado* en su sistema consciente y lo que existe como vivenciado en su sistema inconsciente. De ahí la dificultad del trabajo de elaboración, que requiere no sólo la *construcción* de una red de sentido sino también la *apropiación* de dicha red por parte de cada uno de los sujetos que han vivido la experiencia (Feierstein, 2012: 65).

No se trata pues, de una construcción individual del sujeto sino que emerge de su interacción con sus contemporáneos y con sus predecesores, quienes a su vez, dotaron de sentido al sí mismo y al mundo con el que interactúan. Cabe notar las coincidencias entre Jelin y Feierstein en este punto cuando señalan que se trata de un sentido construido socio históricamente, articulados con sentidos sedimentados en el tiempo a través de la vida social:

los procesos de memoria serían ámbitos de creación de sentido que, a través de la representación en palabras y su expresión narrativa, buscan una articulación coherente de las experiencias pasadas en el presente, una apropiación del pasado para transformar la acción presente (Feierstein, 2012: 66).

Gran parte del abordaje de Feierstein resultará, quizá, bastante técnico conceptualmente, sobre todo cuando recurre al aparato conceptual de Freud (págs. 61-81). No obstante, lo

que intento es dejarme orientar por aquellas ideas en su dimensión más clarificadora. Veamos lo que dice Dominick LaCapra respecto al concepto de trabajo de elaboración:

El trabajo de elaboración implica un modo modificado de repetición que ofrece una cierta posibilidad de manejar los problemas y un control responsable de la acción que permita cambios deseables. Está íntimamente ligado a la posibilidad de acción éticamente responsable y de juicio crítico por parte de alguien que trate de asumirse como agente y pueda de este modo contrarrestar su propia experiencia de victimización y los efectos paralizantes del trauma (LaCapra, 2006: 214).

Para resumir y reiterar debo apuntar que se trata de subrayar aquel núcleo contra hegemónico: que en la mayoría de los relatos hay un intento de generar una acción crítica y éticamente responsable, en todo caso, una acción política resultante de una práctica, si no colectiva, al menos sí en relación con otro que interpela. En otras palabras: al plantear los relatos como claves interpretativas, éstos se convierten en parte de un proceso histórico social del presente mismo en que son expuestos como parte de un proceso investigativo. Feierstein dice que se tratará de una propuesta aún más radical: “la comprensión de que las transformaciones generadas por la experiencia traumática siempre se saldan en el plano del vínculo intersubjetivo”.

No toda reconstrucción de sentido se articula como parte de estos procesos de elaboración, afirma Feierstein, existen modalidades que, restableciendo cierta coherencia, “implican no obstante la legitimación de pactos denegativos”, que mencionamos brevemente en el capítulo anterior, cuya característica principal es que tienden a negar el arrasamiento subjetivo. Es cierto que existen formas más sutiles de negar ese arrasamiento, señala el autor: el concepto de *resiliencia* en la medida que clausura o imposibilita un trabajo de elaboración “ya no negando el yo previo sino, en todo caso, naturalizando el arrasamiento y la capacidad de soportarlo”, es decir, apuntala el “riesgo de promover una adaptación al sufrimiento que produce el orden de violencia, hambre y exclusión en el cual viven y sobreviven nuestras sociedades”.

El trabajo de elaboración no debe relacionarse con la noción de cura o sanación, explica Feierstein, en cualquier caso sus alcances serían más en la línea de lograr una remisión o disminuir algunos de los efectos del retorno de lo reprimido “a partir de la compren-

sión de algunas de las lógicas de funcionamiento, de algunos de los efectos del pasado en nuestro presente”.

Un modo para comenzar a procesar el dolor y el duelo, al tiempo que no se acepta *dejar de ser*, al tiempo que no se acepta desistir del proceso de construcción y reconstrucción identitaria después del terror, al tiempo que no se acepta la naturalización de la destrucción de las relaciones sociales (Feierstein, 2012: 69).

A mi entender, en ese no aceptar la naturalización de la destrucción de relaciones sociales específicas radica la importancia del proceso de realización simbólica del genocidio, porque estaría determinando la posibilidad tanto de clausura o de elaboración, en los términos que hemos venido discutiendo. Hechos estos apuntes como marco de comprensión, lo que corresponde en este momento es la lectura de una serie de seis relatos que desde mi óptica, acusan precisamente, rasgos de ese trabajo de elaboración y de clausura en el presente desde diferentes dimensiones.

3.1 Deambulando en la selva

Soy Santiago Botón Simaj. Tengo 45 años de edad y nací en la aldea de Santa María Tzejá, Ixcán, Quiché. Yo soy K'iche'.

-¿Quieren morir?

-Sí.

Crecimos en ese contexto del conflicto armado, en las incursiones militares. Las escenas que recuerdo ahora son de mi comunidad, pues constantemente llegaban los militares, pasaban, pernoctaban allí, eran filas del ejército: 150, 200, 300 (soldados), algunas veces más, en calidad de patrullaje y la gente era obligada a conseguirles comida. Eso fue el contexto de mi niñez, cuando ya tenía la capacidad de retención. Cinco años, seis años. Esto fue lo que ocurrió repentinamente cuando nos tocó huir a las montañas. Esas primeras imágenes son imborrables. Ese primer momento: dos de la tarde, cuando tuvimos que jalar lo que teníamos a mano, lo que pudimos, a pernoctar en las cuevas donde anduvimos deambulando cerca de seis meses en la selva.

Posteriormente, a la llegada del general José Efraín Ríos Montt al poder, cuando dictó la amnistía, mis padres nos preguntaron a nosotros, los hermanos pequeños, a mí y a una mi hermana, que si estábamos de acuerdo en morir. Y en realidad no sabíamos el concepto que significaba en lo profundo, morir. Y sólo les preguntamos a mis papás: ¿Pero por qué nos haces esa pregunta? Él decía: Porque hay un presidente que entró ahora y está dando la oportunidad de que regresemos nuevamente a nuestra comunidad. Aquí ya no tenemos comida, estamos sufriendo y entonces si nos quedamos aquí de todas maneras nos vamos a morir lento. Y si vamos allá, si corremos con suerte nos dejan vivir y si no, nos matan. Nos preguntó tres veces si queríamos morir. Nosotros no teníamos el pleno entendimiento qué significaba morir. Le dijimos que sí.

Fue así que mi familia se entregó al ejército y vivimos por tres o cuatro años en las famosas aldeas modelo¹⁶⁵ controladas por el ejército. Así fue la primera etapa de mi niñez. Fui creciendo con entrenamiento del ejército, nos fabricaban fusiles de madera y salíamos a patrullar, ellos disparaban, nosotros intentábamos sortear los obstáculos, esconder y salvar la vida, era un entrenamiento que nos daba el ejército en nuestra comunidad. Pero anteriormente también habíamos recibido ciertas instrucciones de la guerrilla cuando aún no habíamos escapado por las montañas. Esto es lo que podría resumir en grandes rasgos sobre los primeros seis, siete años de mi existencia en el contexto de la represión armada.

Huimos porque en la comunidad habían masacrado, habían exterminado una comunidad que se llama Trinitaria¹⁶⁶, que queda a unos 17 kilómetros de Santa María Tzejá, y algunos sobrevivientes iban corriendo para salvar sus vidas. Fueron quienes dieron la noticia, que la gente debía salir, escaparse. Alguna gente no hizo caso. Horas después, cuando el ejército llegó a otra comunidad vecina iban arrasando, disparando, fue ahí donde se tomó en serio, y entonces toda la gente huyó para salvar su vida, porque el ejército iba con la intención de exterminar a la comunidad de Santa María Tzejá. Afortunadamente, tuvimos el tiempo necesario, suficiente, para adentrarnos en las selvas agrestes en aquel entonces, donde había mucha selva no explorada plenamente y la gente tenía conocimiento de algunas cavernas y eso fue nuestra gran ayuda, sobre todo un cerro que ahora es una reserva natural, el Cerro Cantil, era un cerro de roca, fue lo que nos ayudó a salvar la vida. Yo tenía seis años.

¿Quiénes planearon la barbarie?

Mis padres eran muy religiosos. Nos hablaban de Dios, el camino correcto que promulga la fe cristiana de no hacerle daño al otro, de no pegar al otro, de no robar, usted conoce todas esas directrices cristianas. Y entonces la pregunta más grande que yo le hacía a mi madre en esa etapa es ¿por qué esa gente nos anda persiguiendo para matarnos? Yo veía la preocupación de mis padres, que sí les preocupaba grandemente. Para ellos la palabra morir tenía un profundo impacto, entonces yo, en realidad no lo sentía en cuerpo y alma, morir, pero sí sentía la preocupación de mis padres. Cada vez que había un ataque, un bombardeo, un sobrevuelo de helicópteros, se asustaban mucho por la muerte. Yo les preguntaba: ¿Por qué se asustan tanto? ¿Es por la muerte? Entonces la pregunta que yo les hacía era si ustedes nos hablan tanto de un cielo, de un Dios, y ni modo que esa gente no pertenece al mismo Dios al que nosotros pertenecemos por eso que nos andan siguiendo.

Esa pregunta me anduvo persiguiendo, anduvo conmigo por muchos años, hasta quizás diez, doce años después que logré ya diferenciar algunas cosas. Eran las preguntas más recurrentes que me invadían. Ya posteriormente, cuando tuve la oportunidad de leer la historia de algunas cosas, la duda que sigo teniendo es: ¿Quiénes eran esas personas que idearon, planearon toda esa barbarie, la muerte? Se habla de Ríos Montt, los Benedictos¹⁶⁷, pero yo estoy seguro que

¹⁶⁵ [Cft. cap. II].

¹⁶⁶ La masacre fue perpetrada en 12 de febrero de 1982. Véase: <https://prensacomunitaria.org/2022/11/la-trinitaria-ixcan-250-victimas-de-la-guerra-regresan-a-casa-para-ser-enterradas/>; y Ortiz (2021), disponible en: <https://www.plazapublica.com.gt/content/santa-maria-tzeja-el-resurgir-de-las-cenizas>

¹⁶⁷ Se refiere a Fernando Romeo Lucas García, presidente de Guatemala entre 1978 y 1982, fallecido en 2006 en Venezuela; y Manuel Benedicto Lucas García, jefe del Estado Mayor del ejército entre 1981 y

hay una cúpula, un grupo de siete, nueve, doce personas quienes idearon esa guerra y siguen ideando los asuntos políticos nacionales. Esa pregunta me empezó a surgir quizá de los 16 años, si no mal recuerdo. Siempre nos dicen que hay 13 empresarios que dominan el país, pero siempre tengo esa inquietud, que existe un grupo selecto quién planificó toda esa guerra.

Más allá del gran libro

Yo aprendí a leer porque tuve la oportunidad de acceder a un pequeño libro que anteriormente utilizaban para la alfabetización, le llamaban cartillas. Mi madre me enseñó un poquito. Fue así que fui acelerando mi lectura y yo, como mi familia es muy religiosa, yo veía que mi padre tenía un gran libro muy grande que siempre lo guardaba celosamente bajo candado en un su pequeño cofre que siempre lo resguardó, y entonces yo tuve esa inquietud de vigilar dónde dejaba guardada esa llave cuando él salía.

Un día encontré el escondite de la llave. Abrí el cofre, y encontré ahí la Biblia y me fascinaron los dibujos, las caricaturas que tenía, y poco a poco fui aprendiendo a leer. Creo que fue el primer libro que me ayudó en la lecto-escritura. Lo leí. No tengo temor en decirle que en mi caso yo leí la Biblia, quizás desde la primera página hasta la última, porque tuve años de que mi papá no me detectara leyendo la Biblia y en ese cofre encontré algunos materiales que seguramente la guerrilla lo ha distribuido en algún momento. Y poco a poco, en mi etapa de adolescencia, fueron cayendo algunos folletos en mis manos de manera involuntaria, editadas por Iximulew, editadas por Alforja, de San Salvador, si no mal recuerdo, folletos que venían de distintas partes. Entonces puedo decir que me fui formando una idea común, recopilando, reconstruyendo una idea de cómo funcionaba el contexto a nivel nacional.

Mis padres son católicos, ambos campesinos. Mi comunidad sigue siendo 90% católica, la única que aún no ha sido fragmentada por las otras facciones religiosas. Yo no tengo ninguna inquietud de parte de mis padres, porque yo sé que ellos tuvieron una condición desventajosa, que fueron esclavos en la costa sur de Guatemala y por librarse de esa esclavitud emigraron al Ixcán. Yo tenía muy clarísimo que algunas cosas no estaban al alcance de ellos responder y mucho menos entendían cómo estaba ocurriendo el contexto. Lo que sí venía a mi mente en esa etapa como cualquier niño, era cómo enfrentar la barbarie. Teníamos, no vínculo directo sino cierto acompañamiento de la guerrilla, escuchábamos a la guerrilla que nos decían discursos muy alentadores. Entonces el reclamo era que por qué la guerrilla no se armaba de más fuerza como para hacerle frente y detener toda la barbarie que estaban cometiendo contra las comunidades. Esas son algunas inquietudes que siempre y en algún momento, entre toda la debilidad y la impotencia, a uno también se le suben los ánimos, como para sumarse en algún frente o no sé, para luchar contra el ejército. En aquel entonces no habían inquietudes muy fuertes o muy políticas, más que todo emocionales y reaccionarias. Políticamente no tenía ninguna interpretación ni mensaje sobre lo que estaba ocurriendo, el mensaje más grande que tenía en el fondo era que el ejército eran los diablos persiguiendo a los campesinos indefensos, niños en el caso de nosotros, era la única connotación que tenía en la mente.

Armas, patrullaje, ¿Paz?

1982. Benedicto Lucas fue condenado a 25 años de prisión por el delito de faltas contra deberes de humanidad y a 8 años adicionales por violación agravada en perjuicio de Emma Molina Theissen, y una condena más de 25 años de prisión por el secuestro y desaparición forzada del niño Marco Molina Theissen.

Cuando salimos de la montaña yo tenía ocho años y empezamos los entrenamientos físicos, pero también de manipulación de armas. Yo recuerdo que una vez manipulé un arma y jalé el gatillo, un arma así desarmada y por curiosidad, no por accidente, jalé el gatillo y el martillo de esa arma me prensó el dedo. Recuerdo que lloré como niño por el dolor. Así nos enseñaban entrenamiento físico y cómo manipular un arma, cuántos tiros llevaba el cartucho, y todo lo relacionado a un entrenamiento bélico.

No patrullamos en otras comunidades, sino patrullábamos en plan de entrenamiento en la misma comunidad, en los alrededores. No fue mucho tiempo, afortunadamente, pero sí fueron algunos meses de entrenamiento físico por las mañanas. Hubo un tiempo que era obligatorio ir a la escuela con un arma de madera que el mismo padre de uno tenía que fabricar, y para nosotros era divertido porque hacíamos apuestas de quien llevaba el mejor arma, el más tallado, el más vistoso. Fue un tiempo en que nos obligaban a llevar esa madera, no arma de verdad, pero diseñada como un arma del ejército. Lo teníamos que llevar a la escuela con nosotros.

Cuando se firmó la Paz, yo no estaba en la comunidad sino en la capital. Yo quise estar un poco distante de esa realidad, porque era una realidad muy bárbara, insoportable. Nosotros no emigramos a México, no nos refugiamos en México, nos quedamos en la comunidad. Y sí, nos llevó la peor parte de la historia, porque el ejército primero mantuvo a la gente en las aldeas modelo donde no había la oportunidad de sembrar en gran cantidad más que por la subsistencia, ni de comprar productos en cantidad. Por ejemplo, para cada familia había una limitación de las libras de azúcar que se tenía que llevar, las libras de sal... las cosas racionadas. La gente no tuvo la oportunidad de sembrar para agenciarse económicamente y llegó un momento que la pobreza extrema empezó a golpear fuertemente a la gente.

Yo tuve que salir de la comunidad por conflictos familiares. A pesar de que mis padres eran muy religiosos, mi familia era una familia disfuncional, entonces yo huí. Cuando se firmó la paz, en ese momento la ciudad se detuvo un día antes. Fue ahí cuando yo me volví a reencontrar con esa historia, nuevamente, después de que había huido de mi comunidad, de Santa María Tzejá. Me reencontré otra vez con la historia, ya con la firma de la paz en el Parque Central. Entonces me inspiró mucha esperanza. Me dio la noción de que la pobreza que estaba sufriendo mi familia, mi comunidad, iba a cambiar. Había discursos muy alentadores. Me creí el cuento que nosotros significábamos algo para el Estado de Guatemala, para los gobernantes de turno. Creí en los Acuerdos de Paz como en los Diez Mandamientos, algo muy sagrado. Por algún tiempo anduve con esa percepción de los Acuerdos de Paz. Pero desafortunadamente, con el transcurrir del tiempo y con averiguar y toparme con otras realidades, me doy cuenta de que los Acuerdos de Paz no fueron más que un gran engaño. Ahora soy una de las personas que no creo en los Acuerdos de Paz, no creo ni me parece que hayan sido un gran triunfo.

Tomé conciencia del genocidio

Empecé a entender el tema del genocidio quizá desde los 15 años. He tenido el destino de caminar mucho. Pensé en algún inicio que la persecución que sufrimos sólo fue en Santa María Tzejá, pero conforme iba viajando, me iba topando con gente que les tocó la parte más dura. Dícese de Cuarto Pueblo, donde sólo quedó un sobreviviente de toda una familia de 60 personas. Fue en ese tiempo que empecé a tomar conciencia del genocidio de manera espontánea,

aunque la palabra genocidio todavía no se manejaba, pero sí se manejaba las masacres. Cuando entré en primero básico, tuvimos la dicha de ser quizá uno de los primeros en leer el libro de Ricardo Falla, *Masacres en la Selva*, donde sistematizamos un poco la información de cómo fueron ocurriendo las cosas. Yo pertenezco a un grupo de teatro que escenificamos parte de lo que ocurrió, de las masacres de las comunidades. Entonces sí, desde una edad temprana, entre 15 y 16 años, empecé a tomar conciencia, a relacionarme con datos del genocidio.

En la escuela primaria nunca se habló del tema. Nunca hubo libros sobre el tema. Hubo libros que nunca entendimos. Y ahora no creo que estén aportando algo significativo en mi carrera profesional. Los viajes de Vasco Núñez de Balboa, una y otra vez... pasamos en la primaria escuchando sobre los viajes de Vasco Núñez de Balboa. Nunca se hablaba sobre este tema. Fue en el nivel básico cuando tuvimos maestros que no son maestros presupuestados por el Estado, maestros voluntarios financiados por las mismas familias, o sea, las familias hacían una cooperación... no les pagaban, les daban un incentivo de cinco o siete quetzales por cada clase. Compañeros nuestros, los más pilas, los que tenían cierta habilidad, y fue ahí donde armábamos debates y nos salíamos fuera del currículo que establece el Ministerio de Educación. En realidad, nunca le hicimos caso al 100%. Algunas materias fundamentales, matemática, idioma español y entre otras, estudios de la naturaleza, eso no se podían obviar, pero se metían muchos cursos de historia, de debate... entonces sí, tuve una autoformación, entre compañeros, invitábamos a los padres de familia. Entonces tuve una formación distinta a lo que estamos acostumbrados en los colegios donde hay un licenciado, un pedagogo, no tuvimos esa dicha.

En el nivel diversificado no se hablaba del tema, pero por la misma formación que nosotros llevábamos, un grupo de aproximadamente 32 estudiantes que nos dividimos en distintos sitios del país y llevábamos esa formación, y entonces quiera o no, en algún momento de los estudios sociopolíticos de Guatemala, siempre nosotros sacábamos a relucir esos temas y recordaba que en algunos colegios sí había mucho temor de hablar, que no querían que los involucraran con cierta facción guerrillera o cosas así, pero hasta ahí nada más. En la mayoría de mis compañeros había interés en el tema. Algunos compraban libros educativos fuera del currículum escolar, por su propia cuenta en los podía uno enterarse de la historia que pasó: *Mi camino fue la guerrilla*¹⁶⁸ y varios textos que se me olvidan los nombres ahora. Yo veía que mis compañeros sí los compraban, sacrificaban algo de dinero y sí leían.

En la actualidad, hablo de esto con mi propia familia, no con mi familia matriz, que sería mi madre y mi padre porque viven en otro lado. Además, yo tengo un programa de televisión en mi comunidad y frecuentemente publicamos datos, eventos relacionados con el conflicto, exhumaciones de osamentas, reencuentro de desaparecidos y siempre sacamos a flote el tema.

Educación obsoleta

Yo estudié Ciencias de la Comunicación en la Universidad de San Carlos. Me retiré por un problema de comportamiento muy agresivo: yo peleaba férreamente con los catedráticos no críticos, que no daban adecuadamente sus clases. Critiqué mucho que sólo repartían algunas copias de textos para leer y subrayar. No había discusiones, ni debates sobre esas lecturas. Yo decía: Miren muchá, yo vengo de lejos, a tantos kilómetros, si yo hubiera sabido que esto era la uni-

¹⁶⁸ Escrito por el ex comandante guerrillero, Julio César Macías Mayora, conocido como “César Montes”, el libro fue publicado en 1999

versidad, habría pedido favor a alguien que me recogiera todas estas copias, me las metiera en un costal y me las enviara a Ixcán. Yo vine aquí a la universidad para aprender algo, porque entiendo que la universidad es para descubrir, para hacer cosas nuevas y no para retroceder a la primaria, a la lecto-escritura. Y entonces peleé mucho con los catedráticos. Algunos cursos de diseño y fotografía eran prácticamente obsoletos. Me decepcioné, me retiré de la universidad y empecé a trabajar, algunas veces independientemente, otras veces en algunos medios locales¹⁶⁹.

Yo creo que estudiar comunicación fue por una consecuencia involuntaria. Cuando nosotros vivimos en las comunidades modelos, mi finado padre enfermó de un ojo. Y él no podía asistir a las reuniones obligatorias que el ejército hacía por las tardes. La persona que no se presentaba era objeto de un castigo tremendo, lo metían en un hoyo con agua y ahí lo dejaban, toda la noche, desnudo, sumergido en esta zanja con agua. Y mi padre, que ya no podía moverse, se le ocurrió un día y me dijo: “Mira, tienes que ir a la reunión a escuchar qué dicen. Y tienes que decirle al sargento que yo estoy enfermo, que no puedo asistir”. Así ocurrió. Asistí a esa reunión. Le dije que me aceptara porque mi padre estaba muy grave en cama. Y escuché y al terminar la reunión le fui a relatar a mi padre. A mi finado padre le gustó tanto como le relaté las cosas que dijeron, la reacción, lo hacía tan detallado que se le ocurrió seguirme mandando. Y cuando se curó, creo que les hizo trampa a los comisionados militares, porque me seguía enviando. Por mucho tiempo me envió a las reuniones, a recopilar y a narrarle. Sin embargo, yo quería estudiar actuación profesional porque estuve en teatro y me gustó tantísimo por la otra forma de compartir y escenificar las historias. Pero me dijeron que sólo existía en la Universidad de la UNAM de México o ir en Cuba, que allí estaba la otra escuela de actuación, según me decían. Me ofrecieron una beca y me dijeron que no había ningún problema en que yo me fuera a México o a Cuba, pero por temas personales no me fui. En la USAC me dijeron que la carrera más cercana a lo que yo estaba aspirando era ser un comunicador. Y así fue que me quedé estudiando periodismo, tenía la expectativa de que nos iluminaran, que nos dieran algunos indicios, como formar otros medios alternativos. Cuando sentí me estaba profesionalizando para ir a servirle a los medios masivos, y prácticamente me estaba convirtiendo en una herramienta decidí no seguir. Decidí autoformarme. Leo algunos libros, la autoformación es mi camino.

Comunicación comunitaria y genocidio

Las comunidades siempre han tenido comunicación. En este sentido, yo me considero como uno de los alfareros antiguos que nos dejaron esas vasijas que ahora los encontramos todavía, como uno de los talladores de piedras de los templos sagrados de Tikal y en varios templos sagrados a nivel del país donde podemos ver sus escrituras. Yo, en realidad, no me siento como un periodista, ustedes me identifican así, la gente me identifica así, yo lo acepto, y de hecho estoy utilizando las plataformas, algunas herramientas que nos proporciona el contexto actual, la nueva era actual. Pero en el fondo yo soy un alfarero, un pedrero, que voy relatando, escribiendo algunas historias que, si bien es cierto, no cumplen los parámetros para los letrados, quienes tienen cierta maestría en comunicación... yo lo acepto. Y no es porque yo no pueda acceder al conocimiento, sino yo quiero llevar una comunicación amigable, aceptable, digerible para las comunidades y eso es lo que estoy haciendo y de hecho es muy importante que nosotros relatemos nuestra propia historia.

¹⁶⁹ Santiago Botón Simaj es corresponsal de la cadena latinoamericana de televisión Telesur, fundada en 2005 por el uruguayo Aram Aharoniam.

Los hechos que se viven actualmente en Guatemala, los temas de la represión política, la represión contra las comunidades en el contexto de la minería, todos esos temas, todo tiene una relación. El gran capital hegemónico no planifica de cinco años, de tres años, planifica a 50 años, y seguramente en algún momento en el mapa geoestratégico ya existían intereses en estas zonas. Y vuelvo a reiterar, alguna gente se rebeló, alguna gente decidió salirse de la esclavitud, se posicionó en estas tierras, alguna gente logró autoformarse, es crítica, es molesta y un obstáculo para el sistema. De ahí la represión militar, que ahora nos deja un gran vacío, porque a todos los críticos, todos los pensadores, a todos nuestros guías espirituales, los eliminaron y las comunidades ahora se encuentran en una época, yo lo considero, transitando en una época de la noche, porque sí se están perdiendo muchos valores, no hay directrices, el pensamiento capitalista va absorbiendo algunas de la gentes de las comunidades: vive el más fuerte, el más fibrado, el que aprovecha tal beneficio, y todas estas cosas van aprovechando las industrias extractivas.

Hoy día hay mucho silencio. El mismo sistema ha hecho que no se hable de estos temas. Mucha parte de la opinión, y parte del pensamiento que existe, y que predominan en nuestra sociedad, son impuestos por los medios de información. Ellos deciden cuándo silenciar, cuándo sacar a flote, y esto lo vemos claramente en las exhumaciones, en los reencuentros de desaparecidos. Anteriormente, cuando se realizaba una exhumación, cuando los medios decidían que eso era titular, así era el impacto en la sociedad. Cuando a Ríos Montt lo enjuiciaron, la matriz mediática decidió que había que movilizar a las cadenas internacionales, algunas industrias cinematográficas, y así fue. Ya nadie habla de esto porque de alguna manera la matriz mediática así lo ha decidido. En cierto sentido, los poderes hegemónicos así lo han decidido. Para mí, concretamente, el juicio por genocidio fue como la validación de lo que ya se ha dicho: que en Guatemala sí hubo genocidio y por otra parte también se evidenció que la justicia sí puede hacer justicia cuando así lo quiere. Cuando tiene el interés de hacer justicia sí lo hace y cuando no tiene el interés de hacer justicia, no existe la justicia. Eso es lo que entendí, en el fondo, del juicio.

3.2 Tiempo de miedo

Mi nombre es Miguel Sicay, tengo cuarenta y cinco años de edad (1977). Soy maestro de educación primaria en la comunidad Cerro de Oro, en Santiago Atitlán, del departamento de Sololá. Mi papá es pescador y agricultor, mi mamá trabaja en la casa. Pertenezco al grupo maya tzutujil.

Mi infancia y el conflicto armado interno

Mis padres no hablan directamente del tema, pero indirectamente sí. Porque en el tiempo de la violencia en los años 80, yo tenía como cinco años. No entendía nada de eso. Pero después, me fui enterando por unas cosas que siguen pasando, porque siguió pasando hasta más de 1990. La violencia afectó nuestra comunidad porque en el municipio había un destacamento de entrenamiento militar que ahora ya no está. En la época de 1980, según terminé enterándome por mi papá, a vecinos los fueron secuestrando y matando, a vecinos de este municipio. Pero ya después, entre 1980 y 1985 ya empezaron a matar algunos vecinos de la comunidad. A mi familia no, solo vecinos.

De los últimos años sí me recuerdo. A partir de 1985 ya puedo recordar esa parte, todavía pasaron algunas cosas que me daban mucho miedo, sentía mucho miedo en aquel tiempo. Era co-

mún ver al ejército pasar por la calles. Eso daba miedo a los niños, a la gente también, y todos se escondían, especialmente en la época de la de la militarización. Como niños preguntábamos: ¿qué era lo que pasaba? ¿Por qué había ese miedo? Inclusive ir a las escuelas daba miedo, pero ellos no podían responder, no tenían la respuesta. Simplemente, eran temas que no se debían tratar en la casa y mucho menos en la calle. Por temor no se podía abordar ese tema. Yo me enteré sobre eso ya después de los catorce o quince años, cuando me fui a estudiar, entonces me fui enterando de lo que en realidad había pasado, ya después de 1990.

Nos fuimos enterando

Yo estudié en el Instituto Indígena Santiago¹⁷⁰, en la capital. Allí, cuando hablamos del curso de educación, digamos en la cultura maya, me voy enterando de la magnitud de lo que pasaba y que no era sólo en el municipio, que era más fuerte en otras áreas. El conflicto armado lo explicaban a través de los temas que se desarrollaban en el establecimiento: por los temas de cultura maya, situaciones políticas y sociales, nos fuimos enterando de esta situación, que era una guerra interna y que había impactado muy fuertemente a las comunidades. Y justo en aquel tiempo, en 1993, cuando hubo retornados al país, fue cuando nos enteramos más a profundidad lo que había pasado en áreas como Quiché, Huehuetenango y otros lugares.

Debe hablarse estos temas en las escuelas. El sistema no lo permite ahora, pero es un deber y una lucha hacer que ese tema sea prioritario en pensum de estudios, para conocer la realidad para que no se vuelva a repetir. En la escuela en Cerro de Oro, cada vez que tengo oportunidad, hablo con los estudiantes de manera interna, porque el pensum el estudio de acá en Guatemala todavía no lo contempla de manera integral. Especialmente esos temas no aparecen en la curricula de los niños. Por cuestiones ya ciudadanas, aquí en la comunidad lo platico con los niños. Ellos se interesan bastante porque es su historia, porque es parte de la sangre, simplemente son temas que se les ha ocultado a través del sistema.

La primera pregunta que ellos se hacen después de escuchar las narraciones de la historia interna, es ¿por qué, por qué sucedió eso? ¿Qué motivo tenían las dos partes? Trato de explicarles de que los motivos de dos lados, son intereses, que son ideologías e intereses. Primero de la parte del Estado, y eso se demuestra porque todavía en el tema curricular no aparece. Sólo respuestas generales se les da... El conflicto armado tiene una relación vigente con la actualidad. Sigue vigente... ha cambiado de forma, pero no de fondo. Porque se sigue con el juego de intereses que lleva a la marginación, a la discriminación, a dejar sin oportunidades a la población que más lo necesita, porque el sistema sigue siendo excluyente.

La escuela, como es del Estado, obviamente, no le interesa al Estado que la gente conozca su historia. Mucho menos le interesa al Estado que la gente se despierte a buscar su desarrollo, y a buscar el ejercicio de sus derechos para la igualdad. Lo que tratamos de promover algunos docentes como mi persona, es tratar de abrir los ojos a la gente, a la nueva generación, para que pueda buscar una manera de luchar por un mundo más justo, un mundo igualitario. El sistema actualmente no lo ofrece, porque el sistema impulsa un racismo, una discriminación, una exclusión totalmente marcada, solo pintada con muchas formas que aparentan el efecto de una democracia que en realidad no existe en el país.

¹⁷⁰ Fundado por monseñor Mariano Rossell y Arellano en 1945. Desde 1965 es administrado por los Hermanos De La Salle. Véase: <https://www.lasallesantiago.edu.gt/nosotros/>

Del genocidio a una democracia real

Básicamente las primeras ideas surgen en la comunidad, por lo que pasaron, pero me fui a enterar ya prácticamente en el centro educativo donde estudié, allá en la capital, estudié el magisterio de diversificado. Pues ahí fue cuando entendí la magnitud del genocidio en el país. Ahora el significado del juicio por genocidio a Ríos Montt, es un sentimiento de impotencia, un sentimiento de repudio. Lo que significó para mí es pensar cómo el mismo Estado, que es el llamado a velar por todos, sea quien utilice a la población como carnada para sus intereses, deje a todo un país en ruinas, sumido en pobreza, y realmente, en una pobreza y una enfermedad psicológica de las que no ha podido levantarse, eso significa para mí una tristeza profunda, en realidad es una sensación de impotencia ante realidades que en aquel tiempo se dio, y que actualmente se sigue dando, de otra manera.

En realidad lo que espero es que algún día se pueda tener dentro del sistema, esa claridad de enseñanza, de aprendizaje de la verdadera historia que han pasado nuestros pueblos, para poder acceder a una democracia real y a una plenitud en el ejercicio de los derechos y obligaciones, es lo más importante. Quisiera que el resultado de este trabajo se pudiera compartir para que podamos también ir conociéndonos, unificando esfuerzos, para que todo no quede simplemente en una historia oculta. Es de utilidad tanto para mí como para la población del área donde vivo, y supongo que es para todo el país también.

3.3 Toda mi familia estuvo en la guerrilla

Mi nombre es César Escobar y tengo 44 años de edad (1978). Nací en Ciudad de Guatemala. Mi papá, mi abuela, mi abuelo... toda mi familia estuvo en la guerrilla. Mi abuela, ella fue una persona muy consecuente con sus actos y su forma de pensar, anti tiránica, anti déspota. El libro que escribió César Montes, *Mi camino fue la guerrilla*, está dedicado a mi abuelo, porque ellos fueron de la gente que desarrolló el movimiento a todo nivel. En la casa de mis abuelos en Mazatenango se fraguaron varios, no atentados, pero se podría decir que varias acciones para poder ayudar a la gente que estaba con más problemas durante el conflicto armado interno.

Mi historia familiar es complicada

A mi tío, esposo de la hermana de mi mamá, lo mató el ejército. Mi primo Rubén, creció como nuestro hermano. Hubo que sacarlo de San Marcos para que no se lo llevara el ejército y lo enrolaran en sus filas a la fuerza. La historia con mi familia es algo complicada: mi abuela fue invitada por Fidel (Castro), a puño y letra de él mismo a ir a la Revolución Cubana. Ella no se quiso ir porque decía que la lucha estaba aquí y no allá. Mis abuelos eran perseguidos. El Gallo Giro, por ejemplo, un comandante de la guerrilla que decidió faltar a sus principios y se tornó del ejército, por su culpa hubo un montón de asesinatos de integrantes de la guerrilla, porque empezó a decir nombres. La historia de él es que estaba en la casa de mis abuelos en Mazatenango, algo que se llama Monimbó, tiene un nombre de un volcán de Nicaragua. Ellos estaban allí, César Montes, Gallo Giro y otras personas. Cuando se enteraron mis abuelos, pasaron una semana pensando cómo, si se desata el caos en la casa, ellos podrían salir huyendo por la parte de atrás, porque sí, estaban involucrados a todo nivel.

En mi casa no se podía oír música a todo volumen, hacer bulla, o hacer absolutamente nada que llamara la atención de las patrullas del ejército, porque eventualmente, podría generar un problema serio, por lo que en la casa pasaba: hubo refugiados de la guerrilla, nicaragüenses, chilenos, cubanos, por el conflicto que cada quién tenía en su país. Yo no soy partícipe de ningún pensamiento, ni de guerrilla ni del ejército, porque los dos son en alguna forma déspotas y unilaterales. Hay cosas en las que se tiene que tener un entendimiento común, pero lastimosamente no pasó porque ambos ideales pueden llegar a ser nobles, pero los medios para conseguir los ideales pueden ser destructivos. Mi abuela también decidió soltar a la guerrilla al darse cuenta de que los altos mandos también están haciendo cosas que no son consecuentes con las acciones que se pretendían. Y así se empezó a ver como los altos mandos también se llegaron a corromper de cierta forma, por el dinero y por el poder. Mi papá se fue a la montaña a los 14 años a pelear. César Montes lo mandó de regreso porque le dijo “no quiero que te murás aquí”. Mejor ser un doctor igual que tu papá.

Mi abuelo era pediatra y en muchas veces atendió gente que había sido herida en campo de batalla o en un atentado, hizo lo que corresponde, proteger la vida, pero nunca estuvo a favor del ejército y siempre lo hizo a escondidas. Él era nicaragüense de nacimiento, también consecuente con el pensamiento anti imperialista. En mi familia era bien difícil poder pasar los días. Si salíamos a algún lado pasear, era ir con pies de plomo, pegados al suelo totalmente, sabiendo responder las preguntas que le fueran a hacer, de la forma correcta, sin tener ningún problema. Porque estuvimos involucrados en la guerrilla, pero no públicamente.

A mí tía Maritza Urrutia la secuestraron junto con Myrna Mack¹⁷¹. Ahora ella vive en la Haya, protegida por los derechos humanos¹⁷², gracias a Dios no la mató el ejército, la soltaron, pudo ser mucho peor. Ella demandó al ejército y está protegida viviendo en La Haya, en Holanda, porque tiene permiso para estar allá. Ya no puede regresar a Guatemala y si regresa es un par de meses y luego se va. Y la otra parte de mi familia que es Urrutia: Edmundo, Carolina, también fueron parte de movimiento y de alguna forma contribuyeron a esto. Yo no lo viví en carne propia porque me parecía que ambas posturas eran tan radicales, la una como la otra. Creo que se puede querer hacer las cosas bien, pero a través de la violencia tampoco se logra. La violencia que genera más violencia. No genera nada bueno.

Por supuesto que mis padres me hablaban sobre el conflicto armado. En cada reunión familiar pasaba lo mismo. Siempre estuvimos conscientes de lo que se quería lograr. Eran cosas en beneficio y en pro de Guatemala como país. No como luchar por algo sin consecuencias. Ellos nos decían, “ustedes no pueden tener un pensamiento que sea únicamente para ustedes, en su nariz, tienen que pensar que hay más gente que tiene necesidades, del poder de la gente, hasta donde lo puede llegar a usar”, etcétera.

¹⁷¹ Según la CIDH, “El caso se refiere a la responsabilidad internacional del Estado por el asesinato de Myrna Mack Chang por parte de agentes militares, así como la falta de investigación y sanción de todos los responsables”.

Véase: https://www.corteidh.or.cr/cf/jurisprudencia2/ficha_tecnica.cfm?nId_Ficha=287

¹⁷² Según la CIDH, “el caso se refiere a la responsabilidad internacional del Estado por la detención arbitraria y tortura en perjuicio de Maritza Ninette Urrutia García por parte de miembros de la Inteligencia del Ejército, así como por la falta de investigación y sanción de los responsables”.

Véase: https://www.corteidh.or.cr/CF/jurisprudencia2/ficha_tecnica.cfm?nId_Ficha=290

Siendo pedagoga, mi abuela nos habló siempre. Ella tuvo varios títulos universitarios. Era una genio. Igual mi abuelo, entonces siempre se nos educó a no participar en Ejército, por decir algo tan sencillo, ni a dañar a alguien más. Siempre se nos inculcó a mis dos hermanos y a mi primo Rubén, que creció como hermano hasta que se graduó de la universidad. Siempre estuvimos conscientes de que mi abuela, mi abuelo y mis tíos eran parte de la guerrilla. Y hasta la fecha, los ideales positivos de eso se siguen manteniendo como parte de la cultura de la familia, de ser incluyentes, sino dar un poco hacia afuera, darse cuenta de la realidad del país y luchar por las cosas justas y ecuanímes.

Cuando se firmó la paz yo estaba recién entrando a la universidad. Mi mamá era la secretaria de el director de Ciencias de la Comunicación. A él le tocó pues esconderse a veces dentro de la misma universidad, porque gente dentro de la universidad estaba con el ejército. Hubo muchas veces que ella llegó a la casa, no me acuerdo las razones, pero huyendo de la universidad por algún problema. E igual, mi señor padre, hubo veces que tuvimos que mover de casa, a Mazatenango o a Santiago Atitlán, donde también tenemos casa, para poder refugiarnos por algún período, por un posible atentado contra mi papá, mi abuelo y mi abuela, que eran los que estaban más metidos de forma completa.

El caso de mi tío Guillermo, él es dentista, pero únicamente participó en las discusiones. Nunca como mi padre que se fue a la montaña y lo regresaron porque dijeron “eso es un niño, regrésate que vas a morir y queremos que seas doctor”. No lo logró porque él hubiera sido feliz, peleado por sus ideales. Mi abuela tenía un fusil en la casa, no era de manitas tibias. Si para ella fuera necesario prender fuego al palacio del ejército, lo hubiera importado muy poco, por su forma de pensar. Que pienso, para mí, no era la correcta, ponerse a matar a todo mundo, a un soldadito que tampoco puede pensar de forma coherente o que no tiene forma de decidir, y tiene que seguir órdenes, que tenga que sufrir una muerte por las ideas de alguien más ¿No sé si me estoy explicando?

Desde muy pequeño, como de 10 o 12 años, no me gustó tener que esconderme por pensar de forma distinta, porque lo que yo pensaba no era malo: Quiero que todo mundo esté bien, que los campesinos tengan acceso a la tierra, quiero que la gente no muera y que no sea arrebatada de sus casas y de sus familias, porque el ejército quiere infiltrarse en sus filas o cambiar la forma de pensar de ellos. Siempre pensé que la gente tenía derecho a pensar como quisiera y actuar de la forma que quisiera sin perjudicar a nadie. Eso sí, tuve lecturas e información disponible para mí, gracias a Dios, no crecí en un lugar rural y tampoco crecí con millonadas, pero lo que sí hubo en mi casa fue mucha información. Habían libros, lecturas y enseñanzas. Lecturas desde Marx, y muchos otros. Me dijeron: “Allí hay libros, educate en los principios de la vida”. No me acuerdo de quién es el libro “Los principios de la vida”, mucha literatura de autorrealización, que es para darse cuenta de que uno puede pensar y educarse emocionalmente para que las cosas no lo afecten. En la casa había una biblioteca de más de 12.000 libros. No sé si esos libros me cambiaron el pensamiento... pero leí acerca del comunismo, del socialismo y el socialismo utópico... siempre fui facilitado e instruido por mis abuelos, en cómo las cosas deberían ser, en un mundo ideal, pero en las cosas no funcionan como en un mundo ideal. Lo entendí de repente, que los ideales por los que ellos luchaban eran eso: ideales. Y lastimosamente no existe nadie ideal en el mundo, todo está de cabeza, no hay nada que sea ideal.

Dejé de estar de acuerdo con la lucha armada

Como a los 11 años más o menos, me di cuenta de que se estaba matando gente que no estaba involucrada realmente en generar esas órdenes. Que se mataran entre los altos mandos, pues cada quién que se mate por lo que quiere lograr, no importa. Pero un soldado raso de 16 años que lo agarraron de su pueblo y se lo llevaron al ejército, y a punta de palo lo hicieron respetar el código de honor de ellos, eso me parecía a mí totalmente fuera de lugar. También al enterarme que cuando tuve tres años mataron a mi tío –me enteré a los diez años– esas cosas causan impresión porque somos niños. Me logré dar cuenta a través de escuchar y vivir, a lo que estaba llegando esto era a gente muerta sin consecuencias porque las cosas no estaban cambiando y hasta la fecha no se cambiaron

Yo les preguntaba a mis padres por qué ellos peleaban, porque no entendía por qué estaban dispuestos a morir, y dejarme sin padres por algo que no se iba a cambiar. Y ellos me decían que la lucha es una, y la lucha se va a hacer, y después otros van a luchar por eso. Pero yo pensaba ¿cómo voy a permitir que a mi papá lo maten por lo que alguien más piensa? Al ponerlo en contexto, meterte a conflictos sin tener el poder de cambiar nada es como un partido sin pelota, no pasa nada. Es sin consecuencia. Para mí siempre pareció absurdo tener que escuchar que mis abuelos estaban huyendo del ejército. La Chulita, tía abuela de Claudia¹⁷³ los escondió en Cobán. Y me acuerdo muy bien una vez que fuimos al Triángulo Norte¹⁷⁴, mi papá me dice “mira aquí, este pueblo lo salvó un coronel del ejército que se salió del campamento, se atravesó todo esto caminando, para decirle al pueblo, salgan de aquí porque mañana los matan”. Y fue el papá de Claudia. Jamás me lo imaginé que eso fuera así, ni que en algún momento iba a enterarme de lo que hizo. Yo lo escuché tal vez unos diez días antes de conocerlo.

El pensamiento radical

Es un poquito radical la forma de pensar de la guerrilla y del ejército: si no es así, no es, y entonces te mueres. Así va a parar muerta la mitad del país. Muchas cosas en mi vida me marcaron y decidí no participar ni apoyarlas. Yo soy San Carlita también, a morir. Estoy en contra las cosas que puedan ir en detrimento de la universidad, de la sociedad, pero tampoco voy a arriesgar mi vida por algo que yo realmente no puedo cambiar. No es que sea conformista porque no, pero tampoco voy a ir a la montaña y dejar a mi familia sin mi persona porque alguien más decidió matarme o por el pensamiento de alguien más.

El pensamiento es uno y lo podría defender, pero no por eso voy a matar a alguien, ni voy a herir a alguien, no voy a poner una bomba ni nada por el estilo. Tal vez me tocó ser un poquito menos radical que mi familia, porque ellos sí lo pensaban así y lo hicieron así en su momento. Y hasta la fecha sigo pensando lo mismo, no hay necesidad de matar a nadie. No se necesita matar a nadie por ninguna razón. Por supuesto que las cosas se pueden hablar y se pueden entender, se puede llegar a un entendimiento común, si hay voluntad. Aprendí que la voluntad de la gente es propia y generalmente va a hacia sus propios intereses. Entonces, por mucha voluntad que tenga, es voluntad de ellos, ha habido muy poca gente con voluntad hacia fuera, como pasó con Jacobo Árbenz, que su voluntad no era la de él sino era la voluntad para alguien más. Los demás, líderes de la guerrilla, te diría Yon Sosa, te diría César Montes, al final de cuentas, era para

¹⁷³ Véase: *Mi papá fue parte del ejército*, pág. 190.

¹⁷⁴ El Triángulo Norte es una región de Centroamérica que atraviesa El Salvador, Guatemala y Honduras. Está compuesta por 218 municipios con altas tasas de migración en los que el 25 por ciento de la población son jóvenes de entre 15 y 35 años de edad.

dentro, y mi abuelos se dieron cuenta y dijeron no, esto se acaba, y se acabó y se desligaron totalmente del movimiento armado. Pero eso ya fue al final, por 1992, 1993.

A muchos el poder los corrompió o simplemente su persona cambió, y todo por lo que estaban luchando se volvió efímero y se desapareció. Mientras ellos estuvieran bien, pues el bien común ya no les importó, que era la lucha realmente, que todos estuvieran bien, que hubiera igualdad en el país, que no hubieran muertes innecesarias, que hubiera repartición de tierras, era lo que se quería, pero ellos se dedicaron a matar gente en Petén, para aprovecharse de las fincas y poder asegurar el paso seguro de especies vivas a México, o ida y vuelta de maderas preciosas.

La Paz no es real

Hasta la fecha no sé si hubo algún cambio real, porque que hayan firmado la Paz no significa que las cosas cambiaron. Tal vez no están matando gente, pero la violencia contra los indígenas sigue existiendo. La apropiación de tierras sigue pasando. Tal vez el ejército no está en las calles matando gente, pero siguen siendo déspotas en su forma de manejar el dinero. Por ejemplo, se les da más dinero al Ministerio de Gobernación y al Ejército que a la Salud y Educación. Sigue siendo agresiva la forma de ejército que se presentarse ante Guatemala.

¿Se necesita el ejército en el país? Te puedo decir que mucha gente, como los altos mandos, solo se dedican a cobrar y es todo lo que hacen. Porque ¿qué planeación militar en Guatemala, que mirada militar a futuro hay? Absolutamente nada. Cero consecuencia. Siento que el Ejército de Guatemala está de adorno. No estamos en peligro de que nos invada ninguna nación como para que estemos con un ejército que esté funcionando. El único rol que quieren es aprovecharse de los fondos del Estado para fines propios. Durante años se le sigue dando el apoyo de esta gente sin que hagan absolutamente nada.

Aquí no hay nada que hacer

A mí me duele mi país, y lastimosamente pues quisiera yo poder ayudar de alguna forma, pero lo que yo puedo llegar a hacer, por el alcance que yo tengo, es mínimo. No tengo forma de ayudar y me siento frustrado, porque yo quisiera poder ver que las cosas cambiaran, y poder salir y que se escuchara la voz y que alguien tuviera oídos para eso. La gente se ha vuelto bien egoísta y a través de los años, mientras menos miran para afuera, mientras más miran hacia lo que ellos les interesa, menos se dan cuenta de la situación tan grave la cual es el mundo. Y no solo Guatemala, sino el mundo entero.

Nunca fui de la idea de que tanto a un militar como a alguien que no lo fuera, se quedara sin papá, o sin mamá o sin hermanos, porque ese dolor no se podía recuperar con nada. Al principio, cuando se agudizó esto yo estaba súper enojado. ¿Cómo no me voy a sentir molesto, si matan a tu familia? Sentí empatía por esta gente, pero me di cuenta que no iba a llevarme a ningún lado porque lo que se estaba generando en mí era odio y rencor contra alguien que no conocía. Entonces al crecer me di cuenta de que no tenía consecuencias sentir odio contra nadie que no conozco en lo más mínimo.

Muchos soldados menores de edad inscritos en el ejército, fueron a matar gente de su misma etnia. Y por nada, ni siquiera por algo... ninguno logró su objetivo. Lo que lograron es convertirse en traficantes, los altos mandos tanto guerrilla como el ejército. Y ahí quedó todo, porque

la lucha en Guatemala, perdona que lo diga, pero está perdida aquí no hay nada que hacer. Algunos se ponen a hacer plantón enfrente del palacio... Tampoco genera absolutamente ningún caso. Muchos ni siquiera saben que hubo guerra aquí. Mucha gente de las nuevas generaciones, ni siquiera saben que hubo una guerra civil en el país, un conflicto armado interno, ni tienen la mínima idea de lo que pasó, de lo que se perdió.

Los alcances del silencio

En mi caso estudié en un colegio privado, donde todo era bonito. Allí nunca se habló del conflicto armado. Si alguien hablaba de guerrilla o del ejército, era: “calláte, no, aquí estás estudiando, aquí no venís con ideales de otra cosa más que estudiar”. Siempre fue como tapado, digamos, para evitar conflicto entre la misma gente, porque en mi clase había dos hijos de militar. Yo nunca pude decir a voz abierta “esto pasaba en mi casa”, ni ellos tampoco, porque seguramente habrán tenido limitaciones por parte de su papá, que tenían que respetar. En el colegio nunca se nombró y nunca se hizo nada al respecto tampoco, era un silencio total, permisivo también, porque si no ayudas al problema, eres parte de él.

Tengo un hijo de 22 años que sabe todo sobre el conflicto armado interno. Gracias a Dios es una persona con mucha lectura, lee muchísimo, habla cinco idiomas. Él está muy sabido de esto. Él estudió en un colegio que se llama Village, y siempre presentaba sus proyectos, me acuerdo yo, cosas sobre la memoria histórica, A él siempre se le enseñó lo que había pasado. Eso me tocó a mí, le tocó a mi papá también, su abuelo. Yo le contaba mi parte y él le contaba su parte. Alguien le comentó en el colegio que hubo Guerra Civil, y nos preguntó “¿Hubo guerra civil aquí?” Y la respuesta fue sí, hubo una revolución en Guatemala y no se llevó bien. Y luego se impuso un montón de cosas a través de Estados Unidos y el ejército, y no se logró absolutamente nada más que la aniquilación de un montón de indígenas.

El peligro de hablar

El que más estuvo metido fui yo y mi prima Gabriela Escobar, hija de Maritza Urrutia. Ella expuso cosas... y se ganó una beca en México. De lo que vivimos, ella expuso muchas cosas y tuvo un alcance social. Ahora ella vive en México, no puede estar en Guatemala porque no es bienvenida aquí, por lo que expuso. Yo podría decir un montón de cosas y de nombres pero puedo ponerme en problemas yo, y puedo poner en problemas a la gente que haga esto público de alguna forma, porque son cosas muy sensibles que tienen nombre y apellido. Pero Gabriela sí abrió la boca y tuvo que irse. Ella se fue en 2004-2005, ya había sido amenazada de muerte por lo mismo, por exponer cosas que no tendría que haber expuesto. Cosas que en teoría estaban calladas, dejadas en el pasado, y ella las puso a revivir, expuso temas como los anti breaks¹⁷⁵.

Yo sí creo que se debería hablar de ese tema. Lo malo es que generalmente te matan y mi vida vale como para abrir la boca por algo que yo sé. Es como dispararme en el pie. Ahí está Ríos Montt, que se murió sin consecuencias. O sea, no vale la pena toda la gente que murió, queriendo ponerlo a él donde tendría que estar, porque no se logró. Siento que la forma no es exponerlos nada más, sino es a actuar y accionar de forma inmediata: si voy a ir con una persona, voy

¹⁷⁵ Véase: *Enfrentamientos y violencias juveniles en la ciudad de Guatemala (1985-1993)*, Escobar, 2005.

con un abogado, a meterla presa, de una vez a juicio. Lastimosamente eso no se puede hacer en nuestro país. Al hacer eso mucha gente puede morir, tener repercusiones en su vida.

Yo sí siento que deberían hablarse las cosas, pero si existiera el apoyo, el soporte y la protección para la gente que va a abrir la boca porque aquí abre la boca, y ya sabes lo que te toca. O viene alguien contrata un abogado y te dice “Eso es falso”. Y pasas en un juicio durante diez años. Y entonces todo lo que dijiste durante diez años se fue haciendo menos, menos fuerte y menos fuerte, hasta que desapareció y tu voz no tuvo consecuencia tampoco, no pasó absolutamente nada y lo que dijiste a saber si es cierto o no es cierto.

El juicio por genocidio

Yo me sentí un poquito en paz cuando se logró empezar a atacar esto o querer hacer algo al respecto. Y no por mí, sino por la gente que no había tenido paz y que no había tenido a quien hacer responsable de las cosas que sufrió: de matar a su familia, de matar niños, de matar bebés, de prenderle fuego a una aldea completa. Cuando empezaron los juicios dije entre mí, qué bueno que la gente que fue responsable de esto, al fin va a estar consciente de lo que hizo, del alcance de las estúpidas acciones que tomaron de arrasar con la gente, de matar a tanta gente. Sí me sentí un poquito, no aliviado, pero con la esperanza de que la gente que había sido responsable por tanto sufrimiento —no es que esté feliz de que fueran a sufrir a la cárcel— supieran que lo que hicieron está mal. Y lo que deberían sentir es intranquilidad total de saber que por sus acciones, murió tanta gente sin razón de ser. Porque no, para mí no existía una razón real para aniquilar a familias enteras, para aniquilar cantones completos, para apropiarse de las tierras.

Lo que pasó con la firma de los Acuerdos de Paz es que se perdió la memoria histórica. El último que hizo algo fue Gerardi. Pero después de eso no pasó nada. Se firmó la paz y todo quedó en el olvido, se sepultó y murió. La única gente que sigue peleando es la que tuvo repercusiones en su vida, como H.I.J.O.S.¹⁷⁶: hay miles de personas desaparecidas y ellos todavía siguen luchando por saber dónde están, y creo que tienen un punto válido “¿dónde están mis hijos, los que secuestró la G2? Y si no fue la G2, ¿quién fue? Pero toda esa información estuvo disponible en su momento, ahora está escondida o quemada o ya no existe. Las fuerzas que se salvaron fueron las que generaron esos juicios. Porque ¿Cuánta gente secuestró la G2 y la asesinó solo porque sí, solo para el poder del ejército?; ¿cuánto estudiante que pudo haber sido una luz para el país, fue asesinado sólo porque iba a la USAC? ¿cuántas personas fueron asesinadas por estar en el lugar incorrecto a la hora incorrecta, solo porque el ejército quería imponer su poder? Y también la guerrilla... ¿cuánta gente murió de forma innecesaria? Tanto civiles como guerrilla, porque la guerrilla también secuestró gente para tener dinero, no sólo el ejército.

Recuerdo que mi abuela en sus últimos días sufrió mucho porque se dio cuenta de que por lo que había luchado, no tuvo lugar, no se logró hacer. Y sufrió los últimos años de su vida, tanto así que le causó caer en demencia, porque ya no hablaba más que lo mismo, se repetía a sí misma: qué es lo que pasó, qué no se pudo, se hubiera hecho esto o lo otro, pero ya no se pudo. Y la verdad es que las consecuencias hasta la fecha son: el ejército ganó, te diría, al firmar la paz y sepultar todo en esa firma de la paz. Porque después de la firma de la paz se olvidó completamente el conflicto armado en Guatemala.

¹⁷⁶ La organización H.I.J.O.S. fue fundada el 30 de junio de 1999. Véase: “H.I.J.O.S. Guatemala: ofensiva de la memoria”. Centro de Medios Independientes (CMI), 11 de julio de 2014, www.cmiguate.org

Una pareja atípica...

Sobre la idea de que mi relación con Claudia¹⁷⁷ es una esperanza de entendimiento entre polos opuestos, la verdad es que es y no. ¿Por qué? Porque si lo ponemos en mi relación, digo yo, está bien, nosotros logramos cazar, logramos darnos cuenta de que ambos están mal. Ese es nuestro ejemplo. Pero el alcance de nuestro entendimiento, es personal y mucha gente no lo entiende. Y lo que tenemos en común es una conciencia humana, que logra esa conexión, sí logra establecer un vínculo real, en que ambas partes puedan convivir en paz y sin ningún problema. Eso sí lo sé. Eso sí, entre nuestras familias no existe relación por lo radical del pensamiento de cada uno. Podrán sentarse a comer en la misma mesa, pero tener puntos en común y discutir sobre cosas de la vida y sobre cosas, no.

En mi familia, por supuesto, hubo oposición a nuestra relación. Ella no es su papá, primero que todo. Segundo, que ella no es responsable de las muladas¹⁷⁸ que hizo el papá. Pero hay un entendimiento común, más que todo la conciencia social, la que se tiene, no genera ruido en nosotros ni genera ningún malestar. Actualmente mi familia sí quiere mucho a Claudia, por supuesto, porque no es el papá. La familia de ella sigue siendo militar, toda su familia son militares de alto rango, de alto alcance. Ellos sufren, yo no sufro. Ella tampoco, a nosotros nos vale muy poco lo que ellos piensen o no piensen.

3.4 Al recuperar los restos pudimos llorar

Mi nombre es Samuel Lisandro Villatoro Bran. Nací en Ciudad de Guatemala en 1976. Estudié administración de empresas en la Universidad Galileo, pero no terminé. Estudié esa carrera porque estuve trabajando muchos años como gerente de restaurantes, y tenía que fortalecer con teoría mi práctica. Ahora no ejerzo nada de eso, estoy más involucrado en el tema social y de historia. Creo que si ahora pudiera escoger una carrera, habría querido estudiar historia. Yo soy organizador dentro de la organización Amancio Samuel Villatoro que forma parte de un movimiento que se llama Liga Internacional de la Lucha de los Pueblos.

La triste estadística de los desaparecidos

Yo soy hijo de un desaparecido en Guatemala que forma parte de la triste estadística de 45,000 desaparecidos. Soy hijo de Amancio Samuel Villatoro, un líder sindical muy comprometido con las causas de liberación del país que en el momento de su desaparición, en 1984, formaba parte de la estructura sindical en Guatemala a través de la Central Nacional de Trabajadores y de la Coordinadora de Unidad Sindical¹⁷⁹. Era uno de los puestos más altos que podía tener él como sindicalista a nivel nacional, y en ese momento, una gran parte del sindicalismo en Guatemala estaba involucrado de alguna manera, o tenía vínculos con las Fuerzas Armadas Rebeldes del

¹⁷⁷ Véase: *Mi papá fue parte del ejército*, pág. 190.

¹⁷⁸ Según el Diccionario de Americanismos: mulada es en Guatemala, El Salvador y Nicaragua “Dicho o hecho disparatado, sin sentido común.”

¹⁷⁹ En 1999 el Archivo de Seguridad Nacional reveló públicamente el *Diario Militar*, un libro de anotaciones militares creado a mediados de 1980 en el que se registró el secuestro, detención ilegal y muerte de gente escogida, entre ellos Amancio Villatoro.

país, las FAR, y él era miembro del movimiento también, no armado, sino de la estructura en la ciudad del movimiento revolucionario.

Desde que tengo noción de pensamiento, recuerdo claramente el nerviosismo de mi padre por las desapariciones forzadas desde 1978 hasta 1993. Él era el encargado de darle seguimiento a las desapariciones de sus compañeros. Cuando sucedía una desaparición forzada, en la casa era un momento de crisis y de angustia de parte de mi padre y de la familia. Todos se angustiaban y veía como la persecución en contra de líderes se iba agudizando. Y eso para mí, siendo un niño, no era ajeno. Yo veía el nerviosismo de la familia por lo que estaba ocurriendo. Mi padre nos hablaba sobre la situación del país a pesar de ser un niño. Yo siempre estaba presente en las pláticas de él con mis hermanos, que eran mayores, y creo que poco a poco iba escuchando qué era una desaparición forzada y que era... irte de la casa y no aparecer más. Así lo concebí yo desde muy pequeño, de que alguien salía de la casa y nunca volvía. Eso es lo que recuerdo de mi familia y de mi padre en los años más difíciles del conflicto en Guatemala.

Cuando ya empecé a tener un poco más de noción fue cuando mataron a Manuel Colom Argueta¹⁸⁰ y cuando mataron a Oliverio Castañeda de León¹⁸¹, porque fueron acontecimientos que en la casa fueron muy impactantes. A Colom Argueta lo mataron en el 78, yo tenía dos años y recuerdo plenamente cuando mi mamá nos llevó al entierro de Manuel Colom Argueta, en la zona uno, y bajo circunstancias muy difíciles, donde incluso mi madre casi perdió la vida en ese entierro y lo tengo muy, muy presente. Yo tengo la cualidad de tener una memoria larga muy clara. A veces mi memoria corta es muy mala, pero la larga es muy clara y no sé si es bueno o malo, porque hay recuerdos que no puedo sacar de mi mente desde que era un niño, como por ejemplo, la misma quema de la embajada (de España en Guatemala) igual la recuerdo muy bien, y para 1980 yo tenía cuatro años.

La desaparición, el 21 de junio de 1980, de los compañeros de la Central Nacional de Trabajadores (CNT), es otro acontecimiento que recuerdo enormemente y tenía cuatro años de edad. Mi papá se salva de esa desaparición forzada y llega a mi casa diciendo que habían capturado a sus compañeros, muy angustiado y al día siguiente sale una lista de sindicalistas capturados, y en esa lista se encontraba mi papá, y él mismo se estaba leyendo en esta lista como capturado. Entonces fueron momentos muy difíciles y complejos. La misma desaparición forzada de los compañeros de Emaus, en el mes agosto de 1980¹⁸², y después de eso él asume esta responsabilidad del sindicalismo en Guatemala. Derivado de todos esos golpes que el sindicalismo tuvo, él al final se fue quedando solo de tanta desaparición que había. Tuve mucha claridad desde mis cuatro años de edad sobre el tema de los desaparecidos.

La desaparición de mi padre

¹⁸⁰ Manuel Colom Argueta fue alcalde de la ciudad de Guatemala entre 1970 y 1974. Fue brutalmente asesinado en 1979. Se atribuye su muerte al general, David Cansinos. Según *El País* (11/06/1979), Cansinos fue ametrallado mientras se conducía acompañado de dos guardaespaldas en el centro de la ciudad, pocas semanas después de la muerte de Colom Argueta.

¹⁸¹ Oliverio Castañeda de León fue un estudiante universitario asesinado el 20 de octubre de 1978 durante el gobierno de Fernando Romeo Lucas García. Fue amenazado de muerte por el Ejército Secreto Anticomunista (ESA). Véase: <http://mapeo.memorialparalaconcordia.org/article.php?id=188>

¹⁸² 99 El 24 de agosto de 1980, bajo la dirección del subjeefe de la división de detectives, efectivos del ejército y la Policía Nacional, detuvieron e hicieron desaparecer a 16 personas de la finca Emaus Medio Monte, entre ellos sindicalistas y miembros de la Escuela de Orientación Sindical de la USAC.

En 1984, cuando sucede lo de mi papá, llegaron los diez hombres armados a mi casa a sacar sus documentos después de que él no llegó a almorzar. Tenía yo siete años de edad, estaba por cumplir ocho. Y en la noche, cuando vimos entrar a los hombres armados, golpear a mi mamá, llevarse las cosas de mi papá, y escuchar de la boca de mi mamá que mi papá estaba desaparecido, inmediatamente supe que no iba a volver más. Se escuchaba de desapariciones desde 1960, 1966. Desde 1966 para 1980, ya habían personas que llevaban más de 10 años desaparecidos, y nunca habían aparecido. Y yo decía ¿cómo van a pasar los años después de que mi papá no aparezca? ¿Cuándo van a pasar diez, quince años como lo que estoy escuchando de otra gente? Y cuando él ya no llegó esa noche, dijeron: “está desaparecido”. Dije: Nunca más va a volver, inmediatamente. Así fue como viví, a mis siete años, la desaparición de mi padre.

Fue traumático. Hasta este momento yo me dedico, desde hace diez años, a contar esta historia y a articular la historia de Guatemala para que sea entendible: el por qué de las desapariciones forzadas y por qué estamos como estamos. Y cada vez que hablo de este tema, hay un momento de crisis en donde es imposible no llorar, porque es bien complejo recordar este tipo de situaciones, pero realmente no necesito hacer un gran esfuerzo por recordar, sino que casi están ahí presente las imágenes de lo que sucedió en esos años difíciles del conflicto en Guatemala. En ese momento del secuestro de mi padre, nadie lloró excepto mi mamá. Nosotros como niños, mis hermanos... yo nunca los vi llorar, sino que estábamos mucho más preocupados por poder salir del país y salvarnos. Era la indicación que mi padre nos había dado, que inclusive si lo encontráramos tirado en una calle no lo fuéramos a recoger porque corríamos mucho riesgo. Y después de ver a los hombres entrar a la casa, intimidarnos y golpear a mi mamá, a mi abuela, patearme a mí, que era un niño, lo único que pensaba era en salir corriendo.

De hecho, de mi abuela, al otro día, no se quería ir de la casa y decía “no, yo no me voy de aquí hasta que mi hijo venga”. Y yo le decía: No, vámonos abuelita, porque mi papá no va a venir más, tenemos que irnos para salvarnos. Un niño de siete años diciendo eso porque sabía que... tal vez en ese momento se concretó todo lo que se había venido escuchando durante tantos años de los desaparecidos, de las masacres y demás. Lo único que queríamos era salir corriendo. Y así fue. Salimos corriendo de la casa hacia otra casa de un primo, de ahí a la casa de otra prima, por unos cinco meses más o menos en Ciudad de Guatemala, hasta que por fin, a través del apoyo del movimiento sindical, nos lograron conseguir papeles para salir del país y emigrar hacia México. Y en ese momento creo que sentimos por primera vez seguridad de nuestras vidas después de seis meses. De ahí todas las noches eran noches de angustia, de preocupación, que si mi mamá salía, que la iban a secuestrar igual que a mi papá. Terrible, era una situación de angustia horrible de parte de toda la familia. Si mis hermanos salían, mi mamá lloraba porque no llegaban temprano. No era una vida realmente. Fueron momentos desastrosos de nuestra vida y de algo que le puede pasar a un ser humano realmente.

Migramos hacia el norte y volvimos a Guatemala

Estuvimos en Ciudad de México un mes nada más... dentro de la misma organización, que era el movimiento al que mi papá pertenecía, habían algunas casas en México, y luego después de un mes, mi mamá dijo que no quería saber más nada de la organización y quería proteger a sus hijos, y nos fuimos hacia Tijuana, Baja California, donde mi mamá tenía una prima y ahí llegamos toda la familia, y luego de ahí se tomó la decisión de mis hermanos mayores de cruzar la

frontera para Estados Unidos, mojados, para ir a buscar una estabilidad, porque en el momento de la desaparición de mi padre, él era el único que mantenía la casa.

Mis hermanos tenían 17/18 años, estaban estudiando, nunca habían trabajado y ese era ya el momento de empezar su vida laboral. Cruzaron una frontera hacia Estados Unidos en donde se quedaron. Y más o menos como seis meses después de que ellos se fueron a Estados Unidos, ya habían conseguido trabajo y todo, entonces le dijeron a mi mamá –yo estaba con mi hermana en Tijuana– que si queríamos irnos también, mojados para Estados Unidos o regresarnos hacia Guatemala, a mediados de 1985, no fue tanto tiempo y mi mamá dijo: “No, me regreso a Guatemala”. Y nos fuimos para Guatemala.

Mi hermana, que es un año menor que yo, mi mamá y yo, de regreso a Guatemala, a tratar de vivir, ya con una familia desintegrada, sin mi papá, sin mis dos hermanos y con una madre totalmente afectada por lo que había pasado: la tristeza, la separación de su esposo que no vio nunca más, mis hermanos que ya no estaban tampoco y ella con un temor absoluto porque... en realidad yo no tuve infancia. Yo estuve encerrado en mi casa hasta que saqué mi sexto grado de educación primaria. Era solamente estudiar y casa, nada más. No tenía amigos, no podía salir porque mi mamá era muy sobreprotectora, y con razón, porque no quería que me pasara lo mismo que lo que le pasó a mi papá.

No podíamos decir que mi padre era un desaparecido

Había una tensión muy fuerte en 1985, de hecho, todavía existían las desapariciones forzadas. En 1989 sucede un acto muy fuerte en la Red 89 de la USAC, donde desaparecieron a muchos estudiantes de la universidad¹⁸³. Aún era un momento de crisis en el país y nos tocó vivirla encerrados, de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. Mi mamá con un trauma enorme de salir a la calle y ver a hombres con lentes oscuros y de aspecto de judiciales, que eran como se les nombraba a los judiciales o la G2¹⁸⁴. Ella se ponía muy nerviosa, y recuerdo muy bien que casi nos metía las uñas en las manos cuando miraba gente así en la calle. Momentos muy difíciles de verdad que no se le desean a nadie. Sin vida, casi solo estudiando, porque no tenía amigos ni en la cuadra, no me dejaban salir. Toda mi primaria fui abanderado porque no tenía otra cosa que hacer. La guerra persistía y la situación estaba bien compleja y la indicación que tuvimos desde que desapareció mi padre es: no contárselo a nadie. Eso era prohibido. Nosotros simplemente: no tengo papá y nada más. Era pecado capital decirle a alguien que mi papá era un desaparecido o que era un sindicalista. Y mucho menos pensar en decir que había pertenecido a las FAR. Eso era algo como secreto de muerte. No podíamos decir eso.

Y por muchos años, pues simplemente no tuvimos papá. Y vuelvo a repetir: no nos dio tiempo ni de llorar a mi padre. Todo era como sobrevivir y ver sufrir a mi madre. Y yo, en lo particular, pensaba que si lloraba a mi papá, mi mamá iba a estar muy triste por verme llorar. No le quería dar un sufrimiento más y nunca le pregunté a ella ¿Cuándo viene mi papá? Por no hacerla sufrir más, en pedirle respuestas que no tenía ella. Increíblemente, un niño ya tenía esa noción de protección a su madre, de no preguntar cosas que eran evidentes. Inclusive en la escuela, los días del padre, los arreglos o dibujos o cartas que se le hacían a los papás en el día del padre, yo me

¹⁸³ El 21 de agosto de 1989 fueron capturados ilegalmente 10 estudiantes de la USAC. Cinco de ellos fueron torturados y asesinados; los otros cinco se encuentran desaparecidos.

¹⁸⁴ La 2 o G2. [cf. cap. II]

acuerdo que en el transcurso de la escuela a la casa, yo los rompía y los tiraba en el campo para que mi mamá no lo viera. Era terrible, era muy, muy, muy difícil.

¿Dónde está mi padre?

En realidad del tema político yo no tenía dudas. Hubo un momento donde rompí ese ciclo, y dije: Bueno, hay que seguir adelante y vamos a seguir y a vivir. Inconscientemente, tal vez sin proponérmelo, empecé a vivir mi juventud, mi niñez. Terminé mi niñez buscando alternativas de juegos de niños y salir adelante. Y ya, poco a poco, mi mamá me fue dando más libertad de poder ir viviendo como un niño o un adolescente. Ya en los básicos¹⁸⁵ no tenía dudas, solamente en mi mente estaba: ¿Qué pasó con mi papá? ¿Será que está vivo? Había una teoría en Guatemala que el Estado intentó implementar en las mente de los familiares desaparecidos, que era que su papá o su mamá no estaban desaparecidos, que simplemente los había dejado por otra mujer. Algo que metieron en la mente y que en algún momento, a pesar de ver los diez hombres, de saber el compromiso de mi padre, y como no tuve esa orientación, hasta lo llegué a creer. Y dije: ¿y si mi papá en realidad se fue con una mujer y está vivo? Y a veces, cuando iba en el microbús, que todavía era un poco seguro usarlo, veía, y a veces miraba a alguien que se parecía a mi papá y decía: ¡Wow! de repente él es, y ya no me conoce porque crecí o él ya cambió... de repente es él, y está viviendo con otra gente, con otras mujeres. No sé, eso pasó por mi mente. Sí, indudablemente pasó.

Hacia 1996 yo empecé a entender, porque yo no sé si... afortunadamente, caí en las manos de un dirigente de la Universidad, de la AEU por 1995, cuando yo tenía 17 años más o menos. Digo caí en las manos, porque por algún azar del destino llegué a conocerlo en la Primero de Julio¹⁸⁶, donde vivíamos. En esa colonia había un lugar que se llamaba El Pulpo Zurdo, donde vendían carnitas. El dueño de ese lugar era un revolucionario en Guatemala, joven, que estaba metido en el movimiento estudiantil y cuando él me conoció y supo que yo era hijo de Amancio, él me empezó a hablar de la trayectoria de mi papá, de su lucha y de lo que había hecho, y además, que era alguien muy admirable.

Allí empezó a crecer en mí esa emoción de escuchar por qué realmente había muerto mi papá. Y escucharlo de otra persona que no era de mi familia, era como... porque en mi familia, por supuesto, todo mundo hablaba muy bien de mi papá y de su entrega, su trabajo y todo, pero escucharlo de otra gente me empezó a llamar la atención. Empecé a investigar y cuando se iba a firmar la Paz, llegó el momento, inclusive en ese momento, ya con un cierto nivel de formación mía, de pensar que tal vez mi papá estaba en la montaña y que ya, al firmar la Paz, podía bajar, ya como un guerrillero, porque pensamos que su compromiso había sido tal de haberse ido a combatir a las montañas, pero tampoco fue así. Miramos a todos los que entregaron las armas, firmaron la Paz, y no... no apareció él.

Al recuperar los restos pudimos llorar

¹⁸⁵ “Los básicos”, se refiere a la educación secundaria que se cursa, generalmente, entre los 12 y los 15 años de edad en Guatemala.

¹⁸⁶ La colonia Primero de Julio fue uno de los proyectos habitacionales más grandes de Centroamérica. Financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), se inauguró en 1976 con 2,186 casas en el municipio de Mixco, al noroccidente de Ciudad de Guatemala.

En el destacamento militar exhumaron en 2003¹⁸⁷, y todas esas osamentas fueron protegidas por la FAFG. Fue hasta 2011 que intensificaron la campaña “Mi nombre no es XX”, y con esa campaña se acercaron a las organizaciones de desaparecidos. Mi mamá y yo en ese momento, como familia, estábamos involucrados en el proceso de justicia y activando fuertemente, todavía hasta este momento con la justicia en Guatemala, en contra de los responsables de estas atrocidades. Estábamos en la Fundación Myrna Mack llevando un caso ante la Corte Interamericana, y la FAFG se acercó a decir que existía la posibilidad de dar una muestra de ADN y que alguna de las osamentas que ya tenían, hiciera un *match* con las osamentas recuperadas por ellos, derivado del equipo sofisticado que tienen, y todo lo que conlleva el tema de ADN.

Y así fue. Dimos la muestra y como al mes, nos llamaron diciendo que habían muchísimas posibilidades de haber encontrado a mi papá, que había que hacer unas muestras más. Pidieron un poco más de información, como su estatura, su constitución física, su dentadura. Mi papá, cuando estaba vivo, se hizo una prótesis en una muela, una prótesis de platino, y él dijo “por esta muela que me hice, el día que me secuestren me pueden identificar”. Cuando nos dijeron que había aparecido, lo primero que pensamos fue en la muela. Mi mamá, los últimos años de vida de mi padre, estuvo apuntando cómo salía él de la casa vestido, para en el momento de que ya no llegara, irlo a buscar. Mi mamá, a pesar de las indicaciones de mi padre, de que no lo buscáramos y que no arriesgáramos la vida si él era capturado, muy valientemente por seis meses estuvo yendo a todas las estaciones de policía a preguntar por él. Y digo valientemente, porque en una de esas ella misma se hubiera podido quedar adentro. Entonces esa muela fue como el recuerdo que teníamos y el pantalón de lona marca Levis (Levi Strauss), con el que salió de la casa y que mi mamá relató como iba vestido. Y ese pantalón estaba ahí cuando fue exhumado.

Así es que a finales de 2011 la FAFG nos dijo: “Lo hemos encontrado y es un 99.9% de certeza que es él, científicamente, y aquí está”. Y cuando lo vimos, si existía ese 0.01 de posibilidades que no, cuando vimos su dentadura, cuando vimos el pantalón de lona Levi’s, cuando vimos su osamenta, dijimos: Es él y... fue la primera vez, que toda la familia pudo llorar a mi papá. Y todos nos vimos llorar y nos desahogamos de lo que habíamos tenido adentro durante 28 años.

Un museo para los desaparecidos

Fue un esfuerzo que no nació como museo. En lo particular –al final resulté siendo el responsable y así me tocó asumirlo– el tema del museo fue porque cuando yo vi a mi papá por primera vez, quise enseñárselo a todas las personas cercanas a mí, que sabían de mi historia y que no conocían a mi papá. Y era como decir: Aquí está mi papá, mírenlo. Fue como increíble, fue indescriptible. Y fue surgiendo la necesidad de enseñarlo. Inmediatamente, cuando yo lo recibí –mi hermano que está en Estados Unidos, no estaba presente y yo quería que él lo viera– le mandé fotos y así, mis primos, mis amigos, mis compañeros... fue como esa necesidad de mostrarlo. Y en esa necesidad, FAFG nos indicó que no había prisa por enterrarlo y que si lo que queríamos era seguirlo mostrando a los familiares, nos podían dar un pequeño espacio dentro de las instalaciones para acomodar su osamenta y que llegaran a visitarlo, la familia.

Así se fue acomodando el espacio que funcionó –porque realmente no funciona en este momento– como Museo de los Mártires. Y en ese marco ya se hizo la entrega oficial, se dijo que allí

¹⁸⁷ El 7 de septiembre de 2003, la FAFG desenterró los restos de dos personas en una exhumación al lado de la ex base militar situada en Comalapa, Chimaltenango. Uno de ellos era Amancio Villatoro.

estaba la osamenta públicamente, para quien quisiera llegar a conocerla. Al día siguiente yo dije: ¿Quién querrá venir a verlo? O sea, no sé si iba a ser de interés para la población y cuál fue mi sorpresa que al día siguiente de que se oficializó que allí estaba, empezó a llegar mucha gente del movimiento sindical, estudiantes, compañeros de él, de cuando estaba en vida.

En esas visitas se fueron creando preguntas que hasta ese momento todavía yo no tenía respuestas. Simplemente hablaba sobre su desaparición, su vida y quiénes éramos nosotros. Pero las preguntas iban creciendo: ¿Por qué los desaparecieron? ¿Qué pasó en Guatemala en los 36 años de guerra? ¿Quiénes eran los frentes guerrilleros? ¿Qué pasó después de 1944... en 1954, con el derrocamiento de Árbenz...? Y eso nos fue obligando a investigar sobre lo que realmente había ocurrido en el país.

Fundamentalmente nos reforzamos mucho en investigación, y todo lo que existe de la teoría de lo que sucedió, pero más desde la propia vivencia, con participación de compañeros que llegaban al museo y nos contaban más sobre lo que mi papá hacía, y lo que hacía el movimiento estudiantil, lo que hacía el movimiento revolucionario, incluso. Fuimos construyendo una historia que se fue plasmando, año con año.

A nivel familiar también fue difícil porque yo no soy religioso, pero mi madre y mi hermana son muy religiosas, y para ellas era de mucho conflicto, exhibir el cuerpo de mi padre, bajo la creencia de que ya estaba juzgado por Dios y que nadie más lo tenía que estar juzgando... pero al final entendieron la importancia de hablar, porque este tema cuando lo hablamos a nivel nacional e internacional, es un tema que queda como: ¿Será que eso pasó realmente o no pasó? ¿Será que es cierto o no es cierto?... y con la campaña de desprestigio, de querer negar lo que realmente ocurrió entonces hay mucha negación, que es mentira, que la historia de los desaparecidos no existió, que son historias creadas por el imaginario de la gente, bla, bla, bla. Pero la osamenta de mi padre, bajo un tema científico, realmente nos decía: de esto estamos hablando, de una evidencia real de lo que pasó.

Era sumamente importante mantener ese espacio, pero definitivamente, a la cooperación internacional ya no le importa las atrocidades en Guatemala: Ya pasó, ya se firmó la Paz, y no hubo un aporte financiero que pudiera sostener el funcionamiento del museo. Y a nivel nacional mucho menos, y de parte del estado peor. Es algo que, al contrario, no quisieran ni que supieran ni que hubieran espacios de ese tipo. Fue bien difícil mantenerlo por seis años con esfuerzos plenamente personales y de la familia. Yo me dediqué a esto al cien por cien, y tenía que trabajar en distintos empleos para mantener el museo y seguir mi lucha en Guatemala por la memoria histórica, hasta el momento que FAFG dijo que tenía que entregar las instalaciones donde estábamos y no pudimos seguir más. Y se cerró. Se cerró hace cuatro años oficialmente.

La osamenta de mi padre hoy permanece en la FAFG, pero allá en la avenida Simeón Cañas. Sigue siendo importante, a pesar de no ser un espacio para decir lo que queremos, porque en este marco y proceso, me di cuenta de la importancia de dignificar y de desatanizar el movimiento revolucionario, el movimiento estudiantil, el movimiento sindical que está satanizado en el país. Era importante el momento para decir son los elementos de causa de un pueblo que exige sus derechos. No puede ser una satanización de estos movimientos, pero eso lo podíamos hacer desde nuestra perspectiva y desde nuestro museo.

En FAFG solo está su osamenta como resultado del enorme trabajo de la búsqueda de desaparecidos. Comprendemos que el tema político ellos no lo pueden asumir, de alguna manera, como tal, pero sigue siendo ese referente de lucha, por supuesto, nosotros seguimos visitándolos con organizaciones que nos piden una visita guiada a FAFG, donde nosotros hablamos de la historia y FAFG lo complementa con su trabajo científico. Es así como está funcionando, y por supuesto que es un elemento importantísimo de la verdadera historia de nuestro país.

El Estado debe decir la verdad

Durante los últimos diez años yo me he dedicado a hablar en las escuelas, en los centros educativos, en comunidades, en distintos sectores de Guatemala. Y tristemente debo de decir y aceptar que no, nadie conoce la historia real de lo que sucedió. Eso es tristemente así: el Estado de Guatemala no tiene la más mínima intención real de poder tener una voluntad política, inclusive de respetar los Acuerdos de Paz, donde está el esclarecimiento histórico y la aceptación de los hechos ocurridos durante el conflicto.

Los pensum educativos de la primaria, secundaria y hasta de la misma universidad se habla de conflicto armado muy superficialmente: con dibujitos. Y no es que querramos ser sanguinarios, pero realmente debería de hablarse de una forma más crítica el tema del conflicto armado interno. Hoy simplemente se dice: “ah, se tuvo una guerra en Guatemala, donde el Estado violó derechos y la guerrilla también”. Nunca se habla de estadísticas como el 97 por ciento de lo que hizo el Estado en contra de la población civil, porque además ellos hablan de las muertes en enfrentamientos, y estas muertes son de guerrilleros contra soldados. Pero muy poco hablan de las muertes provocadas a la población civil, que es un tema distinto.

Si bien es cierto, mi papá pertenecía a las FAR y era líder sindical, en el momento de su captura no estaba en una zona de combate, era población civil y no estaba armado: su ejecución es una ejecución contra la población civil. No se habla que el 97 por ciento de esas atrocidades lo cometió el Estado. Hoy quieren nivelar ese 97 por ciento con el 3 por ciento restante. Inclusive no, el 3 por ciento creo que ahora es más atacado. Bajo esa perspectiva a nivel nacional, nos ha quedado la responsabilidad a nosotros, como organizaciones que están involucradas en el tema, de poder hablar y decir la verdad de manera objetiva, con investigación científica, de manera de que la población tenga elementos claros y reales para tener su propio criterio. Tampoco queremos decir de que la gente se solidarice plenamente sólo con los activistas y revolucionarios del país, sino que ellos mismos, con base en elementos esenciales, tengan su propio criterio, basado en las estadísticas reales. Y ojalá en algún momento no tengamos que ser los familiares de desaparecidos, sino realmente haya una voluntad política del Estado por decir la verdad, creo que sería el primer paso para la búsqueda de la Paz en Guatemala.

Interés, preocupación, miedo y valor de hablar

Durante estos diez años hemos estado casi en todos los sectores de Guatemala. Desde la ciudad... inclusive tuvimos que adaptar el mensaje, porque no se podía dar el mismo mensaje, una presentación en la USAC que a una escuela de primaria, por ejemplo, y sí, fueron escuelas en la ciudad capital –han sido y siguen siendo, porque a donde nos inviten iremos a hablar del tema– básicos, educación primaria, y también universidades, como la USAC, la Universidad del Valle, etcétera. Más que nada ahora también enfocados en comunidades de la región sur y occidente del país, con jóvenes para dar a conocer la historia del país. Sí hay mucho interés y preocupa-

ción, también hay mucho miedo. El terrorismo de Estado en Guatemala ha sido uno de los más sanguinarios de América Latina. Y eso lo he podido confirmar porque afortunadamente, después de la inicio de esta lucha, he podido hablar de este tema en muchos países de América Latina y me he dado cuenta que las historias son muy similares. El terrorismo de Estado en Guatemala no era ajeno a lo que estaba pasando a nivel mundial y tenía una razón de ser: La eliminación del comunismo en América Latina y su crecimiento, era la preocupación más grande, por lo tanto, había que aniquilar realmente a todo el que pensara distinto al sistema.

En Guatemala no hubieron presos políticos, hubieron desaparecidos. Y esa es la gran diferencia. Derivado de ese terrorismo de Estado, cuando se habla con familiares de desaparecidos y les preguntas: ¿será que puedes hablar sobre esto? Te dicen no...no, porque no quieren hablar. Tienen todavía mucho miedo. Son pocas las familias que ya han perdido el miedo y creo que de alguna manera hemos colaborado a eso. Colaborado a decir: hay que hablar, hay que decir las cosas, hay que poner las cosas como fueron y aquí estamos vivos todavía después de diez años. Creo que eso ha dado esperanza y valor a otras familias para seguir hablando.

Ese es el primer sentimiento que percibo en la gente, de miedo, o a veces me preguntan a mí si no me da miedo estar hablando de esto. Luego se quedan sorprendidos de las estadísticas, y de las atrocidades, y de los testimonios que existen. Al museo mucha gente llegó, inclusive de las universidades privadas de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía en Guatemala, donde las jovencitas terminaban llorando y decían: no puedo entender por qué mi papi me ocultó esta historia o por qué mis papis no me han hablado de esta historia, de lo que pasó en Guatemala, no lo puedo creer que pasó aquí. Ese es el gran problema que tenemos, que sí existe voluntad por aprender y por explorar, por entender, pero que no se hace. En la USAC, yo pensé que cuando fuera a tocar las puertas para hablar de este tema iba a ser ¡bienvenido, pase adelante!, y me costó enormemente entrar para hablar de este tema.

Es cierto que muchos factores han cambiado, y ha cambiado la estructura. Sabemos que la USAC ha sido una universidad muy activa, creadora de grandes personajes de la revolución guatemalteca, de educación con conciencia social y de clase, en las décadas de 1970 y 1980. Pero luego de la firma de la Paz, vemos que la USAC –inclusive la dificultad por la casi privatización de la misma– habla del resultado de la educación que se transmite. La USAC depende ahora mucho de profesores, ya no depende a un pensum de estudio, de formación con criterio, con pensamiento crítico: si el profesor está en la línea de crear conciencia social, del pensamiento crítico, lo va a emitir. Si el otro (profesor) es adverso, lo va a emitir desde otro punto. Van quedando muy pocos profesores enfocados en una conciencia de clase, que ahora la universidad está más enfocada en crear profesionales al servicio del sistema capitalista, que es el sistema que gobierna y que produce. Se están creando –sin faltarle el respeto a nadie, es mi propia forma de ver– profesionales al servicio del capitalismo, sin conciencia social, sin conciencia de clase. Eso limita mucho a que se quiera hablar dentro de la misma Universidad.

3.5 La participación era obligatoria

Me llamo Juan José Chel, soy maestro de escuela. Tengo treinta y nueve años de edad (1983). He vivido en Nebaj, Quiché, donde nací. Desde que tengo cuatro años de edad recuerdo que se hablaba del conflicto armado acá donde vivimos.

Tuvimos una relación cercana con los soldados

Los soldados tenían un destacamento en la comunidad, siempre están cerca, van a las tiendas. A veces nos visitaban en la escuela y teníamos comunicación con ellos. Cuando llegaban a la escuela, le regalaban dulces a los niños, y los conocíamos porque eran gente del pueblo. Ellos nos llevaban información de que la otra parte, la guerrilla, son gente de la montaña y “ya son animales”, decían ellos. A veces llevaban fotos de la guerrilla con cachos, con colas, con plumas de animales, y nos asustaban con esas fotos. Nos decían que no teníamos que integrarnos con ellos, o no aceptar cuando nos ofrezcan, no apoyarlos. A veces iba a las reuniones con mi papá, cuando tuve cinco años de edad y daban la información a los adultos.

Mi papá hablaba de algunos vecinos, nosotros no lo vimos, y nos contaba que algunos se fueron a la montaña, a saber cómo están, a saber si están vivos, porque ya nadie se comunicaba con las personas que se iban a la guerrilla. De nuestra familia ninguno se fue a la guerrilla. Ahora sé que muchas personas conocidas participaron pero no lo supe antes. Ahora los conozco y me cuentan cómo fue su vida en la guerrilla.

Empezaron a agarrar a la gente

Nosotros no le teníamos miedo al ejército porque convivía con nosotros. A veces, como dije, iban a la escuela con dulces, a veces con globos, realizaban actividades con los niños, tenían comunicación con los maestros y nos saludaban a todos. Cuando yo fui creciendo otro poquito más, ya empecé a tener un poco de miedo a los soldados porque participar con los soldados no era voluntario sino que agarraban a la gente, cuando la gente iba al pueblo los agarraban y tenían que ir obligatoriamente participar en el ejército.

Desde ahí mi mamá y mi papá me decían que ya no me iban a llevar al pueblo –porque yo vivo en una aldea. Ya no te vamos a llevar al pueblo porque de repente les van a llevar, y tenemos información de que van a agarrar niños de entre diez y quince años, decían. Empecé a tener miedo y cuando uno se encuentra con un soldado, se hace uno a un lado porque ya tenemos temor. Como ya es obligatorio nos pueden llevar y no es voluntario. Es difícil porque no es una participación, alguna carrera o algún estudio, algo que va a ir a hacer uno sino que uno va a meterse contra la otra contraparte, digamos.

Recuerdo que tenía diez años cuando unas personas empezaron a gritar que teníamos que escondernos en la casa porque la guerrilla está en la montaña, y en el otro están los soldados, y seguro van a haber masacres, decían. Y a los diez minutos empezó una fuerte masacre. No supe sobre muertos pero al día siguiente mi papá me llevó a visitar al abuelo que vivía al otro lado, porque en ese entonces no había ni celular ni nada como comunicarse, y como la carretera es de terracería, en el trayecto vimos muchas balas tiradas en el camino, casquillos de bala y un montón de cosas que dejaron perdidas. Mis papás me decían que no tocara nada del camino, porque de repente están escondidos en la montaña y también las balas pueden explotar.

En otra ocasión, –el destacamento militar está a unos veinte minutos de la casa– otro día, escuchamos una balacera fuerte, y lo que hacemos nosotros es escondernos en la casa. Ya por la tarde se calmó un poco pero no habíamos almorzado, y cuando oímos salir a la gente se decía que ya mataron a un soldado, y vino el helicóptero y lo llevó. Ya después, cuando yo escuchaba

balacera me daba temor. Como nuestros terrenos de siembra a veces están retirados de la vivienda, entonces da miedo, tiene uno que buscar un compañero.

Un tío de nosotros siempre llegaba con mi papá y hablaban de eso ante nosotros, y nos daba un poco de temor, más cuando entraba la noche, nos asusta fuertemente. De día casi no, pero cuando entra la noche, uno está en la cocina y nuestra casa está en otro lado. Uno empieza a tener miedo y cuando amanece pues, se pone tranquilo todo. Sólo es en la noche, cuando hay mucha balacera. A mis papás, a mi tío y otras personas, les preocupaba que iba a pasar con los niños, porque ahora el ejército está llevando obligatoriamente a los niños, y esa cosa no es fácil, sino que sí es ir a meterse ante peligro, decían ellos.

Cuando escuchábamos eso, ya teníamos temor a ver que va a pasar dentro de cinco o diez años, si nos van a llevar y obligatoriamente nos van a sacar afuera para ir a la montaña. Entonces vamos a tener ciertos problemas o puede ser que nos van a matar. También nos contaban que los del ejército, no tenían una buena vida o les pegan, los lastiman, reciben muchos castigos. Por eso uno tenía temor de participar o que lo llevaban obligatoriamente.

Ya más después, cuando se morían ya muchos soldados o que mandaban muchos soldados a otro lado, entonces agarraban gente del pueblo. Ya casi los hombres no salían, porque también me recuerdo de que hubo veces que convocaban a la gente a alguna reunión, y a todos los hombres que participan lo agarran y lo llevan y lo que hemos visto nosotros es que muchos niños quedan llorando, porque se van sus papás obligatoriamente al ejército, lo llevan como, como alguien que haya sido capturado, o lo amaran de la mano. Muy lamentable ver a muchos niños que se quedan y se van sus padres obligatoriamente.

Posteriormente se organizó mucho la gente, y mejor ya no iban los papás a las reuniones, o jóvenes de 15 años para arriba, porque era peligroso participar, o acompañar a sus padres, porque los llevaban. En otra ocasión, la gente iba al pueblo y a la entrada del pueblo ya estaban un montón de camiones y capturaban la gente que está entrando al pueblo. Eso lo vimos un poquito de lejos, y lo que hicimos con mi papá y otras personas que lo vieron, mejor nos regresamos. Y como era a pie, no había muchos vehículos en ese tiempo la gente no tenía posibilidad de pagar su pasaje y tenía que caminar dos horas para llegar al pueblo.

Por eso teníamos temor al ejército. De niño, era muy diferente en la escuela, desde primaria a sexto grado, pero ya pasando un poquito el tiempo, me recuerdo que en quinto grado de primaria estaba yo cuando ya el ejército llevaban a los jóvenes, y nosotros ya estábamos creciendo y ya teníamos temor. Creo que no van a llevar niños, pero como nosotros vamos creciendo, ya era difícil salir o ir al pueblo también, ya teníamos la vida en peligro. A mis compañeros de escuela no se los llevaron, pero ellos tenían hermanos mayores, y yo vi a los niños que lloraban por sus hermanos mayores, y nadie sabían de ellos o a dónde los llevaban. Y como digo, no había comunicación en ese tiempo. ¿Y quién los va a ir a visitar? Nadie, igual y el que se mete, corre riesgo de ser capturado.

Con la Paz se van a tranquilizar las cosas, decían

Había muchas informaciones de que se va a firmar la Paz y que la gente van a entregar sus armas. Según decían, no todos van a entregar sino que van a quedar con la mitad todavía de las de las armas, y se va a seguir, decían. Y si el gobierno no cumple, pues ellos también van a seguir

con eso, decían entonces. Para nosotros también era un peligro, porque va a seguir con el conflicto. Había muchas informaciones y cuando vimos que entraban ya la gente, que vivían en la montaña, nos dieron la información que no son gente de nosotros, eran los que tenían cola y cacho, decían. Nosotros como niños íbamos a ver a pasar a la gente que ya estaba entrando al pueblo, a reuniones, a organizarse. Para entonces ya estábamos viendo también a la ONU, que pasaba y a veces nos visitaba en la escuela, daban la información que nos calmáramos, que las cosas ya se van ya se va tranquilizar, decían ellos.

Nuestro padre nos comentó que se va a firmar los acuerdos de Paz. Esperemos que lo hagan bien, porque el conflicto nos quita tiempo, decía. Todo lo que había pasado, me contaba él. Por ejemplo de que aquí, donde vivimos, acabamos de construir aquí la casa, nosotros vivíamos allá, decía él. Pero nuestra casa que estaba antes, la quemó el ejército, cuando ustedes no habían nacido, decían ellos. Y nos cortaban la milpa el ejército. El ejército había hecho daño antes de que nacióramos: Quemaron las casas, mataban animales, y hacían muchos daños en la comunidad, y en viviendas de las personas. Era la información que nos pasaban nuestros padres. Pero como digo, el ejército empezó a tener contacto ya con los maestros y llegaban, cuando ya éramos niños, y con ellos teníamos comunicación porque llegaban y realizaban actividades como juegos, y otros llegaban como payasos también, entonces como niño eso a uno le encanta también ver.

Desde la casa donde vivimos ahora, mis papás me llevaban siempre al trabajo, al otro terreno donde tenían la casa. Y siempre le preguntaba a él ¿Por qué estas cosas son como las ruinas? Las personas construyeron sus muros de cal y se ven muchas tejas quebradas. Y eso vi cuando íbamos al trabajo, muchas piedras, un montón de cosas quemados ahí... ¿Esto qué era? No, es qué aquí vivíamos antes. Era el lugar donde vivía toda la gente, pero del ejército vino a destruir todas las casas, las quemó, decían mis papás. ¿Y qué hicieron ustedes, se quedaron sin casa? - pregunté yo. Nos fuimos a escondernos en las montañas, nos subimos a esa montaña un tiempo, y ahí sufríamos hambre, decían. Y qué bueno, porque usted no había nacido y ustedes no vieron la mayor parte del conflicto, decía. Ya sólo escuchábamos a algunas personas que se morían cuando salían lejos, cuando van a otro pueblo. Y era peligroso salir o ir a otro lado, porque podría de repente, en ese lugar, suceder conflictos. Entonces lo que hacíamos es no salir, siempre estar en la casa y escondernos a buena hora: a las cinco de la tarde que nadie saliera.

No lo vimos, solo escuchamos

Escuché de masacres desde pequeño, a los cinco años ya escuchaba eso. Ahora del tema del genocidio, pues, cuando entré a diversificado empezaron a hablar un poquito de eso. Nosotros no sabíamos de la cantidad de gente que había fallecido, y no había algún dato, digamos. Y en las escuelas no hablaban del tema del conflicto armado, no se hablaba nada de eso. Ya fue en diversificado donde uno lleva muchos cursos, entonces ya ahí se hablaba eso, la cultura, un montón de cosas, de temas, entonces fui escuchando eso del genocidio. De masacre, pues eso lo escuché, nunca vi que suceda delante de mí. Disparos escuchábamos, que gente se moría, pero nunca lo vimos. No teníamos la oportunidad de ir a verlo, porque como es peligro, no es como un accidente (automovilístico) que pasa y uno va corriendo a ver... sino que en ese tiempo, cuando uno escucha algo nos escondemos, cerramos bien la casa y nadie se mueve. Incluso uno amarra sus perros para que no hagan bulla, para que no se escuche que hay alguien en la casa.

Hubo veces que, cuando estamos escondidos en la casa, escuchamos pasar gente corriendo en la calle. Pero no se sabe quién será. Nos daba temor cuando escuchamos los disparos, no sabíamos

si eran nuestros vecinos o los soldados que pasan corriendo. En tercero básico, recuerdo que un maestro empezó a hablar de eso. Le tocó dar el curso de historia y en el libro que él tenía creo que no aparecía, porque yo sé que los de allá arriba, del Ministerio de Educación no tenían todavía todos los datos. Como que cada poco cambian los contenidos en los libros. Cuando estábamos en la escuela solo se manejaba los cuatro cursos: matemáticas, idioma español, ciencias naturales y ciencias sociales. Solo eran esos cursos. Cuando se firmó la Paz, aumentaron los cursos y así vimos muchas realidades, otros temas que no conocíamos antes. Igualmente, ahora que yo doy clases, pues estoy viendo muchos temas, que surgieron después de los acuerdos de Paz. Yo les hablo a mis alumnos sobre la guerra y ahora también está en los libros.

Me baso en los libros para explicar los temas sobre lo que es el conflicto armado que vivió. En la comunidad donde yo vivo, la mayoría de la gente pertenecía a la otra parte, a la guerrilla. Y con la mayoría que he hablado, sus papás participaron en la guerrilla. En ese lugar en donde yo trabajo, allí fueron a vivir más gente de la guerrilla, digamos. La gente tuvo mucha comunicación con la guerrilla, entonces daba yo mis clases cuidadosamente para no decir que ellos eran otra parte, sino que solo daba yo mis clases, y digo que el conflicto armado provocó un atraso en Guatemala, y que el conflicto armado no era algo con que la gente estaba de acuerdo, sino que la gente fue obligada. La gente fue obligada a meterse a la guerrilla, no fue voluntario. Entonces lo que yo decía con ellos es que no volviera otra vez, y eso ya es como una historia. Les cuento que no debe volver, que debe haber buena comunicación entre las personas.

Tiempo de peligro

Hay personas que me preguntan en donde participaron mis papás. Ellos no participaron con ningún grupo y tampoco participó nadie de mi familia. No era voluntario, era obligatorio. Con los alumnos en la escuela siempre hablamos de eso. Ellos sabían de sus papás, de cómo era la vida de ellos. Yo doy la participación, y pregunto: ¿Cómo era el conflicto antes? Ellos responden que la gente se peleaba con armas, con escopetas. Yo pregunto: ¿Y cómo era la comunidad de antes? Ellos responden: Pues la gente vivía en la montaña, no tenían casa como estas, así cuentan mis papás. Yo pregunto: ¿Y la comida que comían? Y ellos dicen: pues no tenían comida como lo que comemos ahora, sino que solo conseguían fruta o verdura. Ahí en la montaña habían cosas que probaron comer, sin saber si es bueno o es malo, porque ya no había nada, ya no tenían animales, y ya no era una vida normal, sino que era ese tiempo de peligro.

Yo pregunto a los estudiantes si sus papás participaron. Y la mayor parte sí participaron. Les pregunto cómo eran sus vidas en la montaña. Según cuentan muchos niños, en la montaña muchos aguantaban hambre, no tenían comida. También me contaban muchos padres de familia que en la montaña no podían juntar fuego, no podían preparar comida, porque si preparaba comida, el ejército luego se van a dar cuenta donde hay fuego, entonces lo van a ir a buscar y hasta incluso matarlos. Entonces lo que hacía la gente allá era que todo lo que iban a comer en el día lo cocinaban en la noche. Hay veces ya en broma dicen: en el ejército participábamos nosotros y aguantábamos hambre, saltábamos sobre las piedras... eso es lo que ellos escuchan de sus papás y ellos lo dicen así, aunque no lo vivieron. Ellos lo saben y nosotros también reforzamos un poquito la historia y como allá se vivió todo.

Por eso es importante hablar con ellos porque es su contexto, y allí se vivió y estuvo muy fuerte. Donde yo vivo ahora es está a 70 ó 75 kilómetros de la escuela donde yo laboro, casi cerca Ixcán... Santa Clara se llama la comunidad. Entonces con los niños es importante hablar de eso,

para que conozcan como vivían sus papás. En la comunidad vemos un montón de atrasos y no hay desarrollo: apenas hicieron camino y apenas también construyeron la escuela. Un montón de cosas que puede beneficiar a la comunidad, como centros de salud o auxiliaturas, pues no llegaban. La comunidad estaba abandonada y la gente no confía en las autoridades. La gente no recibía proyectos y estaba marginada.

Cuando uno llegaba las municipalidades, apenas lo reconocen, y lo que le dicen es: ustedes solo están en un terreno no reconocido, ustedes son de unas comunidades no reconocidas. Había discriminación en contra de la gente, aunque se había firmado la Paz. Hasta hace poco que se está logrando algunos proyectos: la construcción de la carretera, pero sigue muy abandonado. Entonces eso hablamos mucho con los alumnos de la marginación, de los rechazos y algunas cosas de la firma de la paz, revisamos un poco que eso que se firmó y nunca lo vimos. El gobierno de Guatemala nunca pone de su parte a revisar un poco, o buscar alguna institución, o alguna comisión que vele sobre esos acuerdos y que se cumplan. Pero nunca ponen de su parte, sino que, se sabe bien, que en Guatemala hay una fuerte división ahora.

El genocidio de Ríos Montt

Antes, cuando Ríos Montt era presidente, mucha gente de la comunidad donde vivo ahora, contaba que fue un buen presidente, era lo que ellos contaban. Porque Ríos Montt fue el que construyó la casa otra vez, vino a regalar láminas, y nunca hablaban que Ríos Montt fue el del genocidio. Después, ya hace poco escuchamos que Ríos Montt fue el del genocidio, fue el que provocó, fue la persona dura en el país. Ahora ya sabemos de él, de su carácter. En ese tiempo no sabíamos nada de él, lo que nos contaban es que hizo muchas calles, carreteras, vino a regalar láminas en el área ixil. Más en la comunidad donde yo vivo. Ríos Montt vino a visitar a Nebaj y tuvo mucha relación. Vino como presidente a hacer algo aquí, pero no, nunca nos contaban que él mandó a matar a mucha gente.

Decían mis papás y decía mucha gente también, que cuando Ríos Montt quería quedarse de presidente otra vez: ojalá que se quede porque fue un buen presidente y él es el que vino a construir a muchas casas, decían, y nadie hablaba de la contraparte de él y no habían organizaciones que estén en contra de eso. Y como digo, la historia y muchas cosas salieron después. Y cuando el Ministerio de Educación implementó muchos cursos, tanto en la primaria, básico y diversificado, entonces se nos fue abriendo los ojos, conociendo la realidad de nuestro pueblo, porque nadie nos hablaba de eso.

Todo debe saberse, porque no hay desarrollo en las comunidades. Vamos allá a la comunidad a trabajar en un camino en mal estado y mientras que otros lugares con asfalto, todo en el costo de la vida, hay una gran diferencia. Se ve todavía la marginación: cuando uno pide un proyecto no le dan, lo toman como una comunidad marginada, no reconocida. ¿Quien dejó eso? Son los presidentes que han pasado. Igual en los libros no podemos esconder eso, sino que ahí están los temas del genocidio, mataron a mucha gente... hay veces que pido a los alumnos que investiguen como se llamaban sus abuelos, y todavía hay niños cuyos abuelos y tíos murieron por el ejército. ¿Y cómo se llamaba eso? Pues es el genocidio, ellos lo saben muy bien, los niños.

3.6 El silencio del presente

Me llamo Lucía Inés Xiloj. Tengo 40 años de edad. Nací y crecí en Chichicastenango, Quiché, como mis papás, que aún viven allá. Cuando cumplí quince años de edad me fui a vivir a Ciudad de Guatemala. Estudié Derecho en la Universidad de San Carlos.

No supe nada durante mis años de escuela

No tengo tantos recuerdos porque mi familia no estuvo involucrada en todo este tema y tampoco tuvimos víctimas relacionadas al conflicto armado interno. Yo tuve conocimiento de todo lo que sucedió y la historia de Guatemala a partir de los estudios universitarios. En mi formación primaria, secundaria, diversificado, como lo conocemos en Guatemala, nunca se mencionaba el tema del conflicto armado interno. Fue hasta la universidad y ya cuando quise involucrarme en defensa de derechos de pueblos indígenas. Allí fue cuando visité varias comunidades y me enteré de la situación.

En el ámbito familiar el tema se aborda más como que hubo algunas personas que empezaron alguna lucha, pero no se conocía muy bien qué implicaba esto. Se hablaba de muertes, de desapariciones, y que algunas veces se confundía con rencillas personales, eso es lo que se hablaba en mi casa. No se abordó sobre las causas del conflicto o por qué se había generado. Era más bien desconocimiento o rumores lo que lo que se abordaba. En la universidad fue bastante general el estudio del conflicto armado interno. Teníamos el curso de Sociología de Guatemala y también Historia Política de Guatemala, y en ambos cursos, más que hablarnos explícitamente de la existencia del conflicto, de lo que sucedió, nos pusieron a leer el informe del REHMI y algunos extractos del CEH, y nada más. No hubo una discusión sobre el conflicto, o acerca de los Acuerdos de Paz, que recién se habían firmado cuando yo entré a la universidad.

Yo entré a la universidad en 2000 y llevaban cuatro años apenas de haberse firmado los Acuerdos de Paz. Y no hablábamos nada de eso, no discutimos, sólo nos decían “lean ustedes estos documentos” y... en eso se basó únicamente. Ahí fue cuando se empezó a hablar del conflicto. También tuve algunas discusiones con compañeros que venían, por ejemplo, de Ixcán, que fue un área muy afectada por el conflicto y que hablaban del tema, pero muy poco. Ahí yo empiezo a escuchar del conflicto y los impactos que éste tuvo. La universidad no tuvo gran impacto en mí respecto a conocer todo lo que sucedió en el conflicto armado.

Yo tenía la inquietud de acercarme a alguna organización que trabajara derechos humanos, derechos de los pueblos indígenas y en ese momento la única referente que yo tenía, que era muy conocida, era Rigoberta Menchú. Entonces yo sabía que había una fundación que ella tenía. Yo llamé y pregunté si necesitaban alguna pasante o alguna asistente y me dijeron que sí. Así empecé a trabajar ahí en la Fundación por un tiempo, algunos meses. Y cuando ya me gradué, empecé a trabajar en el Programa Nacional de Resarcimiento y allí sí creo que fue donde tuvo el mayor impacto, de querer continuar trabajando estos temas, porque al trabajar en el PNR –yo trabajaba en la Unidad Móvil, que eran abogados que visitábamos varias comunidades para documentar algunos hechos– empecé a visitar varias comunidades y escuchar las declaraciones de las personas que habían sido víctimas de estas violaciones, y eso realmente me impactó.

En esa institución, por ser del Estado, tampoco me acoplé mucho, y estuve como dos meses trabajando, pero sí tuve la oportunidad de recorrer muchas comunidades, de escuchar a muchas

personas y de ahí regresé a la Fundación Rigoberta Menchú y ellos sí tenían un trabajo más profundo, digamos, vinculado con otras organizaciones de base, como el Bufete Jurídico Popular, donde yo actualmente estoy apoyando estos casos. Allí empecé a apoyar estos procesos, los procesos de búsqueda de justicia sobre estas violaciones.

El mayor impacto son los testimonios

Declaraciones de señoras y señores ya bastante mayores que narraban, por ejemplo, cómo es que ellos tenían una vida tranquila, llega el ejército y arrasan las comunidades. Y un relato que me impactó mucho fue de un señor del área ixil que comentaba que él era un niño y logró escapar y regresar a su comunidad, que estaba toda destruida. Él se quedó durmiendo en la aldea esperando a ver si llegaba algún familiar y nunca llegó. Y habla de una persecución en que estuvo varios días huyendo hasta que logró encontrar la casa de una familia, donde se pudo refugiar, pero la forma en que lo contó, la forma en que manifestó cómo se salvó muchas veces de fallecer, pero también cómo perdió a sus familiares, o sea fueron muchos hechos, y él al final llora, después dice: “mire, hasta que vi un gallito cantar y dije aquí es donde me voy a poder quedar”. Fue bien emotiva la forma en que en que él declaró y contó la situaciones que a mí realmente me impactó. Entonces así, otros testimonios de la gente que sobrevivió las masacres de sus comunidades y eso fue bastante fuerte para mí, impactante.

Es muy impactante visitar a las personas y recordar lo que he leído, porque muchas de esas personas viven en las mismas condiciones que hicieron surgir el conflicto armado, hay muchas carencias. Y otro evento que también me afectó, ya trabajando estos casos, y que me fortaleció de querer seguir trabajando los temas, fue cuando estuvimos preparando el caso de la masacre de la Embajada de España, e hicimos exhumaciones de algunos cuerpos de las personas que fallecieron allí y sólo pudimos ubicar a una persona, don Mateo López Calvo¹⁸⁸. Dentro del proceso había que devolver los restos, a la familia y me recuerdo muy bien que fuimos a una comunidad de Chiché, Quiché, a ver a la familia. Eso fue más entre 2010-11, y la familia no tenía energía eléctrica, vivía en unas carencias bien complicadas, y ellos nos comentaban que por eso es que su hijo se había ido a denunciar lo que estaba ocurriendo en Quiché, y al final las cosas seguían igual casi 40 años después.

También me impactó la importancia para las familias de saber qué pasó con sus familiares y de tener por lo menos sus restos mortales. Yo me recuerdo el papá de don Mateo López Calvo, era una persona ya muy grande, estaba muy enfermo, pero el día que recibió a su hijo, fue muy impactante, lloró un montón, y toda la noche en el velatorio, él se quedó a la par de los restos de su hijo. No se despegó en ningún momento, esa noche, me recuerdo yo, y pues hubo algún apoyo para ir a buscar cómo tener energía eléctrica en ese momento. Todas esas cosas, o sea, las carencias, ver la importancia de la memoria, la recuperación de los seres queridos de las personas, todo eso también fue impactante para mí.

¹⁸⁸ Véase: *Inhuman restos de víctima de la masacre de la Embajada de España*. Disponible en: https://www.cuc.org.gt/web25/index.php?option=com_content&view=article&id=400:unhuman-restos-de-victima-de-la-masacre-de-la-embajada-de-espana&catid=13:comunicados&Itemid=122

El silencio se refleja en el presente

La formación que se brinda en el sistema educativo en Guatemala, relacionado con el conflicto armado no es adecuada. No se aborda de manera profunda, se maneja de manera superficial y no se dimensiona realmente lo que provocó el conflicto armado interno. Las graves violaciones que ocurrieron se manejan muy superficial, a pesar de que ha sido un compromiso de los Acuerdos de Paz y en sentencias condenatorias, ha quedado establecida la importancia de incorporar esto en el currículo nacional de base, pero ya que en la práctica se hable de esto, no se habla. Y donde se habla, se habla de manera muy superficial. Esto ocurre por muchos factores. No podemos descartar el tema político, pues al Estado no le interesa establecer que tuvo mucha responsabilidad en lo que ocurrió. Es un círculo vicioso, porque los maestros tampoco tuvieron formación sobre el tema, y no pueden hablar de algo que desconocen. Yo creo que pesa más el tema político al no querer hablar. En Guatemala todavía se habla de que fue un enfrentamiento de un grupito y que es irrelevante para la historia del país.

Ese vacío de conocimiento se refleja en el presente porque justamente este silencio que ha generado el conflicto, hace que en la actualidad, ante tantas graves situaciones que vivimos, corrupción, etcétera, los ciudadanos no manifestemos, no denunciemos. Todavía queda una cultura de temor, por ejemplo, en mi familia, en los maestros, afecta la falta de formación y el miedo de hablar del tema. Todavía sigue siendo un tema tabú, y cuando alguien lo quiere hablar abiertamente se dice “ay, no, este es un tema sólo de guerrilleros”. Se ha estigmatizado y se dice que el conflicto fue provocado por la guerrilla, y que ellos tienen la mayor responsabilidad en las graves violaciones que ocurrieron y no es así. Yo creo que influye bastante el temor, de la pasividad que hay en la actualidad y el fortalecimiento de esos poderes militares, económicos, y todo lo que ha habido, al final la sociedad no reacciona por miedo. Es un resabio que nos tiene actualmente como un país muy violento, y es que muchas prácticas del conflicto quedaron instauradas en las comunidades. Hay personas que fueron comisionados, jefes de patrullas que tienen mucho poder todavía en las comunidades y utilizan esas prácticas con la justificación de que hay mucha violencia, entonces se convierten en aparatos paralelos de seguridad que violentan muchos derechos humanos. La violencia que vivimos hoy es consecuencia del conflicto armado.

¿Cómo enseñar esto adecuadamente en el sistema educativo? Hay diferentes maneras dependiendo del nivel educativo. Seguramente en los niveles de primaria, pues está muy vinculado con conocer los problemas que se viven en la comunidad, las realidades, para hacer esta vinculación con el conflicto. Y ya en ámbitos de secundaria, diversificado, se puede a partir de todos los casos que se han juzgado en Guatemala, porque son un poco más conocidos, hay mucha información acerca de los casos, se puede vincular con el informe de la CEH y las pruebas presentadas en los juicios. Hasta puede ser como muy interactivo, hacerlo a partir de ver los videos de los juicios, hablar acerca de las pruebas. Yo creo que también los juicios pueden ser una herramienta importante para enseñar sobre el tema. No debe olvidarse el tema de las personas que están involucradas, todavía con mucho poder en las comunidades. Yo creo que ese es un elemento muy importante que tampoco permite que la gente hable, porque todavía les tienen temor. O sea, víctimas y victimarios siguen viviendo en las comunidades.

COROLARIO TRES: Al pensar en la relación intersubjetiva, la mayoría de estos relatos remiten a diferentes aspectos de naturaleza generacional. El relato de Santiago, por ejemplo, fue significativo personalmente porque le conocí como colega en un medio de comunicación escrito en Guatemala. Esa es una circunstancia que me permite pensar que si el trabajo de elaboración es un proceso histórico-social, éste ocurre, como advierte Feierstein, en el territorio del ejercicio de la acción social, es decir, en las relaciones de poder, y que “se vincula fuertemente a una lucha por restablecer un mayor nivel de autodeterminación”. Además, se trata de una persona prácticamente de la misma edad que mi persona, cuya historia fue radicalmente distinta, aunque inevitablemente, ambos hemos sido afectados por el proceso genocida. Acceder a su relato me hizo pensar en que ambos estamos en el proceso de elaboración histórico-social con miras a utilizar el pasado “como advertencia en relación con el presente, como conminación ética ante el ser en el mundo” (Feierstein, 2012: 85-86).

Mientras yo escuchaba su historia para incluirla en este trabajo, pude sentir en alguna medida, cierta distancia respecto a mí, que en la reflexión me hacía pensar en las diferencias que determinan el lugar de nacimiento, el tipo de familia y de relaciones interpersonales de cada uno. Me impresionó mucho su experiencia dentro de las Patrullas de Autodefensa Civil y su estancia en las llamadas Aldeas Modelo después de que la huida ya no fue efectiva: fueron imbuidos inexorablemente en una experiencia concentracionaria. Acaso esa sensación de distancia es en parte una de las consecuencias del terror sistemático, o es como dice Feierstein, una marca en “el arrasamiento de la estructura yoica” en tanto parte de la tecnología de poder genocida. El autor nos recuerda que los métodos a lo interno del aparato concentracionario buscan la renuncia de la propia identidad.

En el capítulo anterior, como se podrá recordar, se mencionó las ideologías del sinsentido. Feierstein dice que surgen como respuestas que buscan preservar el yo ante las consecuencias traumáticas del terror articulándose con la desensibilización: “intentan construir un tipo de *narratividad*”, que en lugar de un trabajo de elaboración “este relato busca semantizar el horror anclado en el inconsciente de un modo que, a través de la insensibilización y el pacto denegativo, constituye una legitimación y justificación del arrasamiento, clausurando su visibilización” (pág. 87).

A la imposibilidad de sumir los daños que ha dejado el arrasamiento, la ideología del sin-sentido agrega la clausura de la puesta en palabras del arrasamiento, pero ya no desde el silencio sino reemplazándolo por *otras palabras*, unas palabras que clausuran la posibilidad de elaboración al sostener que no hay nada que elaborar porque en verdad *nunca hubo nada ahí* (Feierstein, 2012: 87).

Quizá valga la pena reparar en estos aspectos de cara a los relatos de este grupo siempre que acusen ciertos rasgos de esa clausura. En verdad, realizar esta operación, por lo menos en el plano analítico conlleva ciertos riesgos: excederse al apuntar hacia una determinada subjetividad que tal vez, veladamente, niega el arrasamiento o el trauma, no desde el silencio porque obviamente la voz del sujeto se ha manifestado, sino desde una narrativa que le permite una suerte de puerta de escape que, paradójicamente, pone en evidencia rasgos de aquel arrasamiento subjetivo en la identidad.

La realización simbólica de un genocidio implica la capacidad de instalar en los procesos de memoria no sólo que ya *no hay* (identidad, yo, relaciones sociales, movimiento contestatario), sino que en verdad *nunca hubo*. De tal manera que no hay yo a reconstruir, no hay trabajo alguno de *elaboración* a realizar, porque nunca hubo en verdad ningún yo, ningún sujeto, nunca existió *nada ahí* que pudiera ser arrasado y que requiriera nada para *elaborar*, ya que sólo hay nada, materia inerte azarosamente dispuesta en el universo, disfrazada con máscaras que pueden quitarse como las cáscaras de una cebolla (Feierstein, 2012: 88).

La cita anterior tiene un franco tono atroz si recordamos lo que se dinamiza en los procesos de memoria. No obstante, anticipa algunos elementos que intentaremos inteligir en los relatos del siguiente grupo (4) en el sentido que he insistido: no apostar por una mirada binaria, es decir, que la realización simbólica del genocidio se resuelve exclusivamente en un proceso de elaboración, o de clausura. Lo que puedo decir con Feierstein es que al pensar en estos procesos en la dimensión histórico-social, otras dimensiones como la política, académica o intelectual, “al construir representaciones del pasado, crean tanto claves denegatorias como herramientas para un posible trabajo de elaboración”. Aquí me permitiré reproducir una cita que el autor recupera de LaCapra:

Para que cumpla un rol social, el trabajo de elaboración debe articularse con preocupaciones políticas. Para ocuparse de esas preocupaciones se requiere de una combinación de

los roles de las posiciones subjetivas del académico y del intelectual crítico, una combinación que no abomina de la rigurosidad académica ni confunde la reflexión crítica con la propaganda partidaria sino que presenta modos de pensamiento posibles e incluso deseables que suelen desalentarse en los ámbitos académicos (LaCapra, 2006: 234).

Para cerrar esta idea cabe decir que un posicionamiento de mi parte desde estos supuestos, implicará un compromiso ético en este tiempo y en este espacio: el miedo persiste a cierto nivel en el relato de Miguel cuando narra el pasado; desde el presente, César se distancia de una militancia que considera prácticamente insostenible; Samuel, también en el presente, parece experimentar un proceso de duelo en el que el aspecto público tiene gran importancia, pero duda de que esa importancia esté permeando su sociedad. Volver sobre estos relatos implica, también, reconocer hasta donde sea posible, los niveles propios del arrasamiento subjetivo de cara al presente. Es, siguiendo a Jelin, una apelación a la memoria ejemplar que nos impele a una doble tarea: “superar el dolor causado por el recuerdo y lograr marginalizarlo para que no invada la vida privada (...) aprender de él, derivar del pasado las lecciones que puedan convertirse en principios de acción para el presente” (Jelin, 2002: 59).

4. Las políticas de la memoria

En este eje sobre las políticas de la memoria, considero, me aproximo al punto de mayor relevancia para esta investigación. Esto no quiere decir que los otros ejes sean menos relevantes ni mucho menos, pero en éste es en el que quiero hacer el acento por lo crucial que puede resultar a la hora de pensar en el proceso de realización simbólica del genocidio en Guatemala. Incluso cabe adelantar que este eje temático está íntimamente relacionado con el siguiente: usos de la memoria en el presente, como veremos.

Fue precisamente el 20 de mayo de este año 2023 que asistí por medio de redes sociales, a una charla que ofreció Feierstein en la sede de la organización Nietes¹⁸⁹ en el contexto de un ciclo de formaciones llamado “Las nuevas generaciones en la Lucha por Memoria, Verdad y Justicia”. Este grupo de jóvenes organizados de Argentina están abordando el tema del negacionismo y cómo enfrentarlo. Entre otras cosas Feierstein mencionó

¹⁸⁹ Para una historia más detallada sobre esta organización, véase: <https://www.pagina12.com.ar/424320-les-nietes-toman-la-posta>

una frase que me dejó pensando: *la cadena de transmisión de la memoria de las luchas*. Pero no sólo eso, también habló de los *quiebres* en esa cadena de transmisión.

En su mayor parte, como indica Groppo (2002) un determinado número de identidades colectivas, que antes parecían sólidamente arraigadas, han devenido más inciertas y se ven amenazadas por un proceso de cambio que se acelera sin cesar. Se puede decir que Nietes nos remite a esas identidades colectivas, tal como en su momento lo hizo la organización HIJOS, que mencionamos en el capítulo uno. En ese marco, según Groppo, la memoria es percibida como un punto de anclaje y como una garantía para las identidades amenazadas.

Ya en Jelin, que hemos venido trabajando, se pueden encontrar algunas coordenadas teóricas del debate para un abordaje de la memoria:

(...) hay una tensión entre preguntarse sobre lo que *la memoria es* y proponer pensar en procesos de construcción de memorias, de memorias en plural, y de disputas sociales acerca de las memorias, su legitimidad social y su pretensión de «verdad». En principio, hay dos posibilidades de trabajar con esta categoría: como herramienta teórico-metodológica, a partir de conceptualizaciones desde distintas disciplinas y áreas de trabajo, y otra, como categoría social a la que se refieren (u omiten) los actores sociales, su uso (abuso, ausencia) social y político, y las conceptualizaciones y creencias del sentido común (Jelin, 2002: 17).

Siguiendo con esta autora podemos entender lo decisivo de la memoria en tanto en cuanto conforma las estructuras propias del pensamiento: no se trata de un artefacto ubicado a lo externo de los sujetos, antes bien, la memoria constituye a esos sujetos y sustenta su identidad generando coherencia y continuidad a lo interno de determinadas comunidades: “el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y del espacio (Jelin, 2002: 24).

A todos los efectos, vale traer aquí la noción de *Muro del Silencio*, pero no ya desde el campo propio de los estudios del genocidio, sino como categoría social siguiendo el planteamiento de Jelin. Cuando el muro se agrieta, por decirlo de alguna manera, queda

expuesta la intensión que desde estructuras estatales se ha buscado imponer: el olvido. Pero no exclusivamente desde el Estado, también desde estratos sociales que apuestan a “dar vuelta a la página”, o más explícitamente, a una *clausura* de aquella parte de la historia en que el genocidio se puede constatar. Es por eso que el juicio por genocidio en Guatemala marcó un punto de inflexión respecto al olvido: expuso su imposibilidad. Pero más aún, arrojó un flujo de agonía para el presente de los perpetradoras, atormen-tándolos, dada la imprescriptibilidad de muchos de los crímenes cometidos. Es precisa-mente esta situación la que configura en parte, las dimensiones problemáticas de la memoria en el presente. Las heridas están en la sociedad y emergen en los relatos: los desaparecidos y las incertidumbre que rodea su ausencia, pero también los hijos y los nietos de esos desaparecidos, las adopciones¹⁹⁰ de muchos infantes que a la vuelta de los años se manifiestan; la impunidad disfrazada de amnistía; el relativo avance o recono-cimiento de la verdad y justicia como vimos en el capítulo anterior, y quizá cierta indi-ferencia de las instancias que tienen competencia en materia de justicia internacional. En fin: en las posibilidades de acción en el presente.

(...) en la coyunta actual, marcada por una crisis económica y social sin precedentes, es imposible olvidar que los fundamentos del modelo económico y social que condenó a la pobreza a la mitad de la población fueron establecidos, precisamente, en la época de la dictadura militar. El neoliberalismo salvaje, la desindustrialización, la especulación fi-nanciera desenfrenada, el desmantelamiento del sistema de protección social, el abandono de las funciones reguladoras del Estado, la explosión de la deuda externa nos conducen a las transformaciones estructurales impuestas por la dictadura. Entonces, el problema no es sólo el de los crímenes que permanecen impunes, sino también, más en general, en de la herencia estructural dejada por la dictadura, de la que se hicieron cargo los diferentes gobiernos que se sucedieron después (Groppo, 2002: 188).

El diagnóstico que plantea Groppo si bien lo está pensando para la Argentina hace dos décadas, coincide en muchos aspectos con el de aquellos países donde las dictaduras se instalaron y operaron en las décadas finales del siglo pasado, al caso Guatemala. Ade-más, me permite volver a la idea de la ruptura en la cadena de transmisión de las memo-

¹⁹⁰ Véase: ponencia “Adoptados guatemaltecos ¿Deshumanización por robo de identidad? Dr. Carlos Haas. Mesa redonda Conectando pasado y futuro: roles y perspectivas de la generación postconflicto en Guatemala. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 29 de junio de 2022.

rias. ¿En qué sentido puede decirse que hay una ruptura en esa cadena de transmisión? En esta idea lo que subyace es un intento de ir más allá de la sola rememoración o conmemoración de los sobrevivientes y sus círculos sociales, y pensar en cuál fue aquella identidad que el genocidio intentó borrar para siempre, o en los términos que venimos trabajando, ¿cuál fue el tipo de relación social que se buscó destruir para imponer la del perpetrador?. Se trata en cualquiera de los casos de una preocupación que concierne a toda la sociedad guatemalteca en su conjunto.

Quizá para enfrentar los siguientes relatos valga la pena llevar en mente las preguntas que lanza Jelin:

¿Existen estándares para juzgar las rememoraciones y los memoriales? Pero, y esto es lo más importante, ¿quién es la autoridad que va a decidir cuáles son las formas «apropiadas» de recordar? ¿Quiénes encarnan la *verdadera* memoria? ¿Es condición necesaria haber sido víctima directa de la represión? ¿Pueden quienes no vivieron en carne propia una experiencia personal de represión participar del proceso histórico de construcción de una memoria colectiva? La propia definición de qué es «vivir en carne propia» o ser «víctima directa» es también parte del proceso histórico de construcción social del sentido (Jelin, 2002: 60).

4.1 Prepararse para la paz política

Mi nombre es Roxana Aguirre¹⁹¹ y tengo 37 años. Nací en ciudad de Guatemala (1984), y actualmente vivo en la ciudad de México. Estoy cursando un posdoctorado en el Colegio de México, me interesan los temas relacionados con la sociología del trabajo.

Mi historia familiar

Mi familia es del oriente del país, pero son dos historias migratorias. Mi papá estudió hasta el magisterio de educación primaria, en Jalapa, con una posición económica, favorable diría yo. No ricos ni eso, pero sí pudo hacerse de eso. Y migró a la capital en 1974, él trabajaba en la municipalidad de su pueblo y cuando Colom Argueta estaba allí, él migró. Es decir, él conoció a Colom Argueta, no sé si de manera directa, pero a su equipo, la recién fundada Asociación de Alcaldes (ANAM). Mi papá terminó trabajando para la municipalidad capitalina en ese contexto. La familia de mi papá tenía ciertas propiedades como tierras, tiendas, farmacias, que no es mucho dinero, pero en esos pueblos sí a nivel local. Mi papá es un niño bien, de pueblo. Él se crió con mis bisabuelos quienes lo perdieron todo. Entonces tenía capital cultural pero no necesariamente capital económico.

¹⁹¹ Nombre ficticio, la persona solicitó el anonimato como condición de participar en este proyecto.

La historia de mi mamá es distinta. Es también del oriente, once años más joven que mi papá. Mis abuelos eran campesinos sin tierra, y cuando en los años 70 ofrecen la tierra en el Petén, es parte de esa gente que migró para allá porque les ofrecieron tierras. Mi mamá migra con ellos, teniendo catorce años, con apenas sexto primaria: costó mucho que mi abuelo le permitiera estudiar, por la idea de que las mujeres solo iban a casarse. Por una madrina de mi mamá, que convence a mi abuelo, ella termina la primaria, siempre amó estudiar. A los dieciseis migra a Poptún a trabajar como empleada doméstica y servicios generales, o sea que atendía una tienda y cosas así, y siempre con la aspiración de poder seguir estudiando. A los dieciocho se va definitivamente a la capital a trabajar, también en servicios domésticos generales. A mi mamá le pasaron unas cosas terribles, y también tuvo buenas experiencias en lugares donde trataban bien a las empleadas domésticas. Pero siempre quiso estudiar, entonces trabajaba y estudiaba.

Cuando mi hermana y yo nacemos, mi mamá seguía estudiando. Incluso llegó a la universidad siendo nosotras adolescentes. Mis dos papás son del oriente del país pero con historias muy diferentes, y se encontraron en la capital trabajando en la municipalidad. Eso pasa por otras cosas. Mi mamá por ejemplo, la red de apoyo y de contención que consiguió fue la religión, en una iglesia adventista. Yo nunca logré hablar estas cosas con mi papá porque murió cuando yo tenía dieciseis... pero yo creo que él se sindicalizó en la municipalidad de Guatemala, y allí lo reclutaron y se volvió militante de una organización revolucionaria. Esa es su historia.

Reconstruir la trayectoria política de mi padre

Mi papá era un burócrata, tenía un puesto administrativo. Pero con el tiempo, yo he entendido, su misión, su trabajo político, era organizar sindicatos. Él militaba en las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). Allí tuvo formación política y militar, pero él pertenecía al ala política de la organización. Algunas cosas las viví y otras las sé porque él me las dijo involuntariamente. Con eso, yo he ido reconstruyendo su posible trayectoria política, a través de quienes fueron sus compañeros, después de que él muere. Y a partir de eso, incluso, tratar de llenar vacíos de tiempo. Por ejemplo, nadie en la familia sabe qué pasó con mi papá entre 1981 y 1983. Pero él estaba en Chixoy. A los años, alguien me ha ido dando pistas, de que también trabajó con el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), con la población q'eqchi' en esa zona.

Yo especulo, no lo sé, que esa fue la etapa en que mi papá tuvo formación político-militar. Porque mi papá conoce a mi mamá en 1983 en la capital, ya organizando sindicatos. Ya había trabajado en la municipalidad para el terremoto de 1976, que fueron momentos decisivos para la generación de mi papá. Pero eso no me lo contó él, lo fui reconstruyendo yo. ¿Qué sí me contaba mi papá? Por ejemplo, una vez se le salió... como los habían entrenado en las casas de seguridad, en caso de verse atrapados por la policía militar o por los militares en general, a tomar las pastillas de cianuro. Es un relato constante de los militantes revolucionarios que recibían formación militar, que les enseñaron que si se quedaban atrapados, para no “cantar”, tenían que inmolarse. Yo habré tenido 12 o 13 años. A los años yo conecté esa historia con todos los relatos, yo lo entendí. Cuando mi padre ya había muerto, yo descubro en su biblioteca un manual para hacer bombas molotov de las FAR.

He ido conectando puntos de la historia de mi papá con otras cosas que sí pasaron en lo público. Por ejemplo, como la misión de mi papá y sus compañeros, los que yo conocí que eran como mis tíos, era organizar sindicatos. Yo tenía cuatro años y estaba en la costa sur con mi papá y mi

mamá, en la fundación de la federación sindical obrero-campesina, que es el frente sindical más grande. Detrás de eso estaban las FAR, obviamente. Eso lo sé ahora de adulta, con la formación y el conocimiento de historia. Pero, imagínate una niña de cuatro años, con su mamá y su papá, en un espacio así... o sea, en 1992 cuando regresaron a Guatemala los refugiados, mi papá nos llevó a recibirlos en el Trébol. Y yo recuerdo sentir esa emoción, y cuando fueron los 500 años, y el Nobel de la Paz de Rigoberta (Menchú), mi papá nos llevó a la manifestación. Íbamos a manifestaciones. Otro ejemplo ocurrió cuando tuve entre seis y ocho años, cuando en mi casa se reunía la dirigencia de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), porque había una alianza con las FAR (...) pero el asunto es que en mi casa se reunía la plana mayor de la AEU, y yo jugaba con esos tipos, yo era una chiquita. Y yo digo ¡se reunían en mi casa! ¡Cómo mierda se le ocurría a mi papá meter a la plana mayor de la AEU, en ese contexto en su casa! Pero pasaba.

Mi primer recuerdo de la infancia es mi abuela, mi abuela materna. Ellos vivían en el Petén. Los veíamos muy poco. Corría el año 1987. Habían ocurrido unas masacres en las comunidades del Petén. A mi tío lo amenazaban de meterlo a las PAC, y mi mamá se lo lleva a la capital para que no lo recluten, para que no se lo lleven. Y yo tengo memoria de una conversación entre mi abuelo, mi mamá y mi tía, contándole a mi abuelo que no podía regresar a las tierras donde tenía los cultivos porque el ejército no les permite volver. Yo he tenido claridad de cómo la historia de mi familia se conecta con la historia de la guerra, con la historia del país, después de mucho tiempo. He tenido muchas anécdotas así, de chiquita, de recordar conversaciones y de conectar después los acontecimientos.

Sobre la guerra y la paz

Me enteré por mi papá principalmente. Había cosas para las que mi papá, y creo mi mamá, por acompañarlo a él, no tenían tabú: íbamos a manifestaciones, gritábamos consignas. Desde chiquita me llevaban a cursos de vacaciones donde me hablaban de derechos de infancia, de derechos humanos... pero cuando yo conecto, a mí me llevaban a la escuelita de vacaciones de gente del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). Fui a muchas manifestaciones: las del 1 de mayo, las del 20 de octubre, las de los 500 años, el retorno, o sea yo crecí con eso, sabiendo que si había injusticias había que protestar, había que luchar, sí había ese lenguaje. A mis doce años estaba en una organización de niños, defendiendo derechos de infancia. Pero eso no hubiera pasado si mis papás no hubiesen estado politizados.

Para la secundaria yo exijo entrar a escuela pública porque estaba encandilada con el movimiento estudiantil y yo quería formar parte de eso. Hay un punto en que mi papá terminó trabajando con cooperativas campesinas, más que con el movimiento sindical, y yo al mismo tiempo empecé a involucrarme en el movimiento estudiantil. Entonces yo con mi papá en algún punto, entre mis doce y mis dieciséis años, hasta que él muere, desarrollamos mucha afinidad y hacíamos muchas cosas juntos. Yo cumpla doce años cuando se firma la paz. Entonces es una coyuntura muy propicia para empezar a hablar de esas cosas. Mi papá hablaba conmigo de cosas muy sencillas que él hacía, sobre lo que él creía, donde él andaba, a veces sin pensar, sin imaginar que me estaba formando políticamente con esa intensidad. Y otras sí, con la intensidad de formarme. Pero incluso, había situaciones en las que mi papá me decía “Pérate”. Yo le decía, yo quiero ver el documental de Radio Venceremos, tenía yo como diez años. “No, no, no, eso todavía no”. Por un lado me mandaba el mensaje que había que comprometerse, o sea, implícito y explícito, pero por otro lado se ponía así como “Te tengo que cuidar”.

Una vez mi papá me dijo “tu aporte no va a ser este, tú lo que tenés que hacer es estudiar”. A los años, estando yo estudiando la maestría, te juro que yo caí en cuenta, pinche viejo cabrón, por culpa suya terminé estudiando ciencias sociales, y además queriendo formarme en ciencia, en investigación, porque entendí que había que hacer buena ciencia para hacer aportes políticos también. Y ese fue mi compromiso, y ese es mi compromiso hoy.

Adolescencia y Paz

Era adolescencia cuando se firmó la paz, y eso generó una conversación social que abrió la posibilidad de que en mi espacio íntimo, personal, familiar, se hablara más. Todos estábamos muy emocionados. Yo lo viví con mucha ilusión, con mucha alegría porque mi papá... me regaló una playera del Ché con el logo de la URNG¹⁹² cuando se estaba convirtiendo en partido (político), y él quería que yo llevara la playera al partido, estaba muy ilusionado. Y para mí el mensaje era: voy a poder crecer en un lugar sin guerra, en democracia, donde vamos a participar políticamente, sin esa cosa radical de ser súper rojos.

En mi propia tesis escribí que había que ser positivos y propositivos: no de paz ingenua, sino de paz política, de involucramiento político pero de otro tipo que no era el de la generación de mi papá. Por eso yo quería participar en el movimiento estudiantil. Y diría, a nivel más social, cultural, los primeros tres años después de la firma de la paz, yo siento que me tocó vivir en una ciudad de Guatemala donde yo me sentía muy libre. Yo conozco muy bien ciudad de Guatemala porque la he andado. Este clima de inseguridad y encierro, en mis años de adolescencia, que me parecen tan fundamentales para el desarrollo de la autonomía, ya la anduve sola. Y fui parte del movimiento estudiantil. Era educación pública, teníamos diálogo con el movimiento estudiantil universitario, que en ese momento era militante. Me tocó la interlocución con una sección del movimiento estudiantil universitario, todavía muy sana, comprometida porque había gente bien oscura dentro de los militantes con antecedentes de violencia sexual, que supe después.

La AEU que a mí me tocó, de finales de los noventas, habían conocido a mi papá, que era dirigente sindical, compa de las FAR desde antes, y algunos me reconocieron como la hija de “este señor”. Yo tenía 15 ó 16 años cuando estaba dialogando con gente de veinte y pico de años. Eso fue en el marco de ese proceso de paz, después todo se fue a la mierda. Con el tiempo nos encontramos en otros espacios y tenemos amistad porque nos sabemos políticamente afines, confiables. Pero posteriormente hubo gente de ese espacio muy oscura, como que se desvirtuaron algunas cosas: la portación de armas por ejemplo.

Escuela Normal y guerra

En la Escuela Normal no se habló de genocidio. Yo me peleaba con los maestros de estudios sociales porque los libros que nos daban no hablaban sobre la guerra, y tenían una página sobre la paz. Pero yo a esa edad ya leía a Mario Payeras, ya leía a Ricardo Falla, pero porque tenía acceso a eso en mi casa. Yo peleaba, porque cómo era posible que no hablaran de la guerra,

¹⁹² La Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) se fundó como un grupo guerrillero en 1982, y coordinaba cuatro grupos: Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), Organización del Pueblo en Armas (ORPA), Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). Pasó a ser un partido político en diciembre de 1998. Nunca ha ganado una elección presidencial.

cómo era posible que no contaran la verdad, que no contaran la historia. Esos fueron los años del esclarecimiento histórico, del RHEMI, fue cuando mataron a Gerardi, entonces yo me indignaba. No era la única, éramos las que estábamos en el movimiento estudiantil y teníamos conexiones fuera de la escuela, y tuvimos formación política, lo disputábamos, lo peleábamos. No era una escuela con vocación autoritaria-militarista, pero obviamente iba saliendo de la guerra y había mucho conservadurismo cultural y político. Habían maestras que sí eran honestas, que sí hablaban de eso, pero como por debajo. Me gané el aprecio de mis docentes, no de todos pero sí de los más progresistas, por confrontar, pero al mismo tiempo, me gané la fama de rebelde, de imposible, no por desmadres ni drogas ni chavos.

Militancia familiar

La militancia fue de mi papá. Mi mamá, le apoyó. Más que como convicción política creo que por amor. Ella no es una persona políticamente conservadora, es una persona muy consciente de las injusticias, habla ese lenguaje, fue sindicalista, por ejemplo, aunque no fue militante. La familia de mi papá supo que él era militante o y nunca lo reprobaron, creo que había cierta admiración hacia él, por esa razón. Ellos no se involucraron de esa manera, o si lo hicieron fue mucho tiempo después, ya no en clave de militancia sino de activismo oenegero, pero siempre en este lenguaje de la justicia social. De parte de la familia de mamá, vivían otra realidad, en el sentido de que a todos los tocó salir del campo a la ciudad, trabajar y estudiar si querían avanzar en la vida, tampoco es gente conservadora políticamente.

Cuando mi papá muere yo creo que hubo una especie de disputa simbólica entre mi hermano y yo por la memoria de mi papá, y sobre todo por la apropiación de su memoria. Yo me di cuenta que los dos habíamos terminado de formar nuestra identidad personal, nuestra imagen pública, diría yo, nuestra posición política, con referencia a mi papá, pero de maneras distintas, yo en lo afirmativo y mi hermano en lo negativo. Mi hermano hoy es de derecha (estudia en la Marroquín, le importa mucho el dinero, ese es su ideal en la vida, se cree capitalista, sus posturas generalmente son de libre mercado, todo lo que huele a izquierda es como guácala...). Es un tipo conservador, pero inteligente, ya quisiera yo que toda la gente de derecha en Guatemala fuera como mi hermano, un ser pensante, un ser reflexivo, que se reconoce a sí mismo como conservador. Es de derecha pero reconoce las injusticias.

No le llamábamos genocidio

De niña no escuché el término. Ese término se fue construyendo después de los procesos de recuperación de la memoria histórica. Especialmente a finales de 1990 y principios de 2000 se escuchaba sobre las víctimas. A mí me tocó revisar unos archivos del REMHI, unos diez años después, siendo asistente de investigación. Y me di cuenta, por lo que había pasado en esos años de la guerra, que para legitimar el reclamo de la guerra se había construido un relato de víctima, y se había nutrido esa visión de los dos fuegos. Es hasta ahora que se está reconociendo que la acción del Estado fue desproporcionada pero que la gente sí tomó partido. Claro que se reconoció en aquel entonces, pero todo era como más velado. O había que plantearse como víctimas.

Lo del genocidio viene mucho más recientemente, yo diría, exagerando, que unos diez años para acá (el presente 2022). Porque fue una noción que se construyó para poder disputar la justicia transicional. Antes se hablaba de crímenes de lesa humanidad. Entonces yo sí tenía noción de que se habían cometido masacres, de que había violencia masiva, de que había que buscar gen-

te, sí sabía de los desaparecidos. Sí sabía todas esas cosas pero no le llamábamos genocidio. Eso es muy reciente. Cuando ya empezamos a hablar de genocidio es con una connotación jurídica y política. Y ya yo, había pasado por la universidad, ya tenía otro tipo de formación fuera de esos espacios. Desde los primeros años yo sabía de las masacres, de la guerra, de los exilios, de los refugiados. Ese era el lenguaje. Y en algún punto, el discurso de las víctimas. Las víctimas de la guerra. Yo pensaba que era parte de lo que había que luchar para construir una nueva Guatemala. O sea que había que hacer justicia por el pasado, pero que también había que ver hacia delante. La disputa por la memoria siempre estuvo allí. Yo conocía FAMDEGUA, yo conocía CONAVIGUA, yo conocía HIJOS. O sea, yo era afín a todas esas cosas, desde aquel entonces.

No guerrilleros, otras militancias

A mi generación ya no le tocó eso. A la generación que estuvo antes de mí, que hoy deben tener cuarenta y cinco años, por ejemplo... yo siempre bromeaba porque les decía “A ustedes les arrebataron la guerra”. Porque los entrenaron para ser los comandantillos. Además, muy masculino el asunto. Sí los entrenaron, pero les arrebataron la guerra de las manos, porque ya no fueron al monte, ya no agarraron el arma, ya no fueron los guerrinches, ya no fueron los héroes éticos de la guerra. A mi generación le tocó otro contexto. Nos tocó el discurso de que hay que sumarnos a la democracia, entonces en las organizaciones en las que yo participé... yo le llamaría más activismo de derechos humanos, no en la militancia de izquierda... yo sabía que mi papá era de izquierda. Yo siempre me he sentido de izquierda. Pero nunca, o sea, es más, al día de hoy, como yo aborrezco todo lo militar, yo mi frase es: milico de izquierda, milico de derecha, la misma mierda, porque como militares se comportan exactamente igual. Eso no quiere decir que yo no tenga ideas de izquierda, pero mi relación con lo militar, sea de izquierda o de derecha es no. Yo soy política, o sea lo mío es político.

A mí me hubiera gustado que mi padre me contara sobre su militancia ahora. Cosas de las que me enteré más tarde, como la violencia sexual, y que con la formación académica y política ya fui entendiendo en qué consistía. Yo estoy consciente de que mucha gente de mi generación en la universidad (yo estudié en Universidad Rafael Landívar), por beca, conocí gente de mi edad, que no se enteró de la guerra hasta allí, y se enteraron de todo cuando yo llevaba años escuchando esas cosas, que ya no me espantaban pero sí me indignaban. Sé que generacionalmente mi experiencia no es la común. Hay mucha gente de ciudad de Guate, que en su vida se enteró que hubo guerra, que no se imaginan las cosas y por eso no las creen.

Formarme para contribuir

En educación media, con el proceso de formación que uno va teniendo, que vas leyendo cosas, yo, insisto, leí a (Mario) Payeras, (el libro) Verde Púrpura (de José Flores), leía a (Ricardo) Falla, o sea que fui hilando. Pero ya cuando se me cuajó todo en términos de un relato más amplio fue en la universidad porque sí tuve gente que habló de la guerra, yo que era un frijolito en el arroz, que venía de educación pública.

A mí me aterra la USAC. Nunca estudié en la USAC. Cuando me tocó elegir universidad, había una transición muy fea. Fue cuando la izquierda pierde la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU). Yo venía de del movimiento estudiantil de educación media, trabajando con esta

gente, y ganó “el Gilligan”¹⁹³. La historia me dio la razón: fueron dieciocho años que la AEU estuvo cooptada. Yo quería estudiar pero era en serio, y yo creía que por la descomposición que se había vivido en la AEU... si hubiera ido a la San Carlos, no sé si habría tenido el mismo tipo de experiencia intelectual. Ya estando en la otra universidad (Landívar) fui conociendo gente, sobre todo de la Escuela de Política y la Escuela de Historia, fui encontrando afinidades y diálogo intelectual. Pienso que me hubiera ido bien (en cualquiera de ambas). Pero en aquel momento yo estaba muy asustada por lo que le iba a pasar a la USAC. Incluso intenté irme a estudiar fuera del país. Algo me decía que era la única manera de contribuir. Era un mensaje de mi papá. No porque tuviera prejuicio de clase, o porque rechazara la educación pública, no, no, no. Era porque conocía lo que estaba pasando.

A mí, a la muerte de mi papá, me tocó trabajar y estudiar, siempre. Y creo que ha sido parte de mi formación, como persona y ser humano. La gente que estudió en distintas universidades no les había tocado trabajar. Muchos tenían una beca, en el caso de la Landívar. Desde que entré pude darme cuenta de que las instituciones jesuitas que se instalan aquí en Guatemala, siempre han tenido una disputa interna, siempre ha habido jesuitas de izquierda y jesuitas de derecha, y de la más recalcitrante. Entonces eso se vivía en dos sentidos. Por un lado —y cosa que no me habría pasado en la San Carlos— yo tuve profesores de derecha y de izquierda, y de centro. Y esa experiencia para mí fue muy rica. Tuve profesores que eran militares, que no eran buenos. Entonces enfrentarse con esa gente también, de manera directa, también me formó. Y me posicionó todavía más. No en el miedo sino al contrario, en la argumentación.

Y por otro lado, la Universidad R. Landívar vivió un proceso bien interesante, también en el proceso de Paz: administraron becas para estudiantes mayas, por ejemplo; para estudiantes de educación pública, y también había procesos de inserción de militares y de militantes guerrilleros que se habían desmovilizado. En la Landívar hubo gestiones en la Escuela de Política, de gente de izquierda, mucho tiempo. Y después de gente más moderada, no digo de izquierda necesariamente, tampoco de derecha. Ese es el tipo de ambiente que me tocó. Creo que fue muy saludable, en el fondo, porque me permitió conocer gente de distintas posiciones, de distintos orígenes. Pero sí me tocó una promoción bien estúpida. Era un montón de niñatos, que no tenían ni puta idea, ni sabían escribir y venían de los colegios más caros de la ciudad. No el Americano, porque esos se iban a estudiar a otro lado, pero... eran un montón de wanabes, esa es la verdad, que solo pensaban en embriagarse con la plata de sus padres en los antros de zona diez. Yo recuerdo que entré a la universidad el año de la guerra contra Irak (1993). Y me acuerdo que me peleé con todo mi grupo porque ellos defendían la guerra y la ocupación contra Irak...

Los militares justificaban lo que habían hecho. Era interesante porque podían justificar pero el debate provocaba reflexiones y revisiones, de algunos de ellos. Era muy chistoso porque luego eran cordiales (el uno con el otro) fuera del salón (de clase). Todo parte del espíritu de la paz, de decir vamos a poder hablar de eso, vamos a dialogar, a construir, no vamos a callar. El clima que yo viví en la Landívar era que había que hablar del asunto. Y sabíamos que iban a haber posiciones contrarias. Claro, estaban los militantes o los hijos de militantes, ya gente adulta formándose, incluso del sindicato que conocía a mi papá. Y es que ellos tenían posturas, la justicia, la responsabilidad, la llegada del ejército, eran esas las dos posiciones, entre ellas, gente

¹⁹³ Se refiere a Jorge Mario García. Para más detalles sobre el tema véase: *De Oliverio a Isla de Gilligan. Cómo fue cooptada la AEU*. Disponible en: <https://cmiguate.org/de-aeu-a-isla-de-gilligan-como-fue-cooptada-la-asociacion-de-estudiantes/>

que justificaba lo que había ocurrido por motivos claramente clasistas y racistas. Mis compañeros de salón, tenían el punto de vista paternalista de la política. Había dos visiones de la democracia, una más electorera y otra más de organización.

¿Qué está haciendo mi generación?

Yo creo que hay varios momentos. Esto que estoy diciendo, estas posturas distintas, académicamente se traducen en lo siguiente: Uno, yo hacía tesis sobre democracia electoral o hacía tesis sobre movimientos sociales. Y supongo que vine por la segunda que es más sociología política. Y decidí hacer mi tesis sobre las organizaciones de jóvenes de izquierda porque tenía una pregunta... –ya habían pasado diez años desde la firma de la Paz– y sentía que nos estábamos inmovilizando. Mi pregunta así, existencial, era ¿qué está haciendo mi generación en términos políticos? Mi generación, en términos políticos, éramos jóvenes de izquierda. No toda la generación, yo tenía compañeros de mi generación que no respetaba porque eran idiotas. O eran derechosos... entonces me preguntaba por los que eran de izquierda. Allí fue donde entendí sobre eso y me hice ese tipo de preguntas. Lo que a mí me terminó pasando es que yo sentí que había demasiada apología de sí mismos. Y dije no, hay que estudiar cosas importantes y me fui a estudiar sobre el trabajo, y sociología del trabajo...

Porque por supuesto, ¿con quiénes era el diálogo? Con la generación de mi papá. Entonces fue recoger anécdotas sobre cómo se comportaba la comandancia: terrible con las juventudes, autoritarios, antidemocráticos, milicos... comandantes que sacaban las armas para amenazar a los compas de las juventudes y decirles “esto lo hubiéramos arreglado de otra manera en otros tiempos”: con fusilamientos. Y era una generación política perdida, un poco. Pero se tenía que poner en diálogo con la generación de mi papá, entonces yo empecé a conectar puntos: la decisión de estudiar cuestiones de trabajo, a la postre, tenía que ver con la experiencia sindical de mi papá. Y me ha pasado en la tesis del doctorado, especialmente pero en otras cosas también. A mí la tesis del doctorado me llevó a descubrir cosas de mi papá.

Tengo mucha inquietud de reconstruir qué pasó con el movimiento sindical post acuerdos de Paz. Hay un libro muy completo sobre este tema en Guatemala... pero llega hasta los noventa... ¿por qué me interesa a mí, al final, el impacto del movimiento sindical guatemalteco? Tengo la hipótesis, tengo mis notas... ¿por qué? Porque yo vi como mi papá se fue derrumbando. Yo creo que mi papá murió en depresión. Y murió en depresión porque el movimiento sindical se hizo añicos, y murió en depresión porque el partido se fue a la mierda. Ya desde aquel entonces. Lo que a mi papá le daba sentido a su vida –por supuesto que nos amaba y nos quería a nosotros– pero lo que lo sostuvo todos esos años y le daba un motivo de existencia se fue derrumbando delante de sus ojos. Mi papá era alcohólico. Y en esos últimos años, cuando se fue desarmando todo eso, mi papá tuvo unas crisis alcohólicas. Muchos de los compañeros de mi papá, del movimiento sindical, que murieron años después, murieron de alcoholismo... Es allí donde yo he ido conectando la historia de mi papá, con la historia del país, con la historia política, digamos del movimiento, en mi propia mirada, de mis propias búsquedas.

Esa anécdota del comandante guerrillero –ahora convertido en dirigente partidario– amenazando a jóvenes, que yo recogí en mi tesis de licenciatura, era el comandante de mi papá. En 1999 cuando Álvaro Colom fue el candidato de esa Alianza Nueva Nación, ese señor habló en público en la Plaza Central, y yo vi como mi papá se derretía por su comandante. Yo vi eso. Yo eso no lo entendía y no lo aceptaba porque me parecía muy autoritario. Aunque yo tenía afinidades

con mi papá, ya en la otra generación había unas intuiciones de que el personalismo y el militarismo no están buenos... yo soy de esa generación que creía más en la democracia que en la militancia. Eso sí lo puedo decir, pero no de la democracia edulcorada sino de la acción política, no de la democracia electoral...

Yo no creo que las influencias sean ingenuas. Yo no me llamaba de izquierda en ese momento, pero para mí, todo lo que mi papá me decía era justicia social, no pobreza, educación, salud. Mi papá hablaba de Cuba, crecí escuchando esas cosas y creyendo que eso estaba bueno, que había un mundo justo. Esa era la aspiración. No necesariamente ser militantes. Entonces hubo un momento en que mi papá y yo nos bifurcamos. Me recuerdo que unas semanas antes de que él muriera. Fue en la última marcha del 20 de octubre en la que él estuvo, y él iba a subir al estrado, al escenario a hablar del movimiento sindical, y en su alucín él quería que yo subiera a hablar del movimiento estudiantil pero a mí no me tocaba, mis compañeros no me habían nombrado. Y yo allí entendí que yo no creía en los personalismos, que a mí no me interesaba ser la imagen de nada. Mi papá se había hecho a lo largo de su vida adulta y hasta sus últimos días, el dirigente político, y estaba muy orgulloso de que su hija fuera también líder estudiantil, quería que fuera revolucionaria porque eso sí se lo dijo a mi mamá una vez. Y yo me la creía. Según yo, yo era revolucionaria... porque yo no creo en las cosas en torno al carisma.

Con los años y la muerte de él, fui entendiendo que mi aporte era la investigación y la docencia. Y que había que hacer buena ciencia y buena docencia. Porque si no nos formábamos, entonces era más fácil darle en la torre a los movimientos y a la sociedad, que es lo que ha pasado. O sea que no bastaba con el panfleto, con la consigna, con la imagen. Mi papá emitió esos dos mensajes como contradictorios y sé que ya no nos dio tiempo ni de pelearnos, pero desde un punto, aunque compartíamos cosas, nos íbamos a bifurcar. Por esa visión me dicen medio feminista porque yo hablaba de libertad sexual. Mi papá que hablaba de ser progresista, no aguantaba mucho eso. Pero no podía decirle nada porque él era revolucionario.

4.2 Hasta al fin se hizo justicia

Mi nombre es Gladys Karina Gómez Jerónimo. Tengo 35 años de edad (1987) y nací en Tuxtla Chico, Chiapas, México. Nací allá porque mis papás, que son guatemaltecos, se vieron obligados a salir del país. Mi papá es originario de Pajapita, San Marcos. Mi mamá es originaria del altiplano de San Marcos, la parte fría, y mi papá de la parte de costa, pero ambos de San Marcos. Con mis propios recursos inicié estudiando Trabajo Social en la Universidad Rafael Landívar. Dejé un tiempo de estudiar por el alto costo de la universidad. Después gané una beca con la organización donde trabajo y logré terminar mi carrera.

Nacimos en Chiapas

Mis papás, los dos participaron directamente aquí en Guatemala dentro del movimiento revolucionario, al que comúnmente le llamaban la guerrilla. Mi papá de muy pequeño comenzó a participar... según lo que él nos comenta, cuando tuvo 14 años se integró al movimiento armado. Mi mamá tenía 17 años, y ellos estuvieron en un frente revolucionario que le denominaban Organización del Pueblo en Armas (ORPA), que operaba en toda la parte sur de San Marcos, aquí en Guatemala. Ellos se conocieron en la montaña, digamos, dentro de la guerrilla, y posterior a ello, pues mi mamá resultó embarazada, estando dentro de la guerrilla. Ella se exilió en México,

en Chiapas juntamente con mi papá, entonces fue que a partir de ahí ellos comenzaron una vida fuera de las montañas en parte de Chiapas.

Ellos seguían apoyando al movimiento. Mi papá seguía apoyando, pero ya no directamente en la montaña, sino ya era sólo apoyar a compañeros que salían heridos, moviéndolos a casas de seguridad en Tapachula... fue un apoyo fuera de la montaña, pero que sí estaba involucrado dentro de todos los compañeros y compañeras que estaban refugiados en Chiapas. Entonces ahí comenzó nuestra vida, por eso fue que nosotros nacimos en Chiapas. Nosotros tuvimos algunas dificultades para iniciar estudios, porque mis papás no son mexicanos de nacimiento. Pero con el apoyo de la misma organización se logró que nosotros obtuviéramos los documentos mexicanos para iniciar nuestros estudios. En mi caso, por esa razón yo inicié mis estudios ya un poquito grande, la primaria. Estudié hasta tercero primaria en Chiapas.

Nosotros somos cuatro hermanas y mi hermano mayor. Mi hermano sí logró sacar la secundaria y nosotras solo logramos estudiar hasta tercero de primaria. Y cuando llegó la firma de los Acuerdos de Paz en 1996, la organización giró la noticia a todos los compañeros y compañeras refugiados en Chiapas, y otras partes de México, para poder retornar a Guatemala. Entonces fue ahí como nosotros retornamos a Guatemala en 1997. Yo tenía 11 años.

En México había bastante restricción en mucha información. Nosotros desconocíamos algunas cosas, incluso mi papá, como que desaparecía por, a veces 15 ó 20 días, hasta un mes... nosotros nos empezábamos ya a cuestionar por qué tardaba mucho tiempo en regresar. Mi mamá siempre nos decía que él se iba a trabajar lejos y por esa razón no venía constantemente a la casa. Sin embargo, ya después que nosotros fuimos creciendo un poco más, ya nos fueron explicando, ya nos fuimos dando cuenta de cual era la situación porque llegaban compañeros o compañeras a quedarse a la casa, a veces cuatro o cinco compañeros en casas, personas que no conocíamos y que no eran familiares.

Entonces desde ahí empezamos a hacer preguntas. Después nos lo fueron explicando, porque también a veces los compañeros iban de paso. Se quedaban a veces por 15 días, por un mes, en la casa. Mi mamá les preparaba los alimentos, pues se quedaban a dormir. Algunos iban a regresar a la montaña, digamos, a la guerrilla, y otros porque los iban a mover de ahí, de Chiapas, para otro estado. Mi papá, en ese entonces, yo me acuerdo bien que cuando se desaparecía por mucho tiempo, era porque iba a pasar a compañeros, digamos, para la montaña o iba a prestar apoyo: cargamentos, alimentos e incluso armamento a compañeros heridos. Por eso era que él se tardaba mucho en regresar. Después ya como que nos fueron dando esa información, pero era de mantener esa información solo nosotros, no podíamos estarle contando a los vecinos, a nadie, porque era información bastante restringida, y era por mantener la seguridad tanto de nosotros como de los compañeros que llegaban a la casa.

Mis papás empezaron a explicar con mayor detalle sobre la organización, y sobre cuál era su papel dentro de ella cuando yo tenía como nueve años. Mi papá nos comentó solo a mi hermano mayor, a mí y a mi otra hermana que me sigue, digamos, a mi tercera hermana. Ya a mis hermanas más pequeñas, no, solo a nosotros tres fue que nos contaron y nos reunieron, nos dijeron algunas cosas, y que teníamos que mantener esa información así bajo... no podíamos contarle a nadie, ni en la escuela ni nada.

Mis pensamientos de entonces...

Al principio a mí me pareció bastante asombroso escuchar lo que nos comentaron y nos dijeron. Sin embargo, también fue algo bastante emocionante, porque mi papá a esa edad nos motivaba mucho a la lectura, y gracias a ello desde muy pequeña me gustó demasiado la lectura y la escritura. Me acuerdo muy bien que nos dio un libro que fue escrito por el Comandante Gaspar Ilom (Rodrigo Asturias), un libro donde dice *La Historia Verdadera de Guatemala*. Ese libro era pequeño, me acuerdo muy bien, de una pasta color café y era escrito en máquina de escribir. Él nos dijo “lean ese libro, espero que les guste”. Y nos dio el libro a mi hermano, a mi hermana que me sigue y a mí.

Y empezamos a leer el libro y ahí nos empezamos a dar cuenta de la historia de Guatemala, realmente cómo estaba en ese momento la historia. Y sobre todo hablaba una parte bien importante que a mí me llamó la atención sobre la invasión española, que la cuentan diferente. Entonces, el libro habla toda la verdad. Desde ahí mi papá nos empezó a motivar, y a través de esos libros, a darnos a conocer parte de la historia de Guatemala, el porqué del conflicto, el porqué de una guerra y toda esa parte. Fue ahí donde yo como que empecé a sensibilizarme un poco más acerca de lo que estaba pasando, y él también nos iba explicando algunas cosas.

En su momento, en mi caso, yo a veces no llegaba a comprender, porque cuando uno es niño, uno piensa sólo en jugar, en divertirse y pues obviamente, nosotros ni siquiera habíamos venido a Guatemala porque nacimos allá, entonces no conocíamos. Ellos nos explicaron que ellos eran de aquí, de Guatemala, que ambos eran originarios de San Marcos, y pues sí nos explicaban esa parte pero nosotros desconocíamos totalmente que se estaba viviendo una guerra. Ellos nos empezaron a explicar acerca de la pobreza, de cómo vivían algunas familias aquí en Guatemala. E incluso nos explicaban –porque nosotros sí desconocíamos muchas cosas– y nos empezaron a decir por qué surgió la guerra. Siempre quedaban cosas, a mí me quedaron dudas porque yo nunca había escuchado algo de una guerra. Ya con el tiempo mi papá nos explicaba por qué el surgimiento de la guerra, la pobreza que se vivía, cómo vivían los niños, las niñas, y todo eso que había motivado para que se iniciara una guerra. Otra duda que me quedaba era porque nos decían que el ejército está matando muchas familias inocentes, a niños, a niñas, a personas, y yo decía ¿cómo puede ser eso? Y yo nunca había visto un arma, nunca había visto ninguna situación así, pero eso era lo que yo me imaginaba, porque nunca había estado en una situación de guerra. Yo sólo me lo imaginaba porque nos lo contaba mi papá.

Los movió la conciencia

Una de las grandes dudas que surgió en mí, fue sobre cómo era que las personas, digamos, les movía tanto la conciencia, o decir que les motivaba tanto poderse involucrar y poder tomar esta decisión, y decir me voy a la guerra, o me voy a la montaña, formo parte de la guerrilla y dejo todo atrás. O sea, dejo mi vida, quizás mis estudios, mi familia, todo, y me voy. Era esa duda, porque yo siempre le pregunté a mi mamá que cómo ella tomó esa decisión tan fuerte, tan grande, de decir me voy y dejar a su familia, porque ella dejó sus estudios. Me acuerdo muy bien que ella nos cuenta que se quedó como en segundo grado de secundaria cuando se fue a la guerra y dejó todo. Eso era lo que a mí me quedaba duda, cómo era que las personas podían dejar todo atrás y poderse ir a la guerra.

Mis recuerdos de la firma de la Paz son de tristeza. Fue muy triste porque nosotros estábamos estudiando. Me acuerdo que regresamos de la escuela cuando mi papá nos dijo: la otra semana

nosotros nos vamos a ir para Guatemala, teníamos que empezar a empacar las cosas para irnos de donde estábamos, de la casa donde vivíamos. Y empezó a hablar con mi mamá que iban a retirar los documentos de la escuela y nos íbamos a retirar. Y me acuerdo que fue un momento muy triste porque mis hermanas y mi hermano, todos, no queríamos venirnos a Guatemala y comenzamos a llorar y a decirle a mi papá que no nos queríamos venir, que queríamos vivir allá, pero él dijo que no, que nos teníamos que regresar porque ellos no querían quedarse viviendo en Chiapas.

Me acuerdo que fue todo muy rápido. Nos retiraron de la escuela, empezamos a empacar las cosas para podernos regresar. Fue muy triste, la verdad, fue una noticia triste para nosotros, porque era un cambio de todo. En cambio, para ellos fue algo de alegría porque al final, pues se firmó la Paz, y ya tenían como regresar a Guatemala sin sufrir ninguna represalia o algo.

El difícil retorno

Fue difícil, la verdad fue difícil en el principio porque a nosotros nos movilizaron en autobuses. No sé, no me acuerdo cuántos autobuses venían porque venían varias familias completas. Veníamos desde Chiapas, de otros estados de México, creo que venían de Puebla, de Oaxaca... Entonces sí era una caravana de buses que entraron y fue todo un todo un movimiento al regresar a Guatemala. Nosotros también estábamos en una gran incertidumbre, por no saber a dónde íbamos, porque nos dijeron vamos a Guatemala, pero ni siquiera teníamos claridad de que íbamos a ir a una casa, o qué íbamos a hacer. La información nos la fueron dando en el camino: nos íbamos a hospedar en un hotel en la ciudad capital. Allí estuvimos como dos meses hospedadas todas las familias, que éramos muchísimas.

A partir de ahí la organización no sabía ni siquiera qué hacer con todas las personas o familias que veníamos. Me acuerdo que en ese tiempo que estuvimos en el hotel pues todo el mundo estaba en una gran incertidumbre, pues no sabía qué hacer. Muchas familias no teníamos ni siquiera a dónde ir estando aquí en Guatemala, a pesar de que la mayor parte era o es originaria de acá. Durante el tiempo que estuvieron en la guerra, en el caso de mis papás, nunca pudieron hacer alguna propiedad, una casa y todo eso empezó a generar mucha preocupación. La organización lo único que dijo es “ya están aquí, ahora cada uno que empiece a buscar a dónde se va, si tienen familiares o si dejaron propiedades o algo, pues cada uno tiene que ver a dónde va”.

Me acuerdo muy bien que mi papá no sabía ni qué hacer porque no teníamos a dónde ir. La única opción que tuvimos fue regresarnos a Malacatán (San Marcos) que es un municipio que está fronterizo con México, aquí por Tecún Umán. Nos quedamos a vivir ahí, comenzamos a alquilar una casa y fue ahí donde comenzamos la vida prácticamente. Ese tiempo no estudiamos, no logramos estudiar, fue hasta el siguiente año que comenzamos nuestros estudios y eso nos fue atrasando.

Después de ello, me acuerdo bien que un grupo de compañeros había adquirido una finca aquí por la parte suroccidente del país, y estaban buscando familias refugiadas en México para poder vivir en esa finca. Me acuerdo que mi papá se logró integrar esa finca. Nosotros nos venimos a esa finca a finales de 1997, casi iniciando 1998, pero fue algo muy terrible, muy difícil: esa finca estaba en completo abandono. Fueron muchas cosas, fue una vida muy, muy difícil para nosotros, iniciar prácticamente de cero, sin contar con nada. Desconocíamos muchas cosas de la

educación aquí en Guatemala, pero poco a poco fuimos aprendiendo, nos fuimos acoplando al sistema educativo.

Sufrimos mucho, llorábamos por las noches. Me acuerdo bien de que le pedíamos a mi papá y a mi mamá que nos regresáramos, que nosotros no queríamos estar acá y que nos fuéramos, pero definitivamente ya no se podía. Nos fuimos adaptando a la vida, tanto la vida de campo, porque realmente fue una vida muy difícil. Me acuerdo muy bien que en esa finca, que ahora ya es una comunidad, no había agua potable, no había drenaje, no había energía eléctrica, no habían viviendas, sólo había una escuela y la escolita solamente tenía hasta tercero primaria. Después se fueron haciendo muchas gestiones para que la escolita tuviera hasta sexto grado de primaria.

Fue muy difícil. Nos tocó una vida muy, muy difícil, con una situación de por ejemplo, adquirir el agua. Teníamos que ir a los nacimientos de agua para traer agua para cocinar, para beber. Y estaba lejos y teníamos que hacer todo eso, todos los días. No teníamos energía eléctrica. Pasó mucho tiempo sin energía eléctrica y había muchos mosquitos, tantos que todos parecíamos como que tuviéramos sarampión porque estábamos bien llenos de picaduras de mosquitos. Y fue así bastante tiempo, bastante tiempo. Viví el resto de mi niñez y adolescencia en esa comunidad de retornados, en esa finca que compraron.

La comunidad se llama actualmente Santa Anita, comunidad agraria Santa Anita. En un principio, en 1998, solo estábamos viviendo ya de lleno ahí, éramos cinco familias. Y con el transcurso del año, ya fueron llegando las demás familias. Y actualmente son 32 familias las que habitan ahí en la comunidad. Al principio, el vínculo, digamos, se fue formando: me acuerdo bien que los alimentos se preparaban en colectivo, que había una cocina comunal, así le llamaban. En esa cocina comunal se hacían grupos semanalmente, para ver a quién le correspondía, por ejemplo, preparar el desayuno, el almuerzo, la cena. Entonces todos comíamos o todos nos reuníamos a la misma hora a comer porque era una cocina comunal. Todos los niños, niñas, nos reuníamos ahí con nuestras familias a comer. Me acuerdo bien que pasamos comiendo frijoles y arroz por mucho tiempo.

Al momento de relacionarnos con los niños, las niñas... –porque al menos la mitad de las familias que estábamos ahí, las niñas y los niños, veníamos retornados de Chiapas– nos entendíamos para jugar, para hablar. El inconveniente se fue dando cuando ya nosotros nos tuvimos que relacionar con los niños que netamente vivían en las fincas cercanas, porque estábamos rodeados de fincas cafetaleras y esos niños llegaban a estudiar a la escolita. A algunos de ellos les parecía extraño algunas palabras que nosotros decíamos que para ellos pues no eran tan comunes incluso para los maestros, entonces incluso sufrimos burlas... sufrimos muchas cosas... e incluso cuando ya nos tocó ir a estudiar el básico, aquí en Guatemala, o en la secundaria, sí sufrimos mucho acoso, se burlaban mucho de nosotros por la manera de cómo nosotros hablábamos, porque no hablábamos igual, como hablaban ellos, en algunos aspectos. Sí, fue un poco difícil irnos adaptando a la a la manera de vida, de ahí de la comunidad y fuera de la comunidad.

En la escuela sí nos hablaban sobre el conflicto y sobre lo que estaba sucediendo en Guatemala. La mayor parte de los compañeros, pues sí, teníamos un momento, digamos, de formación, le decían ellos formación histórica o de formación política. Sí, siempre teníamos constantemente esas pequeñas reuniones en donde los compañeros nos hablaban, compañeras también, que habían ya estado en la guerra y pues sí, nos contaban acerca de la historia, nos contaban de la guerra, por qué había surgido, qué había motivado iniciar una guerra en Guatemala. También nos

daban toda una formación política desde cuántos frentes, por ejemplo, cuántos frentes tenía la organización de la guerrilla, donde operaban... sí nos contaban mucho, incluso nos iban dando también esa formación política, es decir, en temas de género, temas de desigualdad, tema de derechos. Pues sí, nos iban formando, de muy pequeños. Me acuerdo bien que ya teniendo nosotros entre 13 y 14 años, ya éramos formadores para los niños más pequeños. A nosotros nos formaban para que nosotros pudiéramos brindar esa formación a los niños más pequeños.

Puede decirse que mi infancia fue muy politizada. Después de la firma de los Acuerdos de Paz, nos dieron también mucha formación en ese tema. Después de ahí, comienza una vida civil y la organización comienza a impulsar esa parte política, ya como para tomar un cargo político. Surge el partido URNG, que surge desde el movimiento revolucionario. Nos empiezan a formar políticamente para poder llegar a tomar un cargo en el gobierno. Nos empiezan a formar a nosotros como juventud para poder nosotros salir a formar, podría decir, o hacer política. Estuvimos un buen tiempo haciendo todo ese trabajo también.

Hay que conocer la historia

Yo estuve mucho tiempo viviendo en esa comunidad. Terminé mi primaria y mis estudios de nivel básico. Terminé la carrera media, yo me gradué de maestra, soy maestra de educación primaria. Después de ello, mis sueños eran continuar mis estudios universitarios. Al terminar mi carrera de nivel medio, yo decido salir de la comunidad para continuar mis estudios universitarios. Migro aquí a Quetzaltenango, que es la parte occidente de Guatemala. Yo salgo de la comunidad, tiene aproximadamente ocho años que estoy fuera de la comunidad. Al terminar la universidad, comienzo mi vida laboral, sin dejar de un lado el tema de las organizaciones. Durante el tiempo que estuve estudiando yo pude lograr una beca con la organización de mujeres aquí en Quetzaltenango, pues ellos me apoyaron a terminar mis estudios y pues estuve participando con ellos cuatro o cinco años aproximadamente, participando tanto dentro de la organización, y también formándome políticamente en algunos diplomados en derechos de las mujeres, violencia contra la mujer, todo el tema de las leyes que van a favor de las mujeres. Tengo tres años de estar laborando para una organización no gubernamental aquí en Guatemala que trabaja el tema de derechos de la niñez, todo el tema de niñez, protección de niñez.

Considero que hay que conocer la historia. La guerra no inicia simplemente por el hecho de querer iniciar una guerra. Creo que hay motivos, hay situaciones muy difíciles, muy fuertes, que aún se siguen viviendo en Guatemala y que la juventud necesita conocer y saber. Actualmente se siguen dando muchísimas cosas terribles aquí en Guatemala y la juventud es un elemento tan importante para poder luchar a favor de los derechos de las personas vulnerables. La juventud actualmente está perdiendo ese concepto de lucha, ese concepto de poder reconocer sus derechos. Yo he tenido la oportunidad de hablar con algunos jóvenes o adolescentes que prácticamente están absorbidos por muchas cosas... ya ni siquiera son conscientes del dolor que puede pasar a otra persona, estando quizá a la par de ella o de él. Ellos están sumergidos en su mundo prácticamente de música, en su mundo de videojuegos. Están sumidos en muchas cosas que no les permiten ver la realidad de lo que está sucediendo en nuestro país. Y yo creo que si estamos organizados y estamos conscientes de lo que estamos viviendo, no podemos dejar que eso siga pasando aquí.

Tenemos un sistema educativo acá en Guatemala que no permite que la información llegue como tiene que llegar. Considero de que pues hace falta mucho por hacer desde el sistema educa-

tivo, porque el sistema educativo sigue estando cooptado por muchas situaciones, y no quieren que se sepa en las escuelas. Si nos posicionamos en las escuelas del área rural, escuelas que están muy alejadas de la ciudad, aún siguen reproduciendo prácticamente mentiras, se siguen dando a los niños, a las niñas, porque siguen todavía hablando de una conquista española cuando no fue así, siguen dando enseñanzas que son totalmente una mentira. Entonces por eso los niños y las niñas siguen reproduciendo esa misma situación. Por ejemplo, en el caso de los jóvenes, yo me doy cuenta que en los institutos de educación básica no les hablan la realidad, simplemente siguen maquillando algunas cosas y no les dicen, tal como es la historia, la verdadera historia.

El conflicto armado en Guatemala abrió espacios de participación a diferentes organizaciones. La firma de los Acuerdos de Paz, principalmente, fueron un reto importante para todas aquellas organizaciones que pues hoy alzan su voz, de que hoy no tienen miedo de que van a sufrir represalias, persecuciones, asesinatos, violaciones de derechos humanos. Sin embargo, esto ha abierto la puerta a que las personas no tengamos miedo de decir o de hablar o de manifestarnos en contra de algo que no está bien. Pero tenemos que reconocer que muchas de las causas que generaron el conflicto armado en Guatemala aún siguen latentes. Por ejemplo, Guatemala, está pasando una situación grave de desnutrición crónica en la niñez y es algo que motivó que se diera una guerra, un movimiento armado, y es algo que todavía se sigue dando. Entonces, pobreza extrema, un alto índice de delincuencia, una grave violación a los derechos de las mujeres, tenemos una situación muy difícil con embarazos en niñas adolescentes. Sí abrió puertas para que alzáramos nuestra voz, la firma de los Acuerdos de Paz, pero hay causas que generaron el movimiento armado que aún se siguen dando, que aún están aquí presentes y que no nos permiten avanzar. No permiten que los grupos vulnerables puedan acceder a sus derechos. Hay mucho por hacer. En este país hay mucho por hacer desde el ámbito donde nosotros estemos como profesionales, podemos hacer mucho porque esperar de este gobierno que tenemos es muy difícil, la verdad muy difícil porque el poder sigue estando en manos de... pues ahí prácticamente se está notando el poder de la oligarquía, es decir, siguen explotando el poder con el ejército. O sea, el poder está en manos de ellos y ellos hacen y deshacen lo que quieran con este país.

Cuando fue el juicio por genocidio, me acuerdo bien cuando en las noticias pudimos ver que enjuiciaron a este señor. Sinceramente, yo me acuerdo muy bien ver en mi mamá lágrimas porque mi mamá nos hablaba de ese tema, cuando veíamos la noticia y salía este Efraín Ríos Montt, nos decía muchas cosas. Pero cuando enjuiciaron a esta señor yo vi lágrimas en los ojos de mi mamá, ella dijo: hasta al fin se hizo justicia. Claro, las palabras de mi madre “se hizo justicia”, pero no vamos a poder revivir a tantas personas inocentes que murieron por órdenes de este señor. Se hizo justicia y mi mamá lloró porque fue algo que en su momento fue victorioso, de cara a lo que fue muy doloroso y que empañó a muchas familias. Y todo el dolor que generó esta persona. Para nosotros fue un proceso largo, un proceso que al final tuvo sus frutos y se hizo justicia. Sin embargo, también reconocemos que tantas personas detrás de todo esto, hablando del tema de militares, pues sí se obstaculizó bastante. Fue un proceso tardado, por lo mismo de que, el poder se sabe muy bien en manos de quién está. Y eso genera que los procesos sean un poco más tardados. Gracias por la oportunidad de poderme expresar y tomar en cuenta mi opinión.

4.3 No es mi historia

Me llamo Emil Bustamante. Tengo 35 años, nací y crecí en la Ciudad de México. Aquí he estado toda mi vida. He viajado, pero he residido aquí. Sólo tengo la nacionalidad mexicana.

Hijo de refugiados políticos

De entrada mis papás son, no sé si llamarlos refugiados, refugiados políticos aquí en México. Ellos salieron de Guatemala en la década de los 80s debido a la naturaleza del conflicto político, social y militar que existía en Guatemala. De alguna manera eso siempre estuvo muy presente en mi vida, porque aquí en México yo nunca tuve primos, nunca tuve abuelos, nunca tuve tíos, entonces sí, era como una situación marcada de que todos mis amigos tenían sus familiares, iban a reuniones familiares, etcétera, y yo aquí no tenía ese vínculo familiar.

Sí íbamos a Guatemala para Navidad, o sea era muy contadas las ocasiones y obviamente mis papás me explicaron el por qué es que se había dado esa situación: tuvieron que salir huyendo porque desaparecieron al hermano de mi mamá, que se llamaba igual que yo, Emil, Emil Bustamante. Lo desaparecen y eso es lo que detona que mis papás decidan salir del país, porque mi mamá lo empieza a buscar y creo que algún militar le dice que deje de buscarlo, porque si no ella va a ser la que sigue. Mi hermana menor tenía un año en ese momento y por ese comentario que le hacen a mi madre se abruma, y deciden salir hacia México.

A lo largo de mi vida pues mi mamá siempre ha buscado a Emil Bustamante. Ha hecho campañas de búsqueda, afiches, ha escrito artículos en los periódicos donde señala a Ríos Montt como el responsable de su desaparición. Aunque realmente era todo un esquema o más bien, todo un aparato de represión el que existía y Emil fue una víctima. Yo lo que sabía en un principio era lo de los detenidos/desaparecidos: que había 45,000 detenidos desaparecidos, o sea otras 45,000 personas como Emil, que no se sabía que había sido de ellos, que habían desaparecido en la época del conflicto, que hubo algo sobre recuperación de la memoria histórica y un archivo de los desaparecidos en el que Emil no estaba, o sea que había habido ciertos procesos como para intentar subsanar esta situación.

Desaparecidos y exterminio

Estuve en la firma de la Paz... que se firmó la Paz y quién sabe qué significó eso realmente, ahí en el Zócalo de Guatemala. Yo tenía como ocho años, estaba muy chiquito y se esperaba que a partir de ese proceso se fueran a esclarecer ciertas cosas. Entiendo que no se esclareció nada y después, ya mucho tiempo después, es que empieza este proceso penal contra Ríos Montt, donde yo me entero que no solo fueron esos 45,000 desaparecidos, sino que también hubo un proceso de exterminio contra la población indígena.

Mi papá ya me había hablado de cómo era que las poblaciones indígenas apoyaban a la guerrilla. También me platicó sobre la facción del Partido Comunista, y que era el ala militar la que estaba con la guerrilla, que las poblaciones indígenas apoyaban a la guerrilla en su lucha, pero yo desconocía que el ejército hubiese exterminado aldeas completas. No sé la cifra, pero creo que fueron decenas... y con los testimonios que hubo en el juicio, se supo que no solo los mataron, sino hubo una serie de barbaridades terribles que cometieron contra las poblaciones.

Realmente fue a partir del juicio que yo cobré conciencia sobre lo que había ocurrido esa parte, de cómo habían ido a exterminar a las poblaciones. Y estuvo terrible y mi mamá estuvo ahí en

todo el proceso del juicio. Y mi mamá por su mismo perfil: es una mujer blanca con el pelo así, rubio, pues llamaba mucho la atención y creo que de alguna manera ella se volvió como un ícono ahí en el juicio de Ríos Montt y salió por ahí en una portada. Yo me acuerdo que sale llorando, aquí en la portada de un periódico en México. Y pues bueno, ahí es donde yo me enteré de la cosa del genocidio. Yo sabía del conflicto, sabía de los desaparecidos, sabía de esta lucha que había del gobierno contra el partido y la población por como ellos buscaban un desarrollo económico diferente para el país. Pero del genocidio realmente fue hasta el juicio que yo me enteré.

Ya sabemos cómo son los sistemas judiciales en nuestros países latinoamericanos, que lo condenaron y al rato lo absolvieron, al señor este Ríos Montt. Desconozco si estuvo en la cárcel o si estuvo en su casa. Al final se murió. Pero sí, creo que fue una victoria que se le haya condenado por genocidio, pero digo, realmente dudo que los alcances de esta condena hayan sido de justicia, porque hay un montón... como dije, es un aparato el que operaba y pues no sé si haya más mandos intermedios en procesos de juicio o encarcelados, etcétera.

Mi entorno familiar

Mis papás siempre estuvieron muy politizados. Siempre estaban con el periódico, siempre estaban con las noticias. Esa cultura era la que permeaba en casa y de alguna manera mi hermana y yo también siempre estuvimos muy al tanto de los sucesos y ya era común que se hablara de lo que ellos habían vivido. Y cuando ellos contaban su historia, realmente era como una historia de terror porque la desaparición de Emil fue lo que detona que ellos salieran de Guatemala, pero atrás de eso había un montón de conocidos, amigos, colegas que habían desaparecido, que habían sido asesinados, que se sabía que los habían capturado, que los habían torturado, y que algunos habían logrado escapar. Era como una situación de angustia y de temor, de que en cualquier momento podía ser tú el siguiente.

Mis papás tenían una convicción de la lucha y no fue realmente hasta que le llegó al hermano de mi mamá, que ellos dijeron ¿sabes qué? Ya las condiciones aquí en Guatemala son insostenibles y vámonos. Pero sí, era como parte de la identidad de la familia, era algo que se platicaba siempre: en la comida, en los viajes, en las salidas, siempre tenían su música del Ché y de la Revolución Cubana. Entonces, como que yo crecí en ese ambiente donde era común saber cuál era la realidad que estaba imperando, que imperó en Guatemala en ese momento, que imperaba aquí en México cuando fue la devaluación —aquí México también tiene un proceso político muy complejo— y ya desde chiquito, nosotros siempre estuvimos muy al tanto de la transición democrática, de los partidos políticos, cuál era la afinidad de cada uno, fue como algo orgánico.

De hecho, mi hermana estudió Ciencia Política en su carrera, ella decidió estudiar Ciencia Política. Yo me orienté por otra cosa, pero también desarrollé un perfil pues ciertamente político y era algo que siempre estuvo presente. Yo estudié matemáticas, que sí, es algo completamente distinto, pero tengo muchas habilidades políticas, yo diría: me sé relacionar, sé hablar, sé como que llegar a la gente, sé entablar acuerdos, articular grupos, entonces... sí, digamos, esa cultura siempre estuvo ahí, muy arraigada.

Nunca sentí que Guatemala fuera una historia propia, porque yo viví... o sea eso eran historias y hasta la fecha, pues para mí es tal cual, una historia como casi, casi, de libro de texto, de lo que sucedió, porque Guatemala la visitaba realmente muy esporádicamente. Con la familia

realmente no se hablaba de eso, con mis tíos, primos, etcétera, sí se hablaba, pero, ya estando con ellos, era más una plática casual: “¿Cómo te está yendo en México?”... ya no era el tema central en las conversaciones familiares, cuando íbamos a Guatemala.

El homónimo... y mi vida

Aquí en México, la realidad era completamente distinta: yo iba al colegio, iba al club a nadar, o sea, yo que crecí ya en un mundo de privilegios y realmente la situación de Guatemala era lo que me contaban mis papás, pero yo nunca la asumí como mía. Por ejemplo a mi mamá con toda su lucha que ha hecho por encontrar a Emil, yo la apoyo en lo que ella me pide... siempre con la mejor disposición. Pero de mi parte que diga yo voy a hacer algo porque se acerca el aniversario de Emil, pues no, la realidad es que no. Las circunstancias que viví aquí fueron completamente distintas, yo aquí no tuve familiares, pero me hice de círculos de amigos y lo que platicábamos realmente no giraba en torno al conflicto de mis padres.

Mis amigos saben de la historia de mi familia y lo que pasó, porque mi mamá siempre me ha pedido que yo publique, que yo comente, entonces yo sí lo he hecho, pero de alguna manera yo también sentía que mi mamá estaba como atorada en el pasado. Yo decía oye, pues ya supéralo y mejor construye tu vida de ahora, porque pareciera que no puedes dejar ir la situación de tu hermano. Me parece que es como una carga emocional que te está limitando y que en lugar de que tú te desarrolles profesionalmente, intelectualmente, que busques como una nueva trayectoria de vida, estás como enfrascada en esa situación y pues no te veo prosperar o desarrollarte.

Pero uno hace un juicio desde su perspectiva y no sabe cómo están los sentimientos de cada quien. Y en ese sentido, yo hasta la fecha apoyo a mi mamá, y respeto la lucha que ella hace, creo que es muy valiosa, pero sí también por otro lado, creo que eso la ha limitado a ella en sus oportunidades de desarrollo. Sé mi historia, porque es la de mis papás, pero no es algo que yo diga ¡sí castigo a los militares! o que yo tenga esa convicción. Pues no, la verdad es que yo estoy en mi rollo, apoyo a mi mamá en lo que ella me pida, pero hasta ahí.

Ser homónimo de Emil es un poco... o sea, está padre, digamos como que ese reconocimiento... a veces pienso que es un poco una carga, porque no sólo me llamo Emil, me llamo Emil Estuardo, y Estuardo es el nombre del hermano de mi papá que era guerrillero y que lo asesinaron los militares. Entonces como que traigo aquí el nombre de mi tío desaparecido y de mi tío asesinado. En algún momento dije oye, pues que rollo con mis papás de ponerme así estos nombres, porque al final es como una carga emocional así medio fuerte. Realmente yo lo he visto como que son como mis guardianes que me protegen, en un plano místico o espiritual. A veces mis papás tienen ciertas expectativas sobre mí, que yo digo bueno... Son expectativas en las que ellos quisieran que yo fuera... a lo mejor no sé, un personaje así preponderante de la política nacional o que fuera un gran profesionista súper destacado... cosas como de ese estilo. Mi papá es socio de una firma trasnacional de auditoría, no sé si fue un ejecutivo así como de altísimo nivel y pues yo soy profe, profe de una escuelita. Entonces como que no estaba al nivel de lo que mis papás esperaban de mí. Ese tipo de cosas de repente... no necesariamente está vinculado con lo de Emil y Estuardo, pero sí hay como esa impresión de decir... porque además, Emil era también una eminencia, creo que era doctor en agronomía y era líder de la Asociación Estudiantil de no sé qué y... era una persona muy reconocida, con muchos méritos y títulos.

Yo no... pues apenas estoy acabando mi licenciatura, por ejemplo. Ahorita estoy por entregar las últimas correcciones de mi tesis y tengo 35 años. Emil a los 35 años ya era doctor y toda la cosa. Entonces de repente sí es como esas expectativas que mis papás tienen sobre de mí por el nombre que llevo. Yo con mis papás tengo una relación un poco como confrontativa, porque ellos siempre han querido que yo haga las cosas de una manera y a mí me molesta que ellos quieran como dirigir mi vida. Me he sentido como que yo he dicho mira, tus expectativas son tus expectativas y mi vida es mi vida, voy a hacer lo que yo quiera con ella. Como que yo he marcado esa división. Es decir, mira, no porque yo me llame Emil voy a hacer una copia de lo que fue tu hermano y tienes que vivir con eso. En ese sentido, yo sí como que no he permitido que eso me afecte, por decirlo de esa manera.

Mi vida no es tan politizada

A mi hija es muy probable sus abuelos le cuenten esa historia. Es su única nieta y cada vez que tenemos oportunidad vamos allá a su casa. Aquí en mi casa no estamos tan politizados. Mi esposa es apolítica y las situaciones de esa naturaleza realmente no le interesan. Entonces no va a haber el mismo nivel de discusión y de reflexión o de atención a los fenómenos o sucesos que yo tenía en casa de mis papás. Mi hija no tiene primos, no tiene tíos... mi hermana vive en Nueva York desde hace diez años, no ha regresado a México y casi ni nos habla. Mi hija se va a empezar a dar cuenta de esa situación, de decir, oye, todos mis compañeritos tienen primos, tienen tíos... y yo estoy un poco más aislada. Creo que sí es inevitable que ella se entere de la realidad, pero creo que no va a ser con el mismo énfasis con el que yo lo viví. Ella vivirá una circunstancia distinta. Y sí le platicaremos para que esté al tanto. Yo sí espero que también tenga una conciencia política de lo que sucede, pero ya será en menor grado.

Me han llevado desde que era bebé a Guatemala. De hecho, cuando tenía como cuatro años, estuvimos como ocho meses, fue el periodo más largo que yo estuve allá. Sí, Guatemala lo tengo en el corazón, pero ya cuando fui creciendo, empecé a entender las magnitudes de la diferencia entre un país como Guatemala y un país como México. México es una economía no súper desarrollada pero sí suficientemente desarrollada donde tienes un montón de cosas: museos, escuelas, parques, lugares turísticos para visitar... y Guatemala pues es una ciudad muy pequeña, realmente están muy limitadas las opciones que tiene. Yo lo veo desde mi perspectiva de turista que iba y decía aquí en Guate pues... yo lo veía sí, tal vez como con menosprecio, así como bueno, pues Guate ahí está, mi mamá tiene una casa en Guatemala, pero yo vengo cuando vienen mis papás y hasta ahí ¿no? Hasta la fecha yo me siento como un turista. Yo siento que voy de viaje a conocer, a visitar a la familia, pero no me identifico como guatemalteco.

Es importante para las personas de mi generación conocer esa historia del genocidio y lo que pasó en la guerra. Es importante que la gente conozca de lo que sucedió. Yo del genocidio me enteré hasta el juicio, y el juicio fue hace poco. Y esto del genocidio fue hace un montón de años. El juicio por ser un evento mediático, contra un militar del más alto rango o de un jefe de estado, adquiere esta relevancia y se da a conocer. El juicio fue y ya terminó, entonces sí será importante que haya un documento, no sé si haya algo así como las crónicas del juicio o las crónicas de las víctimas, o algún tipo de evidencia física para que las próximas generaciones sí conozcan de lo que sucedió y que sepan quién es el ejército.

El ejército ahí está y la doctrina, la filosofía que el ejército tuvo en esos años, entiendo que es la misma hasta la fecha. Digo, obviamente la correlación de fuerzas es distinta. Ahora con los

medios que existen ya no pueden ir a hacer sus atrocidades sin un repudio público. Si es importante que la gente sepa, porque pues esa doctrina, o esa forma de ver las cosas, permea, sigue estando ahí. Y es importante que se hagan los esfuerzos necesarios para que la evidencia o todos estos testimonios de lo que hicieron los militares. Si yo voy a participar en eso, pues quién sabe. Pero sí creo que las personas que están más involucradas, como mi mamá, probablemente, pues sí vayan articulando sus esfuerzos para que la población en general sepa lo que sucedió porque como dice el dicho, el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla.

Hay que enseñarlo en las escuelas, aunque eso también es una decisión como que políticamente delicada. Que el mismo gobierno evidencie lo que hicieron sus militares creo que es complicado, pero si se pudiera lograr, sería muy importante. Por ejemplo en México con lo de la matanza del 68, El Halconazo del 71, revela que aquí también hubo un montón de represión, de muertos y eso no se ve en las escuelas. Si tus papás tienen cierta inclinación te lo platicarán, pero, por ejemplo, los medios de comunicación y el establishment, por decirlo así, pues lo que han querido es como borrar eso de la historia. Creo que son como dos fuerzas, una que quiere que se sepa, otra que no, y que esa lucha es importante darla, sin duda, que la gente conozca los procesos sociales de los cuales son producto.

Aquí en Oaxaca o Guerrero creo que ahí hay los índices de pobreza más altos del mundo, peor que en África, y la gente, eso no lo sabe. Lo de genocidio, o sea no sé en cuántos países del mundo ha habido genocidio, pero Guatemala es uno de ellos. No sé si un montón, pero el hecho de que aquí en tu país vecino haya habido un genocidio, sí, definitivamente es algo que la gente tiene que saber y pues tomar cartas en el asunto en la medida de sus posibilidades.

4.4 Soy hija de exiliados políticos

Mi nombre es María Elena Libertad Sagüí. Tengo 34 años y nací en México D.F. Bueno, en ese momento de D.F. Regresé a Guatemala cuando tenía nueve años aproximadamente. Fue justo después de la firma de los Acuerdos de Paz, en marzo de 1997. Estudié antropología en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Mi padres fueron militantes del EGP

Lo que sé es por lo que me han contado mi papá y mi mamá: mi papá era militante del EGP, de la Universidad de San Carlos. Él estaba activando comprometidamente en los procesos organizativos estudiantiles, mi mamá en ese momento era novia de él y era colaboradora del movimiento. En 1986 secuestran a mi mamá: llegan a la casa, a su casa, ellos vivían en Mixco, no sé que zona es, pero le dicen El Tesoro, la secuestran, violan a mi mamá y se van. A mis papás les golpea muy duro la situación y salen del país. Entiendo yo que estuvieron más o menos como un año pimponeando¹⁹⁴ en Guatemala, en diferentes casas de seguridad, hasta que por fin encuentran los papeles adecuados, el permiso y las posibilidades para salir y se van a México.

En México quien recibe a mis padres es la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH). Ellos empiezan a vivir, a restablecerse, a gene-

¹⁹⁴ Pimponear, según la Asociación de Academias de la Lengua Española, es “Ir de un lado a otro sin mucho sentido y sin llegar a un resultado claro.

rar sus redes sociales y pasan diez años viviendo en México. Yo nazco en 1988, dos años después de que ellos se van a México. En 1991 nace mi hermano y en 1996 cuando firman los Acuerdos de Paz, mis padres deciden regresar a Guatemala y hacen todo lo posible, con los ahorros, con los contactos y regresamos a la casa de mi abuela que es en Escuintla, en el sur del país. La familia de mis padres son migrantes internos. Por ejemplo, toda la familia, el apellido Sagüí, la familia de mi papá es Q'eqchi', pero por situaciones de migración es que mis abuelos llegan a la Ciudad de Guatemala y la misma situación con mi mamá, mis tías y mi abuela, buscando posibilidades económicas mejores es que migran de Escuintla hacia Ciudad de Guatemala y ahí es donde coinciden mi mamá y mi papá, en los movimientos estudiantiles universitarios.

Ahora que lo pienso, yo creo que tal vez no era tan consciente totalmente de la situación. Sí sabía a grandes rasgos, y de manera un poco ambigua que había un conflicto armado, que tal vez no lo denominaban de esa manera, sino más bien como desde la categoría de guerra. Mi papá hablaba mucho de la guerra. Y, recuerdo que a veces habían cuentos, como esos cuentos de las buenas noches, donde mi papá narraba historias. Eran súper historias de escape, de huir de los militares y yo creo que desde ahí es que empezó un poco la conciencia, de que había una situación de conflicto. Además en la escuela yo recuerdo que mis amigas y mis amigos tenían sus primos, sus primas, sus tíos y tenían familia grande y amplia. Y yo me preguntaba siempre, ¿dónde están mis primos, verdad? ¿por qué no tengo primos y primas cerca? ¿O mi abuela dónde está? Entonces creo que esas fueron las primeras interrogantes que me surgieron de chavita, como preguntarle a mi mamá: ¿por qué...?

La palabra exilio y la no identidad

En algunas ocasiones sí recuerdo a mi mamá un poco triste, llorando, contando que la abuela estaba en otro país que se llamaba Guatemala, un país que estaba en guerra y que no podíamos regresar en ese momento. Pero también creo que la conciencia de que estábamos en una situación diferente, en el exilio, que esta palabra realmente no la tengo en mi memoria de ese momento, el exilio. Pero lo que me recuerdo es que mi papá y mi mamá siempre tenían muchas formas... no sé cómo denominarla, como consejos de seguridad: aprendimos desde muy pequeños, por ejemplo, a no decir nuestros nombres reales, sino a tener en la punta de la lengua un nombre ficticio. Aprendimos a no decir información real, sino desinformar, decía mi papá. Si alguien nos preguntaba en la calle cómo nos llamábamos, para mí era táctico decir otro nombre y decir cualquier otra mentira. Tuvimos muchas técnicas de resguardo político, como no decir realmente nuestra identidad. Y recuerdo que había muchas cosas como estar siempre alerta, siempre atentos a lo que sucedía en la calle, si había personas sospechosas, como técnicas militares, de guerra. Eso es lo que recuerdo.

A grandes rasgos tenía yo una noción de que estaba pasando algo en Guatemala. Tampoco tenía mucha conciencia de dónde quedaba Guatemala. Aunque mi papá se esmeraba –teníamos un mapamundi gigante pegado en una de las paredes– y siempre señalaba, aquí está Guatemala, aquí está México y aquí vivimos. No recuerdo qué cosas yo preguntaba. Quizá una de las preguntas era ¿dónde están los primos? ¿Dónde está la otra familia? Porque sí recuerdo a mi mamá contando, por ejemplo: “yo tengo una hermana, tu tía Claudia, tu tía Luz, ellas tienen unas hijas... la abuelita a veces se ponía a tortear”... entonces contaba cotidianidades, digamos, de su vivencia en Guatemala. Imagino yo que si las preguntas en ese momento eran de ese tipo.

El drástico retorno

Mi retorno a Guatemala fue un cambio muy drástico y muy... ay no sé cómo denominarlo, pero muy fuerte. Los recuerdos que tengo de esa edad es ir en el taxi con todas las maletas, subir al avión, regresar. Al aeropuerto llegaron mis tíos, mi abuelo de parte de mi papá. Nos fuimos a una casa, a su casa, donde él vivía, pero cuando nos dimos cuenta de las condiciones precarias en las que vivía y darnos cuenta que no cabíamos en casa fue muy fuerte para mi papá. Nos fuimos a un hotel como de emergencia y luego nos fuimos a Escuintla, a la casa de mi abuela, que tampoco tenía las mejores condiciones para vivir: ella vivía en una covacha de lámina, pero pudimos estar con ella un tiempo. Nos aceptaron unos tíos, unas tías y sí recuerdo como un tambaleo en la vida porque en México no teníamos condiciones de burgueses, pero teníamos por lo menos estabilidad en términos de vivienda, de salud, de educación. Mi mamá se quedaba normalmente con nosotros en el cuidado 24/7 y mi papá salía a trabajar en México.

En Guatemala cambió todo, porque como no había dinero realmente, entonces mi mamá tuvo que irse a trabajar y nos quedamos al cuidado de mi abuelita que en ese momento nos conoció y nosotras la conocimos. Ni siquiera era una persona en la que confiábamos plenamente, porque era como, sí la abuelita, pero ¿y qué onda con la abuelita? Mi mamá se tuvo que ir a trabajar y mi papá trabajaba en la Ciudad de Guatemala, y llegaba cada semana o cada 15 días. El trabajo de mi mamá era de dependiente de tienda en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla. Entonces nos quedábamos con mi abuelita y mis tías al medio cuidado, porque ellas también estaban al cuidado de mis otras primas.

Fue un cambio muy brusco, la verdad. Me recuerdo de varios episodios míos y de mi hermano con mucha tristeza, así en una situación como de abandono y de no entender por qué pasaba, por qué sucedía. Me acuerdo que de pronto me metieron a la escuela pública, yo estaba en México en la escuela pública, también, pero con otras condiciones. La educación pública mexicana es otro nivel. Y en Guatemala, en el área rural, era terrible, era una escuela sin condiciones. Además, con el cambio de clima había mucho calor. La maestra no llegaba a dar clases, sino que ponía a niñas de sexto grado de primaria a dictar cosas y todo el día nos la pasábamos escribiendo, escuchando el dictado.

Y sí, recuerdo que me puse muy triste... seguramente era un episodio de depresión y me negué a ir a la escuela, no quería regresar a la escuela y siempre reclamaba a mi papá. Hasta que dejé de ir, entonces en 1997 perdí el año escolar porque me negué a ir. En 1998 de estar en Escuintla pasamos a la Ciudad de Guatemala, digamos que fue como un periodo de reacomodamiento. Mis papás encontraron donde quedarse en la casa de un tío. Allí compartíamos la renta con el hermano de mi papá y ahí fue donde nos quedamos los dos años siguientes.

Fue traumático, esa es la palabra. Y creo que mi hermano lo vivió de la misma manera. Yo tal vez tenía nueve años, y pude ver esto un poco más consciente de la vida y de la situación. Pero mi hermano tal vez tenía cinco años, más o menos, entonces estaba mucho más pequeño, y yo creo que no recuerda muy bien cómo estaba la organización, pero haciendo como una revisión de lo que hicieron mal, diría que no nos explicaron. Fue así como de la noche a la mañana, yo no recuerdo muy bien que nos hayan explicado, y fue un cambio muy brusco. Tampoco, ya en territorio guatemalteco, no supimos muy bien de qué iba la situación.

Mis primeros recuerdos de esos días

En 1996, sí, en diciembre, poco después... en el marco de la firma de los Acuerdos de Paz, mi mamá, mi hermano y yo, viajamos en autobús de Ciudad de México hacia Guatemala y a Escuintla. Más bien era una visita como para saber cómo estaba la vida en el marco de los Acuerdos de Paz. Era como para saber si podíamos retornar. En el viaje en bus, hubo mucho nerviosismo de mi mamá, porque ella, ahora me cuenta, pensaba que podían agarrarla: “Me pueden agarrar en la migración y yo con ustedes dos chiquitos este... la verdad es que no hubiera sabido qué hacer”. Y sí la recuerdo bastante nerviosa y preocupada.

En general, en los primeros años yo estaba en la casa de mi abuela, en Santa Lucía Cotzumalguapa, realmente, no percibo ningún control militar, ni tampoco algo que hablaran entre los adultos. Y después, en 1998, que ya tengo un poco más de conciencia de estar en la zona 2, en la casa de mi tío, en Ciudad de Guatemala, tampoco recuerdo presencia militar ni nada. Sí recuerdo a mi papá estar muy al tanto de las noticias, también de hablar de, creo que en este en ese periodo es que estaba el FRG fuerte y yo creo que es el periodo de gobierno de Alfonso Portillo¹⁹⁵ del FRG. Sabíamos que en el gabinete político de éste partido político estaba Efraín Ríos Montt y sabíamos que era un genocida: eso lo teníamos claro en la familia. Recuerdo en algún comentario de mi papá diciendo “estos militares genocidas quieren regresar al poder y la impunidad y los crímenes de guerra...”.

Eran temas complejos, pero yo recuerdo que desde muy chiquita mi papá me contaba cuentos de cuna. Tal vez no me contaba realmente lo que estaba sucediendo por ser muy pequeña, pero sí, siempre tuve cierta claridad a los cinco años de edad, de que habían dos bandos: los buenos y los malos. Los buenos eran los guerrilleros y los malos eran del ejército de Guatemala, que asesinaba a los pueblos y a las personas. Ya como a los 12 ó 13 años, tengo un poco más de claridad sobre estas cosas. No es que mi papá se sentara cada noche o cada cierto tiempo a platicarnos, pero él a través de sus comentarios o de situaciones que pasaban, siempre veía una oportunidad para explicar. Por ejemplo, de la pobreza, veíamos niños en la calle y decía “estos niños son pobres, no porque quieran, sino porque hay un sistema...” y se echaba todo el rollo. A veces nos hablaba de que las frutas y las verduras llegaban de los campesinos y campesinas que trabajaban en la tierra y que había personas organizadas. Pero digamos que cada momento era una oportunidad, para hablar de cómo estaba la vida.

Mi lucha por la memoria

Sobre la violación sexual que sufrió mi mamá, yo recuerdo que mi papá no lo contó... No, él no fue quien lo dijo, sino ya cuando yo tenía tal vez unos 14 años más o menos, recuerdo que mi mamá un día, no sé por qué circunstancia algo pasó, pero mi mamá en llanto ella me contó, ella me lo dijo. Me dijo: mira, lo que pasa es que salimos de Guatemala porque el ejército llegó y me violó. Y siento que para mí eso fue tan doloroso. Yo recuerdo haber pasado semanas, meses llorando, por esa situación. Y con mucha ira, mucha rabia y mucho enojo contra los militares.

¹⁹⁵ Alfonso Antonio Portillo Cabrera fue presidente de Guatemala entre enero de 2000 y enero de 2004 por el partido Frente Republicano Guatemalteco (FRG), fundado por Efraín Ríos Montt en enero de 1990.

Y recuerdo también que en ese período coincidió con mi organización estudiantil, yo estaba estudiando magisterio en el Instituto Belén¹⁹⁶, y enterarme, digamos, de ese acontecimiento y de esa verdad, para mí fue muy fuerte, y creo que me sentí un poco más comprometida con el hecho de organizarme a nivel estudiantil. Y aunque la lucha era estudiantil, también pude entender que estaba totalmente vinculada con la lucha antisistema, anti militar y por la memoria histórica. Además mi organización estudiantil coincidió con otros movimientos, en ese período de tiempo hasta mis 16 años tal vez, yo conocí, entre otras, la organización H.I.J.O.S. Guatemala¹⁹⁷, conocí el sentido político por la memoria histórica.

Cuando estudié, me acuerdo que en los libros de texto estaba el tema. No era un tema muy desarrollado y dialogado con amplitud, sino era un tema más. Se hablaba a grandes rasgos, que hubo una guerra de 36 años, de tal período a tal periodo, que habían dos bandos, donde hubo víctimas y ya, así, no recuerdo mayor cosa. Esto que te cuento es en la primaria en Guatemala, en la escuela pública. Pero cuando yo entro a la secundaria en el Instituto Experimental Doctor Carlos Martínez Durán¹⁹⁸, me encuentro con el profesor Víctor Batres, que además es egresado de la Escuela de Historia. Y él, en su clase de estudios sociales, hace un abordaje político profundo, amplio, de la historia de Guatemala. Yo recuerdo que escucharlo a él, para mí fue como sentir identificación. Escucharlo hablar y dialogar los temas que estaba colocando en la clase era para mí familiar, literalmente, era algo que tocaba a mi familia. Y es por él que yo decido meterme a la Escuela de Historia a estudiar antropología. Inicialmente, yo iba a estudiar historia, pero en el camino me tuerzo para la antropología, pero es por él que tengo esta identificación.

En la Universidad sí se abordaba el tema del conflicto y de la historia reciente de Guatemala. Sobre todo en la Escuela de Historia que tiene reputación de ser la más comprometida, en los últimos años. Yo sé que durante el conflicto armado habían varias facultades comprometidas con la lucha estudiantil, pero la Escuela de Historia es como una isla en medio de un mar de corrupción dentro de la universidad: es una de las escuelas que aborda mucho el tema de la memoria y muchos de sus docentes están íntimamente vinculados con los movimientos organizados estudiantiles, políticos y campesinos. Entonces sí era parte del currículo, hablar de la historia del país y por ende, del conflicto armado interno.

Normalmente las ciencias sociales en Guatemala, el abordaje tiene que ver con aprender de memoria los accidentes geográficos y con la construcción falsa de la nacionalidad guatemalteca. La nacionalidad criolla que tiene que ver más con los símbolos patrios. Ese es el abordaje tradicional de las ciencias sociales en Guatemala. Y pienso que hay un gran bache respecto a la forma en la que se aborda la historia. Eso es entendible desde la perspectiva de que es una educación que está al servicio de las minorías, la élite política de este país, que el Ministerio de Educación, bajo sus políticas neoliberales y de tecnificación de las carreras, no les interesa el abordaje de las de las materias humanistas, tampoco históricas y sociales. Entonces parte de la estrategia de este sistema es nublar a la población mediante la ignorancia y eso significa mucho silencio en el abordaje de la historia.

¹⁹⁶ El Instituto Normal Central para Señoritas Belén fue fundado en 1875.

¹⁹⁷ El nombre de esta organización es el acrónimo de Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. Se trata de dos organizaciones fundadas por hijos de personas que fueron desaparecidas por las dictaduras militares en Argentina y Guatemala. La organización guatemalteca fue fundada en 1999.

¹⁹⁸ Este instituto inició en 1969 dentro del recinto de la Universidad de San Carlos de Guatemala mediante el Acuerdo No. 6733 de la Rectoría.

Ahora, yo como madre, pienso que no debería de esperar a que nuestros hijos estén más grandes, sino contarlos desde ahora. Ahora están un poco pequeños para el proceso de comprensión, pero pienso que no es una historia que yo ocultaría. Sobre todo porque me toca de manera personal. La historia de toda la familia, que también es su familia. Yo siento que una de las apuestas políticas en romper el silencio es hablarlo, también es nombrarme como hija de exiliados políticos y hasta unos años, tal vez unos diez años, que coincide con mi formación feminista y mi involucramiento político, antes de esto yo tenía mucho temor y miedo de poder nombrarme como hija de exiliados. Pero gracias a que me he encontrado, me fui encontrando con movimientos y con personas iguales a mí, me dio mucha confianza para nombrarme desde ahí y no silenciarlo. Nombrarlo siempre: en las redes sociales y hasta hacer hashtags respecto al ser exiliada política.

4.5 Mi papá fue militante de ORPA

Me llamo Gilberto Escobar y nací el 3 de junio de 1989. Soy periodista, y a veces como reportero enfrento la posición de editores muy apáticos frente a temas de memoria histórica, dicen que ya no quieren saber nada de eso.

Mi abuelo materno fue patrullero civil

Él “quemó” muchas veces a mi papá. Por eso muchas veces a mi papá lo quisieron matar. O sea, mi abuelo habló: él era oreja. Yo le agarré tanto odio. Él murió el año pasado, mi prima y yo estábamos allí, su último aliento lo dio entre mis manos. Con él yo no tenía nada pendiente pero yo no quería preguntarle cosas la guerra. Yo le agarré odio, porque imagínate, que vayan a matar a tu papá por culpa de tu abuelo, muy tu abuelo puede ser pero no se vale. Esa es una parte muy fuerte de la cuestión histórica de la familia materna. Mi abuelo expropió muchas tierras a comunidades en otros lugares. El tema de mi abuelo patrullero no se menciona y a mi mamá creo que le da un poquito de vergüenza.

Él tenía un mal concepto de los guerrilleros, les tenía mala fe. Yo creo que él abrió la boca sin que se lo hayan pedido. El mal concepto que tenía se lo habían contado, de repente, otros patrulleros. En San Juan Ostuncalco había muchos patrulleros, quizá una de las lógicas fue que donde había más población indígena, habían más patrulleros. Mi mamá era de allí, voy a buscar el nombre de las masacres que hubieron, pero sobre todo Varsovia, los Alonzo, Lacandón, en esa parte sí pegó fuerte¹⁹⁹. Toda esa parte no debe de olvidarse, yo no sé si es que los jóvenes de hoy estamos cansados, porque la clase política ya nos aburrió y no queremos saberlo, pero yo creo que es importante poderlo contar.

El impacto ha sido mucho, emocional

Yo tengo una imagen bien fuerte: llegaron uniformados verde olivo a la casa, un 23 de diciembre. En esa fecha se hace comida de temporada. Mi mamá había preparado un montón de paches, y yo no sabía para qué. Y cuando vi, de una camioneta de esas grandes, parrilleras, se bajaron los verde olivo y se llevaron los paches a la montaña para los militantes de ORPA. Hay

¹⁹⁹ Véase: *Masacre en San Juan Ostuncalco: once miembros de tres familias asesinadas*. Diario *El Gráfico*, colección de recortes de prensa CIRMA. Disponible en: <https://ladi-prod.lib.utexas.edu/en/CIRMA/011e98dd-2d8a-42db-9959-f7d1d38cbee6>

experiencias pero mucho, lo emocional de posguerra del silencio, el temor, que yo no sé si uno se quedó atrapado en esa parte, y no se dio acompañamiento psicosocial, pero sí hay una parte allí que no deja dar un paso.

Hay muchos chavos de clase media, clase media acomodados que dicen “démosle vuelta al libro, ya terminó todo”. Pero yo siento que yo no le puedo dar vuelta al libro. Voy a seguir defendiendo esos derechos humanos que fueron violentados en esa época. Yo no recuerdo qué edad tenía cuando sucedió lo de los paches. Pero sí recuerdo que en casa se preparaban muchas bombas molotov. Mis padres participaban de la preparación de panfletos y bombas molotov allí en la casa y yo miraba cómo se hacían.

Mi papá fue militante de ORPA. Mi mamá no pero de cierta manera ella acompañaba. Lo que yo tengo en el recuerdo es que mi padre le decía: si yo cumplía los 13 años, me iba para la guerra. Yo no recuerdo que me inculcara que “estamos luchando por esto”, pero sí la música de Silvio Rodríguez, toda esa parte casi filosófica y romántica de la guerra sí se tenía, se escuchaba la música de los Mejía Godoy. Mi papá repetía que cuando yo creciera un poco, iría a la guerra. Y en algún momento, me sentí orgulloso. Porque ya ves que la bandera de lucha de todos los latinoamericanos, es el Ché (Guevara), y eso estaba en la casa, súper metido, entonces era como un sueño que se podía hacer.

El por qué de la lucha

Los amigos de mi padre me dijeron que yo estuve involucrado sin saberlo. Ellos sí hablaban de ir a la lucha, no es que me hayan sentado y me hayan dicho “la cosa está así, por esto estamos luchando”, no. Yo recuerdo cuando iban a hacer las bombas, siempre me platicaban y me contaban informalmente de por qué se iba a la lucha. Mi papá directamente no, él obvió esa parte. Pude entender la pobreza y la idea de que había que quitar el poder a los militares por todo el contexto de las amistades de mi papá, y lo peculiar es que de toda mi familia el único militante de izquierda, fue mi él, quizá por la infancia que tuvo. Él desertó rápido de su casa y estudió en el Instituto Normal para Varones de Occidente (INVO)²⁰⁰, que en ese momento era como la USAC, y era como dar el primer paso para meterse a la guerrilla.

Hasta el día de hoy, él no se ha sentado y me ha dicho “mirá, yo me recuerdo bien cuando entré a la montaña”. Yo sé más de otros compas. En el INVO le empezaron a dar libros de marxismo, es lo que él me decía, empezó a leer mucho marxismo, para prepararlo para la guerra. Ni siquiera mis abuelos supieron, ya después supieron que mi papá había tenido alguna participación. Recuerdo que entre mis cuatro y seis años fuimos al último campamento que estaba operando, en el volcán Lacandón. Fuimos a visitar a los compañeros. Y mi papá, recuerdo, vinculó a un mi primo y fueron, de la familia, los únicos dos en la guerra.

La militancia de mi mamá fue de bajo perfil: el apoyo y acompañamiento que podía dar era mínimo. Mi comunidad no estaba muy involucrada en la guerrilla. De hecho en San Mateo (Quetzaltenango) solo mi papá y mi primo. A mi papá varias veces lo persiguieron porque lo que sí había bastante en San Mateo, era gente militar. Allí no hubo masacres. Cerca sí, porque San Mateo era un lugar de paso, y sigue siendo un lugar de paso. Donde sí pasaba mucho era en San Juan Ostuncalco. Por ejemplo, se reportó la masacre de los Alonzo, que está registrada. Allí

²⁰⁰ Fue fundado en la ciudad de Quetzaltenango en 1872.

también se dio la cuestión de que era mucha población mam. En Concepción Chiquirichapa, que está quince minutos de San Mateo, lo más fuerte fue cuando a militantes de ORPA la fusilaron en el campo municipal. Allí murió el papá de los Matul, de Daniel Matul, que estuvieron metidos en el movimiento, a Matul y a un hijo de Matul. Yo recuerdo que esa anécdota la contaba mucho mi papá y muchos compañeros de ORPA, que allí los pusieron en línea recta y los fusilaron. Yo era muy pequeño y no sabía lo que era un muerto. Ya un fusilado, tiempo después, fui entendiendo que eran imágenes muy fuertes. En San Juan Ostuncalco, Concepción, San Martín Chile Verde y una parte de Colomba Costa Cuca hubieron varias masacres. Sobre todo en La Victoria de San Juan Ostuncalco²⁰¹ hubieron bastantes masacres.

No recuerdo la firma de la paz

Lo que recuerdo es que tres años después de la firma de la Paz, muchos compas llegaban a preguntarle a mi papá qué iban a hacer porque no tenían a donde ir. Había una gran preocupación de los compas para después de la desmovilización. Muchos empezaron a gestionar vivienda y trabajo. Mi papá gestionó muchos certificados de sexto primaria para ellos, que estudiaron en la montaña “para defenderse en la vida”. Muchos ahora ya son licenciados y lograron estudiar. No tengo memoria de 1996, diciembre no lo tengo grabado.

Lo que sí recuerdo es que yo era muy feliz cuando mi papá regresaba de varias temporadas. La casa de mis papás quedaba como a cien metros a la orilla de la carretera, entonces podía salir y darme cuenta, no a simple vista, pero por lo menos el perfil de quien venía. Cuando él salía a la montaña, esperaba su regreso. No tuve temor por la vida de mi padre. Él regresaba con una mochila súper grande, con la cantimplora esa, con la mochila verde olivo: un hombre súper barbudo, una barba como la de Facundo Cabral, así, grandota, gruesa, y ya yo iba con él. Tras su regreso no nos hablaba que se sentía, no sé, triste, o si se sentía pensativo, no sé cuál era su impresión. Pasaba un día, dos días, que estaba como asustado, hermético, y después ya rompía el hielo y ya estaba con nosotros.

Interferencias del relato

No sé si no ha habido la suficiente confianza. No sé si él pensaba que yo sabía todo, que lo asimilaba y sacaba conclusiones. Pienso que él asume que yo ya lo sé, pero yo no lo sé. Lo que tengo son pequeños momentos, pero no tengo la película completa. Sí me gustaría retomar, digamos, como parte de un ejercicio histórico para traslado generacional. A mí me gustaría, por ejemplo, que mis hijos escucharan esas anécdotas que él se las contara, pero primero me las tiene que contar a mí.

En la familia, la militancia es un tema que no se habla, sólo dos de mis tías. Ellas sabían en qué andaba mi papá. Lo apoyaban de cierta manera. Yo no sé si mi abuela supo. Entonces en la familia se habla muy de vez en cuando, como recordando una anécdota, ahora menos porque ya murió mi abuelo. Mi abuelo tenía como muy presente el tiempo de la Revolución, era el tema típico que él iba a hablar, la Revolución de 1944-54²⁰², de esos años que él vivió.

²⁰¹ Véase: Represión Selectiva en la aldea La Victoria, San Juan Ostuncalco, Quetzaltenango. *Caso ilustrativo No. 25*. CEH, 1999.

²⁰² Véase: *Fruta amarga: la CIA en Guatemala*. Stephen Schlesinger, 1982.

Muchos de mis primos, apuesto que ni saben que mi papá fue militante en la guerrilla. Yo lo sé porque realmente me interesé en escuchar. Nosotros somos seis hermanos. Yo soy el mayor. El último de mis hermanos nació en 1997 o 1998. Ellos no preguntan. Yo percibo que a mis hermanos no les interesa, a mí sí porque tuve mucho involucramiento en las ONG'S de desmovilizados. Trabajé, por ejemplo, muy pequeño con mi papá, él daba talleres. Creo que los cuadros políticos de URNG se quedaron como en una lucha permanente con miras a las elecciones presidenciales. Mi papá me llevaba a esas reuniones, por eso lo sé. Todos los compas de ORPA me conocieron, pero no conocen a mis hermanos. Mi papá me involucró en los procesos de las ONG's de desplazados, y de compas de ORPA que se fueron a trabajar a ONG's, o armaron sus ONG's y yo conozco a todo el mundo. Estuve trabajando con la Asociación de Discapacitados por la Guerra, creo que fue mi primera experiencia, no laboral sino de trabajar con estos grupos. Mi hermana, la tercera se interesó un poco porque ella estudió ciencia política, pero ya mi segundo hermano muchísimo menos.

Lecciones para un cronista

Mi papá me regaló una agenda, la agenda era de color negro, y yo estaba muy chiquitín. Mi papá me decía “ahí apuntás todo lo que pueda pasar”. Yo creo que mi papá tenía una frustración de poder ver en mí un militante que él no pudo o no logró ser, porque ahorita que me recuerdo, primero él quería que yo fuera médico, ese era el sueño más grande de mi papá. Él logró una beca para irme a estudiar a Cuba y yo ya no me fui. En esa agenda yo apuntaba y le presentaba semanalmente un resumen de cosas.

Ya cuando yo aprendí un poco más y aprendí a leer, yo me recuerdo que mi papá me ponía a leer la prensa y hacer los recortes. Me decía, mirá, tenés que clasificar las noticias de salud, de política y de economía. Yo me imagino que esos archivos todavía los ha de tener él porque pagaba una suscripción de Prensa Libre, el único que llegaba, pero en la época ya después del conflicto. Era un trabajo intelectual. Él decía, tenemos que estar preparados toda la vida para contraatacar al enemigo. El no usaba la expresión contraatacar al enemigo. Él decía que teníamos que convertirnos en tanques de pensamiento, porque la derecha y la oligarquía, eso sí lo decía, están recibiendo muchos cursos: tenemos que trabajar mucho y superar lo que otros están haciendo.

Mi familia de San Mateo es considerada racista. Con diferencias hay distinciones muy abismales, mi familia de San Juan Ostuncalco con mi mamá, tienen una historia con el racismo y la discriminación a la población. Pero si me miran a mí, no. Yo soy súper bien aceptado en cualquier grupo. Yo me involucro bastante. No me tienen como esa parte de mi familia de “los Escobar son racistas no nos juntamos con ellos”, no. Ahora que vivimos aquí en Totonicapán, ya llevamos dos años aquí, la gente me saluda. Mi papá logró que yo tuviera una empatía con las causas sociales. Mis hermanos siguen teniendo una como distancia con la demás población.

A mis tías les debo la percepción de que nuestra familia es racista. Mis tías son muy racistas. De mis abuelos no. Ellas bajaron a Xela a estudiar y creo que esa parte les dio en la vida, no sé, una visión ladina fuerte. Además mi abuelo era quien más terrenos tenía en San Mateo, mucha gente trabajando para él y ellas como que asumían ese buen estatus económico, tal vez.

El brujo de la familia

Mi familia materna piensa que soy brujo porque recibí la vara para ser Ajqi'j (guía espiritual maya). A mi propia madre le costó mucho saber eso. Es una conversación pendiente, no ha llegado a ese momento de identidad. Genera mucho nerviosismo. Mi primera experiencia con una ceremonia maya fue en Tajumulco con mi padre. Pero sí tenía el acercamiento en San Mateo con gente que curaba “el ojo”, las comadronas, digamos. A mis quince años me interesé por conocer toda la espiritualidad maya. Ya después, la misma gente me empezó a buscar, cuando ya era Ajqi'j. Me costó un poco... no sé si es descolonizar el pensamiento, —una palabra muy de ONG— pero sí como desestructurarme en mi pensamiento y poder comprender el calendario maya, la cosmovisión, la dinámica de los nahuales, la espiritualidad de las personas. Me interesé en rescatar que dentro de los pueblos indígenas, habían científicos, científicas súper inteligentes y me interesé mucho por las matemáticas.

Yo me siento parte de los pueblos mayas aunque en la familia no se habla. He buscado los orígenes de mi familia paterna, ya busqué, porque ellos son de Sibilia y de San Carlos Sija, y ahí no hay manera de encontrar algún arraigo con alguna comunidad indígena cercana. Con mi abuela materna yo siento que sí, que mi abuela si tiene alguna descendencia del pueblo Mam, sobre todo de San Juan Ostuncalco. Hacer el árbol genealógico está pendiente.

Conocer sobre el conflicto armado interno

Yo trabajé con las radios comunitarias que eran la voz popular, conocí a los locutores, trabajé con ellos... Mi papá se interesó mucho por enseñarnos a escalar montañas. Él nos llevaba a las montañas desde que teníamos ocho o nueve años. Por ejemplo, yo me enteré que Gaspar Illom subía, le trataron mucho una enfermedad en los huesos en la laguna de Chicabal. Mi papá nos decía: “aquí se armó la champa para que Gaspar estuviera, y escuchábamos las metralletas allá abajo, y subíamos aquí”. Cuando caminábamos en la noche decía: no enciendan las lámparas. No sé si él tenía miedo, pero tenía esas prácticas muy latentes todavía. Caminábamos en la montaña sin lámparas, y él decía que si vas con lámpara el ejército te puede ver, aunque ya no había ejército, él decía que te podían ver rápido y ubicar.

En los libros fue hasta después, hasta de último, por ejemplo conocí del REMHI. Empecé a leer *Quiché Rebelde* (de Ricardo Falla). Uno de los primeros libros que yo recuerdo que mi papá me dio fue de Mario Payeras: *Latitud de la flor y el granizo*. Todavía me sé el nombre del libro. Entonces sí conocía bastante de la guerra, de esta parte poética, y de la viva voz de los compas que habían estado.

Durante la educación primaria no, y en la secundaria un poco: Yo también estudié en el INVO. Allí empiezo a hacerle preguntas a algunos catedráticos, porque me dio clases el hermano de Jordán Rodas²⁰³. Él tiene un hermano desaparecido, Joaquín, y me contaba bastante. En la universidad fue poco porque yo ya iba muy informado de lo que había sido la guerra. Una historia fuerte que recuerdo es de un compa de Concepción Chiquirichapa, a él lo torturaron. Él se quedó todo abstraído. A él lo amarraron de las manos, lo golpearon, le sacaban la lengua y se la quemaban con el cigarro, Santiago, ese era su seudónimo, nunca supe su nombre verdadero. A él lo dieron por muerto, lo fueron a tirar a un basurero.

²⁰³ Augusto Jordán Rodas Andrade es abogado (1968), fue Procurador de los Derechos Humanos en Guatemala (2017-2022).

Los vacíos por llenar

Sobre todo con mi papá, porque con los compas no es tanto de mi interés porque no hay un acercamiento consanguíneo, preguntarle por qué se fue a la guerra. Esa es la pregunta más grande, por qué se fue y cuántos años tenía.

Yo quisiera, que toda la gente supiera el tema de la memoria histórica, o que supiera las atrocidades del gobierno, las atrocidades del ejército. Siento así como odio, a veces, cuando la gente está enajenada con otras cosas. Creo que en esa parte, no sé si me ayudó o me afectó, sí haber conocido bastante de la guerra desde los testimonios de los compas.

Hay una deuda del sistema educativo. Sobre todo en la primaria porque ahí te codifican bastante. No te hablan nada de la memoria, nada, nada. En la secundaria, en tercer año, vimos algo en estudios sociales aunque ya había material, ya estaba publicado el REMHI, ya habían cosas escritas de Ricardo Falla. Ya habían literatura para poder estudiar pero no, la escuela quedó mucho, debiendo. Yo sólo tengo en la mente que hablaron que había ocurrido una guerra en Guatemala, y lo que presentaban era una foto de la firma de la Paz, y que esa guerra duró 36 años y terminó. Fue algo súper rápido porque yo estudié en un colegio evangélico por razones económicas. Era un colegio donde el director era evangélico ¿Qué íbamos a estar indagando sobre el tema de la guerra? Nada.

4.5 ¿Quién va a contar estas historias?

Mi nombre es Emmely García, soy de San Lucas Tolimán, Sololá. Tengo 32 años de edad (1990). Trabajo con un grupo de jóvenes mayas, Ajpú se llama. Somos de herencia Maya Kakchiquel, y desde ese grupo hemos trabajado varios temas y estamos involucrados en la lucha social, indígena y en temas ambientalistas. Tengo cuatro hermanos y soy madre de un bebé de cuatro años. Actualmente estoy estudiando en la Universidad Maya Kakchiquel, que lleva un recorrido de diez años formando en el tema académico superior. Lamentablemente el gobierno de Guatemala y el Ministerio de Educación (MINEDUC) no lo acepta. Entonces tenemos el respaldo de la Universidad Martin Luther King de Nicaragua y la UNAM de México.

Un soldado para el gobierno

Yo nací seis años antes de la firma de la Paz. A mis ocho años de edad, me di cuenta que mi papá tenía ropa de camuflaje como usan normalmente los soldados. Y un año más tarde, cuando yo empecé a ir a la escuela, yo consulté sobre qué significaba esa ropa. Mi mamá me comentó que mi papá había hecho servicio militar, o sea, estuvo como soldado para el gobierno, y estuvo en toda la situación de la guerra interna en Guatemala. Fue un poquito complicado entender eso, porque a esa edad, ¿qué vas a entender de la guerra?, pero sí pude captar de que él no fue obligado. Y entendí también que eso quiere decir que mucha gente sí fue obligada a prestar servicio militar, que inclusive a mis tíos los perseguían porque tenían ya la mayoría de edad y tenían que presentar el servicio militar, pero a muchos los escondieron, porque si vas a la guerra, te vas a morir ahí, eso es lo que decían. En el caso de mi papá, él lo decía así. Ahora ya cambió de parecer gracias al Ajaw (Protector, dueño, creador, según el Diccionario Kakchiquel), pero en ese entonces decía que él quería servir a su patria.

Siendo menor de edad, él se presentó al destacamento de El Quiché, de Santa Cruz del Quiché – él es originario de Sacapulas– y junto con sus hermanos que son mis tíos, ellos ya eran mayores de edad, entraron al destacamento. A mi papá lo formaron por aproximadamente seis meses para ser soldado y poder ir a presentar sus servicios a donde los mandaran. En este caso a él lo mandaron al área de la boca costa por Escuintla. Después lo remitieron a Sololá, exactamente en San Lucas Tolimán. Y así conoció a mi mamá, se enamoró y se quedó ahí. Así yo me enteré de por qué mi papá tenía esa ropa guardada. Por mucho tiempo él habló de ese servicio que le dio a la patria. Es como un tipo de honor o de valor tan fuerte, de respeto, que él lo divulgaba así con una gran fuerza. Ahorita no es lo mismo, porque él pasó por un proceso bastante fuerte para poder cambiar muchas actitudes y pensamientos.

La otra parte yo la conocí por mi mamá

Desde su punto de vista, ella como mujer, madre, indígena, estaba buscando como mantener a sus hijas, porque solo eran los dos: mi hermano mayor que tenía unos cuatro años y yo que era una bebé de un año y algunos meses. Ella solo veía como pasaban los soldados, como pasaba la guerrilla y entre ellos había una disputa constantemente y el pueblo quedaba en medio. Eso es algo muy difícil de explicar porque no podría decirlo como lo expresó mi mamá, porque ella sí lo vivió, sí lo sufrió. Ella me cuenta cómo nos resguardaba debajo de la cama para que las balas que en algunos momentos traspasaban la casa en que ellos vivían, que era una parte de cartón, una parte de caña y otra parte de adobe, pasaban literalmente las balas en medio. Ella nos resguardaba para que esas balas no nos tocaran a nosotros. Yo como era la bebé gateaba y no me importaba que había mucho ruido, muchas balas, en ese momento yo no lo percibía.

Luego estaba la otra parte que habla mi abuela, ella me cuenta que muchas veces vio... yo creo que aquí voy a meter algo muy personal, ideológico, pero mi abuela veía cuando después de pasar horas en las que habían disparos, disputas y todo esto, se quedaban muchos muertos tirados en cualquier calle o espacio, los soldados no regresaban a recoger a los muertos, pero los de la guerrilla sí. Regresaban a recoger a sus compañeros de combate. Y mi abuela, en algunas ocasiones vio a mujeres en todo este proceso, cargando sus bebés en la espalda. Es bien interesante porque la verdad no lo viví, pero el escuchar todas esas historias me deja mucho que pensar, mucho que decir. Esa es la parte de mi abuela.

El otro lado de la historia que te puedo comentar es uno de mis tíos. Él no estuvo como soldado ni fue a prestar servicio, ni lo obligaron porque se escondía, siempre se salvó de puro milagro. Pero él decía que cada vez que iba a haber un intento de ir a recoger a todos los jóvenes de San Lucas Tolimán, él hacía boletines y los repartía entre toda la gente que podía para avisar de que iba a pasar algo. Y él estuvo metido en muchos temas de izquierda. No lo dice abiertamente, pero sí me ha comentado algunos temas en donde él estuvo metido, en donde sabían algunas tácticas, si alguna cosa iban a pasar, era él solo el que iba a ir a visitar al pueblo para que el pueblo se resguardara. Eso es lo que puedo decir de la guerra aparte de todo lo que he leído, de lo que he estudiado o de lo que me han contado, y de lo que he recogido de historias de la gente que sí lo vivieron en realidad.

La ideología de izquierda

Es más de parte de mi mamá, que es de San Lucas Tolimán, que es Kakchiquel. La familia de parte de mi papá es Quiché, entonces son ideologías separadas, en el sentido de que mi papá

creció en una familia en la que tenían diferentes creencias, pasaban cosas diferentes, y él creció en un momento de conflicto –eso es lo que yo analizo ahorita– en el que no sabía qué seguir. De hecho, fue reciente, hace un año me enteré de que mis abuelos de Sacapulas, Quiché, eran Ajq'ij²⁰⁴, eso quiere decir que eran sacerdotes mayas y que seguían un proceso bastante interesante de la búsqueda del conocimiento maya y de cómo ellos conectaron eso con la idiosincrasia y con todo lo actual...

Yo creo que mi papá en ese entonces, era como todo adolescente que no encontraba qué hacer o qué seguir, y se metió en la cabeza –para eso influenciaron los medios de comunicación, que en ese entonces lo que más funcionaba era la radio– para decir que prestar un servicio militar era posicionarte ante la sociedad. Creo que por eso lo hizo él, o sea, era menor de edad y se fue a presentar al destacamento, y él lo cuenta, y lo dice así “es que yo quería servir a mi patria”. En ese momento yo no lo entendía y fue hasta mucho tiempo después que lo entendí: que sí era errónea esa forma de pensar, que vas a prestar un servicio cuando, pues no, no es así.

De parte de mi mamá, aquí en el lago de Atitlán sí había otra forma de pensar y era principalmente de resguardar la vida, de cuidarnos entre todos. Y eso ya se eleva a lo comunitario, porque veían o escuchaban de mi abuela decir que ella hacía ciertas acciones para poder cuidar a su gente y a su familia. Y de mi tío, de lo que él escuchaba, iba a contarles a todos para que pudieran guardar sus precauciones. Hay algo interesante también en todo esto y es que las mujeres en cierto momento vivieron la guerra, a diez dimensiones, diría yo, porque me acordé ahorita precisamente de mi abuela, porque mi mamá me ha contado de que cuando se dio esta disputa entre los guerrilleros y los soldados, un bando y otro, y estaba el pueblo en medio, a mi abuela no le importó ir en medio de las balas para ir a buscar a sus hijos. Eso es algo que refleja que las mujeres vivieron casi al triple o cuádruple todo el tema de la guerra. Fue bastante fuerte para ellos.

Mis abuelos y mis padres no me hablaban de esto

La mayoría de estas generaciones son muy pocos los que lo hablan abiertamente y son muy pocos los que se abren a decir el tema. Yo creo que es porque a mí sí me interesó hablar de todo eso, e incluirme a espacios de recuperación de la memoria. Fue así que yo le pregunté a mis abuelos abiertamente, y pregunto ¿qué pasó en ese tiempo? Y ellos en algún momento estaban bien receptivos de decir “sí, pero no, no te voy a contar. O sí te cuento, pero solo un poquito”. Y costó mucho. Igual con mis papás, los abuelos (los papás de mi papá ya no viven). Los de mi mamá sí, y me han contado algunas cosas que no se las cuentan a cualquier persona. Y por fortuna he estado participando en unos espacios en donde hay tatas y nanas²⁰⁵, que abren su corazón, abren su espíritu para contarte todo esto. Es ahí es donde yo –no quiero que se entienda mal– he aprovechado para adquirir mucho eso y contarle también a otra gente. No es mi histo-

²⁰⁴ De acuerdo con Pedro Juan Toc Barreno, profesor de filosofía y de idioma maya k'che' “Ajq'ij es una palabra contraída compuesta por dos conceptos. Aj, prefijo que indica acción y Qi'j Sol, día o claridad. Etimológicamente la palabra Ajq'ij deriva del idioma ancestral maya Kiche' indicando quien trabaja con el Sol o con el día. Es decir quien trabaja con la claridad. La claridad es la verdad, la verdad es la ciencia”. Véase: <https://adesca.org>

²⁰⁵ Según el blog <http://kachochajtziib.blogspot.com> Tata'aj y Nana'aj (K'iché) o Na'b'ej Yuwa'b'ej “son palabras que denotan una categoría social y formas de respeto que se da en nuestras comunidades y pensamiento”. Y aclara que no es una categoría que denote una posición relacionada con riqueza económica o jerarquía entre ricos y pobres.

ría, pero es una historia que se tiene que reflejar, se tiene que defender. No es precisamente que ellos quieran contar o no contar todo lo que ha pasado, sino que han sido las circunstancias.

En el formato que se llevaba antes en la educación en Guatemala, ha variado, un poquito para mal, todo el tiempo varía para mal. Pero cuando yo estuve estudiando en primaria el tema casi no se tocaba. Y cuando llegó el momento de hablar del conflicto armado, pues un poquito nada más. Y lo que te decían era que los malos eran los guerrilleros que empezaron la guerra contra el Estado en Guatemala y entonces Guatemala tuvo que firmar la Paz, así de simple. Yo así lo entendí, así lo asimilé por mucho tiempo. Creo que fue en cuarto o quinto grado de primaria, que me hablaron de eso, de la firma de la paz, en uno de los cursos. Y ya solo te hablan de presidentes, que todos son militares, que todos supuestamente hicieron algo bueno por el país y nada más. Eso es lo poquito que se toca de del tema de la guerra interna. Y detrás de eso está todo lo que puedes aprender en la calle, en lo que puedes aprender en espacios diferentes, inclusive la iglesia. Pero como no se cuenta, no se dice esa parte de la historia, nadie lo dice, nadie lo cuenta, a menos de que lo busques o de que le nazca a alguien contártelo. En mi caso, en la escuela no pasó, pero en mi familia de parte de mi tío sí me contó muchas cosas, mi mamá también, de parte de mis abuelos paternos, desde su lado de la versión.

Y de parte de la iglesia pasó algo muy interesante y raro. Mis abuelos traían una tradición de participar en la Iglesia Católica, y luego ellos trasladaron eso a sus hijos, que es mi mamá y mis tíos. Y desde esa parte ellos hicieron como la teología de la liberación, diría yo, en cantar alabanzas y a hacer prédicas que iban más en torno a cuidarnos como comunidad, a quitarnos la venda de los ojos y hacer justicia, y no dejarnos llevar por lo que el ambiente cuenta o lo que está pasando. Yo eso fue lo que analicé al final, porque a ellos les tocó muy duro.

Yo creo que es muy importante rescatar el hecho de que muchos párrocos, padres, curas, monjas de la Iglesia Católica, ayudaron a que gran parte de la población indígena de Guatemala no estuviera masacrada o sufriendo, porque ellos realmente para mí, sí hacían cristianidad, en el hecho de cuidar al ser humano. Y eso pasó también en San Lucas Tolimán: habían ciertas personas que eran curas y que decidieron ponerse a la parte del pueblo. Junto a San Lucas Tolimán, está en el municipio de Santiago Atitlán, en donde recientemente fue nombrado santo, Francisco Aplas²⁰⁶, que es como le llaman en el idioma tz'utuhil, y él defendió a capa y espada a los zutuhiles, y por eso fue masacrado ahí en la Iglesia de Santiago Atitlán.

Hay cosas que nunca me contaron

Esta parte es bien difícil y creo que complementa a muchas mujeres, porque la parte de la que no te hablan es la más difícil, todo lo que tuvo que pasar mucha gente en manos de gente mala: hablemos de las masacres; hablemos de cómo sacrificaban y torturaban a las mujeres, a los hombres, a los niños, de hecho, a los fetos que estaban en el vientre de las madres, o sea, de toda esa parte nunca te van a hablar. De eso yo me enteré y lo leí hasta después. Eso es muy duro y es difícil de comprender cómo puede haber gente que haga eso. Depende qué persona lo vivió, como lo vivió, cómo lo recibió, porque hay mucha gente que es bien susceptible. Aparte de eso, hay gente que todavía no olvida. Hay gente que no perdonamos y ¿entonces qué vamos

²⁰⁶ Se trata del sacerdote norteamericano, Stanley Francis Rother, asesinado en julio de 1981 en Santiago Atitlán, Guatemala. El papa Francisco (Jorge Mario Bergoglio) lo declaró mártir el 2 de diciembre de 2016 y fue beatificado en Oklahoma en septiembre de 2017.

a hacer? Y hay muchos que todavía siguen buscando a sus familiares. Es bastante difícil aceptar que todo esto ha pasado, a pesar de que ya pasaron más de treinta años.

El cambio de mi papá, podría causar risa o burlas, pero él se volvió cristiano, católico. Por eso fue que cambió. Fue bien raro, pero qué bueno si uno cambia para bien. Yo creo que está bien, no importa cómo o dónde, pero él cambió bastante. Algo muy importante es que la mayoría de gente que prestó servicio militar y que hizo todo este proceso de prestar servicio y tomar armas, quedaron con muchos traumas, porque de hecho mi papá casi toda su vida fue una persona violenta y ejerció violencia intrafamiliar por años, hasta que al fin decidimos parar esta situación cambió todo. Yo creo que no solo es el hecho de que él haya prestado servicio militar, o que hicieran unas cosas horribles, sino que aparte de eso, todas las consecuencias que trajo consigo este crimen que se hizo. Porque esos traumas que ellos tenían lo fueron a disolver o a tratar de entender con su familia y al final la familia fue la perjudicada.

Tuve que denunciar a mi papá

Para lograr ese cambio, mi papá tuvo que pasar algo muy fuerte. Esto que voy a contar, se lo he contado a tres personas más, porque he tenido otras entrevistas en donde contamos de cómo ha sido la situación en Guatemala para las mujeres. También tuve una entrevista de cómo fue mi situación personal para poder superar ciertos traumas de mi vida e incluirme en espacios políticos de mujeres y de transformación. Lo que pasó es que fueron casi 27 años –porque desde que mi primera hermana nació hasta que yo tenía como 12 años– en que mi papá fue violento todo el tiempo precisamente con mi mamá, y era un alcohólico. Y luego de eso pasaron unos 30 años, tal vez de que él cambió porque quiso ir a la iglesia.

Mi mamá siempre ha sido entregada a la Iglesia Católica totalmente, y luego mi papá cambió y empezó a ir a la iglesia. Pero empezó otra vez con su alcoholismo, con su violencia. Cuando yo tuve unos seis años casi, pasó algo muy fuerte en mi casa, por eso te digo que los traumas a ellos los siguen, porque mi papá siempre ha sido atraído por las armas y él siempre ha tenido armas en casa. Las pone a su nombre y tiene licencia para portar y de hecho, él ejerce todo lo que tiene que ver con armas, porque es seguridad privada²⁰⁷ y actualmente lo es aunque sea cristiano. Pero en torno a todo lo que le ha pasado, yo creo que es el entorno del que nunca va a salir. Pero pasó algo muy fuerte: él sacó su arma y nos estaba amenazando a todos con su arma de que nos iba a matar. Entonces yo pensé que eso ya era más que suficiente, y que mi mamá ya aguantó demasiado. Y era tanto el trauma que mi mamá no podía dejarlo a él, ni podía irse ella ni lo podía denunciar, o sea, no se encontraba en una situación que no podía hacer nada.

Entonces yo denuncié a mi papá. Después de ese proceso nos retiramos de la casa, todos nos fuimos y solito él se quedó ahí viviendo por unos días. Cuando vio que no regresábamos ni le contestábamos ninguna comunicación, se fue. Un mes después regresó, porque estuvo trabajando, y yo le entregué un oficio donde le digo que no puede regresar a la casa porque tiene una orden de alejamiento. Así, estuvo por más de un año fuera de la casa. En ese tiempo, él nos comentó que la pasó muy mal, que se intentó matar varias veces, y que le pasaron muchas cosas.

²⁰⁷ Según Chávez (2019) “Un informe publicado en marzo de 2019 por el Centro de Investigación y Estudios Nacionales, basado en datos oficiales, contabilizó un total de 189 empresas privadas de seguridad, de las que 87 operan con licencias adecuadas, 50 con licencias de operación nuevas, 41 con “acuerdo ministerial” y 11 con “acuerdo gubernativo”.

Tuvo que pasar esa decisión de parar a todo lo que estaba pasando, porque si no, no cambia. Y de hecho, sirvió bastante eso porque sí detuvo muchas cosas y fue cuando él decidió voluntariamente reingresar a la iglesia en la que había estado hace un tiempo que es la Iglesia Católica, la parroquia de San Lucas Tolimán..

Considero que la mayoría de problemas de mi papá se relacionan con su pasado militar. Por lo que me cuentan, había un proceso diferente cuando ellos nacieron y crecieron. Ese proceso incluye falta de oportunidades, incluye pobreza y muchas cosas más. Pero realmente no estaba tan inmerso en la violencia ni el alcoholismo. Fue a principio incluso antes de la guerra interna que se ve que empiezan a instalarse en el departamento de Quiché, muchas como mini empresas de bebidas alcohólicas, empresas que iban a traer desarrollo, y que nunca pasó. Eran mini empresas, pero había una instalación y una emigración de gente extranjera, de diferentes departamentos, de diferentes países que se dio precisamente ahí.

Desde ahí empezó, y he escuchado de mis tíos decir cómo vivían mis abuelos, cómo vivían ellos y cómo las mismas necesidades los llevaron a tener que emigrar a la costa sur, a cortar algodón y cortar caña. Y pasaban por situaciones precarias, fuertes en donde no tenían donde cocinar, no tenían donde calentar tortillas, tortillas que llevaban hace meses, que hasta les salía moho, pero las tenían que comer así para ganar unos cuantos centavos y luego retornar al Quiché. Y eso actualmente está pasando: se ven migraciones de hermanos y hermanas del Quiché, del Ixcán, y de otros lugares, que tienen que ir a la costa sur para dar su mano de obra, y les pagan una miseria y están explotados.

El pasado y el presente ¿Quién va a contar estas cosas?

Yo creo que ahorita la guerra presente no es con armas, sino que es con ideologías, con formas de pensamiento, con formas de actuar que se resumen en armas. Yo eso es lo que creo, porque hay, supuestamente, muchas más oportunidades para hacer diferentes cosas, pero se pierde eso, porque sigues explotado, sigues una vida deprimente. Muchas personas siguen en una extrema pobreza y entonces la situación sigue igual. No hay un avance y algo que ha pasado no solo en el tema económico, sino que también en el tema intelectual, es el hecho de que nos han mecanizado tanto, hasta tal punto de que no pensamos sino que sólo actuamos. Yo creo eso, ahorita no necesitas un arma para decirle a alguien que vaya a hacer algo que le vaya a funcionar al sistema. Sino que solo lo arrinconas hasta tal punto de que no tenga nada que comer y te tenga que prestar un servicio de mano de obra en el que le va a pagar una miseria.

El problema es que ¿quién les va a contar eso y cómo ellos se lo van a creer? Porque no voy en contra de las ideologías que han nacido, que han crecido y que muchas sí defienden los derechos humanos, pero también hay muchas corrientes equivocadas que han crecido, y lo que vemos es que a la gente que no le interesa hablar de estos temas, porque se piensa que es un retraso abordarlos, el recuperar historia, no les interesa. Yo sé que es muy importante, pero ahorita tenemos que buscar una estrategia para poder contar parte de la historia y que no se pierda, crear más empatía en toda la gente y específicamente en la juventud, porque son la población más grande que ahora está en el país aquí en Guatemala. Hace falta muchas cosas que crear y yo creo que los abuelos que tenían mucha parte de la historia y que llevan todavía consigo mucho de todo lo que se había recuperado, lo que todavía se mantenía vivo, pues ya no están como nosotros y eso fue una tarea muy grande, porque ahorita ¿quién va a contar la historia? Si Maggie cuenta la

historia de un conflicto armado, a mí no me creen porque me dicen “no lo viviste, no estuviste ahí, apenas habías nacido”. Hace falta mucha sensibilidad y empatía en cuanto a este tema.

El juicio por genocidio

Para ser sincera, mis padres, respecto a este juicio, se han guiado bajo la idea de que Dios va a decidir. Ellos son tan rematados cristianos que dicen que Dios decide qué va a pasar, qué va a ser y qué no. En la medida de lo posible que hemos hablado, que hemos platicado, y que uno de mis hermanos se ha incluido en procesos, tal vez no tan fuertes como ellos, han cambiado su forma de pensar, de que hay que hablar del tema de justicia. Y cuando se habló de estos temas, por ejemplo de Ríos Montt, lo que decían es que ya era hora, era el momento de pagar todas esas cuentas que habían acumulado. Claro, yo lo veía desde otro punto, pero ellos resumían todo en eso, de que hay muchas injusticias, muchos temas políticos, ideológicos que están imperando en el país, y a nivel mundial que hay que revisarlos y analizarlos.

Yo creo que mi mamá se ha vuelto una de las personas que lleva el mensaje a más personas. Hace ese tipo de traslado de información que normalmente se hacía antes, que ahorita lo podés hacer con un mensaje de WhatsApp, pero ¿quien va a ver un mensaje político ahora? Pero ese rescate de la comunicación antigua que es del boca a boca, que consiste en que te encuentro y te hablo de un tema, y que quiero que se impregne en la mente, pues eso lo hace mi mamá y mi papá. Con eso yo creo que vamos rescatando lo que es parte de la memoria histórica y parte del traslado de información. Y cuando han pasado estos temas fuertes en el país, ellos lo han hecho porque me lo han contado. Me dicen “fíjate que me encontré a la señora no sé qué o me fui a tal lugar y estaban hablando de ese tema. Entonces yo hablé de lo que vos me contaste o de lo que vi”. Entonces sí hay esa reciprocidad o esa curiosidad por la información, de divulgación.

Es bien importante para mí el hecho de participar en esta actividad, porque es una forma de hacer incidencia y aparte de eso de que se traslada el conocimiento, el poco conocimiento que tenemos pero que se traslada y espero que cuando esté publicado de alguna forma podamos divulgarlo más allá. Y el agradecimiento porque el interesarse en estos temas quiere decir que todavía hay una esperanza, para rescatar nuestra memoria histórica.

4.6 Un legado de violencia

Mi nombre es Luis Barrueto y tengo 31 años de edad. Una de las cosas que me llevó a los movimientos sociales fue estar involucrado en un espacio de participación. Mi activismo no empezó en el tema LGBTQ, empezó con el tema anticorrupción. Pero justamente porque me atraviesan muchas de esas cosas, fui encontrando respuestas a las preguntas que tenía, que no había respondido ante mi formación académica, incluso en mi formación personal en el hogar. Eso fue lo que me motivó en particular a buscarlo. Pero tener esa motivación es muy difícil para una persona que incluso lo busca: navegar con toda la maraña de cosas ciertas, falsas, verdades, mentiras, medias verdades que hay sobre la historia de Guatemala es muy difícil.

Estudí en Liceo Javier²⁰⁸ que, irónicamente, tuvo un rol importante en todo el proceso histórico del país, pero no tuvimos una formación demasiado detallada sobre lo que había pasado en la

²⁰⁸ El Liceo Javier fue fundado por la Compañía de Jesús en 1952 en Guatemala. Los integrantes de esta orden religiosa católica son conocidos como “jesuitas”.

historia reciente. Había un tratamiento muy somero de la historia del país que incluía todas las épocas, la colonia, la época de las dictaduras militares, etcétera. Había como un sentido hasta cierto punto, crítico de todo eso, pero no recuerdo que hubiese un énfasis muy fuerte en todo el proceso de paz, y de cuáles eran los resultados de todo ello. Tengo recuerdos vagos de todo eso, entonces no podría decir qué me enseñaron y qué no. Recuerdo que uno de los años, el segundo de secundaria, y en el quinto grado de bachillerato se discutía cosas más de tema social. Yo no entendía mucho, era una narrativa más simplista: de los dos bandos del ejército contra la guerrilla. Después, sobre los Acuerdos de Paz, recuerdo muy claramente el libro de Santillana que utilizaban, que trataba todo el tema de los Acuerdos de Paz en una sola página, que además tenía una gran foto de la firma, la firma de Arzú, de Raquel Zelaya²⁰⁹. No recuerdo a los otros que estuvieron en ese podio famoso el día de la firma. Luego de eso, el tema lo abordé un poco más en la universidad y en libros, en literatura que ha buscaba por mi cuenta.

La historia reciente en la casa

Eso se hablaba vagamente en la casa. Recuerdo mucho que se abordaba, un poco más, como tema casual, en el caso de mis abuelos maternos. Es gracioso porque siempre hubo como esta simpatía súper distinta y marcada entre mi abuelo paterno, que era como súper derecho, pro militar, y todos esas cosas; y mi abuela que era un poco más como liberal y le gustaban los movimientos populares. Entonces se abordaba mucho como si fuera una pugna personal entre mi mamá y mis tíos. Mis tías no se pronunciaban mucho respecto porque había sido parte de una conversación un poco ajena pero sin informar, digamos, como sin decir esto fue lo que pasó, es lo que estamos viendo. Había mucho de los temores asociados con el tema y por eso mismo no había una participación muy volcada o muy consciente a enganchar con esos temas, especialmente porque que mi mamá y sus dos hermanos, que son mayores, estudiaron justamente en la época en la que todo eran un poco más violento y oscuro en las zonas urbanas, cuando fue el conflicto y la guerrilla llegó aquí a ciudad. Eso lo fui entendiendo después, pero no había esta cuestión de hablar claramente de lo que estaba pasando porque se sentía cierto temor.

En el caso de mi papá, él vivió una situación muy particular, que era la que yo recuerdo que se contaba, donde justamente por responsabilizar a esos actores específicamente, era que él tenía una postura un poco más radical contra los guerrilleros. En cierta ocasión que pasaba por la USAC, en situaciones que no son muy claras, él quedó atrapado en una balacera entre personas de un grupo que querían tomar la rectoría en los años 80. Él se tuvo que esconder y fue una situación un poco traumática, al punto que mi abuela decide enviarlo a vivir un tiempo en Estados Unidos, porque pensaba que como lo habían visto ahí, lo iban a perseguir o amenazar, y él no tenía ninguna una especie de participación ni nada. Fue una experiencia muy marcada por el miedo y el temor a que ese tipo de cosas siguieran pasando.

Al menos en mi generación, yo fui el primero de los nietos en ambos lados de la familia –nací en 1990– y nunca se abordaban esas temáticas ni de manera histórica ni de manera política. Nunca lo hemos discutido siquiera pero la parte de abordar los temas políticos está muy marcada por ese miedo, esa falta de claridad sobre qué había pasado en la época del conflicto; una

²⁰⁹ Los Acuerdos de Paz en Guatemala fueron firmados por parte de la URNG: Rolando Morán, Pablo Monsanto, Carlos Gonzáles y Jorge Rosal. De parte de la COPAZ: Gustavo Porras, Raquel Zelaya, Richard Aitkenhead Castillo y Otto Pérez Molina. También firmó el Secretario General de la Organización de Naciones Unidas, Boutros Ghali.

especie como de racismo casual también; o esta animadversión hacia los movimientos indígenas, los movimientos campesinos, marcada por toda la propaganda que se utilizó para legitimarla: que son perezosos, que están pensando sólo en cómo llegar al poder, no sé qué, no sé cuántas... Animadversión, incluso contra ciertas figuras particulares: todo tipo de historias que se contaban sobre el premio Nobel de Rigoberta Menchú, etcétera, y como que nunca nos terminamos de abordar directamente con ellos. En parte porque yo no tenía un conocimiento muy claro de eso hasta bien avanzada edad, entonces ya ni siquiera vivía con ellos cuando empecé como tener más lecturas, acercamiento con personas de movimientos sociales. Por eso decía que había sido como muy poco lo que había en ese frente. Algunas veces llegué a robarme los libros de mi casa, pero había poco o casi nada de historia, casi nada de Guatemala. Entonces fue bien poquito lo que vi entre colegio y universidad. Es después que ya tuve un interés en movimientos sociales y como la parte histórica, porque ya fui investigando por mi cuenta.

La escuela no me formó

Mi primera crítica desde el presente es sobre ese grado de superficialidad con el que se aborda la parte histórica. En mi colegio, que se autodenomina hasta cierto punto comprometido socialmente, por la línea religiosa de la Compañía de Jesús, y la preocupación de que todos los problemas parten de la historia del país, es casi una contradicción que no sea haya enfocado eso con más claridad o involucramiento. Al final no sé, por ejemplo, los jesuitas sufrieron situaciones súper violentas en contra de ellos, sobre todo en El Salvador, eso sí lo hablaban: asesinatos de varios sacerdotes. Pero era súper extraño porque nunca hacían la reflexión... entonces se me hace como súper falso, o sin las bases suficientes, porque incluso al salir de ahí uno ve las posiciones políticas, la visión ideológica o personal de mucha gente que salió de mi colegio y es, un poco como de esa masa de personas que no tienen una postura crítica o ni siquiera conocen la historia del país. Y me parece que se debe en parte, a eso.

El colegio Javier ha tenido varias etapas, algunas más distintivas que otras²¹⁰. En un momento el Javier —se sabía que era el colegio de la élite donde se formaban futuros presidentes del país²¹¹. Lo típico que nos decían era “Aquí se viene a estudiar”: entonces está ahí Óscar Berger, Eduardo Stein...; “...formamos los líderes del país...”; gente que salió y era directora de industrias... los Bosch²¹² estudiaron en el Javier. Tenía esa fama como muy industrial, muy de élite. Posteriormente, en los ochentas tuvo una participación más involucrada con los movimientos populares por la parte del servicio social y esas cosas... de eso no nos hablaban.

Yo me enteré de eso muchísimo después y creo que fue porque entró un ala un poco más conservadora y temerosa de la Compañía de Jesús, entró a elegir las instituciones del colegio en particular. En esa época no conocía muy bien quiénes estaban en la Universidad Landívar. Ya después el colegio quedó en manos laicas, y creo que ahí ya recuperaron un poco de su sentido

²¹⁰ La Iglesia Católica tras la caída de Jacobo Arbenz Guzmán a manos del Movimiento de Liberación Nacional, recuperó parte del poder que tuvo a la sombra de Rafael Carrera (Sabino, 2007). Es así que la educación religiosa privada emergió con fuerza a partir de 1955, año en el que se fundaron varios colegios elitistas para varones que de otra manera, habrían sido destinados a educarse en el Instituto Nacional Central para Varones o en la Escuela Normal para Varones. Su fundador, Toruño Lizarralde, lo llamó Liceo Javier para celebrar a San Francisco Javier, fallecido en 1552.

²¹¹ Dos de sus estudiantes ocuparon la primera magistratura del país: Óscar Berger (2004-2008); Ramiro De León Carpio (1993-1996).

²¹² Véase: Solano, 2016; Barrios, 2021; Cabria y Andrés, 2022.

histórico, pero ya no lo conocí, ya no estuve al tanto de como fue. Pasa entonces lo que le pasa a muchas personas, al no conocer la historia no sabes cuál es tu rol dentro de esa historia, y por lo tanto, no tienes una postura ni una definición muy clara de cómo reaccionas a ella, como la difundís, la divulgás, la comunicás a otros. Y sobre todo en un espacio de formación, creo yo, como en generaciones enteras de personas ahí conviviendo, o sea, no te tomas en serio eso, y casi te remitís a los mínimos que exige el currículo nacional.

La otra parte de mi historia educativa

Yo entré a estudiar en la Universidad Francisco Marroquín. Estudié periodismo, una carrera que está adscrita al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. La carrera en sí estaba mal concebida, estaba pensada para ser voceros por el liberalismo, una carrera de periodismo con todos los demonios, digamos... pero como estaba pegada a la carrera de ciencia política y relaciones internacionales, las clases de historia las recibíamos con esta señora, Regina Wagner²¹³, que sí abordó parte de todos estos temas en dos semestres. No era poco lo que se le dedicaba al asunto, lo que sí es que la carga de lectura era bastante escueta, ella compilaba su propia narración breve de la historia de Guatemala en un folletito de como capítulos: dos, tres páginas de la conquista, el rol de la encomienda, así como cada etapa de la historia del país, resumida, breve. Por aparte, nos asignaba libros y cada uno leíamos un libro distinto y presentábamos los argumentos principales al resto de la clase. Recuerdo que anoté un montón de esa lista para poder hacer más investigación. Yo leí el libro *El ascenso de las elites industriales en Guatemala*²¹⁴, pero esos sí eran libros de historia que han investigado personas profesionales. Ahí me quedé un poquito con esa primera espinita de ir leyendo un poco más, y sobre todo que por estar cerca de las mismas élites industriales de las que me tocó leer, como que fui abriendo un poquito los ojos, al ver cuáles eran las cosas que se decían de ellos ahí, empecé a desarrollar un postura crítica al respecto.

Debo reconocer que no recuerdo detalles de lo que nos enseñaban, pero sí recuerdo que era bastante balanceada esta señora, porque a ella tradicionalmente se le asocia un poco precisamente a la élite industrial, ella escribió la *Historia del café en Guatemala*, su familia era cafetalera, es decir, tenía esos vínculos. Las cuestiones de conflicto armado las abordaba con objetividad. Las distintas fases del proceso político que se fueron dando, los golpes de estado, hablamos de las elecciones... quizá lo que trataba con menos énfasis era la cuestión del genocidio. Pero entonces tenía ella como pugnas internas con otros historiadores de la Marroquín que eran mucho más negacionistas. Creo que ella era bastante moderada al respecto, pero los detalles se me van confundiendo con lo que aprendí allí y con lo que fui descubriendo.

No me acuerdo si Wagner utilizaba la palabra genocidio. Para tener otra perspectiva de la misma discusión había un curso, pero era para alumnos de segundo año y para alumnos de una sola facultad de la universidad. Pero en la universidad misma, tenían mucho más volumen y mucho más eco la postura, por ejemplo, de Carlos Sabino con su libro de conteo matemático, ahí, súper extraño en los últimos capítulos, para tratar de demostrar que el RHEMI era falso, y que lo que

²¹³ Wagner publicó *Los alemanes en Guatemala 1828-1944* (1996) e *Historia del café de Guatemala* (2001), entre otros.

²¹⁴ Traducción al español del libro *Power in Transition: The Rise of Guatemala's Industrial Oligarchy, 1871-1994* de Paul Dosal (1995).

pasó en Guatemala no era un genocidio realmente²¹⁵. Y sobre todo se le dio mucho eco porque – yo estudié en la universidad por el año 2013– coincidió con la discusión del juicio contra Efraín Ríos Montt. Entonces no solo era la parte académica, sino la parte también de proyección y esas otras formas para incidir en la opinión pública, sobre todo muchos comentaristas de la universidad, replicando ese mensaje en columnas de opinión, en opiniones en otros espacios como analistas y conferencistas.

La historia del conflicto armado y el tema del genocidio entre compañeros estudiantes se comentó muy poco. Yo lo he visto quizá más reciente, yo casi no estoy en contacto con personas del colegio Javier, no sabría decir como está eso. Contacto con personas de la universidad sí hay, digamos con un sector pequeño o minoritario de personas que lo discuten, lo entienden, sabe que pasaron ciertas cosas, abusos y demás, incluso se saben situar dentro de todo ese espacio, sea porque lo vivieron, sea porque tuvieron familiares involucrados, sea por cualquier cosa, y otras personas que tienen un poco más la perspectiva hegemónica: aquí no pasó nada, eso nos protegió de las amenazas del socialismo o qué sé yo, y simplemente pasan de largo de la discusión seria sobre las temáticas políticas.

Desde otro enfoque, no solamente los que están en el conflicto, sino la Paz, creo que ahí hay muchísimo menos discusión y sobre todo se remiten mucho a los lugares comunes de esos procesos. Se negoció una paz, pero no se implementaron los acuerdos, genial, pero ¿qué decían esos acuerdos? Eso no se discute mucho. Yo mismo no te podría explicar bien su contenido en forma muy detallada. Y sobre todo se habla de que fue un proceso de politización, lo cual es una ridiculez, porque claramente es una solución a un conflicto que es político, entonces ¿cómo no lo vas a politizar? pero lo plantean más como un choque bandos y no necesariamente como un acuerdo que se suponía, iba a sentar las bases para resolver las raíces de ese conflicto social.

La comunidad LGBT afectada por violencia y represión

En 2018 el Archivo Histórico de la Policía Nacional dio a conocer una investigación que hizo un equipo que trabajaba dentro del Archivo con apoyo de la campaña Libres e Iguales de Naciones Unidas, liderado por el Alto Comisionado de Derechos Humanos²¹⁶. Se trabajó un proceso de publicación de algunos resultados claves que básicamente eran los que están ahí disponibles: las personas LGBT también eran afectadas por esa violencia y represión policial.

La investigación muestra como, muchas veces en el formato de esos controles o encontronazos con las fuerzas policiales, hubo muchas detenciones de personas gais y transexuales principalmente, que las identificaban de forma peyorativa, por su orientación sexual, con términos como “huecos”... personas a las que les atribuían ciertas faltas al orden público o no portar sus documentos, portar la identidad de otra persona, algo “muy grave” en el caso de las personas transexuales, pues podrían estar usurpando la identidad de alguien más... todos esos procesos dentro de ese archivo, que como se sabe, tenía muchísimos más elementos interesantes de la historia del país, de cómo se gobernaba en efecto desde la policía.

²¹⁵ Se refiere a las obras de Carlos Sabino: *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989). Tomo I. Revolución y liberación* publicado en 2007, y *Tomo II. El dominó que no cayó*, en 2008.

²¹⁶ Véase: *La criminalización de la población LGBTI en los registros policiales 1960-1999* (2018).

Yo participé en el contexto de la campaña Libres e Iguales. Se consultó mucho a las organizaciones de la sociedad civil LGBT sobre cómo ir presentando esa investigación, comentando eso con los medios y con la sociedad en general. Ahí fue donde se abordó esta temática en espacios de opinión y en reportajes. Recuerdo que la primicia en medios la tuvo Nómada²¹⁷.

Uno de los esfuerzos que hicimos al inicio cuando yo fundé Visibles²¹⁸, fue crear esa discusión sobre cuál era la historia del movimiento LGBT en Guatemala, como para dejar beber de las aguas, digamos, de lo que se dice siempre sobre todo en Estados Unidos y otros mitos fundacionales del movimiento, que aquí no eran necesariamente los nuestros. Hicimos una serie de conversatorios con algunos líderes históricos del movimiento, también para los espacios de Orgullo, en 2018, cuando ya estábamos un poco activos, y se tocaron algunos de estos puntos del conflicto armado, pero también de cómo se vivía la vida social, política, cultural en la época inmediatamente posconflicto quizá, porque del conflicto, lo del Archivo solo tocaba algunos aspectos.

Pero aprendimos ciertas cosas, como que la primera marcha gay fue bautizada así por un periódico, cuando se hizo un funeral de una persona transgénero conocida en aquella época, en 1997. También supimos sobre la anécdota de “María Conchita”, que había atravesado el Parque Central cuando allí estaban todas las fuerzas policiales de seguridad, a finales de 1996. En los conversatorios con los líderes sociales, al tratar de documentarlo en un producto audiovisual, en un mini documental que hicimos, ahí justamente abordamos los dos temas, entonces fue una iniciativa de mediar esos hallazgos y hacerlos conocidos para la población LGBT, pero también para la población en general.

Un legado de violencia contra el movimiento

La conversación es bastante fuerte, porque la violencia estatal no siempre es... en este caso tenemos ejemplos de violencia usada a niveles extremos como es el genocidio contra poblaciones indígenas, pero no necesariamente todo es violencia a punta de pistola. Muchas veces se trata de legitimar eso con discursos, con narrativas que minimizan el sufrimiento humano e incluso lo justifican para ciertas personas. Ahí es donde entran todas estas narrativas raciales, la cuestión de cómo se construye la identidad indígena, como se le hace ver como el otro, como el enemigo, como amenaza, etcétera, y que se confluyen en muchas de esas capas narrativas: el enemigo que es comunista, pero al mismo tiempo es indígena, y los indígenas son los que van a hacer esa revolución (Cft. Cap. 2).

Esa forma de hacer al otro distinto, y por eso mismo ponerle en una mayor vulnerabilidad a la violencia, es un patrón que también se ha ejercido contra las personas LGBT, históricamente. No fue tan fuerte durante la época del conflicto como tal, al concentrarse en la mayoría de espacios en los pueblos mayas en particular, y de los movimientos guerrilleros y populares, pero también se ve ese patrón en ese tipo de esfuerzos donde la policía neutralizaba la posibilidad de exponerse abiertamente a las personas LGBT. Y ese es un patrón que se ve a nivel continental, en otros países de América Latina, donde por la tradición jurídica no siempre se ha criminalizado, por ejemplo, la homosexualidad como tal o la transexualidad como tal.

²¹⁷ Véase: *La persecución a homosexuales y el ‘álbum del terror’ de la Policía*. Disponible en: <https://nomada.gt/identidades/de-donde-venimos/la-persecucion-a-homosexuales-y-el-album-del-terror-de-la-policia/>

²¹⁸ Véase: <https://visibles.gt/>

De todas maneras, los edictos policiales, las leyes de orden público, las leyes de seguridad que permitían obtener ese control sobre la población durante las dictaduras militares, sí se usaban para restringir a las personas LGBT, porque al final estás dependiendo, no sólo de la policía que te detenía, además de poder hacer básicamente cualquier cosa contigo por el régimen de impunidad que existía, también podía usar entre todas sus herramientas, el prejuicio y el odio que seguramente tenía, porque no se discutía tanto estos temas. Entonces yo creo que esa manifestación histórica existió. No fue una corriente principal, pero estuvo ahí, estuvo marcando las interacciones de la comunidad con las fuerzas estatales y sobre todo, creo que más recientemente, es cuando empieza una replicación de los mismos patrones, contra otros grupos, y donde se marca muchísimo más el uso de eso desde prejuicios contra las comunidades LGBT como una herramienta de control.

Y no solo es crear esta visión de que la amenaza ahora es, por ejemplo, la famosa ideología de género, la comunidad LGBT que quiere imponer cosas, forzar cosas, etcétera, sino también usar el prejuicio contra otras personas LGBT, que siéndolo o no, son una amenaza contra el sistema. Pienso ahí, por ejemplo, en operadores de la justicia, en fiscales, en jueces, en abogados, como se les atribuyen, digamos, todas estas cargas negativas, epítetos, insultos que son homofóbicos o incluso sexistas contra las muchas mujeres que han figurado en sus espacios. Utilizando ahora todo este aparato de género, digamos, para crear esa vulnerabilidad.

Un régimen de violencia

Lo que vemos hoy es el legado fundamental de todo ese régimen de violencia, de negación, de exclusión, que está todo íntimamente ligado principalmente a lo largo de la historia, a la búsqueda de explotar a los pueblos indígenas. El sistema se basa en una distinción de raza que se crea y el desarrollo del Estado está basado en eso. Hay otro componente muy importante que es el ámbito sexual, a la diferencia entre hombres y mujeres, que se va creando de esta manera. Ahí ya empieza la superposición de cosas, porque no es igual ser mujer en Guatemala, que ser hombre. Eso sin olvidar la situación de las mujeres indígenas, y toda la violencia que les tocó enfrentar en ese momento.

Ahora lo que empieza a surgir o hacerse visible, esas nuevas formas, nuevas expresiones, nuevas formas de vivir género, ya no solamente el sexo, si no las orientaciones. Ahí vemos que también hay una confluencia de formas de violencia, de discriminación. Una debilidad importante es que ese sistema histórico de impunidad nos dejó una incapacidad total del Estado de proteger a toda la población, incluyendo a los que están en mayor vulnerabilidad. Se hicieron ciertos avances normativos, especialmente para poder combatir algunas formas de violencia contra la mujer. Pero no todas fueron materializadas porque no se dotó de capacidad institucional a las entidades especializadas en implementarla. Pienso por ejemplo en un Ministerio Público que no busca mujeres desaparecidas con todas las capacidades que tiene; un sistema judicial que no persigue efectivamente los casos de feminicidio y de violencia.

Falta incorporar absolutamente todas las protecciones que se pueden pensar contra personas de la diversidad sexual. No hay reconocimiento de que el crimen de odio existe, no hay reconocimiento de que pueda haber discriminación por esos motivos específicos, y claramente los hay. Entonces, fuera de este legado también tenemos el factor más agravante, ahora que se está tratando de regresar a ese sistema autoritario, hay una afrenta muchísimo más fuerte contra las

personas LGBTQ, siendo vulnerables, porque la agenda regresiva que se impulsa ha encontrado conveniente utilizarla como señuelo, como blanco de ataque y como forma de legitimar muchos de esos abusos.

Creo que han habido procesos que contribuyen a eso: el tema del juicio por genocidio, desde ese juicio hasta los múltiples que han venido después. Yo creo que eso ayuda para a en la palestra muchas de esas cosas que no se nos enseñaron en las escuelas: hay un juicio contra un militar o contra muchos. Hay victorias ganadas aunque se haya anulado la condena del crimen por genocidio. Hay otros casos que sí han sido paradigmáticos y emblemáticos, como el de las mujeres de Sepur Zarco²¹⁹; más recientemente con las mujeres achi²²⁰; el hecho de que estén tratando el tema del Diario Militar que está en proceso²²¹. Todo eso creo que nos dan esta cuestión de que si antes podíamos tener la cabeza escondida y no ver, no oír, no hablar, ahora es más difícil, y a lo mejor hay más gente haciéndose esas preguntas y creo que este es un momento crítico para retomarlas.

4.7 ¿Cómo hubiera sido mi relación con mi abuelo?

Soy Juana Chivilin Aspújay. Tengo 31 años de edad (1991). Estudié psicología en la Universidad Mariano Gálvez, en Sololá. Soy Directora de la Escuela Puerta Abierta, en Santiago Atitlán, Sololá, de donde soy originaria. Soy maya zutuhil.

Tengo familiares desaparecidos

Yo nací en 1991, en los primeros años después del conflicto armado interno. Pero las personas que más vivieron el conflicto son mis padres y mis abuelos. En mi historia familiar tengo un abuelo y un tío desaparecidos, y... también tenía un abuelo que fue víctima de un intercambio de balas, en esa época, como mi familia más cercana. Con mi familia un poco más lejana, tengo más familiares desaparecidos o que fallecieron en la época del conflicto armado. Esa información es algo que mi familia no comparte mucho. Tengo un poco de la información, después de varios años en que mi papá ha tenido como la apertura de hablar de esos temas, he logrado saber un poco más de cómo se dio este proceso.

Mi abuela y mi abuelo eran personas que apoyaban a la guerrilla, entonces estuvieron muy involucrados en este proceso, pero lamentablemente es mi abuelo quien desapareció, pero no sé detalles ni la fecha exacta. Pero una vez que él desapareció, mi tía también. Nunca se encontraron sus cuerpos. Nunca se supo exactamente dónde fue que cayeron. A veces mi papá piensa que fue en Chimaltenango, que está a unas horas de Santiago Atitlán, pero básicamente no hay

²¹⁹ Entre 2011 y 2016, quince mujeres buscaron justicia en tribunales guatemaltecos. Según ONU MUJERES “Este caso sin precedentes concluyó con la condena de dos ex militares por delitos de lesa humanidad y la concesión de 18 medidas de reparación para las sobrevivientes y su comunidad. Véase: <https://www.unwomen.org/es/news/stories/2018/10/feature-sepur-zarco-case>

²²⁰ Véase: Cinco ex patrulleros de defensa civil fueron condenados. Disponible en: <https://www.agenciaocote.com/blog/2022/01/24/caso-mujeres-achi-la-condena-llega-40-anos-despues-de-los-crmenes/>

²²¹ En este caso se vinculó a más de una docena de militares y policías retirados y se basó en el documento conocido como Diario Militar o el “Dossier del Escuadrón de la Muerte”, que registra operaciones de vigilancia que terminaron en la detención ilegal de 195 disidentes políticos durante la dictadura de Óscar Mejía Víctores (1983-1986). Véase: <https://www.wola.org/es/analisis/diario-militar-vincula-conflicto-armado-guatemala-redes-criminales/>

una noción de cómo fue que ellos cayeron. Y cuando hablo con mi papá acerca de esto, tal vez él sabe, pero creo que es algo tan duro, y él nunca tuvo como acompañamiento psicológico para hablar de sus emociones. Y creo que eso se debe también que él no puede conectar sus sentimientos, hasta el momento. Esto ha pasado igual con mi abuela, porque cuando hablo de estos temas con ella, prefiere evitarlos hasta hoy. Ella tiene ahora 72 años de edad y seguimos como en una conversación a oscuras sobre ese tema.

No sé en que organización de la guerrilla militaban, pero sé que sé que era el movimiento más cercano a Santiago... Yo armé el rompecabezas poco a poco. Yo tengo 31 años, mi padre siempre ha vivido con nosotros y creo que hay momentos en que se puede abrir la conversación, en que nos puede contar un poco de su infancia y su adolescencia, entonces son en esos momentos en los que él puede comunicarnos alguna historia que él vivió. Una vez me contó que él, siendo un niño llevaba como la comida para la guerrilla y tenía que engañar como a los militares para que no encontraran la comida. Es una persona muy inteligente y cuando escuchas esas historias es como de película, uno piensa, ¿será que esto es real? pero en el fondo sabemos que es así.

Son como momentos especiales en los que hemos logrado hablar de este tema, sólo con mi papá, con mi abuela no. Tengo otro tío que él sí está vivo, pero él era mucho más pequeño en esta época, tal vez tenía como seis y ocho años cuando él ya estaba participando, y mi papá tenía como 12 años cuando ellos hicieron todo esto. Mi tío es un poco más abierto al tema, pero no mi papá. Definitivamente no es un tema que se hable como con tanta libertad en nuestra familia. Hay un momento cuando estamos cenando, y de pronto hablamos de algo, sale una conversación, escuchamos nada más.

No es lo mismo hablar de Paz que del conflicto armado interno

Definitivamente creo en lo importante que es para las nuevas generaciones saber lo que pasó durante el conflicto y conozcan esa historia. No sé si recuerdas el dicho, pero no hay que olvidar la historia para que no se vuelva a repetir. Por lo tanto, todas las generaciones actuales y las que vienen, deberían de conocer cómo es que se iniciaron estos conflictos, cómo es que nuestros antepasados fueron engañados y utilizados, pero sobre todo para que nosotros no volvamos a caer a en eso.

En todo el proceso educativo no se habla sobre la historia del conflicto armado. Es un aprendizaje por mí misma. De hecho, hasta el momento en el currículo guatemalteco no se incluyen esos créditos. Hablar del conflicto armado, no, no se menciona. Hay una página en todos los libros que hablan sobre los Acuerdos de Paz, pero no habla del conflicto armado. Hablar de los Acuerdos de Paz es una cosa muy diferente a hablar de conflicto armado. Creo que no les conviene definitivamente.

En Santiago Atitlán hay muchas familias con historias de involucramiento en la insurgencia y de desapariciones. De hecho, en Santiago Atitlán hay un parque que se llama el Parque de la Paz, que es ahí donde estuvo uno de los destacamentos militares más grandes. Es ahí donde hubo muchas retenciones y donde hubo una masacre de 13 personas. Hasta el momento, los llamamos los 13 Mártires de la Paz y cada 12 de diciembre hay una celebración en torno a este momento pero incluso esa celebración se está perdiendo. Ahora cada vez es menos.

Los jóvenes no hablan mucho

Muchos ya no saben qué es eso. Cuando uno les pregunta qué saben del conflicto armado sólo dicen: No, no sé nada, y no están interesados. Otra cosa que impide que eso quede es que no hay libros que hablen sobre el conflicto armado. Es más como una información que se ha transmitido de generación en generación, pero de forma oral. Y como es un tema muy sensible para las personas que lo vivieron o para los hijos de las personas que estuvieron 100% involucradas en esto, entonces no es algo que es fácil de transmitir a otros.

En mi experiencia como directora de escuela, hacemos algunas actividades. Estamos muy cerca del parque de la Paz. Lo que he visto que algunos niños hacen es hacer un paseo para conocer el parque y hablar un poco del tema. Cada vez que hay una celebración normalmente siempre recordamos un poco qué es lo que se está celebrando. La mayoría de mis compañeros que tienen familiares que estuvieron viviendo esta época también, la mayoría conoce, pero como no está en el currículum, eso es algo aparte que se tiene que hacer.

Sabemos que es un genocidio

Creo que el juicio por genocidio nos dio la oportunidad por lo menos que hablar de ese tema, de que hubo un genocidio y que sabemos que es un genocidio y que fue condenado como tal. Eso fue un gran avance para todas las comunidades y todos las víctimas. Sin embargo, pues me imagino que sabrás que no llegó a mayor cosa porque el señor (Ríos Montt) tuvo buenos tratos hasta el último día de su vida. Por lo tanto, justicia en sí no hubo, pero por lo menos se supo que hubo un genocidio.

Y hasta el momento hay necesidad de decirlo porque hay quienes no lo creen o lo niegan. Esto solo te lo informan porque estamos en las redes sociales, tenemos acceso a la tecnología y sólo tenemos acceso a la información por medio de internet. Pero las comunidades que realmente fueron afectadas y cuyos familiares fueron desaparecidos, imagino que no... hasta el momento muchos no saben de este tema porque hay muy poco acceso a la información en las comunidades rurales.

Hace un mes estuvo aquí un grupo que estaba realizando pruebas de ADN para buscar a los familiares desaparecidos. Yo intenté hacer la búsqueda pero no tuve la oportunidad de hacer mi prueba de ADN. Pero creo que algunas familias están conociendo este tema también, porque una parte de la información es que no sabemos qué es un ADN. Es decir, una prueba de ADN, es algo que las personas que han estudiado un poco entendemos, pero las personas que no han tenido una educación académica o que no tienen acceso a la información desconocen. Por lo tanto no creo que hayan sido tantas personas que hayan hecho su prueba y tal vez tampoco pueden ver cuáles son los beneficios de encontrar a los familiares.

El significado de encontrar a los desaparecidos

Creo que tiene mucho significado encontrar a los desaparecidos. Yo estudié psicología y entendí muchas cosas. Al final siento que es una forma de cerrar un ciclo en mi vida porque siempre he tenido la necesidad de tener un abuelo. Siento que tengo un espacio vacío que siempre he intentado llenar, como de darle un rostro porque ni siquiera tengo una fotografía de él. Igual con mi tío, es como tengo una historia fantasiosa de cómo habría sido nuestra relación con él.

Soy la nieta mayor de nuestra familia, por lo tanto, ha caído en mí como mucha responsabilidad y en algún momento de mi vida he querido saber ¿cómo hubiera sido mi relación con mi abuelo? Qué lindo hubiera sido prepararle una taza de café y que me contara todas las historias que él ha vivido. O qué lindo podría ser que yo pudiera compartir los logros que he tenido a lo largo de mi vida. A veces, siento que son como gestos muy sencillos que hacemos, como llevarle flores al cementerio, pero por lo menos sé dónde está. Y en el momento de saber que no sé si realmente fue como asesinado o a veces pienso y ya hemos hablado con mis hermanas –yo tengo tres hermanas más, dos que son mayores y una que es pequeña– y a veces hacemos como historias fantasiosas de decir: Bueno, tal vez nuestro abuelo tuvo una caída, se golpeó la cabeza y perdió la memoria, pero capaz que se fue del país. Tal vez está en algún otro lugar en donde se refugió, pero sigue vivo... ¿entiendes? esas cosas son como...

Otra cosa que nos ayudaría a cerrar esta historia es también reconocer tu memoria. Siento que eso es algo muy importante que hasta el momento es como si él no hubiera existido, pero él existió, igual mi tío, él estuvo en esta tierra, tuvo un trabajo muy grande en la comunidad. De hecho, ellos eran... él era como un líder comunitario, y a eso se atribuyen muchas cosas que están pasando en nuestra comunidad hasta el momento. Es como una forma de preservar su memoria y... la otra cosa es como, bueno, qué lindo sería darle cristiana sepultura, como todas las personas merecen. Y en este caso no es posible hacer eso.

La cadena infinita

Tendríamos que regresar tantos años atrás, pero toda la historia está como encadenada... La falta de oportunidades ha iniciado desde antes y es lo mismo que estamos viviendo en la actualidad. En algún momento, como lo que pasó en la Conquista de España, donde fuimos engañados, pues es lo mismo que pasó en el conflicto armado también, y es lo que está pasando actualmente. Es una cadena que se repite por nuestra falta de educación, por nuestra falta de seguridad en nosotros mismos. Básicamente, hablando de las mujeres, veo que hay mucha depresión, mucha ansiedad. En Santiago, específicamente, hice una tesis sobre estrés postraumático en víctimas e hijos de víctimas del conflicto armado interno, y la mayoría de personas mostraron síntomas de ansiedad y depresión debido a este tema.

Eso fue súper interesante para mí también, porque entendí que las cosas que nosotros estamos viviendo en nuestra familia, otras familias lo estaban viviendo. Eso es como en el plano superficial. En el plano un poco más profundo, siento que hay tantas familias que vivieron el conflicto armado, que no recibieron atención, que no tuvieron la oportunidad de cerrar los ciclos con sus familias, y hasta el momento viven como en una nube. Como hubieron tantas desapariciones y tantas violaciones, hay muchos hijos que no tuvieron un padre, muchos hijos que fueron desaparecidos también. Eso hizo que el nivel de pobreza en la comunidad creciera. Realmente hay tanta pobreza, por lo tanto también hay muy pocas oportunidades de una buena educación.

Y si no hay una buena educación, la verdad tenemos poco pensamiento crítico para debatir o analizar todas las situaciones que están pasando en el país. Sería importante reconocer la importancia del tema y el impacto que tiene en nuestra vida actual, aunque nosotros no lo hayamos vivido directamente, en cómo las historias se transmiten en nuestros cuerpos por generaciones y de cómo el conflicto tiene otra forma de verse actualmente. Desde mi punto de vista, estamos en un conflicto no armado, tal vez no con armas, pero de otra manera. Seguimos luchando y definitivamente los pueblos indígenas somos los que quedamos como en el fondo.

4.8 Lo que hoy se vive son asesinatos

Mi nombre es Mónica Estefanía Chub Caal y tengo 30 años (1992). Nací en San Pedro Carchá, Alta Verapaz. Soy maya hablante Q'eqch'i. Soy una mujer trans y activista de DDHH.

Desconocía la historia del conflicto armado interno

Cuando yo me enteré de esta situación del conflicto armado, fue cuando me fui involucrando en espacios de participación, porque realmente mi familia, puede ser que sí conocían, pero no se hablaba de estos temas. En cuanto empecé a involucrarme tuve 24 años de edad. Fue ahí donde yo me di cuenta de que sí existió el conflicto armado y que es una historien larga. A lo largo del tiempo, es una historia que indigna bastante hablar de ella porque cómo sufrió, cómo fue reprimida nuestra comunidad, nuestra población indígena. Y así es como yo me enteré sobre la existencia de lo sucedido con el conflicto armado.

Hasta esa edad yo desconocía que realmente pasó un conflicto armado. Quizá lo mencionaron en la escuela, pero no presté mucha atención. En las comunidades enfrentamos situaciones económicas muy adversas, eso me obligó a que abandonara los estudios y me dedicara a trabajar. Puede ser de que sí yo me hubiera enterado, pero la economía precaria que yo tuve, limitó el que yo me enterara de toda esta situación. Yo dejé la escuela siendo una chiquitilla, tenía 12 años. A esa edad empecé a trabajar en actividades con comerciantes y me tocaba viajar en los municipios de Alta Verapaz.

Estos temas en el sistema de educación casi no los abordan. Yo lo veo con mis sobrinos. Uno de ellos ahorita está en quinto grado de primaria, si no estoy mal, y a veces hemos revisado las tareas que hace o de lo que él está hablando, y entonces no le están abordando estos temas. El sistema de educación no le da prioridad a que la enseñanza tiene que ser inclusiva en el aspecto de que sí tendrían que hablar de estos temas para que la niñez vaya aprendiendo desde la temprana edad.

A los 24 años empiezo a involucrarte en organizaciones campesinas e indígenas. Allí me enteré de lo sucedido, de cuántas desapariciones hubieron y que hoy en día no han aparecido la mayoría de cuerpos, sólo han estado encontrando, poco a poco. No recuerdo en dónde pero sí encontraron una fosa con varios cuerpos de desaparecidos durante el conflicto armado. Acá en Cobán, a la par de la Iglesia Católica, está el convento Santo Domingo, y ahí hay un altar específicamente de todos los nombres, de todas las personas desaparecidas durante el conflicto armado, incluso tienen algunas fotografías ahí.

La historia de mi comunidad

Una se va dando cuenta todas las situaciones que pasaron años atrás, porque en ese entonces, en el caso mío, yo no había nacido. Durante todo ese tiempo hubieron tantas desapariciones de mujeres, de niñez, de juventud, de adolescencia, de adulto mayor. Si se piensa, fue una desaparición de muchas personas que a lo largo del tiempo hay compañeras y compañeros que han estado reclamando los cuerpos, aún siguen buscando los cuerpos de sus desaparecidos. Si nos damos cuenta, fue situación de años atrás, pero los familiares aún no se han olvidado. Es una situación tan histórica que a lo largo del tiempo para mí es muy importante que se siga haciendo

visible. Hoy ya casi la mayoría de personas conocemos de lo sucedido con el conflicto armado, es algo histórico que se tiene que seguir visibilizando para que la sociedad y las nuevas generaciones vayan aprendiendo.

No hablé de eso con mis padres

Todavía no he tenido esa dicha de hablar con alguien y preguntarle. Sí conozco, por ejemplo, tengo una amiga que la mamá fue parte del conflicto armado. Pero ese tema de las desapariciones de todas las mujeres a mí me da así como que... tal vez no pena, pero sí como que volverle a recordar, traer nuevamente a su pensamiento esa historia dolorosa, y prefiero abstenerme, por lo mismo, porque estaría volviendo a recordarle a la compañera, nuevamente lo sucedido. Hacer eso sería un poquito difícil porque volveríamos a lo mismo de antes, a pesar de que pueda ser que ya superaron emocionalmente toda esta situación, volverlo a tocar siento yo de que es como hacer sentir mal a la persona al recordar toda esa situación tan dolorosa.

Yo he socializado con muchas personas, y he escuchado que durante el conflicto armado, sus papás desaparecieron, hay compañeras mujeres que desaparecieron a sus esposos o los asesinaron. Poco a poco he ido conociendo compañeras y al escuchar este tema, hablar este tema es muy indignante porque es una situación tan dura que a lo largo del tiempo nuestras comunidades la enfrentaron. Esta situación yo la veo como que es la misma situación que pasa hoy en día en cuanto a los asesinatos de nuestras comunidades: que detengan a tu papá, a tu mamá, o a tu hermano a temprana edad, por ser defensor de derechos humanos. Tal vez años atrás fue el conflicto armado, pero hoy en día se vive lo que son los asesinatos²²². Entonces realmente nuestra comunidad indígena está vulnerada en muchas situaciones, en estos aspectos.

Como persona transexual

El conflicto armado incidió en términos de generar un legado de violencia e intolerancia hacia la diversidad sexual. Digamos en este aspecto me ha venido a la memoria, o sea, yo me pongo a retroceder, así como que quisiera vivir todo ese tiempo. Durante el conflicto armado hubieron compañeros y compañeras de la comunidad que también desaparecieron. No podemos decir que sólo mujeres y hombres, porque también en esa época existían nuestras compañeras y compañeros. Durante ese tiempo puede ser de que varias compañeras y compañeros también fueron desaparecidos. Pero conociendo nuestra sociedad, es un poquito difícil de decir si fue parte de la comunidad, porque como aún hay mucha intolerancia en ese aspecto, hablar de este tema en nuestra comunidad indígena es tan difícil y no se te reconoce tu identidad o tu orientación, para la gente tú sigues siendo un hombre o sigues siendo una mujer.

Creo que a nuestra comunidad indígena, todavía le falta mucho informarse en este aspecto. Eso es parte del trabajo que tenemos que hacer, informar a nuestra comunidad, a nuestra sociedad, de nuestra existencia, para que la intolerancia se vaya poco a poco. Y como siempre lo hemos dicho: buscamos que se nos acepte, aunque eso está muy lejos de llegar, pero que realmente se respete la existencia de la persona. Considero que en nuestra memoria histórica, sabemos que hay compañeras y compañeros que fueron sí desaparecidos.

²²² Según Naciones Unidas, en Guatemala se han registrado 39 asesinatos y 884 ataques contra defensores de derechos humanos entre 2017 y 2018. Véase: <https://www.reuters.com/article/delito-guatemala-onu-idLTKCN1SR29P>

Me he ido enterando de estos temas

Antes de la pandemia las organizaciones donde participo hacían muchos talleres de esto. Más cuando se conmemora el día del conflicto armado, se hacen muchas actividades. Con la pandemia las actividades poco a poco se han ido reactivando, se habla y se dialoga sobre el conflicto armado interno, y hacen actividades en memoria de todas las personas desaparecidas.

Lo que a mí me gustaría saber cómo fue que sucedió esto, porque sabemos que hay veces que en las redes sociales nos difunden informaciones, pero considero yo que es muy importante escucharlo, a las personas quienes vivieron en esa época, quienes vieron o escucharon qué fue realmente lo que sucedió en esa época. Ahí es donde una tiene que aprender, nos han informado un poco, pero sí hay llegar hasta lo más profundo del tema para poder conocer lo sucedido. No podemos decir de que no hubo conflicto armado, porque sí hubo conflicto armado.

Escuché la palabra genocidio

Durante el conflicto armado sí hubo genocidio. Para mí el genocidio es cuando el Estado, porque ahí sí meteríamos al Estado, desapareció a todas las personas en ese tiempo. Un ejemplo doy: yo hace poco estuve fuera del país y fui a un lugar en donde hubo genocidio contra la niñez. O sea, la niñez fue desaparecida y hoy en día, poco a poco, han ido encontrando sus cuerpos. Si nos damos cuenta es lo mismo que pasó con nuestro conflicto armado, que desaparecieron toda nuestra gente y que poco a poco los han ido encontrando. Eso es un genocidio, aunque dicen que no hubo genocidio, pero sí, porque cuántas compañeras, cuántos compañeros desaparecieron. Hasta niñez desaparecieron en esa época, es una situación que, en este caso, yo veo que el Estado de Guatemala no le da mucha importancia. Es nuestra propia gente que ha estado luchando para encontrar los cuerpos de sus familiares. Es una situación que hoy en día se ve, se escucha, se visualiza.

Este tema hay que seguir abordándolo y hablándolo para que las nuevas generaciones vayan aprendiendo y vean esas situaciones que enfrenta nuestra gente en las comunidades, para que ellos vayan fortaleciendo sus capacidades y su conocimiento, porque indigna bastante ver, escuchar todo esto, lo que sucede, como nuestra gente es asesinada, es perseguida, es desaparecida. Es muy importante que sigamos visibilizando todas estas situaciones que enfrentaron nuestras abuelas y nuestros abuelos años atrás. En el caso de ellos podemos decir que ya son nuestras ancestralidades que desaparecieron durante ese tiempo. Entonces pues hay que ir aprendiendo mucho más de esto.

COROLARIO CUATRO: Todos los relatos que recopilé para esta investigación tienen una relevancia crucial al pensar el vínculo que existe entre memoria e identidad pero también entre memoria y acción. Desde ellos podemos tener más claras las disyuntivas a las que los procesos de memoria nos enfrentan desde las ciencias sociales, la historia y la hasta la filosofía. Los aportes que recupera Feierstein los abreva de Bergson (2006; 2007) y Freud principalmente, sin dejar de lado la noción de filosofía de la historia de Walter Benjamin (1971) al intentar una diferenciación y una articulación entre

historia y memoria “así como la interpelación frente al estatuto de testimonio como fuente para la reconstrucción histórica” (Feierstein, 2012: 91-94).

Yo intentaré razonar desde uno de los aportes de Bergson, de acuerdo con la línea propuesta por Feierstein, puesto que me permite profundizar el análisis de las prácticas sociales genocidas en su fase de realización simbólica: la ausencia y su implicancia filosófica “en términos de los procesos de consciencia y memoria” porque sería justamente la memoria la que faculta su potencia: “la ausencia de un *haber sido*, de un *ya-no-presente* (en la forma de duelo, melancolía o herencia), pero incluso también de un *aún-no-presente* (en la forma de esperanza o expectativa)”.

Entonces, se podría proponer que, existiendo la memoria como construcción de la presencia de lo ausente, lo destruido persistiría al modo de un hueco en el presente. La memoria permite que su destrucción no implique necesaria ni inmediatamente su desaparición del ámbito de la consciencia (Feierstein, 2012: 94).

Los relatos de “Roxana”, Libertad y Gilberto son a mi juicio en los que más se expresan los límites de esa potencia de la ausencia. Dice Feierstein que “La desaparición de lo destruido en un genocidio, incluso de la posibilidad de su recuerdo, requeriría un momento más” ya que en la abolición o destrucción de una relación social no alcanzaría sólo con destruirla, con eliminarla

pues la memoria permitiría sostener cuando menos su valor en el presente. Para hacer efectivo el terrible proceso de desaparecer un existente se requiere también que su ausencia –que implica, como se ha visto, aún un modo indudable de presencia, a través del vacío de lo que estuvo allí– sea reemplazada por otra presencia, en modalidades de percepción y representación de la ausencia que buscan borrar definitivamente su rastro instalando otra cosa en su lugar (Feierstein, 2012: 95).

En la perspectiva de Groppo perder la memoria equivaldría a perder la identidad pero no solamente eso, incluso implicaría dejar de existir:

La identidad de un grupo social, en efecto, es indisociable de su memoria, porque es precisamente por intermedio de esta última que la identidad se construye y se transmite. La identidad no es una esencia inmutable, determinada de una vez y para siempre, que se

transmite idéntica de una generación a otra, sino una construcción social y cultural; dicho de otro modo, el producto de un proceso histórico que se apoya sobre la memoria y que, como la memoria, funciona dentro de ciertos marcos sociales (Grosso, 2002: 190).

Por esta razón Grosso afirma que el trabajo ininterrumpido de la memoria modifica continuamente la identidad y que ninguna forma de identidad se preserva para siempre en el tiempo sin mutar. Es decir, en tanto construcción cultural, efectivamente presenta aspectos estables y otros mutables. En el nivel social, por medio un determinado tipo de memoria o de relación selectiva con el pasado, “se dibuja un cierto tipo de identidad colectiva”. Se trata pues, de un trabajo de transmisión de las políticas de la memoria para forjar esa identidad particularmente nacional en correlato con su sociedad.

En esta línea, lo que Jelin considera es que, cuando prevalece el silencio y la ausencia de espacios sociales de circulación de la memoria (mecanismos necesarios para la elaboración de las experiencias traumáticas) las víctimas pueden verse aisladas y encerradas en una repetición ritualizada de su dolor, sin elaboración social. “En el extremo, este poder puede llegar a obstruir los mecanismos de ampliación del compromiso social con la memoria, al no dejar lugar para la reinterpretación y la resignificación —en sus propios términos— del sentido de las experiencias transmitidas” (Jelin, 2002: 62).

La percepción del modo del funcionamiento del recuerdo de lo ausente es otra forma en que Feierstein denomina a la *realización simbólica de las prácticas sociales genocidas*, es decir, el espacio de construcción y representación mediante el cual “se busca llenar el hueco de la ausencia con un nuevo sentido y los modos en que dichos sentidos se vinculan con la necesidad de acción, a través de su articulación en nuevos entramados de relaciones sociales”. Podría decirse que eso que destruye la práctica social genocida deja una ausencia perceptible de la cual debemos ocuparnos cuando interpretamos el presente porque en esa ausencia pervive lo que no pudo ser. En otras palabras, puede ser pensada como una constelación de diversos métodos de representación cuya propensión es ocupar ese vacío

desapareciendo simbólicamente lo que había sido destruido materialmente y llenando la ausencia con otra presencia distinta que borra incluso sus huellas en tanto ausencia, inter-

pretaciones que logran desvanecer sutilmente la presencia de lo ausente, clausurando las posibilidades de su elaboración (Feierstein, 2012: 95).

A resultas de esta formulación Feierstein volverá sobre un concepto desarrollado por Halbwachs que es el de *marcos sociales de la memoria*, que abordé en el capítulo anterior. Estos marcos pueden ser entendidos como dispositivos que posibilitan afianzar los recuerdos, otorgarles un sentido articulándolos con componentes que se presentan características más invariables. Al proponer los relatos como claves analíticas, se puede observar cómo desde su lectura cabe la posibilidad de examinar los tipos de sentido que se articulan en la memoria de las experiencias genocidas.

Los marcos sociales resultan así puntos de referencia que, contruidos en instituciones sociales como la familia, los grupos religiosos o las clases sociales, entre otros, permiten precisamente servir de estructura de asimilación de las experiencias personales. Éstas se inscriben como memoria –en un trabajo de reconstrucción creativa guiado por la imaginación– al ocupar un lugar referenciado, limitado y guiado dichos marcos, al articularse con modalidades de comprensión y construcción de sentido que provienen de la experiencia del pasado histórico sedimentada como *historia en común*, como *historia colectiva* (Feierstein, 2012: 97).

Uno de esos sentidos sería poder equiparar las políticas de la memoria –siempre que busquen orientar la evolución de la sociedad– como sugiere Groppo, con las políticas económicas por la importancia que su rol pueda tener. No hay por qué negar que en los relatos que hemos leído no hay un sentido unívoco: piénsese en lo expresado por Emil por ejemplo, puesto que resulta muy contrastante con algunos de los pasajes en el relato de Roxana y Gilberto. Pero aún más, si recordamos lo expresado por César en el capítulo anterior, porque como dice Feierstein, no es el *olvido absoluto* la fórmula más efectiva para la realización simbólica.

La memoria, por lo tanto, en sus diferentes dimensiones, no debe ser reducida a un mero recuerdo o evocación, es también trasiego, conmoción, inquietud y acción. En la forma de narrarnos ese tiempo de la historia. La historia en las tramas de ese tiempo vedado y revelado, en tanto en cuanto se rehúsa a ser solamente historiografía, provee permanentemente posibilidades de organización. Es por eso que los relatos en tanto narratividad

o, dicho más técnicamente, como historia oral, son también, como argumenta Quintar, “un desafío al tiempo del olvido”

Una constatación empírica de esto nos la dan nuestros pueblos originarios a lo largo y ancho de toda América Latina; aún hoy siguen luchando por el reconocimiento de lo que son desde sus cosmovisiones ancestrales y cosmovivencias que se historizan pero en relación a sus propios modos de comprender la relación con la vida y desde otras claves de pensamiento muy diferentes a las modernas y occidentales (Quintar, 2015: 376).

La narratividad del presente contiene el significado de esas diferentes formas de ejercer el pasado y el futuro. Hacen posible que el sujeto histórico no se niegue a sí mismo sus posibilidades de transitar hacia un sujeto político, o dicho de otra manera, es justamente en esas diferencias donde reside la potencia de la memoria para expandirse en historia al develar sus propios principios para organizar su acción política. Por supuesto que no es una tarea simple:

Narrar el horror en el marco de estas políticas de Estado no es sencillo, porque resulta inverosímil, porque lo relatado no encuentra eco ni registro, ni códigos en la organización simbólica del imaginario social colectivo, no hay referentes de comprensión para absorber lo que se narra (Quintar, 2015: 378)

Esta autora lanza preguntas que me parecen pertinentes de hacerse respecto a la memoria colectiva cuando ésta aparece “entrampada en la violencia social y las experiencias traumáticas”. Son preguntas cruciales porque son una forma de interpelar en el presente lo que denomina “locura social” y que quienes investigamos enfrentamos porque atraviesa “la vida cotidiana en términos subjetivos y colectivos de los pueblos enteros con bases políticas y efectos psico-sociales que aún no podemos descryptar”. Además, considero que Quintar (pág. 379-384) propone una serie de términos a profundizar en el marco de lo que he llamado una epistemología posgenocida o la necesidad de un nuevo relato en el posgenocidio guatemalteco.

5. Usos de la memoria en el presente

Desde el presente de nuestros relatos, las palabras del historiador alemán, Reinhart Koselleck, me parecen adecuadas cuando dice que la memoria, si bien recoge la experien-

cia acumulada de dolor y esperanza, también condensa horizontes. Es una forma de pensar que lo que fue, lo que es y lo que podría ser, se conjuga en la memoria a modo de instrumentos para diferentes fines. En los relatos hemos visto que esos fines a veces apuntan al esclarecimiento de la historia, otras al diagnóstico de un tiempo e incluso a la comunicación de expectativas o deseos. En mi caso, podría decir que, modestamente, esas expectativas se vinculan con la idea de lograr cierta movilización. Quizá, con mucha suerte, avocarme al aparato conceptual provisto por Feierstein en diálogo con los relatos, me permita inducir o atisbar algunos elementos de una epistemología que se propone aportar una mirada crítica sobre lo que podría llamarse un presente postgenocida en Guatemala. Una propuesta de lectura desde esa perspectiva debe incluir la idea de que la memoria es también una práctica social y política que experimenta tensiones en la sociedad y sus agentes. No es una tarea simple por cuanto es una tarea política.

En años recientes, cabe advertir, se ha desarrollado en el campo académico, una suerte de mapa de circunspecciones discursivas, muchas de ellas de orden colectivo y otras con características más bien históricas y geográficas. Algunos trabajos se han decantado por abordajes culturales en el estudio de la violencia, y en mi caso, el intento va por la dimensión política de la memoria en un contexto de trauma social que los relatos nos han revelado. Este recorrido permite hasta cierto punto niveles de comprensión en la dinámica del tejido social con sus tensiones y sus disgregaciones. Visto está que la memoria es un concepto amplio que atraviesa aspectos sociales, históricos, biográficos y un largo etcétera. No estaría de más dar cuenta de lo que algunos llaman la *narrativa transicional* que cada vez ocupa más el espacio de debate sobre la violencia masiva estatal del pasado reciente como hemos visto en las consideraciones finales del capítulo anterior.

El presente, por lo tanto, es una puerta de oportunidad porque la producción, podría decirse, de memorias públicas, revela su naturaleza eminentemente política pero también simbólica, para estar acorde al vocabulario que he propuesto. La sustancia de las luchas es cambiante y contiene no solamente silencios y olvidos sino, desde mi aprendizaje, propugna por su carácter reconstructivo y transformador. Esa es la gran tarea desde el presente, esa es la gama de los usos de la memoria de los vivos que aún imaginan posibilidades en un futuro diferente, contenidos en el horizonte que condensa. Eso es lo

que el espectro vital y biográfico de estos relatos me ha enseñado dada su vocación comunicativa.

Es precisamente esa vocación la que me permite articular el desarrollo que he venido planteando con términos que Assman (2008) ha propuesto: *memoria comunicativa* y *memoria vinculante*. Según Feierstein (2012), el primero “es un modo de comprensión interindividual de la memoria social, configurada de emociones, sentimientos de pertenencia, vergüenza, etc., que dan precisión y horizonte a nuestros recuerdos”:

En todo recuerdo siempre hay algo de ese deseo de atención y de pertenencia. No es sólo que la socialización nos permite recordar, sino que también al revés, nuestros recuerdos nos permiten socializarnos (...) Hasta se podría hablar de una “memoria vinculante” (Assman en Feierstein, 2012: 98).

Hay que precisar que estos términos tienen una decisiva contribución de Aleida Assman, a quien en ámbitos académicos europeos se le conoce como “la señora de la memoria”. En ese sentido otra de sus propuestas es el término memoria cultural como un caso específico de la memoria comunicativa que hace referencia a una situación en la que se lleva a cabo una transmisión vertical del pasado entre generaciones, un sistema de marcas que va construyendo la posibilidad de una identidad comunitaria, un modo específico de la memoria vinculante, que apuntaría, justamente a un vínculo de transmisión generacional. En una entrevista de 2019 con el periódico español, El Diario, Assman explicaba así su concepto de memoria cultural:

Además de la concepción de memoria individual, tiene que haber otro concepto: la memoria cultural o colectiva. Como colectivo no tenemos un cerebro para crear memoria, claro, pero lo hacemos con festividades, símbolos, monumentos... y es algo importante para generar identidad del grupo. Tanto para sentirnos ligados entre nosotros como para introducir a las nuevas generaciones en nuestra sociedad. No es un rasgo particular de una cultura, sino universal, aunque se ha olvidado durante mucho tiempo en occidente por el papel que tiene entre nosotros el individualismo (Assman, 2019).

Desde mi óptica, esos rasgos de individualismo tienden a emerger en la mayoría de los relatos, pero cobran mayor relevancia en Kanek y en Ixlem en tanto que pertenecen a las generaciones más jóvenes y por lo tanto, enfrentan los mayores riesgos en términos

de esa transmisión generacional de memorias: las políticas de silencio. Para Assman, al hablar de la forma en que interactuamos con nuestros recuerdos, dice que el olvido no se opone a la memoria, sino que es una parte importante de ella puesto que recordar es un proceso selectivo y al enfocarnos en algo hay otros recuerdos que, aunque quedarían “fuera de foco” cabe la posibilidad de volver más tarde sobre ellos.

En términos históricos, se podría pensar que en Guatemala el silencio acusa rasgos violentos pero también informales, una suerte de pacto de *clausura* con el pasado con miras a esquivar un cuestionamiento directo a los perpetradores por los enormes peligros que eso implica, pero también, embalando los procesos de memoria con un lenguaje *resiliente* que intenta desaparecer el pasado violento. Según Assman, esos pactos no funcionan y siempre hay un retorno del pasado. Los relatos en esta investigación son retornos de ese pasado en un sentido crítico en la mayoría de los casos, es decir, ninguno reivindica a figuras como Ríos Montt o a Lucas García, por ejemplo. No obstante, esas reivindicaciones dictatoriales sí que están en la esfera pública dominada por la élite guatemalteca (Girón, 2017) y en la misma política partidaria. Incluso a nivel cultural podría constatarse cierta tendencia a glorificar figuras masculinas fuertes: el militar, el pastor, el líder. Para Assman, el problema está en la falta de comunicación o de un encuentro de las memorias: “el silencio no es garantía de paz en las sociedades postdictatoriales. La adaptación democrática en estos casos pasa por el recuerdo, no como una meta, sino como un paso intermedio e irremplazable”.

La posibilidad de una serie de usos políticos de la memoria en el presente indica que éstos deberían ser deliberativos y emerger de actores diversos, sean estos gubernamentales o sociales, cuyos objetivos sean claramente el de preservar y comunicar determinados aspectos del pasado que se consideren significativos. En palabras de Groppo (2002: 192), la memoria

utiliza el pasado reconstruyéndolo en función de problemas y preocupaciones del presente; aunque trabaja sobre el pasado, está vuelta hacia el futuro ya que ella dibuja implícitamente un cierto tipo de sociedad. Según los objetivos perseguidos, existen políticas de la memoria muy diferentes, algunas de las cuales se inscriben en una lógica democrática mientras que otras, por el contrario, responden a una lógica autoritaria.

Asistimos pues, a un momento crucial en el que lo que está en juego es cómo vamos a adueñarnos del recuerdo “tal y como brilla en el momento de peligro”, siguiendo la concepción benjaminiana de la historia: dejando de lado la idea de que articular el pasado significa solamente conocerlo “como verdaderamente ha sido”, es decir, desde una postura crítica al historicismo (Feierstein, 2012: 105-107). En todo caso, estas cuestiones tienen mucho que ver con posturas que el científico social decida adoptar y desde las cuáles trabajar. Se trata de una decisión política, también, y de plantearse una búsqueda de un porvenir diferente que emerge de la escucha en primer lugar, y de la escritura de los relatos y también más allá de la escritura porque lo hay en ellos es una constelación social que nos habla de colectivos, organizaciones, comunidades, grupos e incluso individuos que se movilizan desde sus propios vocabularios.

5.1 Iban a matar a toda mi comunidad

Mi nombre es Kanek Arcón. Soy de Sacapulas. Para poder llegar a la región ixil (Santa María Nebaj, San Gaspar Chajul y San Juan Cotzal) tienes que pasar obligadamente por Sacapulas. Debido a su posición, Sacapulas siempre ha sido estratégico en el sentido del acceso. Los ríos²²³, por ejemplo, cuando no hay puentes, toda la parte norte se queda incomunicada. Es por eso que allí no se vivió al nivel de cómo se vivió en el área ixil pero sí hubieron algunas masacres en aldeas del municipio que no son tan conocidas. Quizá por la cercanía con el área ixil, no se les ha dado la visibilidad que merecen, pero tampoco eso hace que no existan (que no hayan existido las masacres)

Mi familia estaba dividida

En el caso de mi familia paterna, mi abuelo fue comerciante. Él hizo su servicio militar en la década de 1940. No estamos muy seguros pero quizá mi abuelo trabajó como seguridad del Congreso (de la República) porque él nunca lo habló abiertamente y mi abuela tampoco recuerda mucho eso. Por eso sabemos que él quizá participó en la Revolución de 1944 pero no conocemos detalles. Después de eso él se dedicó a ser comerciante.

De parte de mi familia materna, creo que fue un poco más intensa la situación. Lo que sucede en Sacapulas²²⁴ es que somos tres culturas, los sacapultecos o tujales, y somos distintos a los kichés, pero también cohabitan kichés en ese territorio que se llama Sacapulas, y también cohabitamos con los mestizos²²⁵. Los que estaban señalados de ser de la insurgencia eran los kichés, pero había una aldea, de la que son originarios mis abuelos maternos, y a toda la aldea se les tachó de guerrilleros o izquierdistas.

²²³ Principalmente Río Negro.

²²⁴ Sacapulas está concentrado por un pueblo, que se divide en nueve aldeas: El Jocote, El pajarito, Los Trapichitos, Rancho de Teja, Río Blanco, Parraxtut y Salquil.

²²⁵ Su territorio se extiende por más de 45 caseríos, entre la Sierra de Comitancillo y la Sierra de Sacapulas. En el territorio se aguardan 12 cerros y la Cumbre Chunchuculic.

En esa comunidad la organización era muy buena, cuyo eje era la iglesia. Mi abuelo materno prestó servicio militar en la década de 1960. Después de eso él ya no se involucró en lo militar, digamos.

Cuando ya inicia el conflicto armado interno con más fuerza, que es en la década de 1980, entonces llegan (los militares) y todos en la aldea Río Blanco, son señalados como guerrilleros. Mi abuelo tenía un hermano mayor que también era su vecino. Los hijos del hermano de mi abuelo, sí fueron guerrilleros. Mi abuelo nada que ver, no estaba metido en nada. Lo que sí al final fue muy pesado, fue la imposición de las PAC. Lo que mi abuelo refiere es que mientras participó con las PAC nunca tuvieron (retenido) a nadie y nunca mataron a nadie.

En la comunidad no hubieron masacres como tal, pero sí hubieron desapariciones forzadas, de ciertas personas que se sospechaba o que se suponía que eran guerrilleros. La cuestión más fuerte que azotó a mi familia fue que se dijo que cuando llegaron los soldados iban a matar a toda la comunidad.

Para poder llegar a la comunidad, hay que pasar en medio de dos montañas. Esto forma una especie de embudo. En cierta ocasión, en ese embudo, un camión de los militares que iba pasando fue explotado (supuestamente por guerrilleros). En represalia, los militares empezaron a disparar al aire a toda la comunidad. A los que quedaron vivos les dijeron que iban a quemar todas las casas y que también los iban a matar.

En la cultura maya o indígena existe la idea de que donde uno nace, allí vive para siempre. Es diferente de la vida en la ciudad donde uno puede mudarse constantemente. Para los pueblos indígenas establecerse en un lugar es perdurar durante el tiempo, y por eso moverte de tu casa es muy doloroso. A mi abuelo materno le tocó irse de su casa, con todo el dolor que eso implicó, y se fue a vivir con una tía (cuñada de él) a una comunidad cercana.

Mi familia estaba dividida porque algunos integrantes de la familia materna formaron parte de las filas guerrilleras, y otros eran parte de las filas del ejército. Eso en cuanto a la familia. En otro contexto más social, aquí en Sacapulas hubo un destacamento militar. Muchas personas murieron en lo que hoy es el convento de la iglesia, y otros sobrevivieron.

No ha sido un tema que ellos saquen a colación

Yo todavía me recuerdo que en alguna fiesta, almuerzo o reunión familiar, salían frases como “tal persona en tal momento de la historia”. Ellos no dicen conflicto armado interno. Ellos mencionan la palabra “ch’ooj” como “guerra”, y también usan la palabra K’ax, que se traduce como violencia o maldad²²⁶. Sí se habla de ese periodo pero tiene que ser (un ambiente) muy íntimo para que se pueda contar. Todavía hay miedo de hablar de eso.

La violencia estatal nos afectó. Así como primos o tíos, no. En mi familia extendida, sí. Por ejemplo, te puedo contar que un hermano de mi abuela materna, estuvo recluido en el destacamento (militar) por dos días. Fue una cuestión ¿cómo te lo explico? Malintencionada... porque

²²⁶ Según el vocabulario sakapulteco de la Academia de Lenguas Mayas de Guatemala (2001: 27), “Ch’ooj” significa pelear o pleito. Por ejemplo: Li Ke’l kich’oojin rik’in richaaq’, que significa: “Francisco pelea con su hermano.” Por su parte, la palabra “K’ax”, se traduce como dolor, temor, y violencia. Ejemplo: K’ax rik’ox li Me’n, se traduce como “Dominga tiene dolor de estomago” (2001: 46).

uno de los militares, que era sargento... no sé cómo era el estatuto de los militares pero el que estaba a cargo aquí en la aldea, quería (tenía intenciones amorosas) con una hija del hermano de mi abuela. Él no quería que su hija se casara con un militar. Y como represalia, a este mi tío, lo agarraron y lo encarcelaron, pero no murió. Hay otros tíos o primos lejanos que sí murieron, pero yo no sabría relatar a ciencia cierta esa historia. Al final lo que se tiene es como ese limbo de quien fue realmente el que mató.

Me enteré de esto en diferentes formas

Fue un poco de todo. De parte de mi familia nuclear, digamos, sí se habló de eso. Mi papá estudió en una escuela normal, que al final era estatal. (La escuela) se dedicaba a educar a jóvenes indígenas y señoritas indígenas. Mi papá estudió en plena guerra, entonces a esta escuela normal donde él estudió se le tachaba de comunistas. Por ahí mi papá nos cuenta, por ahí fue la chispa.

Y mi mamá, en su familia el evento más importante fue abandonar su casa porque los iban a quemar, entonces también recuerdan mucho eso. Eso siempre se mantiene en el ambiente, pero creo que también de mi parte ha sido un ejercicio como de conocer tu historia, de ir indagando poco a poco. Luego viene lo complementario. Sí te cuentan eso, verdad, pero sin tanto detalle.

Luego ya vienen esas situaciones donde yo estudié, por ejemplo, sí nos hablaban del conflicto armado interno como uno de los temas que teníamos que ver. Ahí nos enseñaron el REMHI y otro libro que no recuerdo. Al final fue eso, a grandes rasgos sin internarse en esos temas. El tema está como en el aire, pero muy, muy privado. (Se habla) sólo entre la familia, conocidos y eso, no se dice a viva voz.

Yo estudié en un colegio, no aquí en Sacapulas pero sí en un municipio cercano que se llama Cunen. Mi escuela forma parte de un grupo de escuelas indígenas. Al final, tomaban el plan base y lo dirigían a ciertos puntos. Uno de los puntos que siempre abordaban era el de las problemáticas de los pueblos indígenas. En todas esas escuelas se hablaban de esos temas, entonces creo que sí eran políticas del colegio.

Nací después de la firma de los Acuerdos de Paz, en 1998. Mi contemporáneos hablan poco de este tema. Lo que sucede es que aún hay personas que viven en la comunidad que fueron militares. Se sabe que mataron a otras personas y en la actualidad son pastores (evangélicos). Eso evita que se hable a viva voz sobre este acontecimiento. Hay todavía miedo de hablar, no es que haya desaparecido (el miedo de hablar). También hay que recordar que las agendas evangélicas son más conservadoras en este sentido. Muchas de las iglesias protestantes en mi pueblo, en el municipio, empezaron en los 80. Eso fue hace poco, entonces hay una relación intrínseca en Sacapulas, con lo militar y lo estatal.

El interés de mis compañeros era poco, podría decir yo. Nos ponían tareas de ir a investigar, y en esas tareas de indagación alguna madre decía que habían matado a tal señor en tal momento. Entonces aparecía otra persona que decía sí, yo me enteré de lo mismo. Creo que por ese lado sí había interés. Aunque sí fue como una pincelada o muy superficial lo que nos dijeron. Tampoco se terminaba de comprender a cabalidad el tema. Creo que la escuela no quería decir que la guerrilla era la buena y los militares los malos, sólo era de traer el tema a la mesa y platicarlo. Creo que tenía catorce años que es más o menos cuando uno cursa segundo o tercero básico (educación secundaria).

Algunos compañeros anhelaban ser militares

En mi caso, quizá no tenía preguntas previas pero sí me quedaba con más curiosidad. Muchas veces no entendemos cómo es que funciona el Estado. Alguna vez un compañero comentó que era más fácil exterminar a la guerrilla si los militares se hubieran puesto más las pilas en ese momento o con más dinero. Incluso algunos de los compañeros anhelaban ser militares. Estaba claro que si eras militar tendrías una posición de poder más grande dentro de la sociedad. Pero una de las dudas principales es por qué mataron a esas personas y quiénes mataron, si era la guerrilla o eran los militares. Algo sobre lo que no se preguntaba eran las PAC, porque a pesar de que eran parte de los militares, entre comillas, formaban un grupo aparte, eran como una sociedad civil armada.

Creo que este conflicto afectó más el noroccidente del país, es decir, Alta Verapaz, Quiché, estos lugares donde predominantemente eran indígenas. Si uno va a la ciudad sí, porque también hubo un frente de lucha ahí, pero no sale el tema tan a colación. Incluso con algunos compañeros del oriente del país que fue menos azotada por la guerra, esos temas son como así pero nunca los tocaron a ellos, entonces creo que no. También depende de con quién hables y de dónde sea.

La historia de mis padres

Mi mamá para entonces (la violencia) tendría como ocho o nueve años. Mis abuelos tienen esa cuestión de que cuando entró Ríos Montt, fue cuando se puso más intenso, más “heavy”. En 1983 ella era una niña y lo más fuerte para ellos fue que se tuvieron que venir a refugiarse a otra aldea. Y lo otro más intenso que vivió fue que en esa aldea, Río Blanco, fue señalada como aldea de guerrilleros, entonces mi mamá se vino a estudiar los básicos al centro del pueblo. Hubo discriminación para hombres y mujeres de Río Blanco, entonces mi mamá vivió esa discriminación por venir de una aldea que era señalada de que eran guerrilleros. En ese entonces, para una chica de 13 años, si te lo planteas ahora, sí era muy fuerte.

Mi papá ya era mayor, él ya es mayor. Lo que él nos cuenta es que a los bebés les tapaban la boca para que no lloraran. Literalmente el bebé no podía llorar porque les tapaban la boca. Mi papá vivió en un internado de esta escuela normal, entonces él pasó la intensidad de este conflicto, estudiando. Él nos cuenta que su escuela era señalada de ser comunista, porque les enseñaban esas cuestiones de la igualdad, la dignidad, o estos temas de la opresión del indígena. Él vivió todo eso mientras vivía en el internado en Sololá. Cuando él salía del internado es que podía ver la violencia aquí en Quiché, cuando él venía.

Él empezó a trabajar, quizá allá por 1985 o antes, le tocó trabajar en una comunidad un poco lejana a Sacapulas. Él nos cuenta que una vez, un señor que trabajó con mi abuelo, que era conocido cuando mi abuelo era pequeño. Pero cuando ya estaba trabajando, una vez lo detuvieron porque él venía caminando, porque no había carretera. En una ocasión este señor que trabajó con mi abuelo, detuvo a mi papá y le preguntó en sakapulteco ¿no me reconocés? Soy yo, soy German. Y este señor le respondió en español: no, identifíquese.

Es una cuestión del alejamiento, es eso de desconocer a alguien. Ese señor en ese entonces era parte de las PAC, entonces tenía, entre comillas, razón de hacer lo que estaba haciendo o era

entendible lo que estaba haciendo. Pero eso fundamentalmente, mi papá no estuvo aquí cuando pasó lo más fuerte. Mis abuelos sí miraban los camiones de militares cuando pasaban, cuando iban a Nebaj, pasaban camiones y camiones y camiones, que pasaban, verdad, eso.

Sacapulas y el juicio contra Ríos Montt

Yo personalmente de esa parte no tengo tanto conocimiento. Sí se conoció que era presidente, pero no sé qué se decía cuando (él) estaba (en el poder). Lo que sí se conoce es que Ríos Montt es (originario) de Aguacatán, Huehuetenango, que es un municipio vecino de Sacapulas. Entonces (Ríos Montt) sí tuvo mucha ingerencia en ese municipio, además de la parte norte de esa región que es Nebaj y el área ixil. Por lo menos yo no sé qué se hable de Ríos Montt. (El juicio por genocidio) casi no estuvo en la opinión pública en mi pueblo. Hubo, como siempre, dos partes, una que lo defiende porque es militar y porque (se dice) que cuando estuvo de turno, no hubo delincuencia. Y otra parte que sí estaba de acuerdo que lo sentenciaran como genocida.

Creo que este término, genocida, mucha gente no termina de entender a cabalidad qué es ser genocida. Creo que cambiar las palabras para explicar, podría mejorar el entendimiento de qué es un genocida, pero si tú sólo dices genocida, dicen “ah, va, está bien”, pero la gente no llega a entender a cabalidad si es algo bueno o si es algo malo. Creo que lo que había eran opiniones divididas, una parte a favor y otra parte en contra. Durante el juicio, yo no recuerdo pero en el pueblo no se comentaba mucho.

La duda más grande que tengo es en cuanto a la línea de tiempo en que sucedieron las cosas porque están muy difusas. Pero no sé si se vaya a concluir eso porque son memorias. Lo que yo entiendo es que a veces no quieren hablar de eso porque son procesos dolorosos. Creo que esa es mi mayor duda, saber cómo fueron los sucesos en orden cronológico. Es importantísimo hablar porque se construye y al final es parte de la historia del pueblo, y para que no se repitan esos hechos y tenerlos presentes. Porque al final sí influye de manera positiva o negativa este hecho (el genocidio).

Yo siento que no se ha abordado el tema de una manera digna. Aunque no exista ese objetivo, no se ha intentado explicar. De igual forma creo que no se ha intentado ocultar o violentar a quienes sí hablan de ello. La prueba es que existen muchos procesos (legales) pendientes de resolver. No recuerdo pero existe una organización que se encarga de esas cosas forenses. Por ejemplo, hace poco en una aldea cercana a Sacapulas agredieron a este grupo de forenses por ir a intentar excavar un foso común de cadáveres. Hace falta mucho trabajo como para esclarecer todas estas situaciones. Aunque haya algunos trabajos (de investigación) y se sienta lejano, ya son más de treinta años, al final se siente que está todavía latente.

Aún hay secuelas de todo esto. Hay familias que fueron divididas, la mitad se fue (a favor) de una parte y la mitad en otra. Hay algunas familias que algunos de sus integrantes fueron asesinados. Conozco el caso de una mujer a la que le mataron a sus dos papás, y le tocó criarse con sus abuelas.

5.2 No quieren que se replique el odio

Ni nombre es América Ixlem Chen Sam, tengo 21 años y trabajo el Colgate como *trainee*. Nací en Cantel, Quetzaltenango. Soy una mujer maya k'iche'. Estudié ingeniería administrativa en la

universidad Galileo. Mi madre es médico y mi papá es supervisor educativo. Vine a vivir a Ciudad de Guatemala cuando tuve 12 años.

Aprendí en mi familia

En mi familia siempre se ha hablado de temas de coyuntura política y todos esos temas porque son controversiales. En la mesa, cuando almorzamos, cuando llega el fin de semana, o antes cuando no todos estábamos trabajando y teníamos más tiempo de convivir era el momento en el que conversábamos, entonces siempre estuve como consciente de... contaban historias de lo que pasó, mi abuelo...

Yo crecí con mi familia materna, ellos son como que mi principal fuente de conocimiento al respecto. Y adicional a eso, en el colegio aquí en Guatemala, cuando uno está a punto de graduarse de bachillerato, lo ponen a uno a hacer como un proyecto de graduación, tipo tesis pero no tesis. Y yo hice la mía sobre el conflicto armado interno justamente. Hice este trabajo principalmente porque... pues aquí en Guate muchos, si no la mayoría de los jóvenes realmente no tienen conocimiento al respecto de qué es lo que pasó, o sí saben ciertas partes, y hay como mil fuentes de información que pueden como tergiversar ciertas creencias o como que al final... ellos pueden cambiar su postura por no saber exactamente qué es lo que pasó.

Hay historias que se volvieron a repetir y hay una frase que dice que hay que saber la historia para no volver a repetirla o algo así. Entonces la idea era conocer más de lo que vivieron mis abuelos, porque de hecho, del lado de mi familia materna, el conflicto casi no se vivió en el área del occidente del país, o sea sí, pero ellos específicamente en la región que es Cantel, no es que haya habido un gran conflicto, como por ejemplo del lado del norte del país, que es de donde es la familia de mi papá, que ahí sí hubo conflicto dentro de la comunidad y es una de las regiones donde incluso hubo una de las grandes masacres. Mi abuelo tuvo que entrar obligado al ejército. Mi papá también, a los 13 años, siendo PAC, teniendo un arma de alto calibre con 13 años. Entonces como que era como poder saber más, porque del lado donde yo crecí, el conflicto no se vivió de la misma manera.

Mi papá me cuenta

No me lo contaron siendo niña, lo recuerdo en este momento, pero creo que fue una de las conversaciones, comiendo, tranquilos, normal, y mi papá contaba una de sus anécdotas y hablaba de que él estaba asustado, porque tenía que estar como agachado y así ¿verdad? Incluso no sabía cómo usar el arma realmente, como que para actuar o defenderse porque era un niño sin saber qué era lo que pasaba o la magnitud de lo que él estaba haciendo, o de lo que se le había reclutado, por así decirlo, porque incluso, nunca fue que le dijeran, mira, “tú quieres formar parte de esto” sino que fue: te toca, aquí están tus cosas y a trabajar prácticamente.

Mi papá es originario de Rabinal, Baja Verapaz, una de las regiones donde se vivió fuerte el conflicto armado. Yo lo supe exactamente que había ocurrido un genocidio cuando mi hermano leyó un libro del padre Ricardo Falla, creo que el libro se llama Lluvia de Zopilotes, o algo así, no me recuerdo, pero es eso es del Padre Falla y él narra la historia de lo que vivió el pueblo ixil

en ese libro²²⁷. Y entonces pues siempre se hace como esa analogía de... bueno, mi familia así es, dicen, bueno, ¿en qué te quedaste? analicémoslo, platiquémoslo, conversémoslo y yo tal vez yo tenía como dieciséis años, y entonces mi hermano siempre me contaba las historias que estaba leyendo, que narraba el Padre Falla en ese libro.

No recuerdo el nombre, creo que se llama no sé qué de Zopilotes, algo así se llama... no, La Lluvia Negra... Bueno, pues en una de esas realmente fue como... porque posiblemente antes lo haya escuchado en mi vida, pero siendo muy honesta no recuerdo que la haya tomado como cierta... como relevancia, por así decirlo. En ese momento, el padre logró narrar lo que se vivió y fue en ese momento que pensé, ok, esto es un genocidio. Yo no leí el libro, fue mi hermano. Pero como en mi casa somos mucho de que si leemos un libro hablamos mucho al respecto entonces fue cuando tuve unos 16 o 15 años tal vez.

Escarbar en las heridas

Yo creo que eso tal vez no es con mis papás sino realmente con mis abuelos. Yo creo que ellos lo vivieron de una forma –pero mis abuelos del lado paterno– de una forma diferente, en todo el sentido, yo de eso no sé mucho, casi no sé nada. Y cuando hice este trabajo de graduación que te cuento, mis abuelos no fue como que se abrieran a contar lo que pasó sino que uno tenía que indagar realmente. Pues creo que obviamente es porque uno escarba en heridas tal vez, y también pasa mucho de que... como que no se quiere como replicar... tal vez no replicar sino revivir los sentimientos pasados. Creo que es parte de lo que ellos vivieron, que yo desconozco totalmente. El trabajo que hice consistió en entrevistas... pues conocer también un poco de lo que se vivió en ese momento, como poner en contexto... prácticamente como una tesis, unas pequeñas conclusiones. Ahorita no las recuerdo al 100, porque también fue hace unos cuantos años, hace seis años tal vez, pero sí, ese era el objetivo.

Mi objetivo era entrevistar personas para conocer el contexto del momento y tener diferentes perspectivas. Mis principales hallazgos fueron que en personas jóvenes, hay muchos que no conocen al 100% lo que se vivió. También hay personas adultas que sí lo vivieron pero que no lo cuentan por el temor a revivir esas vivencias, por no querer que sus hijos tengan, no sé, tal vez como réplica de odio a tal grupo de personas o algo por el estilo, sino es como dejémoslo ahí. Es como algo que también logré identificar y que las personas en la ciudad, en el momento en que yo estaba en el punto de mi vida que es como la adolescencia justamente, no sé, esas personas no están ni siquiera están interesadas ni en conocer del tema ni en saber qué pasó, ni... o sea nada, realmente nada. Te digo en el contexto de la ciudad porque yo en ese momento vivía en la ciudad, no sé si era diferente en el interior del país, pero el análisis, en ese momento fue de ciudad y no estaba tampoco ese interés.

En la escuela y en la universidad nunca llevé cursos relacionados con el genocidio y con el conflicto armado. Yo creería que es importante enseñarlo como parte de historia de Guatemala, en los cursos de Ciencias Sociales o Historia. Pero también creo que es muy importante tener definida esa como línea, de que el docente no puede imponer tampoco su postura al respecto porque creo que cuando a uno se lo enseñan en la escuela, o en el colegio, uno es muy pequeño, que tal

²²⁷ Se refiere a *Negreaba de zopilotes... Masacre y sobrevivencia: finca San Francisco, Nentón, Guatemala (1871 a 2010)*. Ricardo Falla. Guatemala: AVANCSO, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala, 2011. 437 páginas.

vez no... creo que es uno el que debe tomar su propia posición según sus ideales y lo que se le haya enseñado en casa, según lo que crea correcto y no, pero creo también que puede llegar a pasar que si alguien lo enseña pueda sesgar esa postura.

Entonces lo creo importante, pero lo creo importante con responsabilidad, o sea el maestro es un facilitador y debe dejar que todos tengan sus propios criterios, más cuando es con alguien joven o niño que está como muy susceptible a seguir lo que lo que ve, creo que eso es normal. Entre mis compañeros y compañeras, tanto en el colegio como en la universidad, nunca salió como tema de conversación el conflicto y del genocidio. No había mayor interés.

COROLARIO CINCO: Hay una frase de Ricardo Falla que viene a mi mente con el relato de Kanek: “La gente de estos pueblos ordinariamente no sabe qué es genocidio, desconoce la definición complicada y resbalosa. Pero sí se da cuenta del salvajismo que hay detrás de este acto de matar niños”. De cierta manera, lo que sugiere Kanek es simplificar (e incluso cambiar) los conceptos o, como dicho de otra forma: elaborar mediaciones que hagan que el concepto sea aprehensible para estratos más amplios de la sociedad. No cabe duda que las generaciones más jóvenes acusan diferentes modalidades de aproximación al concepto desde sus realidades inmediatas.

No significa que la gente no sea capaz de inteligir conceptos complejos, quizá en el fondo lo que siempre sucede es que la vida cotidiana no permite el tiempo idóneo para actividades tan necesarias como la lectura y la reflexión. En el presente comparecemos ante realidades enajenantes de gran calado: los sistemas de entretenimiento proliferan absorbiendo brutalmente el poco tiempo de ocio de que las clases trabajadoras disponen. Además, como se desprende del relato de Ixlem, pese a su genuino interés en los temas de la violencia masiva estatal del pasado, la experiencia de indagar tuvo su principio y su final para después, dar una especie de golpe de página y encaminarse al desarrollo de una carrera profesional. Es oportuno recordar lo que plantea Rita Laura Segato en relación con la nueva guerra, porque es en ella que se despolitiza todo y entonces el capitalismo es capaz de disfrazar el genocidio mediante la fragmentación de su tecnología, la cual pasa a ser ejecutada por emergentes actores en nuevos escenarios de guerra: la nueva guerra contra los pobres es el continuum del genocidio.

Paradójicamente pero también afortunadamente, desde las ciencias sociales la preocupación por la relación entre historia y memoria ha ido acrecentándose en décadas recientes. De los autores que he citado en este trabajo casi ninguno deja de referirse a esa cuestión. Para Jelin, por ejemplo, una primera complejidad surge del reconocimiento de

que lo que realmente ocurrió incluye dimensiones subjetivas de los agentes sociales, e incluye procesos interpretativos, construcción y selección de datos y elección de estrategias narrativas de estos investigadores.

La reflexión sobre la temporalidad, sobre el pasado y los procesos de cambio social está presente también en otros campos, desde la filosofía hasta la etnografía. Hay, en este punto, tres maneras de pensar las posibles relaciones: en primer lugar, la memoria como recurso para la investigación, en el proceso de obtener y construir datos sobre el pasado; en segundo lugar, el papel que la investigación histórica puede tener para corregir memorias equivocadas o falsas; finalmente, la memoria como objeto de estudio o de investigación (Jelin, 2002: 63).

Todas esas perspectivas proliferan según Jelin por un cambio de época debido a procesos socioculturales que concurren con cambios en los paradigmas en las ciencias sociales que, en las últimas décadas, se centran en el análisis de las transformaciones de la subjetividad, el sentido de la acción y la perspectiva de los agentes sociales mismos. Como ya vimos, en Feierstein la propuesta es recurrir a los planteamientos de Benjamin porque considera que en ellos hay

un modo peculiar y profundo para fundamentar la vinculación del pasado con el presente a través del trabajo de la historia y su articulación inescindible con la construcción de la memoria, en tanto dos caras de la posibilidad de justicia. Será Ricoeur quien dará un paso más en esa articulación, utilizando uno de sus conceptos más enriquecedores: el de *identidad narrativa* (Feierstein, 2012: 120).

Una de las indicaciones que hice desde el inicio del capítulo tres de este trabajo fue, precisamente, en referencia a este concepto. Para Feierstein (2012: 121)

uno de los usos fundamentales del pasado en el presente que fundamentan el sentido de la existencia de la facultad de recordar (y recordar en tanto acto creativo) consiste en construir una narración que otorgue continuidad al propio discurrir en el tiempo, tal como imagina Ricoeur este intento de resolución de la aporía entre el Mismo y lo Otro que atraviesa toda existencia, una necesidad fundamental desde una visión adaptativa y un prerequisite para la existencia ética.

Lo que he podido observar al poner en diálogo los relatos y las propuestas teóricas aquí trabajadas es que los actos de memoria tienen una potencia fundante del sujeto. Otorgan, sea en el plano individual e intersubjetivo, posibilidades de integrar la identidad sociohistórica, no solo a una persona sino también a un pueblo. Desde la perspectiva de Ricoeur, las historias que el sujeto se cuenta a sí mismo son las que proveen un sentido y una coherencia que restablece una continuidad identitaria a lo largo del tiempo. Desde el planteamiento de Benjamin que hace Feierstein, se podría pensar que adueñarse de un recuerdo en el momento de peligro es una capacidad que emerge en el proceso de reconstrucción de una identidad, incluso, desde las marcas traumáticas, es decir, desde el vacío que ha dejado el aniquilamiento, el terror y la ausencia: “La búsqueda de reconstruir una identidad narrativa que pueda a la vez estructurarse y fundarse en el momento traumático intentando confrontar y enfrentar las modalidades de reproducción, repetición y actuación del evento traumático y/o de sus consecuencias (Feierstein, 2012: 122).

Resulta muy ilustrativo, como contrapunto, lo que señala Jelin sobre lo que llama preocupaciones por la subjetividad, por la construcción de identidades sociales en los escenarios de la acción y

por el papel activo y productor (la «agencia social») de sujetos individuales y colectivos, se manifiestan especialmente en el estudio de diversos tipos de procesos sociales que involucran cambios que normalmente están acompañados por procesos de reflexión —la migración, la familia, la sexualidad, los cambios en las prácticas frente a las nuevas tecnologías, etc.—. También, y de manera significativa, en la consideración y reflexión sobre el propio proceso de construcción de sentido que la misma investigación implica. Para el positivismo extremo, lo «fáctico» se identifica con la existencia de pruebas materiales de que algo ocurrió, y lleva a desechar las subjetividades de los actores (incluyendo creencias, sentimientos, deseos y pulsiones) y, en consecuencia, la memoria (Jelin, 2002: 65).

No obstante, Feierstein persiste en su apuesta por una articulación entre lo histórico y lo psicoanalítico en el concepto de identidad narrativa en la medida que aporta un modo de enfrentar “tanto la aporía entre tiempo y la identidad como la posibilidad de comprender la funcionalidad evolutiva e histórica de los procesos de memoria en tanto facultad humana” sin que esto deba implicar que la identidad narrativa se pueda definir “como un proceso estable y cosificado en el tiempo”. En este sentido, el autor no ignora los límites

de un concepto que su propio creador ha señalado: según Ricoeur (1996: 999) “La identidad narrativa no es una identidad estable y sin fisura; y así como se pueden componer diversas tramas a propósito de los mismos sucesos (...) igualmente siempre es posible urdir sobre su propia vida tramas diferentes, incluso opuestas”.

De nuevo cabe decir que, como bien apunta Jelin, no se trata únicamente de plantear un contrapunto o una complementariedad entre datos duros (documentos y otras fuentes debidamente criticadas) y datos blandos (percepciones y creencias subjetivas de actores y testigos) ya que los hechos complican en análisis: “la memoria-olvido, la conmemoración y el recuerdo se tornan cruciales cuando se vinculan con acontecimientos y eventos traumáticos de represión y aniquilación, cuando se trata de profundas catástrofes sociales y de situaciones de sufrimiento colectivo”.

El punto de confluencia, a mi parecer, entre estos autores es el campo de la ética. En efecto, en un lenguaje claramente filosófico, Ricoeur dirá que la identidad narrativa no equivale a una “ipseidad verdadera sino gracias a este momento decisivo, que hace de la responsabilidad ética el factor supremo de la ipseidad”:

La defensa que la teoría de la narración podría oponer a la ambición de la ética de regir por sí sola la constitución de la subjetividad sería la de recordar que la narratividad no está desprovista de toda dimensión normativa, valorativa, prescriptiva. La teoría de la lectura nos lo ha advertido: la estrategia de persuasión fomentada por el narrador tiende a imponer al lector una visión del mundo que no es nunca éticamente neutra, sino que más bien induce, implícita o explícitamente, una nueva valoración del mundo y del propio lector: en este sentido, el relato pertenece ya al campo ético en virtud de la pretensión de lealtad ética, inseparable de la narración (Ricoeur en Feierstein, 2012: 124).

Un matiz que valdría la pena comentar en este momento es el que menciona Jelin cuando habla del abordaje de los sentidos del pasado y su incorporación en las luchas políticas, porque de acuerdo con su visión trae a la mesa el problema de la relación entre memorias y verdades históricas:

El debate historiográfico sobre el tema se manifiesta centralmente en los intentos de legitimar la historia oral dentro de los cánones de la disciplina y en las concepciones de la historia como narrativa construida. Es éste un debate «interno», dentro mismo de la disci-

plina de la historia y de las otras ciencias sociales. Pero cobra una dimensión pública y política, especialmente en relación con temas políticamente conflictivos. En efecto, hay situaciones en que el investigador/historiador puede tornarse agente público, y sus posturas pueden tener consecuencias políticas que van más allá de los saberes disciplinarios y los debates académicos (Jelin, 2002: 66).

Mi intención no es, obviamente, entrar a un debate de posiciones binarias como he reiterado, sino explicitar de alguna manera mi compromiso ético con los relatos y sus autores, puesto que permiten articular fracciones del pasado como una estrategia narrativa-investigativa, precisamente, con ese trasfondo ético que también constituye mi propia subjetividad. En cualquier caso, esa estrategia se relaciona con el tipo de identidad que se desprende justamente de los relatos en un momento histórico que el presente está determinando, o como bien lo señala Feierstein: “la articulación entre los procesos de memoria, la constitución de identidades y el trabajo de elaboración de la experiencia genocida a través de modalidades de representación de la violencia masiva estatal”.

Conclusión capitular

El contenido de los relatos adquieren un valor decisivo a la hora de pensar en la idea de prácticas revertidoras de las PSG. Como ha quedado expuesto, el elemento principal de estos capítulos gira en torno a la idea de profundizar en el análisis del proceso de Realización Simbólica del genocidio guatemalteco. Es probable que parezca un poco reiterativo pero vale la pena hacerlo con este concepto para que quede lo más explícito posible. Mucho de lo que abordé en el capítulo dos se relaciona directamente con este proceso en términos conceptuales.

Lo que me propuse exponer, ahora, es la idea de la RSG puede entenderse fundamentalmente en la forma que los sobrevivientes y la generación postgenocidio se representa, o elabora en todo caso, aquel trauma social. De esa cuenta, planteo los relatos como claves interpretativas, en la medida que en ellos puede aprehenderse lo que aquí se entiende por procesos de memoria. Gran parte de la tarea consistió en imbuirme en un intenso trabajo de indagación y escucha de los relatores de esas experiencias, muchas

veces traumáticas. Pero no quedarme únicamente en lo traumático sino intentar ir más allá de ellas en términos políticos, es decir, como un uso de la memoria en el presente.

El proceso de escucha es intenso: veinticinco relatos con los que trabajé a lo largo de más de un año, aproximadamente entre octubre de 2021 y febrero de 2023. En parte porque es una tarea que implica una relación intersubjetiva: aunque en un principio los consideré como testimonios, con el paso del tiempo y la lectura de Ricœur (2001), los planteo bajo la noción de relatos y como entramado de múltiples identidades narrativas. La operación desde mi perspectiva, fortalece la trama argumentativa general sobre las PSG: si el objetivo de una tecnología de poder genocida es reorganizar las relaciones sociales, es en el proceso de realización simbólica donde esa reorganización puede aprehenderse o comprenderse de mejor manera. Es, como hemos visto, un proceso posterior al aniquilamiento material de un grupo, como indica Feierstein, es el último momento de un proceso genocida. En ese proceso uno de los pilares es la forma en que determinada sociedad se representa la experiencia traumática desde sus propios procesos de memoria.

De esa cuenta, estos relatos pueden leerse como un conjunto cuyas identidades narrativas participan de una constelación social más amplia. A nivel metodológico abrevan principalmente de Bourdieu (2007) y Sinclair (2020). Están atravesados también por la lectura de Sklodowska (2021), quizá una de las críticas más serias de la categoría testimonio, es decir, se trató de dotarles una dimensión autocrítica. Aspiro a que dialoguen dinámicamente con un aparato de notas y referencias, como parte de los usos de la memoria en el presente. No obstante, la apuesta por los relatos se sostiene en la medida que son capaces de lanzar preguntas y orientar rutas de acción sugerentes. No son ejemplos puros de realización simbólica o de trabajo de elaboración, es decir, los relatos no dan cuenta de una lógica binaria. Sí pueden por otra parte, elucidar nociones como la irradiación del horror-terror; revelar las modalidades que arrasamiento subjetivo del sujeto cobra; entrever el proceso que se dinamiza desde el concepto de elaboración o clausura como uno de los usos de la memoria en el presente; y plantear esa memoria en su dimensión política.

Se trata de una propuesta que profundiza en el proceso de realización simbólica del genocidio y que apuesta por una problematización de las estructuras de asimilación simbó-

lica contemporáneas. Es un recorrido de investigación que intenta tener claros sus alcances y sus límites: la expectativa es que logre generar acciones a favor de la construcción de políticas revertidoras de las PSG. Pensar un uso de la memoria desde el presente como práctica revertidora para estigmatizar una práctica social: las prácticas sociales genocidas.

Finalmente está una cuestión que no siempre es evidente: la responsabilidad y la ética de la política, en este caso de los usos de las políticas de la memoria en el presente. Así, la posibilidad de estos relatos aparece mediada por diversos factores, como dice Sarlo (2005: 39) “no hay verdad sino una máscara que dice decir la verdad”. Quizá una de las constataciones más terribles sea la de que experimentamos un bucle histórico de cara a fenómenos como la impunidad por los crímenes del pasado pero también del negacionismo. La impunidad que se emboza en nociones aparentemente derivadas del proceso de Paz: la amnistía. Este tipo de ideas son las que Groppo llamaría *políticas activas del olvido*, porque es claro que apuestan por suprimir determinados eventos históricos de la memoria colectiva, o más grave, trastocar su sentido, en otras palabras propugnan por un olvido político y jurídico que “apunta a imponer una amnesia social”. En los relatos esta intencionalidad se refleja cuando se denuncia que instituciones como la escuela e incluso la universidad en sus programas educativos, hacen la vista gorda a la hora de abordar la historia de las dictaduras. He ahí las grandes posibilidades de romper la cadena de transmisión de las luchas porque es la forma más eficaz de imponer el olvido.

Ciertamente, como lo resalta Sklodowska los relatos están “filtrados” por el pudor, el tabú, el silencio, la memoria, el trauma, la lejanía del exilio, el bilingüismo, la etnicidad, la política, la religión, las jerarquías familiares y grupales. A esto se le suma la mencionada mediación y en determinado punto, la complicidad del autor o mensajero, que no son en modo alguno “actos sencillos”: durante un conversatorio realizado el 10 de mayo de 2023, Sofía Duyos, relató que en el proceso de redacción de su libro *Los papeles secretos del genocidio*, experimentó un estrés que al principio no pudo identificar con claridad. El problema tuvo que ser diagnosticado por un especialista quien decidió medicarla. Conocer esa experiencia me hizo ver que, en cierta medida y en algunos momentos, yo mismo he llegado a sentir ese tipo de perturbación como resultante de estar inmerso en la escucha de los relatos en tanto enfrentamiento al pasado reciente. Eso me hizo visualizar que de alguna forma la irradiación del terror persiste en el tiempo. En

otras palabras: el proceso de realización simbólica del genocidio pugna en la subjetividad que la sociedad postgenocidio experimenta cuando la toma de consciencia se profundiza. El silencio no es una opción pero sí hay consecuencias desde la perspectiva del proceso de esa toma de consciencia. Quizá por eso es que en esta dimensión ética de las políticas de la memoria está el germen de un conjunto de herramientas contrahegemónicas y revertidoras de estas prácticas de las que hemos venido hablando.

Conclusiones generales

Entre el concepto de genocidio que concibió Rafael Lemkin en su obra *El poder del Eje en la Europa ocupada*, y cómo se plasmó en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio hay claras diferencias. Diríase que gran parte de la caracterización del delito que el jurista polaco buscaba aplicar en el ámbito del Derecho Internacional, quedó recortado o disminuido en el proceso de crear un mecanismo al cual recurrir con miras a juzgar a los perpetradores. La idea de una jurisdicción con competencia universal, por otra parte, es anterior a Lemkin, ya desde 1915 se pueden constatar algunos esfuerzos en ese sentido: cuando Gran Bretaña, Rusia y Francia, conminaron a Turquía por lo que pudiera pasarle a los armenios; y cuando se intentó crear una comisión de investigación sobre la responsabilidad de los autores de los crímenes cometidos durante la guerra por Alemania y sus aliados en 1919.

Los esfuerzos por crear una instancia para juzgar crímenes de orden internacional debió esperar años. Sería hasta la década de 1930 que un comité de juristas buscó crear un Tribunal Penal Internacional, esta vez para juzgar los crímenes de terrorismo, y fue en ese contexto que emergió Lemkin con su noción de “crimen de barbarie”, la cual no tuvo acogida. Se necesitó, por decirlo de algún modo, que ocurriese la Segunda Guerra Mundial y las atrocidades de los nazis para crear el Tribunal Militar Internacional de Núremberg en agosto de 1945. Ese mismo año, como se sabe, se creó la Organización de Naciones Unidas y en 1948 estableció un procedimiento para un juicio contra el delito de genocidio. Sin embargo, como recuerda Bruneteau (p. 354), desde 1954 la Asamblea General de la ONU, aplazó la creación de un tribunal de ese tipo iniciando “un letargo de cuarenta años”. De nuevo habría que esperar a que ocurriesen las tragedias de Yugoslavia y Ruanda, en la década de 1990, para que se avanzase en la creación de una Corte Penal Internacional.

Es obvio que mi trabajo no versa sobre la justicia internacional y sus estructuras, pero ver los límites jurídicos para procesar el delito de genocidio es importante a la hora de pensar en aquella noción de Modernidad –cuyo presupuesto de superioridad material se expresaban en el humanismo, la razón y el progreso– porque sus agudas contradicciones quedan expuestas. Además, permite aprehender lo que Bauman llama consustancialidad entre Modernidad y genocidio. Se trata de una corriente de interpretación que actualiza

las nociones de racionalidad instrumental y burocrática del exterminio; la tecnología y la ciencia racial. Para Bauman (2002) fue “el encuentro único entre las viejas tensiones que la modernidad siempre había ignorado, desdeñado o sido incapaz de resolver, y los potentes instrumentos de la acción racional y eficaz creados por la evolución moderna”.

Desde esa perspectiva queda claro que, por más que la modernidad de la civilización occidental y sus leyes internacionales lo prohíban, el genocidio en Guatemala no fue posible de prevenir, y durante años tampoco procesar. Es claro, también, que no se puede comparar las dimensiones y las características de lo que hicieron los nazis en Alemania con lo que los regímenes genocidas guatemaltecos aplicaron en la región ixil, pero sí equipararse con la intención moderna de “rediseñar” una parte de la sociedad que no se consideró lo suficientemente guatemalteca. “El genocidio moderno es un genocidio dotado de un objetivo”, escribió Bauman. En ese objetivo, deshacerse del enemigo no es lo principal sino sólo un recurso, un paso intermedio. “El fin en sí es la visión grandiosa de una sociedad mejor, radicalmente diferente. El genocidio moderno es un elemento de ingeniería social que pretende crear un orden social conforme con un proyecto de sociedad ideal”. Lo que se buscó fue obligar a la sociedad a adecuarse a un plan global concebido desde lo “científico”, institucionalizando a los grupos dominantes y naturalizando a los que no eran sujetos de derechos (Bauman, 2006). Es por eso que en la conformación de una nación idealizada, la inclusión y la exclusión tiene su correlato en la afirmación de soberanía nacional, que como escribió Arendt: “acaba mofándose de la universalidad de los derechos humanos, en la medida que realiza la «transformación del Estado de instrumento de la ley en instrumento de la nación»”.

El juicio por genocidio en Guatemala logró que al menos una parte de la sociedad reconociera y consolidara una frase que hoy día contiene una alta dosis política: “Sí hubo genocidio”. Es la confirmación de que la violencia masiva estatal ejecutada por las dictaduras militares constituyeron el delito de genocidio, pero también da cuenta de la utilidad heurística de aplicar la categoría de genocidio a las masacres que sufrieron los pueblos originarios, y a plantearlos como una continuidad de esa violencia masiva. El mismo campo de los estudios del genocidio, frente al caso guatemalteco, dio al traste con el *Muro del silencio* que había persistido incluso después de 1996 cuando se publican los informes de la verdad y hasta 2010 inclusive. Agrietado el Muro del silencio,

hoy se ha multiplicado la producción de abordajes del genocidio guatemalteco desde diferentes campos disciplinarios²²⁸.

Lo que se desprende de gran parte de esos abordajes, en mi opinión, se relaciona casi siempre con la frase mencionada en el párrafo anterior: “Sí hubo genocidio”. Una explicación de esta tendencia tiene que ver con el fenómeno del negacionismo del genocidio en el país, no sólo por los perpetradores y sus círculos sociales y familiares, sino por otros grupos de la elite económica guatemalteca, o porque como dice Vela (2013: 17) “Proteger a los héroes del genocidio sigue siendo –aún hoy– una de las condiciones determinantes a las cuales el poder civil sigue siendo inútil”.

Para ir más allá de esta aparente dicotomía (sí hubo/no hubo) me orienté en la noción de Prácticas Sociales Genocidas porque habilita una mirada sociológica contemporánea. Con ese aparato teórico el “sí hubo genocidio” constituye un punto de partida para complejizar el nivel de conceptualización de relaciones sociales genocidas, ya que como señala Feierstein “Este nivel permite comprender el funcionamiento de grupos, las relaciones que se establecen entre ellos y las motivaciones colectivas”. Además, la noción de experiencia concentracionaria me proveyó elementos para constatar que en Guatemala, las estructuras contrainsurgentes del Estado llevaron a cabo dos tipos de experiencia concentracionaria: en el área rural mediante las aldeas modelo y en el área urbana en los centros clandestinos adecuados. Otra comprobación fue que a lo interno y a lo externo del dispositivo, el arrasamiento subjetivo de innumerables sujetos es un fenómeno factible de analizar.

Es precisamente desde esa noción de arrasamiento subjetivo que pude articular una mirada desde los procesos de memoria. Si las prácticas sociales genocidas suponen un proceso de fases en la que la realización simbólica del genocidio es la última, en ese proceso, la memoria como categoría social tiene un rol de primer orden. La razón estriba en su definición de aquella realización en el plano simbólico: se trata de cómo, desde el presente, las generaciones contemporáneas narran aquella experiencia traumática. Es decir, se materializa la posibilidad de un rastreo desde el presente, no sólo de los efectos

²²⁸ En el volumen 18 del *Journal of Genocide* de 2016, editado por Elizabeth Oglesby, se exploraron algunos de los vínculos que fueron tematizados en las Audiencias del juicio Ixil en relación con la definición del genocidio. Véase: Sauma, 2020.

del genocidio, sino de un estadio posterior en donde esas formas de narrar o de interpretar se robustecen y apuntalan la reorganización de nuevas relaciones sociales, basándose en las que fueron destruidas. Es por eso que este texto consiste en mostrar esa articulación, a partir de las nociones descritas, con un conjunto de relatos de personas guatemaltecas que decidieron exponer sus propios procesos de memoria donde, acaso, puedan advertirse los rasgos más relevantes de los nuevos lazos sociales y formas identitarias en el postgenocidio. Quizá esos relatos no puedan dar cuenta de la totalidad del universo de narrativas que hay en Guatemala, pero sí de que se trata de una dimensión posterior en donde la pugna es por imponer determinado modo de narrar aquella experiencia genocida, misma que se dinamiza en el plano simbólico puesto que es allí donde emerge la nueva representación, no sólo entre los sujetos y su existencia material objetiva sino en la cadena de transmisión de las luchas. En ello radica la importancia de la práctica social genocida, dado que capacita a comprender como las muertes que se provocan no marcan la finalidad de un genocidio sino el inicio y entonces lo que debe eliminarse es la memoria del exterminio.

Así, nuestra mirada se ha fijado a las nociones de memoria en sus diferentes dimensiones. Con Jelin por supuesto, porque profundiza en esa memoria colectiva vinculada a los distintos mecanismos sociales que se echan a andar con vistas a transmitir y construir una manera de afrontar ese trauma del pasado y los intentos de transformarlo. En términos de la representación, la memoria conserva muchos de los sentidos históricos consolidados en los sistemas sociales de valoración y así afianzar en esa cadena de transmisión de las luchas por la construcción de dichos sentidos. Con Feierstein también, porque provee elementos para pensar los procesos de memoria como ámbitos de creación de sentido para la transformación del presente. Esa construcción de sentido está condensada y muchas veces oprimida por el contexto social. Para Laclau y Mouffe (2004) es un “campo de la discursividad” donde, desde mi lectura, lo que cabría rescatar es el trabajo de elaboración entendido en su dimensión histórico-social que transcurre en el territorio del ejercicio de las relaciones de poder.

Queda pendiente pensar en la noción de Postgenocidio, una idea que refiere a lo sucedido *después* del genocidio, o mejor dicho, al *tiempo que empezó* después de aquellos crímenes. Es una reflexión que me ha dado vueltas en la cabeza durante algún tiempo, quizá desde que se publicaron algunos artículos míos derivados de mi investigación

sobre el juicio y la prensa escrita en Guatemala. Además, es un indicador de lo que Feierstein llama pactos denegativos, que al intentar guardar la integridad del sujeto, rechaza la idea de la afectación traumática. Al constatarse un genocidio, hoy confirmado en una sentencia judicial, la noción de postgenocidio habrá que entenderla, al menos cronológicamente, a partir de 1983. En 2018 se emite una sentencia definitiva, y es entonces que jurídicamente se admite que la figura de genocidio como delito imprescriptible, tuvo lugar en Guatemala, en el caso específico de las comunidades ixiles en el Quiché, entre 1982 y 1983. Aquí el asunto de la sentencia condenatoria es fundamental para dejar en claro que el Estado guatemalteco, bajo su propio lenguaje (el jurídico) es encontrado culpable de un comportamiento criminal. La temporalidad de los hechos es un eje que nos sirve para poder plantear el esbozo de una nueva forma de escribir la historia de la violencia de Estado en Guatemala. No se trató realmente de una naturaleza dual de lo humano y lo bestial en un solo cuerpo de dominación. En realidad la violencia es la *tecnología* de esa forma de dominación por excelencia. Es decir, hay una racionalidad en la dimensión de aquella violencia, así como en las estrategias para distanciarse de la misma cuando no se pueda justificar legalmente. Es la conducta del Estado criminal guatemalteco que, desde luego no estuvo solo en ese entramado.

El periodista, Sebastián Escalón, relató en el medio digital Plaza Pública, la experiencia sobre un proyecto de arte en donde se utilizó el título *Post/Después del genocidio*. Escalón deja constancia de que el término causa cierto escozor, al menos en algunos de los artistas. Claro, si se trata de poner una etiqueta a determinadas expresiones artísticas, suena lógico que nadie quiera ser entendido como *eso*: una expresión artística de subjetividad postgenocida. En cualquiera de los casos, lo interesante es que, quizá al menos por ahora, haya que pensar en ese tipo de distinción. Si se toma por adecuado pensar como punto de partida de un *periodo postgenocida* 1983, entonces ese periodo no habría terminado sino hasta 2018 (y los Acuerdos de Paz, firmados en 1996, también ocurren en un contexto postgenocida) cuando la sentencia condenatoria es dictada y queda, aparentemente, sin posibilidades de ser revertida. La historia se abre nuevamente para dejarnos entrever la lógica que se devela a lo interno de aquella tecnología perpetradora. Y es entonces que cabe hacerse la pregunta por lo político o las consecuencias políticas en una sociedad postgenocidio. En primer lugar existe una dimensión que se inscribe dentro de aquellas visiones que nunca admitieron y que quizá nunca admitirán que tal delito ocurrió en Guatemala: el negacionismo a ultranza y el negacionismo como estra-

tegia política de legitimización ante estratos de poder. Esta dimensión es la historia oficial y lineal. En segundo lugar existen aquellas formas de organización social que sobrevivieron a la agresión y que hoy, con el juicio y la condena, se transfiguran o se reinscriben como agentes de justicia.

Por su parte, los veinticinco relatos expuestos en este trabajo en tanto memoria, sostienen el valor de aquellas relaciones sociales que la acción genocida buscó eliminar. Son memorias que como hemos dicho, están inmersas en el dinamismo de lo real, no son estáticas, y por lo mismo, no escapan a los riesgos de una narratividad que apuesta por el olvido, o la clausura del pasado. Pero sí contribuyen a reducir esos riesgos y a evitar el riesgo de parálisis a la hora de pensar en formas de responsabilidad ética con la memoria. Son prácticas revertidoras del relato hegemónico en tanto en cuanto buscan orientar un sentido evolutivo en la sociedad guatemalteca, son contribuciones para un relato innovador, como se plantea en el libro *1936, Un nuevo relato* (2020), justamente porque durante mucho tiempo lo que circuló fue un relato “canónico” que se resistió a incorporar elementos que la historiografía ha ido aportando. En resumidas cuentas, estos relatos son una “irrupción de la memoria” contemporánea que se presenta diversa y ya no dicotómica entre vencedores y perdedores.

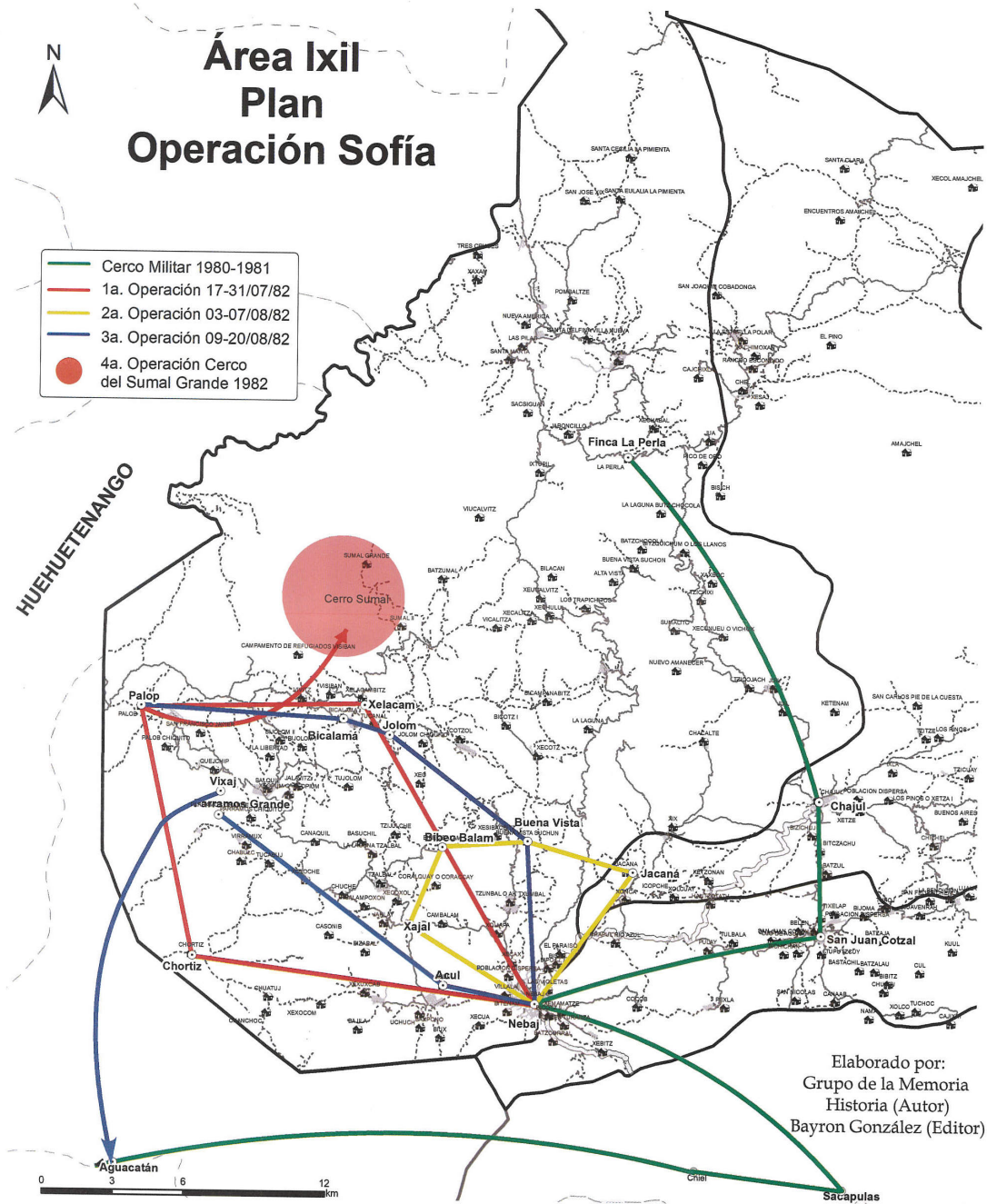
Quizá valga la pena preguntarse, siguiendo la obra citada (2020: 10) “¿Para qué queremos un relato nuevo?”. Una primera respuesta que los compiladores de este texto ofrecen es: “para seguir procurando el más veraz posible, porque ese es el que más desestabiliza el de los verdugos y aleja el fantasma del negacionismo, que es el verdadero problema en el momento que escribimos”. Seguidamente indican, siguiendo a Reyes Mate, que “El pasado es el tiempo del presente para la memoria y el presente es el tiempo del pasado para la historia, pero el acontecimiento es el punto de partida del acontecimiento y es anterior al conocimiento”. Las respuestas que ofrece este texto se asemejan a una poética de la memoria que aporta, igualmente, a una nueva epistemología del presente (2020: 11-17): “El nuevo relato no es de héroes sino de personas en sociedad”; “El nuevo relato es histórico y está lleno de memorias complejas, subalternas, olvidadas, despreciadas, manipuladas”; “Precisamos un nuevo relato que permita construir políticas democráticas de memoria en vez de seguir haciendo política pacata con la memoria”; “El nuevo relato puede y debe mirar a lo que no se quería o no se sabía ver”; “Para construir un nuevo relato debemos explicar el tiempo de las matanzas y el tiempo del

fascismo y, por tanto, tal vez redefinir los sujetos de la historia”, lo cual implica “hacer la historia del pasado incómodo” y así “construir un nuevo relato verosímil”; porque se trata de un relato de nuestro tiempo con una nueva “gramática” que “no puede ser la obra de un solo autor, ni siquiera aunque el autor sea único”. Lo que intento avizorar con este breve compendio de frases es que “El problema no es de datos sino de relato: del dominio del relato” de los perpetradores genocidas, y entonces aportar siempre que nos sea posible a este nuevo relato, la necesidad de una práctica revertidora “en el que las memorias subalternas y las marginales tienen protagonismo, capaz de abordar la incomodidad del pasado, sus sufrimientos, miedos, horrores y privaciones”.

Con lo anterior queda claro que esa lucha en el campo del relato, adquiere dimensiones patentemente ideológicas, y esa pugna de narrativas me permite pensar a la realización simbólica del genocidio como un espacio abierto en el que se intenta consolidar el derrotero que conduzca los procesos de construcción de la memoria y sus usos en el presente. Por supuesto que esa lucha implica “los modos de calificación jurídica del pasado y sus influencias en la comprensión de la violencia sistémica y masiva” (crímenes de guerra, crímenes de genocidio, crímenes contra la humanidad), en este caso en Guatemala, porque “tienen una doble vinculación con la cuestión del sentido de dichos hechos y la articulación entre pasado y presente, entre memoria y acción (Feierstein, 2012: 129). Por mi parte, estoy seguro que de la mano de estos relatos he tratado de observar un poco más allá del “sí hubo genocidio”, y en ese más allá, asumir que la tarea de seguir investigando y analizando, si bien no es finita, sí me imbuye hacia una tentativa de reversión de las consecuencias reorganizadoras del genocidio en mi país.

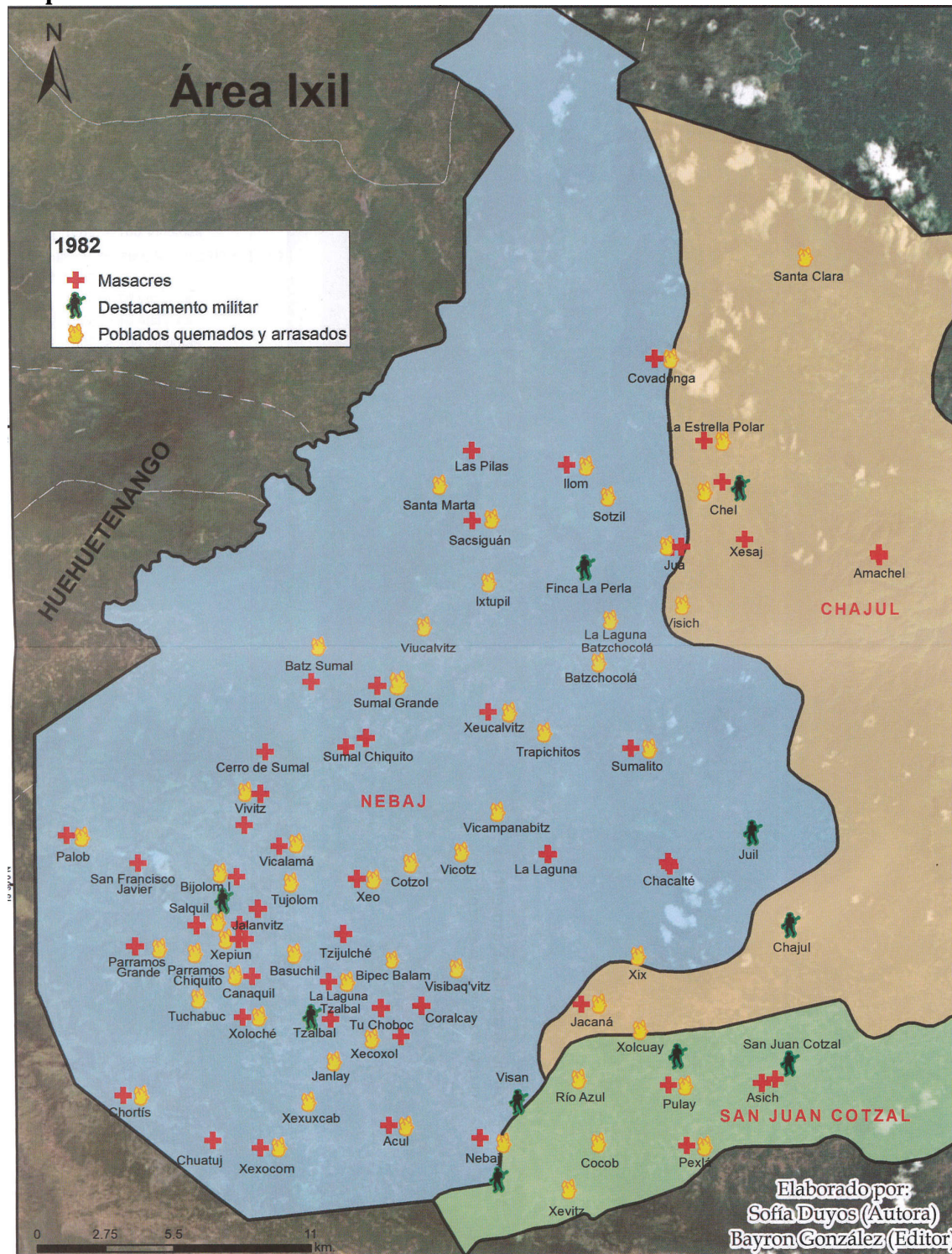
Anexos

Mapa Plan Operación Sofía



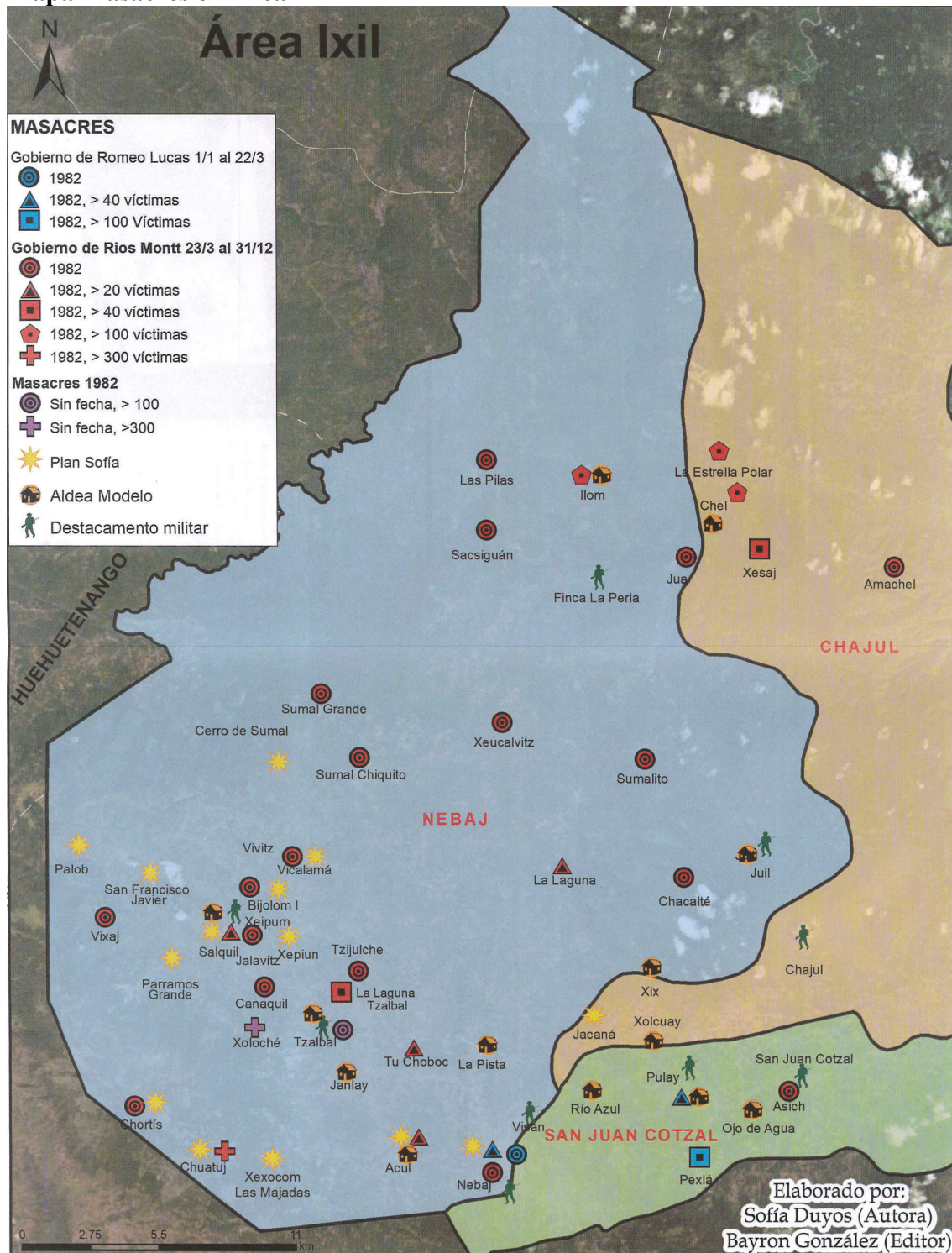
Fuente: Duyos, 2020.

Mapa Tierra Arrasada en Área Ixil



Fuente: Duyos, 2020.

Mapa Masacres en Área Ixil



Fuente: Duyos, 2020.

2. Casos actuales de DDHH en tiempos de guerra ante los tribunales de Guatemala, 2021

Caso	Acusado	Fase judicial	Presuntos delitos	N. de víctimas
Masacre de las Dos Erres	Alfonso Bulux Vicente – Patrulla Elite “Kaibil”	Procedimientos de comparecencia	Homicidio y crímenes contra la humanidad	201 víctimas
Masacre de Tululche	Juan Alecio Samayoa (Comisionado militar – prófugo)	Procedimientos de comparecencia	Crímenes contra la humanidad	+10 víctimas
Genocidio Maya Ixil-Ríos Montt	Luis Enrique Mendoza García (Jefe de operaciones militares, G3)	Fase probatoria	Crímenes contra la humanidad y genocidio	1771 víctimas
Violencia Sexual Maya Achi	Félix Tum Ramírez, Simeón Enríquez Gómez, Pedro Sánchez Cortez – ex PAC	Fase probatoria – Casación	Crímenes contra la humanidad	36 víctimas
Diario Militar	Marco Antonio González Taracena (JAGSA-EMP); Rone René Lara, Edgar Corado Samayoa, Enrique Cifuentes de la Cruz (Especialistas AGSA); Jacobo Esdras Salán Sánchez (SubJEKaibil); Edgar Virgilio de León Sigüenza y José Daniel Montenegro Villagrán (Especialistas DI); Víctor Augusto Vásquez Echeverría (Comandante ZM#302); Gustavo Adolfo Oliva Blanco (Jefe DIT); y, Juan Francisco Cifuentes Cano (Jefe BROE).	Fase probatoria	Desaparición forzada, Crímenes contra la humanidad, Asesinato y tentativa de asesinato	195 víctimas
CREOMPAZ – ZM#21	Manuel Benedicto Lucas García (JEMGE), César Augusto Cabrera Mejía, Juan Ovalle Salazar, Carlos Augusto Garavito Moran, José Antonio Vásquez García, Byron Humberto Barrientos Díaz, Raúl Dehesa Oliva y César Augusto Ruiz Morales	Fase probatoria – Casación	Crímenes contra la humanidad y desaparición forzada	565 víctimas
Genocidio Maya Ixil - Lucas García	Benedicto Lucas García (JEMGE), Manuel Antonio Callejas y Callejas (G2) [César Augusto Noguera Argueta (G3), fallecido en prisión preventiva 2020].	Juicio público	Desaparición forzada, crímenes contra la humanidad y genocidio	1110 víctimas

Fuente: “Esperanza en medio de la oscuridad: las víctimas continúan en su búsqueda de justicia por crímenes del conflicto armado interno de Guatemala”. Jo-Marie Burt y Paulo Estrada. Disponible en: <https://www.wola.org/es/analisis/justicia-conflicto-armado-interno-guatemala/>

Entrevistas:

- 001 Diego Rivera
- 002 Mario Chocoj
- 003 Nicolás Cordio
- 004 Quetzalí Cerezo
- 005 Antonio Caba
- 006 Claudia Noack
- 007 Juan Perussina
- 008 Yesenia Reynoso
- 009 Santiago Botón
- 010 Miguel Sicay
- 011 César Escobar
- 012 Samuel Villatoro
- 013 Juan Chel
- 014 Lucía Xiloj
- 015 Rosana Aguirre*
- 016 Karina Gómez
- 017 Emil Bustamante
- 018 Libertad Sagüi
- 019 Gilberto Escobar
- 020 Emmely García
- 021 Luis Barrueto
- 022 Juana Chivilín
- 023 Mónica Chub
- 024 Kanek Arcón
- 025 Ixlem Chen

Bibliografía

- Adorno. T., Benjamin, W., Horkheimer, M. (1973). *Crítica a la razón instrumental*. Editorial Sur.
- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer*. Valencia: Pre Texto.
- Agamben, Gorgio (1998). *Homo Sacer*. Valencia: Pre Texto.
- ALMG (2001). *Diccionario sakapulteco*. Academia de Lenguas Mayas de Guatemala.
- Angulo, S. (2019). *Tiempo y memoria: los informes de la verdad y la justicia. El caso de Guatemala*. Cuadernos de Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe, vol. 16, núm. 2, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Assman, J. (2008). *Religión y memoria cultural. Diez estudios*, Buenos Aires, Lilmod.
- Bartra, R. (2007). *Antropología del cerebro: la consciencia y los sistemas simbólicos*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, S. (1989). *Holocausto y modernidad*. Editorial Sequitur, Madrid.
- Benedictow, Ole (2011). *La Peste Negra (1346-1353). La historia completa*. Editorial Akal, Madrid.
- Benjamin, W. (1971). *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa.
- Benjamin, Walter (2018). *Crítica de la violencia*. Editorial Biblioteca Nueva S L.
- Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires, Cactus.
- Betrán, José Luis (2006). *Historia de las epidemias en España y sus colonias (1348-1919)*. La Esfera de los Libros, Madrid.
- Bleichmar, S. (2009). *Estallido del yo, dismantelamiento de la subjetividad*. Buenos Aires. Topía Editorial.
- Bourdieu, P. (2007). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.
- Bourdieu, P. (2008). *¿Qué significa hablar?* (Vol. 282). Ediciones Akal.
- Bruneteau, B. (2016). "Ruanda y Camboya no son el Tíbet". El País, España. En: https://elpais.com/internacional/2016/08/12/actualidad/1471021118_328290.html
- Bruneteau, B. Peyrou, F., & García, H. (2006). *El siglo de los genocidios: violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*. Alianza Editorial.
- Bruneteau, Bernard (2006). *El siglo de los genocidios*. Alianza Editorial, España.

Bruneteau, Bernard (2016). "Ruanda y Camboya no son el Tíbet". El País, España. En: https://elpais.com/internacional/2016/08/12/actualidad/1471021118_328290.html

Calveiro, P. (2006). *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Ediciones Colihuel S. R. L.

Campillo, Miguel (2001). *Las grandes epidemias en la América colonial*. Archivos de zootecnia, Vol. 50, N° 192, 2001.

CEH, G. (1999). *Memoria del silencio*. Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico. Diversos tomos.

Cervantes, F. (2021). *Conquistadores. Una historia diferente*. Editorial Turner de México. Coyoacán, México.

Chávez, C. L. (1997). *El ejército como principal factor de poder del actual estado bugués oligárquico guatemalteco*. Universidad de San Carlos de Guatemala

Chomsky, N. Abousleiman, C., & Kulesz, O. (2005). *El terror como política exterior de Estados Unidos (Vol. 7)*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Churchill, W. (1997). *A Little Matter of Genocide. Holocaust and Denial in Americas 1492 to the Present*. City Lights Books.

Colombo, P. (2017). "Espacios de desaparición: cuando la teoría crítica del espacio ayuda a pensar la violencia". En A. Aguirre, A. Nochebuena, M. García Aguilar (eds.) *Estudios para la No-violencia 2*, México: 3 Norte Editorial - Afina Editorial, pp. 147-168.

Crosby A. y Brinton M. (2019). *Más allá de la reparación: protagonismo de mujeres mayas en las secuelas del daño genocida*. Rutgers University Press.

Denzin, N. & Lincoln, Y. (2012). *El campo de la investigación cualitativa: Manual de investigación cualitativa Vol. I*. Editorial Gedisa.

Domingo, J. (2011). *Políticas y prácticas contra la organización estudiantil de la Universidad de San Carlos 1970-1985*. Guatemala.

Douzant-Rosenfeld, D., & Bovin, P. (2005). "Dinámica del espacio fronterizo en el norte de Guatemala: el frente pionero de Ixcán entre 1966 y 1996. Las fronteras del istmo. Fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central", 171-181.

Drouin, M. (2011) *Acabar hasta con la semilla. Comprendiendo el genocidio guatemalteco de 1982*. F&G Editores, Guatemala.

Duchesne Winter, J. (2010). *La guerrilla narrada. Acción, acontecimiento, sujeto*. Ediciones Callejón.

Dumbar-Ortiz, R. (2014). *An indigenous people's history of the United States*. Beacon Press. Boston, Massachusetts.

Durán, J. (2012). “El oficio de investigar. Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional”, págs. 47-75.

Duyos, S. (2020). *Los papeles secretos del genocidio en Guatemala*. Serviprensa.

Escobar Urrutia, G. (2005). *Enfrentamientos y violencias juveniles en la ciudad de Guatemala (1985-1993)*. Guatemala: USAC.

Falla, R. (2011). *Negreaba de zopilotes...: masacre y sobrevivencia: finca San Francisco, Nentón, Guatemala, 1871 a 2010*. Guatemala City: Instituto AVANCSO.

Falla, Ricardo (2018) *Las lógicas del genocidio guatemalteco: Una mirada etnográfica desde la fe y la revolución, febrero de 1982 a agosto de 1983*. Colección *Al atardecer de la vida... escritos de Ricardo Falla, sj*, Volumen 6. Editorial Serviprensa S. A. Guatemala, Centroamérica.

Feierstein, D. (2011). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones: sobre la elaboración del genocidio*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Feierstein, D. (2016). *Introducción a los estudios del genocidios*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Feierstein, D. (2018). *Los dos demonios (recargados)*. Marea Editorial.

Ferrajoli, L (2019). *Los crímenes de sistema y el futuro del orden internacional*. Revista Derechos en Acción. Año 4/Nº 12 Invierno 2019 (21 junio a 20 septiembre), 27-47.

Ferrarotti, F. (2007). “Las historias de vida como método”. *Convergencia*, págs. 15-40.

Figueroa, C. (1999). *Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*. México.

Figueroa, C. (2008) “Genocidio y terrorismo de Estado en Guatemala (1954-1996). Una interpretación”. *Revista de Estudios sobre Genocidio*, págs. 68-89. Centro de Estudios del Genocidio, Universidad de Tres de Febrero, Argentina.

Figueroa, C. (2011) *El recurso del miedo. Estado y terror en Guatemala*. F&G Editores, Guatemala.

Figueroa, C. y Paz, O. (2013). “Genocidio, violencia sexual y memoria en Guatemala”. *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, vol. 2, n. 144, págs. 57-87.

Figueroa, Carlos (2001) “Dictaduras, tortura y terror en América Latina”. *Revista Bajo El Volcán*, 2, págs. 53-74. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vález Pliego, Puebla, México.

Flores, G. y Joaquín, J. (2014). *Ejecuciones Extrajudiciales de Jóvenes un delito de ayer y hoy*. Centro de Acción Legal en Derechos Humanos (CALDH). Guatemala.

Foucault, M. (1976). *Genealogía del racismo*. Altamira.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.

Frankl, V. (1991). *El hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona, España.

Freud, S. (1901). *Psicopatología de la vida cotidiana*. LibroDot.

García, G. (2002). “Herederos de la Guerra: ex paramilitares y víctimas de la contrainsurgencia en Guatemala. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe”. Programa Regional de Becas CLACSO.

García, G. (2019) *De héroes a genocidas. Trayectoria política y militar de dos oficiales del ejército de Guatemala (1954-2016)*. Unidad de Investigación Profesional. Centro de Investigaciones en Psicología (CIEPS). Escuela de Ciencias Psicológicas, Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC).

García, P. (2005) *El genocidio de Guatemala, a la luz de la Sociología Militar*. Editorial SEPHA, Madrid, España.

Gerlach, C. (2010) *Extremely Violent Societies: Mass Violence in the Twentieth-Century World*. Cambridge, Nueva York. Disponible en: <http://bit.ly/2qzLdTI>

Girón, C. (2017) *Prensa escrita en la coyuntura del juicio por genocidio a Ríos Montt*. Tesis de maestría. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México.

Girón, Crosby (2018) “El genocidio en la prensa escrita”. Revista del Instituto de Problemas Nacionales (IPNUSAC). Año 7, edición 138, abril. Universidad de San Carlos de Guatemala, págs. 41-74. Disponible en: <http://bit.ly/2KzxqDW>

Goffman, E. (1972). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu Editores.

Goffman, E. (2001). *Internados*. Buenos Aires, Amorrortu.

González, A. (2014). *Violencias de género constitutiva de crímenes de lesa humanidad y genocidio*. El caso de Guatemala. *Aletheia*, 5(9).

Grandin, G. (2003). *History, motive, law, intent combining historical and legal methods in understanding Guatemala's 1981-1983 genocide*. In *The Specter of Genocide: Mass Murder in Historical Perspective*, págs. 339-352. Cambridge University Press. Disponible en: <http://bit.ly/37jcWZH>

Grosso, B. (2002). “Las políticas de la memoria”. *Sociohistórica*, (11.12). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3076.pdf

Grosfoguel, R. (2012). “El concepto de «racismo» en Michel Foucault y Frantz Fanon: teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser”. *Tábula rasa*, (16), 79-102.

Gutiérrez, B. (2012). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*. Eduvim.

Gutiérrez, E. (2016). “Guatemala fuera de control. La CICIG y la lucha contra la impunidad”. *Revista Nueva Sociedad* n. 263, mayo-junio.

Halbwachs, M. (2004): *Los marcos sociales de la memoria* (Vol. 39). Anthropos Editorial.

Hayes, P. (2018). *Las razones del mal ¿Qué fue realmente el holocausto?*. Crítica, Barcelona.

Héctor, G. (1992). *Los presidentes de Guatemala, historia y anécdotas*. Guatemala, Artemis-Edinter.

Heterer, R. (2018). *Historia de las especias*. Editorial Almuzara.

Hosbawn, E. (2006). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Crítica.

Hunter, Jane (1987). *Israeli Foreign Policy. South Africa and Central America*. South End Press, Boston MA.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI. España.

Jemio, A. (2019). *El Operativo Independencia en el sur tucumano (1975-1976). Las formas de la violencia estatal en los inicios del genocidio*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires.

Kepfer, J. (2001). *El enemigo interno en Guatemala*. Biblioteca virtual de la memoria.

Kiernan, B. (1993). *Genocide and Democracy in Cambodia*, New Haven, Yale Council of Southeast Asia Studies (ed.).

Kiernan, B. (1998). *Genocide and “Ethnic Cleansing”*, en *Enciclopedia of Politics and Religion*. Washington, DC, Congressional Quarterly.

Kiernan, B. (2015). “Muro de silencio: el campo de los Estudios del genocidio y el genocidio guatemalteco”. *Revista de Estudios sobre el Genocidio*. Centro de Estudios del Genocidio de la Universidad de Tres de Febrero, Año 7, volumen 10, Buenos Aires, Argentina.

Kobrak, B. (1999). *Violencia institucional en Guatemala, 1960 a 1996: Una reflexión cuantitativa*.

LaCapra, D. (2006). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires, Prometeo.

Lemkin, R. (1944). *The axis rule in occupied Europe*. Washington DC, Carnegie Endowment for International Peace.

Levi, Primo (1988). *Si esto es un hombre*. Buenos Aires, Milá.

Lindqvist, S. (1996). *Exterminate all the brutes*. The New Press.

Linebaugh, Peter (2008). *The Magna Carta Manifesto*. University of California Press. Berkeley, California.

Manero, R. (2021). *Más allá del horror. Ensayos sobre la construcción social de las víctimas de la violencia*. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Primera edición digital.

Martínez, L. (2009). “Memoria histórica y significados de la memoria en Guatemala”. Recuperado de http://www.irenees.net/bdf_fiche-analyse-944_es.html.

Mate, R. (2011). *Tratado de la injusticia*. Tratado de la injusticia, 1-320.

Mateos, O., Camps-Febrer, B., & Benavides Vanegas, F. (2018). *Límites y desafíos de la Justicia transicional en las nuevas transiciones: un análisis crítico a partir de los casos de Sierra Leona, Marruecos y Colombia*.

Móbil, J. A. (2012). *Guatemala, el lado oscuro de la historia*. Editorial Serviprensa.

Modonesi, M. (2008). “Historia, memoria y política, entrevista con Enzo Traverso”. *Andamios* 4(8), 245-256.

Moscoso, F. (1995). *Antropología Forense: Resultados de su aplicación en Guatemala. En VII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1994* (editado por J. P. Laporte y H. Escobedo), págs. 327-337. Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala.

Muñoz, J. (2018). ““Los vamos a fusilar” Los Tribunales de Fuero Especial 1982-1984”. *Boletín Enfoque*. Año 10, n. 58, 22 de junio de 2018.

Oliva, B. y Sánchez E. (2014). “Testimonios, un acercamiento a las memorias de la Comunidad maya Ixil en el contexto del Juicio por Genocidio en el 2013”. *Aletheia*, volumen 4, número 8, abril.

Organismo Judicial (2018). Sentencia C-01076-2011-00015 Asistente 2°.

Palacios, M. (2017). *Violencia y genocidio en Guatemala. El caso ixil*. Editorial Praxis, S. A. de C. V., México.

Peláez, S. M. (1971). *La patria del criollo*. Editorial Universitaria.

Pérez García, J. (2007). *La Inteligencia de Estado abre y cierra el siglo XX en Guatemala: Análisis de las formas y el sistema de inteligencia durante los regímenes de Manuel Estrada Cabrera (1898- 1920) y Militar Contrainsurgente (1960-1996)*. Guatemala.

Pérez, P. y Navarro, S. (2007). *Resistencias contra el olvido. Trabajo psicosocial en procesos de exhumaciones*. Editorial Gedisa.

Perótin-Dumon, A. (2009). “Los archivos, la verdad y la justicia: Reflexiones sobre la experiencia latinoamericana”. Ponencia presentada en el Taller “Verdad Histórica y Verdad Judicial: En la búsqueda de complementariedades”, organizado por la Agencia Alemana de Cooperación Técnica GTZ, Santa Marta, Colombia, 23-24 de noviembre 2009.

Piaget, J., & García, R. (1982). *Psicogénesis e historia de la ciencia*. Siglo XXI.

Quintar, E. (2015). “Memoria e historia desafíos a las prácticas políticas de olvido en América Latina”. *El Ágora USB*, 15(2), 375-391.

Remacha, B. (2019). “Aleida Assman, historiadora: En Alemania nadie en un partido podría hacer ninguna referencia a Hitler, sería un suicidio.” *El Diario*, España.

REMHI, I. (1998). Informe del proyecto interdiocesano de recuperación de la memoria histórica “Guatemala: Nunca más. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Tomo II: Los mecanismos de la violencia.

Remijnsen, S. (2001). “Remembering Civil Patrols in Joyabaj, Guatemala”. *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 20, n. 4, págs. 454-459. Utrech University.

Restrepo, E., Rojas, A. (2020). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Editorial Universitaria. San Salvador, El Salvador.

Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración*, 3 vols. México, Siglo XXI.

Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.

Rodas, I. (2001). “La nación, la fabricación del voto y los patrulleros de autodefensa civil”. *Espacios Políticos*, año 11, n. 1, págs. 5-30. Universidad Rafael Landívar, Guatemala.

Rodas, I. (2001). *La nación, la fabricación del voto y los patrulleros de autodefensa civil*. *Espacios Políticos*, año 11, n. 1, págs. 5-30. Universidad Rafael Landívar, Guatemala.

Romero, J. P. (2008). “El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha)”. *Nómadas (Col.)*, (29), 20-33.

Rostica, J. (2017). “Ensayo crítico sobre la interpretación de genocidio de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de Guatemala”, *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, año 9, No 31, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, pp. 61-79.

Rostica, J. C. (2006). “La memoria en Guatemala: sobre Comisiones de la Verdad y el hallazgo del archivo de la Policía Nacional”. *Question/Cuestión*, 1(28). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1119>

Rostica, J. C. (2014). “Las legitimaciones de la dictadura militar de Guatemala (1982-1985)”. *Aletheia*, 4(8).

Rostica, J. C. (2015). “Las dictaduras militares en Guatemala (1982-1985) y Argentina (1976-1983) en la lucha contra la subversión”. *Revista de estudios latinoamericanos*. Vol. 60, mayo de 2015, págs. 13-52.

Rufino Ochoa, E. R. (2009). *Las empresas de seguridad privada y la regulación laboral con sus servicios*. Tesis de grado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Guatemala: USAC.

Salamanca Villamizar, C. (2015). “Los lugares de la memoria y de la acción política en Guatemala. Justicia transicional, políticas del reconocimiento y ficciones de secularismo. *Revista de Estudios Sociales*”, (51), 62-75.

Salamanca, C. (2015). “Los lugares de la memoria de la acción política en Guatemala. Justicia transicional, políticas del reconocimiento y ficciones de secularismo”. *Revista de Estudios Sociales*, (51), 62-75.

Saldaña, M. (2005). “Trauma social y memoria colectiva”. *Historia Actual Online*, (6), 13.

Salomon, J. (1994). *Violencia institucional: las patrullas de autodefensa civil en Guatemala 1993-1994*. Centro para los Derechos Humanos de la Organización Conmemorativa “Robert F. Kennedy”. Washington, D. C.

Sanford, V. (2008). *Del genocidio al feminicidio*. Cuadernos del presente imperfecto. F&G Editores, Guatemala.

Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sauma, M. D. R. Z. (2021). *Cuerpos, Archivos y Espectros Coloniales. Performatividad y Teatralidad en el Juicio Ixil por Crímenes de Genocidio y Deberes Contra la Humanidad (Guatemala, 2013)*. Freie Universitaet Berlin (Germany).

Schirmer, J. (1999). *Intimidaciones del proyecto político de los militares en Guatemala*. FLACSO, Guatemala.

Segato, R. L. (2014). “Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres”. *Sociedad y estado*, 29, 341-371.

Simón, J. M. (2010). Guatemala: eterna primavera, eterna tiranía.

Sinclair, S. (2020). *How w ego home. Voices from indigenous North America (voice of witness)*. Fernwood Publishing, USA.

Sklodowska, E. (2015). “La obsolescencia no-programada: una circunnavegación alrededor del testimonio latinoamericano y sus avatares críticos”.

Soboul, Albert (1984b) [1976]. Utopía y Revolución Francesa. Jacques Droz (dir.), ed. *Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875*. Barcelona: Destino.

Sofsky, W. (2016). *La organización del terror: los campos de concentración*. Prometeo Libros.

Stelmach, M. (2011). “Actitud del ejército guatemalteco en relación a la población indígena en el periodo de la guerra civil y de la paz”. *Estudios Latinoamericanos*, 31, 43-59.

Trouillot M. (2014). *Borrando el pasado: el poder y la producción de la historia*. Versión digital sin otros datos bibliográficos.

Vela, M. (2019). “Centros de detención adecuados. El universo adentro de los centros clandestinos de detención que, durante la guerra de contrainsurgencia, funcionaron en Ciudad de Guatemala”. Guatemala.

Wahlforss, M. (1983). Titular de hoy: Guatemala. Documental. Finlandia.

Weizman, E. (2017). Forensic Architecture: hacia una estética investigativa.

Xabier Irujo Amézaga (2016). *Genocidio*. Hermes: pentsamendu eta historia aldizkaria = revista de pensamiento e historia, Nº. 52 (Ejemplar dedicado a: Memoria bizirik), págs. 22-28.